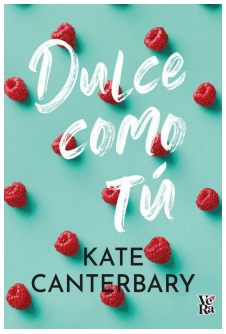
Dulce como tú

KATE CANTERBARY

VeRa



1 novia abandonada que no lo vio venir
1 padre soltero que ni se lo podía imaginar
1 año para casarse o perder la granja familiar

Tamizado con una sobrina precoz que aspira a ser pirata, un poco de desconfianza, y una gran dosis de atracción.

La receta perfecta.

Cuando la abuelastra de Shay Zucconi muere, le deja a Shay una granja de tulipanes… Pero antes deberá cumplir con dos condiciones:
La primera es que Shay tiene que mudarse al pequeño pueblo de Friendship, en Rhode Island. La segunda, y más complicada, sobre todo porque su novio acaba de cancelar la boda, es que Shay debe casarse en el transcurso de un año.
Casarse es lo último en lo que piensa Shay, pero está dispuesta a hacer lo que sea para salvar el único hogar verdadero que ha tenido.
Noah Barden estuvo enamorado de Shay Zucconi cuando estaban en el instituto. Pero nunca se animó a decírselo. Era demasiado tímido, demasiado torpe y muy poco interesante para invitar a salir a una chica tan guapa y popular.
Pero ahora, una eternidad después, Noah hace de padre soltero de su sobrina y está ocupadísimo administrando el negocio familiar. Aquel antiguo amor ni se le pasa por la cabeza.
Hasta que Shay regresa al pueblo y pone la vida de Noah patas arriba.

Kate Canterbary, superventas del USA Today, escribe romances contemporáneos inteligentes y sensuales, llenos de pasión, corazón y finales felices. Kate vive en la costa de Nueva Inglaterra con su marido y su hija.

Puedes encontrar a Kate en
www.katecanterbary.com

Dulce como tú

KATE CANTERBARY



Para las albóndigas



Prólogo

SHAY

Objetivo de aprendizaje de hoy:
el alumnado será capaz de reconocer cuándo es el momento de tomar las hachas.

Cuando me llamó, yo ya tenía puesto el vestido de novia. Vestido, velo, zapatos y un apretadísimo corsé para afinarme la figura. Y qué vestido más increíble: pesado, con mucho volumen, y muy poco práctico para una boda en julio, pero aun así era perfecto. Todo era perfecto.

—Esto no va a funcionar, Shay —me dijo.

Sabía lo que me quería decir y lo supe antes de que pronunciara mi nombre. No se refería a la barra de marisco, ni a las ramas de cornejo que cubrían el pasillo, ni a la orquesta. Y no me sorprendió.

Debería haberme sorprendido. Debería haberme escandalizado. Pero en los rincones donde esas emociones deberían haber aflorado había un vacío seco y quebradizo que me devolvía una carcajada. Y esa carcajada me decía que debería haberlo imaginado.

Mi única reacción fue arrancarme el velo y arrojarlo a la alfombra de felpa de la *suite* del hotel mientras mis cuatro damas de honor gritaban horrorizadas. Porque quitarme el velo quería decir algo, y ellas lo sabían. No iba a arriesgarme a tener un pelo fuera de lugar, y mucho menos minutos antes de salir para las fotos previas a la ceremonia.

Al oírme decirle *muy bien* al que ya era mi exnovio, la fotógrafa bajó la cámara.

«Muy bien, al parecer esto no merece una conversación en persona».

La fotógrafa dio un paso atrás. Luego otro.

«Muy bien, no me caso en tres horas».

Jaime, una de mis damas de honor, se me acercó extendiendo un brazo y con los ojos muy abiertos.

«Muy bien, un año y medio de preparativos, por la borda».

Mis damas de honor Emme y Grace cruzaron una mirada como preguntándose «¿Qué

demonios ha pasado?».

«Muy bien, todas las cosas que creía haber hecho bien, a la basura».

Audrey se alisó la falda de su vestido de dama de honor azul marino y acompañó afuera a los peluqueros y maquilladores.

«Muy bien. Muy muy bien».

—Eh… ¿Me has oído? —preguntó él—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Ojalá hubiese podido decir que nunca me había pasado algo así. No porque ya me hubieran dejado ante el altar —o a un puto paso del altar—, pero sí me habían dejado *en otros sitios*.

—Estás cortando conmigo —respondí, y odié sentir que me temblaba la voz. No iba a permitir que me destrozara así, y encima escuchara cómo me derrumbaba. Tiré con fuerza del corpiño sofocante del vestido. Iba a vomitar si no me arrancaba esa cosa—. ¿Se lo dirás tú a los invitados?

No respondió enseguida, y en ese intervalo de silencio oí un tictac que sonaba muy parecido a un intermitente.

—No puedo —dijo—. No estoy allí.

Nunca había entendido del todo el significado de «cambiar de un plumazo» hasta que mi novio me dejó y no se dignó a hacerse cargo de la situación, en cuestión de cinco minutos. Lo había querido, lo había querido durante años y, sin embargo, arruinó el día de nuestra boda y ni siquiera me sorprendió. En ese momento no podía recuperar ni una pizca del amor que había sentido por él. Todos los rasgos positivos y amables que le había atribuido se volvieron resentimiento. Se marchitaron en el acto. A pesar de haberlo querido tanto, descubrí que era capaz de despreciarlo, aborrecerlo y guardarle rencor. No me costó nada.

Y eso sí me sorprendió.

—¿Cómo que no estás aquí? —le pregunté, quitándome de un puntapié los tacones fucsia que combinaban perfectamente con mi ramo—. ¿No te parece que deberías decirle algo a tu familia?

Carraspeó.

—No van a venir. Ya lo saben. Se lo dije anoche. —Otro carraspeo. Otra vez la señal de intermitente—. Después de la cena de ensayo.

Un sonido horrorizado me brotó de la garganta, una mezcla de carcajada y el quejido de un puñetazo en el estómago. Ahora sí estaba segura de que iba a vomitar. Pero, antes de salir corriendo al baño, iba a decirle a ese hombre, por primera vez en tres años, exactamente lo que pensaba. Basta de seguir midiéndome. Basta de seguir poniendo buena cara.

—¿Cómo que *anoche*? No es posible. ¿Cómo demonios pudiste? Vete a la mierda. No puedo ni imaginar por qué se lo dijiste a tu familia anoche y esperaste dieciocho horas más para decírmelo a mí. La persona con la que se suponía que te ibas a casar *hoy*. Y no me importa. No necesito una explicación. Da igual. Se acabó. —Tiré del vestido hasta que un satisfactorio ris ras llenó la habitación. Enseguida mis amigas me rodearon y empezaron a desatarme, desabrocharme y desanudarme hasta que aquel precioso vestido de ensueño color crema, en torno al cual había planeado toda la boda, que había buscado con todo mi empeño y por el que me había matado de hambre, cayó a mis pies—. No vuelvas a hablarme. *Jamás*.

Lancé el teléfono con la intención de estrellarlo contra la pared y romperlo en mil pedazos, pero con tal pésima puntería que aterrizó sobre la cama, con la pantalla oscura fulminándome en un mar de sábanas blancas inmaculadas.

—¿Qué puedo hacer? —me preguntó Jaime.

Negué con la cabeza. Trescientos amigos y familiares iban a llegar en menos de una hora. Sacando a los que mi ex ya había avisado. No había forma de arreglar nada.

—¿Quieres que llame a tu madre? —preguntó Emme.

—¡No! —exclamamos Jaime y yo al mismo tiempo. Admiraba a mi madre, pero nadie usaría palabras como «maternal» o «cálida» precisamente para describirla.

—¿Quieres que te traiga un barril gigante de algo bien fuerte y un hacha? —preguntó Grace.

—¿Qué tal un barril gigante de algo bien fuerte y una huida rápida? —sugirió Audrey.

—Algo así —susurré.

—Estamos contigo —dijo Emme.

Me eché a llorar, a gritos, enloquecida y destrozada.

Mis amigas me rodearon: una me puso una bata sobre los hombros, otra me puso una botella en las manos y me dijo «Toma» con una firmeza que no admitía discusión, una tercera me sacó las horquillas del pelo, mientras otra recogía el vestido y lo hacía desaparecer de mi vista; aunque tampoco podía ver mucho bajo el incontrolable torrente de lágrimas que me empañaba los ojos.

—Que se vaya a la mierda —soltó Emme.

—No la merecía —sumó Audrey.

—Más le vale que no le ponga las manos encima —apuntó Grace, con su ferocidad característica.

—Mientras vosotras planeáis su descuartizamiento, voy abajo a… encargarme de la situación. Y hablo con tu madre y tu padrastro.

El cuidado con que Jaime anunció que se encargaría de mi ruina me desgarró con más fuerza que cualquier cosa que mi ex hubiera dicho esa tarde. Me llevé la botella a la boca e incliné la cabeza hacia atrás, sin importarme si el vodka me quemaba la garganta, me chorreaba por la barbilla o me corría el lápiz de labios.

Nada de eso importaba.

Ya no tenía que ser perfecta, y darme cuenta de eso fue como un extraño regalo de despedida. Un regalo que nunca había pedido ni quería. Pero ser perfecta había tenido su encanto. Me había gustado dar esa imagen. Y había seguido las reglas de la perfección. Lo había hecho todo bien.

Y nada de eso importaba.



Capítulo uno

SHAY

El alumnado será capaz de enfrentarse con abogados, camiones, vacas y piratas.

—Te ha llegado una carta. Tienes que firmar.

Abrí los ojos y miré a Jaime desde su sofá, que se había convertido en una especie de cueva donde bebía sin parar, vestida con un pijama que no me había quitado en tres días. Dos semanas después de que me dejaran en el altar, pasaba la mayor parte del tiempo como mínimo un poquito borracha, pero ya no lloraba constantemente, lo cual parecía un avance.

Un avance o un signo de deshidratación. No lo tenía claro.

—¿Por?

—No lo sé, cariño. He intentado firmar yo, pero el cartero me ha pedido la identificación —respondió Jaime mientras se recogía su larga cabellera color castaño y se hacía una cola de caballo.

Tardé un minuto en despegarme del sofá. Llegar a la puerta era todo un viaje. Desde que el mundo se me había desmoronado el día de mi boda, solo había salido un par de veces del almacén convertido en *loft* que Jaime compartía con tres mujeres más.

La primera vez que había conseguido reponerme lo suficiente como para salir del apartamento había sido para cortarme el pelo quince centímetros, porque me lo había dejado crecer durante casi dos años para conseguir un *look* de novia perfecto, y luego transformar mi rubio natural en rosa dorado.

No había una razón concreta para querer tener el pelo rosa y hasta los hombros. No tenía una explicación. Lo único que sabía era que no quería volver a ver la anterior versión de mí en el espejo.

Eso me había llevado al tatuaje. Algo mucho más permanente que teñirme el pelo, pero hacía años que quería hacerme uno y ahora necesitaba un recordatorio bien visible de que la persona que había sido antes del desastre no era la actual.

Después, había vendido todo lo que tenía que ver con mi anterior relación. Vestidos de todo tipo: vestidos para la foto de compromiso, vestidos para la fiesta de compromiso, vestidos para la despedida de soltera. Los conjuntos para después de la fiesta y el *brunch* del día posterior, los

atuendos para la luna de miel. Esos fabulosos zapatos magenta y el velo. Todo lo que me había puesto cuando estaba con mi ex. Todas las cursilerías típicas de las bodas que había reunido con tanto esmero. Y hasta las revistas de novias que había comprado durante casi dos años.

Y ese vestido de porquería. Al final, no lo había roto de manera significativa. Apenas una rasgadura en la costura lateral; nada que una modista no pudiera arreglar. Y como ese diseñador prácticamente no hacía modelos para tallas grandes como la mía, tenía una fila de novias esperando para quitármelo de las manos.

No quedaba mucho después de eso: la ropa que usaba para mi trabajo en el parvulario, algunos pantalones para hacer yoga en distintos tonos de negro desteñido; una caja de zapatos llena de pendientes extravagantes que me encantaban, pero que mi exnovio detestaba.

Así que aquí estaba, con pelo nuevo y tinta fresca, tomando alcohol sin parar y viendo un tonto *reality show* tras otro en el sofá de mi mejor amiga, sin sacarme el pijama durante días, mientras mi ex disfrutaba de la luna de miel que yo había organizado y pagado como regalo de bodas para él. Ese era mi premio por seguir las reglas.

Eso, y lo que narices fuera que tuviera que firmar en la puerta.

Atravesé el apartamento arrastrando los pies, con una manta sobre los hombros bien apretada contra el pecho porque la camiseta de tirantes que llevaba puesta no era de fiar: un movimiento en falso y quedaría con los pechos al aire.

Jaime se quedó apoyada en la pared mientras yo mostraba mi identificación y firmaba para recibir la carta.

—¿Qué es? —le pregunté al cartero.

—No es mi trabajo saberlo —replicó—. Mi trabajo es entregar papeles y no me lo has puesto nada fácil.

—Cuánto misterio, ¿no? —dijo Jaime mientras avanzaba por el pasillo.

Miré el sobre de ambos lados.

—Sea lo que sea, dudo que me interese —dije. Volví al sofá con desgana y le lancé el sobre a Jaime—. Dime lo que dice y listo.

Me quedé mirando la pantalla del televisor, con la manta alrededor de la cintura, mientras sorbía lo que quedaba de una mezcla realmente atroz de vino tinto, hielo y Coca-Cola *light*. Una atrocidad. Un atentado contra el vino. Pero deliciosa.

Jaime rompió el sobre y pude apreciar, no por primera vez, la total ausencia de crítica de su parte. Algunos no soportarían tanta autocompasión. No se pondrían a analizar diseños de tatuajes ni aplaudirían al ver caer los primeros mechones al suelo de la peluquería. Jaime no juzgaba, simplemente contenía, y esa era solo una de las cosas maravillosas que tenía.

—Es sobre tu abuelastra —dijo mientras pasaba las páginas—. La que falleció.

Hice tintinear el hielo de mi vaso. La abuela Lollie había muerto hacía un par de meses, tranquila y feliz en su cama en una comunidad de jubilados de Florida que siempre había descrito como «un lugar fabuloso». Tenía noventa y siete años, pero eso nunca le había impedido perderse una sola noche de salsa. Había vivido con ella un tiempo cuando estaba en la escuela secundaria, en una época complicada de mi vida, y la quería mucho. Era uno de los escasos miembros de mi familia a los que consideraba mi verdadera familia, y que la abuela Lollie no fuera a estar presente el día de mi boda me había parecido realmente lo peor que podía pasarme.

Había sido una buena forma de burlarse del destino.

—No lo entiendo… —murmuró Jaime, revolviendo las páginas—. Parece que te dejó una… una granja. En Rhode Island.

Reparé entonces en los cestos para ropa sucia, las bolsas de basura y las cajas de toda clase y

color amontonados junto a la pared. Toda esa maraña caótica de cosas revueltas proclamaba con orgullo y a viva voz que algunas de mis dulces, increíbles y alocadas amigas habían ido al lujoso rascacielos del Back Bay de Boston que compartía con mi ex y se habían llevado todo lo que consideraban que me pertenecía.

Todo, hasta una botella de aceite de oliva casi vacía y una escoba que jamás había visto.

Eran las mejores amigas que podían existir y lo más parecido a una familia que tenía en Boston. No dejaban de preguntarme si necesitaba algo, si estaba bien. Y lo cierto era que no estaba bien. Para nada.

Pero no se lo decía.

—¿Qué? —exclamé, volviendo la vista hacia Jaime.

Negó con la cabeza, señalando la primera página.

—Tenemos que llamar al abogado de tu abuelastra porque yo no entiendo de estas cosas, y hay un montón de fechas y requisitos aquí que parecen muy importantes.

—No tiene sentido —dije mientras me dirigía a la cocina a degradar otra copa de vino con hielo y soda—. Seguramente es un error. Lollie no me dejaría la granja. Ha sido propiedad de su familia durante cientos de años. Y tenía cuatro nietos verdaderos del primer matrimonio de mi padrastro. Se la habrá dejado a ellos. O a mi padrastro. O a cualquier otro.

—Tenemos que llamar a este tipo —insistió Jaime, señalando el documento.

—No tengo teléfono —le respondí—. Me lo quitaste. ¿Te acuerdas?

En algún momento, Jaime me había arrebatado el teléfono de las manos. Entre todas me habían contenido cada vez que había querido llamar a mi ex para gritarle por haber esperado hasta los últimos segundos del día de nuestra boda para poner fin a nuestra relación, y cada vez que había necesitado que me explicara qué había pasado, que me dijera qué había fallado, en qué me había equivocado. Por qué había preferido ponerme en ridículo.

Ninguna explicación serviría de nada. Lo sabía. Pero tenía instantes en los que me hartaba de estar borracha y triste y abatida, y quería habitar la rabia de haber sido agraviada de esa forma tan desconsiderada. Quería que la rabia me agotara. Que me consumiera al extremo de quedar demasiado cansada para llorar, demasiado cansada incluso para sentir el abatimiento.

Esa rabia era lo único verdadero que sentía, e incluso así no era mucho más que decepción cocida a las brasas. Había planeado esa boda hasta el último detalle y, de repente… pfff, se había esfumado de tal forma que parecía que nada hubiera existido; como si todo lo que la boda había representado, todo lo que había significado para mí, nunca hubiera existido.

—Usaremos el mío —dijo, sacando el aparato del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros cortos.

Levanté la copa a modo de brindis.

—Te digo que es un error. No me dejó la granja a mí —insistí.

—¿Y si lo hizo? —Jaime me miró con gesto impaciente antes de marcar el número que figuraba en los papeles. Volví al sofá, escuchando a medias mientras ella le explicaba la situación a alguien al otro lado de la línea. Un momento después, me tendió el teléfono y me dijo —: Ahora nos pasan con el abogado.

Puse el altavoz mientras sonaba la línea. Enseguida, se oyó una voz:

—Hola, está usted hablando con Frank Silber.

—Eh, sí, hola… Está usted hablando con Shay Zucconi —dije.

—¡Señorita Zucconi! Hace un mes que estamos intentando localizarla —exclamó, y sus palabras se entremezclaron con una carcajada.

Miré el frente del sobre. No hace falta decir que tenía mi dirección anterior, la del

apartamento donde vivía antes de mudarme con mi ex.

—Sí, me mudé hace poco.

—Bueno, ahora que la he encontrado —dijo, sin dejar de reírse en tono divertido—, le explico las condiciones de su herencia.

—Respecto a eso —respondí, sin prestar atención a Jaime, que arqueaba las cejas—, creo que no está hablando con la persona correcta. Tal vez debería contactar con el hijo de Lollie o con sus nietos. Francamente, no creo que me corresponda nada.

—Su abuelastra dejó muy claros sus deseos —señaló—. Revisamos juntos su testamento unos tres meses antes de su muerte. Esto es lo que ella quería.

—Bueno, pero… —No supe qué más decir y Frank aprovechó mi silencio.

—La herencia de su abuelastra la nombra a usted, Shaylene Marie Zucconi, como única beneficiaria de la residencia, los establecimientos de la granja y los terrenos de cultivo conocidos como Granja Thomas Twins, comúnmente denominados Twin Tulip, situados en el número ochenta y uno de Old Windmill Hill Road, en Friendship, Rhode Island.

—Es una locura —dije—. No entiendo por qué querría dejarme la granja a mí.

—No puedo hablar por Lollie, pero sí recuerdo que en varias ocasiones dijo que usted sabría qué hacer con ella —puntualizó.

Me miré los pantalones cortos y la camiseta de tirantes que usaba de pijama.

—Ni siquiera sé qué hacer con mi vida, Frank. Todas esas hectáreas me parecen demasiada responsabilidad.

Soltó una risita sonora, como si no creyera que estaba siendo del todo sincera, y continuó:

—Hay dos condiciones importantes que tengo que explicarle. Primero, deberá vivir en la propiedad al menos el cincuenta por ciento del año y…

—Pero yo trabajo en Boston —lo interrumpí—. No puedo trasladarme desde Rhode Island todos los días.

—Si no está dispuesta o no puede cumplir las dos condiciones establecidas por el fideicomiso, la propiedad pasará a manos del pueblo de Friendship —explicó.

«¿Por qué Lollie me haría algo así?», pensé.

Busqué a Jaime con la mirada, negando lentamente con la cabeza. Ella levantó las manos y, encogiéndose de hombros, sugirió:

—En última instancia, podrías devolvérsela a los pueblos indígenas a los que casi seguro se la robaron.

Silencié la llamada mientras Frank me explicaba por qué la granja quedaría para el pueblo.

—Ella se ocupó de eso hará unos cuarenta años. Devolvió muchas tierras. —Esperé en silencio mientras Frank le gritaba algo a su asistente—. La familia se puso furiosa, pero a ella no le importó.

—Me cae bien esta señora —comentó Jaime.

—Y la segunda condición —continuó Frank— era la más importante para Lollie. Su familia ha vivido y trabajado esa tierra desde principios del 1700, y ella quería que esa presencia familiar perdurara. Para que usted pueda heredar plenamente la propiedad al finalizar el año condicional, debe presentar a la sucesión prueba de matrimonio o pareja de hecho en el plazo de ese año.

—Entonces —empecé a preguntar, pero me interrumpí para darle un trago a mi infame sangría—, ¿tengo que mudarme a Rhode Island, vivir en una granja y casarme? ¿Y soy la única que tiene la posibilidad de hacerlo? ¿Ni los hijos de mi padrastro ni ninguna otra persona?

Se oía como si Frank estuviera revolviendo papeles.

—Es lo que decidió Lollie. Sin embargo, no hay problema en que ceda la propiedad al pueblo.

Con eso, se daría fin a la tradición de que una misma familia haya explotado esa granja durante tres siglos, aunque entiendo que no todas las tradiciones necesariamente han de continuar a perpetuidad. Estoy seguro de que Lollie también lo entendía.

—Yo ni siquiera era un pariente real. —Esas palabras sonaron como una pobre excusa, y lo eran. La abuela Lollie había sido lo más real que había tenido. Nunca había mantenido una relación cercana con mi madre o mi padrastro. Para ellos, como mucho, había sido una pesadilla en términos de organización. A los hijos de mi padrastro solo los había visto algunas veces, pero todos me llevaban diez o quince años y vivían en distintos lugares—. Lollie era mi abuelastra.

—Como dije, Lollie creía que usted sabría qué era lo mejor para la granja. —Hizo un ruido fuerte y gangoso—. Según tengo entendido, sus otros nietos han expresado poco interés en siquiera visitar las tierras de la familia.

—Pero se podría volver a hablar con ellos, ¿no?

—El tema es que las herencias no funcionan así, señorita Zucconi —señaló Frank riendo.

—Está bien. Pero como no me voy a casar y no puedo mudarme a Rhode Island, supongo que no puedo aceptar la herencia —respondí, pero esas palabras me resultaron dolorosas. Hacía años que no iba a la granja, desde poco antes de que la abuela Lollie se mudara a Florida y se la arrendara a una pareja joven para que se encargara del cultivo de los tulipanes, pero en mi mente seguía existiendo como un lugar al que siempre podría acudir.

Hasta ese momento.

—No tiene que tomar la decisión ahora mismo —dijo Frank—. La granja es suya por un año. Piénselo tranquila. No hace falta entregar la propiedad al municipio antes de lo necesario. Tómese el año. Mientras tanto, mi asistente le enviará las llaves y la documentación por correo urgente.

Le di a Frank la dirección de Jaime, y se despidió. De inmediato, volví la vista a las cajas y los cestos abarrotados que cubrían la pared. Todas mis posesiones cabían en esos bultos. En una época me había prometido que dejaría de ir con una maleta a cuestas. Que mi vida ya no sería portátil. Que dejaría de andar de aquí para allá. Que ya no volvería a vivir así.

Pero allí estaba, con treinta y dos años, y otra vez inmersa en una situación temporal sin la menor idea de lo que iba a pasar con mi vida.

A menos que… pudiera decidir lo que iba a pasar.

Mi vida no tenía que girar en torno a otra persona. Eso se había acabado. Podía hacer lo que quisiera.

Jaime me miró con insistencia.

—¿Cómo estás?

—Bien —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Llegó el momento entonces? ¿Nos casamos? —preguntó.

—No podría hacerte algo así —le respondí, negando con la cabeza.

—Lo haría por ti —subrayó.

—No vamos a casarnos. Si pienso en el matrimonio más de unos segundos, seguro que me cae un rayo encima, por no hablar de que perderás toda credibilidad como bisexual caótica. Todo el mundo conoce tus posturas sobre la monogamia y las uniones legales.

—Podríamos tener un matrimonio abierto —dijo.

Realmente no podía haber en mi vida mejor persona que Jaime.

—Eres demasiado buena conmigo. Y te agradezco el ofrecimiento. Pero todo lo que sé de granjas cabría en esta copa —argumenté, levantando la copa que tenía en la mano—. No sé. Todo esto es ridículo. No puedo… Quiero decir, en realidad, nunca me gustó vivir en ese pueblo.

Pero fui medianamente feliz en la granja y no tengo muchas… Bueno. Mmm.

Conté las cajas y demás bultos. No eran tantos. Si los colocaba bien, entraría todo en mi coche. Podía recoger todas mis cosas e irme. Podía irme en ese mismo instante si quería. No necesitaba esperar las llaves. Sabía dónde Lollie tenía escondidas las de repuesto.

Además de que efectivamente podía irme, tenía la sensación de que debía irme. La granja de la abuela Lollie era el único lugar que siempre había sentido como mi hogar, y me quedaba un estrecho margen de tiempo antes de perderlo. Tenía que ir mientras aún fuera mío.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Jaime—. Conozco esa cara. Es la misma cara que pusiste hace unos años cuando decidiste replantear toda la unidad sobre manzanas y calabazas dos días antes del inicio de curso. Es la cara que pones cuando se te ocurre alguna locura.

Aparté la mirada de las cajas y le sonreí. Jaime era maestra de primer curso y daba clase al lado de mi aula de preescolar.

—Ninguna locura —le contesté—. Pero tengo buenas noticias.

—¿Qué noticias son esas?

—Me voy de tu sofá para siempre.

—¿Y adónde piensas ir, cariño?

Me terminé la copa.

—Mañana me mudo a Rhode Island.

Jaime se dejó caer sobre los cojines.

—Así que es eso, ¿no?

—¿El qué?

—El comienzo de tu etapa canalla —dijo—. La etapa del «no me jodas, qué me importa, tiro toda mi vida por la borda y empiezo de nuevo solo porque me da la gana».

Lo medité un segundo. Era cierto, ya todo me importaba una mierda. Y, si mi infame sangría y el pijama que llevaba puesto todo el día eran indicio de eso, me daba igual. La única salida que tenía era deshacerme de los escombros de mi vida. Y esa idea fue como la primera bocanada de aire fresco que respiraba en mucho tiempo.

—Sí. Puede ser.



—Quiero apoyarte —me dijo Jaime, mientras yo cargaba una caja tras otra en el asiento trasero del coche—. También quiero quedarme tranquila de que no te estás lanzando de cabeza a un estado depresivo y destructivo.

—Tengo un nivel considerable de depresión —le respondí, ya sentada en mi todoterreno. Dos días después de hablar con Frank, había reducido mis cosas a lo esencial, había pedido un permiso en la escuela y me sentía real y genuinamente viva por primera vez en mucho tiempo—. El nivel justo, dadas las circunstancias.

—¿Y qué me dices de la parte destructiva? Tomarse un año sabático y dejarme dando clases con vaya una a saber quién resulta un poquitín destructivo.

Saqué la cabeza del coche para mirarla.

—Perdona —dije—. No era mi intención perjudicarte con todo esto. Es que… —Desvié la mirada hacia la calle un momento.

—Necesitas alejarte de todo —precisó—. Te entiendo. Pero ¿sabemos algo sobre Friendship? El nombre ya suena sospechoso, y que sea un pueblo pequeño no significa que sea un buen lugar

para vivir.

—Es un pueblo pequeño y tranquilo en la bahía de Narragansett. Tiene una cala que lo divide por la mitad —agregué, haciendo un gesto con las manos para describir los dos lados—. De un lado, hay granjas familiares de toda la vida y, del otro, una zona residencial con árboles, casas y escuelas, todo del siglo pasado. No es gran cosa.

—A ver —dijo, llevándose las manos a la cintura—, no habrá osos, ¿no?

—¿Cómo? No. Que yo sepa, no. No, no hay osos. Nunca oí hablar de osos mientras viví allí, cuando estaba en el instituto. —Clavé la vista en la acera. Lo que me faltaba: estar preocupada porque hubiera osos.

—¿Y qué vas a hacer en la granja? —continuó Jaime—. Hace seis años que nos conocemos y ni una sola vez en todo este tiempo me has dado a entender que sepas algo sobre tulipanes o cómo se cultivan.

—No sé nada —dije, con una carcajada—. No tengo la más remota idea de lo que voy a hacer con los tulipanes, ni con la tierra, ni con nada. Pero voy a hacer suplencias en la escuela local y… No sé. —Lo positivo de vivir con mi ex en un apartamento suyo durante los últimos dos años era que había reunido una buena cantidad de ahorros. Podía permitirme ser un poco imprudente. Y el anillo de compromiso guardado en el monedero me garantizaba que podría ser un poco más imprudente si lo necesitaba—. Lo iré pensando sobre la marcha.

El único plan era que no tenía plan, y eso no iba a frenarme. No tenía ningún sentido, pero tampoco tenía sentido el resto de mi vida en ese momento. Era mejor dejar de luchar contra eso.

Me pasó el último de los cestos de ropa, cargado con sábanas, una olla de hierro fundido, tres cajas de galletas de queso y una maraña de cables de cargadores.

—Espero informes regulares de tu parte, y no me refiero a algún mensaje de vez en cuando. Me vas a hacer videollamadas, ¿entendido? No me obligues a ponerme en contacto con el Departamento de Policía de Friendship para mandarlos a comprobar que estás viva.

—Te voy a llamar —le aseguré—. No hemos pasado más de un par de días sin hablar en años. ¿Crees que voy a empezar ahora?

—Estás empezando muchas cosas que no sueles hacer —dijo, haciendo un gesto con los brazos hacia el coche—. Solo quiero dejar claras las reglas. Y no te comas una caja entera de galletas de queso en el camino; te va a doler el estómago y te vas a poner de muy mal humor.

—Sí, mami —le respondí en broma.

—Tú bromeas, pero te lo digo muy en serio —replicó—. Sé lo que pasa cuando te das un atracón de *snacks* de queso.

—Te llamo en cuanto llegue —dije, y me bajé para abrazarla—. Gracias por ser tan mamá.

—De nada —respondió, apretándose contra mi hombro—. Estoy a una llamada de distancia. Me avisas y salgo hacia allá.

—No tienes coche, James. Y no sabes conducir —le recordé.

—Le pido a Audrey que me lleve —respondió—. O mejor a Grace. No le importan los límites de velocidad. El caso es que estás a menos de dos horas al sur y allí estaré cuando me necesites. O cualquiera de las demás. O todas.

—Lo sé —dije, asintiendo con la cabeza.

—Apenas te instales y logre organizarme con todas, vamos a visitarte un fin de semana —propuso—. Si para entonces no te has aburrido como una ostra de vivir en el campo y has vuelto a mi sofá.

Quería decirle que no iba a volver al sofá, pero no estaba convencida de que fuera cierto. Probablemente, iba a llegar allí, recordaría todas las cosas que había odiado de Friendship y daría

media vuelta.

Pero tenía un año para disfrutar de la granja familiar de mi abuelastra antes de perderla para siempre. Quería exprimir ese tiempo allí, antes de tener que renunciar al regalo inesperado de la abuela Lollie.



No odié Friendship al minuto de llegar, pero sí me fastidió encontrarme con los cuatro camiones vaca estacionados en la entrada de la casa de la abuela Lollie.

Literal: camiones pintados como si fueran vacas. Negros con manchas blancas y pestañas gruesas alrededor de los faros. Las puertas del lado del conductor tenían pequeños carteles con los nombres de Buttercup, Clarabelle, Rosieroo y Gingerlou. Y los camiones me impedían llegar a la casa. Casi no podía ver la vieja casa victoriana ni el porche amplio y elegante que rodeaba la parte delantera. Las torres gemelas del tejado —porque en esta zona todo se hacía de a pares— se asomaban hacia el cielo despejado por encima de los camiones, y la vista cobraba un aire circense que me resultó insoportable.

Thomas House era la extravagancia en su máxima expresión, con una fachada de estilo pan de jengibre pintada en tonos verdes y adornos en rosa y morado brillante. Un jardín de flores silvestres en forma de corazón se mecía con la brisa. Detrás de dos hayas enormes, de ramas gruesas y bajas, pensadas para sentarse a leer en los días de verano, un rosal había invadido por completo el armazón de hierro de una cama vieja, formando un auténtico lecho de rosas. Y había metros y metros de tulipanes plantados en hileras sinuosas y desordenadas. Todo era deliberadamente estrafalario.

Y los camiones vaca no formaban parte de esa extravagancia estrafalaria.

Bajé la ventanilla para ver mejor el camión que tenía más cerca.

—¿Qué demonios es esto? —murmuré.

En los laterales se leía «Granjas Little Star», en letra gris azulado de estilo *vintage*, con cuatro estrellas dibujadas a mano sobre las palabras. No recordaba ninguna granja con ese nombre en la zona, pero, aunque así fuera, ¿por qué iban a estar sus camiones estacionados allí? La primera y única explicación que se me ocurrió no fue precisamente benévola. Supuse que esa granja estaba usando la propiedad de Lollie como depósito de chatarra. Cogí el teléfono y busqué «Granjas Little Star». Tenía que haber un número de teléfono de ese lugar, y los iba a llamar para que se llevaran sus camiones vaca a pastar a otro lado.

Cuando apoyé el pulgar en el número de teléfono, mi vista recayó en la dirección: Old Windmill Hill Road. La granja estaba justo al final de la calle.

—Mejor todavía —dije, retrocediendo por el sendero de grava hasta la carretera—. Resolveremos el misterio de las vacas en persona.

No recordaba todas las granjas y familias de los alrededores, pero sí me acordaba de los vecinos de Lollie, y no eran productores de leche. Tenían huertas; manzanas y bayas, y cosas por el estilo. Cuando vivía allí, ayudaba a Lollie en la granja, sobre todo atendiendo la caja registradora en abril y mayo, cuando venía gente a recoger sus cosechas, pero no sabía lo suficiente sobre agricultura como para decir si una huerta podía transformarse en una granja lechera. No creía que fuera posible, pero ¿quién sabía?

Aceleré por Old Windmill Hill hacia la propiedad que ahora se llamaba Granjas Little Star, más decidida a reparar ese agravio que ninguna otra persona en toda la historia de la humanidad.

Cuando llegué a la cima de Old Windmill Hill —con el molino de viento de cuatrocientos años que le daba nombre a un lado—, doblé por el camino señalizado con un gran cartel con el nombre Granjas Little Star. Debajo había varios carteles más pequeños que anunciaban pan recién horneado, arándanos locales, mermelada casera y miel de flores silvestres.

El lugar estaba repleto de gente trabajando. Había camiones a ambos lados del camino de grava y se veían varios invernaderos y otras instalaciones grandes a lo lejos, con puertas altas abiertas de par en par. La vieja granja seguía donde la recordaba, pero estaba cambiada: habían ampliado la fachada para convertirla en un local comercial.

Aparqué con torpeza, la mitad en la grava y la otra mitad en el césped pisoteado que conducía a los invernaderos. Fue lo mejor que pude hacer, teniendo en cuenta que no había lugar en la zona de estacionamiento. La fila para entrar en la tienda no hizo más que alimentar mi frustración. La necesidad de llevar pan y mermelada a la comunidad no podía ser tan grande como para que esa gente tuviera que dejar sus vacamóviles donde les diera la gana. ¿Y de dónde demonios se suponía que había salido toda esa gente?

En lugar de esperar en la fila para hablar con alguien de la tienda, me encaminé a los invernaderos. Pasé delante de un almacén lleno de maquinaria y vehículos todoterreno y de otro edificio repleto de fardos de heno. Intenté atraer la atención de los trabajadores, pero estaban ocupados descargando materiales con un montacargas, o transportando un tramo enorme de alambrada, o dándose órdenes a gritos e insultándose unos a otros. Por lo visto, no repararon en mi presencia.

Si hasta ese momento había tenido una actitud decidida, ahora estaba enfadada, y había algo extraño en ese enfado. Era extraño tener esa sensación. Cuanto más tiempo pasaba allí, asándome bajo el sol de la tarde y oyendo de fondo los gritos de los trabajadores, más claro me quedaba que no estaba completamente abatida. Me había sentido viva desde el instante mismo en que había trazado el plan sin plan de viajar allí, pero en ese momento me sentía como si hubiera salido de un coma inducido por la vergüenza.

Distraída por semejante constatación, no reparé en el hombre que se acercaba por el camino ni en la niña que correteaba a su lado. Estaba tan distraída que no vi el parche en el ojo de la cría ni la espada de plástico que agitaba entusiasmada.

Solo cuando oí «¡Atención! ¡Tierra a la vista!», logré salir de mis pensamientos para encontrarme ante una niña pirata de la mano de un hombre barbudo y altísimo. El hombre llevaba una mochila rosa al hombro y una bolsa de almuerzo de tela colgando de la mano. Tenía una gorra con la insignia de Little Star y unas gafas de sol oscuras que le tapaban los ojos y, en ese momento, me pareció que iba a pasar de largo e ignorarme como habían hecho todos los demás.

—¡Abran paso! —exclamó la niña, deslizándose el parche hacia la frente. Era un parche decorativo, no funcional.

El hombre no pareció darse cuenta de mi presencia hasta que la cría apuntó su espada en mi dirección, pero en ese momento a él se le cayó la bolsa del almuerzo y murmuró algo para sí entre la polvareda que se levantó a su alrededor. Luego me preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Estoy aquí —solté, dominada por la furia que acababa de despertarse en mí— porque hay unos camiones de esta granja bloqueando la entrada a la mía, y estoy intentando encontrar a alguien que pueda moverlos. Lo antes posible.

—¡Mirad eso! —gritó la niña.

Le sonreí con gesto cómplice y asentí con la cabeza porque los niños solo necesitan que les

presten atención, y ella estaba poniendo todo su empeño en su papel de pirata. Luego me volví a centrar en el hombre que estaba a su lado.

—¿Sabe quién está a cargo de esto?

—¿Si sé quién está a cargo? —repitió él con voz pausada, como si fuera yo la que estuviera haciendo el papel—. Sí, supongo que sí.

—¿Puede decirme dónde encontrar a esa persona? —dije, extendiendo los brazos.

Negó con la cabeza un instante y se inclinó para recoger la bolsa caída. Se la entregó a la niña y se cruzó de brazos.

—Aquí —dijo—. La ha encontrado.



Capítulo dos

NOAH

El alumnado será capaz de reprimirlo todo.

Maldita Shay Zucconi.

En mi pueblo. En mi granja. Y no me había reconocido.

Pensándolo bien, era lógico.

—¿Eso que llevas puesto es un mono? —le preguntó Gennie, por fin prescindiendo un momento de la voz de pirata. Caminó alrededor de Shay para observar su ropa de todos lados—. Parece un mono. ¿Cómo lo haces para ir al baño?

Shay le sonrió sin la menor señal de fastidio. Me sorprendió. Pensaba que no le haría ninguna gracia una niña de seis años que no podía guardarse un solo pensamiento o que le haría algún comentario cortante y después la ignoraría.

Al fin y al cabo, Shay Zucconi estaba muy por encima de ese lugar. De todos nosotros.

—Se llama mono —le dijo Shay. Parecía que estuviera hablando con una amiga—. Lo que más se parece a un mono para adultos son los bodis y son mucho más prácticos para ir al baño. Estas cosas —dio media vuelta, señalando la cremallera de su espalda— son una pesadilla. Soy Shay. ¿Cómo te llamas? —le preguntó, tendiéndole la mano.

Gennie se escondió detrás de mí, en un repentino arrebato de timidez. Sentí sus dedos enredarse en mi camiseta.

—Gennie —le respondió en un susurro.

—Encantada de conocerte, Gennie —dijo Shay, haciendo un saludo con la mano.

Realmente quería odiarla, y por un millón de razones diferentes, pero, sobre todo, porque había reaparecido después de tantos años y no me había reconocido. No es que quisiera que nadie fuera cruel o despectivo con Gennie —ya había sufrido bastante—, pero habría preferido terminar ese intercambio disgustado con Shay. Me habría ido muy bien.

En cambio, Shay señaló la falda a rayas de Gennie, una que tenía el dobladillo todo deshilachado porque la niña era un peligro con las tijeras, y le dijo:

—Vaya, ¿y ese *look* que llevas? Es fantástico.

—Me gusta el blanco y negro —dijo Gennie, alejándose de mí para darse la vuelta—. Son mis

colores favoritos, pero Noah dice que debería probar otros.

Shay se llevó la mano al colgante en forma de diamante que tenía a la altura de la garganta y lo deslizó de un lado al otro varias veces mientras parpadeaba mirando a Gennie. Fue apenas un segundo, pero enseguida clavó la vista en mí. Zip, zip, zip.

—¿Noah? —dijo en voz baja, soltando por fin el colgante para llevarse las gafas de sol a la cabeza, y se quedó mirándome con la boca abierta. Sentí calor en el cuello—. ¿Noah *Barden*? ¿Eres tú? ¿Por qué no me has dicho quién eras? Eres la última persona que esperaba encontrar en Friendship.

Eso era totalmente cierto.

—Lo mismo podría decir de ti —le respondí.

Desvió la vista hacia las suaves ondulaciones que nos rodeaban y negó con la cabeza muy lentamente con la mirada perdida en la distancia.

—Sí, bueno, no era algo que estuviera en mis planes.

Si Shay tenía intenciones de explicar por qué demonios había vuelto después de catorce años y la promesa adolescente de no regresar jamás, ese habría sido un buen momento. También habría sido el momento ideal para que yo hiciera lo mismo.

Pero el momento pasó, y Gennie se detuvo junto a Shay y se puso a jugar con el brazalete que llevaba en la muñeca.

—Tienes un pelo muy bonito —le dijo.

—Gracias. Hace poco que lo tengo así —confesó Shay, llevándose una mano a su melena rubio fresa—. Todavía me estoy acostumbrando.

—Se te ve estupenda, Shay. Los años te han tratado bien —dije, lo cual era una estupidez porque ya no éramos los mismos chicos de antes, y lo último que necesitaba era volver a tener un problema como Shay. Incluso si el paso de los años se había llevado a esa chica inolvidable de ojos felinos y larga cabellera rubia para transformarla en una mujer inolvidable de pelo rosa y curvas demasiado exuberantes como para contemplarlas bajo aquel calor. Seguía siendo más bien baja y seguía teniendo la piel radiante como la seda, sin una sola peca que perturbara semejante perfección.

—Es muy atento de tu parte, pero está lejos de ser cierto —respondió, haciendo un gesto de arriba abajo en mi dirección. En ese instante me di cuenta de la magnitud de mi estupidez. No podía hacer una observación sobre su aspecto sin que eso le hiciera notar el mío. Nadie sabía mejor que yo lo que era que su cuerpo fuera una fuente constante de comentarios—. Tú, en cambio, estás casi irreconocible. —Volvió a hacer el gesto de arriba abajo con la mano—. Has crecido como medio metro. Estás altísimo.

—Noah mide cien metros —dijo Gennie, sin apartar la vista del brazalete de Shay.

—Veinte centímetros nada más. —Me metí las manos en los bolsillos, a la espera del siguiente comentario. Desde que había vuelto a Friendship, lo primero que la gente mencionaba al verme era lo mucho que había adelgazado y cuánto se me había mejorado la piel. Una vez que terminaban de repasar mi historia de niño gordo tan lleno de acné como para que fuera memorable, enseguida pasaban a lo que fuera que necesitaran de mí: que patrocinara el equipo de sóftbol, pagara un expositor en algún evento próximo, donara una cesta para una subasta de beneficencia, formara parte de un nuevo comité, rescatara la granja de alguna familia antes de que se subastara…

Pero lo único que dijo fue:

—Me alegro mucho de verte, Noah. —Y volví a ser un chico de dieciséis; de dieciséis, condenadamente torpe y absolutamente intimidado por esa chica.

Y eso, bajo ningún concepto, podía continuar.

—Sí, igualmente. En cuanto a los camiones que viste en Twin Tulip… —dije, pasándome una mano por la nuca, que, como de costumbre, parecía de hormigón—. Los muchachos no dejaban de ver intrusos que aparcaban allí para bajar por ese pequeño atajo que hay en el bosque, el que lleva a la cala. Y pusimos algunos camiones de reparto que ya no están en circulación para dificultar el estacionamiento. —Levanté un hombro, el que tenía colgada la mochila rosa que Gennie me había lanzado al segundo de bajarse del autobús. Odiaba la mochila rosa, pero adoraba el pelo rosa de Shay. Por supuesto. Era lógico—. No sabíamos que iba a venir alguien.

Shay arrugó las cejas y puso una cara que realmente no entendí.

—Yo tampoco sabía que iba a venir.

—Tus pendientes no hacen juego —anunció Gennie—. ¿No tendrían que ser iguales?

—No veo por qué —repuso Shay—. Si no puedo hacer algo divertido con mis pendientes, ¿para qué ponérmelos?

Busqué mi teléfono en el bolsillo trasero.

—Ya mismo me encargo de que se lleven los camiones.

—Espera un segundo —dijo entre risas, agitando los brazos mientras yo escribía un mensaje de texto a toda prisa—. ¿Qué es eso de los camiones pintados como vacas? ¿Y esta granja lechera? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué pasó con la huerta? —Señaló mi gorra—. ¿Y eso? ¿Granjas Little Star? ¿Qué es *todo* esto?

Le sostuve la mirada, con el corazón en la garganta. Tuve la certeza de que ya me tenía en el bolsillo y que tendría que dar mil explicaciones mientras ella me dejaba hecho pedazos, pero…

—¡Está todo tan cambiado! —exclamó, señalando los invernaderos y la granja—. No lo puedo creer. ¿No había allí una hilera de arbustos de bayas? Una fruta rara… ¿Qué eran? Algo como *frambuellas*.

—No existen las *frambuellas*. Quieres decir grosellas —expliqué.

—Deberían existir las *frambuellas* —murmuró Gennie.

—¡Sí! Eso. Grosellas —dijo Shay—. ¡Ya no están!

—No las compraba nadie. Tenerlas era malgastar recursos —señalé—. En fin. Y la granja lechera… Bueno, mi padre no se pudo negar cuando le ofrecieron comprar las granjas vecinas, pero tampoco supo qué hacer con todas esas propiedades. Cuando tomé las riendas, unifiqué el negocio, incluida la granja lechera de McIntyre. Distribuimos en toda la región y hacemos entregas a domicilio. Leche, productos agrícolas, pan. Nada del otro mundo.

Gennie aprovechó ese momento para clavar su espada en el suelo y anunciar:

—Estoy más aburrida que una puta ostra.

Hay que reconocer que Shay no mostró la menor reacción ante el exabrupto de Gennie. Simplemente parpadeó y me miró.

—Imogen —dije en tono seco—. Por cosas como esta te echaron de la escuela de verano. Ya hemos hablado del tema. No puedes…

—Pero es que así de aburrida estoy —me contestó. Se volvió hacia Shay, la tomó de la mano y le dijo—: ¿Quieres venir a ver las cabras? Son muy simpáticas.

—Gennie —le habló Shay, buscándome con la mirada—, creo que Noah está intentando hablarte de esa palabra de adultos que acabas de usar. ¿Qué te parece si primero lo escuchas antes de hacer planes para ir a ver a las cabras?

Gennie asintió con la cabeza y se volvió hacia mí haciendo una mueca de impaciencia, como diciendo que iba a consentir la leve molestia de escucharme, pero únicamente porque a Shay también le parecía una buena idea.

Con público observándome, se me borró de la cabeza cómo ponerle límites a semejante mocosa.

—No puedes usar esa palabra —le dije—. Ya lo hemos hablado. No puedes usar esa palabra ni ninguna otra que se le parezca.

Gennie arrastró la punta del pie por la tierra. Se encogió de hombros y respondió:

—Lo voy a intentar.

La miré con seriedad unos segundos. Sabía que era la promesa más endeble que podía existir y que lo que más quería era terminar esa conversación para ir a mostrarle las cabras a Shay. Estaba claro que ya se había encariñado con ella.

Así pasaba con Shay. Bastaba con mirar un minuto esos ojos felinos y estabas perdido.

De haber sido inteligente, habría puesto fin a la situación en ese momento. Habría puesto a Gennie a hacer sus tareas y habría mandado a volar a Shay.

Pero cuando se trataba de Shay, no podía ser inteligente. Nunca había podido.

—Me gustaría que hicieras algo más que intentarlo —insistí—. Y Shay no es tu prisionera, Gen. Seguramente tiene cosas que hacer —llevé la vista a la última mujer en el mundo a la que esperaba encontrar en mi propiedad— o algo por el estilo.

Gennie dio un pisotón.

—Te prometo que no voy a volver a decir la palabra que empieza con p el resto del día. —Miró a Shay con una sonrisa radiante, ya sin rastro de rebeldía, y le preguntó—: ¿Quieres venir a ver las cabras o tienes cosas que hacer?

Encogiéndose de hombros, Shay le respondió:

—Me encantaría conocer las cabras.

Gennie la tomó de la mano y salió disparada por el camino que separaba los invernaderos. Yo las seguí a un ritmo más moderado, viéndolas reír y escuchando a Gennie explicarle a Shay todo lo que había en la granja.

—No me dejan entrar en ese campo —le contó, apuntando con la espada hacia las cajas blancas que se veían a lo lejos—. Es para las abejas, y Noah dice que están muy ocupadas haciendo miel y no pueden ser amables conmigo.

—Tiene razón —dijo Shay, sonriendo por encima del hombro.

Shay siempre había tenido un rostro que parecía diseñado para sonreír. No todo el mundo tiene un rostro perfecto para sonreír, pero Shay sí. Tenía la comisura de los labios curvada hacia arriba, como si estuviera esperando un motivo para sonreír.

Y cada vez que me dedicaba una de esas sonrisas… Bueno, mi versión adolescente había vivido y muerto por esas sonrisas.

Me quedé mirando las abejas y deseé que me hicieran recuperar el juicio a fuerza de aguijonazos.

—Ese es el invernadero que usa Noah para sus proyectos secretos —siguió Gennie, apuntando la espada hacia una estructura vidriada alejada de los demás invernáculos—. No tengo permitido entrar ahí.

—Nadie tiene permitido entrar —repliqué—. Y no son proyectos secretos. Son cosas en las que no quiero que nadie se entrometa hasta que no estén terminadas.

—Suena a proyectos secretos —comentó Shay en broma.

Bajaron trotando por una pendiente suave, sin soltarse de la mano, hasta llegar a los terrenos que habían pertenecido a los McIntyre. Era un lugar tranquilo, con árboles que lo protegían del fuerte viento que entraba desde la bahía. Las cabras parecían estar a gusto allí.

—Y esa, la que tiene un lunar blanco cerca del ojo, es Lunita. Yo le puse Lunita. Por el lunar

blanco —explicó Gennie.

—Tiene lógica —comentó Shay.

Se volvió y me miró. Me había quedado a unos cuantos pasos, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si pudiera protegerme de esa mujer. Desvié la mirada hacia la lejanía.

—Viene gente a hacer yoga con las cabras —continuó Gennie—. Y siempre hay alguien que grita cuando alguna cabra se le sube encima.

—Yoga con cabras —enfatizó Shay—. Guau. Este lugar sí que ha cambiado.

—Fue una idea del centro de yoga del pueblo y… —Levanté una mano, deseando encontrar una forma sencilla de explicarle que sí, que «este lugar ha cambiado horrores en los últimos quince años y que, si no te hubieras ido y te hubieras olvidado de mi existencia por completo, estarías enterada de ello»—. Los alumnos limpian la tienda después de las clases. Es positivo para el negocio.

—Positivo para el negocio —repitió Shay, mirándome de arriba abajo—. Qué bien.

Estuve a punto de responder a esa mirada escrutadora, de decirle que *alguien* tenía que ocuparse de que el negocio funcionara, pero Gennie trepó la cerca y se arrojó al corral de las cabras, con espada y todo, gritando:

—A esa le puse Rosita. ¿La ves? Esa. Aunque no es rosa. Es solo un nombre bonito. Y esa es Cora. Noah me dijo que le pusiera Cora, pero me parece un nombre tonto.

—Que no te guste no significa que sea tonto —repuse.

—¿Está bien que esté ahí? —me preguntó Shay.

—Son inofensivas. Lo peor que puede pasar es que la tiren al suelo y a ella le divertiría. —Me encogí de hombros—. Además, ¿te da la impresión de que podría detenerla?

—Cierto —murmuró Shay. Después de un rato de escuchar a Gennie contarle el nombre de cada cabra y de ver cómo intentaba atrapar a la más pequeña del rebaño y terminar cayendo al suelo muerta de risa mientras la cabra le lamía el rostro, me miró de nuevo—. No puedo creer que estés aquí, con cabras y un invernadero con proyectos secretos y una *niña*.

Había tantas cosas que quería decirle y la mayoría no eran agradables. Pero, más que nada, quería decirle que no podía creer que *ella* estuviera allí. Odiaba que estuviera allí, de hecho. No me hacía ninguna gracia que, con apenas una sonrisa, me despojara de todo el resentimiento y el desprecio que había acumulado durante tantos años.

En cambio, exclamé:

—Gennie, si no tienes cuidado, vas a perder esa espada.

—Está bien —me respondió, forcejeando para quitarle la espada a Lunita—. Ahora tenemos que ir a ver a los perritos. Shay quiere conocer a los perritos.

Miré a Shay con una ceja levantada.

—Si te descuidas, te tendrá aquí toda la noche.

—¿Tantos perros tienes? —preguntó, divertida—. Gracias por preocuparte, pero no es necesario que me rescates. No de tu hijita. Es un encanto, Noah.

Podría haberle dicho la verdad. Podría haber aclarado que Gennie era mi sobrina, que yo era su tutor legal y que no tenía una esposa esperándome en casa. Que nada había sido como normalmente suceden las cosas.

Sin embargo, lo único que pude hacer, una vez más, fue limitarme a mirarlas alejarse, rumbo al corral de los perros, corriendo una al lado de la otra. Caí en la cuenta de que hacía años había logrado superar mi timidez más extrema hasta que había aparecido Shay para hacerla resurgir en toda su intensidad.

Molesto, negué con la cabeza mientras observaba las cabras.

—¿Tan difícil era hacer alguna cosa brusca o agresiva? En las clases de yoga parece que no os cuesta. Te comiste el sombrero de esa señora el otro día, Rosita, ¿y ahora eres toda una dama? ¡Qué oportuna!

Las cabras levantaron la cabeza en mi dirección y balaron indignadas.

Me arranqué la gorra, me sequé la frente con la mano y empecé a caminar hacia el otro extremo del campo. Era perfectamente consciente de que podría haber regresado a mi trabajo y dejar a Gennie y Shay solas con los perros. No tenía necesidad de quedarme rondando. No tenía nada que vigilar. Gennie conocía bien la granja y Shay… Bueno, me importaba una mierda Shay.

Lo cual no era cierto, pero prefería pensar eso a la otra opción.

Cuando llegué al corral de los perros, lo primero que oí fue la risa de Gennie. Tenía una risa fuerte y contagiosa, de esas que salen del estómago, y cada vez que la oía me arrancaba una sonrisa. No se reía así con frecuencia. No reía mucho en realidad.

La encontré contra la cerca, con un par de viejos *golden retrievers* husmeándole los bolsillos. Era altamente probable que se hubiera guardado comida. Era un milagro que las cabras no la hubieran encontrado primero.

—¿Los perros pueden comer rosquillas? —preguntó entre risas.

—Un pedacito —le dije.

Shay la observó mientras partía en migajas la rosquilla que había estado guardando desde quién sabría cuándo y se las daba directamente de la palma de la mano. Algunos de los otros perros rodearon a la recién llegada y la olfatearon aceptando las caricias en la cabeza que repartía a unos y otros. La mayoría simplemente estaban echados al sol, otros se asomaban desde el interior de las perreras. No había mucho movimiento en el corral.

Shay señaló a un perro viejo que tenía apoyado en la pierna y me habló:

—¿Cuánto hace que tenéis todos estos animales, Noah? No recuerdo que antes hubiera… —hizo un gesto con la mano en dirección a los diez o doce perros que la rodeaban— una cosa así.

—Los tenemos para que no se mueran —apuntó Gennie, todavía concentrada en repartir los trocitos de la rosquilla.

Shay me miró con cara de «*¿qué demonios significa eso?*».

Desvié la vista hacia las cabañas donde vivía parte del personal de la granja. Era más fácil que mirar a Shay a los ojos.

—Adoptamos perros viejos que no consiguen hogar para que tengan un lugar cómodo donde pasar sus últimos días. —Levanté la barbilla en dirección a las cabañas—. A la gente le gusta que haya perros alrededor.

—Y también tenemos gallinas —agregó Gennie—, pero son unas tontas hijas de perra.

—¡Imogen! —exclamé—. Ya hemos hablado sobre la palabra «tontas» y sabes que está mal usar esa otra expresión.

Gennie echó una mirada rápida a Shay.

—Pero no son muy inteligentes —se corrigió, bajando la voz.

Shay se llevó los nudillos a la boca para contener una carcajada, y no pude evitar reírme. Tuve que ponerme de espaldas, aclararme la garganta y repasar mentalmente los gastos del mes para sofocar la risa.

Cuando me volví, Gennie estaba en la otra punta del corral intentando sacar a un *basset hound* viejísimo de su caseta. A menos que tuviera una chuleta de cerdo en alguno de los bolsillos, estaba claro que el perro no iba a salir.

Pero tampoco era imposible descartar que no tuviera una chuleta de cerdo escondida en algún lado.

—¿Hay algo que no hagas? —me preguntó Shay—. ¿Cuándo duermes?

—No muy a menudo. —Señalé con la cabeza a Gennie—. Menos desde que está ella.

—Ya lo creo —murmuró Shay.

Otro momento de silencio se instaló entre los dos mientras mirábamos a Gennie jugar con los perros, y cada vez me frustraba más que Shay pareciera tan tranquila observándolo todo. Me habría dado una satisfacción espantosa verla sentir un gramo de mi incomodidad. Después de tanto tiempo, era lo mínimo que me merecía. No podía ser el único al que le costaba hilvanar dos palabras. No podía ser el único que sentía fogonazos de calor subiéndole por la nuca hasta la punta de las orejas. No podía ser el único que estaba sufriendo.

—Todo esto es realmente increíble, Noah —dijo.

Asentí con la cabeza y llamé a Gennie.

—Se está haciendo tarde. Tienes tareas que hacer.

—Sí, con esas gallinas estúpidas —le dijo al *basset* por lo bajo.

—Te he oído —le advertí.

—Pero no dije tontas *ni* hijas de perra —replicó.

Shay reprimió una carcajada y comentó:

—Dios mío, ¡es un torbellino!

Me alejé de la cerca y me dirigí hacia el camino que llevaba a la casa.

—Los camiones ya deberían haberse ido —dije—. Perdón por las molestias.

—Vaya, gracias. —Se llevó una mano a la cara y jugueteó con uno de sus pendientes—. Bueno, ahora todo tiene sentido… Gracias por tu ayuda. Tendría que haber imaginado que habría una buena explicación. Entre el viaje y todas las galletas de queso que he comido en el camino… Además, el nombre de los camiones no me resultaba familiar y…

—Está bien. Es comprensible. Las cosas cambian y hacía tiempo que no venías.

Shay dio un paso atrás y volvió a sujetar el colgante que llevaba en el cuello. Lo movió de un lado a otro observándome.

—Me asombra que estés aquí. Este lugar no fue amable contigo y…

—¡Vamos! —Gennie llegó corriendo y me salvó de tener que sobrellevar la siguiente parte de ese comentario. Tomó a Shay de la mano y le dijo—: El gallinero es una versión en miniatura de nuestra casa. Hasta tiene un buzón, pero solo cabe un huevo.

—¿Un huevo solamente? —le preguntó Shay. La incredulidad de sus palabras hizo que a Gennie le brillaran los ojos, y asintió con un estremecimiento de todo el cuerpo—. Eso tengo que verlo.

Y de nuevo las seguí porque ¿qué otra cosa podía hacer? Con la mochila rosa al hombro, subí por la suave pendiente mientras Gennie le relataba a Shay todas las fechorías de las gallinas.

Cuando llegaron al gallinero, Gennie se puso enseguida a recoger los huevos. Como ya era costumbre, abría cada cajón y empezaba a insultar a las gallinas:

—¡No me vayas a picotear, viejo bicho asqueroso!

Shay se volvió hacia mí y abrió mucho los ojos. Noté que parecía cansada, un cansancio que rozaba el agobio. Lo disimulaba bien; con todas esas sonrisas luminosas y el desborde de entusiasmo con que trataba a Gennie. Había que mirarla bien para verlo.

—Espera un segundo. La cosa va a subir de tono.

—Sal de aquí, inmundicia estúpida —gruñó Gennie.

—Como podrás comprobar… —observé, señalando el gallinero.

—Dame el huevo, retardada de mierda.

—Y aquí está otra vez —agregué, asintiendo con la cabeza a la vez que Shay se tapaba la

boca con la mano.

—Jodidas tareas. Odio hacer esta estupidez.

Me giré rápidamente.

—Y una vez más.

—Noah, ¿qué ocurre exactamente? —me preguntó Shay, bajando la voz.

Gennie salió del gallinero con la cesta llena de huevos frescos y la misma expresión asqueada de siempre.

—Toma —me dijo, apoyando la cesta a medio camino entre los dos. Era su forma de dejar claro cuánto odiaba hacer la ronda por el gallinero—. Me voy a buscar mis gatitos.

Chasqueé los dedos señalando la casa.

—Primero ve a lavarte las manos.

Gennie caminó a paso lento rumbo a la casa blanca ubicada del otro lado del camino de grava, todavía refunfuñando sobre las gallinas. Cuando la puerta se cerró tras ella, le dije a Shay:

—Está procesando algunas cosas. Ha tenido unos años difíciles.

—Pobre, qué pena. —Se colocó el pelo detrás de la oreja.

—Es la hija de mi hermana —le conté, porque era totalmente incapaz de guardarme nada cuando Shay me dedicaba su atención—. Eva es la madre de Gennie, pero Gennie vive aquí ahora. Conmigo. La adopté el otoño pasado.

Shay asintió con un leve movimiento. No me hizo ninguna de las preguntas típicas que todo el mundo se empeñaba en recalcar, como dónde estaba la madre de Gennie, por qué no estaba con su hija y por qué no estaba con su padre. Sencillamente me miró sin juzgar en absoluto la situación y me preguntó:

—¿Eva está bien?

No pude evitar dejar caer los hombros.

—No. No está bien. Pero Gennie está aquí ahora y las cosas están mejorando. Poco a poco. Si dejamos de lado todo lo que acabas de oírle decir.

Mi hermana era poco más de dos años mayor que Shay y yo, y ya se había ido de casa cuando Shay llegó al pueblo. Si cabía la posibilidad, Eva había tenido más motivos que nadie para huir de Friendship.

Volvió a asentir suavemente con la cabeza.

—Todo eso es mucho. Para los dos.

El problema con Shay era que no tenías forma de resistirte a ella. Incluso con la coraza de rencor que me envolvía, un par de palabras amables y una sonrisa comprensiva me dejaban desarmado. Siempre había tenido la habilidad de hacer que la gente se sintiera especial. Más que especial: elegida. Pero esa vez conseguí no caer en la trampa.

—Sí —logré decir—. Las palabrotas venían con el lote.

Asintió rápidamente, como si fuera algo totalmente previsible.

—¿Gennie está recibiendo ayuda para sobrellevarlo?

Solté una carcajada.

—Claro. Muchísima terapia. Vamos a Providence dos veces por semana a ver a un terapeuta, y también trabaja con varios especialistas en la escuela. —Muy a pesar mío, agregué—: La escuela le cuesta. Faltó mucho durante… —desvié la mirada hacia la casa encogiéndome de hombros— todo lo que pasó. Ya has visto cómo se comporta, así que no ha sido fácil. Quieren que repita curso.

—¡Qué mierda! —soltó en voz baja.

—Sí, esa fue la reacción de Gennie también.

—El impacto emocional sería peor que cualquier déficit académico —señaló Shay—. No puedes dejar que eso ocurra, Noah.

—Créeme, estoy en ello —repliqué en tono cortante, lamentando haberme explayado tanto. No me hacían falta más opiniones sobre el tema; ya tenía más que suficientes.

—¿Hay alguna posibilidad de que pase de curso o ya es asunto cerrado?

Levanté el hombro en el que llevaba la mochila de Gennie.

—La escuela de verano fue el último intento. La echaron porque le preguntó a la maestra si iban a hacer todas esas estupideces aburridas de nuevo.

Gennie salió disparada de la casa y fue hacia el granero a toda velocidad gritando:

—¡Voy a buscar mis gatitos!

—Solo si se dejan agarrar —grité—. No hay forma de ganarles a unos gatos de granero.

La vimos pasar a la carrera, levantando polvo y grava a su paso. Miré a Shay.

—Al principio, no quería ni acercarse a los animales. Gritaba como una loca si estaba a menos de quince metros de una cabra. Ahora saca las ranas del estanque. Así, solo con las manos.

Gennie salió del granero con un gato fastidiado entre los brazos.

—Esta es Pardita —anunció—, porque es de color pardo. A la otra no la he encontrado, pero no pasa nada, porque es cazadora y ayer tenía trozos de…

—No hace falta contarle a Shay toda la historia —la interrumpí—. No a todo el mundo le interesa conocer con tanto detalle lo que cazan los gatos.

Shay me hizo una leve sonrisa y susurró:

—Gracias.

—Un ratito nada más con Pardita, ¿vale? —le advertí, viendo cómo la gata intentaba zafarse de Gennie—. Te has pasado la tarde de una punta a la otra de la granja, pero hay que cenar, bañarse y prepararse para ir a dormir.

—Lo de tener una hora para acostarse es una idiotez —le susurró a la gata—. Sobre todo, en verano.

—Y yo debería volver a Twin Tulip —observó Shay, dando un paso atrás—. Aún no he deshecho las maletas y… Esperad, ¿dónde estamos?

—Esta es nuestra nueva casa —anunció Gennie—. Está alejada de la tienda y de la casa vieja porque a Noah le gusta tener privacidad.

Shay se tragó una carcajada.

—Ah, claro.

—Te acompañamos —le ofrecí.

—Shay podría quedarse a cenar con nosotros —propuso Gennie.

Crucé una mirada con Shay y sentí alivio al verla negar enseguida con la cabeza. No estaba en condiciones de cenar con ella. Apenas podía asimilar su reaparición en Friendship y el poder que aún ejercía sobre mí. No podía, encima, hacerla entrar en mi casa y sentarme a comer con ella.

—Eres muy considerada, Gennie —le respondió—, pero acabo de llegar y en mi casa no hay nada, así que…

—Así que seguramente no tengas nada para cocinar —reforzó Gennie—. Nosotros siempre cocinamos mucho, así que tenemos sobras a toneladas. —Gennie fijó en mí sus grandes ojos marrones—. ¿Recuerdas que dijiste que podía invitar a alguien a jugar esta semana?

—Eso fue antes de que te expulsaran de la escuela de verano —repuse, tratando de mantener un tono de voz bajo—. Y no creo que ese trato incluyera a adultos. Dijimos que podías invitar alguien a *jugar*.

—¿Y si decimos simplemente que podía invitar a *alguien*? —insistió Gennie—. ¿Ese alguien podría ser Shay? —Mi vida parecía retroceder en el tiempo de una forma extraña y nada agradable, y antes de que pudiera decir algo, Gennie agregó—: Te muestro mi habitación y podemos ir a los columpios. ¡Va a ser muy divertido! —Dejó a la gata en el suelo y vino corriendo hacia mí, con las manos juntas como si estuviera rezando—: Por favor, Noah. *Por favor*. Nunca quiere venir nadie a jugar conmigo.

Y eso sencillamente me dejó desarmado.

Miré a Shay procurando en silencio liberarla del compromiso. A pesar de lo amable que había sido con Gennie —y conmigo también, tenía que admitirlo—, sabía que este era el último lugar del mundo en el que querría estar. Podía irse tal como siempre había hecho, y estaríamos bien sin ella. Gennie se lo tomaría mal, pero, en cuanto le propusiera mirar *Piratas del Caribe*, volvería a meterse en su personaje y el encantamiento absoluto que le había producido conocer a Shay se le pasaría. Y a mí también se me pasaría… una vez más.

Íbamos a estar bien. Teníamos que estar bien.

Entonces, Shay dijo:

—Me encantaría quedarme, Gennie. Muchas gracias por la invitación.

Mi sobrina y el amor de mi estúpida adolescencia entraron en mi casa de la mano, y sentí que se me hacía un nudo en el centro del pecho. Me masajeé el esternón con los nudillos, pero no sirvió de nada.



La cena acabó por aniquilar el último resto de resistencia que me quedaba frente a Shay Zucconi.

Apenas recordaba haber comido o haber negociado con Gennie para que se terminara las verduras. Seguramente había hecho las dos cosas, supuse al verlas llevar los platos al fregadero y colocarlos en el lavavajillas. Y yo ahí, de pie en medio de la cocina mientras el universo entero se tambaleaba bajo mis pies.

Eso no podía continuar. No podía continuar y punto. Quería recuperar la sacralidad de mi casa, pero más que nada quería la libertad que me daba creer que Shay había desaparecido de mi vida mucho tiempo atrás. Si ella estaba lejos, yo estaba bien.

—¿Podemos hacer esto otra vez? ¿Mañana? —le preguntó Gennie—. Podemos ir a jugar a tu casa.

—Ya es casi la hora de ir a bañarse —le anticipé a mi sobrina. Ella frunció el ceño mirando el reloj colgado sobre la estufa. No sabía leer la hora muy bien, pero tenía claro que faltaba un rato todavía para su baño diario—. Dale las buenas noches a Shay y dale las gracias por pasar la tarde contigo.

Gennie alzó la vista hacia Shay. Sus ojos oscuros brillaban de par en par.

—Gracias por pasar la tarde conmigo —le dijo—. Ya no tengo que seguir yendo a la escuela de verano, así que podemos jugar mañana si quieres. Puedo ayudarte. Soy muy buena ayudante. Siempre lo ordeno todo. Y, Noah, dijiste que teníamos que ir a la granja de tulipanes porque hay mucha hiedra venenosa por todos lados. Podríamos ir mañana.

«Mierda, lo que me faltaba».

Recordé lo que había olvidado al aparcar esos camiones en Twin Tulip.

—¿Hay hiedra venenosa? —preguntó Shay escandalizada—. ¿Dónde?

—Sí —respondí, dejando escapar un suspiro—. En las hayas de la entrada principal. Sobre

todo, alrededor del tronco de la que tiene colgados los columpios de neumáticos. —Le hablé a Gennie, que me miraba con ojos esperanzados—. Supongo que llevaremos las cabras para ese lado en algún momento esta semana.

Shay se rio y tuve que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—¿Eso vas a hacerles a las cabras?

—Es para que se coman la hiedra —dije, apoyando una mano en el hombro de Gennie. La conduje hacia las escaleras—. Ve preparándote para el baño. Subo enseguida.

—Buenas noches, Shay —la saludó Gennie mientras subía las escaleras a paso de tortuga—. Les voy a contar a Lunita y a Rosita que hemos quedado para jugar juntas.

—Gracias, mi nueva amiga —dijo Shay—. Me he divertido mucho hoy.

Cuando Gennie terminó de subir y oí el chirrido de la puerta de su habitación, le dije a Shay:

—Gracias por consentirla. No te preocupes por los planes para ir a jugar. Mañana ya se habrá olvidado.

Shay se secó las manos con un paño de cocina y se puso a ordenar lo que había quedado en la encimera. Detalles y retoques mínimos. La marca más sutil imaginable. Y ahora esa marca estaba en todos lados. Shay estaba en todos lados. Y no habría forma de que pudiera olvidarme de ello.

—Pero ¿te parece bien lo de las cabras?

—Sí. —Me quité la gorra y me la volví a colocar—. No es nada. Enviaré a alguien para que se encargue. Lo venimos haciendo desde que tenemos las cabras. Pero este verano se me ha ido de la cabeza.

Asintió una vez, y creí que era el fin de la cuestión, el fin de la película de terror que había sido aquel día. Y entonces dijo:

—Realmente me alegra verte, Noah.

Era lo último que necesitaba que dijera.

—Sí. Bueno. —Me arranqué la gorra otra vez—. Te hemos retenido un buen rato.

—Gracias por seguirnos la corriente —agregó riendo—. Ah, pero ¿cómo vuelvo a la entrada de la granja?

«Claro, ¡por Dios!». ¿Qué demonios me pasaba?

—Voy a buscar a Gennie. Te llevamos de vuelta en el *quad*.

—No, no. Puedo caminar. Sabré encontrar la salida. Solo indícame la dirección.

Levanté el brazo para volver a encajarme la gorra en la cabeza, pero me quedé inmóvil de golpe. Me volví y le lancé una mirada fulminante. Realmente fulminante. Muy lejos de la mirada moderadamente fulminante que había mantenido toda la tarde. Una mirada operativa, fruto de una mezcla venenosa entre «¿qué narices te pasa?» y «¿acaso no me conoces?».

—No vas a andar vagando en medio de una plantación al anochecer. Ni lo sueñes. —Alcé la voz en dirección a la escalera—. Gen, baja. Tenemos que llevar a tu amiga hasta el pie de la colina.

—¡Estoy desnuda! —gritó

—Vuelve a ponerte la ropa.

—La he puesto en el cesto —replicó.

—¡Sácala! —Iba a necesitar algo fuerte para terminar la noche. Una copa y un buen rato a solas.

—En serio, puedo caminar —insistió Shay, dirigiéndose a la puerta—. Ya tienes bastante aquí. Me puedo orientar con el teléfono.

«Una mierda».

—Dijiste que no me puedo poner la ropa que está en el cesto —argumentó Gennie.

—Ponte lo que te acabas de quitar —le ordené—. No es lo mismo que ir a la escuela con algo que acabas de sacar del cesto de la ropa sucia.

—Me voy —dijo Shay, con la mano en el pomo de la puerta—. Gracias de nuevo por la cena y… por contarme un poquito sobre tu vida.

—No te vas a ninguna parte —solté, apuntándola con el dedo y subiendo la escalera al mismo tiempo—. Ponte cualquier cosa —le dije a Gennie—. Vamos y volvemos rápido en el *quad*.

—¿Puedo conducir yo? —preguntó.

—No —grité. Y agregué, dirigiéndome a Shay—: No la dejo conducir. *Una sola* vez la dejé tomar el volante y ahora cree que se está entrenando para correr en la Fórmula Uno.

Me encontré con Gennie a mitad de la escalera y noté que se había puesto una ropa totalmente distinta.

—No pude encontrar lo que llevaba puesto hoy —dijo sin más.

—Genial. No importa. Calzado, ya, por favor.

Cuando volvimos a la cocina, Shay me lanzó una mirada que insistía en que no necesitaba que la acompañara hasta su coche, pero me importó una mierda.

Fuimos hacia el cobertizo donde guardaba el *quad* de cuatro plazas que usaba dentro de la granja. Gennie, otra vez pegada a Shay, le hacía preguntas sobre el brazalete que llevaba y el esmalte de uñas, y sobre qué opinaba de la saga *Piratas del Caribe*. No oí la respuesta de Shay, pero pareció dejar conforme a mi sobrina.

Gennie se instaló en los asientos de atrás y le indicó a Shay que se sentara delante, a mi lado. Esa niña no me estaba ayudando mucho realmente.

Salimos del cobertizo y procuré no apartar la vista del camino. Era lo único que podía hacer para evitar mirar las piernas de Shay, desnudas de la mitad del muslo para abajo. De todos modos, poco importaba lo que llevara puesto; podría haber estado enfundada en un traje de nieve, y yo habría seguido estando al límite.

Gennie se puso a charlar sobre los perros y las cabras, y le preguntó a Shay por los animales que había en su casa (ninguno) y por qué no había. Al parecer, Shay estaba muy ocupada con su propia vida y no podía cuidar de otro ser vivo, ni siquiera de una planta de interior.

El hecho de que casi detuviera el vehículo entre los manzanos para pedirle explicaciones por ese comentario me demostró que no podía pasar ni un minuto cerca de Shay. Su presencia me hacía imposible vivir. No podía evitar volverme loco por ella mientras que ella apenas reparaba en los demás. Y la odiaba por haberme arrastrado hasta ese punto en cuestión de horas.

Pasamos los árboles frutales y luego los invernaderos, y llegamos al aparcamiento, que ahora estaba oscuro y vacío, salvo por un todoterreno de alta gama. Ahhh, sí. Esa era la Shay Zucconi que recordaba.

—Ya hemos llegado —dije, girando hacia el lado del conductor.

—¡Patos! —chilló Gennie, bajándose de un salto para echar a correr hacia el otro extremo del *parking*.

—Hay un nido por allá —comenté, a modo de explicación.

—Parece que tiene adoración por todo excepto las gallinas —mencionó Shay.

—Algo así. —Apreté con fuerza el volante.

Shay giró hacia mí y se quedó observándome mientras yo miraba a todas partes con tal de no enfrentar sus ojos. Finalmente, dijo:

—Déjame ayudarte con Gennie.

—Tenemos ayuda de sobra.

—No lo dudo, pero Gennie continuará atrasándose si no haces un cambio radical. Déjame

ayudarla. Entiendo bien lo que necesita. Llevo nueve años trabajando con niños pequeños…

—¿Eres maestra? ¿Y eso? —Lo último que podía imaginar era que Shay hubiera elegido un trabajo tan intenso y comprometido como la docencia.

—Como seguro que te consta, las cosas cambian. —Me miró con expresión de reproche—. Puedo darle clases particulares antes de que empiece la escuela y ponerla al día mientras trabajamos en algunos de los problemas de comportamiento.

Era exactamente lo que Gennie necesitaba, y lo que yo le había rogado a la escuela que le proporcionara, pero mi rencor por Shay era casi tan grande como para negarme en redondo.

—¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Porque odio que un niño se quede atrás —respondió de inmediato—. Y Gennie es rápida. Es inteligente. Seguro que está atrasada en unas cuantas habilidades básicas y eso le genera frustración y otras emociones fuertes, lo que probablemente dispara parte de sus problemas de comportamiento.

—¿Qué ganas tú con todo esto?

Soltó una carcajada amarga.

—¿Qué buscan ganar los maestros? —Me limité a mirar al frente, y entonces agregó—: Necesito algo que hacer para abstraerme de mi vida antes de que empiecen las clases, y después ya voy a estar tan agotada que ni siquiera podré pensar en mi vida.

Qué mal que sonaba eso.

—¿Y qué esperas a cambio?

—¿Qué espero a… qué? —Frunció el ceño como si no pudiera creer la pregunta—. Espero impedir que una niña fantástica repita curso y sume otra dosis de traumas infantiles a su vida. Elimina esa hiedra venenosa por mí y estaremos en paz.

Gennie apareció por entre la luz de los faros y exclamó:

—¡Hay tres huevos!

—No te acerques al nido si no quieres que un pato te persiga a picotazos. —Por lo bajo, murmuré—: La va a perseguir un pato.

Una vez más, aquello me recordaba que no estaba preparado para la paternidad.

Finalmente, miré a Shay. Maldita sea, qué guapa era. Pero solo era por fuera. La chica que yo conocía no era desinteresada; no se desvivía por nada tan solo porque era lo correcto ni andaba buscando ver lo bueno en los demás. Así que tuve que preguntar:

—¿Por qué lo haces?

Se sacó las llaves del bolsillo y pasó la yema del pulgar por el llavero.

—Porque tú lo harías por mí. —Señaló el todoterreno como si eso demostrara su argumento —. Y no aceptarías un no como respuesta.



Capítulo tres

SHAY

El alumnado será capaz de manejar propuestas de matrimonio con la gracia de un ganso graznando.

Noah Barden apareció dos días después con un remolque lleno de cabras y una niña de seis años agitando una espada por la ventanilla del asiento trasero de la camioneta.

Los vi llegar sentada en el suelo del salón de la izquierda —en esa casa todo era doble— mientras desayunaba unas natillas. En el suelo, porque casi no había muebles, y las natillas, porque la dieta para que me entrara el vestido era asunto zanjado. O por cualquier otra razón.

Busqué unos zapatos y tomé mi botella de agua antes de encontrarme con Noah y Gennie afuera. Podía afirmar con orgullo que había agua en la botella. En algún momento había considerado darle un toque con algo más fuerte, pero tomar alcohol durante el día sola en una casa vacía sonaba a un nivel de borrachera demasiado elevado. La noche anterior me había terminado una botella de vino entera con un trozo de queso, pero eso era distinto. Totalmente distinto.

Al abrigo del porche, vi a Noah soltar las cabras mientras Gennie usaba su pierna para practicar golpes de espada. Si se percató del ataque, su cara no dio la menor señal.

Como tampoco dio la menor señal de recordar nuestra amistad.

De toda la gente con la que había supuesto que me cruzaría en Friendship, Noah Barden ni siquiera había figurado en la lista. La única misión de aquel chico había sido desaparecer de ese pueblo. Odiaba la agricultura, odiaba la vida en el campo, odiaba hasta el último rincón de ese lugar, y teníamos en común muchos de estos sentimientos. Nos había unido el deseo de largarnos de allí de una vez y para siempre.

Era curioso ver cómo habían terminado las cosas.

Pero lo que no podía asimilar de ningún modo era que mi amigo de la adolescencia parecía enfadado conmigo. No solo no se había alegrado para nada de verme, sino que me daba la impresión de que directamente no quería verme.

Qué raro, ¿verdad?

Y, sin embargo, allí estaba, con unas cuantas cabras para eliminar la hiedra venenosa de mi

jardín.

Eso también era raro.

Aunque, bueno, la gente cambia. Ese pueblo aletargado había cambiado de mil ínfimas maneras. Seguía siendo un pueblo aletargado, rodeado de campos de cultivo y molinos centenarios que salpicaban el paisaje, con muros de piedra antiquísimos que se hundían poco a poco en la tierra, pero ahora había centros comerciales bonitos, cafeterías con patios iluminados y carteles que anunciaban los partidos de fútbol del instituto y los próximos festivales.

Mis recuerdos de ese lugar no eran muy gratos. Había sobrevivido durante los años en que mi madre y mi padrastro me habían dejado al cuidado de Lollie, y parte de ese tiempo había sido feliz, aunque apenas recordaba la persona que había sido en la época del instituto. Joder, ni siquiera recordaba quién era antes de caer por la madriguera de la boda directa al infierno. Pasaban cosas de mierda en la vida, y eso te hacía cambiar.

Si Noah se había vuelto un hombre malhumorado, siempre con mala cara, ¿quién era yo para juzgarlo? No me correspondía. No era asunto mío.

—¡Shay! —gritó Gennie. Dejó en paz la pierna de Noah y vino corriendo al porche. Su cabello oscuro y enmarañado flameaba a sus espaldas, y arrastraba la espada contra el camino de ladrillos—. Hemos traído todas las cabras buenas. A las que se portan mal las hemos dejado en el corral.

—¿Tienes cabras que se portan mal?

Se abalanzó sobre mí, me rodeó la cintura con sus bracitos, y apretó el rostro contra el centro de mi vientre.

—Dos —murmuró contra mi camisa—. Han aprendido cómo escaparse y han ido al corral de los perros y los han hecho enfadar a todos. Y las muy putas lo han hecho a las cuatro y media de la mañana. Lo ha dicho Noah. Él ha dicho la mala palabra. No he sido yo. Yo no he dicho «las muy putas». Ha sido él.

—Y lo has repetido quince veces desde entonces —comentó Noah desde el sendero. No se acercó; se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se quedó ahí vigilando a las cabras.

Tal vez no le gustaba estar con gente. Siempre había sido más bien introvertido.

Todavía me costaba sobreponerme a su transformación física. Era como si hubiera canjeado su cuerpo por una versión mucho más alta y musculosa. Seguía teniendo el pelo oscuro, y los ojos —cuando no estaban ocultos tras las gafas de sol y bajo la sombra de alguna gorra— seguían siendo de color avellana, pero había que prestar atención para encontrar esos rasgos suyos que conocía. Tenía la piel bronceada y con pecas de pasar tanto tiempo al aire libre, y el contorno afilado de su mandíbula desaliñada y los hombros anchos le daban un aire de seguridad. No era ningún niño tímido. Tenía el control y lo sabía.

—Nadie se va a oponer si dejas de repetirla —agregó Noah.

—He dicho «las muy putas» porque estaba contando lo que pasó —explicó Gennie.

—Podrías usar otra palabra. Tarambanas, por ejemplo —dijo Noah dejando escapar un suspiro.

—¿Tarambanas? Qué tontería.

Le sonreí a Gennie.

—¿Has visto alguna vez el jardín de las hadas? —sugerí, señalando el granero—. Está por ahí. Sigue las piedras pintadas de rojo con puntos blancos, como setas.

—¿Hay hadas de verdad? —me preguntó, mirándome muy seria.

—Tendrías que ir a fijarte.

Lo pensó un segundo antes de entregarle la espada a Noah.

—No quiero asustarlas —explicó—. Van a pensar que vengo a conquistar su país si me ven armada.

—Bien pensado —respondí.

Salió a toda velocidad, y me quedé sola con Noah. Con la botella de agua apunté hacia las cabras. Estaban encerradas con una cerca flexible y muy entretenidas mordisqueando todo lo que encontraban a su paso.

—No pierden un segundo —dije, desenroscando el tapón de la botella—. ¿Las alquilas? ¿Es otro de tus nuevos emprendimientos? ¿Jardinería caprina?

Se encogió de hombros, sin dejar de observar a los animales.

—A veces.

—¿Cuándo volviste?

Se hizo un silencio largo, muy largo, antes de que respondiera:

—Hace cinco años.

—¿Dónde estabas antes?

—En Manhattan.

—¿En serio? ¿En qué zona? —Nueva York era mi ciudad natal y, aunque hacía casi veinte años que no vivía allí, me encantaba hablar de la ciudad con cualquiera que la conociera bien. Era como descubrir que teníais un amigo en común que siempre estaba metido en algún lío. Siempre te daba mucho de qué hablar.

—Vivía en Brooklyn. Trabajaba en Wall Street.

Bajé los escalones.

—¿Trabajabas en Wall Street?

—Sí. Trabajaba en la parte legal de fusiones y adquisiciones.

Me hubiese gustado poder tomar una muestra de su tono y estudiarla bajo un microscopio, porque no entendía cómo alguien podía mostrarse aburrido y hostil al mismo tiempo en unas pocas palabras. Era un arte.

Antes de que pudiera aventurar otra pregunta, señaló los campos que se extendían ante nosotros.

—¿Qué vas a hacer con todo esto?

—Ni idea —fue la mejor respuesta que pude esbozar. Caminé por el sendero que daba al enorme corazón de flores silvestres—. No sabía que iba a heredar Twin Tulip. Lollie nunca me dijo nada.

—Lamento lo de Lollie —dijo, a unos pasos detrás de mí—.

Lo miré por encima del hombro.

—Gracias. Siempre le caíste bien.

—No hace falta elogiarme con el aprecio de gente que ya no está —dijo—. Ya recibo suficientes comentarios de ese estilo.

—Siempre le caíste bien —repetí—. Sabes que le caías bien.

Tras una pausa, dijo:

—Era buena gente. De las pocas. Me resultaba tolerable.

Caminamos en silencio unos minutos, rodeamos las flores silvestres y nos encaminamos a los campos de tulipanes.

—¿Vas a plantar bulbos este noviembre? —preguntó.

Contemplé los campos, que ahora no eran más que hileras de maleza enmarañada y algún que otro matorral de flores silvestres.

—No lo sé. ¿Quizás? No sabría ni por dónde empezar.

—Puedo… —Se calló y se rascó la nuca—. Puedo enviar gente para que te ayude cuando baje la temporada.

Como no podía planificar más allá de unos pocos días, no me apresuré a aceptar su ofrecimiento. No dije nada. Dimos marcha atrás en dirección a los campos y al granero amarillo, sin decir nada durante varios minutos. Señalé la suave ladera que descendía hasta la cala.

—Este es el mejor lugar de toda la granja. Se ve precioso, ¿verdad?

—Sí —murmuró.

Le eché un vistazo y lo encontré asintiendo hacia mí. La gorra, entornada sobre la frente, le ensombrecía los ojos.

—No, no aquí arriba. No esta parte. A la cala me refiero —dije, volviendo a señalar—. Siempre le decía a Lollie que sería el lugar perfecto para una boda. ¿No te imaginas una pequeña glorieta aquí y unos asientos por allí? Las fotos serían increíbles. —Tomé un sorbo de agua—. ¿Sabes qué sería mejor todavía? Un espacio para hacer fiestas de boda. Y jardines. Más jardines. Tres estaciones enteras con jardines. No solo cinco minutos de tulipanes en primavera. Este lugar es único, encantador. Sé que tendría una demanda enorme.

—¿Por qué no lo haces? —dijo.

Solté una carcajada.

—¿Construir un lugar para celebrar bodas? No. No debería ni acercarme a una boda en este momento. Además, un proyecto así lleva tiempo, y justo es lo que no tengo. Me voy a quedar hasta el verano solamente. No puedo conservar Twin Tulip más allá de ese momento.

Incluso bajo la sombra de la visera, pude entrever su ceño fruncido.

—¿Cómo?

Volví a tomar agua, para ganar un segundo antes de soltarle la historia.

—Tengo un año para mudarme aquí de forma permanente y casarme. Si no hago las dos cosas, toda la propiedad pasará a formar parte del patrimonio histórico del pueblo.

Se cruzó de brazos.

—¿Y eso quién lo dice?

—El testamento de Lollie.

—Algo así sería insostenible en un juicio —afirmó—. Quiero ver ese testamento. Tiene que haber algún error.

—Mi reacción fue la misma —comenté—, pero es lo que Lollie quería. —Negué con la cabeza—. Ya que no puedo quedarme con Twin Tulip, voy a aprovechar este año para disfrutar del lugar el tiempo que tengo. El verano próximo me vuelvo a Boston.

—Quiero ver ese testamento —repitió—. No creo que la alcaldía tenga ni el interés ni los recursos para disputarte la tierra. Si lo impugnaras, es probable que se echaran atrás. No les conviene litigar un asunto así.

—Así que, al final, te convertiste en un gran abogado —comenté, contemplando al hombre al que los vaqueros y la camiseta le sentaban de maravilla—. Como te habías propuesto.

—¿Por qué no quieres pelear por algo así?

—¿Porque qué voy a hacer con este lugar?

—Lo de las bodas —sugirió—. Es una buena idea. Recibo cantidades de peticiones para alquilar nuestros graneros y cobertizos para hacer bodas y eventos, pero nosotros necesitamos todo el espacio que tenemos. No nos queda ni un centímetro para alquilar, y mira que me he fijado. Tienes razón, hay demanda.

—Pero tengo mi vida en Boston. Mis amigos y mi trabajo están en Boston. Me estoy dando un respiro de todo en este momento, pero no puedo quedarme aquí para siempre… y además está

la cuestión de casarme. No puedo ser muy optimista al respecto, Noah.

—Yo me caso contigo.

Solté una carcajada atónita.

—¿Qué?

Apartó la mirada, mascullando algo en voz baja que no alcancé a entender, y luego prosiguió:

—Este testamento con todas esas cláusulas ridículas, completamente inaplicable, te concede un período intermedio de un año, ¿no?

—Sí. Para heredar las tierras del todo, tengo que vivir aquí y estar casada antes de julio.

—Yo me caso contigo —repitió—. ¿No quieres luchar contra un testamento poco serio? Perfecto. Entonces cumple los términos: lo arreglas todo, cierras la herencia en julio y disuelves el matrimonio en agosto.

—Estás bromeando —le dije. Como no respondió, continué—: No es tan sencillo.

—¿Por qué no? —repuso—. Solo tienes que tomártelo de forma objetiva.

Clavé la mirada en ese hombre hecho y derecho que apenas se parecía a mi amigo de la adolescencia. Estaba distinto. Se mostraba duro y calculador de una forma que me parecía incomprensible. E indiferente, algo que nunca había imaginado en él.

—¿Y qué ganas tú con esto? —le pregunté, devolviéndole las palabras de días anteriores.

Me miró a los ojos y alcancé a reconocer a Noah por una fracción de segundo, antes de que desviara el rostro hacia el azul resplandeciente de la cala.

—Tierras, por supuesto. Si conviertes esto en un lugar para bodas, te sobrarán tierras. Todo esto desde aquí —señaló al otro extremo de la finca, detrás del granero— hasta la cima de la colina. Si no lo cultivas, puedo ponerlo a producir. Es una buena zona para poner un jardín para polinizadores. O un jardín de flores para ramos de temporada, al estilo «elige a tu gusto», que esté lo suficientemente cerca de la tienda de la granja como para que podamos abrir un camino por la plantación. Sería un pequeño esfuerzo de gran impacto.

—Lo que quieres es… las tierras.

Sin dejar de mirar la cala, me preguntó:

—¿Por qué otra razón te lo ofrecería? Es un acuerdo comercial, Shay. Puedo tener una participación en tu negocio y ayudarte a ponerlo en marcha. Pondré a producir algunas de tus tierras al mismo tiempo. Y tú heredarás la granja. ¿Qué más se puede pedir?

La acidez de mi garganta sabía a natillas y el agua no era de gran ayuda. Demasiado hablar de bodas en lo que iba del día. Un ciento por ciento más de propuestas de matrimonio de las que podía digerir.

—Es… Vaya. Son muchas cosas comprimidas en un par de oraciones, Noah. Está bien, tendría que contarte que acabo de salir de una…, eh, bueno, una situación que rozó el matrimonio. La verdad es que no puedo hablar del futuro ni de casarme sin querer atrincherarme bajo una manta. Ni siquiera de un matrimonio falso.

Volvió a cruzar los brazos sobre el pecho, y reparé en sus antebrazos gruesos y musculosos. Era una observación objetiva. Científica, en realidad. Totalmente desprovista de atracción o interés. Una especie de análisis de contrastes: ese hombre fuerte y bronceado frente al chico que había conocido hacía tantos años. Era cada vez más evidente que el diagrama de Venn que los comparaba progresivamente se convertía en un par de círculos que solo se superponían en el nombre y el origen. Los últimos catorce años habían alejado el resto hasta tal punto que los bordes apenas se tocaban.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber.

—No es algo de lo que tenga ganas de hablar —respondí.

Nos miramos durante un minuto larguísimo. Luego, retomó el tema:

—Puedo conseguir financiación para un proyecto de este tipo. Quizá tengas problemas con la titularidad, pero puedo encontrar la forma de resolverlos.

—Porque quieres un jardín para hacer ramos de temporada.

Cambió de posición y dirigió la mirada al paisaje, en su mayor parte llano con ligeras ondulaciones, y todas esas formas extrañas y caprichosas que se recortaban en sus márgenes.

—El único cuadrado de tierra en toda la colina que no es mío es este. Es una oportunidad para aumentar mis explotaciones y facilitarme acceso a la única cosa para la que no tengo el espacio adecuado: un lugar de eventos que puedo alquilar todo el año. Un jardín de flores es un generador de ingresos fácil de hacer. Los costos serían casi nulos y llenaría el hueco entre las temporadas de arándanos y manzanas. ¿Quieres que siga? ¿Quieres que te explique de qué otras formas se pueden aprovechar mejor tus tierras?

No, esta nueva actitud gruñona de Noah no tenía nada que ver conmigo. Este era Noah, un hombre adulto despojado de sus ideales de adolescente. Ahora le importaban la generación de ingresos y la propiedad de la tierra. No sabía si había sido la universidad, Wall Street o el regreso a Friendship lo que lo había cambiado, pero no me gustaba.

—Es solo por la tierra, entonces —dije.

Se quedó mirándome un momento.

—No tiene por qué volverse una cuestión afectiva, Shay. Las cosas son mucho más fáciles cuando dejas de hacer que todo gire en torno a lo que sientes.

—¿Cómo puedes decir algo así? —le pregunté—. Tú siempre…

—¡Noah! —gritó Gennie—. He atrapado un saltamontes. Es de color café.

—Los dos podemos obtener lo que queremos. No tiene por qué significar nada —agregó antes de volver su atención a Gennie—. Debe de ser un grillo. No lo aplastes, ¿vale?

—No —le aseguró ella, mientras se acercaba dando saltos—. No me lo voy a llevar a casa tampoco. Vive aquí con los saltamontes de Twin Tulip.

—Claro —asintió Noah—. Little Star sería como un país extranjero.

—Como Connecticut —señaló Gennie.

Noah hizo un gesto rápido con la cabeza que indicaba que no iba a ponerse a hablar de geografía con Gennie en ese momento.

—A ver —le dijo, poniéndose en cuclillas para mirar dentro de sus manos ahuecadas—. Debes haber sido muy rápida para atraparlo.

—Así de rápida —precisó ella, corriendo unos metros hacia las flores silvestres y volviendo enseguida. Y repitió la carrera varias veces antes de anunciar que tenía que ir a mostrarles el grillo a las cabras.

Una vez que se alejó, le pregunté a Noah:

—¿Qué día puedo ir a trabajar con ella?

—Tiene terapia los martes y jueves por la tarde —dijo, de repente concentrado en su teléfono —. Es mejor por la tarde. Está un poco más tranquila, aunque no lo puedas creer.

—Entonces, ¿lunes, miércoles y viernes? Quedan unas pocas semanas hasta que empiece la escuela y quiero que tenga la posibilidad real de…

—Sí, está bien.

—De acuerdo. —Esperé a que me mirara, pero su teléfono parecía absorber toda su atención —. Os veo mañana, entonces. En tu casa, ¿no?

Asintió, mientras seguía escribiendo un mensaje.

—Hay un desvío que va hasta la casa. Está a unos ochocientos metros de la entrada principal.

Hay un buzón. Si se terminan los manzanos y empiezan las vacas, es que te pasaste.

—Noah, Copito se salió del corral —avisó Gennie.

—Me cago en esa cabra. —Se metió el teléfono en el bolsillo trasero y me echó un vistazo rápido—. Decide si me voy a casar contigo, ¿vale?

Lo miré alejarse hacia las cabras con su cuerpo nuevo y su nueva personalidad.

Y su propuesta de matrimonio.



Capítulo cuatro

NOAH

El alumnado será capaz de huir de la situación como si se jugara la vida en ello.

La primera vez que vi a Shay Zucconi, yo iba al volante del todoterreno viejo y destartalado de mi madre de camino a la escuela. Era el primer día de mi penúltimo año de secundaria. Llevaba la cuenta de lo que faltaba para graduarme, por lo que ese día era un punto de inflexión. Era el comienzo de la última mitad de la película de terror en que se había convertido mi experiencia en el instituto. Ya estaba lo bastante cerca del final como para ver una vida posible fuera de ese pueblo y lo único que quería era estirar la mano y atraparla.

Ella estaba esperando en la esquina de Old Windmill Hill, con una larga melena dorada que le caía por la espalda y ropa que parecía carísima. Tenía un aire de ser la dueña absoluta del mundo. Era tan hermosa que me dejó alucinado, pero no era solo su cara o su cuerpo. Era como un rayo de sol que se filtraba entre nubes de tormenta.

Aún hoy no podría explicar por qué me detuve, pero supe que tenía que parar. Fue como una necesidad física.

Bajé la ventanilla y le pregunté si quería que la llevara a la escuela en vez de esperar el autobús. Sabía que era la nieta de Lollie Thomas porque todo el mundo lo sabía todo de todo el mundo en esa comunidad agrícola, y a mis padres les había dado mucha curiosidad conocer las circunstancias que habían llevado a esa chica a la casa de nuestra vecina. Yo también sentía curiosidad.

La adoré desde el instante en que se sentó a mi lado, con un olor delicioso, y me miró con esos ojos felinos. En ese momento tuve la impresión de que realmente me veía, de que realmente me veía por quién era. No hizo nada milagroso, y fue de gran ayuda, porque no creía poder tolerar ningún milagro más allá de ir a la escuela con una chica preciosa que había aceptado que la llevara.

Todo el mundo quedaba igual de cautivado con ella. Antes de que terminara el primer día de clase, Shay ya había sido incluida en el grupo de los populares, y los chicos que siempre se quedaban con las chicas se la disputaban. Pero yo la recogía todas las mañanas y la llevaba de vuelta a su casa cuando no estaba entretenida con los chicos populares, y ella se sentaba a mi

lado, preciosa y rodeada de misterios, y era mía por un momento, y yo me dejaba creer que eso significaba algo. Me permití amarla, y una parte considerable de mí se apagó cuando me enfrenté a la realidad de que ese amor era totalmente unilateral.

Y entonces, media vida más tarde, le ofrecí casarme con ella y lo atribuí a que quería sus tierras. A quién se le ocurriría semejante estupidez.

Tenía demasiados asuntos que atender y un sinfín de problemas ajenos de los que ocuparme. Además de una niña pirata y todas las complicaciones que traía aparejadas. No podía salir corriendo a salvarle el culo a Shay. Y menos teniendo a Gennie, que era mi principal preocupación.

Así que, en ese sentido, que a Shay le pareciera absurdo mi ofrecimiento fue lo mejor. No me molestó. No habría nada peor que un matrimonio ficticio con Shay. Me importaba una mierda.

Pero ¿qué demonios había pasado con su última relación? ¿Qué había fracasado? ¿Y por qué había tenido que dejarlo todo y mudarse aquí para recuperarse?

Aunque no es que necesitara saber qué había pasado. No era problema mío. Shay no era problema mío.

A menos que cambiara de opinión sobre casarse para heredar Twin Tulip.

Todo aquel asunto era un absurdo. Cada documento legal referente a las granjas con los que me había topado desde que me había hecho cargo de ese lugar tenía algún elemento absurdo e irresponsable, pero los supuestos términos de ese testamento se llevaban todos los honores. No podía creer que Lollie le hubiera dejado a Shay tantas complicaciones innecesarias.

Ninguna de las condiciones se sostendría en un juicio.

En lugar de ofrecerme a convertirme en su marido, debería haberme ofrecido a manejar el asunto por ella. Un simple escrito y se habría quedado con la tierra sin gastar un centavo. Todavía podría hacerlo. Podría explicarle lo sencillo que sería librarse de esos términos. Podría eliminar por completo la necesidad de un matrimonio falso.

Pero, en vez de resolver esas cuestiones, hice lo que debería haber hecho desde el principio: mantener la mayor distancia posible cada vez que Shay iba a trabajar con Gennie.

Me mostraba amable, tan amable como podía, pero mantenía una distancia prudencial. Ella no me necesitaba revoloteando alrededor, y yo no tenía necesidad de dejar que todos mis pensamientos salieran a borbotones de mi boca. Sin embargo, Gennie no contribuía para nada. Siempre quería que Shay se quedara a cenar con nosotros después de las clases. Rogaba y suplicaba como si su vida dependiera de pasar un rato más con Shay.

Por desgracia, yo entendía bien sus sentimientos.

No sabía cómo lo lograba, pero Shay se las ingeniaba para rechazar todas las invitaciones de Gennie sin que armara un berrinche descomunal. Y yo apreciaba ese gesto, porque era un perfecto desastre a la hora de calmar a Gennie y sus berrinches.

Pero también apreciaba que Shay mantuviera ciertos límites conmigo. No sabía si era parte de su plan o el resultado de la propuesta de matrimonio más desagradable que se haya hecho en la historia moderna, pero así me evitó tener que pasar con ella más que unos minutos de pasada, y eso era una maldita bendición.

Lo único que Shay no podía evitarme era el chismorreo local.

—Es ella —me dijo Jim Wheaton, el encargado de la explotación lechera, cuando entré en la oficina aquella tarde—. ¿No es cierto?

Me acomodé en mi escritorio y encendí el ordenador.

—No sé de qué me estás hablando. —Pulsé algunas teclas—. ¿Cómo pintan los números hoy? ¿La planta de embotellado ya está funcionando a pleno rendimiento?

—La que se esfumó apareció otra vez por el pueblo, pasaste una mañana en la finca de su familia la semana pasada, y ahora viene a visitar a la señorita Gennie. Y tú haces ver que no pasa nada. Así pintan los números.

—No hay nada que decir, Wheatie.

Se reclinó en la silla extendiendo sus largas piernas y juntó los dedos, bronceados por el sol, bajó la barbilla.

—Imagino que habrás hablado con ella. Por eso necesitabas que movieran los camiones cuanto antes.

Empecé a pasar de una pantalla a otra viendo informes sobre las ventas de la tienda, los pedidos al por mayor y la producción estimada de manzanas para el mes entrante. No conseguí procesar nada.

—Sí —contesté en tono cortante—. Tú mismo lo has dicho, está pasando tiempo con Gennie. Y claro que *he hablado* con ella.

—¿Y? —indagó, inclinando a un lado su cabeza calva.

—Y nunca debí haberos contado a ti y a Bones una mierda sobre ella —respondí.

Wheatie asintió como si supiera que esa iba a ser mi respuesta. Luego se descolgó la radio del bolsillo y habló por el altavoz:

—Bones, si estás cerca de la casa principal, ¿podrías venir a la oficina?

—Cinco minutos —respondió el encargado de la plantación.

—Tienes cinco minutos —me advirtió Wheatie, pasándose la mano por la cabeza—. Parece tiempo suficiente para que aclares la historia, ¿no crees?

—No hay nada que aclarar —mascullé—. Shay ha vuelto. Necesitaba que quitáramos los camiones de su entrada. Fin de la historia.

—Claro, claro. ¿Y lo de la semana pasada? ¿Resulta que por casualidad pasaste la mañana en su casa?

Hice un esfuerzo considerable por repasar las cifras de producción de conservas de la semana, pero fue inútil, ya que Wheatie no me dejaba en paz, y yo estaba despierto desde el amanecer y le había pedido a Shay Zucconi que se casara conmigo.

No, le había *ofrecido* casarme con ella. No le había hecho la pregunta. Había una diferencia, y no sabía si eso mejoraba o empeoraba las cosas.

—Me había olvidado de que había hiedra venenosa —dije, mientras seguía pasando pantallas —. Y Gennie quería ir a visitarla.

—Gennie quería ir a visitarla —bramó, juntando las manos en un aplauso—. Sabes que eres un verdadero padre cuando le echas la culpa a los críos. Brillante. Me encanta.

Le dirigí una mueca a la bandeja de entrada de mi correo electrónico.

—A Gennie le gusta.

—Es comprensible —coincidió—. Teniendo en cuenta que a ti también.

Se oyeron pasos en la escalera y Tony Bonavito entró en el despacho que había sido el dormitorio de mis padres. El departamento de *marketing* funcionaba en el antiguo dormitorio de mi hermana. Ninguno de los dos espacios parecían dormitorios ahora, pero, si me quedaba pensando en ello demasiado tiempo, seguía resultándome extraño.

—¿Qué pasa? —preguntó Bones, revisando los controles de su radio antes de colocarla en el borde de mi escritorio. Mientras que Wheatie me llevaba veinte años, Bones era un puñado de años más joven que yo y se notaba. Parecía un niño grande y le pedían el carné cada vez que quería una cerveza.

—La ha visto —dijo Wheatie, clavándome la mirada—, y ha hablado con ella. Un par de

veces, si mis cálculos no me fallan.

—Bueno, bueno —exclamó, dándose palmadas en los muslos—. ¿Cuál es la jugada? ¿Qué movida toca ahora? ¿Te lanzas con todo, a lo grande, o prefieres algo más discreto? —Me miró y los ojos le brillaban—. ¿Sabes al menos cómo ser discreto?

—No —le aseguró Wheatie—. No sabe.

Si esa mañana en Twin Tulip había dejado algo claro, era eso.

—Escuchad, chicos —dije—. Fue un enamoramiento adolescente. Se acabó. No va a pasar nada. Tengo que ocuparme de Gennie ahora. No tengo tiempo para nada más. Dejemos el tema aquí, ¿vale?

—Tienes que llevarla a cenar. A algún lugar bonito —sugirió Bones, ignorándome olímpicamente.

—No —respondí. Incluso si hubiera querido invitarla, me sentía el más torpe del mundo. La propuesta de matrimonio que le había soltado tan a la ligera era una prueba patente de ello. Mi total incapacidad para formar palabras en su presencia lo corroboraban aún más. No podía —no debía— gastar energías en conquistar a Shay. Menos aún sabiendo exactamente cómo me iba a ir.

—Sí, uno de esos restaurantes elegantes que nos compran los espárragos y los convierten en caldo o espuma o alguna de esas cosas raras —continuó Bones—. Tendrás que cenar algo antes, pero a ella le va a gustar.

—No —repetí. ¿De qué íbamos a hablar sin la intermediación de Gennie? Si me daban diez minutos a solas con Shay, o bien le ofrecía de nuevo casarme con ella o me quedaba mudo mientras se me encendían las orejas y el corazón me latía con semejante fuerza que ella podría oírlo del otro lado de la mesa.

—Deberías darle las gracias —apuntó Wheatie— por ayudar a la señorita Gennie. Puedes agradecérselo como corresponde con una cena fuera.

—No —dije por enésima vez. Era un pésimo plan.

—Dijiste que ella era la que se te escapó —continuó Wheatie—. Dijiste que siempre sería la única.

—Sí, y ahora tengo una niña cuya estabilidad depende de mí, y no puedo estar obsesionado con una chica que va a dejar un gran rastro de dolor cuando se vaya, cosa que va a hacer. —Negué con la cabeza. Ya sabía lo que iba a dolerme que se fuera, pero para Gennie sería terrible, y no podía permitirlo—. Y ya que mencionamos lo que dijimos esa noche, tú dijiste que querías explorar las posibilidades de la leche de cabra, y mira adónde hemos ido a parar. Tengo un rebaño de cabras revoltosas y a duras penas dan leche para justificar que busquemos obtener una certificación orgánica.

—Pero el precio por litro es aceptable —repuso Wheatie—. Y con la venta de queso al por mayor ya se cubren los gastos.

—Y el yoga es muy popular —agregó Bones—. Soy un gran partidario de esa iniciativa.

—Eres partidario de las chicas con pantalones ajustados —le dijo Wheatie.

—Sí, de eso también —admitió Bones.

—Las amas de casa no son para ti —subrayó Wheatie.

—Qué término más anticuado, viejo —objetó Bones—. Que estén aquí haciendo yoga en pleno día no significa que no se pasen el resto del tiempo mandando.

—Hacedme el favor de recordarme que no vuelva a emborracharme con dos payasos como vosotros —murmuré.

—Es parte del proceso del duelo —señaló Wheatie.

—¿Qué culpa tengo yo? —preguntó Bones al mismo tiempo.

—Estoy bastante seguro de que le facilitaste el alcohol —le dijo Wheatie.

Bones se encogió de hombros y respondió:

—Tu padre solo muere una vez en la vida si le sale bien. Eso requiere aguardiente casero.

Clavé los ojos en el techo. La muerte de mi padre había sido repentina e impactante, y me había hecho comprender que tenía que tomar decisiones sobre la granja mucho antes de lo que había imaginado. En realidad, había tenido la esperanza de no tener que ser yo quien tuviera que tomarlas.

La noche en que Wheatie y Bones me arrastraron hasta la orilla de la cala con una botella y leña para una fogata, tenía un millón de cosas en la cabeza y, por alguna razón, lo que salió a la superficie fue Shay Zucconi y cómo me había roto el corazón.

No habíamos vuelto a hablar de esa noche. Hasta ahora.

—No significa nada —insistí—. Nada ha cambiado. El hecho de que esté viviendo en Thomas… Bueno, no importa. No pasa nada entre nosotros.

—A ti sí que tendría que pasarte algo —dijo Bones—. Ve a buscarla. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

«Podría pedirle que se case conmigo».

—Invitarla a cenar es la mejor opción —agregó Bones—. Le parecerás simpático, considerado.

—No seamos ridículos —dijo Wheatie—. Ser simpático no es una de sus cualidades.

—Es cierto —reconoció Bones, acariciándose una barba apenas perceptible mientras me miraba desde el otro lado del escritorio—. Mira. Una de dos: o la invitas a cenar o te quedas con esta mierda el resto de tu vida, lo cual me parece terrible. Es mi opinión. Tienes dos opciones: arriesgarte o seguir cargando con esta porquería. Yo me arriesgaría.

—No suelo estar de acuerdo con el muchacho —intervino Wheatie—, pero en esta situación, coincido con él.

Miré a uno y al otro.

—Grandioso, grandioso. Gracias por solucionarme la vida. Tenemos un congelador averiado en la panadería y trescientos kilos de moras listas para trasladar a la planta de conservas y todo el problema de la producción de leche de esas malditas cabras, pero vosotros dos queréis que saque a cenar a una página de mi anuario escolar y así todo irá bien. Bajo control. Lo tenemos todo controlado. Gracias.

Después de una larga pausa, Bones dijo:

—Las moras las llevamos a la planta de conservas a primera hora de la mañana. Ya deben ser mermelada a esta altura. No te preocupes por eso.

Me froté los ojos.

—Al menos una cosa parece que marcha bien en este lugar.



Capítulo cinco

SHAY

El alumnado será capaz de hacer hablar a las piedras.

—Entonces, según lo que hemos leído, ¿cuál dirías que es el detalle más importante?

Gennie se pasó la lengua por los dientes mientras escrutaba el libro apoyado entre nosotras.

—Barbanegra era un matón —dijo.

Asentí rápido con la cabeza.

—¿Se te ocurre otra forma de decirlo? ¿Una forma que resulte más simpática para la escuela?

Se quedó pensativa un momento.

—Barbanegra era un gran capitán de barco y un gran pirata.

—Bien. ¿Hay algún detalle del texto que lo demuestre? —Le pasé una pila de notas adhesivas —. Señala los lugares donde encuentres pruebas con estas notas.

La semana anterior había cometido el error de llegar a nuestro «día de juegos» con algunos libros de cuentos para la primera etapa de primaria. Gennie tenía cero interés por los clásicos y cualquier cosa que sonara mínimamente a escuela frenaba nuestros avances. Al contarle que daba clases en un parvulario, el sentimiento de traición se había reflejado de lleno en su rostro.

Había vuelto a la biblioteca pública de Friendship a buscar libros que se ajustaran a sus intereses y fue una maravilla que encontrara un par de obras sobre piratas y que fueran mínimamente apropiadas para una niña de seis años. En varios casos se hablaba de decapitaciones, pero a Gennie no la habían intimidado. Más bien, habían estimulado su entusiasmo por la lectura.

La observé mientras pasaba las páginas y pegaba notas adhesivas en los pasajes que demostraban su punto de vista. Cada pasaje requería una nota de distinto color, lo cual no era un problema, ya que la semana anterior una tienda de artículos de oficina había irrumpido en la cocina de Noah. Cada vez que iba a la casa, había más cosas sobre la mesa: rotuladores, bolígrafos, ceras y notas adhesivas de cualquier tamaño y color.

Era obvio que Noah quería lo mejor para Gennie. Los lápices de colores no iban a compensar sus lagunas en la lectura, pero le harían más amena la práctica. Tenía que reconocérselo.

—Anoche había un zorro en el tejado del gallinero —dijo Gennie mientras pasaba el dedo por

una nota adhesiva para fijarla.

—Un zorro —susurré—. Después de que busquemos las palabras que tengan el sonido «a», como en «negra», tienes que contarme qué pasó.

—Como Barbanegra —dijo ella.

—Exacto. Usa estas banderitas adhesivas para señalar esos sonidos en el cuento.

—¿Como «gato»? —preguntó—. ¿Como los gatos de mi granero?

—Sí, «gato» también tiene a. Fíjate si hay más en el cuento.

—¿Y «bastardo»? También tiene, ¿no?

Me llevé la botella de agua a la boca para ahogar una carcajada. Una vez repuesta, respondí:

—Sí, tienes razón, aunque sigamos con las palabras que son simpáticas para la escuela.

—La escuela no es simpática —refunfuñó.

Me incliné para ver su expresión, pero apartó la mirada, con un interés repentino por encontrar las palabras.

—Lo vamos a solucionar —le aseguré—. Todo va a mejorar.

—Eso no lo sabes —dijo, dejando entrever un puchero.

—En realidad, sí lo sé. Cuando era pequeña, me mudé y cambié de escuela muchísimas veces. Fue muy difícil. Me costó mucho hacer amigos y siempre era la nueva. Pero fue mejorando.

Mantuvo la mirada fija en las páginas, y me quedó claro que tenía que hablar con Noah sobre esto de inmediato. Durante la semana, ya había mencionado algunos otros detalles preocupantes, y yo había tenido la intención de contárselo a Noah, pero no había podido sacarle ni un minuto de su tiempo. Tampoco estaba en casa a mi llegada. Gennie solía quedar al cuidado de Gail Castro, una mujer con una paciencia eterna cuya familia criaba y entrenaba caballos en la zona. Gennie pasaba el día con Gail ahora que ya no iba a la escuela de verano.

Noah solía aparecer hacia la mitad de nuestros encuentros. Se paseaba por la cocina e inmediatamente desaparecía en el estudio contiguo o volvía a salir. Había querido hablar con él el lunes, pero Gennie había hecho una tremenda escena para que me quedara a cenar con ellos, así que me había marchado lo más rápido posible. Me invitaba a cenar todas las veces que trabajábamos juntas, pero me costaba mostrarme alegre durante tantas horas seguidas. Aún no podía.

Y prefería evitarme otra conversación sobre las tierras de Lollie o matrimonios falsos o cualquier otra cosa. Había logrado convencerme de que Noah no hablaba en serio… y de que yo no estaba considerando seriamente la posibilidad.

Así que era mejor no ponernos en situaciones en las que tuviéramos que reconocer ese disparate. Ni siquiera se lo había mencionado a Jaime. Tal era el grado de disparate con el que lidiábamos.

—¿Por qué fuiste a varias escuelas? —me preguntó Gennie, en voz baja, mientras jugueteaba con las banderitas.

Puse los demás libros en una pila.

—Durante mucho tiempo viví sola con mi mamá —le conté—, y, cuando tenía tu edad, su trabajo nos obligaba a viajar mucho: Nueva York, Washington, D. C., Londres. A veces tenía que ir a otros países por trabajo y yo no podía acompañarla. En algunos casos, durante meses o incluso años.

—Mi mamá también tuvo que irse —dijo.

—No es fácil, ¿verdad? Lo sé. Es más duro todavía cuando tu mamá no está y tienes que empezar en una escuela nueva y vivir con otras personas. Lo sé.

—¿Tu mamá regresó?

—Sí —dije con voz cariñosa—. Pero siempre volvía a irse. Su trabajo es visitar lugares, ver lo que ocurre allí y hablar con la gente sobre esas cosas. Siempre tenía que volver a irse.

—Mi mamá no va a volver —anunció—. Noah me lleva a visitarla, pero no puede volver.

No sabía qué le pasaba a Eva y no me correspondía preguntar, pero me dolía en el alma por Gennie. No parecía en absoluto una situación positiva y feliz para nadie.

—Lo siento —le dije—. Es una experiencia difícil. Eres muy valiente, Gennie.

—¿Como Barbanegra?

—Exacto —respondí.

—Yo no tengo papá —continuó.

—Todos tenemos un papá —le aseguré—. Pero no siempre conocemos a esa persona. Yo no conozco a mi papá.

Parpadeó, y le brillaron los ojos.

—¿En serio?

Negué con la cabeza.

—Nunca lo he visto. No sé cómo se llama. Mi familia éramos mi mamá y yo hasta que se casó con alguien cuando yo era adolescente. Ahora él es mi padrastro.

Alzó la cabeza antes de pasarme el libro sobre la mesa.

—¿He acertado todas las «a»?

Pasé las páginas señalando cada palabra y pidiéndole que me la leyera. Casi habíamos terminado cuando Noah entró en la cocina, con una mancha de tierra en la mejilla y la gorra de béisbol cubierta de polvo. Llevaba una caja de leche bajo el brazo y la dejó sobre la encimera. Luego nos miró.

—¿Cómo vamos? —preguntó dirigiéndose al fregadero.

—¡Noah! ¿Sabías que a Barbanegra le cortaron la cabeza y la colgaron en un poste para que otras personas no fueran piratas?

Noah me miró abriendo mucho los ojos.

—No, no lo sabía —le respondió a Gennie—. ¿Estás de acuerdo con esa forma de hacer justicia? ¿Deberíamos ponerla en práctica aquí? ¿Eso tendría que hacer para que los zorros no entrasen en el gallinero?

—¡No! —exclamó Gennie, arrodillándose en la silla—. ¡Es una idea espantosa! Y es una asquerosidad total.

—Tienes razón. De acuerdo. No vamos a hacerlo —dijo, dándose la vuelta para echar un vistazo a los libros apilados delante de mí—. Dime si te hace falta algún libro o cualquier otra cosa.

—Con lo que hay en la biblioteca está bien —dije, guardando mis cosas en la mochila—. Hay mucha variedad. Podemos explorar temas diferentes cada vez que nos reunimos. Es mucho más divertido.

Gennie me rodeó el cuello con los brazos.

—¿Puede quedarse Shay a cenar hoy? ¿Por favor? Me contó que su mamá tuvo que irse, que fue a diferentes escuelas y que no tiene papá. Igual que yo.

Le di una palmadita en la espalda y me aparté. Estaba a punto de recoger los libros y marcharme cuando Noah dijo:

—Puedes acompañarnos si tus compromisos te lo permiten. Pero no querríamos retenerte si tienes planes. ¿Cierto, Gennie?

Gennie se encogió de hombros con indiferencia y dijo:

—Va a ser más divertido si te quedas. ¡Y podemos ir a ver a los perros!

Le eché un vistazo a Noah, tratando de adivinar su estado de ánimo. Como de costumbre, estaba oculto bajo la gorra y detrás de la barba. Al verme dudar, agregó:

—Nos encantaría que te quedaras, pero no estás obligada.

El «no estás obligada» estaba a años luz del silencio que solía recibir. En Noah, era el equivalente a un desfile en mi honor.

—De acuerdo, entonces. ¿En qué puedo ayudarte?

Se dio la vuelta y empezó a vaciar la caja de leche.

—Ya está todo listo. —A Gennie le preguntó—: ¿Qué verdura quieres para cenar?

—Zanahorias bebé —respondió ella, entretenida haciendo garabatos en las notas adhesivas.

—Las zanahorias bebé no son zanahorias de verdad —dijo él—. Ya hemos hablado de esto. Puedo cortar las zanahorias en trozos pequeños, pero…

—Las zanahorias bebé son de verdad y quiero de esas —insistió Gennie.

—No puedo darte zanahorias bebé. No existen en la naturaleza. No puedo vender zanahorias de cuatro colores diferentes y al mismo tiempo darte de comer restos de zanahorias procesadas.

—¡¡Zanahorias bebé!! —chilló Gennie.

Noah apartó la vista de la caja para mirarla, con una hogaza de pan en una mano.

—Puedo cortarte las zanahorias en trozos pequeños. Es todo lo que puedo ofrecerte. Eso, o pepinos.

Gennie apoyó la cabeza en la mesa y se llevó las manitas a las orejas.

—Pepinos —masculló contra la superficie de la mesa.

—Pepinos entonces —respondió él, y se dirigió hacia la nevera.

Paseé la mirada entre Gennie y Noah un momento. Parecía que el gran debate sobre las zanahorias bebé estaba zanjado, al menos por ahora. Tras un minuto de tensión, sugerí:

—Gennie, ¿qué te parece si recoges un poco?

—Y luego podrías ir a buscar los huevos al gallinero —añadió Noah.

Ella levantó la cabeza. El pelo oscuro y alborotado le cubría la cara.

—¿Tengo que ir?

—Si quieres ir a visitar a los perros más tarde, sí.

—Me cago en Dios —masculló Gennie. Echó bruscamente las notas adhesivas y los rotuladores en el cubo de plástico y se lo llevó de la habitación.

Noté la mirada exasperada de Noah y le ofrecí una breve sonrisa. Puso los ojos en blanco.

—Tenemos un par de episodios con las zanahorias bebé al menos una vez a la semana.

—Es una niña apasionada. Eso es bueno.

—Me está volviendo loco —declaró.

—¿Seguro que no quieres que te ayude? —Lo observé mientras empezaba a cortar unas rebanadas de pan—. Dicen que los venden cortados hoy en día.

—No me gusta esa uniformidad que les da el corte a máquina —señaló—. Además, esta es una receta nueva que están probando en la panadería. Tomé una hogaza de prueba para probarla.

Me acerqué a la isla donde estaba cortando el pan.

—¿Desde cuándo tienes panadería?

—Hará unos cuatro años. Surgió cuando hicimos crujiente de manzana. Tuvimos una producción de manzanas enorme hace unos años y terminamos convirtiendo el excedente en crujientes y tartas. Supuse que, en el mejor de los casos, cubriríamos los gastos. Pero, al final, lo vendimos todo. Luego probamos con pasteles y tartaletas en la temporada de fresas. Ahora hacemos once tartas a lo largo del año y cuatro tartas especiales por temporada. Los panes eran el siguiente paso lógico.

—¿Algún otro emprendimiento que me falte conocer?

Levantó la vista hacia el techo un segundo, como si le costara recordar los detalles de su imperio.

—En verano tenemos un puesto de helados en Old County Road, cerca de la entrada de la cala. También vendemos miel y mermeladas…

—Las favoritas de Noah. —Gennie entró en la cocina con el parche en el ojo y arrastrando la punta de la espada por el suelo. Se encaminó a la puerta—. Todos sus proyectos secretos tienen que ver con la mermelada. Es como Barbanegra, pero de la mermelada. Eso sí, nada de cortar cabezas.

La puerta se cerró tras ella al tiempo que Noah decía:

—No soy el Barbanegra de… No importa.

—¿Has hecho todo eso en los últimos años? —le pregunté.

Volvió a centrarse en lo que estaba haciendo, sin mostrar el menor interés en responderme. Empezaba a comprender que era una especie de actitud. Una de las que más me irritaban.

Pasado un tiempo más prolongado de lo razonable para dejar esperando a alguien, explicó:

—Resultó bastante fácil. Ya lo teníamos todo. Solo era cuestión de hacerlo arrancar. El helado era una obviedad si pensamos en los excedentes de la producción láctea.

—Pero la mermelada es tu favorita.

Levantó un hombro y giró en dirección al frigorífico. Me vi obligada a reparar en lo atractivos que le quedaban los vaqueros a la altura de la cadera. Tenía un aspecto totalmente distinto del que tenía en la memoria, aunque en el fondo estaba igual a como lo recordaba. Me daba cuenta de que era un halago bastante desigual, pero no se me ocurría una manera más precisa de explicar el modo en que había cambiado. Era como si le hubiera crecido el pelo después de un corte horrible y ya no tuviera que lidiar con la incomodidad de ese período de transición. Estaba más alto y maduro, y parecía más relajado, pero seguía siendo el mismo. Se parecía al amigo del que tenía recuerdo.

Volvió con un pepino en la mano, y tuve que concentrarme en mantener la vista a la altura de sus ojos.

—Es una forma eficaz de reducir el desperdicio. La fruta magullada no se vende, pero sirve para hacer una mermelada estupenda.

Me acomodé en uno de los taburetes que había bajo la isla, y esperé. No conocía esa versión de Noah lo suficiente como para predecir su próximo movimiento, pero quería creer que seguiría hablando si le dejaba la puerta abierta. Y en verdad quería que siguiera hablando.

Después de lavar y secar el pepino con el mayor esmero, se puso a cortarlo. Nunca me había fijado en lo largos que eran sus dedos ni en la cantidad de pecas que le salpicaban los nudillos. Me resultaban atractivos.

—A mi madre le gustaba hacer conservas. Le encantaban las mermeladas y las confituras. Tenía infinidad de recetas. La mayoría las tenía en la cabeza y nunca las había escrito. Me pareció lógico mantenerlo. Es un buen negocio.

—¿Cómo están tus padres?

Era evidente que no estaban allí. No quería hacer suposiciones, pero eso, sumado al claro uso del tiempo pasado con que se había referido a su madre y al hecho de que la casa familiar se hubiera convertido en un mercado, me dio un mal presentimiento.

—Mi madre vive en Carolina del Norte con su hermana —me contestó—. Tienen un apartamento en una de esas comunidades con servicios de asistencia. Allí recibe atención para su esclerosis múltiple, lo que es genial, porque en estos momentos necesita mucha ayuda. Mucha.

Es un apartamento de una sola planta, lo que es fundamental para su movilidad limitada. Menos complicado que vivir en una casa de campo vieja.

—¿Me estás diciendo que dejó la iglesia?

Se encogió de hombros y asintió al mismo tiempo con una especie de temblor.

—Dejó de ser reverenda cuando yo todavía estaba en la universidad. Creo que fue al final de mi segundo año, no lo recuerdo bien. Pero sí, se apartó de la congregación cuando sus problemas de habla se acentuaron. —De nuevo le temblaron los hombros—. Aunque seguramente haya montado alguna congregación improvisada en la residencia donde vive. Una teóloga de verdad es incombustible.

Lo observé en silencio mientras echaba los pepinos en un cuenco azul con lunares blancos. Tenía unas manos enormes. Enormes. ¿Desde cuándo?

—¿Y tu padre?

Hizo un ruido, una especie de quejido bajo.

—Murió. Un accidente con el todoterreno. Hay un lugar en el fondo de la plantación donde la tierra se ablanda con las lluvias de primavera y, si no estás atento, te quedas atascado en el barro o el vehículo da varios vuelcos. Estaba oscuro y había tormenta, y volcó. Falleció enseguida, pero mamá tuvo una recaída importante poco después y tenía que estar en algún lugar donde pudiera recibir la asistencia que necesitaba. —Agitó el cuchillo al aire—. Todo fue muy rápido.

—Lo siento mucho, Noah.

Asintió.

—Entonces, eso es lo que te trajo de vuelta a Friendship.

Se abocó a buscar platos de la alacena y utensilios del cajón antes de centrar en mí una pizca de su atención.

—En gran parte. —Abrió la ventana ubicada sobre el fregadero y lanzó un grito—: Gennie, ¿qué pasa con esos huevos? No lleva tanto tiempo.

No alcancé a oír la respuesta, pero sí tuve el placer de ver a Noah suspirar con todo el cuerpo. Qué bien se veía. Mejor de lo que podría haber imaginado.

Lástima que fuera tan gruñón.

Gennie entró a toda prisa, con la espada bajo el brazo, lo que prácticamente le impedía cerrar la puerta sin que peligrara la cesta de huevos.

—Te ayudo —le dije, tomando la cesta.

—Lávate las manos —le ordenó Noah.

—Las gallinas me odian —anunció Gennie, mientras se dirigía al cuarto de baño dando pisotones—. Me quieren comer los dedos.

—Tus dedos no les resultarían muy sabrosos precisamente. No tienen suficiente carne —la persiguió Noah.

Gennie salió del baño, con el parche en la frente y las manos chorreando agua.

—Son unas gallinas diabólicas. Superdiabólicas.

Noah le tendió el cuenco de lunares.

—Lleva los pepinos a la mesa.

Ella tomó el cuenco, pero se detuvo junto a mi taburete.

—¿Te sientas a mi lado?

—Por supuesto. Déjame ayudar a Noah con…

—Yo me encargo —me interrumpió Noah—. Solo…Ve a sentarte.

Le lancé una mirada rápida, pero ya se había girado hacia el horno, lo que me obligó a observar cómo la camiseta se le ajustaba en la espalda. Sí, los años lo habían favorecido.

Tomé los platos y los cubiertos que había dejado preparados y me senté a la mesa junto a Gennie, que ya tenía rodajas de pepinos en las dos manos.

—Me gustan tus pendientes —comentó—. ¿Qué son?

—Langostas —le respondí, acariciando el elaborado diseño de canutillos—. Las compré en Maine hace unos veranos. En un pueblito llamado Talbott's Cove. Fui con algunos de mis amigos.

—¿Te dolió que te perforaran las orejas?

—Es muy rápido. Un pinchazo rápido.

Ella meditó con detenimiento mis palabras.

—¿Cuántos años hay que tener para perforarse las orejas?

Noah puso dos platos en el centro de la mesa.

—Quince —dijo—. Por lo menos quince.

—Pero Ella tiene pendientes y no tiene quince.

Noah sirvió pollo y verduras asadas en el plato de Gennie.

—Entonces, es una decisión que tomó la familia de Ella. Ya hablaremos de pendientes cuando tengas —negó con la cabeza y me pasó el pollo—, cuando tengas doce años. Como mínimo. ¿De acuerdo?

Gennie volvió a acariciar mis langostas.

—Supongo que sí.

Noah le cortó la comida a Gennie en trozos pequeños y le pasó el plato antes de sentarse.

—¿Cuántos años hay que tener para pintarse el pelo de rosa? —preguntó.

—Ay, Dios —soltó él por lo bajo.

Contuve una carcajada y le respondí:

—Tengo treinta y dos y me teñí el pelo por primera vez el mes pasado. No hay prisa. Tienes todo el tiempo del mundo para teñirte el pelo y ponerte pendientes y todo eso. Te aseguro que no te estás perdiendo nada.

Asintió con aire pensativo.

—Está bien. Puedo esperar.

Noah clavó la mirada en Gennie mientras ella hurgaba en su comida, apartando con cuidado la mayoría de las verduras al borde del plato. Tras un momento, dejó escapar un suspiro y alargó la mano para alcanzar el pan. Estaba claro que este asunto de la paternidad lo tenía bastante saturado.

—Esto está increíble —exclamé, apuntando hacia mi plato con el tenedor—. ¿Cuándo lo has cocinado? ¿Cuándo has hecho magia?

Soltó una carcajada.

—No he cocinado yo. Hay un servicio de entrega de comida a domicilio a dos pueblos de aquí. Les proveemos de lácteos y otros productos. He sido parte de su clientela desde el primer día.

—Es la mejor comida que he probado desde… desde la última vez que estuve aquí —señalé —. Es probable que también fuera mi última comida de verdad.

—Entonces deberías venir a cenar todas las noches —respondió Gennie—. Noah dice que tengo que comer comida de verdad, así que tú también.

Supuse que Noah intervendría para explicarle que eso no era posible, pero se limitó a mirarme largamente. Las cejas levantadas marcaban surcos profundos en su frente. Como no apartó la mirada, expliqué:

—Cocinar para una sola persona no es muy divertido. Es más sencillo comer galletitas de

queso o una bolsa de palomitas o galletas con mantequilla de cacahuete.

—Shay —dijo, y los surcos se acentuaron.

Le había dejado una zanja cavada en la frente. Yo y el caos de mi vida.

—No pasa nada. De verdad. Voy a tener que echar un vistazo a este servicio de comidas. Parece genial. Sobre todo, porque el curso empieza en unas semanas y ya no voy a tener tiempo de nada.

Siguió con los ojos fijos en mí. Luego preguntó:

—¿Vas a dar clases en Friendship?

—Como auxiliar —le dije—. Lo cual es igual de intenso que un puesto de maestra titular. En realidad, más, porque las tareas cambian día a día. Pero estoy entusiasmada.

—¿Vas a ser maestra en mi escuela? —preguntó Gennie—. ¡Esto es genial, joder!

—Gennie… —la previno Noah, pero sin demasiado énfasis.

—¿Vas a seguir viniendo a jugar conmigo después de clase? —preguntó ella—. ¿O estarás demasiado ocupada?

Miré a Noah. Asintió con una ligera inclinación, que interpreté como una señal de que le parecía bien que siguiéramos trabajando. Podría haber significado mil cosas, pero me conformé con esta explicación. Gennie necesitaba toda la ayuda posible, y yo tenía debilidad por esa niña.

—Podremos seguir jugando —le respondí.

Dio una estocada al aire con el tenedor.

—¡Sí!

—¿Estás lista para seguir leyendo y practicando? —le pregunté.

—¡A sus órdenes, capitana! —bramó—. ¡Aquí está su mejor marinera!

Los dos nos echamos a reír, y surgió una conversación amena sobre la lectura de esa tarde (sin los detalles escabrosos). Y fue un momento agradable, incluso si Noah no parecía precisamente contento de que yo estuviera allí. Prefería no tomarme su actitud como algo personal, pero no podía ignorar sus silencios interminables. Y el ceño fruncido. Todo el tiempo. Aunque hubiera jurado que quería que me quedara a cenar, era evidente que no era del todo cierto.

Pero me vi tentada a preguntarle:

—¿Este pan se vende en la tienda de la granja? ¿Puedo comprarlo? Porque necesito más.

—Es que… —me miró mientras yo elegía otra rebanada— aún no está en producción. Todavía estamos trabajando en la receta.

—No has pedido mi opinión, pero me parece una receta perfecta. —No podía creer que hubiera renunciado al pan por voluntad propia. Era trágico—. No dudes en enviarme panes de prueba. Con mucho gusto puedo aportar más comentarios.

Se quedó mirándome unos segundos más antes de desviar la mirada con un parpadeo y aclararse la garganta.

—Sí, claro.

—¿Qué es lo que más te gusta de ser maestra? —me preguntó Gennie.

—Muchas cosas —dije—. Me gusta conocer niños nuevos todos los años y crear una pequeña comunidad en nuestra clase. Me gusta que podamos explorar libros, hacer experimentos y aprender a tratarnos con amabilidad y respeto. Y me gusta mucho poder combinar mis pendientes con los temas que estamos aprendiendo. Tengo muchísimos de manzanas y calabazas.

—¿No ibas a dedicarte a las relaciones públicas o algo así? —preguntó Noah.

Cuando levanté la vista hacia la otra punta de la mesa, noté el gesto de sorpresa en su cara. Se le había escapado la pregunta. Y, en lo que a mí concernía, me pareció positivo.

—Sí, pero eso se diluyó enseguida. Me cambié a Psicología antes de terminar primer curso y

luego a Desarrollo Infantil. —Como ya habíamos terminado de comer, tomé su plato y lo puse sobre el mío—. En realidad, no tenía un plan concreto…

—¿Y alguna vez tienes un plan concreto?

Levanté el plato de Gennie y lo coloqué en la pila.

—Algunas veces sí —respondí riendo—. La enseñanza no estuvo en mi horizonte hasta el último año, tras hacer unas prácticas en una escuela primaria.

—¿Te quedaste en el Boston College?

Asentí mientras recogía los cubiertos y reunía las sobras.

—Sí, y seguí un año más para tener el título de maestra.

—No hace falta que recojas —dijo, alargando los brazos para que le diera los platos.

—Tal vez no, pero lo estoy haciendo igual.

Miré a Gennie.

—¿Podrías llevar estos platos al lavavajillas?

—Sí, mi capitana —me respondió, levantándose de un salto.

—Y después te quedaste en Boston —dijo Noah.

«Mira qué conversadores nos hemos puesto». Contuve una sonrisa.

—Los primeros años fui alternando de un distrito a otro, pero luego encontré una escuela privada donde logré conectar con la dirección y la comunidad, y trabajo allí desde entonces.

Noah se levantó de la mesa y fue al otro lado de la isla. Volvió con una bolsa de papel donde guardó el pan que había sobrado.

—Llévatelo —dijo. Y antes de que pudiera responder, recogió los últimos platos y los puso en el fregadero. A Gennie le preguntó—: ¿Quieres ir a darles de comer a los perros? Seguro que les encantará verte.

—Por supuesto que quiero —gritó ella, amontonando los últimos cubiertos en el lavavajillas.

—Acompaña a Shay y luego vas. ¿De acuerdo?

Era su modo de decirme que había sobrepasado el límite de su hospitalidad. Por suerte, me habían dejado de una manera tan brusca que me sentía prácticamente muerta por dentro y no había forma de que me ofendiera por el carácter de este hombre.

Pero tenía que hablar con él sobre algunos de los comentarios de Gennie, que me preocupaban.

—En realidad, me gustaría hablar un momento contigo —opuse, haciendo un gesto hacia él —. ¿Quizá mientras Gennie se ocupa de los perros?

Me clavó los ojos mientras inhalaba profundamente y expulsaba el aire con lentitud. Era como si le hubiera preguntado si le amputaba un brazo con un cuchillo para untar o con una cucharita oxidada.

Tomó la bolsa de papel y me la tendió.

—Sí. Claro. No hay problema. Te sigo.



Capítulo seis

NOAH

El alumnado será capaz de establecer límites y deshacerlos de inmediato.

Genial. Estaba pasando. Íbamos a mantener otra conversación sin la mediación de mi sobrina, y estaba seguro de que iba a arruinarlo todo. En fin, que fuera lo que tuviera que ser.

Gennie corrió cuesta abajo hacia el corral de los perros, gritando todo el trayecto «¡Perritos! ¡Allá voy!».

Shay la observaba desde el extremo del camino de grava, protegiéndose los ojos con una mano de los últimos rayos de sol.

Lo más tremendamente molesto del asunto era que Shay era preciosa. Una belleza increíble. Cuanto más intentaba ignorarlo, más evidente se me hacía. Esa conciencia me atormentaba día y noche, sumada al susurro persistente que me decía «podrías casarte con ella».

Me acerqué a Shay con la mirada fija en Gennie y con la visera baja. Me metí las manos en los bolsillos.

—¿Has considerado nuestra asociación?

Shay se volvió hacia mí.

—¿Si he… qué?

—La sociedad que te propuse la semana pasada. Por tu herencia.

—Ah. Eso. —Se giró de nuevo para observar a Gennie y a los perros—. Para serte sincera, no creo que…

—Necesito aclarar algunas cosas —la interrumpí—. Por supuesto que redactaremos un acuerdo prenupcial. Te quedarás con la parte de tus tierras que quieras, compartiremos la propiedad del espacio para eventos, y yo mantendré mis propiedades. Será un acuerdo transparente.

Se pasó la bolsa llena de libros al otro hombro y respondió:

—Voy a necesitar un poco más de tiempo para pensar en todo esto. Mucho más tiempo, en realidad. Para mí no se trata solo de la tierra.

—Para mí tampoco se trata solo de la tierra —coincidí—. Tengo una hija y debería haber dejado claro desde el principio que ella también está implicada en esto. No voy a permitir que

nada la dañe. Ni una puta cosa. Gennie no puede… no va a quedar en el medio si hacemos esto.

—Jamás querría que pasara algo así —replicó en tono cortante.

—Si lo hacemos, y creo que deberías saber que es la mejor opción si estás decidida a no llevar la herencia a juicio, tiene que ser algo seguro y estable para Gennie. O sea, tenemos que mantenerlo en secreto un año, hacer vidas separadas y disolver el matrimonio con discreción una vez que se liquide la herencia. Ella no puede saber nada; nada de nada. Puedo negociar cualquier cosa menos lo de Gennie. —Le eché una mirada, pero fue un error. Era casi imposible imponer límites cuando mi instinto me impulsaba a dárselo todo a esa mujer—. Tenlo presente mientras valores el asunto.

—Jamás haría nada que pudiera hacerle daño —aseguró Shay.

—A propósito, no. El problema es que Gen ya te adora y se le va a partir el corazón cuando te vayas.

Shay dejó la bolsa en el suelo y se giró para mirarme.

—Lo dices como si fuera a abandonarla sin miramientos.

«Es exactamente lo que estoy diciendo porque es exactamente lo que hiciste conmigo».

—No —respondí—. Sabes tratar a los niños. Es obvio. Sabes qué hacer y cómo hablarles. Estoy seguro de que eres muy buena como maestra también, aunque no me entra en la cabeza que hayas elegido esa carrera. Pero en la vida de Gennie no hay lugar para más decepciones. No puede pasar un año entero adorándote y que luego desaparezcas de su vida. Si hacemos esto, tenemos que protegerla.

—De hecho, eso es lo que quería comentar contigo —dijo ella—. Es de lo que te quería hablar.

Me crucé de brazos. No me gustaba nada por donde iban las cosas. No quería seguir con la conversación. Ya había dicho todo lo que tenía que decir y no me había enterrado en ningún agujero nuevo, y lo que quería ahora era estar solo para poder respirar tranquilo por primera vez desde la tarde.

—Sí. Claro. ¿Qué pasa?

—Gennie me ha mencionado algunas cosas que creo que deberías saber. Ha hecho varios comentarios sobre que no tiene amigos en la escuela, o que lo pasa mal con los otros niños. Creo que su personaje de pirata es un mecanismo de defensa. Lo usa para manejar la incomodidad que le generan estos problemas al relacionarse.

«Mierda. Qué… mierda».

Miré a Shay a los ojos y esperé un poco antes de preguntar:

—¿Pasa algo más?

—La acompleja su pelo —agregó—. Dice que nunca le queda bien o que no es bonito, y eso también incide en lo de ser pirata.

—¿Por qué no me lo ha dicho? Habría… No sé, habría hecho algo.

Shay se encogió de hombros.

—No lo tengo claro, pero sí mencionó con preocupación que no sepas cómo peinar a una niña.

Me quité la gorra y me froté la frente.

—Cada vez que creo que empiezo a arreglármelas con esto de ser padre, aparecen los agujeros en las orejas y los peinados, y vuelvo a estar como al principio.

—Aquí te equivocas. Estás muy lejos del principio, tanto que ya ni siquiera se divisa.

—El principio es una línea de meta que se corre todos los días —señalé—. Y va a seguir corriéndose. Hoy es el peinado. En unos años, será… no sé, sujetadores deportivos y

menstruaciones y, madre de Dios, no estoy preparado para esto.

—Yo creo que sí —opinó ella—. Estás haciendo un gran trabajo, Noah. Lo irás resolviendo sobre la marcha, y es lo mejor que puedes hacer. Fíjate que come verduras y hace las tareas y…

—Y suelta palabrotas en casi todas las conversaciones.

—Bueno, sí, es verdad. Pero déjame contarte algo: un año, la primera mañana de clase, estaba en la puerta saludando a los alumnos a medida que llegaban. Un niño se bajó del autobús, se me acercó, me escupió en los zapatos y me dijo que mejor que no fuera yo la hija de puta que lo iba a obligar a ir a la escuela. Luego salió corriendo del estacionamiento y se cruzó en dirección al tráfico. El día apenas había empezado y así estábamos.

—¡Por Dios! —Hubiera querido preguntar qué pasaba en casa de ese niño, pero mi sobrina se refería a las gallinas como «retardadas de mierda», así que no estaba en situación de opinar.

—Me dio mucho trabajo ese año, es lo que pasa siempre con los «fugitivos», pero era un niño superespecial. En unas semanas empieza quinto, pero cursa octavo en Matemáticas. Los niños especiales siempre nos obligan a dar lo mejor de nosotros.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo hacía para que las cosas parecieran infinitamente posibles? No solo posibles; probables incluso. Me hacía sentir que sería capaz de transformar a esa niña tremenda en un adulto pleno, a pesar de su infancia plagada de traumas; que sería capaz de encontrar la forma de hacerlo y, además, mantenerme a flote.

¿Y de dónde había sacado Shay toda esta tolerancia y aceptación? La chica que había conocido nunca se habría planteado dedicarse a la docencia, y menos aún a trabajar con niños que la insultaban apenas la veían.

La chica que había conocido en la escuela secundaria…

Me metí la gorra en el bolsillo trasero y me puse delante de Shay. Quería mirarla; quería ver bien a la persona que había conocido hacía tantos años.

¿Era posible que ya no fuera aquella chica?

Si yo había podido cambiar, ¿acaso ella no? Y yo sí que había cambiado. Dejando de lado la parte en la que todavía me sonrojaba y se me trababa la lengua cuando estaba con Shay, no me parecía en nada al chico que había sido en el instituto; alguien que proyectaba todas sus inseguridades en ese pueblo y que basaba su personalidad en el resentimiento hacia ese lugar.

Menos mal que había cambiado.

—Gennie lo pasó muy mal el año pasado —le conté—. Cuando llegó fue durísimo. Para los dos. No se me ocurrió que tendría problemas en la escuela hasta que empezaron a llamarme.

—Ser el chico nuevo es abrumador, en el mejor de los casos. Lo sé bien.

Me quedé mirándola. Quería saber cuándo había cambiado. Si había sido un cambio repentino o había pasado poco a poco. Y quería saber por qué. ¿Qué había ocurrido en los últimos años?

—¿Por eso la estás ayudando? ¿Porque fuiste la chica nueva tantas veces?

Levantó apenas los hombros.

—Un poco por eso. Un poco porque sé lo que es sentir que no encajas en ningún lado. Un poco porque recuerdo lo que fue tener seis o siete años y que mi madre se fuera a trabajar al extranjero.

—Eva no es una corresponsal de guerra. No forma parte de una unidad militar ni se pasa un año vigilando a un príncipe heredero para destapar décadas de corrupción.

—Tal vez no, pero las circunstancias no son tan importantes cuando eres una niña a la que arrastran de un lugar a otro. A esa edad, yo no sabía que mi madre era una periodista famosa. Para mí, mi única familia era un elenco de niñeras que rotaban todo el tiempo, y nadie me sabía decir cuándo iba a volver mi mamá. Puede que nuestra historia sea diferente, pero me hago una

buena idea sobre la de Gennie. Sé de padres que donaron esperma y literalmente nada más, y sé lo que es sentir que no tienes a nadie.

—Eva está cumpliendo cadena perpetua —dije—. Mató a un policía federal mientras pasaba droga por la frontera canadiense para el imbécil de su novio. Ella no tenía ni idea de que era una operación encubierta ni de que había cometido un montón de delitos federales en presencia de agentes infiltrados. Tampoco sabía usar la pistola que le había dado ese estúpido que tenía por novio, pero entró en pánico y resultó tener una puntería excelente. Hirió a otros tres policías en ese incidente. Fue un accidente. Una serie de accidentes de mierda, y va a pasar el resto de su vida en la cárcel, mientras que al capullo de su novio se lo tragó la tierra. —Noté cómo mis palabras la arrasaban en oleadas, cada una peor que la anterior—. Gennie estaba muy lejos cuando ocurrió todo. En Filadelfia, con una amiga de Eva. Los servicios sociales tardaron una semana en localizarla y tres días más en ponerse en contacto con mi madre. Para entonces, Eva ya les había dado demasiada información libremente a los federales sin pedir un abogado ni una sola vez, y Gennie ya estaba en el sistema de acogida. Lo único que Gen recuerda de aquellos días es que pasó hambre y que miraba Piratas del Caribe sin parar, pero, adelante, cuéntame lo bien que sabes por lo que ha pasado. Cuéntame todo lo que tienen en común tus niñeras, tus casas en el Upper East Side y en Mayfair y tus internados suizos, y lo que ha vivido Gennie. Cuéntame, Shay.

Nos miramos fijo. Se oía el ladrido de los perros y las risitas de Gennie a lo lejos. El sol se ocultaba en el horizonte, y podría haberme quedado horas contemplando la brisa agitar el pelo de Shay. Incluso más. Quería llevarle el pelo detrás de la oreja y acariciarle la mejilla con el pulgar. Aunque el costo fuera enorme.

—Lo siento —dijo finalmente—. No me puedo imaginar por todo lo que ha pasado. Y tampoco por lo que has pasado tú. —Me lanzó una mirada que parecía dar a entender algo, pero yo estaba demasiado concentrado en su pelo para captarlo—. Pero no me equivocaba al decir que sé lo que es sentir que no tienes a nadie; conozco la sensación de no pertenecer a nadie, de no tener un lugar. Es una de las razones por las que quiero lo mejor para ella. No importa lo que pase con nosotros, eso no va a cambiar. La otra es que eres mi amigo, o lo eras la última vez que estuve en este pueblo y ojalá vuelvas a serlo, y también quiero lo mejor para ti.

Se inclinó y agarró su bolsa. Extendí un brazo y le dije:

—Te la llevo al coche.

—No, no —me respondió haciendo un gesto con la mano—. Cargar bolsas llenas de libros es mi mejor ejercicio.

Di un paso atrás y me metí las manos en los bolsillos. Era lo único que podía hacer para evitar tocarla.

—Es imposible resolver todos los grandes problemas —dijo, con la bolsa colgada al hombro —. Pero sí podemos resolver muchos de los pequeños. Te voy a enseñar a hacer peinados de niña. Cuando Gennie necesite ayuda con el pelo, venís a casa y yo la peino hasta que aprendas. Venid cuando queráis, pero te aviso que el timbre no funciona, y no se oye si golpean la puerta a menos que una esté justo al lado. Siempre ha sido así. Así que entráis, me llamas, y nos ponemos enseguida a hacer colas de caballo, dos coletas o trenzas.

—No tienes que hacerlo.

Asintió para sí.

—Sí, puede ser. No tengo que hacer nada en realidad. Pero por eso estoy aquí. Sin planearlo, me tomé un año para alejarme de mi vida. Porque me parece que está bien. Mientras tenga sentido para mí, no me importa lo que piensen los demás, y no es necesario tener un objetivo

final, a menos que yo quiera. Ya está. No quiero estar más en situaciones, lugares o con personas donde todo es forzado y está mal, pero no me doy cuenta hasta que es muy tarde porque estaba muy ocupada forzando las cosas para que fueran perfectas. Por eso quiero ayudarte con el pelo de Gennie y procurar que pase de curso, y en el proceso voy a tolerar tu actitud de oso malhumorado.

—¿Qué actitud de oso malhumorado? —Sabía perfectamente a qué actitud se refería.

—Esta especie de indecisión tuya sobre si eres mi amigo o no —dijo, y me clavó los ojos como midiéndome—. Sea lo que sea, no creo que pueda hacer nada para cambiarlo, pero sí puedo hacer algo por tu sobrina. Y, encima, me llevo un pan delicioso. —Le dio una palmadita a la bolsa—. Gracias por esto.

¿Qué narices me estaba pasando? ¿Cómo había perdido el control de esta situación?

—Cuando quieras.

Dio otro paso atrás.

—Pasad por casa si necesitas ayuda con el pelo. Entra sin llamar. ¿Vale?

Asentí con la cabeza, mirándola mientras caminaba hacia su coche. Dejó la bolsa en el asiento trasero y me saludó con la mano. Como no podía contenerme, ni un minuto siquiera en lo que a esa mujer se refería, le dije:

—Avísame si necesitas que me case contigo.

Ladeó la cabeza.

—No estoy preparada para pensar en eso todavía.

—Entonces, déjame ver el testamento de Lollie mientras espero.

—No hace falta —respondió—. Es lo que es. No tiene sentido pelear.

Abrió la puerta del conductor y se sentó. Se quedó quieta un instante como si fuera a decir algo, pero volvió a saludarme con la mano. Yo también levanté la mano y me quedé mirándola mientras se alejaba.

Esta vez, una voz en mi cabeza me dijo: «Ahí va tu esposa».



Capítulo siete

SHAY

El alumnado será capaz de interpretar el papel.

—Mmm. ¿Te parece que estas letras están bien? ¿Están todas bien colocadas? —pregunté. Gennie frunció el ceño ante la pequeña pizarra blanca que tenía en el regazo—. ¿Alguna está al revés?

—Oh. La D. Y la G —dijo tras darse cuenta.

—Ya sabes hacer la G —le dije—. G de Gennie.

Pasó un calcetín por la pizarra para borrar las letras mal escritas.

—Juego también tiene una G.

Asentí con suavidad. Estábamos hablando de naufragios del pasado en distintos puntos del Atlántico, y de algunos ocurridos en el puerto de Newport, cerca de donde nos encontrábamos.

—Sí, también.

Se puso a reescribir la oración.

—¿Te gustan los juegos? ¿Los deportes y esas cosas?

—Sí. Por supuesto. —contesté inclinando la cabeza—. Pensemos en la puntuación y las mayúsculas de esta oración. ¿Dónde las usaríamos?

Ya no faltaba mucho para que Gennie y Noah se reunieran con la escuela para decidir si la pasarían a primaria, y no quería perder ni un minuto en conversaciones paralelas.

En las últimas semanas, me había dado cuenta de lo brillante que era Gennie y de cuánto luchaba por mantener la concentración. Era como si tuviera centenares de pensamientos zumbándole en la cabeza a la vez, por lo que muy fácilmente perdía de vista el que necesitaba.

Volvió a borrar las palabras y empezó de nuevo. También era perfeccionista. Si el ejercicio no estaba impecable, lo desechaba todo. Si no creía que podía hacerlo sin cometer ningún error, directamente no lo hacía. Las pizarras blancas y los rotuladores borrables ayudaban a reducir el riesgo de equivocarse, pero no lo eliminaban por completo.

—¿Así? —preguntó.

Leí las palabras.

—Es una afirmación contundente: «Los barcos naufragaban frente a la costa por culpa de las

rocas». Muy bien usados la mayúscula y los signos de puntuación.

—Esta noche hay un partido de fútbol —anunció, borrando las palabras de una sola pasada—. Como has dicho que te gustan los deportes, podrías venir con nosotros.

—Hum. —Pasé algunas páginas del libro que estábamos leyendo—. Pensemos en las palabras «barco» y «roca» —dije, y las escribí en la pizarra—. ¿Qué semejanza encuentras en el sonido de esas palabras?

—Las dos tienen «c» —respondió de inmediato—. ¿Vienes al partido entonces? Noah dijo que venden unos *pretzels* grandes como mi cabeza y que hay una banda de música también y…

—¡Qué interesante! —exclamé—. ¿Me lo cuentas más cuando terminemos de buscar palabras con «c» en la historia? Encuentra las palabras y luego me hablas de esos *pretzels* gigantes.

Francamente, no quería que me hablara sobre *pretzels* gigantes.

No porque las historias de Gennie no fueran encantadoras. Siempre eran fascinantes, incluso más que las que suelen contar la mayoría de los niños. Pero se nos acababa el tiempo.

—Ya está. —Cerró el libro de un golpe—. Hoy es el primer partido. Los partidos de fútbol empiezan antes que las clases aquí. Y Noah dice que va todo el pueblo, así que tú también deberías ir.

—Tendría que pensarlo —le respondí—. ¿Se te ocurre alguna otra palabra que tenga «c»?

—Cabra. Corral. —Escribió las palabras en la pizarra—. Cojones. —Esa no la escribió, por suerte—. Puedes sentarte conmigo en el partido.

Antes de que pudiera responder, se abrió la puerta lateral y entró Noah, con el teléfono pegado a la oreja y una caja bajo el brazo. Nos saludó con la cabeza, dejó la caja en el suelo y subió las escaleras.

—…y refrescos y granizado. Es lo que más me gusta: el granizado. Podría tomar granizado por siempre jamás.

—Eso sería muchísimo granizado.

—Tú también puedes tomarte uno. Tengo dinero en mi habitación.

La miré.

—Así que eres toda una ricachona, ¿eh?

—Noah me da dinero cuando lo ayudo en las ferias —dijo—. Tengo muchos dólares.

—Al parecer, has trabajado duro para ganártelos.

Asintió y tapó el rotulador.

—¿Tienes amigos? ¿Van a jugar a tu casa?

—Sí, tengo amigos —dije—. Pero viven en otro estado.

—¿Te sientes sola sin poder verlos?

—A veces —admití.

—Entonces, tienes que venir a ver al partido —insistió—. Así no te sientes sola.

No podía decirse que Gennie no fuera tenaz. Nunca se daba por vencida. Le sonreí.

—Lo voy a pensar. Y ahora, ¿qué tal si me ayudas a recoger todos estos libros?

Llenamos mi bolsa con los libros que había tomado prestados de la biblioteca del pueblo y volvimos a guardar los rotuladores y las notas adhesivas en el recipiente con tapa.

Noah entró en la cocina con una camisa limpia y el teléfono en la mano.

—Hola —nos dijo y, tras un momento, le habló a su sobrina—: Gennie, ¿cómo va el tema de los huevos?

—Mierda —murmuró ella.

—¿Por qué no me acompañas y luego vas a revisar los gallineros? —sugerí.

Resignada, fue hacia la puerta arrastrando los pies.

—Intentarás ir al partido, ¿verdad?

Noah me miró, pero luego empezó a vaciar la caja que había dejado sobre la encimera. Un paquete de tomates cherri, especias envueltas en papel, varios recipientes de vidrio vacíos.

—Lo voy a pensar —repetí. Luego me colgué mi bolso al hombro y tomé la bolsa de los libros.

La seguí afuera, ya sin sorprenderme al oírla refunfuñar sobre las gallinas diabólicas. Sí me sorprendió ver a Noah bajar rápido los escalones para reunirse conmigo junto al gallinero. No habíamos hablado mucho desde la semana anterior. No sabía las razones, pero parecía algo deliberado por su parte.

—¿Cómo va Gennie? —me preguntó.

—Es muy hábil —le dije.

Miró el teléfono frunciendo el ceño y enseguida se lo guardó en el bolsillo.

—Eso es bueno, supongo. Ayer, el psicólogo recomendó hacerle pruebas de TDAH.

—Menciónalo en la escuela cuando tengas la reunión. Diles que la están evaluando. Seguro que no hace falta que te explique nada sobre la ley de discapacidad en el ámbito educativo. También te imaginarás que un informe del psicólogo podría ser muy beneficioso en este caso.

Se volvió para mirarme mientras Gennie entraba a toda velocidad en la casa con los huevos.

—Gracias. Si no hubieras aparecido aquel día dando gritos por los camiones, no sé qué habría hecho.

—Te las habrías arreglado igual.

—No estoy tan seguro. —Me dio la impresión de que se debatió un momento antes de agregar —: Qué bien que estés de vuelta.

—¿Lo dices en serio? —Hice la pregunta con ánimo de broma, pero no estaba segura de que hubiera sonado así—. En alguna que otra ocasión me he preguntado si seguíamos siendo amigos.

—No te habría dicho que te casaras conmigo si no fuéramos amigos. —Hizo un gesto hacia mí—. No es que pretenda presionarte con ese asunto. Solo quería dejarlo claro.

—Entonces, ¿eres solo un oso con una espina en la pata a tiempo completo? ¿Esa es tu imagen actual? —Esta vez no había forma de que a alguien pudiera escapársele que hablaba en broma.

—Oye, no te burles. Cuanta más gente pueda ahuyentar con esta imagen, mejor. Me ahorra tener que mediar en cada incidente de este pueblo, por más estúpido que sea. —Dejó salir un suspiro resonante—. Desapareciste, ¿sabes? Te fuiste. Te marchaste del pueblo y no se supo nada más de ti.

Me quedé un momento tratando de poner sus palabras en algún orden que me resultara comprensible. No pude encontrar ninguno.

—¿No era ese el plan? —Asintió, pero el gesto no era para nada convincente—. Los dos queríamos irnos. ¿O no? Queríamos escapar de este lugar para no volver más. Por eso fuiste a ese programa de verano en Yale. Para irte cuanto antes. —Me acerqué un poco y mi bolso le rozó la pierna. No podía mantener esta conversación sin ver lo que decían sus ojos—. Y tú te fuiste primero. Después de la graduación, pasé mucho tiempo aquí. Sola. Me tomé todo el tiempo del mundo para irme. En realidad no desaparecí.

Se llevó la mano a la nuca y sus labios se torcieron en una sonrisa agria, como diciendo «sí, sigue repitiéndote lo mismo».

—¿Se me está escapando algo? —le pregunté.

—No, tienes razón —respondió tras una pausa—. Supongo que me imaginé que… —Se sacó la mano de la nuca y la dejó caer contra una pierna—. No importa.

—Noah, espera —dije, tocándole el antebrazo. Se quedó inmóvil, con la mirada fija en mi mano—. Sí que importa. A mí sí me importa.

Gennie salió a toda prisa por la puerta principal y corrió hacia mí mientras se oía de fondo el golpe del mosquitero.

—¿Lo has pensado? ¿Vas a venir al partido esta noche?

—Ay, cielo. —Miré a Noah con la esperanza de que nos ayudara a los dos con alguna forma de evadirme de aquel evento. No tuve suerte—. Tengo que ir a casa primero y hacer algunas tareas de adultos. No sé si voy a terminar a tiempo.

Gennie asintió, claramente decepcionada.

—Bueno.

—Nos vemos el lunes, sin falta. Vamos a hablar sobre exploradores. Tengo una historia genial sobre un explorador y su barco, que podría ser uno de los que naufragaron en el puerto de Newport.

Abrí la puerta del coche y dejé mis cosas dentro. Entonces, Noah gritó:

—Va a haber *food trucks* antes del partido. Ya solo por eso vale la pena, pero deberías comprobarlo tú misma. Puede que descubras que este lugar no es tan terrible.

Me dejé caer en el asiento del conductor.

—¿Eso es lo que te pasó a ti? ¿Un día miraste a tu alrededor y te diste cuenta de que ya no te parecía tan terrible estar aquí?

Noah me sostuvo la mirada. Sentí que el calor me envolvía. Era una tarde calurosa. Soleada. Y húmeda. Calor, humedad, sol. Era lo único que sentía.

—Ve a echar un vistazo —dijo—. Compruébalo tú misma.



—Hay un partido de fútbol esta noche.

Jaime frunció el ceño mirando la pantalla. Estaba en clase con las luces apagadas porque odiaba las luces fuertes, pero igual alcancé a notar su ceño fruncido.

—¿Qué tipo de fútbol?

—De instituto —respondí—. Creo. Estoy casi segura, vaya.

—¿Y por qué nos interesa?

—Me lo mencionó la niña a la que he estado dando clases particulares. —Eché un vistazo al interior de la nevera vacía—. Parece que va a haber puestos de comida ambulantes. Supongo que es una especie de fiesta previa al partido. O para recaudar fondos tal vez. No he preguntado mucho.

—¿A la niña a la que le das clases le gustan los *food trucks*? Esa generación sí que tiene las prioridades claras.

—No era así cuando yo estaba en secundaria —le conté—. Los partidos de fútbol eran lo más sencillo que podía haber.

Empezó a grapar en un tablero unos pequeños arcoíris con los nombres y los cumpleaños de sus alumnos. Me invadió la tristeza un segundo. Ese año no iba a tener pizarra de cumpleaños. No iba a poder celebrar los cumpleaños ni ninguno de los otros acontecimientos importantes de la escuela. Y no tenía a Jaime conmigo, y todo porque había querido ausentarme de mi vida y reencontrarme con el único lugar que me había hecho sentir que formaba parte de algo.

—Deberías ir. —La voz de Jamie me sacó de mis pensamientos.

—¿Adónde?

—A ver el partido —dijo, sin siquiera levantar la vista para mirarme, mientras seguía ubicando y grapando sus arcoíris—. No puedes tomarte un año entero solo para quedarte sentada en una casa enorme tomando vino y comiendo arroz al microondas todas las noches.

—No como arroz al microondas todas las noches.

—Me encanta que esa sea la parte que me discutes. —Me dirigió una sonrisa fácil—. Querías vivir en un pueblecito tranquilo, cariño. Querías volver a la granja de tu abuelita. Ya estás allí, ahora tienes que hacer la experiencia completa. Ve al partido de fútbol. Come en los puestos ambulantes. Anima al equipo local. Todo eso. Si no vas a hacerlo, deberías preparar las maletas de inmediato y volver a casa. Puedes vivir conmigo. Puedes ser sustituta en cualquier distrito de por aquí hasta que encuentres algo permanente. Pero no puedes quedarte allí sin hacer nada.

Di un pisotón en el suelo de la cocina.

—Pero Jaime…

—Pero Shay —me interrumpió—. Acabo de confirmar con mis propios ojos que estás viva y bastante bien como para ponerte una camisa bonita e ir a ese partido de fútbol. Es hora de que vuelvas a practicar un poco vivir de verdad, cariño. Vamos. Ve a ese partido. Haz algo real, aunque lo detestes.



Me hubiese gustado decir que nada había cambiado en el instituto de Friendship en los años transcurridos desde que me había graduado, pero, como todo en ese pueblo, el edificio tenía un aspecto renovado. La construcción de los años sesenta, de techo plano y paredes marrones, había sido reemplazada por una estructura de tres pisos, con muchas ventanas, líneas puras y paneles solares. Donde antes había un campo polvoriento y lleno de agujeros, más adecuado para los paseos de gansos y conejos que para cualquier forma de deporte, ahora se erguía un brillante complejo deportivo.

Desde que había llegado a Friendship, tenía en la cabeza que me encontraría con compañeros de la escuela por todas partes. Otros compañeros aparte de Noah. Imaginaba que me los cruzaría en la tienda o en la biblioteca, o tal vez en la cafetería del pueblo, donde tomaba un desayuno equilibrado a base de café helado y galletas cuando se me acababan las natillas. Pero, hasta ese momento, no había visto ninguna otra cara conocida.

Supongo que era lógico. No era la clase de pueblo pequeño del que a la gente le costaba salir. No era un lugar alejado ni aislado, no en un sentido estricto. No era extraño que no me hubiera cruzado a nadie del instituto en la sección de frutas y verduras, porque todos se habían marchado.

De todas formas, no tenía ninguna queja al respecto.

Había hecho amigos en la secundaria, pero la mayoría eran relaciones de tipo superficial; gente cuya vida podía entrever cada tanto en las redes sociales, pero tenía que hacer una pausa para acordarme de cómo los había conocido.

Con este pensamiento tan entusiasta en mente, recorrí la pista de atletismo estudiando las opciones que ofrecían los puestos de comida. Los clubes y los deportes recreativos de la escuela tenían mesas instaladas en el centro, y la comisión de promoción vendía camisetas.

Tenía que admitir que me sentaba bien estar haciendo algo. Antes de la debacle con mi ex, salía todo el tiempo. Era una persona extrovertida, demonios. Era sociable. Me gustaba estar rodeada de gente.

Ahora, me pasaba la mayoría de las tardes paseando por Twin Tulip mientras escuchaba audiolibros o pódcast y tomaba vino de una botella de agua de acero inoxidable. Si conseguía agotarme lo suficiente, distraerme lo suficiente, no tendría que pensar en todos mis magullones y partes rotas. En cualquier caso, todo aquello me hacía sentir bien. Un bienestar extraño, como si no supiera qué estaba haciendo allí, pero los demás tampoco.

Seguí a un grupo de estudiantes engalanados con el uniforme de la banda hasta el interior del edificio y les pedí que me indicaran dónde estaban los baños. Cuando me quedé sola en un retrete, miré la hora en el teléfono. Faltaba media hora para que empezara el partido.

—Un chorro saludable dura al menos diez segundos ininterrumpidos.

Miré a mi alrededor. ¿Me estaban hablando a mí?

—Si no orinas de forma constante durante diez segundos ininterrumpidos, deberías plantearte una terapia de suelo pélvico.

Miré otra vez a todos lados queriendo encontrar alguna otra explicación para la mujer que, al parecer, me hablaba a mí.

—Ah, vale —dije con cierta vacilación—. Gracias.

—¿Te sucede a menudo que tienes interrupciones en el chorro?

—Eh… —Cerré los ojos con fuerza un segundo. Había tenido muchas conversaciones raras en baños públicos. Muchas. Pero esa era a todas luces la más rara, y eso que una vez alguien me había preguntado si podía presentarme a una amiga suya porque le parecía que yo podía ser su gemela, de la que había sido separada al nacer. Aclaro que no era mi hermana gemela—. Estoy bien. No te preocupes.

—Mi opinión profesional me dice que, por como suena, no estás del todo bien —respondió risueña.

—¿Estás… escuchando cómo hago pis?

Se rio.

—Gajes del oficio.

—O intromisión en la intimidad ajena —murmuré. Terminé y agradecí que el ruido del agua ahogara cualquier nuevo comentario.

Hasta que salí del retrete.

Al otro lado de la puerta había una mujer alta y delgada que me dirigió una sonrisa amplia.

—Hola, soy Christiane.

Tuve que esquivarla para llegar al lavamanos.

—Hola —dije, por encima del ruido del agua.

—Soy fisioterapeuta. Una de mis especialidades es la disfunción del suelo pélvico. Te dejo mi tarjeta.

Con las manos mojadas en alto la miré con mala cara. Luego, avancé hacia las toallas de papel, poniendo el cuerpo de costado para deslizarme junto a las puertas del retrete porque esa mujer parecía empeñada en ponerse en el lugar más inconveniente posible.

—Nunca es prematuro sintonizar con las necesidades de tu suelo pélvico —me dijo.

Forcé una sonrisa mientras me secaba las manos.

—Sí. Está bien. Gracias por la charla.

Tomé la tarjeta y me fui volando. Jaime nunca iba a creer esta historia. Pondría en duda mi cordura. Y mi sobriedad también.

Cuando salí, la banda de música estaba tocando una canción ya vieja de Miley Cyrus, y el lugar empezaba a llenarse de gente. Retrocedí hacia los *food trucks*, dispuesta a elegir algo antes de que se vendiera todo.

Casi había atravesado la parte más densa de la multitud cuando oí un «¡Shay!», y un cuerpo pequeño se abalanzó sobre mí desde un costado.

Miré hacia abajo y vi a Gennie, con el pelo recogido en dos coletas desparejas.

—¿De dónde has salido, amiguita?

Se apretó contra mi cintura un momento más, y enseguida dijo:

—Ven. Noah está por allá. Dijo que podía echar un vistazo, pero que tenía que poder verlo todo el tiempo, pero luego te vi a ti, así que no creo que se enfade porque me haya ido lejos.

«Ay, no». Noah iba a empezar a dar vueltas por los puestos de comida si no la encontraba. Tomé a Gennie de la mano y, alentándola a que nos guiara, sugerí:

—Volvamos donde tienes que estar.

Encontramos a Noah en plena conversación con una mujer en la mesa de los promotores, aunque no daba la impresión de estar pasándolo bien. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y, desde varios metros, se le notaba la mandíbula apretada. Respondía asintiendo con decisión, pero los surcos profundos que se le formaban alrededor de la boca dejaban entrever que el asunto no le interesaba.

En cuanto nos vio cruzando la pista, levantó una mano, se disculpó y vino hacia nosotras.

—He encontrado a Shay —le anunció Gennie.

Al mismo tiempo, Noah le preguntó:

—¿Qué te dije de quedarte donde pudiera verte?

—Pero Shay no nos había visto —respondió ella—. Y me dijiste que la buscara con los dos ojos.

A no ser que me equivocara, las orejas de Noah se tornaron de un rojizo fascinante.

«Fascinante».

Me miró: un vistazo rápido de arriba abajo que recorrió mis vaqueros y la preciosa blusa que llevaba puesta, antes de volver la vista hacia Gennie.

—Hay mucha gente. No quiero que te pierdas. ¿Vale?

Gennie lanzó un suspiro desmesurado.

—Está bien —dijo. Enseguida me tomó de la mano y empezó a dar vueltas—. Tengo que bailar, Shay. ¡Mírame!

—¡A bailar! Te estoy mirando. —Señalé el complejo deportivo y le pregunté a Noah—: ¿Cuándo hicieron todo esto?

Recorrió con la mirada las gradas del estadio.

—Hará seis o siete años.

—Un gran avance.

Asintió.

—Sí. Construyeron la escuela nueva donde estaba el campo de juego y, cuando la terminaron, trasladaron a los chicos y demolieron la escuela vieja. Después hicieron todo esto.

Dejé escapar un sonido en señal de acuerdo.

—¿Se te hace raro volver a estar aquí? ¿No o es que ya te has acostumbrado?

—Solo es raro cuando la gente me recuerda deliberadamente la época del instituto.

—¿Como estoy haciendo yo ahora? —le pregunté riendo.

—No. —Sonrió y pasó el peso del cuerpo de un lado al otro. Nuestros hombros se rozaron—. Cuando hacen hincapié en que se acuerdan de que fui tesorero del consejo estudiantil y que seguramente por eso logré sacar a flote las plantaciones y la fábrica de lácteos; porque, claro, un presupuesto de cinco mil dólares con estricta supervisión de la junta escolar es algo totalmente comparable con ello. O cuando me preguntan si me acuerdo de cuando era el responsable del

equipo de baloncesto, pero me olvidé la bolsa con todas las camisetas en el vestuario el día del partido por el campeonato en Woonsocket, porque a todo el mundo le encanta esa anécdota.

—¿Cómo lo hiciste para sacar a flote las plantaciones y la fábrica de lácteos?

—Que tú me lo preguntes es señal de que te han secuestrado y urge que te rescaten —replicó.

Le di un codazo en el brazo. Parecía más una pared de ladrillos que carne humana.

—Me interesa de verdad.

Parecía dispuesto a bromear un poco más, pero en ese instante abrió mucho los ojos y una expresión de terror se le dibujó en el rostro. Miré por encima del hombro siguiendo su mirada. Cuando me giré, me rodeó la cintura con un brazo y se me acercó tanto que su barba me rozó la mejilla.

«¿Qué demonios…?».

—Sé que es una locura pedirte esto, pero si me sigues la corriente cinco minutos, me encargaré personalmente de arar y plantar tus tierras todas las veces que quieras. ¿Trato hecho?

No respondí. No podía. Era imposible responder cuando esas palabras me entraban por un oído e iban a parar justo entre mis piernas.

—Solo sígueme la corriente —susurró—. Por favor.

No tenía idea de lo que estaba pasando, pero Noah estaba tan cerca y me abrazaba tan fuerte que no importaba. Y la forma en que había pronunciado ese por favor era perfecta; como una disculpa antes de cometer un pecado.

En cualquier caso, estaba tan aturdida que no podía articular palabra. No recordaba la última vez que alguien me había abrazado así. Y, sobre todo, no recordaba que un abrazo me hubiera hecho sentir algo tan maravilloso. Había una banda de música tocando al otro lado del complejo, una niña que bailaba y giraba a mi lado y cientos de personas a mi alrededor, pero en lo único que podía pensar era en la mano que me sujetaba de la cintura.

Jaime iba a restregármelo por la cara repitiéndome «Te lo dije».

Pero, de pronto, oí «¡Hola! ¡Holaaa! ¡Noah! ¡Aquí!», y me quedé helada. Reconocí la voz; la persistencia de esa voz.

—Actúa con naturalidad —insistió Noah, con desesperación contra mi mejilla—, y hago lo que me pidas. Lo que sea. Lo pides y es tuyo.

Asentí con la cabeza en el instante en que Christiane apareció ante nosotros, seguida de dos niños pequeños. Noah soltó un suspiro y me rozó la mejilla con los labios. Me invadió una sensación de calor, por todo el cuerpo, de golpe.

¿Cuándo había sido la última vez que alguien me había besado en la mejilla? ¿Cuándo había sentido por última vez una punzada así en el centro del estómago? ¿Y cuándo había sido la última vez que un beso había representado algo más que una obligación, una casilla tildada en la columna de muestras elementales de afecto?

Christiane se acercó con una sonrisa radiante.

—¡Noah! —exclamó—. Te llamé la semana pasada. ¿Recibiste mi mensaje? Era para quedar en el club de natación. Creí que me contestarías. ¿Dónde has estado metido todos estos días?

—Christiane —respondió Noah.

Christiane me miró y, en el acto, se le opacó la sonrisa.

—¡Y mi querida y flamante amiga! No me he quedado con tu nombre. —Miró de nuevo a Noah y dijo—: Nos hemos conocido en el baño de chicas hace un ratito.

Noah me apretó la cintura con los dedos. Sentí el roce de su barba contra el borde de mi oreja.

—No parece que os hayáis conocido mucho si no sabes su nombre.

Mierda. O sea… ¿Qué demonios me estaba pasando? Me resultaba imposible desmenuzar esa

oración en todos sus componentes o encontrar una sola razón que explicara el efecto que había tenido en mí. Lo único que sabía era que llevaba meses sin que un solo pensamiento de índole sexual se me cruzara por la cabeza, pero que esa situación estaba dando un vuelco acelerado.

—Ya sabes lo fácil que me dejo llevar. —Nos hizo un gesto con la mano—. ¿De dónde os conocéis vosotros?

—Nos conocemos desde hace años. Fuimos novios en el instituto.

Noah se movió, metió el pulgar en una de las trabillas de mis vaqueros y deslizó la mano dentro de mi bolsillo. Extendió los dedos sobre la parte baja de mi barriga y el pliegue de mi muslo. Lo único que mediaba entre nosotros era la tela fina del forro de mi bolsillo y mis bragas, y nadie en un radio de seis metros podía dejar de advertirlo. Mi rostro lo reflejaba con toda claridad y se proyectaba sobre mi cabeza como una burbuja de pensamiento en una viñeta. La acción de Noah no tenía nada de disimulada. Me preguntaba si lo que vendría a continuación sería morderme el cuello y, la verdad, no tenía ninguna objeción.

—¿En serio? —Me observó con ojos críticos—. Qué curioso. No recuerdo que hayas mencionado jamás a nadie. Ni una sola vez. Nunca. —Su mirada se transformó en una sonrisa hosca, el tipo de expresión que usa la gente para mantener un umbral de modales mínimos y al mismo tiempo transmitir que toda la situación les resulta inaceptable—. Realmente no recuerdo haber oído nada al respecto.

—No veo por qué sería asunto tuyo —dijo Noah, en un tono más cercano a un gruñido que a cualquier otra cosa.

Pero no era solo un gruñido. Había algo amenazador, casi posesivo. Y me daba cuenta de que era ridículo decir eso porque toda la escena era ridícula: me estaba dibujando círculos en la barriga mientras le decía a esa mujer, no muy educadamente, que no le interesaba nada de lo que le proponía. Si esto no era el extremo de la posesividad, no se me ocurría una manifestación más clara.

«Muérdeme el cuello, cariño. Ahora. No me hagas esperar».

Noah me pasó los dedos por la mejilla y me acomodó el pelo detrás de la oreja.

—¿Ya has decidido qué quieres comer? —me preguntó, en un tono bajo, gruñón, perfecto. No sabía en qué momento el aire gruñón había pasado de hacerme cierta gracia a excitarme por completo, pero ya estaba en el papel y no tenía el menor interés en abandonarlo—. Tendrás que cenar algo, cielo.

No estaba orgullosa de ello, pero sentía que mis pezones debían ser visibles desde el espacio.

—Todavía no —murmuré.

—Entonces, vamos a solucionarlo. —Levantó a Gennie y se la colocó en la cintura—. Hasta luego, Christiane.

Nos condujo hacia los *food trucks*, con la mano todavía en mi bolsillo. Sentía que flotaba y me derretía, y a la vez me recorría el cuerpo una oleada de electricidad.

Y Noah Barden era el causante.



Capítulo ocho

NOAH

El alumnado será capaz de fingir.

Cinco minutos más.

Era todo lo que necesitaba.

Si pudiera tener cinco minutos más, no pediría otra cosa en la vida.

Cinco minutos más con el cuerpo de Shay pegado al mío, su mano apoyada en la parte baja de mi espalda. Cinco minutos más sintiendo su piel contra mis labios.

Cinco minutos más de fingir que era mía.

Pero el problema de pedir cinco minutos más era que a la larga iba a sufrir. Viviría con esto que sentía ahora y no tenía duda de que me destruiría poco a poco.

O quizás la destrucción fuera inmediata. Quizás fuera mejor así. Siempre me las había arreglado mejor cuando conocía el sufrimiento que me esperaba. Mis compañeros de cuarto de la facultad de Derecho estaban un año más avanzados que yo y habían resultado un recurso excelente para prever la desdicha que me iba a deparar el futuro. Me había servido para ajustar las expectativas.

Si alguien hubiese podido darme un golpecito en el hombro o enviarme un mensaje de texto para decirme lo horrible que iba a ser mi vida cuando pasaran esos cinco minutos y se acabara el simulacro, se lo habría agradecido. Siempre es bueno conocer el terreno de juego.

Me moví para poner un poco de distancia entre ella y yo antes de que la situación se enrareciera y Shay se viera en la necesidad de apartarme de ella, pero me retuvo la mano en su cintura.

—No te separes. No pares. Todavía no.

«Muy bien. Estupendo». Me iba a pasar el resto de la eternidad sufriendo mientras escuchaba esas palabras en mi cabeza e imaginaba el olor de su pelo. Fantástico.

—¿Puedo tomar un granizado? —me preguntó Gennie, aferrada a mi cuello. Las cuentas del brazalete que se había hecho la noche anterior (porque Shay llevaba brazaletes y estábamos obsesionados con Shay) me presionaban la clavícula. Eso bastó para recordarme a voz en grito que tenía una hija y que no podía andar haciendo estupideces solo porque me hacían sentir bien.

Pero, por el amor de Dios, de verdad quería uno o dos minutos más: de Gennie, segura y protegida a un lado, y Shay, acurrucada contra mí al otro. Era como vivir una vida libre y tranquila, los tres juntos en un partido de fútbol del instituto, sin la menor preocupación.

Solo que nada de eso era cierto, y esa fantasía estaba a segundos de deshacerse entre mis manos.

—Sí. Claro. ¿Quieres ir sola? —le pregunté a Gennie. Negó con la cabeza contra mi hombro. No le gustaba que la llevara en brazos. Al parecer era algo muy de bebés y, como me había informado varias veces, ella ya era mayor. De veinte kilos y sin dientes, pero sí, ya era grande. Seguramente había odiado que la levantara delante de los hijos de Christiane Manning. En cualquier momento, iba a empezar a patalear y gritar para que la bajara. Y la bajaría. En cuanto terminara de grabar cada centímetro de esto en mi memoria.

—Venid conmigo —dijo Gennie.

Y así gané unos minutos más en la fila del puesto de granizados, con la cabeza de Gennie apoyada en mi hombro y rodeando a Shay con el brazo.

Era una noche cálida, que solo la brisa constante que soplaba desde la bahía hacía soportable. Soportable para los demás. Yo me estaba muriendo. Ardiendo, derritiéndome, hirviendo. De todas las formas en que me había imaginado tocando a Shay, nunca se me había ocurrido que pasaría allí, en el instituto, o mientras sostenía a Gennie con el otro brazo.

Cuando llegó nuestro turno, Gennie se zafó de mí para hacer su pedido. Luego se volvió y me dijo:

—Dinero, por favor.

Sacar la cartera significaba soltar a Shay, y durante más de un segundo parpadeé mirando a mi sobrina y rogué que se me ocurriera una solución mejor.

Al final, Shay me dejó helado al meter la mano en mi bolsillo trasero, tomar mi cartera y darle un billete de cinco a Gennie. Cuando volvió a ponerme la cartera en el bolsillo y me dio una palmada en el culo, me quedé seco. Me volvió loco.

Shay giró la cara hacia mí, con los labios fruncidos en una sonrisa que yo siempre había tachado de condescendiente. Probablemente me equivocaba. Tenía que estar equivocado.

—Nos sigue mirando —susurró.

Se inclinó hacia mí y me rozó la mandíbula con los labios. Me estremecí y la aferré con una fuerza que no era para nada necesaria. No pude evitarlo. Y aunque sabía poco sobre órganos internos, era como si los míos se estuvieran reacomodando porque mi corazón buscaba abrirse paso entre las costillas.

—Bésame la frente —dijo.

—¿Qué?

—Sigue mirándonos —repitió—. Bésame la frente. Haz que parezca creíble.

Hacer que pareciera creíble no era el problema.

Bajé el rostro y apreté los labios contra su sien. Tenía un olor encantador en el pelo. Recordé ese aroma. Se había quedado en mi coche cuando éramos unos críos. Shay se había quedado en mí incluso cuando ya no estaba.

No me moví. Dejé los labios contra su piel mientras su cuerpo se acurrucaba contra el mío. Gennie hablaba del granizado y de cómo el de sandía era mejor que el de cereza, y tenía la cara pegajosa y manchada de rosa. Asentí con la cabeza, sin dejar de abrazar a Shay como si en ello se me fuera la vida.

Y, a decir verdad, así era.

Podía resistirme todo lo que quisiera. Luchar como un condenado. Empujarla, empujarla y

empujarla lejos de mí. Y, pese a todo, no había nada que quisiera más que eso.

—¿Cuál es la historia? —preguntó, en un tono lo bastante bajo como para que nadie la oyera —. Con tu amiga Christiane.

—No es mi amiga —respondí—. Es alguien muy persistente, nada más.

Shay se rio, y las curvas de su cuerpo se estremecieron contra mí de una forma deliciosa. No era el momento ni el lugar para excitarse, pero, por Dios, estaba sobrepasando mis límites.

—Ya me he dado cuenta —dijo—. Tuvimos una pequeña escaramuza en los baños. Pensé que no iba a salir de allí sin haber concertado una cita para una terapia de suelo pélvico.

—¿Una qué?

Negó con la cabeza y sus pendientes se sacudieron. Eran unos pendientes en forma de uvas. Racimos de uvas moradas.

No sabía por qué me resultaban tan encantadores, pero así era.

—Nada por lo que tengas que preocuparte —dijo—. Bueno, cuéntame, ¿qué pasó? ¿La ignoraste? No, espera. Pasaste con ella una noche inolvidable y…

—Cállate, Shay. —Las palabras retumbaron con la fuerza de un alud, y Shay levantó la cabeza y me miró con los labios entreabiertos y las cejas arqueadas. Nunca había tenido tantas ganas de besarla como en ese momento, y eso que había consagrado dos años de mi vida a querer besarla. Sin embargo, ahora era diferente. Era mucho más intenso. Un verdadero alud.

—Guau. ¿Cuándo te convertiste en un rompecorazones que va dejando un reguero de mujeres despechadas por todo el pueblo? —preguntó.

—No fue así —repliqué—. Ella cree… No sé… Cree que haríamos buena pareja.

—Una forma anticuada de decir que quiere acostarse con…

Le puse un dedo en los labios.

—¿No te he pedido que te callaras?

Parpadeó y levantó las cejas como exhortándome en silencio a que me explicara. Antes de que pudiera pensarlo dos veces, quité los dedos de sus labios y los deslicé por el contorno de su mejilla, para luego acariciar con el pulgar el surco que se había marcado en su entrecejo. Suavicé la curiosidad concentrada en ese punto.

—No importa lo que Christiane quiera porque sus hijos se portan fatal con Gen. Son gemelos y son terribles. Sé que no debería decir algo así de unos niños, pero, en serio, si supieras la mitad, estarías de acuerdo conmigo.

—¿Qué ha pasado?

—El segundo día de clase, el niño, un pequeño demonio, persiguió a Gennie por el patio de la escuela con una culebra muerta que había encontrado entre los arbustos. Pero fue ella la que se metió en problemas porque le dio un codazo en la boca y le partió un par de dientes cuando el crío intentó meterle la culebra debajo de la camiseta.

Shay bajó la vista entreabriendo la boca.

—¿¡Cómo!?

Asentí mientras volvía a acomodarle unos mechones rosas detrás de la oreja. El viento me hacía trabajar. Me encantaba.

—Así es como nos conocimos. Ella dijo que todo había sido un malentendido, que su hijo estaba pasando por un momento difícil desde que ella y el padre se habían divorciado el año anterior. Quería que quedáramos para que los niños se conocieran, esa fue su solución.

—¿Cuál fue la tuya?

—Escribí una carta diciendo que iba a plantear mi preocupación por la seguridad de los alumnos al Departamento de Educación y que iba a presentar una demanda si no la cambiaban de

clase.

—¿La cambiaron?

—Al día siguiente —respondí—. Pero la maestra no era la más adecuada para Gennie. No entendía lo que le pasaba. Chocaron desde el primer momento. Sé que se retiró al terminar el año y que le atribuyó la decisión a Gennie.

—Eso no está bien —murmuró—. ¿Hubo algún otro incidente con ese niño?

—Nada tan grave como lo de la culebra, pero sí muchos informes de peleas en el patio de la escuela. Y la niña, pensé que era la única que valía la pena, pero nada más lejos de la realidad: nunca le deja a Gennie jugar con ella ni con las otras crías, siempre dice cosas horribles sobre Eva cuando los maestros no están cerca… Y esto es solo lo que Gennie me cuenta. Sé que hay mucho más. El tema del pelo, por ejemplo. No me lo cuenta todo.

—¿Le has comentado algo de esto a la señora que te pretende?

Miré por encima del hombro y vi a Christiane cerca del puesto de conos de *waffle* con burbujas. Me vio y me saludó con la mano.

—Te pido disculpas de antemano.

—¿Por qué?

Iba a sufrir por eso. Mucho más de lo que había imaginado. Pero no había forma de que me importara ese sufrimiento cuando tenía toda esta dulzura delante de mí, esperándome. Le levanté la barbilla y deslicé los dedos entre su pelo. Bajé la mirada hasta sus labios entreabiertos.

—Por esto.

Rocé sus labios con los míos; un beso rápido, condicionado por la situación, pero suficiente como para arruinarme la vida.

No me molesté en volver a mirar a Christiane.

—No te disculpes —dijo Shay, riendo—. Te hago de escudo humano todas las veces que necesites. Me apunto para toda la semana. Deberías haberme dicho que de aquí venía la urgencia por concretar un casamiento falso conmigo. Me hiciste pensar que eras una especie de Tío Gilito que quería apoderarse de todas las tierras de la zona rural de la cala. Podrías haberte explicado mejor, amigo. —Me miró con el ceño fruncido—. Por favor, dime que estamos bien, que somos amigos. No sé qué hice mal, Noah, ni cómo te di la impresión de que…

La besé de nuevo.

Bien mirado, no fue una decisión inteligente, pero me ahorró tener que explicarle mi versión de la historia. Claro que tampoco iba a entenderla. Yo tenía mi realidad y ella la suya, y tenía que aceptar que nunca iban a coincidir.

Este beso fue más largo y menos pudoroso que el primero. Oí a Gennie decir: «¡Qué asco!», y alguien exclamó: «¡Mira esos dos!», y no me importó porque Shay enrolló los dedos en mi camiseta y dejó escapar un sonido suave de la garganta que me fulminó.

No importaba lo que pasara después. Si ella desaparecía de mi vida al día siguiente. Si volvía a Boston y renunciaba a Twin Tulip. Ni siquiera si se quedaba, aunque nunca pudiera volver a tocarla.

Nada me podía importar porque me había devuelto el beso y lo había disfrutado una enormidad.

Cuando me aparté, le dije:

—Lo siento.

Shay negó con la cabeza.

—No te disculpes. Puedes recurrir a mí todas las veces que necesites ahuyentar a las mujeres ardientes de Friendship. Debe de haber unas cuantas. Van a quedar con el corazón destrozado.

Todos sus sueños en pedazos.

—Parece que te entusiasma la idea.

Se rio. Sentí su aliento cálido en el cuello, luego el roce de sus labios. Tuve que hacer un esfuerzo para que los ojos no se me pusieran en blanco.

—¿Cuándo empieza el partido? —preguntó Gennie, volviéndose hacia nosotros. Tenía los labios pintados de rosa. Nos miró como si viera a Shay en mis brazos todos los días. Era muy, pero muy importante que esto no le complicara la vida—. ¿Falta poco? ¿O me puedo comprar palomitas?

—¿Te han dado cambio por el granizado?

Se encogió de hombros, pero deslizó la mano en el bolsillo. Como si tal cosa.

—Te alcanza para las palomitas —le dije—. ¿Quieres pedirlas tú o prefieres que nosotros te acompañemos?

Nosotros.

Ay, por favor. Ya había convertido esta actuación en un nosotros. Había demasiadas cosas en mí que estaban rotundamente mal.

—Podéis mirarme desde aquí —dijo, y salió disparada hacia el puesto de palomitas del consejo estudiantil.

Volví a rozar la sien de Shay con los labios. No porque Christiane estuviera mirando, ni porque me importara una mierda la opinión de nadie. Había querido hacerlo desde mucho antes de saber lo que era besar a una mujer en la frente en lugar de en la boca.

—No hace falta que te quedes, ¿eh? —le dije.

—¿Cómo que no? —Apoyó la mano en mi pecho—. No te olvides de que ya he conocido a tu chica y sé que es insaciable. Si crees que no vendrá a la carga en cuanto me vaya, la estás subestimando. —Se rio y agregó—: Además, le prometí a Jaime que iba a salir y hacer vida pueblerina y todo eso aunque me pareciera horrible.

«¿Quién narices es Jaime?».

—¿Jaime? ¿Y yo qué? ¿No te dije exactamente lo mismo? —le pregunté.

Se tomó su tiempo para alisarme la camiseta. Como si importaran mucho las apariencias en una noche de agosto sofocante en la que todos los mayores de quince estaban entretenidos con el alcohol que escondían en las botellas de agua y actuaban como si los insectos no nos estuvieran comiendo vivos.

«¿Y quién demonios es Jaime? Por favor, que no sea el de la situación aquella».

—Jaime es mi mejor amiga —dijo, mientras seguía recorriéndome los hombros y el pecho con esos deditos preciosos, atando pesas de cemento en cada lugar que tocaba antes de empujarme desde un muelle—. Trabajamos juntas desde hace años. Hablamos casi todos los días. Es la mamá del grupo.

«Perfecto. Nos quedamos con Jaime».

—¿Y entonces? ¿Cuál es el veredicto? —Le apreté la cadera. Esa parte de su cuerpo era blanda, suave y mullida. Quería clavarle los dedos en la piel, aferrarme a ella y dejarle marcas si me dejaba. No me lo permitiría. Porque nunca se lo iba a pedir—. ¿Es horrible estar aquí?

—No. Es distinto de como lo recordaba. Todo está distinto. A decir verdad, es una descortesía que Friendship se modernizara tanto después de que me fuera. —Se rio de nuevo. Sentí que el sonido me desgarraba por dentro. Me daban ganas de envolverla con mi cuerpo. Enterrarme en ella—. ¿A ti no te pasa?

—A veces —admití. Y era verdad. La mayor parte del tiempo, trabajaba y hacía mi vida sin recordar el sufrimiento que había pasado en la infancia. Pero siempre aparecía alguien que quería

saber cómo lo había hecho para perder peso (no tenía idea; al cumplir veinte, el cuerpo me había cambiado por completo) o si podía recomendarle al dermatólogo que me había curado la piel (lo mismo que en el caso anterior) o si ahora era feliz (no de la forma que todos esperarían, no, pero en otros aspectos, sí)—. La gente hace comentarios raros. Dicen cosas que en su cabeza les suenan halagadoras, pero que son como si te dieran con un diccionario en la cara.

—Qué feo —dijo, en voz tan baja que dudé si iba dirigido a mí. Levantó la vista. Tenía los ojos oscurecidos y hundía las cejas con fuerza—. Para eso también puedo hacerte de escudo humano.

Sin pensar, dije:

—No hace falta. Puedo controlarlo.

—Hay mil cosas de mierda que puedo controlar —respondió—, y aun así me encantaría que alguien se interpusiera por mí.

—¿Qué cosas?

Levantó la boca hacia un lado. Era un puchero mezclado con una sonrisa, y me dieron tantas ganas de besarlo que se me desencajó la mandíbula.

—Nada. No viene al caso. —Me dio una palmadita en el pecho como si estuviera poniéndole un tajante punto final a esa frase—. Me quedo al partido. Te voy a dar algunos consejos para que parezca que estás perdidamente enamorado de mí y que no te interesa nadie más.

«Sí. Muéstrame cómo sería. No tengo la menor idea».

—¿Te parece que puedes hacer algo así?

—Hay algo de mí que no captas: soy muy buena a la hora de hacer proyectos. Dame un proyecto y lo hago realidad, lo saco adelante. Como preparar a Gennie para la próxima evaluación. Me pongo un objetivo claro y mensurable, sé cómo conseguirlo, y no me importa nada más hasta que lo tacho de mi lista.

—¿Y ahora tu objetivo es convencer a la gente de que estoy enamorado de ti?

—Ajá. Pan comido.

«Empújame ya de ese muelle».

—¿Solo por hoy? ¿O más tiempo? ¿Qué plazo tiene este proyecto?

Hizo una pausa, golpeteando los dedos contra mi pecho. Tuve el deseo perverso de aferrarle la mano y chuparle los dedos. Totalmente perverso.

—En estos momentos, trabajo día a día. Puedo ofrecerte esta noche…

Mi cuerpo escuchó algo muy alejado de lo que ella realmente quería decir. Mi cuerpo tenía ideas que trascendían lo perverso. Era mortificante, en serio. Las cosas que deseaba no eran simples ni simpáticas. Eran exigentes, intensas e instintivas. Y si Shay hubiese tenido la más mínima idea de las imágenes que me venían a la cabeza, hubiese agarrado su bolsa de libros y se hubiese ido con ese pelo rubio fresa lejos de mí lo más rápido posible. Y prefería que huyera porque, si oía una pizca siquiera de la porquería que tenía en la cabeza, no volvería a mirarme como me miraba. Joder, si ni yo mismo me permitía apenas pensar en todo lo que quería.

—… y ya veremos qué nos depara el futuro. —Tomó aire y me miró a los ojos durante un minuto largo y silencioso. Tuve la impresión de que tenía que interpretar algo en esa mirada, pero lo único que podía hacer era contemplar el arco de su labio superior, que me parecía precioso, e imaginarme mordiéndoselo. Entonces, agregó—: Si es lo que quieres, claro. No quisiera estar encima de ti toqueteándote a menos que estés de acuerdo.

«Hazme lo que quieras».

Me contuve de expresar ese elocuente pensamiento y señalé los *food trucks*.

—¿Qué quieres comer?

—Nada. —Sacudió la cabeza y arrugó el rostro como diciendo que no importaba. No me lo creí—. Estoy bien.

—Ahí hacen unas quesadillas raras que están increíbles. —Le indiqué el puesto más cercano. —Y allí hacen barbacoa coreana. Excepcional. La mejor que he probado. Allá, en la furgoneta amarilla, hacen una especie de *banh mi*, pero el *japchae* es la perla del menú. —Señalé otras camionetas—. También hay lo de siempre: *pizza*, queso a la plancha, patatas fritas cubiertas de cosas absurdas pero ricas.

Me miró fijamente, con una sonrisa en los ojos y una mueca en los labios. Parecía que estuviera desafiándome a que volviera a besarla.

—Dime qué quieres.

Dejó escapar un resoplido.

—¿Qué?

—¿Qué quieres comer? —Acompañé cada palabra con un pellizco en su cadera—. De los puestos ambulantes. Van a cerrar pronto.

—Ah. Sí, la comida. —Soltó un suspiro y me pasó los dedos por el hombro hasta llegar a la parte baja de mi espalda. Dibujó remolinos y círculos mientras tarareaba para sí y toda la tensión que tenía acumulada allí se desvaneció. Si me hubiese hecho lo mismo en el cuello, le hubiese hecho un altar—. No estoy muy segura. ¿Te gustaría que compartiéramos algo?

«Todo lo que existe en el mundo, nada más».

Como mis opciones se dividían por igual entre confesarle precisamente eso o llevarla al puesto de comida más cercano, la tomé de la cintura y la guie en dirección a las quesadillas.

—La quesadilla de cebolla a la francesa es tan buena que ni te imaginas —le dije—. Lo mismo que la de albóndigas fritas, pero la que nunca falla es la de siempre: pollo a la barbacoa.

Mientras ella estudiaba el cartel con el menú, le metí las manos en los bolsillos traseros. Era un lujo que no me había ganado y que no merecía, pero ya nos habíamos embarcado en este juego; ella misma lo había dicho. Aun así, lanzó una sutil mirada en dirección al último paradero conocido de Christiane. No sabía si estaba allí y no me importaba demasiado. Estaba muy atareado enredándome en ella sin control.

—Tendrías que haberme hablado de este problemita tuyo —murmuró.

En lugar de responder, me incliné hacia ella mientras observaba a Gennie pedir las palomitas. La vi contar el dinero con cuidado antes de dejarlo sobre el mostrador, como si estuviera jugando al póquer. El chico que la atendía salió del carrito para darle las palomitas, cosa que agradecí enormemente, porque Gennie habría volcado la bolsa al intentar alcanzarlas.

También me sirvió para distraerme del trasero bien redondo y carnoso que tenía en el regazo.

—Te habría ayudado antes —agregó.

Lo que ocurría con ese plan que había montado era que, en realidad, no necesitaba ayuda para frenar los avances de Christiane. Odiaba cruzármela, pero podía apañármelas. Haber puesto a Shay en el medio había sido una reacción egoísta. Instintiva, sí, pero igualmente egoísta. Y ahora tenía las manos en su trasero. No había una manera decente de desenredar ese embrollo.

Tampoco es que tuviera prisa por separar las manos de su cuerpo.

—¿Cuándo empezaste a preocuparte tanto por los demás? —le pregunté.

—¿Es tu forma de decirme que, cuando estábamos en el instituto, era una idiota? —preguntó, todavía con el ceño fruncido y murmurando sobre el menú.

—No he querido decir eso —me apresuré a decir. Estaba claro que solo necesitaba ser yo mismo para romper esta fantasía. Unos minutos más de torpeza y Shay no iba a volver a dirigirme la palabra en la vida—. Lo que quería decir es que estás ayudando a Gennie, no has

dudado en salvarme y…

—Lo sé, lo sé —dijo riendo—. Te estaba tomando el pelo. Tuve mis momentos de ensimismamiento. Mis momentos superficiales. Era una adolescente que vivía en una burbuja de privilegios. Soy consciente de ello. —Se acercó a la furgoneta para hacer el pedido y, como me resultaba imposible dejar de tocarla, yo también me acerqué—. Vamos a probar la de pollo a la barbacoa y… el rollito vegetariano con huevo. —Me miró por encima del hombro—. ¿Te parece bien?

Asentí y apreté los labios contra su coronilla.

—A mí me parece bien todo lo que te apetezca.

Gennie estaba entretenida viendo cómo calentaban las animadoras, mientras alternaba tragos de granizado con puñados de palomitas.

Por mi parte, estaba en libertad de sacar las manos de los bolsillos de Shay cuando quisiera. En el momento que quisiera.

A la larga, iba a tener que moverme. No podía pasearme por el complejo deportivo agarrándole el trasero toda la noche. Y llegaría la hora en que esa farsa tendría que terminar. Por más que quisiera raptarla y llevármela a casa, las cosas no iban en esa dirección.

«Nunca van en esa dirección».

Estaba claro que tenía que terminar con todo eso. Tenía que encontrar una manera natural de hacer espacio entre nosotros y recuperar algún atisbo de control sobre el dilema que estaba viviendo. Y hacerlo sin caer en un pozo de dolor y tristeza.

Solo tenía que decidir cómo.

Dar un paso atrás y meterme las manos en los bolsillos podía bastar. Iba a ser un poco brusco, es cierto, y Shay se preguntaría qué demonios me pasaba. Nada nuevo. También podía mover la mano hasta la parte baja de su espalda, o dejarla en el codo. Eran gestos mucho menos peligrosos que agarrarle el trasero como si quisiera quitarle los vaqueros y tomarla allí mismo.

«¡Dios bendito! Necesito que estos pensamientos me dejen en paz».

Al final, la decisión apareció sola cuando Shay abrió la cremallera de su bolso.

—¿Qué haces? —Le quité la tarjeta y la puse de nuevo en el pequeño bolso que llevaba en la cintura. No había reparado hasta ese momento en la delgada correa color púrpura que le cruzaba el pecho—. De ninguna manera voy a permitir… No. Guarda el dinero. —Cerré la cremallera del bolsito y saqué mi cartera. Sin mirar, le pasé unos billetes a la persona que estaba detrás del mostrador observando cómo se desarrollaba el numerito. Pensé que ya estaba. Todo se había resuelto solo al sacarle las manos de los bolsillos. Dos pájaros de un tiro y toda esa patraña. Pero no pude evitar agregar—: Si estás conmigo, pago yo.

Inclinó la cabeza a un lado y me observó sin prisa. Se había maquillado los ojos de una forma que les daba un aire más felino que de costumbre, con una línea gruesa y oscura sobre el borde de los párpados que sobrepasaba las comisuras.

—Noah Barden —exclamó con un resoplido—. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Las escenas que se me vinieron a la mente al oír esas palabras eran inverosímiles… y mortificantes.

—Lo siento, es que…

—Ni se te ocurra disculparte —me interrumpió. Me miró fijo un instante y, francamente, habría sido un buen momento para que cayera un rayo, nos invadieran extraterrestres, se abriera la tierra… lo que fuera. Cualquier cosa hubiera sido preferible a que me estuviera observando como si yo fuera transparente y pudiera ver las imágenes abrasadoras que me invadían desde el momento en que la había tocado—. Eres muy bueno en esto. Casi me lo creo, y eso que, en estos

momentos, me digo cariñosamente que soy una especie de cascarón reseco, así que ¡bravo! Y no mires, pero a tu amiga de ojos desorbitados le está saliendo humo de las orejas. Acaba de salir pitando hacia el estadio.

De la ventanilla de la furgoneta, me pasaron una bandeja de cartón con dos quesadillas envueltas en papel de aluminio.

—¿Por qué te sientes un cascarón reseco, Shay? ¿Qué ha pasado?

Negó con la cabeza, rechazando con un gesto la pregunta, y echó un vistazo a los *food trucks* de alrededor.

—Nada importante. Ya sabes cómo puedo ser de exagerada.

Sí que era importante. Probablemente el motivo más importante de su aparición en el pueblo después de tantos años. Pero yo no estaba en condiciones de retirar esas capas en ese momento. Era lo único que podía decir estando tan cerca de ella y teniendo que recordarme que respirara con normalidad. No podía hacer las preguntas correctas. No podía hilvanar las palabras. No esa noche.

—No eres exagerada —le dije.

Levantó un hombro buscando minimizar el tema.

—Tiendo a agrandar las cosas. Lo del cascarón reseco es una exageración. En realidad, me tomo muy en serio el cuidado de mi piel.

Gennie regresó con la boca llena de palomitas y hundiendo la mano en la bolsa. El granizado había desaparecido hacía rato.

—Es hora de entrar —balbuceó—. Vamos, Shay, así conseguimos buenos asientos.

La tomó de la mano y la arrastró hacia el estadio. Shay me miró y estiró un brazo.

Nunca en la vida había corrido tan rápido.

Nos dirigimos a las gradas y encontramos una fila casi vacía cerca de la zona del equipo visitante. Gennie, exaltada por el azúcar del granizado, no quiso sentarse. Se quedó de pie al lado de Shay y se puso a bailar en el lugar sin necesidad de música.

Shay se acomodó lo más cerca de mí que pudo sin sentarse en mi regazo. Aunque no habría presentado la menor objeción a tenerla en mi falda. Tomó uno de los paquetes de papel de aluminio en forma de medialuna y dijo:

—Ahora hablemos de cuánto nos encantan las quesadillas. Seamos empalagosos. Asquerosamente empalagosos. En algún momento, te voy a quitar una miga de la mejilla. Puntos extra si me chupas el dedo.

«Si me chupas el dedo…».

O no tenía ni idea de lo que me estaba haciendo o era malvada de principio a fin. No había término medio.

—Creo que no hará falta que te chupe… el dedo —logré decir.

Le di un mordisco grande a mi mitad de la quesadilla para evitar seguir hablando. No sabía si era pollo o rollito de huevo o tierra aplastada dentro de una tortilla. No le notaba el gusto a nada.

«Si me chupas el dedo…».

—Prueba esta —me dijo entregándome otra porción.

Procuré probarla sin tocarla a ella. No es que marcara una gran diferencia, ya que estábamos pegados, y tenía plena conciencia del lateral de su pecho contra mi brazo, pero necesitaba ese centímetro de distancia. No podía oír esas palabras en mi cabeza sin desear tener sus dedos en la boca. Y, aun suponiendo que ella fuera la encarnación del mal, no me había pedido que la profanara en mi mente. Me estaba ayudando (o eso le había hecho creer), y yo le pagaba con un jardín colmado de los pensamientos más obscenos que había tenido en años. ¿Qué demonios me

pasaba?

—Me parece que me gusta más el rollito de huevo —dijo, asintiendo para sí mientras hacía una bola con el papel de aluminio—. Pero tenías razón: la de pollo a la barbacoa es una opción segura. Nunca falla. Y la volvería a comer. Pero el rollito vegetariano tiene algo inesperado. Cumple todos los requisitos.

Murmuré algo en señal de asentimiento, y Shay eligió ese momento para girarse hacia mí. Si había tenido una mera conciencia de sus pechos, ahora se había vuelto el conocimiento más profundo que podía imaginar sin que una sola de sus prendas cayera al suelo.

—Déjame quitarte… —susurró, acercando la mano a mi cara. Me pasó el pulgar por el labio superior, hasta la comisura—. Perfecto.

—¿Cumplimos con todos los requisitos?

—Lo que vamos a hacer ahora es lo siguiente…. —Dejó caer una mano sobre mi muslo, lo bastante arriba para que me preguntara si la presión que sentía en el pecho era placer o los primeros signos de un ataque al corazón—. Tú me abrazas y yo me acurruco en tu hombro. Así. Eso es. Tu amiga está un par de filas más abajo, un poco más allá. Cerca del centro. Y no para de mirar hacia aquí.

—¡Por el amor de Dios! Pero ¿por qué? —refunfuñé.

—Será porque estás bueno.

Tenía que haberlo oído mal. La gente, el partido. Había demasiado ruido.

—¿Qué?

—Eres muy atractivo, Noah. Qué pena que nadie te lo haya comunicado. —Levantó la mano y me pasó los nudillos por la mandíbula—. Tan atractivo como para que esa mujer no considere un impedimento que tu hija y los suyos sean enemigos a muerte.

Enlacé unos mechones de su pelo entre los dedos y deslicé la mano hasta las puntas, y volví a empezar desde arriba.

—¿Tengo que volver a decirte que te calles?

—Preferiría que no.

Arqueé una ceja.

—¿Segura?

Bajó la mirada a mis labios.

—Mmm, ajá. Segura. De todas formas, te estoy diciendo la verdad.

Lo más difícil de dejar atrás mi cuerpo adolescente había sido que, en realidad, yo no había cambiado. Por fuera era diferente, pero seguía siendo el mismo. Ganar estatura, perder peso, que se me curara la piel…, todo eso me había infundido confianza, pero esos cambios habían sido graduales y no anulaban el hecho de que, de adolescente, había estado muy lejos de ser atractivo, algo que en aquel momento parecía lo más importante del mundo. Y había vivido mucho tiempo con esa conciencia; no era algo que desapareciera de la noche a la mañana.

Llevé la mano de su cadera a su cintura y la deslicé por debajo de su camiseta. Tenía la piel caliente, algo húmeda por el calor. Recorrí de un lado a otro con la punta de los dedos porque podía, porque no quería seguir hablando de Christiane ni de las muchas formas en que nuestros mundos habían cambiado. Y porque eso no era parte del espectáculo. Christiane no podía verlo. Si el puñado de personas sentadas en las filas de arriba podían ver lo que estaba haciendo, estaba seguro de que no les importaba.

Esto era para Shay y era para mí. Para nadie más.

Durante todo el primer tiempo, dividí mi atención entre Gennie, que poco a poco se daba cuenta de que el fútbol de instituto no era tan emocionante como se lo había pintado, y la

sensación del cuerpo relajado de Shay contra el mío. Era un mar de contradicciones. Detestaba todo lo que estaba pasando. Era una tortura. Era jodidamente doloroso. Y a la vez no quería que se terminara.

Había grandes posibilidades de que esa noche me lesionara cuando, por fin, estuviera solo y diera rienda suelta a mis pensamientos y, por supuesto, a mi mano izquierda.

Gennie dijo basta poco después de la exhibición del entretiempo. Cuando se acercó, se sentó a mi lado y apoyó la cabeza en mi brazo, supe que estaba agotada.

—¿Ya has tenido bastante? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

Cargué a Gennie, que dejó caer la cabeza sobre mi hombro, y fuimos hasta el aparcamiento. Todo el tiempo mantuve una mano en la cintura de Shay. Ya nadie nos miraba, pero no me importaba. La tenía por esa noche.

Shay hizo un gesto hacia el otro extremo del estacionamiento, pero negué con la cabeza y la conduje en dirección a mi camioneta.

—Te llevamos a tu coche.

—No hace falta. Puedo…

—Te dejamos en tu coche y luego te seguimos a Twin Tulip. Sin discusión.

Me miró como si no entendiera mis palabras. Como si no tuvieran sentido alguno. O tal vez porque no tenían sentido viniendo de mí.

Llegamos a la camioneta, y Gennie se sentó en su asiento sin mucho alboroto. Luego le abrí la puerta a Shay.

—Mi coche está ahí. No hace falta que me lleves.

—Sube a la camioneta.

Tras debatirse un segundo, subió y supe que, el día siguiente, su olor seguiría en la cabina. Una parte de mí estaba impaciente por sentirlo. La otra parte sabía que me expondría a una buena dosis de sufrimiento.

—Gracias por todo —le dije, una vez sentado al volante—. No tenías por qué hacerlo. Podrías haberme mandado a la mierda y dejar que lidiara con Christiane por mi cuenta, y me lo habría merecido.

—No habría hecho algo así y lo sabes.

—Gracias.

Asintió despacio, mirando el interior de la camioneta.

—Siempre te gustó tenerlo todo ordenado.

Levanté un hombro.

—Algunas cosas no cambian nunca.

Se volvió hacia mí.

—Eso espero.

Como no tenía muchas opciones con una niña de seis años semidormida en el asiento de atrás y no estaba en condiciones de explicarle a Shay que nada de lo que había pasado esa noche había sido una actuación para mí, arranqué y la dejé que me indicara cómo llegar a su coche.

—Te sigo —le dije cuando abrió la puerta—. Ten cuidado porque puede haber animales, sobre todo, cuando gires en Hog House y luego en Old Windmill. Hay muchos ciervos y pavos últimamente.

Agitó un brazo en respuesta. Esperé a que saliera y me reproché por no haberme ofrecido a llevarla al partido. Salimos del complejo y la seguí por las silenciosas calles residenciales de Friendship hasta el puente angosto que, pasando la iglesia de paredes blancas donde mi madre

solía predicar, conducía a las tierras onduladas del otro extremo de la cala.

—¿Shay es tu novia?

La vocecita de Gennie sonaba áspera y ronca por el sueño, y tenía la cara mirando hacia la ventanilla.

—Es mi amiga —le dije—. Una muy buena amiga. —La miré por el retrovisor—. ¿Te parece bien?

—Sí.

—¿Estás segura? Si no te parece bien, dímelo.

—Es mi amiga también —respondió.

—Sí, lo sé.

—Pensé que querías que fuera tu novia.

Llegamos a una señal de *stop*, y esperé detrás de Shay con los ojos fijos en ella, esperando captar su atención si miraba hacia atrás. Pero no miró.

—¿Por… lo que ha pasado hoy?

—No, porque pensaba que te gustaba.

—Me gusta —admití.

Gennie se quedó callada unos minutos. Supuse que se había dormido. Pero luego preguntó:

—Si es tu amiga, ¿significa que tú también vas a quedar con ella para jugar?

Giré hacia Old Windmill Hill y aminoré la marcha cuando Shay se acercó al desvío que llevaba a Twin Tulip. La seguí y me detuve al final de la calle mientras aparcaba. Nos quedamos hasta que abrió la puerta de la casa, nos saludó y entró.

—No lo sé, Gen. Tal vez. Si ella quiere.

—Tenemos que ser muy buenos con ella —dijo Gennie entre bostezos—. Así quizá querrá visitarnos más a menudo.

«Por Dios, eso espero».

—Veré qué puedo hacer.



Capítulo nueve

SHAY

El alumnado será capaz de ser el anfitrión más cargado de problemas.

Exactamente cuatro semanas después de poner mi vida en una maleta, abandonar la seguridad del sofá de Jaime e instalarme en casa de Lollie, recibí a mis primeras invitadas.

Jaime, Audrey, Emme y Grace aparecieron por el camino de grava el viernes por la tarde y salieron dando tumbos del todoterreno híbrido de Audrey como si hubieran pasado horas atrapadas dentro del coche. Emme entró en la casa gritando: «Un baño, por favor», seguida de Grace, que llevaba dos bolsas de compras reutilizables en la mano y dijo: «La nevera, por favor».

Audrey se subió las gafas de sol y observó la casa y los terrenos con esa forma suya de contemplarlo todo con tranquilidad.

—Así que esta es tu dote.

—No es una dote —dije, corriendo a abrazarla.

Jaime se plantó delante de ella, con los brazos abiertos.

—Vivir para ver, señorita Zucconi. ¡Dichosos los ojos que la ven! —Me abrazó balanceándose de un lado a otro entre murmullos de alegría—. ¡Y estás viva! O al menos, lo pareces. ¡Y tienes una granja!

Nos separamos unos pocos pasos, y Jaime señaló mi vestido de tirantes. Hacía demasiado calor para otra cosa.

—Y llevas ropa limpia. Parece que te has lavado el pelo y… ¿qué ven mis ojos? ¿Te has puesto crema bronceadora?

—Es de verdad —dije—. Bronceado natural.

—¡Has estado al aire libre! —chilló Jaime—. ¿Quién iba a decir que el aire de campo le sentaría tan bien a esta chica?

Audrey se abrió paso para abrazarme.

—Te ves bien, preciosa. Me alegro de que te hayas recuperado. —Señaló los campos y huertos que se extendían a lo lejos—. Este lugar es divino.

—Sí, no teníamos idea de que hubiera pueblos tan bonitos por esta zona. Sobre todo, después de atravesar un museo de historia viviente de la Revolución industrial para llegar hasta aquí —

dijo Emme, mientras bajaba los escalones de la entrada—. Perdón por entrar así. Ya sabes que mi vejiga es insoportable.

—Realmente lo es, Em —subrayó Grace, reuniéndose con nosotras—. Otro viejo camino lleno de baches, y no llega. —Se acomodó el cabello negro y sedoso detrás de las orejas y miró a su alrededor—. Shay, sin ánimo de ofender: ¿dónde cojones estamos?

—En la costa semirrural de Rhode Island. —Apunté con la mano hacia los campos—. Y esa es la granja de tulipanes de mi abuelastra.

—Y es una preciosidad… —Emme se me acercó—. Pero, si ya quieres volver a casa, podemos hacer las maletas ahora mismo y olvidarnos de todo esto.

Me reí y negué con la cabeza. Las había echado de menos.

—¿Es una misión de rescate?

Jaime entornó los ojos exageradamente.

—¿Qué ha pasado con lo de ir con la calma, chicas? —Me pasó un brazo por los hombros—. Si quieres que te rescatemos, te rescatamos. Si sigues con lo del disfraz de chica de pueblo, te seguimos la corriente el fin de semana. —Señaló su mono corto—. Vine vestida para el papel.

Audrey se caló un sombrero de ala ancha sobre su melena rubia.

—Yo también.

Grace, vestida con unos vaqueros negros ajustados y una camiseta de tirantes negra, se cruzó de brazos.

—Yo voy a ser la que se pase los próximos tres días buscando un café decente. Menos mal que he traído café frío por si acaso.

—Y yo he traído *blondies* —remató Emme.

—Que van perfectos con los granizados de margarita y las fajitas de pollo que he preparado. —No era necesario que agregara que era la primera comida que hacía desde que me había mudado.

—¿Eso es un columpio de neumáticos? —preguntó Jaime, apuntando hacia una de las viejas hayas gigantes.

—¿Y una hamaca? —preguntó Audrey.

—Dos de cada —dije—. Hay dos de todo aquí. Dos hermanas gemelas construyeron este lugar y tengo la impresión de que no les gustaba compartir.

Jaime dio un pisotón con sus sandalias sobre el camino que llevaba a la casa.

—¡Sí! Esa es la clase de chorradas campechanas que quiero para este fin de semana.

—Venid —les dije entre risas—. Dejad vuestras cosas dentro. Espero que no os asustéis, pero la casa está casi vacía. Esta mañana he preparado colchones inflables, así que no lo vais a pasar tan mal, pero mi abuelastra pasó por una fase de limpieza profunda antes de mudarse a Florida. Dejó solo lo esencial. Y yo no he añadido gran cosa.

—Bueno, ahora ya no me parece que estés tan viva —dijo Jaime.

—No pasa nada. Te lo juro. Y no estoy dando vueltas sola por la casa: hay espíritus por todas partes. Las gemelas, por supuesto. No se van nunca. Hablo sola todo el tiempo, así que es agradable que me estén escuchando. Además, todas las noches charlo con tres o cuatro fantasmas por lo menos.

Todas me miraron de pronto y luego se miraron entre ellas unos segundos.

—Ay, mi vida —exclamó Audrey llevándose la mano a la boca.

—Genial —dijo Emme con tono sarcástico.

—Nos está tomando el pelo —zanjó Grace.

Solté una carcajada.

—Es demasiado pronto —dijo Audrey, haciendo un gesto brusco con la mano—. No estamos preparadas para esta clase de humor de tu parte.

Jaime sacudió la cabeza con lentitud.

—No me provoques. Soy más fuerte de lo que parezco y puedo meterte a patadas en el culo en ese coche. Haz la prueba.

—Nada de fantasmas. Ni espíritus. Ninguno al que le haya interesado lo suficiente como para atormentarme, al menos —dije, todavía riendo—. Y ya os conté que veo a mis vecinos. Le doy clases a la niña de al lado.

—¿Y esa niña está viva? ¿Estás segura de que no le estás dando clases a un fantasma? —preguntó Grace.

—Qué raro es decir «la niña de al lado» con tanto campo alrededor —reflexionó Emme.

—Seguro que es menos raro si no te has pasado toda la vida en una ciudad —respondió Audrey.

—Bueno, muy bien —dijo Emme—. ¿Me puedo tomar una margarita ahora? Sería perfecto hacerlo cuanto antes y, si es posible, me gustaría que fuera tumbada en la hamaca y antes de que Shay salga con algún otro comentario inquietante.



—Y por eso ya no corto piña —dijo Jaime—. Tuve esa puntita de la parte leñosa en el dedo una semana entera y apenas me podía lavar el pelo sin que fuera a peor, así que no salí con él.

—Espera un segundo. —Me subí las gafas de sol y estiré el cuello para mirar a Jaime, que se balanceaba en el columpio—. ¿Con cuánta gente estás saliendo ahora?

—No lo llamaría salir. No es salir, no de la forma en que solemos pensar en salir con alguien. —Levantó un dedo—. Con Andre y Honora y Amo…

—Ese nombre lo dice todo —comentó Emme.

—… y con Hardy, a veces.

—Ese nombre te lo acabas de inventar —dijo Audrey.

—No. Había un Hardy en la última escuela en la que trabajé —dijo Grace—. Hardy Woodruff. Pobrecito, qué nombre...

—Y Clara y Meena, a veces, pero con ellas no estoy saliendo. Eso está claro. Solo paso tiempo con ellas.

—Wood-ruff —dijo Audrey, dejando salir un resoplido. Era la señal de que ya estaba un poquito ebria. Todos sus modales impecables y su apariencia educada y refinada se venían abajo, y resoplaba de risa por cualquier cosa.

—Con lo de «pasar tiempo» quieres decir que hacéis la cucharita en una cesta de cubiertos tamaño industrial, ¿no? —dije.

—¡Eso fue una sola vez! —gritó Jaime—. Por lo general, son solo dos o tres y yo.

—Solo dos o tres —subrayó Grace—. Nada más.

—He llegado a la conclusión de que el sexo con una sola persona no me resulta interesante ni satisfactorio —replicó Jaime—. Dos es mi mínimo en este momento. Puedo hacerlo con una persona si hay otra mirando o haciendo algo, pero prefiero que todos estemos involucrados.

Audrey ahogó una carcajada con un acceso de hipo.

—¿Algo como tejer una bufanda? ¿Qué quieres decir con «haciendo algo»? ¿Doblando la ropa? ¿O qué? Ya sé que parezco la Virgen María con esa pregunta, pero estoy intrigada. Y un

poco confusa también.

Audrey tenía el don maravilloso de hacer preguntas que, viniendo de otra persona, podrían sonar insultantes o hasta agresivas, pero en ella se percibía el nivel justo de vulnerabilidad y deseo sincero de entender a los demás. Era raro que alguien se ofendiera con una pregunta suya, aunque la formulara con cierta crudeza. Eso me encantaba de ella. Y cada vez que intentaba imitarla, fracasaba estrepitosamente.

Audrey y yo éramos las más cercanas en edad del grupo. Ella también tenía treinta y pico, mientras que las demás todavía no habían cumplido los treinta, aunque no había más de cinco años de diferencia entre unas y otras. Jaime era nuestra bebé, con veintiocho. La había conocido seis años atrás, al empezar a dar clases en la escuela de Boston. Nos habíamos caído bien al instante. Si la hubiera conocido en una peluquería, en una fiesta o en cualquier otro lado, habría querido tenerla como amiga. El hecho de que trabajáramos juntas era un extra.

Emme y Grace se habían conocido estudiando magisterio. Vivían juntas en un apartamento subalquilado desastroso. El alquiler se pagaba en efectivo y había que llevarlo a una pequeña tienda de comestibles de Charlestown. Pero era un lugar muy barato en el corazón del North End, y no muy lejos de casa de Jaime.

Si no hubiera trabajado con ellas, dudo que nos hubiéramos encontrado. Eran distintas de Jaime y de mí. Tenían un humor un poco más ácido, una sonrisa más oscura, una energía más intensa. Pero, por alguna razón, a mí me funcionaba. El estilo negro sobre negro de Grace y el cinismo de Emme eran ingredientes necesarios en mi dieta diaria.

A Audrey jamás la habría conocido porque era más silenciosa que una tumba. Si no hubiera sido porque Emme la llevaba a los almuerzos grupales que compartíamos todos los días en la mesa semicircular del aula de Grace, la habría descartado como una persona reservada que prefería mantenerse a distancia de sus colegas. Pero había un profundo océano azul bajo esa superficie serena. Era la más fuerte de las cinco, en todos los sentidos imaginables, y era posible conectar más con ella sentada a tu lado en silencio diez minutos que pasando un día entero con otra persona.

—Está bien —dijo Jaime—. Yo soy la más confundida. Acabo de nombrar a seis personas. Y no soy capaz de definir nada de lo que tenemos. —Soltó una carcajada—. A lo mejor se trata de eso: no somos muy definibles.

—Mientras seas feliz —dijo Audrey— y te cuides.

—Sí a todo —le aseguró Jaime.

—Volvamos al principio, que me he perdido —apuntó Emme, desde el columpio—. No sé si ya lo has dicho, pero si es así lo he olvidado. ¿Cuándo cortaste con ese último?

Empezaba a anochecer, y ya casi nos habíamos tomado la segunda jarra de margaritas. Como había imaginado, pasar la tarde en el jardín era la mejor manera de ponernos al día, y había mucho de qué ponernos al día. No me había dado cuenta de todo lo que me había perdido después de quedarme catatónica por lo de la boda, pero también durante las semanas (¿meses?, ¿años?) anteriores. No me gustaba admitirlo, pero la verdad era que mi único objetivo había sido prepararme para el gran día. Incluso antes de la cuenta atrás final, los preparativos me habían consumido. Era lo único que me había importado. Hubo un mes en el que me había martirizado por mis uñas: la forma, el largo, el color del esmalte. Que esas mujeres no me hubieran asfixiado hacía años mientras dormía demostraba que eran las mejores amigas del mundo.

—… y entonces, después del trío, con Keith se acabó. Era el final y no había vuelta atrás. Él pensaba que le gustaba la idea, pero no. Está bien, no pasa nada; no necesito a un hincha de los Bears en mi vida. Pero lo que aprendí fue que no quería atarme a una persona y forzar la

monogamia. Sencillamente no es para mí.

—No te pierdes nada por dar carpetazo a Keith —señaló Grace—. Ese chico no tenía agallas desde un principio.

Me pregunté si Grace sabía que mi ex no tenía agallas tampoco y desde cuándo lo sabía. Me pregunté cuándo lo había sabido yo.

Ahuyenté ese pensamiento con un trago de margarita.

—¿Y tú, Shay? ¿Alguien nuevo para ayudarte a superar a tu ex? —quiso saber Emme—. Es la mejor medicina.

Mientras la pregunta flotaba en el aire, una camioneta negra más que conocida se acercó por el camino. Había sido pensar en él y tenerlo allí, como si pudiera hacerlo aparecer por arte de magia. Eso sí que era peligroso.

—¿Es normal que aparezca gente así en la granja? —preguntó Grace—. ¿Es lo normal en un pueblo pequeño o es el comienzo escalofriante de una película de asesinos en serie?

Una puerta se cerró de golpe, luego otra, y de pronto:

—¡Shay! ¡A que no adivinas lo que ha hecho Lunita hoy!

—Me suena a alumna —dijo Jaime, al tiempo que se impulsaba en el columpio, haciéndolo girar hasta quedar atrapada en el neumático, lo que le impedía ver a las visitas—. No creo estar tan borracha como para tener visiones de alumnos, pero, en cualquier caso, las margaritas te salen muy potentes, Shay.

Me levanté de la silla en cuanto Gennie se acercó.

—No tienes visiones. Esta es mi amiga Gennie; vive al final de la calle. Gennie, estas son algunas de mis amigas de Boston.

Noah saludó con la mano desde el camino de grava. Le devolví el saludo. A lo largo de la semana, habíamos mantenido un trato amable aunque distante, y parecía que nos funcionaba. Mejor eso que ponernos a repasar lo que había ocurrido entre nosotros en el partido de fútbol. Mejor eso que tener que explicarme a mí misma por qué el viernes había entrado a casa y había cerrado la puerta enseguida, sin poder respirar ni entender el hormigueo que sentía en las venas. O el estremecimiento entre las piernas.

—Hoy he ido al dentista —anunció Gennie, sin la menor noción de la nube de tequila en la que estaba entrando—. Y luego al médico, que me ha puesto cuatro jodidas inyecciones…

—¡Hola! —exclamó Emme. Se puso en pie y se ajustó la parte de arriba del bikini. Por mucho que se lo ajustara, no iba a servir de nada, porque estaba a punto de reventar la tela de ese bikini o de cualquier otro que fuera más pequeño que una tienda de campaña para dos personas.

—Y no he podido jugar contigo por culpa de toda esa mierda —continuó Gennie.

Jaime seguía atrapada en el columpio y Grace se bajó las gafas de sol para echar un vistazo al revuelo, pero no hizo un solo movimiento. Me pareció que Audrey dormitaba oculta bajo el ala del sombrero.

—¿Ves? Cuatro —dijo Gennie, subiéndose los pantalones cortos y señalando las tiritas pegadas en la parte alta de los muslos.

—Ahora tienes poderes —le dijo Emme, extendiendo la mano libre para chocar los cinco con Gennie—. Eres más fuerte. Las vacunas le dan mucha fuerza a tu sistema inmunitario.

Noah se acercó hasta quedar detrás de Gennie y le puso una mano en el hombro. Esbozó una sonrisa rígida.

—Disculpa la interrupción. No sabíamos que estabas… —Nos miró y se aclaró la garganta—. Que estabas ocupada.

—No pasa nada —respondí—. Mis amigas han venido de visita. Ella es Emme Ahlborg. —

Señalé hacia mi costado, y luego a las demás—. Audrey Saunders, bajo ese sombrero enorme; Grace Kilmeade, la de allí, y Jaime Rouselle, la que está luchando con el columpio. Ellos son Noah Barden y mi gran amiga Gennie. Noah, Gennie, ellas son mis amigas.

Se oyó un coro de saludos. Un ronquido suave de Audrey.

—Mucho gusto —dijo Noah.

—Trabajamos juntas dando clase desde hace unos años —detallé.

—Hasta que ella nos dejó por esta escena pastoral —agregó Emme.

Noah me tendió una bolsa de papel.

—Han hecho otra prueba en la panadería. Como te gustó tanto el anterior, hemos pensado que querrías probar este. —Clavó los ojos en la copa que tenía en la mano. Arqueó las cejas—. Te dejamos seguir.

—Gracias —le dije—. Por el pan.

Lanzó una mirada general a la escena que tenía delante y se le dibujó una sonrisa de un lado de la boca.

—Si tenéis ganas, mañana hay una feria rural en el parque Travers Point. Hay un puesto de comida que vende sándwiches de beicon, huevo y queso. Estilo bodega. De primera. Fuera de Manhattan, lo mejor que he probado.

—Te aseguro desde ahora que voy a necesitar dos de esos sándwiches para poder funcionar mañana —dijo Emme.

Noah asintió. Tuve que reconocerle que mantuvo la mirada fija en el rostro de Emme, sin detenerse en el escote que desafiaba los límites de la parte de arriba de su bikini.

—También hay un carrito de café nitro.

Grace chasqueó los dedos.

—Oh, sí, por favor.

—Gennie y yo vamos a estar despachando mermelada, queso y pan hasta el mediodía. —Tomó mi vaso y le dio un trago rápido que lo hizo toser y me lo devolvió enseguida—. Si seguís con vida mañana por la mañana, pasad a vernos.

—Por favor, Shay —me suplicó Gennie—. Las ferias son jodidamente aburridas.

Los ojos de Noah revolotearon entre mi rostro y la bebida que sostenía pegada al pecho.

—Nos vemos mañana quizás. —Un momento después, tomó a Gennie diciendo—: Vamos, capitana. Fije el rumbo a casa.

Nos quedamos mirándolos mientras se subían a la camioneta, daban la vuelta por el extremo circular del camino y regresaban a Old Windmill Hill. Poco después, Jaime se liberó del columpio y se acercó a nosotras con una mano metida en el bolsillo del mono y la otra sujetando su copa. Sonreía tanto que se le marcaban los hoyuelos.

—Te olvidaste de mencionar que el papá de tu vecinita te trae el pan personalmente. Ahora que lo pienso, no recuerdo que hayas mencionado nunca a un papito panadero. —Miró a Emme —. ¿No te parece raro?

—Muy raro —le respondió ella.

—Soy capaz de pagaros para que no volváis a llamarlo de este modo —les dije.

—No es dinero lo que necesito —dijo Emme con aire teatral—. Es poder.

—No le hagas caso. Yo sí acepto el dinero de Papito Panadero —respondió Jaime.

—Es mi vecino, nada más —aseguré—. Y es el tío de Gennie, no el padre. Es su tutor permanente.

—A ver si adivino —dijo Jaime—. No hay una señora panadera en la foto.

Me encogí de hombros tratando de hacerme la desentendida.

—Creo que está soltero. —Volví a levantar los hombros—. Y sí te lo mencioné. Te conté que me crucé con un amigo del instituto.

—Omitiste por completo el detalle de que tu amigo granjero es un hércules con unos brazos que… —hizo un silbido— y esa pose de «si quieres un poco de acción picante, ya sabes dónde encontrarme».

—No ha hecho esa insinuación para nada —repliqué.

—Tú lo has oído —le dijo a Emme.

—Claro como el agua —respondió su cómplice.

Audrey siguió roncando.

—Así que es un amigo del instituto —volvió a la carga Jaime—. Un amigo con una barba de tres días que pagaría por sentir en el trasero…

—Vale, vale —la interrumpió Emme—. Lo que estamos queriendo decir es que este hombre ha venido a visitarte y no daba la impresión de que fuera la primera vez.

Miré a una y a la otra antes de fijar la vista en mi copa.

—No estoy lo bastante borracha para esto.

—¡Toma ya! —gritó Jaime, lanzando un golpe de puño al aire—. ¡Ha vuelto al ruedo, señoras y señores!

—No, no. No hay ningún ruedo —me apresuré a explicar—. Éramos muy amigos en el instituto, nada más, pero ya no es lo mismo. Francamente, creo que ya ni siquiera le caigo bien.

—El muchacho te ha traído pan… —dijo Emme.

Jaime agitó los brazos en señal de acuerdo.

—Así no es como se suele expresar desinterés o indiferencia.

—Lo único que quiere son mis tierras —señalé al borde de la exasperación.

Jaime se llevó las manos a la cintura.

—Sí, es una manera de decirlo.

—Tienes la mente enferma —repuse—. Me refiero a que quiere estas tierras, la granja. Es la única razón por la que me propuso matrimonio. Por eso ha venido a traerme pan, quiere saber si ya me he decidido.

—Vaya, ahora sí que me he despertado —exclamó Grace.

—Shaylene Joann Zucconi —bramó Jaime—, guarda usted muchos secretos, jovencita.

—Ese no es mi segundo nombre y lo sabes.

—Sí, pero me pareció un buen momento para una Joann —replicó.

—¿Te propuso matrimonio de verdad? —quiso saber Emme.

Hice una pausa.

—Más o menos. —Extendí los brazos—. O sea, sí. En un sentido, sí. No fue una proposición, sino algo como «ya que tienes que casarte para heredar esto, y yo quiero parte de tus tierras, ¿por qué no nos casamos?».

—¿Cómo puede ser que ella tenga dos proposiciones en su haber y a mí no me manden un mensaje de texto con un «buenos días»? —murmuró Emme.

—¿No se te ocurrió que íbamos a querer enterarnos cuatro segundos después de que pasara? —preguntó Jaime—. Quiero saber por qué no nos lo habías contado.

—Porque no es importante —respondí.

Jaime me tomó de la muñeca y me levantó la mano en la que sostenía la bolsa de papel.

—Ese pan no dice lo mismo.

—Eso es porque me encantó y me puse como loca la última vez que cené en su casa.

—La última vez que… —Jaime se volvió hacia Emme—. No puedo… Me he quedado sin

palabras. Échame una mano, Emmeline.

Emme le dio una palmadita en el hombro a Jaime e hizo un ruido como pidiendo silencio.

—Lo que estamos tratando de decir es que has estado cultivando muy discretamente una relación con este tipo, y estamos de lo más sorprendidas. Sobre todo, por esa proposición de matrimonio. Es algo *muy* interesante y *muy* sorprendente.

—Estamos *muy* sorprendidas —recalcó Jaime.

—Es que… —Me detuve. No estaba segura de lo que quería decir—. Él necesitaba una coartada para huir de una mujer que escucha mear a la gente porque es muy… intensa, y a él no le interesa por razones bien fundamentadas. Esa es la única razón por la que pasó algo entre nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Jaime.

—Necesitaba una novia de mentira —dijo Grace.

Señalé en su dirección.

—Sí. Eso.

—Así que lo ayudaste —dijo Emme—. Te sacrificaste por el equipo.

—Sí. Lo ayudé —dije—. Y es la única razón por la que me besó.

—¡Ay, por todas las diosas! —murmuró Jaime.

—Fue porque esa mujer… —continué.

—La que escucha mear a la gente —dijo Emme.

—… estaba rondando todo el tiempo y no paraba de mirarnos, y no os imagináis lo persistente que es —dije—. Y esa es la única razón por la que me besó.

—¿Cuántas veces? —preguntó Grace.

—¿Cuántas veces qué? —respondí.

—¿Te besó?

Me puse a juguetear con el tirante del vestido.

—No lo sé. Varias veces, creo.

—Vaya —dijo para sí Emme observando el suelo y cruzándose de brazos—. Entonces, está enamorado de ti.

—Te adora completamente —agregó Jaime.

—Para nada. En serio —repuse—. Me tolera porque su sobrina necesita ayuda. Si no fuera por eso, haría todo lo posible por evitarme.

—Está enamorado de ti —repitió Emme.

—Noooo —insistí—. No hay nada de eso.

—¿Porque es demasiado pronto? —preguntó Jaime—. ¿Porque te parece que con tu ex se acabó todo hace un minuto y todavía lo estás procesando? ¿O porque todavía estás chamuscada por lo de tu ex y no puedes ni concebir acercarte al fuego como para sentir calor otra vez?

—Porque estáis totalmente chifladas —respondí—. A ver, sé que todo esto es una locura. Solo tenéis que mirar alrededor. Toda mi vida es una locura en este momento. Y Noah no está… O sea, él no… No hay… No. No y punto. Y sí, estoy chamuscada todavía y todavía lo estoy procesando. No puedo… Aunque quisiera, no puedo. Y no puedo permitirme creer que hay algo más en todo este asunto que su ofrecimiento a ayudarme con lo del testamento de Lollie y mi ofrecimiento a ser su escudo humano. Por favor, no tratéis de convencerme. Os lo pido por favor. No creo que pueda lidiar con algo así.

Jaime y Emme se quedaron calladas un momento. Luego, Grace preguntó:

—¿Nadie va a decir nada sobre esa niña que suelta tacos como un pirata?

—Se lo tomaría como un halago —dije yo—. Es una gran admiradora de Barbanegra.

—Es muy graciosa —dijo Emme—. Sería imposible de manejar en clase, pero es divertidísima.

Grace levantó la barbilla en mi dirección.

—¿Qué vas a hacer con lo del matrimonio?

—Aún no lo he decidido —admití.

—Estás considerando la propuesta, entonces —dijo Emme, con cautela.

Negué con la cabeza.

—En realidad, no. Es una tontería. Ya os lo he dicho: a él solo le interesa la tierra y yo —solté una risita patética— no estoy en condiciones de casarme con nadie por ningún motivo. Sería un desastre.

Grace, Jaime y Emme intercambiaron una mirada que anunciaba a gritos sus dudas.

—Bueno —dijo Jaime—. Una cosa es segura: mañana vamos a esa feria rural.



Capítulo diez

NOAH

El alumnado será capaz de identificar e ignorar el objeto de sus deseos más secretos y oscuros.

Las divisé apenas llegaron al parque. Esto se debía a dos motivos.

Por un lado, Little Star era uno de los principales vendedores de la feria, lo que nos permitía colocar la tienda en un lugar privilegiado. Desde esa ubicación en el conjunto de puestos organizados en forma de herradura, tenía una vista totalmente despejada de las personas que llegaban a pie desde la calle, así que no se me podían escapar cinco mujeres jóvenes con aspecto de estar tan perdidas como resacosas.

Y, por el otro, no había dejado de mirar esperando ver a Shay desde que había abierto la feria a las ocho de la mañana. Sabía que no tenía sentido, que esperarla no iba a hacer que apareciera antes… o que apareciera siquiera. Pero no podía evitarlo.

No había podido dejar de pensar en ella desde que el día anterior había ido a Twin Tulip. Parecía… contenta. Tal vez fuera por culpa del alcohol —esa copa estaba bien cargada—, o puede que fuera por las amigas. O una combinación de ambas cosas.

Pero se la veía contenta, y le quedaba jodidamente bien. Lo mismo que el vestidito de tirantes, que le dejaba los hombros al descubierto, con ese escote pronunciado sobre los pechos. No podía quitármelo de la cabeza.

Y eso que lo había intentado. Me había pasado toda la noche retocando mis últimas recetas de mermelada con el recuerdo de ese vestido morado en la cabeza. Había quemado una tanda de arándanos con limón y lavanda por estar pensando en cómo la tela se hundía en el valle que se le formaba entre los pechos. Me había imaginado recorriendo con un dedo desde la base de su garganta hasta ese valle, y luego ir bajando, hasta subirle el vestido y deslizar una mano entre sus piernas. La mermelada se había quemado justo en el momento en que Shay empezaba a rogarme más.

Por supuesto, Gennie había saltado de la cama con el sonido del detector de humo y había bajado las escaleras preguntando qué narices pasaba y si teníamos que abandonar el barco.

Me había odiado mientras pensaba en Shay, por la noche, acostado en la cama. Odiaba la

facilidad con la que esos pensamientos depravados se apoderaban de mis días y mis sueños. Pero al mismo tiempo —y esta era la parte que más odiaba— no lo odiaba en absoluto. No me importaba haberle hecho cosas terribles en mi mente. No me importaba que ella se fuera otra vez y yo nunca me recuperara. No me importaba porque sabía lo que era tenerla en mis brazos y besarla, y no importaba absolutamente nada más. Nada me importaba una mierda.

Y mucho menos cuando parecía contenta por primera vez desde que la había vuelto a encontrar.

La sonrisa del día anterior, la frescura que desprendía… No me había dado cuenta de que había echado de menos esa sonrisa hasta que había vuelto a aparecer en ella, radiante, cálida y magnética.

Estaba jodido.

Shay y sus amigas fueron directas a desayunar al puesto de sándwiches. La chica que el día anterior llevaba vaqueros cortos y un bikini que incluso a las muñecas de Gennie les hubiese quedado pequeño rodeó a Shay por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro. La de piel color aceituna y pelo oscuro —Jaime, me parecía— hizo unos pasos de salsa cuando la banda de *jazz* de la escuela empezó a tocar. La salsa no encajaba con la música, pero me daba la impresión de que a esa mujer le importaba poco encajar.

La rubia esbelta, que el día anterior se había quedado dormida, estudiaba los tenderetes y los carteles de todos los vendedores del parque. Vi el momento en que nos localizó a Gennie y a mí o, más concretamente, a nuestra tienda gris azulada con el nombre de la granja y nuestras icónicas estrellas dibujadas a mano. Todo el grupo se volvió para mirar en nuestra dirección. Cruzaron unas palabras y Shay sacudió la cabeza con un movimiento exagerado.

Tragué saliva. Cualquier día iba a darse cuenta de todo y entonces… entonces sí que estaría jodido.

No podía leer su expresión a esa distancia ni ver sus ojos tras las enormes gafas de sol, pero había un hilo que nos unía. No fue sino hasta que Jaime la tomó por el codo y la hizo darse la vuelta que parpadeé y desvié la mirada.

Se me escapó una exhalación tensa e incómoda. Miré a Lillian, la nieta adolescente de Gail Castro que atendía la caja del puesto.

—Tómate un descanso. Gennie y yo nos encargamos de todo durante la próxima media hora.

Lillian se limpió las manos en los vaqueros y tomó su teléfono del bolsillo trasero.

—De acuerdo, señor Barden. Gracias. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Gennie?

Hice un gesto hacia el puesto de afilado de cuchillos.

—Hablando de armas con Osvaldo.

Lillian se rio.

—Ahora le digo que venga. —Y al salir de detrás de la mesa, añadió—: Se nos ha acabado el queso de cabra multicereales y de hierbas con miel, y nos queda una sola caja de mermelada de fresa.

Levanté una mano a modo de saludo.

—Gracias, Lill.

Como ya había pasado el pico de la mañana, tuve tiempo de organizar la mesa mientras echaba un vistazo a Shay y sus amigas. Se habían instalado, con sus cafés y sus sándwiches, en el otro extremo del parque, donde había un par de bancos alrededor de una pequeña fuente. Al principio, se centraron únicamente en tomarse el café y comer, pero la cafeína no tardó en hacerles efecto, y la conversación se volvió más animada.

Gennie apareció arrastrando los pies, con el parche al cuello y deslizando su espada de

plástico por el césped.

—¿Por qué no puedo seguir hablando con el señor OJ?

—Porque tiene clientes, Gen. Y es la hora de descanso de Lillian, así que necesito que vigiles el botín.

—Ah. Bueno.

Tomó un cajón de leche vacío y lo puso delante de la caja registradora. Me inquietaba un poco, pero era muy buena manejando el sistema. No sabía dar cambio, pero anotaba todas las ventas a la perfección.

No perdí de vista a Shay mientras seguíamos vendiendo pan y mermelada. No parecían tener prisa por abandonar la comodidad de la sombra y los bancos.

Lo del pan tendría que habérseme ocurrido antes. Me había pasado toda la semana preguntándome si estaría comiendo, pero la solución lógica de llevarle comida no se me había pasado por la cabeza hasta que el encargado de la panadería me había pedido que le echara un vistazo a la última tanda de prueba.

—¡Noah, mira! ¡Viene Shay! —Gennie me pegó en el brazo con la espada—. ¡Y sus amigas también!

—Ojo con las malas palabras —le advertí—. Esfuérzate de verdad esta vez.

Se cruzó la espada en el pecho.

—Sí, mi capitán.

Hice lo único que podía hacer para evitar mirar a Shay mientras se acercaba: ignorarla.

Me enfoqué en la tienda de *kombucha* y zumo exprimido que teníamos al lado. Les iba de maravilla. No sabía demasiado sobre la *kombucha*, pero habían vendido casi todas las existencias antes de las diez de la mañana, así que algo estaban haciendo bien. ¿Dónde tendrían el local? Tal vez en alguno de los molinos reformados de la zona. «¿Qué debió de pasar con la última relación de Shay? "Una situación" lo llamó». Había varios molinos en ese estado. Había recorrido algunos unos años atrás, cuando la producción de conservas había sobrepasado la capacidad de nuestra trastienda. «¿Está aquí por seguridad? ¿Para huir de alguien?». Eran buenos lugares, pero había que reformarlos por completo para convertirlos en cocinas comerciales. Al final, había resultado más barato modernizar la antigua sidrería que ya estaba en pie en la plantación. ¿Tendrá nombre ese alguien para así pasarme el resto de la vida hostigándolo con demandas absurdas con el único propósito de volverlo loco?».

—¡Shay! —gritó Gennie, lo que me obligó a salir de la distracción que me había impuesto.

—Hola, amiguita.

Shay saludó y Gennie no tardó un segundo en salir de detrás de la mesa. La abrazó por la cintura y enseguida empezó a relatarle su visita al afilador de cuchillos.

—Y tenía uno con serrucho, como dientes en forma de cuchillo. —Y apretó los dientes, separados como calabaza de Halloween, para ejemplificarlo.

—¡Increíble! —exclamó Shay, que me miró con una sonrisa amplia y luminosa—. Hola. Gracias por el dato de los sándwiches.

—Y por el café —agregó Grace—. Solo por el café ya volvería a este rincón polvoriento. —Le sonrió a Shay—. Tú eres el *bonus track*.

Shay le devolvió la sonrisa.

—Eres un verdadero encanto. —Se volvió a mí y preguntó—: ¿Hacéis esto todos los fines de semana?

—¡No! —contestó Gennie, en un tono que dejaba claro que no le entusiasmaba la tarea.

—Lo que Gen ha querido decir es que cubrimos las ferias locales los días en que el personal

que suele encargarse no da abasto. Hoy tenemos un grupo en Narragansett y otro en Connecticut, además del que normalmente trabaja en el mercado de Hope Street, en la zona este de Providence. Ese mercado siempre es muy concurrido. Nosotros nos ocupamos de este cuando el resto está hasta arriba.

—Estoy segura de que os he visto en Boston —dijo la rubia.

—Sí, también es parte de nuestro circuito habitual.

Me metí las manos en los bolsillos.

—¿Has visto, Shay? —dijo Grace—. Puedes volver a casa y seguir teniendo el pan por el que tanto lloriqueabas anoche.

—No lloriqueaba —respondió—. Sé apreciar un buen pan igual que tú aprecias un buen café.

—Y tú sí que lloriqueabas por el café —comentó la que, gracias a Dios, había reemplazado el bikini por ropa de verdad.

—Los mercados son más aburridos que la mierda —dijo Gennie. Pasó un momento hasta que se llevó una mano a la boca—. No he dicho nada.

—Ni pío —respondió Shay.

—No he oído una sola palabra —dijo Grace.

—Los perros se han vuelto locos esta noche —dijo Gennie—. ¿Queréis que os cuente qué ha pasado?

—Por supuesto —respondió Grace—. Empieza por el principio. Con todos los detalles. ¿Cómo se llaman los perros?

—Bernie Sanders, Elliot Stabler, Olivia Benson, Sandra Day O'Connor y RuPaul son los que han armado lío —explicó Gennie.

—No me extraña, con semejante grupo —dijo Grace—. Sigue.

La rubia y la del bikini inspeccionaron las mermeladas mientras las demás escuchaban la emocionante historia de Gennie sobre los perros, que habían cazado una marmota en el corral y no sabían qué hacer con ella. Se habían puesto a ladrar como locos hacia la medianoche. Shay me miró con expresión cómplice, mientras murmuraba «Ay, no» sobre la cabeza de Gennie.

—Verbena y fresa —dijo la del bikini leyendo la etiqueta de una de las mermeladas—. Ni siquiera estoy segura de saber qué es la verbena.

—Es una flor —respondió la rubia—. Tiene muchas florecillas juntas y tallos largos.

—¿Y sabe a flor?

Me dispuse a explicarle, pero la rubia se me adelantó.

—No, es muy suave. Como a limón o mandarina. Te va a gustar.

La del bikini asintió. Entonces, vio la lista de precios y abrió los ojos de par en par.

—Joder. ¿Quince dólares? ¿Por una mermelada?

—¡Emme! —la reprendió la rubia. Me dedicó una sonrisa resignada—. Nos llevamos dos, por favor.

—Gennie, tienes una clienta —la llamé.

—Mirad esto —dijo mi sobrina, dirigiéndose a Shay y a las demás—. Me dejan usar la máquina de dinero.

Gennie se subió al cajón de leche y tocó la pantalla.

—Dos de fresa y verbena —le dije.

—Dos… fresa… verbena. —Apretándose el labio inferior con los dientes, pulsó una a una las teclas para ingresar el pedido—. ¿Algo más?

—¿Algo que me recomiendes? —le preguntó la rubia.

Gennie se quedó pensativa un momento.

—Me gusta la de melocotón al jengibre en pan tostado.

—Tendré que probar la de melocotón al jengibre, entonces —respondió ella—. Eres una excelente vendedora.

Todas rodearon a Gennie, mimándola y elogiándola por lo bien que atendía la caja. Me hice a un lado para embolsar las mermeladas para la rubia. Casi había terminado cuando sentí que alguien me observaba.

—Hola —le dije a la del columpio. Jaime. La mejor amiga—. ¿Qué quieres?

Ella inclinó la cabeza a un lado, una señal de que nos alejáramos de las demás.

—¿Puedo hablar contigo un segundo?

Dejé las bolsas de papel en la mesa y fui con Jaime hasta el espacio vacío entre los puestos. Miré a Shay y a Gennie, pero estaban inmersas en alguna anécdota y no se dieron cuenta.

—Hola. No me conoces. O supongo que no, ya que nuestra amiga ha estado muy escurridiza con los detalles últimamente. —Me tendió la mano—. Soy Jaime Rouselle. Estuve dando clases en primer curso al lado del aula de Shay durante seis años, hasta que se embarcó en este viaje fantástico. Además de ser su mejor amiga y compañera de trabajo, también tengo estrechas relaciones con una serie de personas de dudosa reputación. Supongo que sabes a qué me refiero: bandas de motociclistas, mafia. Y algo peor… —Se aproximó—, gente que se dedica a la inversión en fondos privados.

Tenía razón al decir que eran peores que cualquier mafia del planeta, pero tuve que reprimir una carcajada de todos modos.

—Te escucho.

—Como supongo que sabrás, se acerca el cumpleaños de nuestra amiga. —Levantó una ceja. Asentí con la cabeza. No lo había pensado, pero sí, sabía que el cumpleaños de Shay era el mes siguiente—. Te voy a dar instrucciones claras. Espero que las sigas al pie de la letra. Si no lo haces, y voy a estar vigilando, ¡voy a dejar por los suelos tus panes y tus mermeladas! ¿Entendido?

Una vez más, tuve que contener la risa. Esa mujer diminuta, que tranquilamente podía pasar por una estudiante de secundaria, me estaba amenazando con… ¿pandillas de motociclistas?, ¿especuladores financieros? ¿Qué era aquello?

—Te sigo, sí. ¿Qué necesitas que haga para el cumpleaños de Shay?

Me miró fijo unos instantes, como si no estuviera convencida de mi lealtad. Luego, empezó:

—Le encanta el pastel de vainilla. Como esos que vienen con la mezcla preparada en una caja. Con cobertura de crema de chocolate, pero no la que ya viene preparada. Tiene que ser casera. Mantequilla, azúcar, cacao. Esa. Y adora las cenas de cumpleaños familiares, pero nunca lo va a admitir. No te lo va a pedir y, si tratas de averiguar qué quiere, te va a jurar que no quiere nada. Pero lo único que siempre ha deseado es tener una familia y las cosas normales que hacen las familias. Mezcla para pastel del supermercado y una familia reunida en la mesa de la cocina. —Me hizo un gesto de advertencia con el dedo—. No la cagues. Su cumpleaños es a mediados de semana este año, y no tengo forma de llegar a tiempo para organizarlo todo. No va a soportar otra decepción, así que necesito que me jures que vas a hacer las cosas bien.

Nunca se me había ocurrido que Shay pudiera querer ser parte de una familia, pero era totalmente comprensible. No podía creer que no me hubiera dado cuenta. Supongo que había estado distraído presuponiendo que tenía todo lo que podía desear.

—¿Y por qué me pides a mí que haga esto?

Me lanzó una mirada que debía de aterrorizar a sus alumnos.

—Ya sabes por qué, señor «Solo pasaba a dejarte un delicioso pan recién hecho».

—La verdad es que no.

Asintió con lentitud.

—Ah, ¿ese es el juego? ¿Fingir que no te importa? ¿Y cómo te va? —Miré hacia el puesto de *kombucha*. Como no respondí, continuó—: Ya, justo lo que pensaba…

—¿Qué has querido decir con que Shay no podría soportar otra decepción?

—James —gritó Grace—. Ven.

Jaime levantó la mano a modo de confirmación.

—He dicho lo que he dicho. No la cagues. O te liquido.

—Puedo sacar adelante una cena de cumpleaños y un pastel.

Ella entrecerró los ojos.

—Sí, claro que puedes.

—¡¡Noah!! —gritó Gennie. Parecía un grito de guerra. El mismo que usaba cuando no encontraba calcetines y gritaba porque era más rápido que abrir el cajón—. ¿Cuál es el pan que hay que darle a Shay?

Mi sobrina levantó los dos panes envueltos en papel que había reservado esa mañana temprano, mientras Jaime le daba un sorbo a su café para tragarse una carcajada.

—No intentes hacerte el desentendido —dijo—. Los niños te lo arruinan todo incluso antes de empezar. Esa mocosa acabará con tu juego.

Miré a Jaime antes de regresar tras la mesa y tomar los panes en cuestión. Se los pasé a Shay diciendo:

—Son los más solicitados. Pruébalos.

—¡Ah! —exclamó y parpadeó sorprendida—. Gracias. —Metió la mano en su bolsa y sacó la cartera—. ¿Qué te debo?

—Ya hablamos de ello, cuando estás conmigo, yo me encargo —dije, pasándole los panes.

Arrugó la frente y los aceptó.

—Muy amable.

Me sostuvo la mirada un rato largo. Por su expresión, parecía confundida, y eso hacía que fuéramos dos los confundidos. Me encogí de hombros porque era lo único que podía hacer para no empezar a decir tonterías y empeorar las cosas.

—¿Necesitas mermelada para acompañar eso? —le preguntó mi sobrina—. Tenemos una de albaricoque con *carmamo*.

—Cardamomo —aclaré.

Shay nos sonrió y se acomodó el pelo detrás de las orejas.

—Con el pan ya me basta. Gracias. —Miró a sus amigas, que hacían un gran esfuerzo por fingir que no escuchaban—. Vamos a dar una vuelta. A ver qué hay por aquí. —Y agregó, hablándole a Gennie—: Nos vemos el lunes. Tengo un montón de historias espectaculares sobre naufragios.

Apostados detrás de la mesa, las observamos mientras paseaban por el parque, deteniéndose de vez en cuando en algún puesto o para intercambiar unas palabras. Lillian regresó y junto con Gennie se ocupó de atender una oleada de clientes de última hora.

Shay y sus amigas se marcharon poco antes de la hora de cierre. Por lo general, mientras tuviéramos mercadería y la gente siguiera comprando, solíamos quedarnos, pero hacía calor y había humedad, y se acercaban nubarrones, señal inequívoca de una inminente tormenta.

—Vamos a recoger, Lill —le dije.

Fue rápido porque lo habíamos vendido casi todo, y en cuanto empezaron los primeros truenos, Lillian y yo terminamos de desmontar y guardar el toldo y la mesa.

Una vez que Lillian se reunió con su novio, Gennie y yo nos subimos a la camioneta. En el tono más relajado que pude, le dije:

—El mes que viene es el cumpleaños de Shay.

Desde la parte de atrás, resonó un alarido desquiciado:

—¿¡Qué!?

—Sí, a fin de mes, después de que empiece el colegio.

—Puaj, maldito colegio.

La miré por el retrovisor.

—Te tengo una tarea. Una tarea secreta, en realidad.

—¿Es sobre el cumpleaños de Shay?

—Sí.

—Bien, porque no quiero ninguna estúpida tarea de la escuela. —Se cruzó de brazos e hizo un puchero.

—¿Qué te parece si le organizamos una cena de cumpleaños? ¿Quizá después de uno de vuestros encuentros en casa?

—Genial —dijo—. ¿Hay zumo?

Le pasé la fiambrera que no había tocado en toda la mañana.

—Necesito que le saques información, pero para eso tienes que usar todas tus habilidades de pirata. No puede darse cuenta de que le estamos preparando una fiesta de cumpleaños.

La oí sorber un zumo.

—Si no, no sería una sorpresa.

—Exacto. Tienes que averiguar cuál es su comida favorita y sacarle ideas para un regalo.

Tenía claro que no podía seguir imponiéndole panes. O sea, podía, pero esa jugada ya era demasiado obvia. Si Shay no se había dado cuenta todavía, seguro que sus amigas se lo iban a explicar de un momento a otro.

—Puedo hacerlo —respondió Gennie.

—Sé que puedes. —Volví a mirarla. Tenía la pajita del zumo entre los dientes y la cabeza apoyada en el cinturón de seguridad.

En ese instante, justo cuando unas gotas gruesas empezaban a golpear el parabrisas, Gennie y yo nos entendimos. Más aún, supimos que éramos parte de un mismo equipo. Y aquello me dio una extraña inyección de confianza, como si pudiera sobrellevar todo ese asunto de la paternidad sin perder la cabeza. Al menos, podía conspirar con mi sobrina, y eso ya me bastaba por el momento.



Capítulo once

SHAY

El alumnado será capaz de perder los tacones y la cabeza.

Los últimos días de las vacaciones de verano siempre han tenido un patrón similar para mí. Había esperado que ese año fuera diferente, ya que no tenía una lista de alumnos nuevos que conocer ni un plan de estudios que preparar. Pero todo eso cambió el lunes a primera hora de la mañana, antes de que hubiera dado mi paseo entre los viejos parterres de tulipanes o me hubiera tomado un café con galletas, porque me llamaron de la escuela pública de Friendship para informarme de una suplencia de larga duración. Una de las maestras de segundo curso había decidido prolongar su baja por maternidad, y querían saber si podía reunirme con la directora esa misma mañana para una entrevista.

Me quedé callada lo suficiente como para que me preguntaran si seguía al teléfono. Entonces, me dije a mí misma (no a la secretaria del colegio, por suerte): «A la mierda». A la mierda. Y punto.

Un puesto de larga duración no era el plan, y cambiaba todo para lo que me había preparado mentalmente, pero a la mierda. A la mierda el plan. A la mierda la preparación mental. A la mierda todo porque creer que tenía algún control sobre mi vida era ridículo.

Así fue como terminé pasando la mayor parte del día en el aula nueve de la escuela de primaria Hope con Kelli Calderon, cuyo bebé se había adelantado mucho y estaba bien, pero ella necesitaba pasar más tiempo con él antes de volver a la escuela.

Me mostró el aula y me hizo un resumen de sus planes para los dos primeros meses del curso. Aunque me sentía cómoda para enseñar en segundo curso y estaba encantada de entrar en acción, aquello suponía hacer un gran cambio para mí. Ya no era simplemente una suplencia. Era un compromiso diferente al de cubrir algunas clases cuando una maestra se ausentaba por razones de perfeccionamiento o por motivos personales. Empezar un año escolar con un grupo de niños era algo muy importante. Tenía que hacer las cosas bien porque bajo ningún concepto iba a entregarle a Kelli un grupo desastroso en noviembre.

Tenía que poner mis cosas en orden. Tenía que aceptar que no iba a pasar el año a la deriva, vagando y libre de responsabilidades reales. No podía seguir de brazos cruzados. Se habían

acabado las mañanas ociosas en el jardín y los atracones nocturnos de vino y televisión. Tenía que volver a ponerme en modo maestra.

Después de la introducción acelerada al aula nueve, me dirigí a Little Star para reunirme con Gennie. Al llegar a la casa blanca e inmaculada de Noah, me sentía aturdida, en parte porque solo había ingerido unas natillas y un café mediocre, pero también porque había pensado aprovechar la mañana para preparar el trabajo con Gennie. Había hojeado unos cuantos libros, pero no tenía un plan real para el encuentro.

No vi a Gail Castro ni a sus caballos, lo cual me sorprendió. Cuando llamé a la puerta, nadie respondió. Miré el teléfono por si Noah había cancelado la cita. No tenía ningún mensaje.

Bajé los escalones, con la bolsa de libros clavada en el hombro y el teléfono en la mano. Deambulé por el camino de grava unos minutos, echando un vistazo a los senderos de tierra que se abrían entre las hileras de manzanos y volviendo a mirar la casa. El calor de fines de agosto era agobiante, a pesar de llevar un vestido fresco, y enseguida sentí que se me encrespaba el pelo y me sudaba la parte de atrás de las rodillas.

Me pasé el dorso de la mano por la frente preguntándome cuánto tiempo era razonable esperar. Podía ir a la oficina central de Little Star, en la antigua casa de los Barden, o pasar por la finca de los Castro o…

Me giré cuando la camioneta de Noah entró a toda velocidad por el camino. Aunque las ventanillas estaban subidas, capté el sonido atenuado de la voz de Gennie y vi que Noah le hacía señas para que se calmara.

En cuanto se detuvieron, la puerta de Gennie se abrió de golpe.

—… ¡y llegamos tarde! ¿Ves? Ya está aquí y no es justo porque…

—Tendrás tu cita con Shay —dijo Noah al bajar—. Y, si se lo preguntas, estoy seguro de que se quedará un rato más esta noche.

—¡Porque nos has hecho llegar tarde! —gritó Gennie.

—Por una buena razón —respondió él. Rodeó el frente de la camioneta, sacudiendo la cabeza —. ¿Por qué no le das la noticia a Shay? Que ella decida si el retraso ha valido la pena.

Me buscó con la mirada, haciéndome un gesto rápido con la cabeza que decía «Por favor, apóyame con esto».

—¿A ver cuáles son esas noticias? —le dije a Gennie, acercándome.

En lugar de poner un pie delante del otro, mi calzado se hundió en un desnivel de la grava y me tambaleé bruscamente hacia un lado. Entonces, mi otro pie lanzó una patada que hizo que la sandalia saliera volando y la bolsa se me resbaló desde el hombro hasta el pliegue del codo, lo que me hizo perder el equilibrio y tambalearme en dirección contraria, a la vez que gritaba sin parar «¡Ay!» y «¡Uy!».

Gennie y Noah corrieron hacia mí, pero, como pude, les hice señas para que se alejaran, mientras saltaba sobre un pie con todo el peso de los libros sobre el codo.

—¿Habéis visto dónde ha ido a parar mi calzado?

Noah me sujetó un brazo y le hizo un gesto a Gennie.

—Echa un vistazo, ¿vale? —Tomó mi bolsa y me dijo—: ¿Por qué no me das eso antes de que te caigas de bruces en mi entrada? Qué diablos…, Shay.

—He perdido el equilibrio —repliqué, señalando la grava. Por supuesto, no había nada que pudiera llamar la atención—. Ha sido por la tierra. Y el calzado. Totalmente incorrecto para este suelo. Y algo más, que también era cierto, pero no estaba dispuesta a admitir: sudar tanto con sandalias las volvía inadecuadas para casi cualquier superficie.

Noah me observaba tras las gafas de sol. Tenía la mandíbula tensa y, al recorrer su rostro con

la vista, noté que le temblaba el pequeño músculo cerca del lóbulo de la oreja.

—¡La tengo! —gritó Gennie desde el otro lado del camino.

—¿Por qué estás temblando? —me preguntó Noah, deslizando los dedos hasta la parte alta de mi brazo.

—No estoy temblando. Me siento un poco floja. Es que hoy solo he tomado café. —Incliné la cabeza hacia un lado—. Y unas natillas.

—Café —repitió—. Y unas natillas.

—Sí. Me han llamado de la escuela y…

—¡Sandalia va! —canturreó Gennie, mientras se acercaba al trote. La dejó caer a mis pies.

—Gracias —le dije. Me la puse y di un paso atrás. Noah no me soltó—. Eres una gran ayudante.

—La has enviado muy lejos —comentó, impresionada.

—No sé ni cómo —respondí.

—Café. Y unas natillas —murmuró Noah.

—¡Shay! ¿Sabes qué? —exclamó Gennie.

Noah aflojó los dedos de mi brazo, uno a uno, y enseguida volvió a apretarlos.

—Gen, se lo contamos todo dentro, ¿vale? Tenemos que darle agua antes de que expire.

—¿Qué es «que expire»? —preguntó Gennie.

—Solo se me ha resbalado la sandalia —le dije—. Nada más. No hay por qué inquietarse.

—Significa que Shay hoy se ha olvidado de llenar esa botella de agua enorme que tiene, y hace mucho calor, así que necesita tomar agua —explicó Noah—. También algo sólido para comer quizás.

—De verdad, no hace falta…

—Ven —dijo Gennie, tomándome la mano libre—. Te voy a preparar un zumo pirata.

—¿Qué es un zumo pirata? —pregunté, echándoles un vistazo a ambos mientras me llevaban a la casa.

—Ya lo verás —respondió Noah, con una risita.

—Anoche, Noah hizo una mermelada nueva. Puedes comerte un bocadillo de mermelada. A veces mojo los *pretzels* en mermelada.

—Por eso tienes tu propio tarro —le dijo Noah.

—¿Qué clase de mermelada es? —quise saber.

Noah empujó la puerta y recibí una cortina de aire fresco. Fue un alivio estupendo, tanto que solté un gemido.

—Qué agradable.

Sacó una silla de la mesa de la cocina y me hizo sentar. Sacudía la cabeza como si yo representara más problemas de los que hubiera deseado.

—Tomate.

—¿Tomate? —repetí.

Me puso ambas manos sobre los hombros y me apretó con fuerza.

—La mermelada nueva.

—¿Eso existe?

Dejó mi bolsa sobre la encimera y se apoyó en la isla, cruzándose de brazos. Gennie se metió en la despensa y no tardó en aparecer con un taburete.

—Las mermeladas saladas son selectas, pero cada vez más populares. Podemos venderlas al doble de lo que cobraríamos por una mermelada de fresa y servirlas en mayor volumen, sobre todo, en restaurantes y establecimientos mayoristas —explicó—. ¿Qué has hecho hoy?

—He ido a la escuela de primaria. Ha surgido un puesto de suplente por una baja de maternidad.

Gennie abrió el congelador y empezó a poner hielo en un vaso. Noah la observó.

—Date prisa, Gen.

—Ya voy, ya voy —dijo ella, seleccionando cada cubito de hielo.

Enseguida se acercó a la mesa con una botella de refresco verde, un tarro con algo rojo tirando a púrpura y el vaso lleno del hielo seleccionado a mano.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Tocó cada cosa con el dedo.

—Cerezas, hielo, ron.

—¿Ron?

—A los piratas les encanta el ron —dijo Noah, señalando la botella verde con la cabeza. La etiqueta estaba arrancada y en su lugar decía «RON», escrito con un grueso rotulador negro—. A los tíos no les gusta tanto el ron como conservar la cordura.

Gennie lo miró por encima del hombro.

—¿Cuántas cerezas?

—Con tres debería bastar.

Gennie echó una a una las cerezas en el vaso con la precisión de un científico. Si hubiese puesto el mismo empeño en escribir oraciones completas…

Cuando terminó con la fruta, examiné el tarro. No tenía etiquetas. No parecía comprado.

—¿Haces conservas de cereza también?

—Sí. —Se encogió de hombros—. No me gusta el procesamiento que se les hace a las cerezas. No queda nada del sabor verdadero y mayormente es jarabe de maíz y colorante para alimentos. ¿Qué sentido tiene si básicamente te estás comiendo un osito de goma embebido en zumo?

—Tienes razón —asentí.

—Esto te va a dar mucha energía —dijo Gennie ofreciéndome el zumo pirata, con una pajita reutilizable.

Tomé un sorbo. Refresco de jengibre y cerezas en conserva. Y lo llamábamos zumo pirata.

—Es maravilloso. Un auténtico elixir de altamar. Gracias.

Gennie sonrió.

—¿Qué te gustaría para merendar?

—No sé —dije entre sorbo y sorbo. Era un gran salto al pasado, pero estaba tan frío que era una delicia, y el azúcar de las cerezas me levantó el ánimo. Perfecto—. ¿Tienes *snacks* de queso?

—¿Qué? No, por Dios —exclamó Noah, agitando una mano como si lo hubiera insultado.

—Gen, ve a buscar el *cheddar* que trajo Wheatie anoche. Y el pan de masa madre. Está todo en la despensa.

—Sí, mi capitán.

—Así que has ido a la escuela —continuó Noah.

—Sí. —Me quedé mirando cómo Gennie ponía una cuña de queso en un plato y le clavaba un cuchillo en el centro. Con los ojos desorbitados, parpadeé hacia Noah. Él la miró y se encogió de hombros—. Voy a reemplazar a la maestra Calderon en segundo curso hasta noviembre, más o menos.

—La maestra Calderon es la maestra simpática de segundo. Todo el mundo lo dice —nos informó Gennie, mientras desenvolvía un panecillo redondo y también le hundía un cuchillo también.

Cuando miré a Noah con ojos de «¿tiene permitido jugar con cuchillos?», señaló:

—Son cuchillos para untar. Y es la especialidad pirata.

—¿Así lo llamamos?

Una media sonrisa fue toda su respuesta.

—Segundo curso. ¿Eso está bien? ¿Es lo que te apetece?

—Sí, me caen bien los de segundo. Son divertidos. No tanto como los chiquitos fantásticos de infantil, claro. Lo que pasa es que estoy un poco… —me llevé las manos a las sienes y las acaricié con los dedos—, agotada. Pensé que iba a hacer suplencias diarias: cubrir los cursos que fueran surgiendo. Pero ahora empiezo el año de cero con un grupo y solo me quedan unos días para prepararme. Es un gran cambio. Mentalmente y… en todos los sentidos. Como te decía: estoy un poco agotada.

Gennie llevó el pan y el queso (con los cuchillos clavados) a la mesa.

—¿Puedo contarte mi gran noticia ahora? —me preguntó, dando saltitos sobre las puntas de los pies.

—Por supuesto. Cuéntame. Muero por saber.

—No soy una chiquita fantástica.

Parpadeé sin comprender.

—¿Cómo? ¿Me lo puedes repetir?

—Dijiste que los niños de infantil son chiquitos fantásticos, pero yo voy a empezar primero, así que no soy fantástica.

Tenía una sonrisa de oreja a oreja; una sonrisa llena de dientes dibujada en todo el rostro y los ojos entrecerrados de felicidad. Me levanté de un salto y la abracé.

—No eres fantástica en lo más mínimo —exclamé—. ¡Eres fabulosa! Una fabulosísima alumna de primer curso. Eso es mucho mejor que fantástica. —Me volví hacia Noah. Seguía de brazos cruzados y con la misma media sonrisa—. Pensé que la reunión era a finales de semana.

—Sí, pero me han llamado esta tarde para preguntarme si podíamos ir porque había algún problema de agenda. —Levantó un hombro—. Creo que el problema de agenda fue consecuencia de que les enviara documentación sobre la evaluación del psicólogo, que incluía recomendaciones específicas sobre medidas adicionales de apoyo para atender necesidades especiales.

—Les he demostrado que ya sé leer superbién —dijo Gennie—. Y también he hecho unos estúpidos problemas con palabras.

—Estoy segura de que has estado increíble —le dije. Y agregué, mirando a Noah—: Parece que tú también te has lucido.

Me miró y sostuvo la mirada durante un buen rato mientras Gennie saltaba y giraba entre nosotros. Muy despacio, inclinó la mandíbula hacia abajo y, durante un brevísimo instante, clavó la vista en mi boca. ¿Qué era eso?

—¿Vas a ir en autobús a la escuela? —me preguntó Gennie.

Noah volvió a mirarme a los ojos.

—Shay no usa el autobús. Nunca lo ha hecho.

—Porque Noah se compadece de mí —respondí.

—Porque… —Sacudió la cabeza—. Los maestros no viajan en autobús. Lo siento, Gen.

Gennie se volvió hacia mí.

—¿Puedo ir contigo en tu coche? El autobús es una mierda asquerosa.

Noah intentó protestar, pero levanté una mano.

—He traído todos esos libros alucinantes sobre exploradores de los que te hablé, pero tu

noticia merece una celebración, creo. ¿Vamos a visitar a los perros? ¿O a las cabras? ¿Qué dices?

Gennie fue corriendo hacia el horno y miró el reloj digital del tablero.

—Cuatro… cero… nueve. —Repitió los números varias veces. Luego, preguntó—: Noah, ¿es la hora de ordeñar las vacas?

Noah se giró y soltó un suspiro.

—Sí.

—¡Las vacas! —gritó Gennie—. ¡Van al establo de ordeño! ¡A que las ordeñen! ¡Y… y… y…!

—Genial —dije—. ¿Se puede?

—Hay algunas reglas —dijo Noah.

—No toques nada y sé amable y no hagas ninguna travesura y presta atención a todas las indicaciones y no molestes a los muchachos del establo y, si me porto superbién, puedo acariciar a una vaca antes de que se vayan a pastar.

Noah clavó la vista en el plato sin tocar de queso y pan y luego me miró con mala cara.

—Come. No sea cosa que te desmayes en el establo.

Partí un poco de pan y un poco de queso, y me hice un sándwich pequeño.

—¿Está bien así? Estoy comiendo.

Se pasó una mano por la nuca, diciendo:

—No tienes remedio. Lo último que me falta es que pierdas un zapato ahí dentro. Lo mantenemos limpio, pero te imaginarás que no puedo permitir que te caigas entre las vacas. Y termínate ese zumo, ¿vale?

Me llevé la pajita a los labios y le sonreí mientras me terminaba mi refresco pirata. Me sostuvo la mirada unos instantes y luego salió a paso rápido murmurando algo.

No estaba segura de qué era lo que acababa de conseguir, pero sabía que era algo.



Nos subimos al *quad* de cuatro plazas de Noah mientras Gennie parloteaba sobre las vacas y se abrochaba el cinturón de seguridad en el asiento trasero, casi sin poder contener la emoción. Noah me miró. Una vez más, las gafas de sol le tapaban los ojos. Luego, se estiró sobre mi cuerpo y me puso una mano en el hombro.

—Es un viaje largo —dijo. Tenía el rostro muy cerca—. ¿Crees que vas a poder resistirlo?

No supe qué hacer con las manos. ¿Dónde se suponía que debía ponerlas? ¿Tenía que saberlo? Es más, ¿se suponía que debía saber algo o estaba bien que me sentara allí y dejara que se inclinara hacia mí de esa manera?

—Sí —murmuré—. Creo que sí.

«¿De qué diablos estamos hablando?».

—Espero que así sea.

No sabía lo que estaba pensando Noah, pero por la forma en que me acarició el hombro y por cómo se le cortó la respiración tuve suficiente para hacerme una idea. Fuera lo que fuera lo que yo había conseguido minutos atrás, ahora le tocaba a él hacer su parte.

Luego me pasó el cinturón de seguridad por el pecho y lo ajustó junto a mi cadera.

—Agárrate —gruñó—. La lechería está al otro lado de la colina y no pienso parar, aunque te caigas o pierdas las sandalias.

Salió del granero a toda velocidad y tomó el camino de entrada mientras Gennie coreaba

«¡Vamos a ordeñar!» desde la parte de atrás.

A Noah le salía muy bien hacerme creer que la amistad que una vez habíamos tenido era cosa del pasado y que el presente se sostenía a regañadientes a raíz del testamento de Lollie, las necesidades académicas de Gennie y el retazo de familiaridad que quedaba entre nosotros, pero en ese momento esa no era la verdad. Tal vez no había sido la verdad en absoluto desde mi regreso.

Noah había sido un chico tímido. Nunca hablaba mucho. Había que insistirle. E incluso así, era más de escuchar que de hablar. Ahora que lo pensaba, nuestras mejores conversaciones habían tenido lugar en las notas que nos pasábamos a diario. Allí era donde más se abría. Así fue como habíamos logrado conectar más allá de esas mañanas somnolientas de camino a la escuela.

¿Era posible que esta fuera su misma timidez en una nueva versión? ¿Esta era la apariencia que cobraba la timidez cuando un hombre que lo que más había deseado era dejar atrás la vida de granjero se veía arrastrado de nuevo al negocio familiar y encima tenía que adoptar a su sobrina? ¿Acaso sus gruñidos y su malhumor eran la versión adulta de almorzar en la biblioteca para evitar a los otros chicos? Y que me usara como escudo humano contra la mujer que escuchaba hacer pis, ¿no era más que otro ejemplo de sus escasas habilidades para relacionarse?

—Lo haré lo mejor que pueda —le respondí cuando disminuyó la velocidad al llegar al final del camino.

Se detuvo y miró dos veces en ambas direcciones antes de cruzar Old Windmill Hill.

—Si lo mejor que puedes es como lo que he visto hoy, te voy a pedir que te esfuerces un poquito más. —Giró hacia un sendero estrecho que corría junto a una hilera de vallas blancas—. Natillas —murmuró.

—¿Serviría de algo si te dijera que suelo tomar café y una galleta gigante en el Pink Plum del pueblo?

—Por Dios, no. ¿Por qué…? Olvídalo. No importa. ¡Ey, Gennie!

—Hum —contestó ella.

—Cuando terminemos en la lechería, tienes que ir a buscar huevos para Shay.

—No necesito huevos.

—Está claro que sí —dijo.

—No me gusta desayunar huevos —insistí.

—A mí no me gustan los huevos sosos —dijo Gennie—. Pero Noah los mezcla con queso y beicon y otras cosas ricas, y hace un sándwich, y queda delicioso de cojones.

El ruido del *quad* era tan fuerte que acalló mi carcajada.

—Huevos sosos —repetí.

—La primera vez que lo dijo, pensé que había dicho huevos de oso. De oso pardo, algo así. Intenté explicarle que los osos no ponen huevos, y me respondió que los huevos sosos sí existen y son asquerosos. Así que esa mañana compramos rosquillas. No puedes imaginarte cómo fueron esas primeras semanas juntos…

—Habrá sido muy difícil —dije, bajando la voz lo suficiente como para que no me oyeran oídos infantiles—. Encontrarse viviendo juntos de repente.

Asintió y echó un vistazo rápido por encima del hombro.

—No sabía lo que estaba haciendo. Y sigo sin saberlo.

—Sí que sabes. Lo dices para recibir halagos.

Sonrió.

—Jamás haría eso.

—¿Seguro? ¿No estabas buscando halagos cuando te dije que tu amiga Christiane no se iba a

dar por vencida porque te queda increíble ese aire de tío sexi?

—Es que… No. —Negó con la cabeza y, a menos que me equivocara, se le enrojecieron las orejas. Interesante—. No fue así para nada.

—Está bien, te creo.

Estiró el brazo como si fuera a tocarme, pero enseguida cerró la mano y se la llevó al muslo.

—Creo que no te di las gracias por todo. Lo del partido.

—Sí, ya me lo agradeciste. —Vi que el rubor le subía por el cuello. *Muy interesante*—. Dos hogazas de pan son más que suficientes como agradecimiento.

Subimos una cuesta y bajamos por una suave pendiente, y de pronto apareció un granero gris azulado. Había otros edificios cerca, y al menos veinte de los camiones pintados como vacas blancas y negras que me había encontrado el día de mi llegada.

—¡Vacas a la vista! —gritó Gennie.

—No olvides las reglas —le advirtió Noah.

—Ya lo sé, ya lo sé —le aseguró ella, dando saltitos en el asiento.

—Lo mismo vale para ti —me dijo—. Si te alejas de mí, habrá consecuencias.

Le eché una mirada fulminante. Quería responderle algo, pero no me salían las palabras.

El Noah del instituto era dulce. Muy dulce. Tranquilo, atento en extremo. Jamás imponía exigencias con prepotencia ni daba órdenes en tono amenazador. El Noah del instituto hubiera preferido bailar desnudo frente a toda la clase antes que hacerme una advertencia sobre las consecuencias de no seguir sus instrucciones.

Sin embargo, no me molestaba su aire mandón. Era como si ese chico dulce y tranquilo hubiera encontrado una voz malhumorada y gruñona. Y algún que otro tirón al cinturón de seguridad y una insistencia absurda en que no se me podía dejar sola en su establo.

Ese hombre era tímido. Y, también, un mandón de campeonato.

Realmente interesante.

El *quad* entró en una zona pavimentada y dimos una vuelta amplia por el aparcamiento antes de detenernos frente a las puertas principales del establo. Desde allí se veían las vacas, con sus características manchas blancas y negras, comiendo heno.

—Tenemos ciento ochenta y cuatro vacas —me informó Gennie—. Y se ordeñan dos veces al día. A las cuatro y a las cuatro.

Noah llevó una mano hasta mi cadera para soltarme el cinturón de seguridad. Bajé la cabeza y fijé la vista en el lugar donde sus nudillos me presionaban el vestido.

Desde la parte de atrás, Gennie continuó:

—Se llaman Homesteam…

—Holstein —dijo Noah.

—Y dan cuatro mil millones de litros de leche por día…

—Cuatro mil litros —aclaró él.

—… y eso va a una tubería que cocina la leche muy caliente y hace once millones de botellas de leche.

—Mil cien —dijo Noah, sin dejar de mirarme y sin quitar la mano de mi cadera—. Y, en invierno, el suelo está caliente porque tiene colorante dentro.

—Calefacción radiante.

—¿Podemos ir? —preguntó—. ¡Ya están acabando, nos lo vamos a perder!

—Solo se pueden ordeñar veinte vacas a la vez —le explicó Noah—. No nos vamos a perder nada. —Retiró la mano de mi cadera y señaló una construcción blanca y luminosa de puertas como de garaje, que estaban abiertas de par en par—. Esa es la sala de ordeño. Vamos.

Gennie salió disparada, saludando al pasar a cada una de las vacas que comían heno con tranquilidad. Se detuvo frente a la construcción blanca y nos hizo señas, sin poder contener la ansiedad.

—Le encanta —comenté.

—A veces —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos—. Un poco más desde que vio los terneros. Antes no quería ni oír hablar de este lugar.

Cuando nos acercamos a las puertas, Noah le hizo un gesto con la cabeza y ella entró corriendo. Un miembro del personal la vio y le indicó que lo acompañara mientras ordeñaba una de las vacas.

Noah extendió un brazo y me detuvo antes de que entrara en la sala.

—Hasta aquí has llegado.

—¿Por?

—Porque no llevas calzado apropiado para este lugar —dijo, señalando el interior—. Y lo que tienes puesto… —pasó un dedo por uno de los volantes del vestido a la altura de mi muslo— … no encaja para nada en establecimiento de productos lácteos.

Paseé la vista por su camisa de cuadros azules, remangada hasta el codo y con el cuello desprendido, sus vaqueros desgastados y sus botas, que conocían cada centímetro de esta tierra. Tenía el pelo revuelto y la barba recién recortada. Se lo veía bien y se lo veía bien allí. Y fue raro constatarlo, ya que todavía estaba sorprendida de encontrarlo allí.

—Hablabas en serio cuando has dicho que había reglas.

—Alguien tiene que hablar en serio. —Se llevó las manos a la cintura y ladeó la cadera como si se dispusiera a debatir—. Tendré que ser yo.

—¿Esa es tu forma de decirme que no soy seria? Porque te aseguro que soy más que seria.

Me miró con una expresión cercana a la impaciencia.

—¿Nada de pendientes hoy?

—Nada de pendientes hoy. Ha sido una mañana caótica. Cuando me han llamado de la escuela, todavía estaba envuelta en una toalla y me he puesto lo primero que he encontrado. No ha habido tiempo para pendientes. Es un milagro que me haya acordado de la ropa interior. Y, como ya has destacado, tampoco me he acordado de la botella de agua.

Si tenía algo para decir al respecto, se lo guardó. En cambio, dirigió la mirada por encima de mi hombro y exclamó:

—¿Qué diablos haces aquí?

Un hombre negro, de unos cincuenta años, se acercó a nosotros y se quitó los guantes.

—La pregunta sería: ¿qué diablos haces *tú* aquí?

Noah señaló hacia el otro lado de la sala. Gennie hablaba sin parar y acariciaba el costado de una vaca mientras un miembro del personal asentía con la cabeza.

—Gennie quería venir.

El hombre me sonrió con amabilidad.

—Jim Wheaton. Soy el encargado de esta modesta instalación. Bienvenida a mi santuario lechero.

—Shay Zucconi —respondí—. Esto es mucho más que una modesta instalación.

El hombre le dirigió a Noah una mirada penetrante y luego me observó, con ojos grandes. Se quedó unos segundos con la boca abierta antes de hablar.

—He oído hablar mucho de usted.

Miré a uno y al otro.

—¿Ah, sí? ¿Conocía a mi abuela Lollie?

—No, la verdad es que no conocía a Lollie personalmente. Soy del norte de Nueva York y me mudé aquí poco después de que ella se fuera al sur. Mi más sentido pésame.

—Gracias. Muy amable. —Hice una pausa, sin saber cómo hacer la pregunta—. Pero… si no conocía a Lollie, ¿cómo…?

—También está a cargo de las cabras —agregó Noah.

Jim desvió la vista hacia la sala con expresión arrepentida.

—Ese negocio no es tan sofisticado como este. Todavía. Pero estamos en ello.

—Pues a ver si lo conseguimos pronto —apuntó Noah.

—Paciencia, Barden. No te vendría mal un poco de paciencia. —Se volvió hacia mí—. ¿La señorita Gennie la ha traído para que conozca a las muchachas?

—Estaba muy entusiasmada. No me lo podía perder. —Sonreí y comenté—: Son preciosas estas vacas.

—Son lo mejor de lo mejor. Las cuidamos mucho. —Señaló a Noah con la cabeza—. Como al jefe le gusta. Es muy puntilloso, pero seguro que ya lo sabe.

—¿No es la hora de irte ya? —preguntó Noah—. Estás aquí desde muy temprano. Vete a casa.

Sin hacer caso a Noah, Jim se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Quiere visitar las instalaciones?

—No quiere visitar nada —interpuso Noah, llevándose la mano a la nuca.

—Me encantaría —dije.

—Lo suponía —respondió Jim—. Empezaremos por la planta de embotellado e iremos hacia atrás. Me gusta más recorrer el proceso a la inversa. Empezar por la envasadora y terminar con las pasturas. Pero se puede hacer al revés. Es divertido también.

—Usted es el experto —dije.

—Wheatie… —dijo Noah en tono severo.

—Una visita rápida —le aseguró—. Quédate aquí, pero no empieces a acosar a mi gente si no quieres que te pongan a trabajar, y tienen órdenes estrictas de hacer exactamente eso. Con mucho gusto te enviarán al estercolero.

Noah lo miró disgustado.

—Date prisa.

Mientras cruzábamos el pavimento en dirección a otra edificación, Jim me señaló las tuberías aéreas y me contó cómo trasladaban la leche directamente de la zona de extracción a un tanque de separación, y que evitaban usar camiones en esa etapa porque el movimiento causaba demasiada oxidación. Me explicó en detalle el proceso de homogeneización y luego el de pasteurización mientras recorríamos esas zonas, observándolas desde los grandes ventanales del pasillo en lugar de entrar en cada sala. Me condujo a la planta de embotellado, un edificio separado en el mismo recinto. Me llamaron la atención unas ventanas con las pegatinas del fabricante todavía colocadas.

—Esto parece nuevo —le dije—. ¿Lo han renovado hace poco?

Jim se detuvo ante la puerta del almacén de refrigeración principal.

—¿Noah no se lo ha contado? —Negué con la cabeza, por lo que continuó—: Hizo una reforma completa de este lugar. Ahorro de energía, conservación de recursos, certificación orgánica. Lleva años trabajando en este proyecto.

—¿Y lo terminaron hace poco?

Jim asintió despacio.

—Es un experto en cuestiones de papeleo. Me ahorra muchísimo tiempo. No tengo que

preocuparme por esos detalles. Los negocios son su punto fuerte. Es capaz de encontrar resquicios legales a ciegas y no hay programa de subvención o de crédito fiscal que no le guste.

—No tenía idea.

Volvió a asentir.

—No es de hablar mucho, ¿verdad?

«Adelante, Jim, róbame los pensamientos».

Mientras regresábamos a la sala de ordeño, Jim me contó cuáles eran sus partes favoritas de las cuarenta hectáreas de la finca. El prado oeste se ponía muy bonito cuando llegaba el otoño.

Noah seguía junto a la puerta, de brazos cruzados, como siempre, mientras alternaba la mirada entre Jim y yo y el interior de la sala de ordeño. Miró el reloj fingiendo impaciencia.

—Gracias por la visita —le dije a Jim.

—El placer ha sido mío.

—Sería una excursión muy divertida para los niños —dije—. No sé dónde suelen ir de excursión los de segundo. Tendré que preguntar a los otros maestros del mismo nivel cuando vuelvan a clase, pero estoy segura de que les fascinaría todo esto.

—Estaremos encantados de recibirlos. Cuando quiera venir, solo tiene que avisar al jefe. —Tras dedicarle a Noah una mirada elocuente, anunció—: Me voy.

Lo vimos cruzar el pavimento y entrar en la planta de embotellado. Pasaron uno o dos minutos, y luego Gennie vino dando saltitos hacia nosotros, con las mejillas enrojecidas y una sonrisa de oreja a oreja.

—He ayudado a ordeñar a Matilda y a Petunia. —Me tomó de la mano—. ¿Quieres ayudar? Ahora le toca a Bonnie.

—¿A Bonnie? Te miro mientras tú ayudas, ¿de acuerdo? Necesito hablar con Noah unos minutos. Venga, muéstrame cómo se hace.

Volvió a entrar, satisfecha con la respuesta. Noah, en cambio, se llevó las manos a la cintura y enderezó los hombros.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—No pasa nada. —Era una reacción de libro a «tenemos que hablar», y solté una carcajada mientras me frotaba las sienes porque no había sido mi intención ponerlo en guardia. Ni siquiera había querido sacar el tema, pero… al diablo. Era el tema del día. Probablemente sería el tema de todo el año—. He estado pensando en Twin Tulip —empecé a decir— … y en este pueblo absurdo y en mi vida absurda. También he pensado en tu propuesta. Me refiero a casarte conmigo porque a Lollie le pareció necesario que superara algunos obstáculos para que su granja siguiera en pie. Todavía no me entra en la cabeza esa decisión, pero qué más da. No se puede discutir con los muertos. En fin. Tengo algunas condiciones.

Pasaron unos segundos.

—Tienes algunas… ¿qué?

—Tenías razón al decir que no podemos meter a Gennie de por medio si lo hacemos.

—Si lo hacemos… —murmuró. Movió la cabeza, despacio y con cierta rigidez, como si estuviera poniendo mucha atención en la acción de asentir, y eso causara que lo hiciera mal—. A ver. —Se quitó las gafas de sol y se agarró la nuca. Me miró y sus ojos reflejaban la tormenta—. Pensaba que no estabas lista para pensar en ello. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No tengo una explicación clara —admití; era lo más cerca de la verdad que estaba dispuesta a llegar. No tenía una explicación clara para nada en esos momentos. Me movía a tientas—. ¿Qué es lo peor que podría pasar? Ya me ha pasado todo lo peor. No puede empeorar. Es

imposible. Así que… ¿por qué no intentarlo mientras pueda?

Los músculos de su mandíbula se tensaron. Se quedó callado un rato largo. Demasiado largo; tanto que se me pasó por la cabeza que podría haber cambiado de opinión.

—Si el ofrecimiento sigue en pie, claro —agregué—. Si no, no pasa nada. Lo entiendo perfectamente.

Me miró con ojos sombríos.

—El ofrecimiento sigue en pie.

Me llevé los dedos al pelo y me lo aparté del cuello.

—De acuerdo. Muy bien. Entonces, mis condiciones.

—Tus condiciones.

No sabía cuándo se me había acercado, pero me rozaba el muslo con los nudillos, y no pude recordar ninguna de las condiciones que había preparado.

—Como te decía, coincido plenamente con lo de proteger a Gennie. No quiero hacer nada que la lastime o le complique la vida. O a ti. Así que esto tiene que ser exclusivamente un trámite legal. Si lo hacemos, no tiene que cambiar nada. Yo sigo en mi casa, tú, en la tuya, la verdad nunca tiene que salir a la luz. —Volvió a rozarme la pierna con los nudillos, pero permaneció en silencio. Me apresuré a agregar—: Te puedo seguir haciendo de escudo humano, por supuesto. Puedes recurrir a mí cuando quieras.

Levantó la cara hacia el cielo, negando despacio con la cabeza.

—Shay —refunfuñó. Tras una larga pausa, bajó la mirada hacia mí—. ¿Estás segura?

Solté una carcajada sincera, que me estremeció hasta los huesos.

—No estoy segura de nada. De absolutamente nada. Lo voy decidiendo sobre la marcha, Noah. Tal vez me salga bien lo de Twin Tulip, tal vez no. No lo sé. —Me encogí de hombros—. Pero a la mierda, hay que averiguarlo. ¿No te parece?

—¿Y cuando se liquide la herencia? ¿Qué hacemos?

—Lo disolvemos —dije—. No tiene por qué cambiar nada.

Miró a las vacas, a Gennie. Sus nudillos seguían recorriendo mi muslo con una suavidad casi imperceptible. No daba la impresión de que fuera totalmente intencionado.

—¿Estás…? O sea, ¿está todo bien? Estás a salvo aquí, ¿verdad? No hay ningún acosador o ex maltratador del que debería tener conocimiento, ¿no?

¿Cuándo era el momento adecuado para explicar que te habían dejado plantada en el altar hacía menos de dos meses? ¿Acaso era necesario explicarlo siquiera? Me parecía que no. Y solo quería que la gente dejara de preguntarme si estaba todo bien, porque no tenía un mecanismo sencillo para decir que no. La respuesta esperada siempre era un sí, y cualquier otra cosa resultaba tóxica desde el punto de vista social.

—No hay ningún acosador ni ningún ex maltratador. Solo una relación tipo aguacate. Ya sabes: un día está perfecto y al siguiente es una porquería. Si no te importa, prefiero dejarlo aquí.

—Está bien. —Bajó la cabeza y apretó los nudillos contra mi muslo con demasiada fuerza como para no ser intencionado—. En Rhode Island no hay período de espera para obtener un permiso para casarse. Cualquier oficina municipal puede expedirlo y presidir la ceremonia.

—Pero no lo hagamos en Friendship —dije. Deseé haber tenido mi botella de agua. Me habría venido bien tener algo con lo que juguetear mientras negociaba los términos de un matrimonio —. El pueblo es demasiado… Ya sabes. La gente habla. Y no nos conviene.

—Sí. De acuerdo. —Miró hacia el interior de la sala—. En Providence sería mejor.

¿Tenía esa información almacenada en esa cabeza gigante o había estado haciendo averiguaciones? ¿Acaso había previsto que iba a aceptar su propuesta?

—De acuerdo. En Providence.

—¿Estás libre mañana? ¿Al mediodía? Gen está con Gail hasta las tres, si te viene bien.

Por lo visto, no había un minuto que perder.

—Voy a estar organizando el aula y preparándome para el primer día, pero los tiempos los manejo yo. En realidad, no tengo obligación de estar en la escuela hasta el viernes.

Frunció el ceño y se giró.

—Entonces te paso a buscar mañana por allí. A las once. Esta noche preparo el acuerdo prenupcial.

Se metió en la sala de ordeño sin que pudiera hacer otra cosa que seguirlo con la mirada.



Capítulo doce

SHAY

El alumnado será capaz de respetar las costumbres y tradiciones.

Para el segundo día de mi boda del año, me salté lo del vestido que costaba más que la mayoría de los coches familiares y requería la ayuda de tres personas para ponérmelo, y opté por un mono rosa chillón.

Un pelele para adultos, como diría Gennie.

Tenía un bonito corte en la parte baja de la espalda que lo hacía demasiado subido de tono para dar clases, pero aceptable para ir a escribir los nombres de mis alumnos en los carteles de los pupitres, en las pegatinas de los armarios y en las carpetas para llevar a casa.

Los pendientes de cangrejos, de cuentas, y con el toque cursi justo para no resultar escalofriantes, me rozaban el cuello cada vez que me movía. Esos pendientes decían más de mí que cualquier otra cosa que pudiera tener: «no es perfecta, no es una novia, no es un problema».

Había puesto mucha energía en plantearme aquello como un mero acuerdo comercial más que como un matrimonio. Necesitaba esa barrera de protección. Era la única manera de evitar hundirme en los recuerdos de mi primer intento de casamiento. Y no eran solo los recuerdos, también me asaltaban pensamientos que imaginaban el peor de los escenarios: ¿Mi ex me había engañado? ¿Me había estado engañando siempre? ¿Estaba con esa persona ahora? ¿Qué tenía ella que a mí me faltaba? ¿Qué había hecho mal?

Si a eso le añadíamos el trauma de que mi vida se había desmoronado ante la mirada horrorizada de amigos y familiares, no era de extrañar que hubiera escrito mal «Aiden» cinco veces. No había tatuaje, tinte de pelo o borrachera en el mundo que pudiera borrar ese desastre de mi memoria.

Pero quedarme a vivir en ese desastre no iba a borrarlo tampoco. Mi ex estaba por ahí viviendo su vida. No estaba vagando por una granja de tulipanes, destrozándose los dedos al intentar poner sus piezas rotas en un orden que tuviera sentido para esa nueva versión de su vida. Estaba más segura de ello que de cualquier otra cosa que supiera de él.

Esa era la otra razón para llevar pendientes de cangrejos. Él los odiaba. Los de langosta y los de pez *koi*. Los de pulpo también. Odiaba todas esas cosas mías, raras y fabulosas, y durante un

tiempo me convenció de que a mí tampoco me gustaban. De que no debían gustarme.

Aquello me hacía pensar qué más había perdido en el camino. A qué más había renunciado. Y por qué lo había permitido.

La respuesta de Jaime a ese acuerdo comercial fue breve y directa:

—Esto no es una película de Hallmark —me había dicho la noche anterior—. No voy a consentir que te olvides de tu vida en la ciudad porque un granjero muy apetecible te lleve pan recién horneado y te ofrezca salvar las tierras de tu abuelita. Tienes que volver, cariño. No pueden quedarse contigo.

—Es temporal.

—Eso dicen todas.

—Créeme —dije—. Voy a volver.

Jaime bufó.

—Espera a que Papito Panadero te dé su *baguette*.

—No has dicho eso. Me niego a creer que has dicho lo que acabo de oír.

—No estoy en mi mejor momento, lo admito. Soy un manojo de nervios porque tengo cinco casos complejos de educación individualizada y tres con dificultades de comportamiento que necesitan toda la ayuda que puedan conseguir. Si a finales de semana no han contratado otra asistente docente, voy a prender fuego a algo, en serio.

—¿Cómo que cinco de individualizada? Yo tenía tres y conocías bien a esos niños.

—A esos tres no los tengo en mi lista. La familia de Julius se ha mudado, a Gray lo han inscrito en un programa para niños altamente sensibles, y a Madgalily la educarán en su casa. Así que tengo cinco amigos nuevos.

—Uh, guau. Lo siento. Tendría que haberte preguntado antes de soltarte mi drama.

—Tampoco es que yo te haya llamado para pedirte que diéramos prioridad al mío, cariño. Estoy bien. No pasa nada. Hace tres semanas que no voy a terapia y me he quedado sin detergente para la ropa, así que llevo puestos unos pantalones cortos de ciclista debajo del vestido, lo cual no sería un problema si no sintiera que estoy adentrándome en el cuestionable nuevo territorio de no usar ropa interior. Y es posible que nunca vuelva. Y estoy de mal humor. Todo bien. —Dejó escapar un suspiro—. Está todo bien, de verdad. Te vas a casar. O algo así. Es divertido, ¿no?

—Muy divertido —respondí. Una parte de mí quería subirse al coche e ir a llevarle el detergente a su apartamento y prometerle que todo iba a salir bien con su clase. Más que bien. De maravilla, como siempre. La otra parte sabía que tenía que quedarme donde estaba. Tenía que hacer esa locura descomunal de tomar los jirones de mi vida y coserlos para crear algo nuevo que no reconocería hasta que lo hubiera hecho—. Y hay muchas probabilidades de que el novio aparezca esta vez. A fin de cuentas, me quiere por mis tierras.

—Por algo más que por tus tierras.

Negué con la cabeza.

—No por mucho más.

No conseguía descifrar a Noah. Un muro de piedra ocultaba sus pensamientos, y yo no había encontrado aún el puente levadizo. Por cada vez que me acariciaba el hombro o me miraba a la boca, se producía uno de sus silencios prolongados o se alejaba de mí refunfuñando. Si quería algo más que otro negocio para su imperio (y una novia falsa cada tanto), se las arreglaba muy bien para disimularlo.

—Ey, ¿quieres que te cuente un verdadero drama entonces? Porque se armó un escándalo en una cena poliamorosa a la que fui la otra noche en lugar de ir a terapia, lo que debería haber

hecho.

—Claro que sí, cuéntamelo, pero primero me tengo que mover. Se me duerme el culo cuando paso mucho tiempo sentada en el suelo.

—Ponte cómoda. Es una historia complicada. Y quizá tu nuevo marido te podría comprar algunos muebles para que no tengas que estar sentada en el suelo todo el rato.



Mi primera pista debería haber sido el traje.

Debería haber sabido lo que me iba a pasar en el momento en que Noah entró en el aula nueve, vestido como si hubiera nacido con el propósito singular y específico de llevar trajes a medida. Tenía una mano en el bolsillo y con la otra sostenía una carpeta. La corbata estaba un poco floja, un poco descentrada, como si se la hubiera tironeado en el camino.

No entendía por qué había apretado los muslos al verlo y no quise ponerme a investigarlo.

En ese momento, mientras me esperaba en la puerta, me di cuenta de que había habido una época en la vida de Noah en la que se vestía de traje, llevaba documentos y se tironeaba la corbata con fastidio todos los días.

Era un milagro que Nueva York siguiera en pie, porque yo estaba a punto de caerme de la silla.

Pero el mejor regalo era lo que no llevaba puesto. Sin gafas de sol ni gorra de béisbol que mantuvieran sus muros en alto, podía verlo. Aun así, no supe cómo interpretar la expresión de su rostro. El pliegue entre las cejas, los labios en línea recta, el brillo oscuro de los ojos. Era una expresión que podía significar cualquier cosa: desde exasperación hasta indiferencia o que estaba listo para la batalla.

El rotulador que tenía en la mano se me cayó al suelo.

El matrimonio era falso. La atracción por mi futuro marido… era totalmente real.

Me saludó con la mano y recorrió con la vista las mesas y sillas apiladas hasta el techo que ocupaban un rincón y las cajas amontonadas en otro. Era evidente que esperaba encontrar una situación menos desorganizada.

—Tengo tiempo —dije, más por mí que por él—. Parece peor de lo que es.

Atravesó la habitación hacia la mesa en forma de herradura que me había montado como mi rincón libre de caos.

—¿Por qué está todo así? —preguntó, señalando con la carpeta—. ¿Por qué nadie ha colocado los muebles?

—Todavía no lo he hecho.

—¿Por qué lo tienes que hacer tú?

Recogí el rotulador y lo tapé.

—Es lo que hacen los maestros, Noah. No tenemos unas hadas del primer día de clase que se encargan de que todo esté bonito y organizado. —Señalé una alfombra enrollada sobre el alféizar de la ventana—. Por eso ayer estaba tan agotada. Por lo general, le dedico tres semanas a preparar el aula, no tres días.

—Por eso y por las natillas.

Me dejé caer en una silla.

—Deja ya lo de las natillas.

Volvió a echar un vistazo, dando golpecitos con la palma de la mano en el borde de la carpeta.

Cuando dio por terminado el examen del aula, dijo:

—He traído el acuerdo prenupcial. Quiero que lo repasemos antes de concretar nada. —Señaló la puerta con la cabeza.

Saqué mi bolsa de la silla que estaba al otro lado de la mesa.

—De acuerdo.

Observó la silla. Era para un niño de segundo.

—¿En serio?

—Me siento en sillas para niños pequeños a diario. Sobrevivirás.

Paseó la vista por el aula una vez más antes de sentarse. Las rodillas le llegaban a la altura de la mesa. Pero ni eso consiguió aplacar el efecto que me causaba el traje.

Abrió la carpeta y dijo:

—Este es un acuerdo prenupcial estándar que estipula que ambas partes conservarán los activos y pasivos que aporten a la unión. Ya que he solicitado el uso de tus bienes…

¿Por qué sonaba tan obsceno?

—He agregado una cláusula que indica que te compensaré de forma equitativa…

Y eso también era obsceno, se mirara por donde se mirara.

—… aunque las partes pueden acordar una compensación no monetaria. En otras palabras, podríamos negociar un intercambio.

Y eso. Sin lugar a duda, también eso.

—Preparar tus campos, por ejemplo —continuó—. No es mi deseo ponerme a regatearte cada centímetro…

Joder. No eran imaginaciones mías, ¿no?

—… y todos los bienes o servicios estarán sujetos a tu pleno consentimiento, por supuesto.

Traté de encontrar mi botella de agua.

—Mmmm…

Pasó unas páginas.

—Cualquier producto de esta unión: bienes inmuebles, negocios, descendencia…

—¡¿Descendencia?!

Levantó las manos y las dejó caer sobre el regazo.

—Obviamente, es poco probable en nuestras circunstancias, pero es lo habitual en estos acuerdos.

Jugué con la botella. Qué mejor lugar donde fijar la mirada…

—Bien.

Pasó el dedo por el borde del papel y permaneció en silencio un momento.

—Deberías pedirle a tu propio abogado que lo revise antes de firmarlo.

—¿No es lo que estás haciendo?

—No, Shay, yo te estoy leyendo lo que dice el documento, pero no represento tus intereses. Deberías preguntarle a alguien.

—¿Como el tipo de Florida que me explicó el testamento descabellado de Lollie?

Noah puso los ojos en blanco.

—Ese sí que no representa tus intereses. No. Él no.

—No habría estado mal que lo mencionara —murmuré.

—Tu madre debe tener…

—Aunque tenga, no la voy a llamar —lo interrumpí—. No tengo abogado. Si tenemos que esperar hasta que consiga uno, esperamos. —Hice un gesto hacia la larga lista de tareas que tenía a la derecha—. Ya sabes dónde encontrarme.

Miró la lista y luego clavó la mirada en mí, de mis ojos a los pendientes de cangrejo. Una leve sonrisa se insinuó en sus labios.

—No puedo ser objetivo ni imparcial, y mentiría si te dijera lo contrario, aunque te aseguro que es un acuerdo justo. Todo lo que he añadido a la redacción estándar es para protegerte y beneficiarte a ti. Pero entendería que quisieras esperar.

Por primera vez noté los reflejos dorados que le salpicaban el pelo oscuro. Otro detalle oculto bajo los sombreros.

—¿Crees que debería esperar?

—No.

Hojeé las páginas, leyendo línea por línea. Comprendía una buena parte. Cuando llegué al final, le pregunté:

—¿Te firmo este? ¿O tu copia?

Sacó un bolígrafo del interior del traje y me lo pasó:

—La tuya. Tú primero. Yo me encargo del resto. —No podía ser que yo fuera la única que escuchara esto. Enseguida, agregó—: Bonitos pendientes.

—No te burles —respondí.

—Confía un poco en mí. —Se puso a juguetear con los puños—. No voy a insultar a mi mujer el día de nuestra boda.

Parecía imposible, pero era la primera vez que alguien se refería a mí como su mujer. Darme cuenta de ello me dejó perpleja. Mi ex nunca usaba esa palabra. Siempre decía novia o prometida. Debería haber advertido esa bandera roja hacía mucho mucho tiempo. Sin embargo, en ese momento detesté la cantidad de energía mental que había derrochado pensando en mi ex en lo que iba del día. Él no la necesitaba y no merecía que le dedicara nada.

Como no respondí, porque me había entretenido retrocediendo la grabación del partido del último año de mi vida, Noah añadió:

—De verdad que no te estoy tomando el pelo. Son bonitos. No son… —le echó una ojeada al mono— … lo que hubiera esperado. —Se aclaró la garganta—. Pero son tú.

Nos miramos un segundo. Yo aún con el bolígrafo en la mano, y él con esa corbata floja que me moría por ajustarle.

Después, la burbuja explotó.

Noah señaló el contrato.

—Si vas a firmarlo hoy, mejor que sea ahora. Tenemos que llegar antes de que cierren a la hora del almuerzo.

Destapé el bolígrafo.

—Bueno. —Era momento de darse prisa: había que casarse.



El viaje a Providence no duró mucho, una circunstancia que agradecí porque ninguno de los dos sabía qué decir, y supuse que no era la única que oía las mismas preguntas repetirse una y otra vez en su cabeza: «¿Qué cojones estoy haciendo? ¿Por qué cojones lo estoy haciendo? ¿Y si es la peor decisión de mi vida y arruino todo el asunto de Twin Tulip? ¿Y si no es la peor decisión? ¿Y si esto funciona?».

La esperanza era una cosa pegajosa. Además de escurridiza. Siempre aparecía en los momentos en que menos se la necesitaba.

Noah estacionó en un garaje subterráneo.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó sin mirarme.

«¿Qué cojones estoy haciendo? ¿Por qué cojones estoy haciéndolo?».

—¿Tú estás seguro?

Cerró el puño sobre las llaves del coche y asintió.

—Muy bien, vamos.

Salimos del aparcamiento y subimos a la calle. Me cegó el sol y hacía un calor intenso y agobiante que parecía atrapado entre los edificios sin lugar adonde ir. Agradecí haber elegido un mono corto que dejaba pasar el aire. De lo contrario, me habría achicharrado.

Noah me puso la mano en la espalda, alejándome del borde de la acera.

—Es aquí arriba —dijo, con voz tensa. Debía de estar sofocándose con ese traje.

Me condujo a lo largo de la calle, sin apartar la mano de mi espalda, hasta un viejo edificio con fachada de granito gris. Fue una bendición entrar en un lugar tan fresco y, además, silencioso. Como si fuéramos las únicas personas en el mundo a las que se les ocurriría casarse en un día como ese. Me señaló una puerta al final de un pasillo largo y mis sandalias chasquearon contra el suelo de piedra, rompiendo la quietud climatizada que reinaba.

Me abrió la puerta y dijo:

—Última oportunidad para cambiar de opinión.

—Lo dudo. Quedan al menos diez oportunidades más para salir volando de aquí como si se me estuvieran quemando los pantalones. Esta es solo la primera de las últimas oportunidades.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme? —Movió la mano hacia la zona del mono que quedaba al descubierto y deslizó los dedos por debajo de la tela—. ¿O es para que te agarre más fuerte?

Realmente debía dejar de hacer esa clase de comentarios. Yo no tenía madera para soportar algo así, y menos sabiendo que nuestro matrimonio era una farsa. Pero la atracción que sentía por él se estaba volviendo muy real, por más que nunca fuera a obrar en función de esa atracción. De ninguna manera podíamos complicarnos la vida de ese modo.

—Es para tranquilizarte —dije, pero no me alejé—. Te juro que no voy a salir corriendo. Primero, porque hace demasiado calor y no llegaría lejos con este calzado, pero, además, porque nunca le haría eso a nadie. No soy de las que se van sin dar explicaciones. Antes que hacer algo así, estaría dispuesta a tener la conversación más horrible e incómoda de mi vida.

—Es bueno saberlo. —Echó un vistazo al interior del despacho—. ¿Vamos?

El papeleo fue rápido. Noah insistió en pagar el trámite y luego esperamos, con la mirada fija entre una vieja pintura de Providence y algunos anuncios sobre los plazos de las próximas elecciones.

Como no se me ocurría de qué hablar, le pregunté:

—¿Es temporada de arándanos? ¿O ya ha pasado?

En el mismo momento, Noah me preguntó:

—¿Cuánto te llevará preparar la clase?

Soltamos unas risitas forzadas y nerviosas, y cada uno le hizo un gesto al otro para que hablara, lo que forzó otra risita.

—Tu clase —dijo, poniéndole fin al duelo.

—Voy a estar ocupada varios días —le conté—. Pero va a estar todo bien. La tendré lista a tiempo.

—Te ofrecería enviarte a Gennie para que te ayudara, pero no creo poder convencerla de que vaya a la escuela si no es por obligación, ni siquiera si eso implica pasar tiempo contigo.

—No la sometamos a eso. —Junté las manos frente al pecho—. ¿Y los arándanos?

—La temporada de arándanos ya terminó. Ahora tenemos melocotones, melones y las primeras manzanas. Y membrillo. La del membrillo es una producción importante.

—¿Cómo es el membrillo exactamente?

Se metió una mano en el bolsillo y sonrió con un dejo de timidez.

—Se parece a la pera. De piel verde, fruto amarillo dorado y tiene semillas dentro. Es ácido. Muy ácido. No se come crudo. Pero es excelente para jaleas y mermeladas. Es excepcional para equilibrar sabores dulces y aportar volumen.

—Membrillo —pronuncié despacio—. Se te hace la boca jalea.

Noah arrugó los ojos y soltó una risita.

—¿Sigues queriendo casarte conmigo ahora que me he revelado como un apasionado del membrillo?

—¿Sigues queriendo casarte conmigo ahora que he empezado con los juegos de palabras?

Noah empezó a responder, pero se abrió una puerta y nos llamaron por nuestros nombres.

—Otra última oportunidad —dijo, amagando una sonrisa.

No tenía ni una sola buena razón para hacer lo que nos disponíamos a hacer. Sí una infinidad de razones pobres, algunas francamente pésimas. Varias poco razonables también. Pero negué con la cabeza y le hice un gesto para que me siguiera.

La ceremonia fue rapidísima. Sin las campanas y los silbidos de una boda con todas las letras, no había mucho que hacer. Mostrar alguna identificación, responder unas preguntas, decir «sí, quiero» un par de veces, y listo. Eso fue todo.

Y pensar que había dedicado meses y meses a planificar una boda con todo lujo de detalles y que esta había transcurrido en menos que canta un gallo…

—¿Van a intercambiar anillos? —nos preguntó el funcionario.

—Eh… —Miré a Noah con una mueca. ¿Los matrimonios falsos requerían anillos?—. No. No lo sé. Creo que no.

—Tengo esto —dijo Noah, sacando un cordel color café del bolsillo del pantalón—. Es cordel —dijo como disculpándose. Me tomó la mano—. Lo atamos alrededor de los tarros de mermelada. Me sobraba un trozo y… —mantenía la mirada baja mientras lo enrollaba alrededor de mi cuarto dedo y hacía un lazo—. No tienes que quedártelo.

—No se me… —empecé a decir, negando con la cabeza como si eso explicara todas las razones por las que no había pensado en traer algo para él—. Lo siento.

—No hace falta —dijo, todavía ocupado con el cordel.

El funcionario nos miró varias veces antes de continuar:

—Por el poder que me confiere el estado de Rhode Island, me complace ser el primero en declararlos marido y mujer. Felicitaciones.

Noah apartó la mirada de mi mano y la llevó a mi cara, con una expresión tan fría y dura como la fachada del edificio. Habría dado lo que fuera por saber en qué estaba pensando.

En cambio, retiré mi mano de la suya y la levanté en la posición universal de chocar los cinco.

Como se hace al casarse de mentira.

Tras una pausa en la que se limitó a parpadear mirando mi mano, pegó su palma a la mía. Enlacé los dedos entre los suyos y agité nuestras manos como si acabáramos de ganar una partida de ping-pong en pareja.

Noah se rio por lo bajo.

—Vamos a comer algo, esposa mía.



—Esto está muy bueno —dije, apuntando con el tenedor hacia mi plato.

—¿Está bueno o es que tu marco de referencia se limita a las natillas y las palomitas de maíz?

Le di otro bocado a la ensalada de tomate y albahaca y medité la pregunta de Noah mientras masticaba.

—Está muy bueno. Y no como solamente natillas y palomitas.

—Ah, cierto. No olvidemos las galletitas de queso.

—Y el arroz —dije, entre bocado y bocado—. Como muchísimo arroz recalentado.

Noah miró por la ventana a la gente que pasaba por North Main Street mientras golpeteaba el mantel con los dedos.

—No me lo cuentes —murmuró.

Revolví la cesta del pan.

—¿Por qué no? Es la verdad. No veo ningún motivo para ocultártelo.

Se volvió hacia mí y cerró el puño. En ese momento me di cuenta de lo bien que le sentaba ese restaurante de categoría. Las camisas de cuadros y los vaqueros gastados podían resultar engañosos, pero ese chico sabía pedir una buena botella de vino y encajaba a la perfección entre los ejecutivos que almorzaban allí todos los días. El panorama que se me ofrecía desde ese lado de la mesa era inmejorable.

—Manhattan debió de adorarte —le dije.

Arqueó una ceja.

—¿En qué sentido?

Señalé su traje. Aún llevaba la corbata torcida.

—Ya sabes. De todas las formas en que Manhattan ama a los grandes abogados y los trajes de Tom Ford. —Al ver que entrecerraba los ojos, agregué—: En el mejor de los sentidos, Noah. Te lo juro, el mejor. Me imagino que te habrás divertido mucho allí.

Soltó una risita.

—No lo pasé mal.

—¿Me estás diciendo que te gustaba ir de fiesta?

Otra risita.

—No, para nada. Pero me fue bien en la ciudad. Hice mis prácticas con el socio más antiguo de la firma. Era de una familia de agricultores de Maine y odiaba Yale igual que yo y…

—¿Odiaste Yale? ¿Estás bromeando? Era lo único que querías.

Hizo una pausa, suspiró y eligió las palabras con cuidado.

—No odié Yale, pero —negó con la cabeza al tiempo que pasaba los dientes por el labio inferior —los sueños y las realidades no suelen coincidir. La cosa es que este socio me tomó bajo su ala y se propuso llevarme a todos los almuerzos, las cenas, los eventos en yates y en casas de playa de los Hamptons que, de alguna manera, se consideraban horas laborables. Fue toda una formación.

—¿Y trabajaste en esa firma después de terminar la carrera?

—Sí. —Apoyó la mano en el mantel y volvió a cerrar el puño—. Me fue bien trabajando con ese socio: una prima de contratación que hizo desaparecer muchos problemas, los mejores casos. No pasé ni un minuto haciendo las tareas típicas de los asociados júniores. Y siguió llevándome a todos los yates y las casas de la playa… No lo odié, no.

—¿Y la granja? ¿La odias?

—Tengo mis momentos. —Me miró mientras yo cortaba en cuatro una rodaja enorme de tomate—. Pero ahora todo es muy distinto de cómo era antes.

Antes de que su padre muriera. Antes de que su madre se mudara. Antes de que se hiciera cargo de Gennie.

Se aclaró la garganta y cambió de posición en la silla.

—Si te parece bien, voy a empezar a hacer algunas llamadas para conseguir financiación para el proyecto en Twin Tulip. Mientras tanto, puedes ir avanzando en tu idea. Cuanto más detallada, mejor. Puedo hacer que alguien prepare un plan de negocios.

—De acuerdo. —Me metí en la boca un bocado de tomate, *mozzarella* y albahaca—. ¿Hay algo más que necesites de mí ahora que… —sacudí los hombros provocándole una leve carcajada— … oficialmente hemos perdido el juicio?

Miró por encima del hombro y le pidió la cuenta al camarero.

—¿Qué más podría necesitar, Shay? —Me pasé el pulgar por el dorso de los dedos, recorriendo el cordel. «No lo ha dicho de la forma en que ha sonado. No lo ha dicho con un sentido en particular»—. No se me ocurre nada.



A la mañana siguiente, estaba otra vez en el aula nueve, con un vaso de café helado del tamaño de un cubo empapando la mesa en forma de herradura y un plan de ataque en la mano cuando llegaron. Eran cuatro, todos con esa inconfundible expresión de desinterés adolescente y camisetas gris azulado con la inscripción «Lácteos Little Star» del lado izquierdo.

—El señor Barden nos ha mandado a mover unos muebles —dijo una de las chicas. Su rostro me resultaba familiar, pero no logré ubicarla.

—¿Dónde quiere que pongamos estas cosas? —preguntó el chico más alto desde el fondo de la clase—. ¿Tiene un plano de los asientos o algo así? Así podríamos organizar los pupitres.

—Yo me encargo de las estanterías —dijo la otra chica, levantando una mano—. Puedo sentarme y poner los libros en las estanterías, ¿no? ¿No hay que llevar nada?

—¿Os ha mandado Noah? —dije—. ¿Él os ha hecho venir?

—Sí —dijo el chico alto—. No podemos irnos hasta que quede todo listo, así que… —Señaló la habitación—. ¿Qué necesita que hagamos?

—Sois unos encantos, pero lo tengo todo bajo control, de verdad. De todas formas, gracias por venir —dije una vez que se me pasó un poco el impacto de que me regalaran cuatro adolescentes.

La chica que no podía ubicar negó con la cabeza.

—El señor Barden ha dicho que iba a responder eso, y que le dijéramos que no es negociable. —Hizo un gesto hacia sí misma—. Como dijo Brady, no podemos irnos hasta que esté todo listo. Me llamo Lillian, él es Schultzy y ella es Camille. —Se metió las manos en los pantalones cortos —. ¿Por dónde empezamos?

El alto, Brady, se puso los auriculares. El más callado, Schultzy, echó una ojeada a la clase. Camille agregó:

—Si hacemos esto, el señor Barden nos permitirá tener el viernes por la noche libre, y no he tenido un viernes libre en todo el verano. —Miró su teléfono—. Realmente no quiero trabajar este viernes.

Me pasé el pulgar por la palma de la mano, buscando el dedo donde Noah me había atado un

trozo de cordel hacía menos de veinticuatro horas. El anillo estaba en el alféizar de la ventana de mi habitación en Thomas House. No me había parecido bien dejármelo puesto porque iba a estar ordenando escritorios y moviendo estanterías. Se me hubiese enganchado en algún lado y no quería.

Además, no era conveniente usar alianza porque no tenía necesidad de comunicar que estaba casada. Esa era la razón más importante. No querer estropear el anillo era secundario. Estaba claro.

Lillian señaló la alfombra enrollada.

—Habría que poner primero la alfombra. ¿Dónde va?

—Delante de la pizarra —dije. No podía robarles a esos chicos un viernes libre, aunque no supiera qué pensar de que Noah me los hubiera enviado.

Era el regalo de boda más extraño que alguien pudiera recibir. Y me pareció tan tierno que no me pude borrar la sonrisa de la cara en todo el día.



Capítulo trece

NOAH

El alumnado será capaz de negociar en circunstancias muy alejadas de lo ideal.

Un portazo.

—¡Quiero ponerme pantalones cortos!

—Ponte pantalones cortos, entonces —grité, desde el pie de la escalera.

Se oyó el ruido de cajones que se abrían y cerraban.

—¡No hay ninguno!

Dejé caer la cabeza contra la pared. La mañana no podía haber empezado peor. Una cabra suelta, otro problema de refrigeración en la panadería, un imprevisto de último momento con el personal de una de las ferias y, ahora, mi sobrina dando vueltas en bragas y con un parche en el ojo.

—Sí, hay. Están en tu cajón. El último de todo.

Plum, plum, plum.

—¡No los encuentro!

—Fíjate en el último cajón —le dije—. Vamos. Se nos hace tarde. Tenemos que irnos.

—¡No quiero ir! —chilló—. ¡Odio las ferias!

—Estoy seguro de que va a estar el puesto de granizados. —No estaba en contra del soborno. No estaba en contra del granizado en el desayuno. Para nada—. Y el señor OJ suele estar en esta feria. Me imagino que va a tener un montón de cuchillos para afilar hoy, pero no vas a poder ver ninguno a no ser que te pongas algo y bajes.

Se hizo un momento de silencio. Me esperaba que tirara algún mueble o empujara la caja de sus juguetes por las escaleras, pero abrió la puerta y salió al rellano con unos pantalones cortos y una camiseta que no hacían juego, pero me dio igual.

—Solo si Shay me hace una trenza bonita en el pelo.

—¿Shay? No sé si está despierta, Gen. Es temprano. —Y yo no sabía si la mujer que era mi esposa desde hacía cuatro días tenía ganas de que llamara a su puerta un sábado a las siete de la mañana. En realidad, ni siquiera conocía su rutina del fin de semana. Tal vez ya se había levantado y había salido. O a lo mejor seguía durmiendo, sola en una cama grande con un

camisón enrollado hasta la cintura y las sábanas enredadas entre las piernas y… ¡Diablos, no! No podía ir a ese lugar ahora. Tenía que estar en otros, y resolver problemas, como siempre—. Puedo intentarlo yo. Creo que ya le he pillado el truco desde la última vez que te la hizo Shay.

Gennie se cruzó de brazos.

—Tus trenzas no son bonitas. Te quedan flojas y feas.

—Entonces una coleta —sugerí—. Eso sí me sale.

—No, una trenza. Bonita.

—De verdad que no tenemos tiempo para esto, Gen. —Me fulminó con la mirada. Tenía los ojos oscurecidos y el pelo enmarañado. Me iba a llevar veinte minutos ocuparme de eso. Sabía que estaba mal ceder a las exigencias de ese monstruo en miniatura, pero no sabía qué otra cosa hacer. Tenía que cubrir la feria y no tenía tiempo para andar con tonterías. Saqué el teléfono y le mandé un mensaje rápido a Shay diciéndole que nos esperara en cinco minutos—. Vale. Vamos a casa de Shay. Si no nos abre la puerta, nos vamos. No podemos despertarla. ¿De acuerdo?

Gennie asintió.

—Me parece bien.

Le hice un gesto para que bajara.

—Vamos, entonces. Te pones los calcetines y los zapatos en la camioneta. Andando.

Shay no me respondió durante el corto trayecto hasta Twin Tulip. Así que me quedé de pie en el porche, mirando entre mi teléfono y las ventanas que enmarcaban las dos puertas delanteras. No sabía si quería ver el brillo rubio fresa de su pelo a través de la ventana. Es decir, quería verla. Siempre quería verla. Pero no sabía qué hacer con los brazos ni cómo articular palabra alguna cuando estaba con ella, y no podía reprimir el susurro en la cabeza que no dejaba de decirme: «Es tu mujer».

Cuando había llegado a casa el miércoles para trabajar con Gennie, yo estaba hablando por teléfono con un proveedor de maquinaria y solo había podido saludarla con la mano cuando se había marchado al atardecer. Ni siquiera había tenido ocasión de convencerla para que se quedara a cenar. Y el día anterior me había pasado casi toda la tarde con Wheatie planeando mejoras para la cría de cabras, algo que necesitábamos con urgencia, como lo demostraba la cabra fugitiva de esa misma mañana, y había perdido la noción del tiempo. Shay ya había recogido sus cosas y se estaba yendo a mi llegada. Tenía que hablar con Emme sobre la planificación de las clases de segundo curso o algo por el estilo y no podía quedarse.

Así que estábamos casados, pero nos veíamos poco y apenas hablábamos. Los dos queríamos que fuera así, y tenía que ser así, pero no por ello me sentía menos desorientado. Tenía la impresión de que todo debía ser diferente —de que yo debía ser diferente—, pero seguir con mi vida como si nada, ocupándome de cabras perdidas y sobrinas descarriadas, era como andar todo el día con una piedra en el zapato.

—No hay que llamar —dijo Gennie—. Tenemos que entrar.

La miré rápido.

—No creo que esas indicaciones valgan para las mañanas de los fines de semana.

Me miró con una combinación de ojos en blanco y hombros encogidos en un idioma preadolescente que aún no estaba preparado para oír de parte de ella.

—Me dijo que podía venir cuando quisiera. Que siempre era bienvenida y que no hacía falta llamar a la puerta ni tocar el timbre.

Hice un gesto hacia la puerta.

—Adelante. Entra entonces.

Suponía que la puerta estaría cerrada, porque era demasiado temprano para que alguien que

no fuera un granjero o un lunático estuviera levantado, pero Gennie giró el pomo y entró.

—Vamos —dijo, haciéndome señas para que entrara—. ¿No era que tenemos prisa porque llegamos jodidamente tarde?

—Ay, Dios —murmuré. Seguí a mi sobrina y cerré la pesada puerta de roble. Nos quedamos en la entrada, echando un vistazo a los salones que teníamos delante. Estaban vacíos, salvo por algunas alfombras viejas y uno o dos muebles antiguos. La bolsa de libros de Shay estaba al pie de la escalera, y había un par de sandalias en el siguiente escalón.

—¡Shay! ¿Puedes arreglarme el pelo? —gritó Gennie.

No hubo respuesta.

—¿Hola? —llamé, acercándome a la escalera.

—Quizá ha salido.

—El coche está fuera —respondí.

—Tal vez ha ido a caminar. Sale a pasear y escucha audiolibros.

Miré a Gennie. ¿Cómo era posible que esa niña lo supiera todo sobre mi mujer y lo único que yo sabía era que le encantaba el pan y los pendientes estrafalarios?

—Entonces, deberíamos… —Se oyó un golpe en la parte trasera de la casa y luego un chillido. ¿Qué demonios había sido eso? Extendí un brazo y le dije—: Quédate aquí. No te muevas. Ni un parpadeo. ¿Está claro?

—Sí, mi capitán.

Corrí por el pasillo, abriendo puertas y echando un vistazo mientras avanzaba. Hacía años que no entraba en Thomas House, y en todo ese tiempo había olvidado el caos divertido por duplicado de ese lugar. Puertas por todas partes. Infinidad de pasillos estrechos. Era ridículo.

Oí otro pequeño estruendo y se me encogió el corazón. Lo único que podía pensar era que tenía que encontrarla, encontrarla enseguida. Abrí de un golpe la puerta más cercana, preparado para encontrar a Shay atrapada bajo un techo derrumbado o una montaña de cajas caídas.

No fue así como la encontré.

Estaba inclinada sobre el borde de una vieja bañera de hierro, con un cepillo en la mano, el culo levantado y completamente desnuda.

Shay.

Desnuda.

Delante de mí.

Y no era el vestigio de un sueño. Era completamente real. Era mi realidad, en ese mismo momento. Sabía que era real porque el baño estaba lleno de vapor de una ducha reciente, y se mezclaba con el olor intenso de los productos de limpieza. Mis sueños nunca tenían aroma a limón.

Shay tenía el pelo envuelto en una toalla, y su culo perfecto en forma de corazón me apuntaba mientras ella fregaba la bañera como si estuviera intentando encubrir un crimen.

«¿Qué demonios pasa aquí?».

Debí de decir esas palabras en voz alta porque Shay miró por encima del hombro y dio un grito. Se apresuró a envolverse con la cortina de la ducha, y yo me quedé ahí, paralizado, sin saber qué hacer ante toda esa piel tan suave y maravillosa que sería imposible olvidar… y miré al techo.

—Lo siento —dije—. Tocamos la puerta. Entramos y te llamamos. En ese momento, algo se cayó, sonó grave y…

—No os he oído —dijo, todavía sin aliento—. Tenía los auriculares puestos.

—Lo siento mucho. Yo no… No he visto nada.

Soltó una risita vacilante.

—Eso lo dudo, Noah.

No supe qué responder. La verdad era que el recuerdo de su culo redondo iba a obsesionar a mi descendencia durante los siguientes mil años, y no tenía el menor deseo de disculparme por ello. Me iba a obsesionar de todos modos. Y lo peor era que tenía que pasarme la mañana vendiendo mermelada y no tendría ni un minuto para dedicarme a cerrar el puño sobre mi miembro y deleitarme con ese recuerdo. En el mejor de los casos, iba a tener que andar con esa imagen como dieciocho horas antes de lograr un momento de intimidad y hacer un buen uso de ese recuerdo, lo cual era una tortura terriblemente terrible.

Me tragué el torrente de palabras que se me agolpaban en la mente. No era el lugar adecuado.

—Gennie quería una trenza bonita —logré decir—. Obviamente, no es un buen momento, así que…

—Dame cinco minutos. ¿Vale?

—No hace falta.

—Está bien, en serio. —Otra risa temblorosa—. No me importa. Dame cinco minutos nada más. Nos vemos fuera.

Era una indicación de que me fuera. Lo sabía, pero no me moví. Aunque tenía la vista clavada en el techo, su silueta seguía en mi visión periférica. La cortina de la ducha la ocultaba, pero ahora había visto su piel desnuda y no podía dejar de pensar en ello. Es más, quería quedarme allí y montar guardia.

—He oído un ruido —dije— y me ha parecido que te habías hecho daño.

—He tirado todas las botellas. Champú, acondicionador, mascarilla para el pelo, jabón corporal, jabón facial. Todo. Pero estoy bien. Me he asustado. Nada más. No te preocupes.

Asentí sin dejar de mirar al techo.

—Está bien. —No podía dejar de mover la cabeza—. Te esperamos fuera.

Salí al pasillo y cerré la puerta. Respiré tan profundo que me dolieron las costillas. Exhalé con tanta fuerza que vi las estrellas. Nada alivió el ardor que latía dentro de mí. Dentro de mis vaqueros.

Volví a la entrada y encontré a Gennie exactamente donde la había dejado.

—Vamos fuera —dije, señalando la puerta—. Vamos a esperar a Shay fuera.

Nos sentamos en los escalones del porche. Gennie se entretuvo rasgando el dobladillo de su camiseta, y yo solo podía mirarme las manos. Shay salió unos minutos después, con el pelo recogido en un moño mojado y un vestido de flores que le llegaba a los tobillos. No lo podía asegurar, pero supuse que el vestido largo tenía algo que ver con que yo acabara de entrar en el baño y la sorprendiera desnuda.

También me dio la impresión de que era un vestido que podía terminar en el suelo en tres segundos, pero probablemente esa no era su intención.

—Hola —le dijo a Gennie. Mantuvo los ojos a kilómetros de mí—. ¿Qué te hacemos hoy en el pelo?

—Noah me obliga a ir con él a la feria y necesito una trenza bonita para poder ir —le respondió.

Shay se sentó al lado de Gennie.

—Creo que puedo hacer una trenza bonita. ¿Por qué no te sientas en el escalón de abajo para que te la haga?

Gennie se ubicó en el escalón antes de preguntar:

—¿Vas a ir la feria?

Shay se limitó a desenredar los nudos del pelo de Gennie durante un buen rato. Luego, dijo:

—No lo sé. Tengo algunas cosas que hacer esta mañana, así que tal vez no llegue a tiempo.

—No es en el mismo lugar que la otra feria —le explicó Gennie—. Esta es en una granja viejísima. Voy a desayunar granizado. Pero no el de sandía. Eso no es un desayuno.

—Mount Hope —murmuré—. Es la granja de la que habla.

Shay asintió mientras empezaba a hacer la trenza.

—Me parece fascinante.

—No es fascinante —repuso Gennie—. Las ferias son más aburridas que la mierda.

—Gennie —le advertí.

—Pero si vienes a esta no va a ser aburrido —continuó—. Y puedo mostrarte las ovejas que tienen en la granja, y también hay un estanque con patos. Y una tienda donde venden panes retorcidos de muchas formas. Noah todavía no sabe hacer esos panes.

—*Babka* —dije.

—Y Lunita se ha escapado del establo esta mañana —agregó Gennie.

—Esas cabras —dijo Shay—. Siempre metiéndose en líos. —Se quitó una goma de pelo de la muñeca y la sujetó alrededor del extremo de la trenza—. Ya estás: guapísima y con trenza, cariño. ¿Qué te parece?

Gennie se pasó la mano por la trenza y se le iluminó la cara.

—Me encanta —dijo, abalanzándose sobre Shay—. ¿Puedo ir a ver las hadas? No tardo.

—Ve. —Ya se nos había hecho tarde. Cinco minutos más daban igual. Una vez que Gennie se alejó, junté las manos entre las rodillas y dije—: Lo siento mucho.

—Tal vez sea yo la que deba disculparse —respondió, todavía evitando mirarme—. Yo os dije que pasarais sin llamar.

—Dudo que esto fuera lo que tenías en mente.

—Es verdad —dijo riendo—. Ciertamente no.

—¿Puedo preguntarte —empecé a decir, con el mayor cuidado posible— por qué estabas limpiando la bañera…?

—¿Sin ropa? ¿Desnuda? ¿En pelotas? ¿Cuál prefieres?

Apoyé la cabeza en las manos porque lo único que podía ver era su cuerpo desnudo y estaba intentando hacer lo que correspondía. Intentaba ser respetuoso. Decir la palabra «desnuda» no ayudaba.

—Sinceramente, Shay, no tengo idea.

—Fue sin más. —De reojo, la vi abrir los brazos como siempre hacía cuando contaba una anécdota—. Nunca me acuerdo de limpiar el baño hasta que estoy en el baño. Entonces, me digo que no puede pasar un minuto más sin que me ocupe de esas manchas en la bañera, porque las estoy viendo, pero en cuanto salgo del baño, se me borran de la cabeza. Hoy he terminado de ducharme y enseguida me he puesto a hacerlo. No hay mejor momento que el presente, ¿no? Y así es como he terminado de rodillas, desnuda, fregando la bañera. —Como no abrí la boca, agregó—: Seguro que todo el mundo hace lo mismo. Al menos la gente que vive sola.

—Eh… No sé si exactamente así.

—Puede ser —concedió—. ¿Te he traumatizado? —Me miró—. ¡Te he traumatizado! Ay, Dios mío. Lo siento. Me has visto el culo y ahora estás traumatizado. —Estalló en una carcajada y el estremecimiento le hizo apoyarse contra mí—. Vas a necesitar borrar de tu memoria esa imagen tan nítida de mi culo, ¿cierto?

—Soy tu marido; no se me permite traumatizarme —dije—. Lo dice la ley.

—Lo dice la ley —repitió, retorciéndose de risa—. Menos mal que estamos casados. Si no,

necesitarías años de terapia. Quizá alguna breve hospitalización. —Le pasé un brazo por el hombro y la sostuve mientras trataba de recuperar el aire. Le corrían lágrimas por las mejillas, y me costó horrores no quitárselas de un beso—. No puedo creer lo que ha pasado. Me has visto todo el culo, Noah. Y Dios sabrá qué más.

La estrujé.

—Ya te lo he dicho, no he visto nada.

—¿Está permitido mentirle a tu esposa?

—No estoy obligado a responder a eso. —Le llevé un mechón suelto detrás de la oreja. Y, como buen masoquista que era, le dije—: Ven con nosotros a la feria. Y nos olvidamos de todo esto.

Se pasó los dedos por los párpados y las mejillas.

—Me parece una pésima idea. Vas a estar todo el día evitando mirarme y actuando como si quisieras tirarte a un volcán en erupción. Y todo eso mientras intentas bloquear los recuerdos de mi ritual de limpieza desnuda en la bañera.

No supe de dónde salió, pero la carcajada que solté sonó como un aullido que desencadenó en Shay otra serie de carcajadas y sollozos. La estreché contra mi pecho y sus lágrimas me empaparon la camisa.

Así fue como nos encontró Gennie, lo que la llevó a anunciar:

—Los adultos son muy raros.



Capítulo catorce

SHAY

El alumnado será capaz de vender mermelada con celos.

Estuve sentada en el coche durante veinticinco minutos, debatiéndome entre seguir muriéndome de vergüenza y rezar para que las compañeras de apartamento de Jaime no se opusieran a que me mudara de nuevo a su casa. Era la única solución inteligente. Tenía que volverme a Boston. No te podían sorprender culo para arriba envuelta en una nube de productos de limpieza y que no fueras a esconderte de inmediato.

Volvería a empezar —una vez más—, y ahora desde la seguridad del cálido apartamento de Jaime. Me ocuparía de lavar la ropa de todas y de mantener llena la despensa. Separaría el correo y vería los nuevos *realities* para seleccionarles qué episodios valían la pena y cuáles era mejor pasar rápido.

Podría hacer eso. Irme. A nadie le iba a importar. Noah se iba a dar cuenta, pero después de verme en la posición menos favorecedora del planeta, era probable que agradeciera mi desaparición. Gennie también lo notaría, y en la escuela también, pero me reemplazarían en una o dos horas. Algún día entenderían que no había tenido elección.

Pero, en lugar de estar llorando sobre la almohada o preparando mis cosas para irme, estaba aparcada frente a la feria de Mount Hope. Todavía no había conseguido convencerme de entrar… o de irme de ese maldito lugar.

Después de perder cinco minutos más, mi necesidad de café se impuso a mi deseo de huir.

Me había quedado sin natillas —y sin galletas de queso— y, aunque tenía una docena de huevos de las gallinas de Noah y Gennie, no me gustaban tanto los huevos como para preparármelos para el desayuno. Me traían a la memoria todos los huevos pasados por agua y la pechuga de pavo desabrida que había comido durante tanto tiempo para que me entrara el vestido de novia. Y todo para volverme cada vez más diminuta, hasta el punto en que ya no pude encontrar siquiera un jirón verdadero de mí misma; lo había perdido tratando de ser perfecta.

Aún podía sentir el vacío amargo que me dejaba obligarme a comer cosas que detestaba porque me había convencido de que el esfuerzo valía la pena. Que podía sobrellevarlo. Que me lo merecía.

En fin, mi única esperanza esa mañana era una taza de café, y veía las tiendas y pancartas de varios vendedores entre los que elegir en la feria, así que no podía irme. Bueno, poder podía, pero lo único que iba a conseguir sería un enfado voraz, y ya se había acabado lo de andar malhumorada por el hambre.

Lo primero que noté al cruzar el campo hacia la feria fue la larga cola en el puesto de Little Star. Había al menos veinte personas esperando frente a la tienda gris azulada, una cifra considerable para ese tipo de eventos. Naturalmente, mi conocimiento se basaba en la única feria a la que había asistido, pero, ese día, con las chicas, había prestado atención. Era observadora.

Compré un café y una galleta, y me dirigí al puesto de Little Star. Me acerqué por un lateral, haciéndome la distraída con el café para no mirar a nadie.

Pero vi a Noah enseguida. Iba y venía sin parar vaciando cajas de mermelada, sacando pan de las cestas ubicadas detrás de la mesa, buscando queso en la nevera, ingresando las ventas en la caja. La visera le ocultaba los ojos, pero tenía una mueca crispada en los labios. Gennie llevaba el parche en la frente como si ocultara un tercer ojo. Estaba enfrascada organizando los tarros que Noah había dejado sobre la mesa.

Normalmente tenían a alguien que los ayudaba. Y, sin duda, necesitaban ayuda en ese momento. Sin pensarlo demasiado, me apresuré hacia la mesa y le hice señas con la mano a Noah. No me vio. Estaba ocupado con la *tablet*, que al parecer no estaba haciendo lo que él quería, y con un cliente que no parecía muy contento con que no hubiera mermelada de frambuesa sin semillas.

Me puse detrás de la mesa y le dije:

—Dime qué hago.

Me observó mientras yo dejaba el café y la galleta, me limpiaba las manos en la falda del vestido y echaba un vistazo rápido a la mesa. Por un segundo, me dio la impresión de que iba a protestar, a mandarme a pasear por la feria mientras él sudaba la gota gorda. Pero no tardó en darse cuenta de que era absurdo y dijo:

—Haremos dos colas. Gennie se encarga de la caja. Todo está etiquetado. No es difícil. Lo que pasa es que… —Echó un vistazo a la fila—. No suele haber tanta gente.

Gennie corrió hacia mí, con una caja de leche vacía en la mano. Se colocó detrás de la segunda *tablet* y dijo:

—Te enseño, marinera.

Y así nos sumergimos en el salvaje mundo de atender el puesto más concurrido de la feria.

No tardamos mucho en tener la cola bajo control, pero no paraba de venir gente. Y seguían pidiendo mermelada de fresa o de frambuesa sin semillas. De hecho, parecían tomarse como una ofensa personal que ambas se nos hubieran agotado en la primera hora de feria.

—¿Siempre es así? —le pregunté a Noah entre cliente y cliente.

Con la mirada fija en su *tablet*, respondió:

—Siempre se llena. Por lo general, tenemos a cuatro personas trabajando en la mesa, pero esta mañana han surgido algunos problemas. —Levantó la vista y señaló los tarros de mermelada que había delante de mí—. ¿Dónde han ido a parar las de moras con tomillo?

Le hice un gesto a Gennie.

—Se han vendido.

—¿Segura?

—Sí, segura —respondí riendo.

—No se vende mucho la de mora con tomillo. —Entrecerró los ojos y me observó con atención—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cuál es tu secreto?

Me crucé de brazos.

—Ningún secreto. Solo le digo a todo el mundo que es mi favorita. Es más fácil que lidiar con el furor por la frambuesa. Hablando de eso, ¿por qué no tenéis más de frambuesa si es la favorita de todo el mundo?

—Porque no tenemos tantas frambuesas, Shay. —Arqueando una ceja, me preguntó—: ¿Has probado la de mora con tomillo?

—No, pero no tienen por qué enterarse. —Me encogí de hombros y agregué—: Seguro que tú también puedes hacer lo mismo si te animas.

Se apoyó contra la mesa.

—¿En qué estás pensando?

Hice una seña con la cabeza en dirección a los tarros de mora y tomillo.

—Elige tu favorita de las perdedoras. Yo me quedo con la mía. A ver quién vende más.

—¿Qué se lleva el que gana? —Miró la oleada de clientes que se acercaban al puesto.

—¿Además del orgullo? ¿Además del derecho a presumir? —Me llevé un dedo a la boca—. El ganador decide.

—Eso es peligroso. —Examinó las cajas apiladas detrás de la mesa—. Elijo… Mmm. ¿Qué tal la de fresa y nectarina?

—¿Ese es tu as bajo la manga?

—Sí. Las nectarinas parecen, no sé, exóticas. No son tan conocidas como las ciruelas o tan populares como los melocotones. Tenemos muchos fanáticos de la fresa que ni siquiera consideran probar una opción combinada. Pero la hago porque la nectarina le aporta una textura increíble a la fresa. Todavía estoy esperando a que la gente se dé cuenta.

—De acuerdo. —Asentí con confianza—. Manos a la obra.

Al principio, nos comportamos como personas maduras con respecto a la competición. Pasábamos los pedidos de fresa y frambuesa con eficiencia y hablábamos de nuestras mermeladas como si fueran nuestros primogénitos. Pero era un juego limpio. Honesto. Como se suponía que debía ser una competición de venta de mermeladas entre dos personas que se hacían pasar por marido y mujer.

Pero, en un momento, me puse a observar a la gente que hacía cola del lado de Noah. La clientela era mayoritariamente femenina. De mi lado, había parejas, familias y personas que no necesitaban unos brazos musculosos para acompañar su mermelada. Y pocos se entretenían coqueteando conmigo.

Pocos, que no es lo mismo que ninguno.

Del otro lado, el coqueteo iba en alza. Cada vez que Noah mencionaba que se seleccionaban a mano las nectarinas de cada tanda o que las fresas eran sus bebés de cada primavera, y que las cultivaba en su invernadero, sus clientas se le acercaban, le tocaban el brazo o la muñeca y soltaban carcajadas que decían «tengo las bragas en el bolsillo y estaría más que encantada de tumbarme en esta mesa ahora mismo».

Algo punzante me quemó el pecho cuando una mujer se inclinó tanto para examinar los tarros que no me hizo falta adivinar que no llevaba sostén.

—Esa es otra de mis favoritas —dije, acercándome a Noah. Apoyé la cabeza en su brazo y le pasé una mano por la espalda. Se le encendieron las orejas—. Queda estupenda con un trozo de queso de cabra. ¿Lo ha probado alguna vez? ¿Queso, un toque de mermelada y una rebanada de pan crujiente? Es como estar en la Provenza.

Teta al Aire nos miró y detuvo los ojos en el lugar del brazo de Noah que yo usaba como almohada. Se enderezó y dijo:

—Mmm, no, no lo he probado. Suena… delicioso.

—Le traigo.

Cuando me giré hacia el frigorífico, Noah deslizó los dedos por mi brazo.

—Gracias —dijo en voz baja.

Una vez que Teta al Aire se marchó, me concentré más en vigilar a la clientela de Noah. La mayoría le hacían ojitos y alababan sus recomendaciones. Desde luego, no tenía nada que objetar. Era un granjero muy apuesto y merecedor de toda esa atención, aunque no parecía saber cómo manejarla, ni aunque estuviera liquidando sus existencias de mermelada de fresa y nectarina.

Era muy mono. Mi marido era una monada.

—¿Las haces tú, las mermeladas? —me preguntó mi siguiente cliente.

Le sonreí mientras le mostraba a Gennie las etiquetas de los tarros que había elegido.

—Yo no hago la mermelada, pero me ocupo del control de calidad. Ningún lote se deja sin probar.

¿Qué podía importar una mentirita aquí y allá cuando se trataba de vender mermelada? Menos que nada.

—Una tarea importante. —El cliente me lanzó una sonrisa seductora. Era un poco mayor que yo, de unos cuarenta años a juzgar por las líneas alrededor de los ojos. Tenía el pelo rubio y ondulado, y llevaba una camisa Oxford azul afuera de los pantalones cortos y zapatos náuticos —. A mi madre le encantan sus productos. Cada vez que voy a visitarla a Nuevo Hampshire, tengo que llevarle todo lo que pueda cargar porque, si no, no me da ni la hora.

—Su madre es una mujer con suerte —le dije, embolsando los nueve tarros (incluido uno de mora y tomillo) que había elegido—. Es un lujo que te lleven mermelada a tu casa.

—Se va a poner como loca cuando le diga que he conocido a la bella mujer que garantiza personalmente la calidad de cada lote.

Me reí.

—Dígale que Shay es la que prueba todas las… ¡Ah!

Noah me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él.

—Puede decirle a su madre que también ha conocido al que crea las recetas. Soy Noah, mucho gusto.

—Ah, vaya. Qué estupendo —respondió el cliente, con los ojos desencajados al comprobar que la bella mujer de la mermelada le pertenecía al hombre gruñón de la mermelada.

—Son uno, tres, cinco, punto, cero, cero —anunció Gennie.

—Sí. Gracias. Toma —dijo el tipo mientras sacaba su cartera.

Gennie introdujo la tarjeta en el lector y nos volvió a mirar.

—A mi madre le va a encantar saber que he conocido a la pareja que está detrás de Granjas Little Star. —Cuando Gennie le devolvió la tarjeta y movió la pantalla hacia él, agregó—: A toda la familia, en realidad.

—Dele nuestros saludos —dijo Noah. Aunque sonó como «Vete a cagar».

Noah mantuvo el brazo alrededor de mi cintura, con los dedos extendidos sobre la zona más abultada de mi barriga, mientras el cliente se alejaba. Señalé los tarros con la tela de cuadros morados sobre la tapa, atados con un cordel.

—Me quedan cuatro.

—Me ganas por tres —dijo—, pero falta una hora para cerrar. Cualquiera puede ganar.

—¿Ya has decidido qué quieres si ganas? —Me zafé de su agarre y le lancé una sonrisa pícara —. Yo ya lo sé.

Recorrió con la mirada mi vestido largo y amplio. Era como una sábana con tirantes, sin forma y más cómodo que favorecedor. Resistí el impulso de moverme o llevarme las manos a la cintura para crear la ilusión de una figura de reloj de arena oculta bajo la tela.

—Tengo algunas ideas. ¿Qué tienes tú en mente?

—Bueno, como ya me has mandado un cuarteto de heladeros para ayudarme a organizar la clase, ahora me vendría bien un poco de ayuda para cuidar la plantación de tulipanes de Lollie. No sé por dónde empezar. —Cedí a la tentación de juguetear con el vestido—. Por cierto, gracias por enviarme ayudantes.

—Se ocuparon de todo, ¿no? Les dije que no se fueran hasta que estuviera todo listo.

Lo miré de reojo.

—¿Eso es legal?

—Sí, algo así —respondió.

—Hicieron un gran trabajo. Gracias. De verdad. Me ayudaron mucho. Supongo que libraron el viernes por la noche.

Se frotó la nuca. Era algo que hacía todo el tiempo, y no podía darme cuenta si era un hábito nervioso o si realmente necesitaba un buen masaje. Por supuesto que no estaba pensando en hacerle un masaje. Era solo una observación.

—Tuvieron libre el viernes, sí. —Me miró de soslayo—. Me dijeron que les compraste *pizza*.

—¡Claro que les compré *pizza*! Me ordenaron todos los muebles del aula. Las chicas organizaron las estanterías y montaron los tablones de anuncios. Estuvieron tres horas enteras. Y están en edad de crecimiento.

Noah se rio.

—Me alegro de que hicieran las cosas bien, pero no te dejes engañar por Schultzy. No está en edad de crecimiento. Es un pozo sin fondo.

—Las chicas se comieron una *pizza* entera entre las dos.

—Dos pozos sin fondo también. Camille pasa la cuchara por el fondo de los recipientes vacíos de helado y raspa los restos que quedan al final de la noche. No tira ni uno de esos barriles de cuatro litros hasta que está limpio.

Sonreímos, y luego le dije:

—Te lo agradezco, Noah. Ha sido de gran ayuda.

—No fue ninguna molestia. —Me pareció que iba a agregar algo, pero de pronto soltó una maldición y puso los ojos en blanco—. Puedes interrumpir la conversación que está a punto de empezar con eso del queso de cabra y la Provenza —murmuró.

Le seguí la mirada hasta un hombre con unos pantalones cortos a cuadros escandalosamente llamativos y un polo de un amarillo tan intenso que bien podría haber sido el sol. El hombre se dirigía hacia nosotros.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Cámara de comercio regional —dijo Noah en voz baja—. Vive en Friendship también. Siempre tiene alguna iniciativa nueva o un evento que necesita patrocinadores. Nunca tiene el personal o la financiación suficientes. No es de los que saben aceptar un no como respuesta. —Le echó un vistazo a mi café helado. Había una gotita de agua del hielo derretido encima de la infusión fría—. Dime que hoy has comido algo más que unas natillas.

—No es asunto tuyo. —Le hice un gesto para que volviera a su lado de la mesa al ver que otro cliente se acercaba.

Intenté escuchar la conversación de Noah con el del polo mientras atendía a otra pequeña oleada de clientes. Casi se me habían acabado las mermeladas de mora y tomillo. Mi victoria era

inminente.

—Estoy pensando en una feria de verano en la calle —dijo el del polo—. A comienzos de estación. En junio, quizás. Pero necesito la participación de grandes nombres para ponerla en marcha.

—Estupendo —dijo Noah, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula rígida—. Ponte en contacto con mi equipo de *marketing* para…

—No puedes endilgarme a la chiquilla que te lleva las cuentas en las redes sociales, Barden. Sabes que tu padre no manejaba las cosas así, y por una buena razón.

Tuve la certeza de oír el crujido de unos nudillos, aunque bien podrían haber sido muelas.

—Marina es una profesional del *marketing*. Es mejor que yo para todo eso y tiene paciencia, un don que yo no poseo.

El del polo pareció hacer oídos sordos a las palabras de Noah.

—Y si pudiera ponerme en contacto con los de las ostras…

—No van a las ferias.

—Pero esto es una feria callejera. Es otra cosa.

—Vas a tener que convencerlos —respondió Noah.

El del polo se echó hacia atrás como si la respuesta de Noah lo hubiera herido.

—Sí que han cambiado las cosas —dijo entre dientes.

—Sí, quizá para mejor.

El hombre retrocedió un poco más.

—Bueno, seguimos en contacto. Gracias por la charla —dijo, y se dirigió hacia el puesto de *babka*.

No habían pasado ni treinta segundos cuando una mujer se acercó a la mesa y exclamó:

—No suelo verte por aquí, Noah Barden. ¿A qué se debe este placer?

Noah volvió a llevarse la mano a la nuca.

—Cambios de agenda —dijo—. Voy adonde me mandan.

—Qué bien que te hayan mandado hoy aquí. —Se quitó el sombrero de pescador color verde menta y lo puso encima de la carga de su carro de mano—. Estamos poniendo en marcha un nuevo programa con los centros de ancianos de Narragansett Bay. Comidas envasadas para los que no pueden salir de casa. Queríamos hacerlo desde Middletown o North Kingstown, pero no encontramos una cocina comercial con capacidad suficiente para el volumen que necesitamos. Entonces me acordé de la cocina que acabas de estrenar en Little Star. ¿Hay algún día en que podamos ir a preparar las comidas allí? Necesitaríamos cuatro o cinco horas a la semana. Prometo que limpiamos lo que ensuciamos. No vas a tener invitados mejores. —Como Noah no respondió de inmediato, prosiguió—: Es por una buena causa. Algunos de estos ancianos no tienen nada. Nadie se ocupa de ellos. Es desgarrador, de verdad. Al menos la reverenda está con tu tía que le hace compañía. Algunos no tienen a nadie.

—Comprendo —dijo, intentando encontrar serenidad en sus palabras—. Aunque no puedo comprometerme a nada sin hablar antes con la encargada de la panadería.

—No vamos a estorbarla.

—Hacemos una ronda de producción nocturna para los panes y otra de día para todo lo demás. No sabría decirte con certeza cuándo disponemos de cinco horas de inactividad, si es que las tenemos. —Negó con la cabeza—. Tengo que hablarlo con Ny antes de poder decirte cualquier cosa, Winnie.

—Seguramente podamos hacerlo en cuatro horas —dijo ella—. Puede que tenga que hacer correr a las tropas, pero podemos hacerlo. Te doy mi palabra. —Apoyó una mano en la mesa y se

inclinó hacia Noah—. Los miércoles es el mejor día para mí, pero los viernes también puedo.

—Winnie, realmente necesito hablar con…

—No podemos permitir que nuestros mayores pasen hambre, Noah. Ninguno de nosotros dos quiere.

Le pasé un par de tarros de mermeladas a mi cliente mientras Gennie procesaba el pago. Me acerqué a Noah, me apreté contra su costado y le tendí la mano a Winnie Mete Culpa.

—Hola. Creo que no nos conocemos. Soy Shay. Me parece fantástico lo que está organizando. Nos encantaría formar parte de ello, aunque quizá no podamos ofrecerle todo lo que necesita para que sea un éxito. Y eso es lo más importante, Winnie. No querrá ponerlo en marcha y no poder alcanzar las metas que tiene en mente, ¿verdad? Sería devastador. Para todos. —Le di unas palmaditas en el pecho a Noah hasta que asintió con la cabeza—. Mire, eso es lo que podemos hacer hoy por usted: envíenos un correo electrónico con todos los detalles. Hasta el más mínimo. Con todo lo que necesitarán: espacio, equipamiento, tiempo, todo, y nosotros nos sentaremos con las personas que corresponda para ver qué podemos hacer. —Metí la mano en el bolsillo trasero de Noah y saqué su cartera. Sabía que tenía tarjetas profesionales de la última vez que había andado toqueteando por ahí—. Ahí está la dirección de correo electrónico. Sé que va a salir muy bien, incluso si no somos nosotros los que lo llevemos adelante. Parece usted una persona apasionada y eso es imparable.

Tomó la tarjeta al tiempo que nos miraba con ojos cálidos y apreciativos.

—¡Qué bonita pareja que hacéis! No me habías dicho que había una protagonista en tu vida, Noah. —Antes de que Noah pudiera responder, continuó—: ¡Y ya era hora! Creo que es algo que deberías haber hecho hace tiempo. Te has vuelto muy atractivo. Recuerdo cuando eras pequeño. ¡Eras una pequeña albóndiga!

Al instante, Noah pareció encogerse y convertirse en piedra. Por razones que nunca había entendido, la gente de ese pueblo no tenía reparos en decir cosas desagradables sobre él y encima con el descaro de hacerlo en su propia cara. Siempre había sido así. Había oído lo de la albóndiga hasta el cansancio cuando éramos unos críos. Que a todo el mundo le pareciera admisible hablar de su cuerpo era una cosa de lo más extraña para mí. Nunca lo iba a entender.

—Te encantará que ahora esté tan en forma —me dijo Winnie.

—Los cuerpos son la parte más temporal y menos interesante que tenemos. Nos llevan de un lado a otro mientras estamos en este mundo y es lo máximo que le podría pedir a mi cuerpo. Francamente, no gastaría mi tiempo preocupándome por el tamaño o la forma del cuerpo de otra persona cuando puedo prestar atención a su corazón y a su mente. —Le di otra palmadita en el pecho a Noah. Era mejor que agarrar ese horrible sombrero de pescador y hacerla entrar en razón de golpe—. ¿Hay algo más que podamos ofrecerle? Tengo una mermelada de mora y tomillo exquisita que todo el mundo nos está pidiendo con locura, además de una tanda especial de fresa y nectarina que no tardará en acabarse.

—Oh, bueno… —Bajó la vista mientras yo señalaba los tarros—. Ponme uno de cada. Esta semana me puedo portar un poquito mal.

—Si un atracón de mermelada es su forma de portarse mal —dije en tono de broma—, mejor no le cuento la mía.

—El vino no cuenta, ¿no? Es bueno para la salud.

—Tiene toda la razón, es bueno para la salud —dije, tomando el dinero—. No se preocupe, Winnie. No se lo voy a contar a nadie.

Guardó los tarros en su carro de la compra.

—Te escribo por correo esta semana. Encantada de conocerte, Shay. Hacéis tan buena pareja.

—No me gusta —dijo Gennie cuando Winnie siguió hacia el puesto siguiente y ya no podía oírla.

Noah soltó una carcajada sonora, y sentí el temblor de su pecho contra mi mano.

—Tiene buenas intenciones —dijo.

—Eso es lo peor —señalé—. Casi sería preferible que reconociera la toxicidad que tiñe sus buenas acciones y sus supuestos cumplidos.

Con la mano aún apoyada en mi cintura, Noah dijo:

—Has estado espectacular. No sé cómo lo haces para que la gente cambie de opinión sin decirles que están equivocados, pero me encantas. —Parpadeó de golpe—. Es decir, me encanta tu manera de tratar a la gente. Me has salvado dos veces hoy, así que no importa cuántos tarros de mermelada vendas. Esas tierras, puedes darlas por aradas y sembradas.

Una vez más, sus palabras me hicieron imaginar cosas. Cosas obscenas y depravadas. Cosas que mi marido no podía querer decir.

En lugar de seguir pensando en ello, le pregunté:

—¿Cada cuánto pasa esto? ¿Estas emboscadas y gente que te hace sentir culpable?

—Todo el maldito tiempo. —Dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos—. En este pueblo, la gente supone que tengo que ocuparme de los problemas de toda la comunidad. Como si tuviera que rescatar a todo el mundo por el mero hecho de que mi padre lo dejaba todo por hacerlo. —Negó con la cabeza, y fue como si el peso de esa cuestión desapareciera de su rostro—. ¿Cuántos tarros de mora te quedan?

Tomé un tarro.

—Uno solo. ¿Y a ti?

Pasó la punta de los dedos por los tarros, clasificándolos en grupos.

—¡Vaya! —exclamó—. Uno solo también.

—Entonces, ganamos los dos.

—Ya he accedido a trabajar tus tierras —me dijo. Qué hombre, por favor—. ¿Qué más quieres de mí?

—Eh… No sé…

—¿Qué tal si busco un hueco en la agenda con mi contratista de obras? Puedes hablar con él de tus ideas para lo de las bodas y que empiece a trabajar.

Asentí con la cabeza mientras lo pensaba. Hablar con un contratista era un gran paso.

—Sí. ¿Tal vez? No lo sé. No tenemos que ocuparnos de eso ahora mismo. ¿Y tú? ¿Qué quieres?

Por un segundo, se le relajó la mirada. Me lo habría perdido si no lo hubiera estado observando.

—Estoy bien. No necesito nada.

—Quizá no necesites nada —dije—, pero haya algo que quieras.

Las orejas se le pusieron de un rojo tomate encantador.

Entonces, Gennie intervino:

—Dijiste que tenías que hacer algo especial para compensar a Shay por haber entrado en su casa como un salvaje esta mañana sin cuidar tus malditos modales. —Se apartó el parche del ojo para que le quedara en el cuello—. Dijiste que ibas a tener que llevarle una puta cesta de fruta. Tú dijiste puta. No fui yo la que dijo puta. Fuiste tú. Pero, para mí, una puta cesta de fruta, por más grande que sea, es un pésimo regalo. Nadie quiere que le regalen una cesta de fruta.

Noah se pasó una mano por la cara.

—Ay, por Dios.

—¿Qué se te ocurre, Gennie? —le pregunté.

Entrechocó las puntas de los dedos como si estuviera tramando un plan diabólico.

—En el parque infantil que está cerca de la biblioteca hay un barco pirata.

—¿Un… barco pirata? —pregunté.

—Es una estructura para trepar —dijo Noah—. La campaña para recaudar fondos para ese proyecto casi me deja sin alma hace unos años, pero a Gen le encanta.

—¿Quieres que vayamos al parque infantil cuando terminemos aquí? —le pregunté.

—¿Esa es tu alternativa a una cesta de fruta? —le preguntó Noah—. ¿En qué beneficia a Shay el barco pirata?

—Me gusta mucho el barco pirata. Ojalá pudiera tener un barco pirata así para mí sola. —Jugueteó con el dobladillo de su camiseta de rayas blancas y negras—. El puesto de los granizados también suele estar allí.

Con la mirada fija en su sobrina, Noah señaló al otro lado de la feria.

—Allí hay granizados, no hace falta ir al parque para comprar uno.

—Pero tenía que trabajar en la caja, y había tanta gente esperando que no podía irme. —Se encogió de hombros—. Y tal vez a Shay le guste verme trepar hasta arriba. Soy buenísima trepando y haciendo de vigía. A Noah también le va a gustar. Se puede quedar sentado en un banco sin hablar con nadie. Es lo que más le gusta.

Noah y yo cruzamos una mirada. Levanté las cejas. Él sacudió un hombro. Sonreí. Lo mejor que pudo sacar fue una sonrisa forzada.

—Muy bien, Gennie. Me parece que hay que ir a ver ese parque.

—¿Te vas a sentar en un banco conmigo? —me preguntó Noah.

—No lo sé —bromeé—. No querría estropear tu momento de soledad y silencio.

Me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él.

—No podrías ni aunque lo intentaras.



Capítulo quince

SHAY

El alumnado será capaz de llamar en estado de ebriedad.

Cuando empezó la segunda semana de clase, me sentía cansada pero realmente bien. Mis alumnos volvían a recordar en qué consistía la escuela, y yo volvía a recordar lo que significaba levantarme temprano todos los días y funcionar como una persona normal. Todo el mundo en la escuela era amable y servicial y, aunque extrañaba a mis compañeras de Boston, estaba contenta de hacerme nuevas amigas entre las maestras.

Aun así, me sorprendió que la directora apareciera en mi aula el miércoles al terminar la jornada. Salvo por aquella primera mañana, en que me había hecho algunas preguntas y me había explicado en qué consistía el puesto, no había hablado mucho con Helen Holthouse-Jones. Era una mujer extrovertida y llena de entusiasmo, y todo el mundo la llamaba HoJo, aunque a mí me resultaba imposible pronunciar esa combinación de sonidos sin resoplar.

—¿Cómo le está yendo, señorita Z? —me dijo, entrando en el aula acompañada del tintineo de las llaves y las placas que llevaba colgadas de un cordón—. Parece que todavía no la han hecho salir corriendo.

—Parece que no —le respondí, desde mi asiento en la mesa en forma de herradura—. Para nada.

Asintió con la cabeza.

—Muy bien —murmuró, mientras echaba un vistazo a los retratos de los niños colgados en el tablón. Caminó hacia la mesa y acercó una silla—. ¿Cómo está? ¿Qué tal le va?

—Es un grupo fantástico —dije, dejando a un lado los planes de clase para la semana siguiente—. Creo que hemos empezado muy bien.

Cruzó las piernas y jugueteó con el cordón.

—Sabe lo que hace. A los niños les cae bien, al equipo también. Y los padres de los otros cursos de segundo ya se están quejando porque no tuvieron la oportunidad de hostigarme para que pusiera a sus hijos en su clase.

—Ah, vaya. Gracias —dije.

Se reclinó en la silla y se rodeó la rodilla con las manos.

—Esta es la cuestión, Shay. No quiero perderla. No quiero que mi colega de la escuela primaria Prudence se dé cuenta de que tengo a una maestra con experiencia haciendo una suplencia de largo plazo. —Me sonrió con aire conspirador—. Van a venir a la caza y la van a capturar delante de mis narices.

Nunca me habría imaginado que me había metido en el mundo de la caza furtiva de maestros.

—Vale… —dije.

—Adelma Sanzi se pedirá la baja en diciembre por una operación de rodilla —continuó Helen —. Dice que vuelve en enero, pero dudo que la volvamos a ver hasta febrero. —Me dirigió una amplia sonrisa—. ¿Qué le parece tercero?

—Tercero. —Parpadeé mirando los planes. Grace podía explicármelo todo sobre tercer curso. Era el único curso en el que había dado clase y juraba que nunca se cambiaría porque los niños de esa edad eran lo suyo. Pero… diciembre. Parecía que faltaban un millón de años. Y febrero. Dios mío. Era como hacer una operación matemática avanzada en la cabeza: imposible de calcular. Pero tenía que quedarme hasta el próximo verano si quería heredar Twin Tulip. Y estaba casi convencida de que eso era lo que quería—. Me encanta esa edad.

—¡Qué bien! —exclamó Helen, asintiendo. Usaba zapatillas deportivas y vestidos largos todos los días para venir a la escuela. Tenía el pelo teñido en un tono rojizo no del todo natural y, si tuviera que adivinar, diría que rondaba entre los cuarenta y cinco y los sesenta años—. Hildi Lazco, que trabaja en el infantil, se irá de baja por maternidad. Aún no lo ha anunciado y sé que no lo hará hasta junio, debido a la extraña manera en que se gestionan las bajas remuneradas por aquí, pero no va a volver hasta que ese niño esté por empezar la escuela. Sé que preescolar es su debilidad y quiero que la reemplace el año que viene.

—El año que viene… —balbuceé.

—Parece una locura hablar del año que viene cuando este todavía está arrancando. Tan solo piénselo, ¿vale? Bueno, bueno… Volvemos a hablar antes de que Kelli se reincorpore y Adelma tenga la baja por lo de su rodilla. Y si me necesita, ya sabe dónde encontrarme. —Se puso de pie y empujó la pequeña silla—. No tiene que tomar ninguna decisión hoy, pero no quiero perderla, Shay. Bueno, muy bien. Ahora váyase de aquí mientras todavía haya sol.

Intenté responder, pero no tenía sentido. La idea de enseñar en esa escuela, en ese pueblo, el año siguiente era como una mano que me apretaba la garganta. No me dejaba respirar ni pensar. Lo que había empezado como una suplencia sin mucho compromiso daba ahora un salto vertiginoso al futuro, con asignaciones a largo plazo y puestos permanentes.

Y lo que había empezado como la idea borrosa de vivir ese año en la granja de Lollie se había convertido en un matrimonio falso y en borradores de un plan de negocios.

Sonó un golpecito en la puerta. Miré y vi a Gennie en el umbral. Saludó con la mano, aunque le dirigió a Helen una mirada temerosa.

—Pasa —le dije—. Gennie y yo somos vecinas —le expliqué a Helen—. Se va conmigo los miércoles y luego practicamos lectura.

En nuestra segunda conversación en varias semanas, Noah y yo habíamos decidido que llevaría a Gennie los lunes y los miércoles. De ese modo, no haría falta que Gail la recogiera en la parada del autobús y esperara hasta que yo llegara. Por ahora, habíamos suspendido las reuniones de los viernes. Gennie necesitaba ese tiempo para desconectar de la escuela, incluso aunque fuéramos cautelosamente optimistas con respecto a su desempeño.

Tras una pausa, Gennie entró correteando en el aula y se detuvo junto a la mesa.

—Hola —susurró, con un hilo de voz, y bajó la vista hacia el suelo.

—Ah, no lo sabía—murmuró Helen—. Gennie tiene suerte de tenerla, señorita Z.

Le sonreí a Gennie.

—Eso es válido en ambos sentidos. —respondí—. Yo tengo suerte de pasar tiempo con una lectora tan radical.

Helen asintió, encaminándose a la puerta.

—Piense en lo del año que viene.

—¿Qué ha querido decir con lo del año que viene? —me preguntó Gennie—. ¿Qué pasa?

Forcé una sonrisa, aunque seguía sintiendo la opresión en la garganta.

—Nada importante. Cosas de maestros.

Miró los papeles y carpetas que tenía sobre la mesa.

—¿Vas a seguir siendo maestra el año que viene?

—Siempre voy a ser maestra —dije con cautela.

Pasó el dedo por el borde de la mesa.

—¿Vas a ser maestra aquí?

La observé un minuto, deseando que me mirara para hacerme una idea de lo que sentía. Pero no me concedió el deseo.

—No estoy segura —admití—. Estoy ayudando a la maestra Calderon mientras está con su bebé, y también voy a ayudar a otros maestros cuando no puedan venir a la escuela. No estoy segura de quién me va a necesitar el año que viene. Habrá que esperar para saberlo.

Ladeó la cabeza y torció los labios como si no le gustara mi respuesta.

—Bueno. ¿Puedo comer algo cuando lleguemos a casa?

Solté una risita.

—Por supuesto.



—¿Dónde está el encargado de la puerta? —grité desde la entrada trasera del patio. Un alumno agitó los brazos y se precipitó hacia delante.

—Gracias, Emmanuel. Muy bien, recordemos salir caminando.

Mientras la clase pasaba a mi lado, el maestro de gimnasia se acercó trotando. Era un chico más joven, cercano a los treinta quizás, que sustituía al maestro de gimnasia titular, que se estaba recuperando de un accidente de moto acuática. Los maestros de gimnasia siempre tenían algún accidente con sus juguetes. Nunca se veía a una maestra de arte con el brazo colgando por haber hecho alguna cosa alocada con las pinturas.

—Ey, señorita Z —gritó. El silbato que llevaba en el cuello rebotaba al ritmo de sus pasos—. ¿Cómo va todo hoy?

—Una mañana excelente, señor Gagne —le respondí, alzando la voz como hacen los maestros para advertir con suavidad a sus alumnos que mantengan el orden—. Hemos practicado respetar el turno para usar los materiales y mantenernos dentro de nuestras burbujas corporales. Seguro que vamos a seguir así durante la clase de gimnasia.

—Seguro que sí. Id a sentaros en vuestros cuadrados. —Se colocó a mi lado, con los pies separados y los brazos cruzados, mientras observaba a los niños deambular por la cuadrícula numerada pintada en el suelo—. Vienes a la *happy hour*, ¿verdad? —me dijo.

No recordaba el nombre de Gagne, pero sabía que era entrenador de *lacrosse* y de otros deportes en secundaria, y que cubría a los maestros de gimnasia de todo el distrito escolar cuando hacía falta. Y tenía ese trato familiar de alguien que consideraba a todos sus conocidos

como amigos íntimos.

—No he podido pensar más allá de la hora de salida —dije riendo. Era la pura verdad. Las cosas iban bien, pero las primeras semanas de clase habían sido una carrera de fondo. La mayoría de los días llegaba a casa, me tumbaba en la primera superficie blanda que encontraba y dormía durante diez horas seguidas.

—Un grupo de compañeros nos vamos a reunir para tomar unas copas —me dijo—. ¿Vienes?

Siempre me había gustado salir a tomar algo después de la escuela, y en una época era yo la que organizaba las reuniones de los viernes por la tarde con todos los maestros, pero esta vez la ocasión me entusiasmaba más bien poco. Sobre todo, porque quería echarme en la cama y quedarme allí las próximas veinticuatro horas, pero también porque Gagne parecía el tipo de persona que usaba palabras como «bro» en conversaciones normales, y yo sabía que no iba a aguantar mucho tiempo, y menos si en la charla entraban balones, jugadas y cosas por el estilo. No estábamos destinados a ser compañeros. Iba en contra de mi naturaleza.

—… y algunos de los maestros de lenguas extranjeras vienen también —agregó—. Buena gente. Te van a caer bien. Te anoto en mi lista, ¿vale? Puedes venir conmigo y con Valdosta. Es la entrenadora de voleibol femenino.

—¿Adónde va la gente a tomar una copa? —le pregunté, intentando sin éxito pensar en algún bar de la zona. Había un bar de ostras medio famoso en el pueblo, pero no era un bar para ir a tomar algo. Era demasiado elegante para una salida de maestros—. ¿Hay bares en el pueblo? No conozco ninguno.

Se rio.

—No, vamos a un pueblo cercano. Es mejor. No hay posibilidad de cruzarse con padres. —Hizo sonar el silbato y les indicó a los alumnos que hicieran diez saltos—. Vamos. No mordemos —bromeó—. Te lo prometo.

Aunque había preparado una lista de razones para justificar por qué no era la mejor decisión, y ya podía saborear el arrepentimiento en la lengua, terminé diciendo:

—Me apunto. ¿A qué hora salís?



Por si alguien se lo estaba preguntando, el arrepentimiento tuvo el sabor de una mezcla de ginebra barata y Sprite disfrazado de tónica.

El arrepentimiento empezó dulzón, empalagoso y desagradable, y el sabor de la ginebra me quemó la garganta. Y luego se volvió amargo, ya que intenté tapar ese dulzor con vodka y zumo de arándanos, pero la sacarina persistía.

Peor que ese cóctel mediocre era el entorno. Techos bajos, paredes oscuras y una nube incesante de humedad con olor a cerveza te hacían sentir que estabas en un antro del inframundo. Y peor aún, Gagne y Valdosta y todas las demás personas que había conocido esa noche se fueron mientras estaba en el baño.

Dos veces di la vuelta al bar, pasé por delante de la mesa, ahora vacía, donde un grupo de maestros había estado reunido las últimas horas y me detuve en cada uno de los oscuros reservados y en las pistas de tiro con hacha. Me metí en los dos baños y miré en el aparcamiento. El Honda de Gagne no estaba por ninguna parte.

Se habían ido todos y se habían olvidado de mí.

Me negué a considerar la posibilidad de que me hubieran dejado allí intencionadamente. No

podía ni imaginarlo. No mientras sintiera que la ginebra y el vodka volvían lentos y confusos mis pensamientos.

Me senté en la barra y apoyé los brazos en la superficie un segundo, antes de darme cuenta de que estaba pegajosa. El camarero se acercó y me puso un posavasos delante. Era atractivo, un tipo delgado de barba larga.

—¿Qué te sirvo?

Señalé la mesa llena de jarras de cerveza, vasos y platos diezmados de alitas de pollo, le pregunté:

—¿Sabes dónde ha ido ese grupo?

Lanzó una rápida mirada por encima de mi hombro y negó con la cabeza.

—He llegado hace unos minutos.

—No te preocupes —respondí, aunque yo sí tenía de qué preocuparme—. ¿Me sirves un vodka con arándanos?

No necesitaba tomar otra copa. No necesitaba las dos últimas, pero la charla había sido amena y había sido fácil pedir otra ronda, y luego otra. Aunque el grupo no era exactamente de mi agrado, como me había imaginado, era divertido estar con gente y compartir los problemas de la vuelta a clase.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar que había estado hablando y riendo con ellos toda la noche para que luego pagaran la cuenta y se marcharan mientras yo no estaba en la mesa. De todas las cosas ridículas que me habían pasado dentro de un baño en el último mes, desde la señora que escuchaba a la gente hacer pis hasta Noah aprendiéndose la topografía de mi culo, esta era la que más me había afectado. No quería llorar por culpa de unos simples conocidos, pero sabía que nunca dejaría que esto le pasara a ningún conocido mío.

El camarero me sirvió la copa, pero no la toqué. En cambio, saqué el teléfono e inicié sesión en una aplicación de servicios de coches. Tuve que abrir y cerrar la aplicación cinco veces, suponiendo que ese rincón infernal no tenía el mejor servicio de internet, antes de darme cuenta de que la escasez de coches que veía en la pantalla no era un error: había un solo coche disponible en la zona y no llegaría hasta dentro de cuarenta y cinco o sesenta minutos. Pedí el coche y me quedé mirando la pantalla un momento, esperando la confirmación. No llegó.

—Podría haber estado en la cama —refunfuñé para mis adentros—, en vez de pasarme toda la noche hablando del último dramón en el voleibol femenino.

Abrí los mensajes de texto y fui pasando por Jaime, Audrey, Grace y Emme. Aunque quisieran ayudarme, estaban a más de cuarenta y cinco o sesenta minutos de distancia. Me detuve en Noah. No nos mandábamos mensajes a menudo. En realidad, ni siquiera nos hablábamos a menudo. En parte era por el cambio de horario de Gennie y el comienzo de las clases. Y en parte porque aún no teníamos clara nuestra relación.

No es que tuviéramos una relación.

Estábamos casados, pero solo era una formalidad.

Y éramos amigos, pero más bien viejos amigos que no sabían cómo retomar la amistad. En algunos momentos, volvíamos a la familiaridad de siempre, y esos eran los mejores momentos. Sentía que había recuperado a mi amigo. Pero había otros momentos en los que no hacíamos más que tropezar entre nosotros sin poder encontrar el camino a través del tiempo y de los malentendidos.

Pulsé su nombre y leí el último mensaje que me había enviado. Era del miércoles, y decía que se había retrasado unos minutos en la fábrica de lácteos y que si no me molestaba quedarme un rato más con Gennie. Por supuesto que no.

Empecé a escribir.

Shay: ¿Por qué no hay servicios de coche en esta parte del mundo?

Shay: Es que me parece de muy mala educación tener que esperar entre 45 y 60 minutos por un coche.

Shay: Siempre me dices que este pueblo ha cambiado, pero ¿dónde demonios están los servicios de coche? ¿Y el reparto de comida a domicilio? Seguimos en el quinto infierno en lo que respecta a las cosas importantes.

Noah: ¿Dónde estás?

Shay: No lo sé.

Noah: Necesito que me des alguna pista más. ¿Dónde demonios estás?

Shay: Estoy en un bar todo pegajoso y con pistas de tiro con hacha.

Noah: ¿Has estado bebiendo?

Shay: Solo un poco.

Noah: Define un poco.

Shay: He empezado con un *gin-tonic* pero era espantoso, así que me he pasado al vodka con arándanos porque hasta los bares más repugnantes tienen que ser capaces de preparar un vodka.

Noah: ¿Y no sabes dónde estás?

Shay: Ni idea.

Noah: ¿Cómo has llegado allí?

Shay: Con un entrenador de *lacrosse*.

Noah: ¿Puedes preguntarle a alguien el nombre del bar? ¿O buscar algún cartel?



Le hice señas al camarero.

—¿Cómo se llama este lugar?

El chico sonrió mientras recorría con la mirada mis pendientes de hojas de arce y bajaba por mi vestido holgado azul marino.

—Billy's —dijo—. Así lo llama todo el mundo. El nombre oficial es Leñadores. —Señaló hacia las pistas de tiro con hacha—. ¿Quieres jugar?

—Mmm. —Negué con la cabeza—. Quizá más tarde.

—Avisa si cambias de opinión —dijo, alejándose—. Te lo preparo.

Shay: Hay un camarero muy guapo que dice que se llama Billy's, pero también Leñadores.

Shay: Dice que puedo tirar unas hachas si quiero, que él me lo prepara.

Noah: Dile al camarero guapo que estás casada.

Shay: Solo un poco casada.

Noah: ¿Igual que un poco borracha?

Shay: Ahora esto dice que mi coche llega en 75 minutos. Qué porquería.

Shay: Solo si vienes de Massachusetts se tardan 75 minutos en llegar a Rhode Island.

Noah: Cancela el coche. Llego en veinte minutos.

Shay: No hace falta que vengas a buscarme.

Noah: Pero voy a ir igual.

Noah: Quédate donde estás. Toma un poco de agua. No toques ningún hacha.

Noah: Ni a ningún camarero.



Capítulo dieciséis

NOAH

El alumnado será capaz de imponer límites y ultimátums.

Podía sentir la tensión en los oídos cuando llegué al aparcamiento.

Mi mujer.

En un bar.

Con un entrenador de *lacrosse*.

Y un camarero guapo.

Además de unas hachas de la leche.

Los faros del coche iluminaron un edificio ruinoso que no era mucho más que un agujero en la pared, y me pregunté por centésima vez qué demonios hacía Shay allí. Apagué el motor y entré, casi arrancando la puerta de las bisagras. No me importaba si me estaba comportando como un oso malhumorado. Realmente no me importaba.

Shay estaba sentada en la barra, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y un vaso de algo rosado a medio beber ante ella. Tenía la chaqueta tejana del revés y los labios fruncidos en una mueca, y daba la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar.

Me dieron ganas de abrazarla y prometerle que todo iba a mejorar.

También de retorcerle su precioso cuello.

Me puse al lado de su taburete y le dije:

—Pensaba que exagerabas. —Eché un vistazo al interior—. Pero no.

Volvió el rostro hacia mí. Tenía los ojos rojos y vidriosos y las mejillas manchadas de maquillaje.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —Tomó el teléfono y miró la hora—. Solo han pasado quince minutos. Espera. Dieciséis.

«Porque mi mujer estaba sola y angustiada en un bar extraño y los límites de velocidad no cuentan en esas situaciones».

—Olvidas que conozco todos los atajos aquí en el quinto infierno. —Me miró mientras le hacía señas al camarero guapo en cuestión y le daba unos billetes—. ¿Alcanza con eso? —le pregunté.

El chico arqueó una ceja al ver los dos billetes de veinte.

—Sí. Perfecto.

Rodeé la cintura de Shay con un brazo y la bajé del taburete.

—Vamos —le dije—. Ya me lo explicas todo en la camioneta.

—No hay nada que explicar —dijo, arrastrando las palabras, mientras salíamos al aire fresco de la noche—. En esta parte del mundo no saben hacer un *gin-tonic* como Dios manda y todo el mundo se olvida de mí. Supongo que a nadie le interesa acordarse.

La aparté del borde de la acera.

—Eso es mentira y lo sabes.

Se tambaleó en el lugar, lo que no me dejó otra opción que pasarle un brazo por detrás de las rodillas y cargarla hasta la camioneta. Gritó y me rodeó el cuello con los brazos diciendo:

—Ay, Dios mío, Noah. ¿Qué estás haciendo?

—Cálmate. Ya casi llegamos —le dije.

—No me digas que me calme —replicó—. Te vas a hacer daño. No soy muy ligera, que digamos.

—Sé la fuerza que tengo. No te preocupes por mí. —Atravesé el aparcamiento y me detuve del lado del acompañante—. ¿Sigues mareada?

—No estoy mareada —contestó, indignadísima—. Ha sido por culpa del zapato.

—Es una excusa que usas bastante. Me cuesta creerla. —Me incliné para ponerla de pie y poder abrir la puerta—. ¿Has comido algo o solo estás funcionando a base de licor barato?

La sostuve de la mano mientras subía.

—No voy a responder a eso.

—Fantástico —murmuré, y cerré la puerta. Realmente quería entender cómo pensaba esa mujer. Lo que fuera con tal de entender por qué estaba allí, en el antro más dudoso de todo el estado, con… ¿qué era?, un entrenador de *lacrosse*.

Me senté en la camioneta y encendí los asientos calefactables porque ese vestido corto no podía competir con el frío y la humedad de la noche.

—Todo el mundo se olvida de mí —dijo con voz triste y débil.

Salí del estacionamiento y me encaminé a la carretera principal.

—No es cierto.

—Si no fuera olvidable, la gente no podría dejarme tan fácilmente y seguir con sus vidas como si nada hubiera cambiado. Y sigue pasando. Por eso sé que es verdad.

No supe qué decir. Seguía queriendo retorcerle el cuello. Quería que se disculpara por haberme arrebatado varios años de mi vida. Y quería estrecharla y que llorara entre mis brazos, porque no se lo merecía. No se merecía nada de eso.

—No creo que seas olvidable —le dije—. Créeme. Lo sé muy bien. Yo intenté olvidarte y no pude. Nada de lo que hice ahuyentó tu recuerdo.

Resopló. Estiré el brazo hacia el asiento trasero y le pasé a ciegas la caja de pañuelos que guardaba allí. Pañuelos, toallitas de bebé y *snacks* de emergencia eran esenciales para mi supervivencia en ese momento.

—¿Por qué querías olvidarme?

—Quería olvidarme de todo lo que tuviera que ver con este pueblo. —No era toda la verdad, pero no tenía la capacidad de articular nada relacionado con eso después de haber recibido mensajes de texto de mi esposa perdida y borracha y haber salido corriendo de casa a las diez de la noche—. Y así fue, lo olvidé casi todo. Excepto a ti. Eres totalmente inolvidable.

—Entonces, eres el único —dijo, con el rostro cubierto bajo un manojo de pañuelos de papel.

Se me retorció el corazón y lo sentí retumbar en el pecho.

—¿Quién te ha olvidado, cielo?

—¿Aparte de todos? —gritó—. Porque son todos, Noah. Todo el mundo se va. Todo el mundo me deja. Mi madre, por ejemplo. Hasta cuando no estaba de viaje, me dejaba con niñeras y nunca la veía. Después de las niñeras, fue el internado. Cuando me echaron del internado, Lollie fue el último recurso, y fue la primera y única madre real que tuve. ¿Para qué me tuvo mi madre si no quería un hijo? Me lo he preguntado toda mi vida y aún no sé la respuesta.

—Lo sé —le dije, y era cierto. La última vez que había oído una versión de esa historia había sido unos días antes de nuestra graduación del instituto. Fue cuando su madre le anunció que se tenía que ir temprano por un trabajo y que no iba a asistir al evento. Si la memoria no me fallaba, Shay no había visto a su madre ni una sola vez en los dos años que había pasado en Friendship —. Ya lo sé.

—Y, por supuesto, mi ex. Mandó lo nuestro a la mierda y se largó. Se acabó y ni siquiera sé por qué. Pensaba que, si me volvía perfecta, se quedaría. Que si lo hacía todo bien, no se vendría todo abajo. Que no me abandonarían otra vez. Pero se acabó y todo lo que teníamos se me cayó encima. Fue como una explosión. Como si hubiera estallado una bomba en medio de mi vida y no pudiera ni reconocer los pedazos que quedaban. No podía reconocerme a mí misma. Todavía no puedo y no sé qué hice mal.

—No hiciste nada mal —le dije. No sabía quién era el tipo ni a qué se dedicaba, pero estaba dispuesto a dedicar mi vida a arruinarlo.

—Algo tiene que haber —gritó entre sollozos—. Nadie abandona a las personas que quiere en su vida. Nadie se marcha de relaciones felices y plenas.

—¿No has pensado que podría ser un desgraciado incapaz de experimentar felicidad o plenitud? Porque es algo que ocurre. Conozco a muchos abogados con ese problema. También banqueros.

—¿Entonces por qué es a mí a la que abandonan, Noah? ¿Por qué a mí? Si todos los demás tienen el problema, ¿por qué me castigan a mí por eso?

—Preciosa —suspiré—. ¿Qué ha pasado esta noche? ¿Cómo es que has terminado allí?

—El entrenador de *lacrosse* estaba cubriendo las clases de gimnasia hoy y me ha invitado a salir con algunos maestros y entrenadores —empezó a contarme, entre lágrimas y sollozos— y no quería ir porque me parecía uno de esos que solo hablan de deportes y no sé cómo hablar con esa gente, pero he ido porque antes me encantaba salir a tomar algo después de la escuela con mis compañeras, y ya nunca hago nada divertido. Y ha estado bien y todos me han parecido simpáticos, pero, cuando he vuelto del baño, se habían ido.

Lo peor de haber estado enamorado de Shay en el instituto había sido verla salir con tipos despreciables que enseguida le destrozaban el corazón. Aunque solo fuera por diversión y ella no se lo tomara demasiado en serio, le afectaba muchísimo cuando esos chicos demostraban ser unos imbéciles.

Volver a experimentar todo aquello, estando casado con ella, me hizo arder el estómago. Otra vez tuve ganas de llevarle las manos al cuello y exigirle que se disculpara, de preferencia de rodillas, por la tortura de esa noche.

Los nudos que tenía en los hombros me subían por el cuello y los sentía punzarme la cabeza.

—¿Quién demonios es el entrenador de *lacrosse*?

Levantó las manos, apretando los pañuelos entre los puños.

—No lo sé. Un tal Gagne.

—Voy a averiguar quién cojones es —murmuré. Little Star no iba a patrocinar a ese equipo

esa temporada. Giré hacia un centro comercial y me dirigí al autoservicio de comida rápida—. Vamos a pedirte algo de comer.

—No tengo hambre.

—Patatas fritas, entonces —respondí—. ¿Qué quieres tomar?

—Cualquier cosa menos Sprite —dijo entre jadeos.

Me detuve en el carril e hice el pedido. Mientras esperábamos a que le entregaran el pedido al coche que estaba delante, miré a Shay. Ya no lloraba, lo que redujo mis ganas de venganza, pero parecía abatida. Como si la noche la hubiera destrozado por completo.

—¿Has entrado en calor?

—Creo que sí —dijo. Era tan creíble como que no tenía hambre.

Me di la vuelta. Sabía que por allí había una sudadera o algo así desde principios de semana. En septiembre, los días eran calurosos, pero las mañanas dejaban entrever la llegada del invierno.

—Toma esto. —Le di una sudadera con el logotipo de la granja en el pecho—. Dentro de poco vas a necesitar un abrigo de verdad.

Se colocó la sudadera sobre las piernas como si fuera una manta y deslizó las manos por el cuello.

—Tengo abrigos de verdad —dijo—. Varios. He estado en Boston, Noah. No en Barbados.

Avancé hacia la ventanilla de recogida de pedidos y le pasé a Shay las patatas fritas y el refresco.

—Tienes que dejar de elegir a las personas incorrectas, Shay —dije al retomar la carretera principal.

—¿Te crees que no lo intento?

—Cielo, no tengo ni la menor idea de lo que estás intentando, pero sé que tienes que dejar de perder el tiempo preguntándote qué has hecho mal cada vez que algún idiota te deja. Deja de entregarte a gente que no tiene la menor posibilidad de estar a tu nivel. Deja de perseguir a gente que no va a estar cuando la necesites. Pierdes el tiempo. *Ellos* son una pérdida de tiempo. Deja que se vayan. Deja que la puerta les golpee en el culo al salir. Ellos son los que la han cagado. No tú.

—Entonces voy a estar sola.

—¿Cómo demonios has llegado a esta conclusión después de lo que te acabo de decir?

Se puso a revolver la bolsa de patatas fritas.

—Has dicho que elijo a gente que no está a mi nivel. Si eso es cierto, y no creo que lo sea…, no hay nadie aquí.

«Yo estoy aquí. Yo. Lo único que te pido es que te fijes en mí».

—Y no creo que yo esté en un nivel diferente —continuó—. Soy… no sé lo que soy, pero a la gente no le gusta. No seguirían yéndose si me quisieran.

—¿Le has comentado esta teoría a Jaime? Porque no puedo creer que tolere ni un minuto de esta mierda. Y te aclaro que yo tampoco lo voy a tolerar. No llores la pérdida de gente que no te merece.

Shay no respondió. Dio un sorbo a su bebida y miró por la ventanilla mientras yo conducía por las calles silenciosas de Friendship.

—¿Dónde está Gennie? —preguntó entonces.

—Durmiendo. La señora Castro está en casa con ella. Juega al póquer con la cuadrilla de la plantación los viernes por la noche. La he alcanzado justo cuando se iba a su casa. —Hice una pausa, tratando de encontrar la calma para hablar sin dar rienda suelta al caos de preocupación, ira y celos acumulados en mi interior—. Quizá deberíamos haberlo hablado desde el principio,

pero no me gusta que mi mujer salga por ahí con gente que no conoce y se quede tirada en bares de mala muerte al otro lado de la bahía. No vuelvas a hacerlo.

—Quizá deberíamos haberlo hablado desde el principio, pero no me gusta que mi marido me diga cómo pasar los viernes por la noche.

—Mientras seas mi esposa, no permitiré que tomes decisiones imprudentes.

—Mientras seas mi marido, no permitiré que me digas qué decisiones debo tomar.

Al tomar el camino hacia Twin Tulip, sentí una aspereza en la garganta.

—Mientras seas mi esposa, no voy a permitir que salgas con entrenadores de *lacrosse*.

—¡Mientras seas mi marido —gritó—, no voy a permitir que limites mi vida social! —Buscó la manija de la puerta—. Y no era una cita. Era una típica salida grupal de maestros y entrenadores.

Señalé la manija.

—Ya quedó claro que no puedes caminar sola. Quédate ahí. Lo último que me falta es que te caigas entre las flores.

Se cruzó de brazos y me hizo un puchero con todo el rostro mientras yo rodeaba el capó. Era increíblemente encantadora y, si no hubiera estado furioso con ella, me habría echado a reír. Abrí la puerta, la tomé de la mano y le pasé un brazo por la cintura para sostenerla. Me costó un esfuerzo considerable no echármela al hombro.

—Y para tu información, en estos momentos no dispongo de las habilidades interpersonales necesarias para salir con alguien —dijo mientras subíamos los escalones del porche. Luego me miró con ojos cansados—. Solo quiero salir un poco y pasarlo bien de vez en cuando. Quiero volver a ser yo.

—¿En qué parte de ti no sientes que eres tú?

Abrió la puerta principal y se quitó los zapatos, pero no se molestó en encender ninguna luz.

—La parte que se siente sola en esta casa todas las noches intentando descifrar quién soy ahora. La parte que quiere saber por qué es tan fácil que me abandonen.

—Entonces se acabó lo de sentarte aquí sola —dije—. Sabes dónde encontrarnos a mí y a Gennie. Mueve el culo hasta allí arriba a menos que quieras que nos instalemos aquí abajo. Y no creas que no lo vamos a hacer.

—Eso dices ahora, pero te vas a hartar de mí y vas a empezar a mirarme con mala cara en la mesa y sacarme a empujones de tu casa —dijo—. Y está con la entrenadora de voleibol de las chicas, creo. No fue una cita.

Le puse ambas manos en la cintura mientras la seguía por la escalera principal. Tenía razón con lo de la mala cara. No me había dado cuenta de que era tan transparente en lo que se refería a mi incapacidad para estar cerca de ella tanto tiempo sin querer arrastrarla hasta la despensa y meterle la mano entre las piernas.

—No tienes que preocuparte por si salgo con alguien —agregó—. Eso no va a pasar en mucho tiempo. Si es que vuelve a pasar. Quiero decir, sé que no estamos casados de verdad, pero…

—No quiero que mi mujer se quede tirada en bares de mala muerte —la interrumpí—. No quiero que estés en situaciones en las que tu seguridad y protección estén en manos de un entrenador de *lacrosse*.

—Estaba totalmente a salvo y segura —dijo, empujando la puerta al otro extremo del pasillo —. Es decir, estamos en medio de la nada. ¿Qué es lo peor que podría pasarme en un bar cualquiera con un grupo de maestros?

Me llevé los dedos a la frente dejando escapar un quejido.

—No me hagas contestar a eso.

Una vez más, dejó las luces apagadas, pero la luz de la luna se proyectaba sobre una cama vieja y pesada, revelando una maraña de sábanas y mantas. Se quitó la chaqueta y la arrojó en dirección a un sillón reclinable situado en un rincón.

—¿Me estás diciendo que no puedo salir con otros maestros después de clase? ¿Ese es realmente el fondo de la cuestión?

Se dirigió hacia una cómoda antigua e inclinó la cabeza hacia un lado para quitarse los pendientes. Aunque eran solo unos pendientes, había algo sumamente íntimo en verla quitarse esas capas del día. Era un ritual que nunca me había planteado y que ahora había descubierto, hasta la forma en que se frotaba cada lóbulo entre las yemas del pulgar y el índice tras guardar los pendientes.

Como si necesitara más intimidad que estar con ella en su dormitorio a esas horas de la noche. Cerré los puños sobre el piecero de la cama para evitar tomarla en mis brazos. Quedaría tendida sobre el colchón en diez segundos si lo hacía. En un minuto, estaría gimiendo. Agarrada al cabecero y gritando como loca en cinco.

—Lo que te digo es que te rodees de personas mejores —recalqué. El dolor de cabeza me iba a partir el cráneo por la mitad—. Sabías que ese entrenador no te convencía y fuiste de todos modos. Deja de hacer esas estupideces.

Shay se escondió detrás de la puerta abierta del armario y salió un momento después con unos pantalones deportivos y una camiseta sin mangas que me proporcionó más información sobre la forma y la textura de sus pezones de la que estaba preparado para recibir.

—Me llamas a mí la próxima vez que quieras salir. —Me aferré con más fuerza al piecero. Me miró y se llevó las manos a la cintura. Señalé la cama revuelta—. Vamos. Bajo las sábanas. Te levanto y te meto ahí yo mismo si hace falta.

Parpadeó un segundo. Luego, dijo:

—Ni se te ocurra.

Lo único que oí fue una invitación. Me abalancé, la sujeté por los muslos y me la eché al hombro.

—Te he avisado con suficiente anticipación.

—¿¡Qué estás haciendo!? —gritó.

La dejé caer en la cama y apoyé las manos a ambos lados de su cabeza.

—Que quede claro —le dije inclinándome sobre ella—. Me importa una mierda cómo o por qué terminamos casados. Eres mi mujer. Si necesitas hacer algo divertido, me llamas. Yo me voy a ocupar de ti. Y te daré lo que pidas, incluido un *gin-tonic* bien cargado. Si no puedes aceptarlo, puedes divorciarte de mí ya mismo.

Levantó la mano y me pasó los dedos por la barba. Sentí su caricia en cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Cuándo te volviste tan mandón? —susurró—. ¿Desde cuándo? Y no es solo ahora, aunque hoy estás más mandón que nunca.

Si esa mano se movía un centímetro, ya nada me impediría besarla. Si me daba esa mínima señal, se acababa todo.

—En el mismo momento en que me convertí en jefe.

Parpadeó varias veces, lentamente, con los labios entreabiertos y los ojos empañados.

—Gail se estará preguntando dónde estás.

—Estará durmiendo en el sofá.

Bajó la mano y desvió la mirada hacia un lado.

—Perdona por haberte hecho salir tan tarde. Ve a casa. Estoy bien. No me voy a meter en ningún lío aquí.

Enredé los dedos en las sábanas, y me concedí ese instante antes de marcharme y meterme una hora bajo una ducha fría que no serviría de nada para borrar la imagen de Shay acurrucada en su cama. Jamás iba a olvidar esa imagen. Era imposible. Ahora sabía cómo se desparramaba su pelo en la almohada, cómo se le deslizaba por el hombro el tirante de la camiseta, cómo sus ojos parecían más oscuros contra el fondo blanco de las mantas. Y lo sabía no porque ella hubiera querido que la viera despojarse del día y refugiarse en sí misma, sino porque un imbécil la había dejado tirada en la barra de un bar.

—No me importa si es de mandón y no me importa si te gusta o no. —Di un paso atrás y cerré los puños—. Esas son mis condiciones. Como ya te he dicho, puedes divorciarte de mí.



Capítulo diecisiete

SHAY

El alumnado será capaz de enfrentarse a las punzantes consecuencias de sus propios actos.

—Espera un segundo. Vuelve atrás. Entonces, te recogió en ese bar raro al que fuiste con esa gente rara. ¿Fue con la niña?

Miré con odio la pantalla mientras Jaime agitaba su café helado. El sonido me arañaba el cerebro.

—No. Creo que llamó a la señora Castro para que se quedara con Gennie. ¿O ya estaba allí? No me acuerdo.

Muchos de los detalles me resultaban borrosos.

—Y luego tuvisteis esa charlita —dijo. No vi ninguna razón para contarle la crisis que había tenido por mis problemas de abandono. Ya sabía todo eso. No le hacía falta una actualización—. Esa en la que tú le dijiste algunas cosas desagradables y él también te dijo algunas cosas desagradables.

Cambié de posición y me puse otra almohada debajo de la cabeza. Era el mediodía, pero aún no estaba en condiciones de salir de la cama.

—En la que me dijo que podía divorciarme si no me gustaban sus reglas.

—Uf. Tenéis que echar un polvo ya y terminar con esto de una vez —respondió Jaime.

Fruncí el ceño directo a su rostro en la pantalla.

—Esa no es la solución.

Arrugó las cejas.

—Segurísimo que sí.

—No quería llamarlo. Y no le pedí que me fuera a buscar. Lo hizo por su cuenta. Pero sí me gustaría saber cuál es su problema porque…

—¿Porque necesitas esa información para acostarte con él? Te diré que puedes revolcarte con él sin necesidad de llegar hasta las raíces del problema. Y, nota al margen, no necesitas hacer tuyos esos problemas, sean los que sean, porque son *sus* problemas. Suyos, no tuyos.

—No estoy haciendo míos…

—Cariño, he escuchado hasta el último detalle de esta historia. En mi opinión profesional, basada en las pruebas concluyentes que recogí con mis propios ojos hace un par de semanas, ese chico te adora y no sabe qué hacer al respecto. Además, no se le dan muy bien las palabras, por si no te has dado cuenta. Necesita hacer algo con ese sufrimiento, y creo que tú tendrías que relajarte y aceptarlo.

La miré boquiabierta.

—¡¿Cómo?!

—A ver, lo que quiero decir es que quizás deberíais tener una charla sobre cómo está claro que los dos estáis muy —movió las cejas— el uno por el otro y luego… ¡a darle caña! Te sentirás mejor. Ya lo verás.

Me costaba creer que Noah me viera en un sentido sexual.

—No creo que sea así. Y eso no entra en nuestro acuerdo —sostuve, cubriéndome los ojos del sol que entraba por la ventana—. Y por suerte no es así, porque menciona lo del divorcio a cada rato como si ya estuviera buscando un motivo para terminar con esto.

Jaime frunció los labios.

—¿Quieres desahogarte mientras te presto la oreja o quieres que te aporte soluciones?

—No sé —solté en tono quejoso—. Estoy molesta por todo lo que pasó anoche.

—Claro. Apoyarte en tu marido está pasadísimo de moda.

—No es mi marido.

—Sí que *es* tu marido —rebatió—. Quizás no estáis haciendo la parte de la casita con jardín y todo eso, pero puede ir a buscarte si te quedas tirada en un bar de mala muerte sin que sea un acto de caridad. Y aunque no fuera tu marido, es tu amigo. Está bien que te ayude cuando lo necesitas. —Volvió a agitar el café y sentí punzadas en la cabeza—. ¿Me recuerdas por qué no puedes cepillártelo?

—Hay muchísimas razones, pero la que más se me repite es que entró en el baño mientras yo estaba fregando la bañera desnuda. Nadie puede sobreponerse a algo así. Aunque estuviera interesado en mí, que no es el caso, me vio bien clarito el agujero del culo, James.

—Bueno, en algunos círculos, así es como se conoce la gente —respondió.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Hizo un gesto con la mano.

—No es lo mío, así que no te puedo dar muchos detalles, pero sé que es así.

—¿Tengo que preocuparme por ti? —le pregunté.

—No más de lo habitual —aseguró, negando con la cabeza—. Estoy bien. Empecé terapia hace un par de semanas. Tengo planeadas las clases con una semana de antelación. Me he hecho amiga de tu reemplazo a pesar de que, por cuestión de principios, me fastidia su existencia. Estoy tomando las vitaminas, bebiendo agua. Tengo mucho sexo con gente que apenas conozco. Va todo bien. Estoy bien. No nos preocupemos por mí cuando tenemos tus problemas de los que ocuparnos. Deberías tirarte a tu marido.

—Por favor, Jaime —murmuré—. Eso no va a pasar.

—Es el mejor remedio para la resaca que conozco —dijo—. Y te aseguro que al final va a pasar, y entonces tendrás que volver aquí y reconocer que te lo dije. —Me apuntó con el dedo—. Voy a agregar a Grace a esta llamada para que empiece a hacer apuestas sobre cuándo va a pasar.

—No puedo hablar con Grace hoy —refunfuñé—. Va a empezar a decirme que me levante de la cama y supere mis problemas, y no quiero oír nada de eso.

—Entonces, ve a hablar con tu marido.

—No. Lo voy a evitar todo lo que pueda. No me gustó nada su actitud de oso gruñón de

anoche.

—Ya te gustará —masculló—. Y, si no me equivoco, que creo que no, te irá de perlas.

Me tapé los ojos.

—Debería haber llamado a Audrey. Me habría dicho que soy guapa y perfecta y me habría enseñado a preparar un batido antiinflamatorio para que mi cráneo deje de estrujarme tanto el cerebro.

—Claro, porque ella piensa que puede resolver casi todos los problemas usando utensilios de cocina —dijo Jaime—. Yo pienso que tu problema se soluciona usando el utensilio de tu marido, y me parece una estupidez que finjas lo contrario.

—No quiere estar conmigo —dije, con un hilo de voz, y me dolió pronunciar esas palabras. Había demasiada gente que no quería estar conmigo, y siempre me resultaba doloroso tener que aumentar la lista—. Sé que no estás de acuerdo y me encanta que lo apoyes tanto, pero no le atraigo. Es así. Le llevó bastante tiempo acercarse a mí, y la mayoría de las veces parece que lo saco de quicio o que no ve la hora de estar lejos de mí. Vive con el ceño fruncido y apretando la mandíbula. Se va a destrozar los dientes si sigue así.

—Dejemos que su dentista se ocupe de ello.

—Cuando le caigo bien, es porque estamos actuando. Es un juego. Y no importa lo que yo sienta, porque la cosa no va a ninguna parte. A eso hay que sumarle que es ridículo llamarlo mi marido. Es un tipo con el que me he casado para poder heredar una plantación de tulipanes que ni siquiera sé cómo manejar y para que él pudiera ampliar su negocio. No pasa nada entre nosotros.

—Tal vez tengas razón —dijo, tras un momento—. ¿Pero por qué se alteraría tanto porque te quedaras tirada en un bar cualquiera? Si no pasa nada, ¿por qué llamaría a una niñera, te iría a buscar al bar, te llevaría a tu casa y luego te daría un sermón sobre lo que está dispuesto a consentir que su esposa haga? ¿Así se comporta alguien si lo único que quiere es estar lejos de ti?

Me quedé mirándola un momento, sin saber qué responder.

—¿No habías dicho que esto no era una película de Hallmark? —dije.

Levantó los hombros y los dejó caer.

—No, cuando te lo tires, ya no va a ser una película de Hallmark. Ahí las cosas nunca pasan de la primera base. Un besito y fin de la historia. Papito Panadero no va a parar hasta que la masa se eleve.

—Deja de llamarlo así —le dije—. Y no entiendo esa metáfora. ¿Yo soy la masa en esto? ¿Tengo que ser la masa? No me parece muy halagadora…

—¿No será acaso… —empezó, llevándose un dedo a los labios— … que el verdadero problema no tiene nada que ver con Papito Panadero? No te habrás cerrado a todo lo relacionado con el sexo y la intimidad y te habrás convencido de que no estás preparada, ¿no?

—Por supuesto que no estoy preparada —repliqué—. Acabo de salir de una relación larga que me dejó en el altar.

—Sí. Y fue horrible lo que te hizo. Pero cuando se fue, se quitó él del medio. A ti te quitó muchas cosas importantes. Pero no te quitó lo que tú eres. No te quitó lo mejor de ti. En mi opinión, estás más preparada de lo que crees —dijo Jaime con dulzura.

—No estoy segura —susurré.

—Ya vas a estarlo —respondió—. A la larga.



Capítulo dieciocho

NOAH

El alumnado será capaz de reconocer y aceptar que ha perdido.

—¿Qué cojones te pasa? —protesté—. ¿Por qué no puedes ayudarme una puta vez?

El bol de mantequilla, azúcar y cacao se limitó a mantenerse en un silencio grumoso y engreído. El pastel no me había traicionado de ese modo, solo había tenido que seguir las instrucciones de la caja. Eso, sin embargo, parecía requerir una clave secreta.

Tomé el teléfono y marqué el número de la panadería. Sonó dos veces antes de que contestara la encargada.

—Pastelería Little Star, habla Nyomi.

Con el bol en la mano, eché un vistazo escaleras arriba mientras entraba en la despensa.

—Ny, no está funcionando. Parece mortero. Mortero mantecoso.

—Entonces, agrégale una pizca de leche —sugirió.

—Le he agregado leche a la última mezcla y… —miré con desagrado el cuenco que había escondido ahí veinte minutos atrás— … es un lodazal.

—Da la impresión de que le echaste más que una pizca.

—¿Cuánto es una pizca, Ny? Dime una cifra.

Se oyó un murmullo.

—Algo así como un octavo de taza. No mucho más. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Cuánto le has puesto?

—No lo sé, pero no tengo más azúcar glas y ya no me queda tiempo —le dije.

—Puedo mandar a alguien a que te lleve medio kilo de azúcar, pero sigo sin entender por qué no quieres que te dé un poco de cobertura. Hay un montón de crema de chocolate aquí.

—Porque tiene que ser casera —exclamé.

—Puedo ir a tu casa y hacerla allí. Me llevará diez minutos.

Me pasé una mano por la frente.

—No, tampoco puedo hacer eso. —Técnicamente, podía hacer lo que me diera la gana. Podía pedirle a Nyomi que horneara y decorara un pastel de cumpleaños para Shay y no tendría inconveniente en admitir que lo habían preparado en la pastelería porque mis habilidades

culinarias no pasaban de las mermeladas y confituras. No tenía que hacerlo porque Jaime me hubiera amenazado con perseguirme con la mafia.

Pero lo iba a hacer. Y lo iba a hacer bien.

—Tú mandas —señaló—. Prueba a añadir una pizca de leche. Empieza con una cucharada. Mezcla unos minutos. Añade otra cucharada y vuelve a mezclar. Y no olvides probarlo. Te vas a dar cuenta cuando esté listo.

—No sé por qué lo dudo.

Nyomi soltó una risita. Le gustaba reírse de mí. Lo venía haciendo desde que la había contratado hacía un par de años, justo después de que abandonara la escuela de pastelería.

—Vuelve a explicarme cómo haces la mermelada.

—Hacer mermelada es una ciencia —le contesté.

—La repostería también es una ciencia —rebatió.

—Acabas de definir una pizca de leche como algo así como un octavo de taza.

—¿Qué hay más científico que eso? —respondió con una carcajada—. ¿Qué hay de científico en la mermelada de rosa y frambuesa? Deben de hacer falta decenas de pruebas para que la rosa quede en su punto.

—La verdad es que no.

—Entonces, ¿te sale bien a la primera y por casualidad nada tiene sabor a jabón?

—Creo que nunca me ha salido un lote con sabor a jabón. —Apoyé la frente en un estante—. No puedo hablar de esto ahora. Tengo un problema con la crema de chocolate.

—¿Te mando el azúcar?

Fruncí el ceño mirando el bol.

—Sí. Por las dudas. Pero diles que nadie diga nada.

—¿Has tenido algún jaleo con las entregas de azúcar?

—Ya sabes a qué me refiero —refunfuñé—. Envíame el azúcar y ya. ¿Vale?

—Sí, jefe —dijo—. Y si un tarro de crema de chocolate desaparece de mi cocina junto a ese azúcar extrasilencioso, nadie se va a enterar.

No me opuse porque era muy posible que necesitara esa ayuda.

Al salir de la despensa, me quedé quieto por si se oía a Gennie o a Shay. Gennie me había prometido que no dejaría salir a Shay durante la clase de esa tarde y, aunque confiaba en mi sobrina, sabía que su capacidad de persuasión tenía un límite. Lo mismo que su capacidad de atención.

Volví a la encimera, medí una cucharada exacta de leche y la mezclé con la cobertura. Aunque no tenía esperanzas de que sirviera de algo, la consistencia se aligeró. Seguía siendo irregular, pero seguí batiendo, añadiendo poco a poco pequeñas cantidades de leche. Era más espeso de lo que debería ser una cobertura, y parte del azúcar no se había incorporado del todo, pero no parecía mortero y tampoco un lodazal. Un avance, quizás.

Justo cuando apagué la batidora, llegó Dante, uno de los ayudantes de la panadería, con el azúcar. Saludó desde la ventana de la cocina, pero no abrió la boca, lo que significaba que Nyomi lo había aterrorizado. Y por eso era la mejor panadera del estado. Terror y unas tartas increíbles.

Abrí la puerta, con una cuchara llena de cobertura en la mano.

—Prueba esto —le dije.

—Sabe a chocolate —respondió, con la cuchara en la boca—. Está bueno. Bátelo un poco más. Necesita una pizca de vainilla también.

—Sería como un octavo de taza de vainilla, ¿no?

—No, por Dios. —Me devolvió la cuchara—. Más bien un octavo de cucharadita.

—No hay quien lo entienda —murmuré para mis adentros. Tomé el azúcar y la crema de chocolate de respaldo guardada en un recipiente de helado—. Gracias. Y dale las gracias también a Ny de mi parte.

—Dice que se lo agradezcas con canela de Ceilán —dijo mientras bajaba los escalones hacia el *quad* en que había venido.

—Fantástico. —Cerré la puerta, dejé el azúcar y la cobertura y fui a buscar la vainilla.

No tenía mucho tiempo. Incluso si Gennie era capaz de sostener el plan, iban a terminar en quince minutos. Necesitaba que todo estuviera lo más perfecto posible para entonces.

Shay y yo no habíamos hablado mucho desde la noche del viernes. Me dije que estaba ocupada con la escuela. No quería pensar que estaba ocupada considerando mi propuesta de poner fin al matrimonio. Un día de esos, iba a tener una conversación con ella sin que se me atragantaran las palabras o sin portarme como un idiota. Pero lo más probable es que no fuera esa misma tarde. Sería mucho pedir.

Agregué la vainilla y batí un poco más la mezcla, que poco a poco fue adquiriendo una consistencia familiar. Sabía que me había pasado de la raya con Shay y que había sido agresivo como nunca, por lo que era muy posible que bajara en unos minutos, echara un vistazo a la fiesta y pasara de largo. Si se quedaba, sería solo por Gennie. Yo era el tipo que le gritaba porque no sabía elegir buenos amigos, que la metía en la cama y la desafiaba a que pidiera el divorcio. No se iba a quedar por mí.

Con un ojo clavado en el reloj y los dos oídos atentos al crujido de la escalera, esparcí la cobertura sobre el pastel. Ni por asomo conseguí que quedara uniforme, pero el pastel quedó totalmente cubierto. Tal vez Shay creyera que era obra de Gennie. Me vendría bien. Podía pasar por algo hecho por una niña de seis años.

Mientras metía en el lavavajillas todos los vasos medidores y espátulas que había en la casa, oí a Gennie decir casi a gritos:

—Ya tendríamos que bajar, Shay. Te podrías quedar a cenar. Sería superdivertido.

Tuve que llevarme una mano a la boca para tragarme la carcajada explosiva que me produjo su tono mecánico. Si Shay aún no se había dado cuenta de lo que estaba pasando, se acababa de enterar.

—Eres tan dulce —respondió Shay, en tono risueño. Lo sabía. Sin lugar a duda—. Hablemos primero con Noah. ¿De acuerdo?

—Noah va a decir que sí —dijo Gennie, con toda la seguridad del mundo—. Te lo prometo.

Gennie se agachó en el escalón para que pudiera verle el rostro y levantó el pulgar. Apoyé las manos en la encimera y le seguí la corriente, preguntándole:

—¿Ya habéis terminado? ¿Qué habéis hecho hoy?

—Hemos leído sobre un naufragio en el puerto de Newport —dijo Gennie mientras bajaban los últimos escalones—, que podría ser el barco de una famosa expedición, y luego hemos hecho algunos… ¡Feliz cumpleaños, Shay!

Gennie se puso a saltar y bailar, y la mirada atónita de Shay iba del cartel de «Feliz cumpleaños» de la pared a mi caótico intento de pastel, pasando por el ramo de girasoles colocado sobre la mesa. No estaba seguro de si seguían siendo sus flores favoritas. Había un montón de girasoles de finales de temporada cerca de las colmenas de abejas, y esa mañana me había parecido que cortar algunos sería una apuesta segura.

Ahora no estaba tan convencido de ello.

—Feliz cumpleaños feliz —dijo Gennie, sin soltar la mano de Shay y sin dejar de saltar como

si el suelo fuera un trampolín—. El cartel lo hice yo y todas las letras están bien. ¿Has visto? Y también hice manteles individuales especiales. Noah me ayudó a escribir tu nombre. Y hay pastel y te compramos un regalo y…

Shay me miró y entornó los ojos como si no entendiera lo que estaba pasando.

—¿Vosotros habéis hecho todo esto?

Me encogí de hombros.

—Es tu cumpleaños. —Señalé con el pulgar por encima del hombro, en dirección al horno, y añadí—: Tenemos algo para cenar si puedes quedarte. Los del reparto de comida han preparado algo… —«no digas especial, no le digas que estás pendiendo de un hilo, joder, no digas especial, no te pongas más presión de la que ya tienes, no digas especial»— diferente. Para nosotros. Para ti.

Sí, ninguna presión.

Abrió la boca y sus rasgos se suavizaron aún más.

—Oh. —Parpadeó con rapidez. Le brillaban los ojos—. Oh, ¡Dios mío! —exclamó emocionada. Tragó saliva con fuerza, apretó el pequeño colgante en forma de diamante de su collar y lo deslizó por la cadena. Zip, zip, zip—. Eso es tan… tan dulce de vuestra parte. —Miró a Gennie, que no dejaba de saltar—. Es tan bonito que hayáis pensado en mí…

—¿Te quedas? Por favor, por favor, por favor. —Gennie juntó las manos—. Quédate. Di que sí. Di que sí.

Shay le pasó una mano a Gennie por el pelo y me miró a los ojos.

—Encantada.

Di una palmada y dije:

—Gen, ve corriendo a revisar los gallineros. Después necesito que uses tu magia para la ensalada.

Abrí un armario para evitar mirar a Shay. Para no preguntarle por qué se le habían llenado los ojos de lágrimas. Para evitar que se me escapara un aluvión de disculpas.

—Ensalada mágica —entonó Gennie como si fuese un cantito.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó Shay.

Todavía oculto tras la puerta del armario, solté un suspiro. Cuando ya no pude continuar escondido, saqué un cuenco que no necesitaba y lo puse sobre la encimera.

—Gen, ve con Shay afuera y muéstrale el gallinero.

Gennie tomó a Shay de la mano y le dijo:

—Quédate a mi lado. No voy a dejar que te picoteen.

No hacía falta revisar el gallinero. Las jaulas estaban vacías. Lo sabía porque las había revisado esa tarde antes de que Gennie y Shay llegaran de la escuela. Pero necesitaba un minuto porque la presión de que todo saliera bien no me dejaba respirar. Cualquier otra reacción suya me habría venido bien. Salvo esa. Incluso si hubiera rechazado la invitación y se hubiera marchado, lo habría podido manejar sin dificultad.

Pero eso… era otra cosa.

Mientras estaban fuera, saqué varios platos con comida del horno e hice todo lo que pude para que quedaran presentables. Les debía a Fig and Fennel, los del reparto de comida, una tonelada de albahaca fresca por ese pedido especial.

Shay y Gennie volvieron cuando estaba descorchando una botella de vino blanco.

—No hay huevos —anunció Gennie, volteando la cesta para demostrarlo.

—Se han portado de maravilla —agregó Shay.

Gennie asintió con la cabeza.

—Les he tirado una galleta.

—¿De dónde has sacado una galleta? —le pregunté.

—No lo sé. La tenía en el bolsillo.

—Genial. —Le dirigí a Shay una mirada de exasperación—. Hora de hacer tu magia con la ensalada.

Shay se sentó en uno de los taburetes del otro lado de la isla, con las manos entrelazadas bajo la barbilla, mientras observaba a Gennie subirse a su escalerilla y ponerse manos a la obra.

—Tengo que ver esto —dijo.

—Es magia —le explicó Gennie— porque pongo estas cosas feas en un bol y las mezclo, y dejan de ser feas. Y además queda rico. Es magia.

Las cosas feas en cuestión eran hojas verdes, manzana fileteada, nueces, una vinagreta ligera y un poco de queso. Pero no me importaba hacer teatro si el resultado era que Gennie se comía una ensalada sin ahogarla antes en salsa barbacoa.

Levanté la botella que acababa de destapar.

—¿Vino? —le ofrecí a Shay.

—No, gracias. Esta semana me abstengo. —Se rio para sí y desvió la mirada—. Bebí más que suficiente la semana pasada, como tal vez recuerdes.

—Nadie es perfecto. —No podíamos hablar de ninguna de las cosas que recordaba de esa noche. No podía. No podía porque era imposible dormirse sin pensar en ella en la cama, y no podía mirar una frambuesa sin compararla con sus pezones, y aún no había encontrado una frambuesa que me gustara más—. ¿Agua? ¿Refresco? ¿Zumo pirata?

—Zumo pirata —repitió Gennie, todavía cantando.

—Agua está bien —contestó Shay—. ¿Seguro que no quieres que haga nada? Me siento inútil aquí.

—Acabas de pasar dos horas dándole clases a mi sobrina por pura bondad —le dije, llenándole un vaso de agua—. No te sientas culpable por quedarte sentada.

Le puse el vaso enfrente, esquivando su mano extendida porque no podía ni tocarla. Ni siquiera un ligero roce con los dedos. Me iba a matar y tenía que mantener la compostura al menos una hora más.

—¿Cómo va la magia? —le dije a Gennie.

—Ya casi está. —Miró la ensaladera con el ceño fruncido—. Estoy a punto de poner las manzanas.

Shay me observó llevar varios platos a la mesa.

—¿Qué has cocinado?

—Recalentado. Gennie es la única que ha cocinado. —Señalé los platos—. No es gran cosa. Macarrones con queso, un gratinado de verduras y la versión de Fig and Fennel del estofado de carne.

—Y ensalada de manzana —agregó Gennie.

—Una versión actualizada de la ensalada de manzana y zanahoria —dije.

Shay empezó a responder, pero se detuvo.

—Esto es… no. —Agitó ligeramente la cabeza y se le arrugaron las comisuras de los ojos—. ¿Es el menú especial de Lollie?

—Lo que pude recordar —dije—. El plato de verduras no lo tenía muy claro. Espero que esté bien.

—Te… —Se llevó los dedos a los labios, y los ojos le brillaron de nuevo. La continuación de mi existencia dependía mucho de que no derramara esas lágrimas. No iba a poder mantener las

manos quietas si se ponía a llorar—. No puedo creer que hayas hecho esto. No puedo creer que te acordaras. Gracias.

—Fue idea de Gennie.

En caso de duda, culpar a la niña. Excelente distracción; siempre funcionaba.

—¿Recuerdas las preguntas que te hice sobre tus cosas favoritas? ¿Y que me hablaste de las fiestas de tu abuela que tanto te gustaban? —le preguntó Gennie, con un brillo ladino en los ojos —. Era mi proyecto secreto para tu cumpleaños. —Levantó la ensaladera—. Todo mezclado con magia.

Tomé la ensaladera y le indiqué a Shay que se sentara.

—Eres una espía excelente —le dijo a Gennie—. Y mira estos manteles individuales. Guau. Es increíble.

Gennie sonrió y se sentó junto a Shay.

—Ha salido bien, ¿no?

—Excelente —respondió Shay. Me miró desde el otro extremo de la mesa—. Gracias.

Me encogí de hombros como si tuviera algún control sobre la falsedad de este acuerdo matrimonial.

—No es nada.

Durante algunos minutos, la comida sirvió de distracción para todos. Gennie se dedicó a desmenuzar todo lo que había en su plato y a elegir los trozos que consideraba aceptables, mientras Shay lanzaba murmullos y gemidos en voz baja. Hice lo imposible por existir sin cometer ninguna torpeza.

Si bien admitirlo no conducía a nada, había abrigado la leve esperanza de que Shay bajara las escaleras, se abalanzara sobre mí al ver la sorpresa, y me abrazara con la intención de ser correspondida. Siempre había abrigado ese tipo de esperanzas, y nunca se habían cumplido. Y era un problema que yo mismo me había creado. Una y otra vez esperaba un desenlace que nunca se haría realidad.

Demonios, me había casado con ella por la remota posibilidad de que el terreno de juego cambiara y ese desenlace se pusiera a mi alcance. Pero no había cambiado nada. La verdad era que no. Podía organizar todas las fiestas de cumpleaños que quisiera e ir a buscarla a todos los bares de mala muerte de toda la bahía de Narragansett y darle todo lo que necesitara, pero nada de eso cambiaría las cosas entre nosotros. Para ella no cambiaba nada.

Y estaba bien. Podía convivir con ello. Podía dejar de lado la verdad una vez más, mil veces más, si así conseguía que ella tuviera lo que necesitaba. Una fiesta de cumpleaños, una vuelta a casa en coche, un marido solamente en los papeles. Allí estábamos en ese momento, metidos en ello, y ya no importaba si había jurado no volver a caer por el mismo agujero de siempre por Shay Zucconi. Tenía que aceptar que esas fantasías en las que ella venía corriendo a mis brazos —y se derretía en mi cama— eran totalmente inalcanzables.

No iba a ocurrir. No a mí, no en esta vida.

Era hora de aceptarlo, aunque una parte de mí muriera en ese proceso.

—¿Has oído hablar del Festival de la Cosecha? —le preguntó Gennie mientras retiraba el pan rallado de sus macarrones con queso.

—No mucho —le respondió Shay—. ¿De qué se trata?

—Es este fin de semana. Habrá atracciones, juegos, música y también un mercado ambulante. Noah dice que me va a dar dinero para las atracciones. Y también hay un puesto para pintarse la cara y te puedes hacer lo que quieras. Mariposas, estrellas, tigres, monos. Cualquier cosa —le contó Gennie, en tono conocedor—. Y también va a haber un partido de fútbol, pero eso no me

interesa.

—Es nuevo —dije—, de hace unos años. Es un evento comunitario, pero lo organiza el grupo de promoción de la escuela secundaria. —Negó con la cabeza suspirando—. Aunque no calificaría de organizado nada de lo que hacen.

—Todos esperan que Noah resuelva los problemas de todo el mundo —dijo Gennie.

Estaba claro que debía tener más cuidado con lo que decía delante de ella. Shay me miró con expresión divertida.

Me encogí de hombros y agregué:

—Al final todo sale bien. No está mal. Hay una feria rural, *food trucks*, una feria de arte y esas cosas. Recaudan dinero para los viajes de fin de curso y los actos de graduación, así que es positivo.

—Y Noah ha conseguido gente para trabajar en el puesto así no tengo que ocuparme de la caja. —Miró a Shay con ojos abiertos y esperanzados y comprendí lo que se traía entre manos—. ¿Quieres venir con nosotros? Podemos ir juntas a los juegos y comprar granizados y…

—Más despacio —le dije a mi sobrina—. Tienes que comer al menos cinco bocados más si quieres probar el pastel esta noche.

Shay contuvo una sonrisa mientras Gennie contaba exactamente cinco bocados para luego anunciar:

—Listo. ¿Podemos seguir hablando del Festival de la Cosecha?

—Suena muy divertido —le dijo Shay en tono medido—. ¿Tal vez podamos encontrarnos allí?

Ahí estaba. La distancia. Los límites. Lo odiaba, pero no podía hacer nada. Esa era mi realidad. Shay no quería ninguna de las cosas que yo quería, y no importaba cuántas veces la besara delante de todo el pueblo. Nada de eso era real.

—Bueno —respondió Gennie y apartó su plato—. ¿Podemos ir a abrir los regalos?

—¿Regalos? No, no, no. Todo esto ya es demasiado regalo —replicó Shay. Empezó a juntar los platos y, cuando intenté quitárselos, me fulminó con la mirada—. Lo hago yo. Quédate ahí.

—Podrías venir con nosotros en el coche, así Noah no tiene que llevarte hasta tu coche en el aparcamiento —dijo Gennie—. Como hizo después del otro partido de fútbol.

Shay inclinó la cabeza, tratando de contener una sonrisa.

—Es una excelente observación.

Miré a Gennie mientras Shay se ocupaba de organizar los platos y la vajilla, y le señalé el paquete envuelto en papel de regalo que había sobre la isla. Gennie captó la indirecta y se levantó de un salto.

—Lo hemos elegido especialmente para ti.

Shay me miró y negó con la cabeza.

—No hacía falta.

Antes de que pudiera responder, Gennie arrancó la cinta de la parte superior del paquete.

—Te muestro cómo se abre.

—Gracias —respondió Shay, sonriendo, mientras Gennie rompía el envoltorio—. Eres una gran ayuda.

Gennie le entregó la cajita blanca.

—Ábrela.

Shay quitó la tapa y soltó un ligero gemido. Me miró y estuvo a punto de decir algo, pero Gennie no tardó en captar su atención.

—Vacas —gritó Gennie—. ¡Son vacas!

Shay sacó los pendientes de cuentas blancas y negras de la caja y los sostuvo en alto.

—Es lo más perfecto que he visto en mi vida —dijo, y se le dibujó una sonrisa en el rostro—. Y llevan pequeñas coronas de flores. No puedo creer lo adorables que son.

Gennie pasó un dedo por las cuentas. Estaba orgullosa de sí misma, y me llenó de satisfacción. Las horas que habíamos dedicado a encontrar el regalo adecuado habían valido la pena.

—¿Recuerdas cuando te pregunté si solo te gustaban los pendientes de frutas y peces? —le preguntó.

—Todo tiene sentido ahora —dijo Shay riendo. Me miró, con ojos tiernos pero serios—. Gracias. Ha sido el mejor cumpleaños. No puedo creer que hayan hecho todo esto por mí.

—Te lo mereces —dije.

Se lo merecía todo, aunque yo no pudiera dárselo.



Capítulo diecinueve

SHAY

El alumnado será capaz de hacer un estudio geopolítico de las despensas.

No quería irme y no entendía por qué.

Tenía que preparar las clases de la semana siguiente y devolverle una llamada a mi madre, pero nada de eso era suficiente para ponerme en marcha. Cualquier momento de la última hora habría sido un buen momento para marcharme. Habíamos compartido porciones abundantes de un pastel de cumpleaños realmente delicioso mientras Gennie intentaba convencerme para que fuera a la Fiesta de la Cosecha con ella y Noah ese fin de semana. Ahora Gennie estaba en la cama después de un reñido baño, y Noah se empeñaba en que no lo ayudara con los platos de la cena.

Había sabido que Gennie ocultaba algo esa tarde, pero no me había esperado un acontecimiento tan maravilloso. La alegría me desbordaba el corazón. No recordaba la última vez que había sentido tantas cosas buenas todas juntas.

Los cumpleaños eran un momento extraño para mí. De niña, había tenido algunas fiestas de cumpleaños normales —tan normales como podían ser en el entorno de mi madre en el Upper East Side o en su mundillo londinense—, pero nunca habían tenido ningún significado afectivo. Después de pasar por el primer internado, ya no esperaba nada de los cumpleaños. Quizá una llamada de mi madre si no estaba en alguna recóndita zona de guerra.

Más tarde, al ir a vivir con Lollie, mi relación con este día se había vuelto amarga. De repente, me había dado cuenta de que los cumpleaños eran acontecimientos familiares impregnados de tradiciones y costumbres que desconocía. Y me había resultado más llevadero distanciarme de esas cosas que abrazarlas.

A Jaime la sacaba de quicio, por supuesto. Le encantaba organizar toda clase de fiestas. Pero nunca había dejado que me organizara una fiesta de cumpleaños. La idea me daba escalofríos, y siempre la convencía de hacer algo más sencillo, más pequeño. Una cena con las chicas. Unas copas en algún sitio elegante. Con eso bastaba.

Ahora, después de esa velada con Noah y Gennie, con el pecho desbordado por tantos detalles entrañables, ya no sentía tanta amargura. Y no estaba preparada para irme.

A menudo, mis visitas a casa de Noah y Gennie iban acompañadas de cierta tensión. Siempre había un momento en que la energía cambiaba, ya fuera dentro de mí, en Noah o por alguna otra causa, y se hacía necesario que me marchara. Tenía sentido. Todo lo que sube debe bajar.

Pero, esa noche, el momento no llegaba. No aparecía.

Así que me quedé. Ordené la mesa de la cocina mientras Noah guardaba las sobras. Organicé la nevera, incluido el estante repleto de experimentos con mermeladas, mientras él mascullaba una y otra vez: «De verdad que no tienes que hacer esto». Limpié la isla en medio de sus gruñidos malhumorados. Y, ahora, me parecía necesario secar los platos que él había lavado.

No habíamos hablado mucho desde el incidente en el bar el fin de semana. Una vez pasado el disgusto inicial, me había invadido la vergüenza y no había sabido qué decirle. Quería disculparme por haber sido tan pesada y haberme echado a llorar en su camioneta. Él no había pedido eso.

Me encontraba, otra vez, en esa extraña situación en la que parecía que nos gritábamos desde lados opuestos de un cañón, lo bastante cerca como para que todo se malinterpretara, pero a la vez demasiado lejos como para dar el salto y acortar la distancia.

—¿Dónde va esto? —pregunté, levantando la ensaladera.

—Déjala ahí —respondió—. Es tu cumpleaños y es mi casa. Por el amor de Dios, Shay, no vas a fregar los platos.

—Quiero ayudar. —Dejé el cuenco en la isla y empecé a secar otro plato—. Gracias de nuevo. Ha sido increíble. Y muy inesperado.

—No iba a olvidarme del cumpleaños de mi mujer, ¿no?

Noah no quería que empezara a enumerar las razones por las que aquello era mucho más que acordarse de mi cumpleaños. Preferiría cogerme en brazos y meterme en el coche antes que permitirme señalar que había recreado la comida que Lollie preparaba para la mayoría de los días especiales o el pastel de cumpleaños emblemático de Jaime. Y ni siquiera sabía qué decir de los pendientes. Por Dios. Estaba fascinada.

—No tenías por qué hacerlo —dije con naturalidad.

Se encogió de hombros.

—No ha sido ninguna molestia.

Seguí secando los platos mientras Noah los lavaba, dejando cada cosa en la isla, ya que él no me indicaba los lugares correspondientes.

—Ese Festival de la Cosecha parece un gran acontecimiento.

—¿No has visto los carteles? —preguntó—. Están por todo el pueblo. Debe de haber alguno en la escuela primaria.

—Puede ser. Pero no lo sé. Ha hecho tanto calor que no estaba en modo cosecha.

—Es cierto —murmuró.

—Creo que sé dónde va esta —dije para mí y entré en la despensa con la bandeja del pastel. Las sobras ya estaban envueltas y preparadas para que me las llevara a casa. Noah no quería quedarse con nada, por miedo a que Gennie se llenara los bolsillos de pastel y se lo diera a los animales de la granja.

Puse la bandeja en su lugar y tomé uno de los cuencos apilados en la encimera. El contenido parecían natillas de chocolate. Tomé otro. Ese parecía una pasta de cacao seca. Había tres más, cada uno en distintos estadios de preparación, aunque estaba claro que todos eran intentos de cobertura casera.

Había dado por sentado que Noah había encargado el pastel de cumpleaños como había hecho con la comida. Hubiese sido lo más probable. Estaba ocupadísimo con la granja y criando a una

niña. No suponía que fuera a hacer la cobertura con sus propias manos.

Me ruboricé mientras observaba los cuencos. Sentí una presión detrás del esternón. Había hecho todo esto para mí. Había intentado hacer la crema de chocolate como mínimo seis veces y ni siquiera había mencionado que la había hecho él mismo.

Pero no era la crema de chocolate.

Eran pendientes de vaca y hiedra venenosa y panes a cada rato. Ir a buscarme y obligarme a comer patatas fritas cuando estaba borracha, triste y caprichosa, y enviar a los heladeros a prepararme el aula. Ese era mi amigo, el que había cambiado tanto, excepto en las cosas que de verdad importaban.

Ese era mi marido.

—¿Dónde demonios te has metido? Ah. —Se quedó de pie en la puerta de la despensa, mirando el cuenco que tenía entre las manos mientras se pasaba una mano por la mandíbula—. No es nada. Solo… Déjalo.

La presión en el pecho se intensificó tanto que tuve que dejar el cuenco, rodearle el cuello con los brazos y apretar los labios contra los suyos.

Tenía olor a detergente y gusto a pastel, y aunque fuera la peor idea que se me hubiera ocurrido en la vida, sentía que era exactamente lo que quería.

Transcurrieron algunos segundos, en los que él se quedó quieto, con los brazos a los lados y el cuerpo paralizado contra el mío. Entonces, como si se hubiera activado un interruptor en su interior, dejó escapar un gemido y me rodeó el cuerpo con sus brazos. Se dejó llevar, me rozó los labios con los dientes, me metió la lengua en la boca, me raspó el mentón con la barba mientras paseaba sus labios por los míos. Era una lucha desenfrenada por tocarnos, saborearnos y abrazarnos, y no era suficiente. Nada era suficiente.

Arrastré los dedos por su nuca hasta hundírselos en el pelo. Gimió contra mi hombro, un sonido profundo y fuerte que liberó algo dentro de mí.

—Ven aquí —susurré, sujetándole el pelo con más fuerza para acercarlo de nuevo a mi boca.

Soltó una risa suave y sombría.

—Creo que no, esposa mía.

—¿Qué…?

Antes de que pudiera terminar ese pensamiento, me levantó, me colocó en el borde de la encimera y se metió entre mis piernas. Me pasó las manos por los muslos, levantándome el vestido. Me dibujó círculos en la cara interna del muslo, justo por encima de la rodilla y, si me preguntaran, tendría que decir que esa era la principal fuente de placer de mi cuerpo. Anonadada, vi cómo me temblaban las piernas bajo sus caricias.

—Así está mejor —rugió.

Nunca nadie me había tocado con tanta decisión. Con tanta audacia. Mantuvo una mano en mi muslo y llevó la otra a mi cara, recorriéndome la mandíbula y el pelo. Se inclinó hacia mí y me mordió los labios antes de sellar su boca contra la mía. Era algo nuevo y desenfrenado y, al mismo tiempo, parecía que lo hubiésemos hecho siempre.

Despegué las manos del borde de la encimera y se las pasé por los hombros, subiendo por el cuello. Volvió a gemir, pero esta vez coincidió con una fuerte embestida entre mis piernas que me hizo ver las estrellas. Dejé caer la cabeza contra la estantería al tiempo que se me escapaba un suspiro.

Noah hundió la cara en mi cuello y me llenó de besos, lamidas y mordiscos. Apretó el hueco de mi hombro, me pasó la lengua detrás de la oreja, inhalando como si fuera a tragarse el aroma de mi piel. Todo el tiempo, meciéndose constantemente entre mis piernas, con todo su cuerpo

duro.

No podía ocultarlo: estaba excitado. Muy excitado. Quería eso. Me deseaba.

—Noah —susurré, con los dedos hundidos en su pelo y los ojos empañados. El corazón me latía con fuerza y respiraba entrecortadamente. No sabía qué decir. Lo único que conseguí articular fue—: Tendrías que habérmelo dicho.

Negó con la cabeza.

—No voy a cagarla hablando.

Me pasó el pulgar por los labios y me miró a los ojos. Por un segundo, tuve la impresión de que se había acabado, de que todo quedaba ahí, pero volvió a acercar sus labios a los míos y mis pensamientos se desvanecieron.

Todo lo que creía cierto cambió y se reorganizó cuando me aprisionó entre su cuerpo y aquellas estanterías. No le resultaba indiferente a ese hombre fuerte y tranquilo. Él no necesitaba tiempo para sentirse a gusto conmigo. Y eso no era una actuación.

Le pasé los dedos por el cuello porque lo hacía gemir de manera salvaje contra mi piel y, aunque no entendía por qué, quería oír ese sonido. Me acarició los pechos, moviendo la mano en círculos firmes que al principio no me hicieron nada, pero luego me pasó un dedo por el pezón y casi salto de la encimera.

Necesitaba más. Lo que fuera. Me moví hasta que pude rodearle los muslos con los tobillos, pero él se separó de mis labios con un jadeo ahogado. Bajó la cabeza hasta mi hombro y me besó en el cuello.

—Me encanta tu pelo así.

—¿Corto? ¿O un poco rosado?

—Las dos cosas —dijo, estrechándome en un abrazo apretado—. Es como si por fin te hubiera dejado de importar lo que piense todo el mundo y te permitieras ser lo que quisieras.

Me ardieron los ojos al tratar de asimilar esas palabras.

—Puede ser. Todavía no lo he conseguido del todo.

Se respiraba un aire distinto. Había honestidad. No había necesidad de esconderse.

Cuando Noah me besó otra vez, fue una sensación familiar en el mejor de los sentidos. Conocía sus labios, su lengua, su barba. Conocía su sabor. Y pude sumergirme en ese momento y sentirlo como si fuera eterno.

Poco después, se echó hacia atrás y desenredó la trenza que había formado con nuestros cuerpos, diciendo:

—Lo vas a lograr. Lo sé.

Me bajó el vestido y le pasó una mano para alisar las arrugas resultantes de tanto restregarnos en la despensa. Hizo una pausa y me miró. Si mi aspecto se asemejaba siquiera a una fracción del caos que sentía en mi interior, era un desastre. Pero no el mismo desastre de los últimos meses, sino una versión nueva y refrescante. Una versión que no me molestaba en lo más mínimo. Una versión que me hacía sentir muy viva y no reseca ni vacía en absoluto.

Noah me acomodó el pelo detrás de la oreja y me dijo:

—Te acompaño a la puerta.

—¿Es necesario?

Asintió.

—Sí. Un minuto más aquí y van a pasar noventa, qué digo, toda la noche, sin darnos cuenta.

Apreté las piernas y sentí un dolor inconfundible, una presión que casi me dejó sin aire. Tragué saliva.

—Vale.

—Mañana tienes clase —dijo, como si eso explicara todo.

Con una mano apoyada entre mis omóplatos, me condujo a la cocina. Recogió la bolsa de mis libros y las sobras del pastel, y me acompañó afuera. En cuanto a mí, no podía pensar en otra cosa que en el ardor y el deseo que me embargaban, y dejé que metiera mis cosas en el asiento trasero, colocara el pastel en el asiento del acompañante y me abrochara el cinturón de seguridad. Junté las manos en el regazo para evitar que me temblaran.

—¿Quieres que te siga hasta tu casa? —preguntó.

—No. Estoy bien. —Solté una risa nerviosa—. Y Gennie está dormida.

—Puedo pedirle a alguien que venga diez minutos —dijo, con una mano apoyada en la puerta abierta del coche. La postura hacía que la camiseta se le subiera por el torso, y le dejaba una parte de la piel al descubierto. A sus espaldas, había una media luna colgada en el cielo, y no podía creer lo atractivo que estaba. Como un ángel que conocía el cielo y el infierno lo suficientemente bien como para escapar de ambos—. No es problema.

Negué con la cabeza.

—¿Qué tal si te mando un mensaje cuando llegue a casa?

Levantó las cejas mientras lo pensaba.

—Vale. Me parece bien.

—Gracias —dije, señalando el pastel.

—Feliz cumpleaños, esposa mía. —Se inclinó hacia mí y me rozó los labios con un beso—. Te paso a buscar para ir a la Fiesta de la Cosecha. Estate lista a las siete.



Shay: Estoy en casa.

Noah: Sí. Parece que sí.



Capítulo veinte

SHAY

El alumnado será capaz de cruzar puentes y escalar maridos que parecen montañas.

Puse mi botella de agua en el dispensador de la cafetería y le di un tirón a la parte delantera de mi vestido; un penoso intento de hacer circular el aire denso y sofocante. Ni siquiera era media mañana y ya me estaba derritiendo. Septiembre nunca se iba sin una última ola salvaje de calor. Y no habría ido mal —una incomodidad pasajera antes del clima fresco prometido para el fin de semana—, si no fuera porque el sistema de climatización de la escuela primaria Hope estaba en las últimas.

—Sofocante, ¿verdad?

Aparté la vista del chorro de agua que caía en mi botella y vi a Helen Holthouse-Jones, a quien todavía me negaba a llamar HoJo, que atravesaba la cafetería hacia mí. Llevaba un vestido sin mangas y el pelo color *merlot* recogido con un sujetapapeles enorme.

—Sí —dije con énfasis—. A este paso, podríamos pasar la tarde tirados en el suelo con las luces apagadas.

—Bueno, bueno. Puede que sea la única forma de superarlo —dijo riendo. Destapó su botella de agua y tomó un sorbo mientras la mía seguía llenándose. Tardaba una eternidad; lo sabía. Me gustaban las botellas grandes, no iba a mentir—. Ya que la tengo aquí… —Ay, Dios—. Lo he consultado con la Sra. Sanzi, y creemos que lo mejor sería que se pasara a su clase en cuanto Kelli esté de vuelta. Así podrá conocerla a ella y a los niños, y familiarizarse con el contenido. —Debí de poner mala cara porque me apuntó con la botella y se apresuró a agregar—: A menos que no le parezca bien, claro.

—No, no. Está bien. Perfecto. —Me reí a pesar del pánico—. Es que… he perdido la noción del tiempo. Acabo de caer en la cuenta de que llevo casi un mes con este grupo.

—El primer mes pasa volando, ¿verdad? —Sacudió la cabeza como si estuviera más que habituada al calor enajenante de septiembre—. Le diré a la Sra. Sanzi que seguimos con ese plan, entonces. Qué bien. Bueno, bueno… Ya nos ocuparemos de la Sra. Lazco más adelante.

Tomé mi botella y me concentré en cerrar el tapón.

—Estupendo.

Como a la ligera, Helen me preguntó:

—¿Ha pensado ya en el año que viene?

Mantuve la mirada hacia abajo. No quería explicarle el terror que me producía esa pregunta. Era demasiado complicado — y tampoco era asunto suyo—, y necesitaba tiempo para tomar esas decisiones. En los últimos tres meses, me había comprometido, me habían dejado y me había casado, además de heredar una granja (en cierto modo), dejar mi trabajo, mis amigas y mi ciudad, y descubrir que mi marido me parecía atractivo y me excitaba, *mucho*. Mis intentos de ir día a día daban risa.

—Estoy muy enfocada en este grupo de segundo —dije—. No he tenido oportunidad de pensar en nada más.

—Es lógico —murmuró—. Si en algún momento encuentra la oportunidad de pensar en otra cosa, quiero que sepa que es probable que tenga una vacante en primer curso, además del curso de infantil. Solo para que lo tenga en cuenta. ¿De acuerdo? Bueno, bueno… Dejo que vuelva a lo suyo.

Cuando Helen salió de la cafetería, con el cordón rebotando al ritmo de sus pasos, me apoyé en la pared. Tenía que volver al aula y aprovechar ese rato para prepararme las clases de la semana siguiente, pero necesitaba un minuto más. No corría aire en ningún lado, mi aula estaba al final de un pasillo largo y mal ventilado, y pensar en el próximo año me oprimía el pecho.

Jaime me juraba sistemáticamente que, una vez que se resolviera todo el asunto del testamento de Lollie, me llevaría de vuelta a Boston, pero ese plan tenía algunos problemas. Mi antigua escuela me había sustituido por una persona muy simpática llamada Aurora Lura, no tenía un lugar donde vivir aparte del sofá de Jaime y no se me ocurría cómo iba a ocuparme del recinto para bodas de la granja de Lollie —que ahora tenía un plan de negocios profesional y las aprobaciones iniciales de financiación— viviendo y trabajando a noventa minutos de distancia.

Además de todas esas cuestiones bien reales, estaba Noah y lo que había pasado en la despensa. No sabía qué significaba todo eso. No me había dejado un folleto que explicara qué esperar cuando te das cuenta de que deseas a tu falso marido.

¿Lo deseaba realmente? ¿Podría tener relaciones sexuales esporádicas con mi falso marido?

En realidad, tenía que preguntarme si yo era una persona capaz de mantener relaciones sexuales esporádicas sin más. No me resultaba difícil encontrar atractivo a alguien y no me costaba sentirme atraída sexualmente, pero necesitaba cruzar otros puentes antes de querer quitarme la ropa, quedarme desnuda con esa persona y dejar que me tocara. Y no siempre podía definir esos puentes, pero necesitaba algo más para sentirme bien.

Volviendo la vista atrás, no tenía idea de qué había sido lo que me había convencido de que acostarme con mi ex era una decisión inteligente, pero la persona con la que había estado antes de él siempre me había hecho sentir segura. Podía decir cualquier cosa, hacer cualquier cosa, y no iba a estar mal. Sabía que nunca sacaría a relucir mis vulnerabilidades y confiaba en esa persona.

No estaba segura de si alguna vez había confiado en mi ex de la misma manera. Había querido confiar en él y creo que tanto como para convencerme de que así era. Me había convencido de tantas cosas… No era posible que me hubiera tragado todas esas mentiras y medias verdades mientras me decía a mí misma que tenía todo lo que siempre había querido.

Aparte de mis experiencias de adolescente, que eran lo más cercano a lo esporádico a lo que había podido llegar, mi vida sexual entraba de lleno en la columna de lo serio. Y no podía imaginarme que el sexo con Noah pudiera ser algo más que esporádico. Nuestro matrimonio tenía fecha de caducidad y, con toda seguridad, también mi permanencia en ese pueblo.

Podíamos besarnos en una despensa y acurrucarnos en un partido de fútbol, pero cualquier otra cosa sería… bueno, no veía cómo podría haber otra cosa.

Aunque tuviera la sensación de que con él había cruzado muchos de los puentes que necesitaba cruzar, y lo cierto era que deseaba a Noah, no era una buena idea. Era posible que él no sintiera lo mismo. Sí, claro, había estado bastante intenso en la despensa, pero no sabía qué significado tenía eso para él. No podía imaginar que para él significara algo más que un si te he visto no me acuerdo, un desahogo, lo más esporádico del mundo.

Todas esas cosas me parecían horribles. No me interesaba tener relaciones sexuales para descargarme. No sabía cómo separar el sexo de las emociones y no quería probarlo. Necesitaba sentir algo. Necesitaba sentir que merecía múltiples intentos fallidos de hacer cobertura de chocolate.

Pero no era una buena idea. Las cosas con Noah ya eran más que complicadas. No había necesidad de arruinarlas más mezclándolas con sexo. No cuando podía regalarme un precioso vibrador nuevo por mi cumpleaños y dejar atrás esas complicaciones.

Era mejor así. Mucho mejor. Para todos. Apenas tenía tiempo para esas actividades extraescolares, si tenía en cuenta que debía ponerme a pensar en el curso de tercero de la Sra. Sanzi y en lo que fuera que tenían que aprender esos niños. Si conseguía que Grace me explicara su plan de estudios, me vendría muy bien. Aunque pasara una o dos semanas con Adelma Sanzi en su clase, igualmente tendría que preparar mis propios planes durante su ausencia. Tal vez podía ir a visitar a Grace y Emme un fin de semana largo, y a Jaime y Audrey, por supuesto.

Ellas entenderían por qué no podía tener relaciones sexuales con mi marido. Estarían de acuerdo conmigo en eso.

Al margen de lo que Jaime hubiera dicho.

Mientras estaba sumida en estos pensamientos, una puerta se abrió de golpe en el otro extremo de la cafetería. Tardé en desviar la mirada en esa dirección, pero no tardé en suspirar un «ahhh».

Noah se abría paso por la entrada de reparto, con dos cajas de leche en cada mano. Los brazos sobrepasaban los límites de su camiseta. Por un momento, lo único que pude hacer fue mirarlo. ¿Y quién podría reprochármelo? Sus brazos parecían troncos de árbol, y su pecho, Dios mío, podía entrever los músculos a través de la camiseta.

Sabía cómo era la sensación de tocar esos músculos, y los brazos también, pero verlo cruzar la cafetería dando zancadas, con la gorra calada sobre los ojos y la mandíbula rígida, fue una experiencia totalmente distinta.

Hasta que me sorprendió mirándolo.

Esbozó una sonrisa y colocó las cuatro cajas en la nevera. Eran las diez de la mañana y hacía más de treinta grados, y él acarreaba toda esa leche en esos tremendos brazos de tronco sin ni siquiera un suspiro agitado.

Levantó la barbilla en gesto de saludo mientras se acercaba, ahora sí sonriendo de verdad. Me quedé sin palabras. Sin una sola palabra. Hasta ese momento nunca me habría imaginado que cargar con cajas de leche por una cafetería con una camiseta ceñida en un día caluroso era, con toda claridad, uno de los puentes de intimidad que necesitaba cruzar.

—Buenos días —exclamó.

—Mmm. —Me aferré a la botella de agua con las dos manos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Se quitó la gorra y se pasó los dedos por el pelo.

—Yo también me alegro de verte.

—Eh… quiero decir… —Tomó mi botella y le dio un sorbo. Me quedé mirándole la garganta

mientras tragaba—. ¿Desde cuándo repartes leche en las escuelas?

—El camión del repartidor habitual se ha sobrecalentado en la carretera. —Me devolvió la botella apoyándola entre mis pechos y, con el índice, me rozó un pezón. Se me escapó un sonido a todas luces lujurioso. Totalmente fuera de lugar en la cafetería de una escuela primaria—. Es parte del trabajo.

—Ya… veo —balbuceé. ¿Estaba haciendo más calor allí dentro?

Me pasó la mano por la oreja y la bajó por el cuello, y se sonrojó al ver los pendientes de vaca.

—Preciosos.

Mucho, muchísimo más calor.

—¿Cuántas paradas más tienes que hacer? —le pregunté.

Me pasó un dedo por debajo del collar y frotó el colgante con el pulgar.

—Esta es la última.

—Qué alivio —solté.

Inclinó la cabeza hacia un lado y me estudió mientras me pasaba el dedo por el cuello.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres una incitación andante a tener una aventura con el repartidor de leche —dije.

Noah se encogió de hombros mientras el rubor le teñía las mejillas y las orejas.

—No sería una aventura, porque ya estamos casados. —Me tomó de la mandíbula y se inclinó hacia mí—. ¿No es cierto, esposa mía?

Rozó los labios contra los míos. Sentí la caricia suave de su barba en la mandíbula y su aliento mentolado en la piel. No llegó a ser un beso, apenas un roce, pero me disparó un recuerdo ardiente de la noche anterior. Fue una sensación increíble, y muy inoportuna.

—Tengo que seguir con la clase en unos minutos —le dije.

—Entonces te robo este minuto. Si quieres que te lo devuelva, vas a tener que venir a buscarlo.

Me pasó el brazo por la cintura y me apretó contra él. Me sujeté a su hombro para mantener el equilibrio. Cuando me besó, resonó un rugido desde el fondo de su garganta que se estrelló contra todas las justificaciones que había elaborado para convencerme de que no deseaba a Noah, y las echó por tierra. Todas mis razones y justificaciones, toda esa fortaleza sólida y racional, se derrumbaron como un castillo de arena rendido ante la marea.

No pude hacer otra cosa que devolverle el beso y plantearme si iba a sobrevivir a eso.

Desde el otro extremo de la cafetería, se oyó un coro de «ooohhhh». Me zafé del abrazo de Noah y vi que mis alumnos se dirigían a la fuente, con las caritas sonrojadas y sudorosas de tanto correr con este calor.

—Ay, Dios.

—Disculpa la interrupción, señorita Z —dijo Gagne, guiñándome un ojo sin ninguna necesidad—. Hemos terminado el partido de *kickball* temprano. Hay que hidratarse mucho en días como hoy.

—¿Ese es el tipo? —me preguntó Noah en voz baja.

—¿Qué tipo? —Sabía bien de qué tipo estaba hablando.

—El que te dejó en el bar —dijo en tono cortante, fulminando con la mirada al maestro de gimnasia—. El entrenador de *lacrosse* al que voy a matar.

—Sí, pero aquí no asesinamos a la gente. Es un pésimo ejemplo para los niños. —Le di una palmada en el hombro—. Ya bastante haces con matarlo con la mirada. Cálmate. Nada de gruñidos.

—¿Es tu novio? —preguntó uno de los niños.

—¿Se va a casar? —preguntó otro.

Noah soltó una risita.

—Este es mi amigo el señor Barden —dije, dirigiéndome al grupo—. Ha venido a reponer la leche con chocolate. Saludad al señor Barden.

—¡Hola, señor Barden! —dijeron a coro.

Noah levantó una mano.

—Hola. —Se volvió hacia mí y me dijo—: Ya sabes dónde encontrarme si quieres recuperar ese minuto.

Lo miré alejarse hacia la puerta de reparto, dedicándome una sonrisita que fue a parar a algún lugar por debajo de mi ombligo, mientras me decía adiós con la mano.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer con respecto a mi marido.



Capítulo veintiuno

NOAH

El alumnado será capaz de mantener la sangre fría incluso cuando la situación se ponga al rojo vivo.

El sábado por la noche, en cuanto llegué a Twin Tulip y me bajé de la camioneta, me volví un manojo de nervios.

Shay salió de la casa con unos vaqueros ceñidos a sus caderas anchas y un jersey que me hizo dar ganas de meterle las dos manos adentro, y me quedé mudo. Tenía el pelo cambiado, quizá un poco rizado, y el maquillaje que se había puesto en los ojos hacía que sus pestañas parecieran eternas. Lo único que pude hacer fue quedarme mirándola durante un largo largo rato.

Se detuvo en lo alto de los escalones del porche.

—¿Qué pasa? —Se miró el jersey y los vaqueros—. ¿Qué tengo mal?

—Nada. Estás… perfecta.

Se pasó las manos por los muslos.

—¿Qué estás mirando, entonces?

«Una escena de todas las veces que te vi ir a festivales y fiestas y citas con otro. Todas las veces que creí que nunca tendría la oportunidad de ser yo tu acompañante».

Pero, en lugar de decir eso, subí corriendo los escalones hacia ella.

—Estás muy bonita. Quiero decir, tu jersey… es muy bonito.

—Ay. Gracias. —Me miró—. De todos modos, me estás mirando raro.

Sí, bueno, era raro tener todo lo que siempre había querido. En cierto modo, todavía no sentía que estuviera haciendo nada de eso bien.

—¿Qué estáis esperando? —Levantamos la vista y vimos a Gennie asomada a la ventanilla, con la espada en alto—. ¡Vamos! Nos vamos a perder el festival.

—No, no nos lo vamos a perder —le respondí, y luego le hablé a Shay—: Hace dos horas que se sentó frente a la puerta y empezó a preguntar cuándo nos íbamos.

—Está emocionada, parece.

—Se podría decir que sí.

Sonrió y se inclinó para chocar su hombro contra el mío.

—No la tengamos en vilo.



Sostuve cuatro billetes de cinco dólares lejos del alcance de Gennie.

—Son veinte dólares —le dije—, y es más que suficiente para todos los juegos y atracciones.

—¿Y para granizados? —preguntó.

—También. Elige bien. No te lo gastes todo en un solo lugar. Y no te metas en peleas.

—Más vale que esos imbéciles no empiecen a pelear conmigo.

Alejé los billetes.

—¿Qué has dicho?

—Nada —murmuró—. Nada de peleas.

—Bien. —Le di el dinero y lo guardó en el bolsillo interior de su forro polar—. Quédate donde pueda verte.

Gennie echó a correr con los brazos extendidos hacia los juegos. De pie a mi lado, Shay se rio, diciendo:

—Sabes que va a ganar el peluche más grande que haya y vas a tener que atarlo en la caja de la camioneta, ¿no?

—No me cabe duda. Necesito algo nuevo para ahuyentar a los zorros del gallinero.

Señaló la explanada repleta de vendedores y artesanos locales mientras paseábamos.

—¿Tienes que hacer algo esta noche?

—No, gracias a Dios. Hemos organizado los turnos para cubrir todo el día y copatrocinamos el evento, pero no tenía tiempo para comprometerme a nada más. Siempre surge algo, ¿sabes? A los organizadores siempre les aparece alguna emergencia a último momento: necesitan que les donen cestas para una subasta silenciosa, alguien que monte un generador o más manos para ayudar con la venta de entradas. Y eso es solo en lo que concierne al evento. No te imaginas el caos que implica planificar estas cosas. Siempre hay un comité o una junta que necesita ayuda. El año pasado empecé a mandar a la persona que se encarga del *marketing*, pero no se quedan contentos hasta que no aparezco yo en estos encuentros infernales. Como si me encantara pasarme la tarde en el comedor de alguno hablando de ideas para la feria navideña.

Shay me miró con atención.

—Dime, ¿qué se siente al ser el hombre más solicitado del pueblo?

Le tomé la mano. Me brotó una sonrisa al notar que entrelazaba nuestros dedos. Quería hacer mucho más que tomarla de la mano. Quería continuar donde lo habíamos dejado en la despensa. Pero había pasado los últimos días obsesionado con ese tema y no sabía si podríamos hacerlo. Primero que nada, porque me costaba relajarme. Pero también porque Gennie siempre estaba conmigo. No sabía cómo mantener un ambiente estable y hacer lo mejor para ella sin renunciar a mi vida en el proceso. Ese no podía ser el rumbo que iba a tomar mi vida. No podía ser el precio de tenerla bajo mi cuidado.

Sin embargo, ese había sido el precio hasta el momento. Tampoco era que le hubiera dedicado mucho tiempo al sexo o a las citas desde que había vuelto a Friendship, pero la llegada de Gennie había terminado con todo. Finalmente habíamos llegado a un punto en el que podía pasar el día en el rancho de los Castro sin angustiarse de que yo no volviera a buscarla, pero dejarla de noche con una niñera —aunque fuera alguien de confianza como Gail— era complicado. O me iba de casa después de que se durmiera o aceptaba que no se acostara hasta que yo llegara a casa.

Ni eran las mejores condiciones para tener citas ni tenía ganas de salir con alguien para luego pasarme la noche lleno de ansiedad y mirando el teléfono cada tres minutos, la verdad.

—Es agotador —dije riendo—. La popularidad no es el don que la gente se imagina.

—Seguro —respondió—. ¿Fue difícil tener que relevar a tus padres en todo esto?

—Agotador —repetí—. La gente piensa que soy igual que mi padre. Para muchos, él era el corazón de este pueblo y dieron por sentado que yo sencillamente —hice un gesto hacia delante — ocuparía su lugar. No te haces una idea de la cantidad de veces que me han dicho cómo habría hecho las cosas él, o mejor, que estaría muy de acuerdo con lo que estoy haciendo. O que no. Eso también me lo dicen mucho.

Ella murmuró en asentimiento.

—Has hecho cosas increíbles. Dejando de lado lo que tu padre hubiera pensado, has construido un pequeño imperio aquí.

—Para tu beneficio, ese imperio incluye panes recién horneados.

—Sabía que era cuestión de tiempo hasta que descubrieras mis intenciones.

Se acurrucó contra mí para dejar paso a una familia y tuve que hacer lo imposible para contener un gemido.

Mientras caminábamos, nos cruzamos con algunos de sus alumnos. Todos se acercaron a saludarla y a contarle sus aventuras de la noche. Le mostraron sus premios y le contaron anécdotas desproporcionadas sobre la vuelta en las tazas giratorias, y Shay los escuchó a todos con la misma atención que le prestaba a Gennie. Me resultaba inconcebible que no me hubiera hecho una idea clara de Shay como maestra hasta ese momento, que la veía asentir con entusiasmo mientras un niño con todo el kétchup del mundo untado en la cara y en la camiseta le hablaba de la noria. Hacía eso todos los días. Escuchaba la cháchara disparatada de un montón de mocosos sucios y, de alguna manera, se las arreglaba para transmitirles conocimientos.

La mayoría de los padres ni siquiera se dieron cuenta de mi presencia. Los que sí me vieron echaron un vistazo rápido en mi dirección reparando en mi mano en la cintura de Shay, pero estaban más interesados en la señorita Z que en cualquier otra cosa. Y me pareció perfecto. Podía quedarme en silencio y dejarla brillar toda la noche. Además, era más seguro. Permanentemente estaba a punto de referirme a Shay como mi esposa y no había nada más alejado de lo que ella necesitaba que dijera en esa situación.

Las únicas veces que tuve que hablar fueron cuando algún padre también tenía hijos que trabajaban en la heladería. Tenían la necesidad de contarme que la ropa de Emma seguía con olor a cucurucho o que Zeke se refería a sus bíceps como bolas de helado. Esos sí nos miraron con cierta curiosidad, como si estuvieran haciendo cálculos matemáticos en la cabeza y se quedaran satisfechos, aunque un poco sorprendidos, con el resultado.

Después de saludar a todos los niños en un radio de ocho kilómetros, recorrimos el circuito de puestos de comida, deteniéndonos cada pocos metros para ver los menús.

—¿Te acuerdas de los festivales de la cosecha de nuestra época? —preguntó, señalando con la mano las largas filas formadas ante los camiones—. Había patatas fritas rancias y queso naranja que venía en un bote gigante, y carreras de sacos de patatas.

—Con sacos de patatas de verdad —añadí—, de la granja de los Vaudereil.

Me miró de soslayo.

—¿También la compraste?

—Sí, pero fue un negocio limpio. No tuve que hacer ninguna locura como casarme con su nieta para conseguirlo.

Me dio un codazo entre las costillas.

—Sabía que lo hacías por eso —murmuró.

—No es así y lo sabes —dije. Me sonrió con dulzura—. Se mudaron. No recuerdo adónde. A los nietos no les interesaban las tierras, pero no querían vendérselas a especuladores inmobiliarios. ¿Te acuerdas de Marta Vaudereil? Era la que tenía la pegatina «No te dejes pisotear por esos canallas» en el parachoques. Era tremenda. Me caía bien esa vieja chiflada.

—Me acuerdo. Era muy amiga de Lollie. Se sentaban en el porche a las diez de la mañana a tomar unos *manhattans* y, como solían decir, darle a la lengua. —Se rio—. ¿Qué hiciste con la granja de patatas?

—Convertimos la casa en la panadería y cultivamos infinidad de verduras en esa tierra: espárragos, zanahorias, lechugas, calabazas. Es la razón por la que pudimos poner en marcha un servicio de cesta de productos agrícolas. Antes de eso, no teníamos suficiente variedad para justificar el precio. —Señalé el castillo inflable montado en el centro de la pista de atletismo—. Estos críos sí que lo tienen fácil. ¿Recuerdas el laberinto de fardos de heno en la cancha de fútbol? Era una pesadilla.

—Hablando de pesadillas —dijo Shay—, no mires, pero tu amiga Christiane viene hacia aquí.

De inmediato, busqué entre la multitud para localizar a Gennie. Si Christiane Manning estaba allí, también estaban sus hijos, y necesitaba quedarme tranquilo de que no estuvieran entretenidos atormentando a mi sobrina.

—Está en la caseta de la pistola de agua. —Me codeó subiendo el mentón hacia un puesto situado al otro lado del campo—. Y está con una amiga. ¿La ves? La chica de la coleta. Están jugando juntas.

—¡Noah! ¡Hola, hola! Noah, ¡aquí!

Esta vez no hice el menor esfuerzo por reprimir un quejido, pero sí estreché con más fuerza la cintura de Shay. Me gustaba tocarla así, sin sentir el peso de la simulación, sin preguntarme si Shay estaría apretando los dientes para sobrellevarlo. No después de haber sentido sus piernas apretadas alrededor de mi cintura.

—Christiane.

Me sonrió, pero había algo particular en su mirada, como si se negara a ver a Shay a mi lado.

—¿Qué te parece? Después de tantos meses de planificación, sabía que este festival saldría a la perfección. Y es estupendo que toda la comunidad participe, ¿no crees? —preguntó, girándose y señalando la feria—. Hay que decir que es todo un éxito.

Asentí con la cabeza, esperando a que reconociera la existencia de mi esposa. Como no lo hizo, dije:

—Sí, Shay y yo estábamos hablando de eso.

Christiane me miró, parpadeando con lentitud y deliberación, para luego sonreírle a Shay.

—Hola —le dijo rápido—. No puedo creer que no nos hayamos cruzado en más de un mes. ¿Dónde te has estado escondiendo?

—Por ahí —respondió Shay con soltura—. Noah me tiene muy ocupada. Justo el otro día me organizó una fiesta de cumpleaños de lo más tierna. Con todos mis platos favoritos y un pastel. Totalmente casero. Y la cobertura también. ¿Te lo puedes creer?

Ese pastel era de caja, pero no pensaba corregirla, y menos cuando estaba tan inspirada.

—Vaya —dijo Christiane—. Feliz cumpleaños atrasado.

Shay me sonrió. Me dije que esa sonrisa era real, auténtica. Que le había encantado la fiesta de cumpleaños —y todo lo que vino después— y que no tenía que cuestionarme si lo decía únicamente para los oídos de Christiane. Iba a necesitar un minuto para acostumbrarme a eso.

—Gracias —respondió Shay—. ¿Qué hay de ti, Christiane?

—Nada nuevo. —Se pasó una mano por el cuello—. El trabajo va viento en popa. Tengo la agenda completa para los próximos seis meses. He tenido que recurrir a una cortadora hidráulica para hacerme espacio en la agenda y poder tomarme vacaciones.

Le di un beso a Shay en la sien mientras metía la mano en su bolsillo delantero. Christiane siguió cada centímetro de ese movimiento, parpadeando con furia en todo momento.

—Qué suerte —dijo Shay, en un tono que parecía auténtico—. Parece ser un problema muy bueno, ¿no?

—Un problema fantástico —coincidió Christiane. Su hija apareció a su lado, y le dijo al oído que estaba cansada. La niña señaló la valla baja que separaba la pista de atletismo de las canchas de fútbol. Su hermano estaba sentado en el césped, contra la valla, dando golpes a la nada con un palo—. Parece que no todos podemos trasnochar. Los gemelos viajan con sus equipos de fútbol, así que los fines de semana nos levantamos antes del amanecer. Así son las competiciones de futbol, qué se le va a hacer. —Desvió la mirada hacia mí—. No he visto a Gennie en ningún partido. ¿No juega al fútbol? Con mucho gusto Francine le podría enseñar lo básico. Tal vez podrían juntarse para pasar un rato entre chicas y…

—El fútbol no es uno de los intereses de Gennie —dije.

—Ya veo —asintió Christiane—. Bueno, si alguna vez cambia de opinión, ya sabes cómo localizarme. —Saludó con la mano y añadió—: Nos vemos por el pueblo seguramente.

—Ha sido relativamente llevadero —dijo Shay cuando Christiane y sus hijos se fueron.

—¿Tendría que inscribir a Gennie en las ligas de fútbol?

Ella se encogió de hombros.

—Quizá estaría bien, si ella quiere. Si no es fútbol, quizá otro deporte. Ese tipo de actividades pueden ser una buena válvula de escape para los niños a los que no les entusiasma la escuela y a quienes les cuesta relacionarse con otros niños. —Señaló las atracciones—. ¿Qué me dices? ¿Te animas?

Me froté la nuca.

—Si quieres.

—¡Oye, ni que te estuviera obligando a punta de pistola! ¿Qué pasa?

Me rodeó el bíceps con las dos manos y dio un tirón juguetón. Le respondí pegándola a mi pecho y besándola con fuerza. Al principio soltó una risita contra mis labios, pero luego se fue ablandando poco a poco hasta que suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó, echándose hacia atrás lo suficiente para hablar—. Entre nosotros.

—No lo sé —admití.

—Yo tampoco.

—¿Tenemos que saberlo?

—Pienso que no. —Negó con la cabeza y se rozó el labio inferior con los dientes.

—Muy bien. —Le di un beso en la frente—. ¿Quieres que paremos?

—No. De ninguna manera. —Volvió a negar con la cabeza.

—Entonces, saca esa pistola y dime qué quieres, esposa mía —dije.



—Esa cosa es una demanda en potencia —dije, mientras salíamos a tropezones de las tazas giratorias—. Demasiada inclinación. Demasiados giros. A alguien le va a dar vértigo y va a iniciar una demanda contra este pueblo. Menos mal que Gennie es demasiado baja para subir.

Shay se echó a reír contra mi pecho. La tenía pegada contra mí porque tropezaba más que la noche que la había ido a buscar al bar. También la tenía pegada contra mí porque todo en el mundo parecía perfecto cuando estaba ella.

—No ha sido tan horrible —dijo, todavía riendo.

—No puedes caminar, esposa mía —le dije—. Esa es toda la prueba que necesito.

—No hace tanto tiempo habríamos pasado toda la noche montando ahí.

Dos cosas pasaron cuando dijo eso. Primero, bajó la mano hasta mi estómago y la deslizó hacia abajo hasta justo antes de la hebilla de mi cinturón. En segundo lugar, y más importante, mi cerebro tomó las palabras «toda la noche montando» y las convirtió en el único requisito para mi supervivencia. Comida, agua, descanso… nada de eso importaba. No hasta que me montara toda la noche.

—Ahora vamos a la noria —me dijo.

—Dime que es una broma.

Me las arreglé para caminar sobriamente en línea recta mientras intentaba apartar a Shay de las atracciones.

—Vamos. La noria es como una siesta en comparación con esto. —Bajó la voz y agregó—: Y la directora de la escuela primaria Hope está justo allí, cerca del carrito de manzanas caramelizadas. Si me ve, va a querer hablarme sobre el año que viene.

—¿Y no quieres hablar de ese tema?

Negó con la cabeza, empujándome hacia la noria.

—Todavía no. No esta noche.

Sus palabras daban pie a muchas preguntas, pero hacerlas era arriesgarse a recibir respuestas, y era muy probable que no fueran las que quería oír.

Cuando llegamos a la breve fila para subir a la noria, que parecía apenas menos destartalada que las tazas giratorias, Shay agregó:

—Helen ya me ha programado asignaciones a largo plazo hasta fin de curso.

Le pasé la mano por la columna.

—¿Y estás contenta?

—Sí, está bien —dijo, en un tono que sugería que no estaba del todo bien—. Solo es que… no esperaba que todo fuera tan rápido. Pero está bien. Me da la oportunidad de conocer a los niños en lugar de aparecer por un día o dos. Me gusta más. Hacer suplencias breves quizás habría sido demasiado caótico para mí. Necesito tener orden para dar clases. Era lo único con lo que Jaime y yo nunca estábamos de acuerdo. A ella no le molesta que haya algo de caos.

Subimos a la plataforma y nos acomodamos en una de las vagonetas.

—¿Extrañas tu anterior escuela?

Cuando la noria empezaba a moverse, Shay asintió.

—Sí. Me encantaba ese lugar. Y tengo a todas mis amigas allí.

Le pasé un brazo por los hombros y le acaricié las puntas del pelo.

—Y el ambiente para salir de copas después del trabajo tiene que ser mejor que cualquier cosa que tengamos por aquí —señalé.

—Muy cierto. —Miró hacia las atracciones desplegadas a nuestros pies. Gennie no se había movido de la atracción de la pistola de agua en por lo menos treinta minutos—. Helen me quiere para un puesto permanente el año que viene.

Era demasiado pedir, y apenas conseguía contenerme de rogarle que aceptara el trabajo.

—¿Tú qué quieres?

Se movió, y con el codo me rozó el costado mientras sacudía la muñeca para sacarse un

brazalete de la manga. Sentir el movimiento de su cuerpo, incluso por la más inocente de las razones, avivó en mí un fuego urgente.

—Es algo que sigo preguntándome —dijo en voz baja—, pero quiero trabajar con los de parvulario; son mi único y verdadero amor.

Le sujeté la muñeca y pasé el pulgar por los dijes de su brazalete. Una estrella de mar, un trébol, una S en letra artística, un corazón raro y una estrella con un diamante diminuto en el centro. Siempre le gustaron las estrellas.

—¿Es una decisión que tengas que tomar ya?

—No. Helen es la clase de directora a la que le gusta tener las cosas claras y todo cerrado lo antes posible, pero no puede ofrecerme formalmente el puesto hasta que la persona que lo ocupa en este momento presente la renuncia y parece que eso no va a ser antes de junio, como muy temprano. —Me recorrió la pierna con las yemas de los dedos como si fuera la cosa más natural del mundo—. Pero, de todos modos, Helen quiere que acepte de manera informal para no tener que preocuparse después.

La noria frenó hasta detenerse, y desde esa altura se veían a lo lejos las tranquilas aguas de la cala.

—Entonces, tienes tiempo para pensarlo.

—Sí. —Dio la impresión de que había dado por terminado el tema, pero luego agregó—: Es una buena escuela. Me gusta el equipo y los niños. Las familias son geniales. Es agradable cruzarse con ellos en eventos comunitarios como este. Nunca había trabajado en el mismo vecindario en el que vivía, así que nunca me había pasado hasta ahora. Tengo varias cosas en las que pensar. No sería terrible quedarme. Simplemente es un gran cambio de planes.

—Ey —exclamé. Me miró, con las cejas levantadas. Pasé los dedos por la línea de su cuello y el contorno de su mandíbula—. ¡Estamos subidos en una peligrosa atracción de feria! Si llegamos vivos a mañana, ya veremos qué nos depara el futuro.

Cuando nos besamos, fue como la primera vez, pero mucho mejor. Me hundí en ella, y me olvidé de todo aquello que no fuera nosotros dos en esa vagoneta oxidada. No estábamos casados por las razones equivocadas. No estábamos fingiendo para quitarme a nadie de encima. Y no estábamos dando vida a mis anhelos adolescentes. Ese momento no tenía nada que ver con los chicos que habíamos sido. Era real y verdadero, y si hacía un esfuerzo razonable, podía ignorar todos esos instintos obscenos y básicos que rugían en la parte reptiliana de mi cerebro. Esos que no había podido reprimir desde esa noche en la despensa.

Pero no quería reprimirlos, y si el roce de los dedos de Shay en mi pierna era un indicio, ella tampoco.

Le besé la comisura de los labios, el mentón y la delicada línea del cuello. Deslicé los dedos por su pelo y la miré a los ojos. Tenía las mejillas sonrosadas (podría ser por el aire fresco de la noche, podría ser por besarse en una noria) y los labios entreabiertos; la respiración acelerada le hacía subir y bajar el pecho. Era perfecta.

—¿Quieres venir a casa esta noche? —La miré a los ojos, buscando una reacción. Ella me sostuvo la mirada, sin dar ninguna señal.

Entonces, la noria empezó a girar de nuevo, y las comisuras de sus ojos se arrugaron en una sonrisa.

—Sí, ya lo creo.



Capítulo veintidós

SHAY

El alumnado será capaz de cuestionar todo lo que una vez creyó saber.

Regresamos a casa de Noah en silencio, con Gennie dormida en el asiento trasero. Me apoyó la mano en el muslo antes de salir del aparcamiento del instituto y la mantuvo allí, moviendo los dedos de la manera más mínima, durante los doce minutos que tardamos en cruzar el puente, subir por Old Windmill Hill y girar por el camino de grava que llevaba a su casa.

Esos doce minutos fueron una eternidad ardiente, sofocante, en la que tuve la certeza de ser una tetera al fuego, a punto de silbar. Me acarició el muslo con la palma de la mano y alargó los dedos hasta la costura que recorría la parte interna de mi pierna. Pasó las yemas por la línea de esa costura, siguiendo su trazo de un lado a otro, lo que consiguió el agradable efecto de transformarme en agua hirviendo. Que mi cuerpo siguiera teniendo una forma sólida era poco menos que asombroso.

En mi cabeza tenía lugar un acalorado debate sobre si debía abrirle las piernas. No había mucho espacio entre mis piernas —no era de las que tenían espacio entre los muslos—, lo que hacía que, cada vez que sus dedos examinaban esa costura, el dorso bendecía el interior de mi otro muslo con su atención. No es que me quejara. No me quejaba. Ninguna queja en absoluto. Aunque me preguntaba si su intención era que me redujera a vapor dentro de la camioneta.

Al final, no me moví. Quería moverme y contonearme y mecerme contra sus dedos, pero me quedé quieta, incluso cuando el calor que me recorría me hizo temblar las piernas. No lo miré cuando empezó. Mantuve la vista al frente mientras rezaba para que esa mano se moviera unos centímetros más arriba. Solo un poco más. No necesitaba mucho. Solo un poco más cerca.

«Pero si abro un poco más las piernas…».

Era una buena idea y cumplía la tarea secundaria de anunciar: «Sí, todo esto me interesa».

Tal vez fuera demasiado directo. Demasiado atrevido. El problema conmigo —uno de ellos— era que no era muy atrevida en la cama. No decía mucho. No revelaba mis fantasías. Me encantaba el sexo, pero no era muy exigente con mis parejas. No les decía que necesitaba más atención cuando terminaban y no pedía que modificaran nada a menos que me sintiera especialmente incómoda.

No le abrí las piernas en señal de invitación.

Pero quería. Quería decirle, claramente y sin vergüenza, que necesitaba que la presión de sus caricias fuera más profunda, más fuerte, más arriba. Estaba hirviendo. Tan caliente que podía sentir cómo los segundos pasaban en pulsaciones entre mis piernas.

Y en ese momento su pulgar se sumó al juego.

Hasta entonces, lo había mantenido inmóvil en el centro de mi muslo mientras los otros dedos hacían estragos. Pero luego empezó a mover el pulgar de un lado a otro, dibujando una franja sobre mi pierna. Fuera o no su intención, esa franja suave me susurraba «de aquí para arriba todo es mío».

Parpadeé y apreté los labios. No quería seguir jugando a ese juego. Quería llenar el silencio con mi charla y sus murmullos y quejidos. Quería distraernos —sobre todo a mí— de la intensa presión que se acumulaba allí abajo. Quería bajar la calefacción y llevar todo eso a un lugar en que no estuviera ardiendo a fuego lento, tan a punto de hervir.

No quería que ese juego se terminara nunca.

Cuando giró a la derecha para entrar en Old Windmill, la intensidad de la curva hizo que esos dedos se clavaran más en mi muslo. A esas alturas, tras un silencio que se dilató como un secreto, tuve que tragarme el suspiro, el gemido, el chillido que esa caricia me había provocado. Era el trato, permanecer en silencio. No podíamos arriesgarnos a romper este momento con la cruda realidad de las palabras o un jadeo agitado.

Noah pasó junto a Twin Tulip y ni siquiera aminoró la marcha para preguntarme si estaba segura de querer ir a su casa. Subió la cuesta, pasó los carteles de Little Star, las hileras y más hileras de manzanos. Cuando llegamos a la entrada de su casa, me dirigió una rápida mirada. Era el único indicio —aparte de su mano—de que se percataba de mi presencia a su lado. Habría dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando.

Nos detuvimos; el resplandor de las luces del porche iluminó la cabina realzando su mano sobre mi muslo. Los dos al mismo tiempo miramos la mano apoyada en la tela oscura, que parecía desafiarlo a que pusiera fin al juego con un movimiento o una palabra.

Y lo hizo. Terminó el juego tomándome el mentón con la otra mano, inclinándose y pegando sus labios a los míos. Me besó como si llevara años besándome, toda la vida. Como si conociera la geografía de mi cuerpo y conociera también todas mis señales, porque me metió la lengua en el instante en que la quise, me mordisqueó el labio inferior cuando necesité algo punzante, me pasó el pulgar por la mejilla antes de que saliera flotando por la ventanilla hacia el cielo de la noche. Me dio un apretón en el muslo que hizo que todo el ardor y el deseo contenidos en mi interior se concentraran en ese punto, situado a una distancia incontenible de mi clítoris.

Como decía: el té estaba listo.

Noah me dio otro beso y me miró.

—Voy a intentar llevar a Gen a la cama sin despertarla. Toma mis llaves y ábreme la puerta.

—De acuerdo —dije, sin reconocer mi voz. Sonaba como una pompa de jabón flotando en el aire, sobre el fregadero de la cocina, vacía e iridiscente, antes de estallar.

Buscó en el llavero hasta encontrar la llave correcta. Me la tendió, con las cejas levantadas, como si estuviera bien enterado de cómo hervía a fuego lento, como una tetera a punto de silbar. Como si esperara que abriera las piernas, que le sujetara la muñeca y le mostrara dónde lo necesitaba.

No, eso no podía estar bien.

Noah era dulce y correcto. Él jamás… No. No haría algo así.

Pero la otra noche en la despensa no había sido precisamente correcto.

—Vamos —dijo, alzando la barbilla hacia la casa.

Tomé las llaves y busqué la manija de la puerta. No me soltó el muslo. Pasó un momento y bajé la vista hacia su mano y luego levanté el rostro, buscando sus ojos.

—Vas a tener que soltarme.

Tragó saliva.

—Preferiría no hacerlo.

Eché un vistazo por encima del hombro a Gennie, que dormía.

—Pero no vendría mal un poco de intimidad, ¿no?

Muy despacio, asintió.

—Nada mal.

Me presionó la pierna con la palma antes de deslizarla hasta la rodilla y cerrar el puño sobre el compartimento central del vehículo. No me moví. Tras haber vivido vidas enteras en los minutos que nos había llevado llegar hasta allí, necesitaba un respiro antes de poder confiar en mis piernas para atravesar el camino de entrada y subir los escalones.

Cuando sentí que estaba lista, salí de la camioneta lo mejor que pude para no caerme de culo. Era bastante sencillo, pero con la grava despareja y la oscuridad de la noche estrellada —además de la punzada que sentía en la entrepierna— me aferré a la manija de la puerta hasta que encontré el equilibrio.

Subí los escalones y abrí la puerta, mientras Noah cargaba a Gennie, que dormía con la cabeza apoyada en sus hombros y los brazos flojos alrededor de su cuello. La llevó adentro, con un brazo bajo el trasero de Gennie y el otro sujetándola contra su pecho, y me di cuenta de que Noah había aprendido a cuidar de esta niña durante el último año. Si no lo hubiera sabido, habría supuesto que era el padre, que la adoraba desde el momento de su llegada.

Me miró mientras se dirigía a las escaleras.

—No te muevas de ahí —susurró.

Me quedé mirándole el trasero y todavía podía sentir su mano en mi pierna. Podía medir de memoria la distancia entre la punta de su meñique y la parte más alta de mis muslos. Por un segundo, me dejé sumergir bajo la superficie de ese calor y dejé que me empapara la piel.

Era la primera vez en muchísimo tiempo que me sentía completamente viva. No estaba reseca. No era una cáscara. No estaba desconsolada por todas las cosas que había perdido. No estaba planeando gritar de rabia en lugar de besar a alguien cuando sonaran las campanadas de Año Nuevo a medianoche.

Me sentía bien, presente y excitada, y no podía precisar la última vez que me había pasado eso con alguien. No me interesaba indagar demasiado en la última vez que había estado con mi ex; estaba enterrado en el pasado y quería mantenerlo ahí, aunque sabía, sin pensarlo mucho, que nunca había reaccionado así con él. No estaba segura de haber reaccionado así alguna vez.

En lugar de dedicar un solo minuto a pensar en ello, me encomendé la tarea de ordenar la cocina de Noah. Doblé algunos paños de cocina, lavé un par de tazas del fregadero y limpié una mancha que había en la puerta de la nevera. Y así fue como terminé abriéndola —porque podía haber alguna mancha en el borde de la puerta— y ordenando todo lo que encontré dentro. No diría que estuviera desordenada, pero giré todos los tarros de mermelada para que las etiquetas miraran hacia delante y puse los cartones de zumo en dos filas iguales.

—¿Tienes hambre?

Me sobresalté al oír la voz de Noah. Ese timbre grave y áspero me recorrió la columna y me produjo un temblor detrás del ombligo.

—Estoy ordenando —dije.

—¿Estás qué?

—Ordenando —repetí. Señalé las puertas abiertas de la nevera—. Los cartones de zumo eran un caos y las mermeladas apuntaban en veinte direcciones diferentes.

Echó un vistazo al interior del frigorífico.

—No puede haber más de quince tarros de mermelada ahí dentro.

—Pues eso.

Asintió, cerró las puertas y avanzó hacia mí. Instintivamente, retrocedí un paso y luego otro hasta chocar con la encimera. Él me siguió. Nunca le había visto los ojos tan oscuros. Me puso las manos en la cintura y las cerró con fuerza.

—¿Puedo tocarte?

Se me escapó una risa entrecortada.

—Me has estado tocando toda la noche.

Noah presionó la frente contra la mía y metió una mano entre mis piernas. Me dio un apretón rápido y firme, sacudiéndome hacia arriba. Lancé un grito y me aferré a sus hombros mientras me pellizcaba y acariciaba a través de los vaqueros. La forma en que me agarró ahí no fue muy correcta. Tan poco correcta que rozaba lo degradante, como si se sintiera con derecho a inspeccionarme antes de llevarme a la cama.

Y… ¿me gustaba.?

Pues… Sí. Me gustaba. Y estaba segura de que él lo sabía, porque podían sentirse las pulsaciones que vibraban en mi centro. Vibraba y estaba mojada por el viaje hasta allí, y era cuestión de tiempo hasta que la excitación me empapara los pantalones, si es que ya no estaban empapados.

«Dios mío. Se va a dar cuenta de eso también».

¿Esa era otra de las cosas que me gustaban?

Nunca nadie me había tocado de ese modo. Era como si estuviera caminando de puntillas sobre el filo de la navaja entre el tipo de sexo que conocía y entendía, y algo totalmente distinto. El tipo de sexo que empezaba con besos dulces en una noria y terminaba en un orgasmo en medio de la cocina antes de que ninguno se quitara la ropa.

Esa sería una primera vez para mí.

—Quiero tocarte así —dijo, con palabras que apenas eran más que un ronquido. Pasó una uña por la costura de mis pantalones, y juro que el sonido me retumbó en los huesos—. Quiero… mierda, Shay, no puedo decirte ni la mitad de las cosas que quiero.

—Inténtalo —susurré, casi subiéndome encima de él para tener más contacto, más fricción.

Me miró y parpadeó. Tenía los labios entreabiertos y sentí su aliento tibio en la mejilla.

—Saldrías corriendo tan rápido que dejarías una nube de polvo.

—Prometo sobre una pila de tarros de mermelada que no me voy a ir. —Me quedé mirándolo, suplicándole más con la mirada. Necesitaba saber en qué estaba pensando. Necesitaba saberlo todo. Después de todo ese silencio, todo ese debate sobre abrirme de piernas, necesitaba saber—. Nada que me digas va a estar mal.

Las mejillas y la punta de las orejas se le encendieron. Llevó una mano a mi cuello y me sintió el pulso.

—¿Y si todo está mal?

—No es así —dije, intentando asentir con la cabeza, pero de la forma en que me aferraba no me permitía más que un leve temblor.

Tamborileó con las yemas de los dedos entre mis piernas y no pude contener un jadeo fuerte y ávido.

—¿Te gusta esto? —preguntó, levantando un labio en una sonrisa torcida.

—Me parece que ya sabes que sí.

Llevó los dedos hasta mi cintura, abrió de un tirón el botón y me bajó la cremallera. En lugar de meterme la mano en las bragas, me pasó los dedos por el vientre. Y, por alguna razón, me excitó más que cualquier otra cosa. Más que me pellizcara la vulva o me acariciara el muslo hasta provocarme una combustión interna.

Eso, los dedos contra mi vientre, me dejó al borde de la súplica.

—Quiero arrancarte este jersey. —Se inclinó para besarme la mandíbula, rozándome la mejilla con la barba—. Y estos pantalones. Mierda. Tu culo debería vivir en mi regazo cuando llevas puestos estos pantalones. —Antes de que pudiera responder, agregó—: Lo siento. No debería haber dicho eso.

Levanté el rostro y observé sus ojos crispados mientras le susurraba:

—Sigue.

Abrió mucho los ojos.

—¿Sigo?

Volví a asentir porque era evidente que no me creía.

—Por favor.

Parpadeó y soltó un suspiro profundo.

—¿Qué te parece si te arranco estos pantalones? —dijo entonces.

—Por favor —susurré.

—¿Y si te masturbo por encima de las bragas?

—Por favor.

—¿Y si te lamo las piernas hasta que no puedas más, te como la vulva, te meto los dedos y te chupo el clítoris hasta hacerte ver las estrellas?

Cerré los dedos en su camisa y tiré de él para acercarlo más, lo suficiente para sentir su mástil duro aprisionado tras la cremallera. Nunca en la vida había suplicado, pero esa noche estaba decidida a acabar con eso.

—Por favor.

Puso ambas manos sobre la encimera, encerrándome.

—Tienes que estar callada, ¿vale? No podemos despertar a Gennie.

—Voy a ser muy silenciosa. —Me tapé la boca con una mano—. Muy muy silenciosa.

—Y si algo te incomoda, dímelo —dijo, en tono firme y serio—. Sea lo que sea, me lo dices.

—Por supuesto. —Bajé la mano por su pecho hasta posarla en la hebilla de su cinturón, pero él me tomó de la muñeca y me apartó enseguida de esa zona.

—Todavía no —dijo, mientras me besaba la mandíbula y las mejillas—. Es tu momento.

—Pero…

—Cállate, Shay. —Tomó la cintura de mis pantalones y me los bajó hasta las rodillas. Al arrodillarse frente a mí, susurró—: Fíjate en esto. —Ladeó la cabeza mirando mis bragas. Sabía que estaba empapada desde que me había bajado de la camioneta, pero sin el aislamiento de los vaqueros, la mancha húmeda fue como un cubito de hielo contra mi piel hinchada—. ¿Qué es todo esto, esposa mía?

Me dio un golpecito en las bragas, y tuve que taparme la boca con las dos manos para no soltar un grito.

—Me parece que ya lo sabes —le dije—. El viaje hasta aquí ha sido…

Me pasó el pulgar por la parte interna del muslo mientras me sonreía.

—¿Cómo ha sido, Shay? ¿Qué te ha tenido retorciéndote todo ese rato?

—No me he retorcido lo más mínimo.

Noah llevó la mano hacia la parte delantera de mi ropa interior y la estrujó hasta que la tela se juntó y se metió entre mis labios. La presión era increíble. Volví a taparme la boca.

—Sí te retorcías —dijo, con la mirada fija entre mis piernas. Subió un dedo por un lado y lo bajó por el otro. Su resistencia a tocarme donde más lo deseaba me llevó de nuevo al filo del abismo y supe que nada volvería a ser lo mismo. Ni para mí ni para ninguno de los dos—. Por eso te he agarrado durante todo el viaje.

Algo se desató en mi cabeza y una sensación de ligereza me corrió por la espalda hasta el vientre. Ese algo adoraba que él supiera lo que yo deseaba y me lo diera antes de que pudiera pedírselo o incluso identificarlo.

—¿Eso hacías?

Trabó las manos en la parte posterior de mis muslos y se inclinó hacia mí. Le dio otro tirón a mi ropa interior, apretándola contra mi clítoris mientras me rozaba el interior de los muslos con su barbilla desaliñada. Mis piernas estaban a punto de ceder, pero no iba a decírselo. No hasta que encontrara alivio para la presión que sentía en la parte baja de mi barriga.

—¿Esta vulva sabe tan bien como creo?

—No… no lo sé —admití.

Me miró, el brillo pícaro de sus ojos era lo más sexi que había visto en la vida.

—Vamos a descubrirlo.

Sonriendo, me bajó las bragas, centímetro a centímetro. En lugar de zambullirse y resolver el misterio de una vez por todas, me recorrió la comisura con un dedo indolente hasta que me quedé sin aliento.

—Noah, por favor.

—¿Basta de jueguecitos?

Asentí con la cabeza.

—Sí, basta. Bueno… no del todo tal vez. Hazte de rogar, pero también…

Se rio.

—Eso pensaba.

Quería sentirme ofendida. Quería indignarme por su risita burlona. Pero bajó la cabeza hacia mi pelvis y me rodeó el clítoris con la lengua, y lo único que pude hacer fue meterle los dedos en el pelo y estrecharlo contra mí.

Me abrió con los dos pulgares, llevándose a la lengua hasta el último centímetro de mi piel. Me chupó con fuerza, como había prometido, y vi las estrellas más increíbles detrás de mis ojos.

—Necesito —susurré, encorvando los hombros mientras los músculos se me tensaban y se ablandaban a la vez—. Necesito… algo… dentro. Por favor.

Soltó un gemido sin despegarse de mi vulva empapada y me metió dos dedos. Con otro dedo empezó a darme golpecitos en el ano y, aunque esa zona nunca me había generado más que un leve interés, me sacudió como un rayo y fusionó todos los nervios de mi cuerpo en una palpitación desbordante que buscaba liberarse.

—Quiero verte llegar —dijo, con la voz atenuada por el vaivén de mi cuerpo contra su boca.

Quería ser esa clase de chica, la que llegaba simplemente porque alguien se lo pedía, pero no me salía. Me faltaba un poquito más, y entonces iba a poder. Pero todavía no.

Y Noah se dio cuenta.

Giró la muñeca moviendo los dedos desde un ángulo diferente y me presionó por detrás con más fuerza. Se dedicó a mi clítoris como si tratara de succionarme el fantasma de todos los orgasmos del pasado. Y entonces, cuando ya daba la impresión de que habíamos recorrido todo

ese camino para luego fracasar, puso la cabeza de costado y ¡me recorrió los labios a mordiscos! No eran del tipo de mordiscos que rasgaran la piel o dejaran marcas. Eran pellizcos, pellizcos punzantes con los dientes. Y me prendieron fuego. Solté un sollozo ahogado y me llevé el puño a la boca para no hacer ruido, y esa necesidad fue la que me llevó a sentir toda la explosión. No podía esconderme con gemidos o gritos ahogados. No podía darme la vuelta y enterrar la cara en una almohada, ni siquiera acurrucarme en su hombro. Tuve que quedarme ahí, con los pantalones a la altura de las rodillas y envueltos en el olor intenso de mi excitación, y rendirme a un orgasmo que redefinió todo lo que sabía sobre mi cuerpo y cómo podía reaccionar.

Cuando ya no pude aguantar más y aparté a Noah de mí, levantó la mirada, con la cara iluminada por mi excitación.

—Ven aquí —le susurré.

Se levantó de golpe mientras yo lo aferraba de la camisa y lo acercaba.

—¿Qué tal ha estado eso?

Me reí, pero estaba agitada y sonó como un resuello.

—Ya sabes que ha estado bastante bien.

—¿No ha sido… —desvió la mirada, con las cejas arqueadas—demasiado?

—Creo que necesitaba que fuera demasiado. —Volví a buscar la hebilla de su cinturón, pero me retuvo la mano en la espalda—. ¿Por qué no?

—Porque me gustaría que la próxima parte de esta noche durara más de cuarenta y cinco segundos, pero es todo lo que vamos a conseguir si me tocas.

—¿No me vas a dejar tocarte?

Me puso un dedo en los labios.

—No hagas pucheros. Me hace pensar en… No, no me hagas eso, Shay. Ahora no.

—¿Qué sí puedo hacer?

Dejó escapar un suspiro y observó la porción de desnudez que iba desde mis rodillas hasta mi cintura. Me subió la ropa interior y los pantalones sin abrochármelos ni subirme la cremallera. Me estremecí al sentir la presión de la ropa ajustada contra la piel supersensible. Noah me dio una palmada en el muslo.

—Arriba. Ya —dijo.

—Espera. —Intenté sujetarlo, pero me tomó de las manos y se las pasó por el cuello—. ¿Qué gusto tengo?

Se acurrucó en el pliegue de mi hombro y respondió con un suave gruñido.

—Gusto a mi mujer.

—Eso no es un sabor.

—Mmm. Ahora sí. —Me dio la vuelta y me puso una mano en el vientre, donde se me abrían los pantalones, y la otra en el hombro—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre guardar silencio?

—Sí, por eso tengo una huella perfecta de mis dientes a cada lado del pulgar.

—Tendré que besarlo para que se cure.

Me condujo escaleras arriba tratando de evitar el menor ruido. La presión por guardar silencio crecía en mi interior, presionándome el esternón y apretándome los omóplatos. Hasta que no llegamos a su dormitorio, en el extremo opuesto de la casa, no me di cuenta de que esa sensación era anticipación. Era un tipo de estrés delicioso, igual que el del viaje de vuelta, y ya estaba otra vez en llamas.

Cuando abrió la puerta de su habitación, se me escapó un suspiro al ver la gran cama con un edredón blanco y azul marino y dos filas de almohadas de tamaño y cantidad apropiados.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó, apoyando su pecho, ancho y cálido, en mi espalda.

—Tienes almohadas. Almohadas de verdad. —Lo miré—. Los hombres nunca tienen almohadas de verdad.

Miró la cama y luego a mí mientras cerraba la puerta con llave.

—Ah, qué interesante. —Deslizó la mano por mi vientre hasta que los dedos me cubrieron la entrepierna—. ¿Esto está bien?

Dejé caer la cabeza sobre su hombro.

—Sí.

Pasó la otra mano por encima de mi hombro hasta mi pecho. Volvía a sentirlo duro contra mi trasero, y no podía pasar por alto ese tronco macizo ni la forma en que se mecía entre mis nalgas.

—¿Y este jersey?

Me contoneé para liberarme del jersey, pero Noah me detuvo.

—Vayamos despacio —me susurró mientras me apretaba la entrepierna.

—Pero no quiero ir despacio —protesté, señalando la cama.

—Tenemos que hablar de algunas cosas antes de dar otro paso hacia la cama, cielo —dijo apoyando la boca en mi cuello—. Necesito que hablemos de protección y que me digas qué supera tus límites.

Con una timidez repentina, clavé la mirada en el edredón.

—Me hice todas las pruebas en julio, después de que mi última relación se fuera al demonio. Los resultados salieron bien. —Aparté de mi mente todo recuerdo de mi ex. No tenía derecho a destruir aquello también—. Y tengo un DIU. Así que…

—Yo no he estado con nadie en meses. Desde antes de que Gennie se mudara. Con nadie desde mi último chequeo.

—Entonces —sugerí, con una audacia desconocida—, podemos dejar de lado los preservativos.

—¿Es lo que quieres?

—Hum… —No tenía idea de lo que quería. No, no era cierto. Quería que me acariciara otra vez; que me tuviera en vilo, inmóvil, en su camioneta; que me arrinconara en la cocina; quedar atrapada ahí pero completamente a salvo. Y lo quería encima de mí, a mi alrededor, dentro de mí. Pero esa no era su pregunta—. Sí. ¿Te parece bien?

—Me parece bien. —Me acarició la mejilla y la mandíbula—. ¿Qué no quieres hacer?

—Después de lo que ha pasado en la cocina —solté una carcajada—, no hay nada…

—No lo creo. —Me pasó un dedo alrededor del pezón, con cuidado de no acercarse demasiado y darme involuntariamente lo que quería—. Me paras si algo no te gusta. ¿Vale? Quiero escucharte. No quiero hacerte daño ni asustarte ni… Para mí es importante que estés cómoda, Shay. Necesito que me hables.

Podría haberme mentido a mí misma y decirle que no tenía que preocuparse por mí. Podría haber dicho que eso era sexo y nada más. Esporádico. Sin ataduras. Lo que pasara esta noche no tenía por qué significar nada. No tenía que ser importante.

Podría haber mentido y decirle todo eso a Noah.

—Sí. De acuerdo. —Giré la cabeza—. Yo te lo digo, pero solo si me dejas tocarte.

—¿Por qué quieres tocarme?

Me hizo esta pregunta mientras recorría con el dedo el borde de mi ropa interior, esa porción de tela que estaba a un segundo de ser declarada oficialmente una isla, ya que entre mis piernas estaba mojada como un océano. Y me lo preguntó como si fuera una cosa extraña que yo quisiera pasarle las manos por todo el cuerpo.

—Porque esto que estás haciendo, y las camisas de cuadros con las mangas remangadas y los

vaqueros rotos, la barba, las gorras de béisbol, los gruñidos… Dios, no me puedo sacar de la cabeza todos los gruñidos, todo esto es perfecto. Impecable. Y cuando me tocas y me haces todas esas cosas, no quiero sentirlas sola. ¿Entiendes? No quiero estar sola en esto. Quiero que estemos los dos.

Su primera respuesta fue darme una palmada —sí, una palmada— en la entrepierna. Una palmada con la mano abierta que resonó en mi clítoris y me hizo doblar la cintura mientras dejaba escapar un «ahhh».

Su segunda respuesta me atravesó la piel.

—No estás sola, esposa mía. Estoy aquí contigo y no me voy a ninguna parte.

Me quitó el jersey mientras me conducía a la cama. Me bajó los pantalones y las bragas de un tirón y me los apartó de los tobillos mientras me desabrochaba el sujetador. Me puso una mano entre los omóplatos y me inclinó hasta que mi mejilla quedó apoyada en el edredón.

Era consciente de cada centímetro de piel que mostraba, de cada temblor y cada mínima sacudida, de cada exhalación que dejaba escapar.

Me asaltó un escalofrío de duda. Eso me parecía incorrecto. O, mejor dicho, me parecía que debería estar mal. «No debería estar abriéndome de piernas. No debería estar apretando los dedos de los pies. No debería estar restregándome contra el edredón. No debería querer que fuera así».

Al oír el tintineo de su cinturón y el chirrido de su cremallera, el escalofrío se convirtió en un jadeo, un latido, un estremecimiento. Sus pantalones cayeron al suelo y luego su camisa.

—Quiero tenerte así —dijo, deslizando un dedo por mi columna y entre mis nalgas—. Pero esta vez no. Esta vez, necesito verte.

Se acercó más, me sujetó las caderas, se apretó contra mí. Aún no se había quitado los bóxeres.

—Dame un segundo —dijo, como si me pudiera leer la mente—. Tu trasero tiene forma de corazón y todavía tengo el sabor de tu vulva en la lengua. Necesito reponerme, Shay.

Tomé el edredón y lo descorrí. Las sábanas eran suaves y azules. Bonitas sábanas también.

—Ven a reponerte bajo las sábanas —le dije—. Conmigo.

Me soltó dando un gemido que parecía infringir todas las normas en materia de silencio. Me metí en la cama, bajo la frescura de las sábanas de lino, y le tendí la mano. No la tomó. Vino hacia mí en cuatro patas, apartando las sábanas, con la mirada oscura y la mandíbula apretada como si estuviera a punto de soltar un rugido.

Fue mi primera oportunidad de verlo sin ropa, y… ufff, no me decepcionó. Tenía un glorioso bronceado de granjero, con la parte superior de los brazos y los hombros más pálida, y los antebrazos bronceados. El pecho era ancho y fuerte, con una pelusa oscura que le bajaba por el centro de los abdominales, lo que me llevó a… Por Dios.

Llevé la mano a la erección que se abría paso bajo su ropa interior. Cerré los dedos y le hice caricias largas e intensas mientras él dejaba caer la cabeza entre mis pechos. Estaba bien ser la que aplicaba la tortura unos instantes.

—Shay… —jadeó—. Me vas a matar, cielo.

—Lo dudo. —Nadie con un mástil así podía morir por unas pocas caricias. Era absurdo. Casi tan absurdo como que anduviera por ahí con un descomunal bate de béisbol en los pantalones y se lo guardara todo para él—. ¿Siempre has tenido *esto*?

Levantó la cabeza y me hizo una mueca irónica.

—Sí, desde que tengo memoria.

Le pasé la mano por la corona y volví a bajársela. Se me dibujó una sonrisa triunfal cuando empezó a proferir maldiciones soeces contra mis pechos.

—¿Y nunca se te ocurrió mencionarlo?

—¿Y cómo tendría que haber sido esa conversación? Algo así como «Hola, bienvenida al pueblo, ¿te gustaría saber si eres capaz de rodear mi pene con tu mano?»… Creo que no te hubiera gustado.

Le bajé los calzoncillos hasta las caderas. Se los quitó de una patada. Ya no quedaba nada más entre nosotros, y allí, bajo las sábanas y el edredón, no existía otra cosa en el mundo.

—Quizá no tendría que haber sido nuestra primera conversación, pero, sin duda, alguna de las que deberíamos haber tenido en el primer o segundo mes.

Se rio y pareció recuperar algo de decisión. Me abrió las piernas con las rodillas y me puso las manos en los hombros.

—No tienes ni idea de cuánto te deseo en este momento.

Me estremecía, pero solo por dentro. Noah no podía verlo. Era mejor así. Se hubiese detenido si hubiese sabido el ardor que me corría por la sangre y en toda la piel. Me hubiese abrazado y me hubiese pedido que le explicara qué me ocurría. Pero yo no quería eso. No lo necesitaba. Necesitaba que se pusiera al mando como había hecho en la cocina. En la camioneta. En todas partes.

Le di un apretón.

—Me hago una idea.

—¿Y tú? —preguntó, con la mirada desenfocada mientras lo acariciaba—. ¿Qué quieres?

Lo atraje hacia el centro caliente y mojado de mi cuerpo, masturbándolo hasta que se estremeció, y se recostó con un gemido sobre mi pecho.

—Esto —dije, encajando su pene en mi abertura—. Esto quiero. A ti.

Paseó la vista por mi cuerpo un largo rato.

—Te voy a morder ese muslo cuando haya terminado contigo.

Le solté el pene y me llevé los dedos al pliegue entre mi pierna y mi trasero.

—¿Aquí?

—Justo ahí.

Me pasó la mano por la nuca y apoyó el pulgar en mi garganta. Era exactamente lo que necesitaba. Ya no me estaba deshaciendo. No estaba flotando. Estaba allí y no tenía que pensar en otra cosa que en la pasión que se estaba apoderando de mi cuerpo, el deseo desbordante de tenerlo dentro.

Llevé las manos a sus brazos y me aferré mientras me penetraba. Gemimos a la vez, y nos hicimos callar con la mirada. Solté un grito ahogado entreabriendo la boca, y sentí que me quedaba en blanco al sentirlo entrar.

—Es… enorme.

Dejó escapar un rumor.

—Es todo tuyo. —Tomó una almohada de debajo de mi cabeza y dijo—: Agárrate a mí. —Y presionó hacia adentro mientras me levantaba el trasero para meterme la almohada debajo.

Esa maniobra casi me rompe la vagina. Por un segundo, dudé de verdad si iba a resistir que el miembro de Noah se deslizara hasta el fondo de esa manera. Me iba a partir por la mitad y sería un desastre para los dos. Era tan intenso que apenas podía respirar, y mucho menos transmitirle que me estaba reordenando los órganos internos.

Pero movió la almohada y todo cambió. Fue un gran cambio. Podía respirar de nuevo. Podía pensar más allá de la presión enloquecedora que sentía en mi interior. Y, ahora que no corría el riesgo de estrangularme la vesícula, podía concentrarme en el roce sostenido de su pene contra mi clítoris.

—Mírate —me susurró, volviendo a ponerme la mano en la nuca y apoyándome la otra en la cintura—. Ojalá pudieras verte.

Entonces, arremetió contra mí, moviendo todo el cuerpo en una sacudida lenta y deliberada que me obligó a clavarle las uñas en la piel. Quería que se dejara llevar, que perdiera el control. Quería todas esas cosas que él creía que yo no podía soportar. Las que me harían huir. Quería verlo volverse loco.

—Guau, Noah. —Arqueé el cuello hacia atrás, y clavé los ojos en el techo mientras se movía dentro de mí. No podía creer que mi cuerpo pudiera hacer eso. Nunca había sentido tantas cosas placenteras a la vez… y durante tanto tiempo—. Cuando te cases de verdad, vas a hacer muy feliz a alguien.

Se quedó quieto y me miró fijamente, torciendo un labio.

—No quiero hablar de mi próximo matrimonio mientras estoy ocupado consumando este.

—Quiero decir…

—No. —Me cortó—. Si quieres lo que tengo entre las piernas, esposa mía, te lo doy, pero sin hablar de la persona a la que vaya a ensartar después de ti.

Parpadeé.

—Eres un guarro —le dije—. Una… fiera obscena y pervertida, ¿verdad? —Apretó los dedos alrededor de mi cuello—. Me dices esas cosas indecentes y luego me tocas y… es como si fueras otra persona. Es como si fueras una salvaje por dentro y… quiero conocer esa parte de ti.

Se lanzó contra mí con tanta fuerza que me quedé sin aliento.

—No digas eso —susurró.

—¿Por qué no?

—No debería ser un salvaje contigo —dijo, sujetándome la cadera con una presión insostenible.

—Pero quiero que lo seas —dije, arqueándome para recibir sus embestidas—. Lo necesito.

Respiró entre gemidos entrecortados mientras salía de mí dejando solo su gruesa corona jugueteando en mi entrada. Miró hacia abajo y luego impulsó sus caderas a un ritmo brusco que me proporcionó la sacudida más bestia de mi vida. Era como una lección no autorizada sobre la forma correcta de recibir un polvo de un hombre que juraba que todo aquello estaba mal.

—Solo quiero… devorarte —me dijo—. Lo quiero todo, todas las cosas obscenas y bestiales que se te ocurran. Más. Todo.

Un fogonazo de calor me recorrió el vientre y bajó hasta el fondo. Aumentó la tensión acumulada detrás de mi clítoris, haciéndome estremecer a medida que los empujes de Noah se hacían más rápidos e irregulares. Estaba tan cerca, pero una vez más, no lo suficiente.

—Todo —susurré—. Todo lo quiero.

Me clavó los ojos mientras embestía una y otra vez. Permaneció en silencio, salvo por los jadeos que emitía. Luego me soltó la cadera y metió la mano entre mis piernas, apretando la palma contra mi clítoris.

—Estás hecha para mí. Estás hecha para recibirme entero y vas a hacerlo inclinada sobre esta cama, boca abajo y agarrada al cabecero, y me vas a recibir sentada en mi regazo mientras te lamo los pechos. Y eso es lo que voy a sacarle a esta cosita dulce esta noche.

Oh, sí. Era justo lo que necesitaba.

Una vez más, estaba temblando por dentro, aunque sentía que esos temblores se extendían por todo mi cuerpo. Se me cortó la respiración al sentir la descarga, y toda la tensión y el deseo se desbordaron en un estallido de placer satisfecho. Me llegó hasta los párpados, bajó hasta los dedos de los pies y me dejó sin palabras. Lo único que pude hacer fue gemir y jadear mirando a

Noah a los ojos.

Apoyó la mano abierta sobre mi montículo y presionó hasta que pude sentir cada arista de su cuerpo moviéndose dentro de mí. Se me escapó un gemido fuerte y obsceno. La intensidad era casi abrumadora. Era casi demasiado, aunque justo lo suficiente para provocarme otro orgasmo. Una réplica perfecta, un estruendo prolongado y lento.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó, cerrando los ojos por un segundo—. Dios, Shay, lo puedo sentir.

—Estoy hecha para ti —susurré, con voz ronca.

Se quedó quieto, con la cabeza echada hacia atrás mientras resonaba un zumbido profundo en su garganta, y entonces sentí el palpitar y el estallido de su orgasmo. Le rodeé el brazo y el hombro con las manos, arañándolo y tirando de él para que se acercara. Le besé cada centímetro de piel que pude alcanzar. Lo besé, lo lamí, lo mordisqueé. Todo. No me importaba. No me importaba si yo también era salvaje. Si era feroz y obscena. Necesitaba saborearlo, memorizarlo. Necesitaba retenerlo y guardarlo en algún lugar seguro.

—Ven aquí —le dije—. Por favor. Lo… lo necesito.

Se acercó a mí, sosteniendo la mayor parte de su peso sobre un brazo, pero apretando su pecho contra el mío como yo quería.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, demasiado concentrada en lamerle y besarle el cuello como para responder. Le hice una marca en el hombro. No podía explicar por qué necesitaba abrazarlo como si fuera a desaparecer en cualquier momento. No podía explicar por qué estaba más desesperada por tenerlo ahora que en cualquier otro momento de la noche. Todo lo que sabía era que lo necesitaba. Lo necesitaba a él.

—Deja que te dé la vuelta, cielo —dijo—. No quiero aplastarte.

Se apartó y me puso de lado, colocándose detrás de mí. Sabía que tenía que levantarme e ir al baño, pero eso podía esperar unos minutos. Tenía que recuperar el aliento y comprobar que todavía tenía las piernas pegadas al cuerpo.

Noah pasó un dedo sobre el tatuaje de mi hombro.

—¿Cuándo te hiciste esto?

—No hace mucho, en realidad. Es nuevo. —Me mordí el labio inferior—. Pelo nuevo, tatuaje nuevo.

—Y el mismo pueblo de siempre —añadió—. ¿Por qué un diente de león con semillas?

Enterré la cara en la almohada.

—Es una tontería.

—No lo creo. —Tocó cada una de las semillas difusas que bajaban por mi brazo—. Es precioso.

—Le pides un deseo y dejas que la brisa se lo lleve todo —dije después de un momento.

—¿Pediste un deseo?

—Algo así. —Bostecé.

—Estás cansada. Descansa. —Le dio un beso al diente de león y me rodeó con los brazos—. Cierra los ojos, esposa mía. Yo te sostengo.

Me reí un poco al pensar que alguien me sostenía, porque me sentía flotando a la deriva en la brisa sin saber dónde aterrizaría o echaría raíces, si es que alguna vez iba a suceder.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Semillas —susurré con una sonrisa.

—¿Estás bien? —Sentí que se movía detrás de mí—. ¿Estás ebria de sexo o se te ha soltado

algo en la cabeza?

—Estoy bien —dije, dándole una palmadita en el antebrazo—. Solo necesito que me abraces un minuto.



Capítulo veintitrés

NOAH

El alumnado será capaz de respirar, pero solo por un minuto.

Sabía todo lo que había que saber sobre la satisfacción.

Allí estaba. Con la mujer que me había arruinado para cualquier otra, con su ropa desparramada por el suelo de mi dormitorio, y la certeza de haber cambiado para siempre palpitándome en el pecho.

De todas las veces que había tenido fantasías sexuales con Shay Zucconi —y habían sido muchas muchas veces—, nunca había pensado demasiado en lo que pasaría después. Siempre había centrado mis hipotéticos esfuerzos en llevármela a la cama y hacer que le gustara, y todos los demás detalles parecían haberse esfumado de mi consciencia.

Pero en ese momento, con Shay dormitando contra mi pecho y con un brazo alrededor de mi cintura, no podía creer que hubiera sido tan poco previsor. No podía creer que hubiera ignorado la sutil gloria de abrazar a una mujer satisfecha. Mejor dicho: una mujer a la que yo había dejado satisfecha.

Se desperezó, y su piel suave se frotó contra la mía de un modo que me dejó sin aire y puso mi cuerpo en marcha para el segundo asalto.

—Hola —susurró.

—Hola. —Le pasé el dorso del dedo por la nariz y los labios—. ¿Cómo estás?

Una sonrisa de complicidad se dibujó en las comisuras de sus labios.

—Muy bien. —Tenía las mejillas sonrosadas—. No era mi intención dormirme encima de ti.

—Puedes dormir encima de mí toda la noche —le dije. «Todas las noches. Siempre. Por siempre».

Su pelo me hizo cosquillas en el pecho cuando movió la cabeza.

—Debería irme a casa.

—No. No deberías irte.

—Me parece mejor que intentar escabullirme antes de que Gennie se despierte —dijo—. Me puedo ir caminando. Son poco más de diez minutos.

La miré y parpadeé, intentando reconciliar la ardiente necesidad que tenía de sentarla sobre mí

una hora entera con la idea de permitirle bajar una colina empinada en mitad de la noche, en una zona con una considerable población de animales salvajes, sola.

Al final, la única forma de poner orden a esas dos cuestiones fue girarla boca arriba y meterme entre sus piernas.

—Eso no va a suceder.

—Noah. —Se rio mientras apretaba las rodillas y se zafaba de mí.

Pero eso no me detuvo. Le di una palmadita en el trasero y le besé la parte exterior de los muslos. Diablos, le besaría el codo si fuera lo único que me diera. Me encantaba cada centímetro de esa mujer increíble.

—Sabes que tengo razón. No conviene confundir a Gennie.

Algo de razón tenía. No debíamos confundir a Gennie, y lo último que quería era tener que explicarle a mi sobrina en qué consistían las fiestas de pijamas de adultos. Y tampoco podía dejarla sola en casa, ni siquiera diez minutos. No podía imaginarme que se despertara y no hubiera nadie. Su progreso retrocedería años.

—Puedo irme en un *quad* —propuso—. Podría servir.

—No, no. De ningún modo. Está demasiado oscuro y tenemos normas de seguridad muy estrictas con respecto a los *quads*. En Little Star hay una regla: no se conduce en condiciones inseguras. Es nuestra política para evitar vuelcos.

—Solo voy a bajar la colina —argumentó—. El camino está pavimentado.

Le di un apretón fuerte en el trasero.

—¿Tienes idea de la clase de animales que andan por ahí a estas horas? Para empezar, hay ciervos y coyotes, y vamos a imaginar por un segundo que ninguno se cruza delante del *quad*, aunque es exactamente lo que hacen todo el tiempo. Si dejamos eso a un lado, te quedan los mapaches, las marmotas y las mofetas. ¿De verdad te gustaría cruzarte con una mofeta? No te gustaría. Créeme. —Otro apretón—. Vas a tener que quedarte a pasar la noche, esposa mía. Yo me encargo de Gennie.

Shay me miró con los labios apretados en una mueca tensa y los ojos empañados pero serios, como si estuviera cansada pero también lo bastante molesta como para presentar batalla. Mientras la observaba, con la cabeza apoyada en su muslo y dibujando círculos con los dedos en su cadera, se hizo un largo silencio, y se me ocurrió que tal vez había cometido un grave error.

No era que la retuviera como a una rehén. Por supuesto. Si insistía en marcharse, no se lo iba a impedir. Levantaría a Gennie, con sábanas y edredón y todo, y llevaríamos a Shay a Twin Tulip. Si realmente quería irse, me encargaría de que fuera de la forma más segura posible. Pero no creía que realmente se quisiera ir.

Primero, todavía estaba en mi cama. Todavía estaba desnuda, y todavía toleraba mis manos, que no podía quitarle de encima. No estaba dando vueltas por la habitación buscando su ropa interior ni rechazaba mis caricias. Y segundo, no había dicho ni una palabra. Sabía que eso podía significar cientos de cosas, pero a Shay no le costaba discutir conmigo. No tenía problema en contradecirme. Ni en ese momento ni nunca.

De todos modos, lo más importante era que, por su expresión, no parecía que la hubiera ofendido. Lo sabía porque era lo que había estado haciendo desde su llegada y estaba familiarizado con la forma en que se le reflejaba en el rostro. Era otra cosa. Se le notaba la contrariedad y una leve actitud desafiante, pero también una pizca de curiosidad. Como si estuviera esperando que respaldara mis afirmaciones con hechos. Como si quisiera que estableciera ciertos límites.

Entonces, recordé que Jaime había dicho que tener una familia era lo que Shay más deseaba

en el mundo. Y una familia no se limitaba a pasteles de cumpleaños y falsos matrimonios para salvar una granja. La familia aparecía cuando ibas a un bar con la gente equivocada. La familia te regañaba por andar sola de noche. La familia se preocupaba incluso cuando era inoportuno.

Aunque no lo admitía muy a menudo, casi todo lo que se refería a mi familia me causaba resentimiento. Todavía me molestaba sentirme atrapado entre un agricultor de manzanas con el corazón más grande del mundo y nulo sentido de los negocios, y una predicadora moderadamente progresista que priorizaba aparentar una familia feliz por encima de la realidad.

Dejar el ejercicio de la abogacía para volver a casa y arreglar el desastre financiero que era Cultivos Barden había impregnado varios años de mi vida de un profundo resentimiento.

Ver cómo condenaban a mi hermana a cadena perpetua había despertado en mí una ira descomunal. El hecho de que no hubiera negociado a cambio de información sobre su novio me hacía despertar empapado en sudores fríos la mayoría de las noches.

Todavía no me había librado de la amargura que me producía haber tenido que trastocar mi vida una vez más para convertirme en el tutor de mi sobrina, aunque Gennie no era la fuente de mi enfado. El problema era que siempre tenía que ser yo quien cargara con todo, quien tenía que arreglar las cosas cada maldita vez, y ya estaba harto de poner mi vida en pausa para hacerlo. No quería que todos esperaran que los rescatara. Aunque no me molestaba rescatar a Shay.

En su caso, no era un requerimiento. Era una elección.

—Quiero que te quedes —le dije—. Sé que puedes llegar bien a tu casa, pero no deberías irte sola. Es tarde y eres lo mejor que ha pasado por esta cama, y quiero que te quedes conmigo.

Shay me miró con atención un largo rato, como si buscara grietas y fisuras en mis palabras.

—¿No crees que será complicado para Gennie? —dijo.

Le pasé una mano desde detrás de la rodilla hasta la cintura.

—Con la alegría que le va a dar verte, no creo que sea capaz de atar cabos. Y, si es así, ya me las apañaré. Joder, me las apañé cuando le arrancó los dientes a ese niño el año pasado; por suerte eran dientes de leche. —Le di una ligera palmada en el trasero—. Puedo manejarlo. No te preocupes.

—De acuerdo. —Levantó un hombro—. Entonces me quedo.

—¿Sí? Si quieres irte, te llevo. No voy a retenerte contra tu voluntad. —Pasé el pulgar por el pliegue formado entre su muslo y su trasero, y le rocé apenas la entrepierna humedecida. Se estremeció y apretó aún más las rodillas—. Salvo que… quieras.

Era imposible minimizar lo inapropiada que resultaba esa frase. Sentía que no era correcta ni respetuosa, ni nada de lo que yo quería ser para Shay. Era obscena y primitiva, y estaba mal, pero al mismo tiempo estaba perfectamente bien. A pesar de que no pudiera explicar por qué estaba bien.

Era muy posible que no estuviera bien en absoluto, y lo iba a comprobar cuando ella me diera un rodillazo en la mandíbula.

Jugueteó con los dedos y se contoneó un poco.

—Podría ser…

Seguí mirando la piel tersa de su muslo porque no me atrevía a mirarla a los ojos. No me atrevía a hacer otra cosa que admirar la gradación de su piel, que cambiaba de un tono ligeramente bronceado a uno cremoso y pálido. No se afeitaba las piernas por encima de las rodillas y darme cuenta de eso me produjo un extraño placer. Un extraño placer que no tenía nada que ver con la insinuación de mi mujer de que gozaría si la ultrajaba.

No, el hecho de que la cabeza de mi pene me estuviera latiendo no tenía nada que ver con la tímida petición de Shay de que la retuviera… y lo hiciera de un modo rudo y salvaje.

Dejé caer una mano sobre el lateral de su muslo y la sujeté con firmeza, dejando bien claro, a medida que las puntas de mis dedos se clavaban en su piel, que la mantendría así toda la noche si era lo que de verdad quería. Parpadeó, con los labios entreabiertos y las mejillas encendidas. Su excitación impregnaba tanto el aire que podía saborearla en la lengua.

Le pasé la mano libre por las rodillas, que mantenía apretadas.

—Entonces, es lo que voy a hacer.

Le separé las piernas con más fuerza de la que parecía necesaria y la penetré hasta el fondo, ahogando los gritos y jadeos que salían de sus labios. Tenía los ojos desencajados; y estaba sorprendida, pero también muriéndose de ganas, como si nada que le hiciera en ese momento le fuera a bastar.

—Si no te gusta —dije—, paro.

—Vale.

—Si algo te duele o te sientes incómoda…

Una sonrisa perfecta se le dibujó en el rostro.

—Sé lo que tengo que hacer, Noah.

Tomé uno de sus pies y lo subí por mi pecho hasta apoyármelo en el hombro. Hice lo mismo con el otro y le sujeté las piernas con un brazo. Giré la cabeza para rozarle el tobillo con los dientes.

—¿Segura?

—No lo sé. —Levantó un hombro, y en su sonrisa asomó un ligero gesto desafiante—. Hazme cambiar de opinión.

En lugar de estropearlo todo intentando hilvanar palabras, me abalancé sobre ella con fuerza. Estaba tan mojada que tuve la sensación de ahogarme: quería hundirme en ella y no volver a salir jamás.

—¡Ay, Dios! —gritó—. Oh, *joder*. Dios mío, Noah.

Me incliné hacia ella, apretándole las rodillas contra el pecho y arrancándole un suspiro ronco y desesperado. Otro ruido más así y estaríamos en problemas.

—En silencio, esposa mía. —Le puse una mano en la mandíbula y le pasé el pulgar por los labios—. No me pongas a prueba.

Me mordió la yema del pulgar y sonrió. El pecho se me estremeció con un sonido poco amable y respondí bombeando dentro de ella como si quisiera atravesar la pared, lo que no era una forma inteligente de disminuir el ruido.

La penetré de manera implacable, como si no me importara su placer ni nada más que usarla para satisfacer mis propias necesidades. Como si, en realidad, no tuviera miedo de hacerle daño o de asustarla; o de que no tardara en darse cuenta de que no sabía tratarla con la ternura que se merecía y que lo único que era capaz de hacer era montarla como un animal salvaje.

Pero esa posición, con ella inmovilizada debajo de mí y casi doblada por la mitad, era increíble. Si no me había convertido ya un animal salvaje antes de someterla de ese modo, ahora sí que no había vuelta atrás. Había visto cómo se le empañaban los ojos de excitación y había sentido el roce húmedo de su deseo en mi miembro, y nunca podría olvidarlo.

No quería olvidarlo, pero sobre todo no quería que terminara. Y no solo esa noche, no solo el sexo. No quería dejarla ir de nuevo y volver a una vida en la que ella no era mía.

—Eso es —dije, al oírla gemir. Me rodeó el cuello con los brazos, me metió los dedos en el pelo y me recorrió los costados con las palmas de las manos. Era como si estuviera descubriendo la topografía de mi cuerpo, apresurada por encontrar todo lo que podía y catalogarlo para guardarlo.

«Para la próxima vez».

Quería escribir mi nombre dentro de ella. Sentí cómo se tensaban sus músculos internos y quité el pulgar de sus labios. Le di un beso rápido antes de apoyar la frente en la suya. Tardé un minuto, tal vez dos, en vaciarme en ella y luego la acurruqué como si fuera la clave para impedir que se me escapara el alma.

—Esa es mi chica —rugí, cuando llegó el orgasmo. Ahogué sus gritos con un beso y respondí a los hermosos espasmos de su interior con un propio espasmo, y solo cuando volví a oír por encima de mis latidos me di cuenta de que había estado susurrándole los míos en la piel todo el tiempo.



Me despertó el teléfono. Siempre era el teléfono. No hacía falta una alarma cuando podía contar con que algo fallara y alguien me llamara para comunicármelo.

Pero antes de que pudiera fijarme en la pantalla, oí que llamaban a mi puerta con un golpecito infantil.

—Noah, han venido a verte unas personas —dijo Gennie.

—¿Qué pasa? —murmuró Shay a mi lado.

—Ni idea —le respondí, todavía tratando de ver la pantalla. ¿Por qué iba a tener veintinueve mensajes de texto un domingo por la mañana? ¿Qué demonios?—. ¿Quién es, Gen?

Giró el pomo y empujó la puerta lo justo para asomarse con un solo ojo.

—Todo el mundo.

—Vale —le dije a Gennie—. Dame un minuto y bajo.

—¿Shay también?

—Ay, mierda —murmuré—. Sí. Ahora baja conmigo. ¿Vale?

—¿Podemos comer tortitas?

—Sí. Comemos lo que quieras. ¿Te parece bien?

En lugar de responder, Gennie dio un portazo y salió corriendo por el pasillo. Cualquier esperanza de sexo de domingo por la mañana acababa de esfumarse.

—Bueno… Pasó lo que tenía que pasar —dijo Shay, dándome una palmada en el hombro antes de salir de la cama—. Te cojo una camisa, ¿vale?

—Todo lo que tengo es tuyo —le dije sin apartar la vista del teléfono.

—Me parece demasiado —dijo, desde dentro del armario.

—No lo es.

Me puse los bóxeres y los pantalones mientras leía la infinidad de mensajes de texto de la gente del pueblo que decían «¡Felicidades!» y nada más. ¿Por qué narices me felicitaba todo el mundo? Tenía que ser una confusión.

Shay salió del armario con los vaqueros de la noche anterior y una de mis camisas abotonadas. Se la había anudado a la cintura y tenía las mangas dobladas hasta los codos, y no hubo forma de que me importara quién diablos estaba en la puerta de mi casa a primera hora de la mañana.

—Ven aquí. —Le hice señas para que se acercara, pero me dijo que no con el dedo—. No estoy bromeando, esposa mía.

—Tenemos otros asuntos —señaló la puerta con ambas manos— de los que ocuparnos. Hagamos eso primero.

No quería verla con otra cosa que no fueran mis camisas. Y quería arrancarle esa.

Me señaló el teléfono.

—¿Tienes idea de lo que está pasando?

—No —suspiré—. No lo sé.

Shay se peinó con los dedos mientras bajábamos las escaleras. Gennie estaba parada frente a la puerta, con la espada en la mano y el parche en la muñeca.

—El señor Bones está trayendo las cabras para hacer yoga —dijo Gennie, apuntando con la espada hacia la ventana.

Eché un vistazo al exterior y vi media docena de camionetas y al menos diez de los *quads* de Little Star. A pesar de los mensajes, todo parecía indicar una catástrofe agrícola.

—Espero que no haya vacas nuestras vagando por el pueblo —dije en voz baja mientras abría la puerta.

No me dieron tiempo a preguntar nada sobre vacas o tramos de valla derribados porque la mayor parte de mi personal, incluidos Bones y cuatro cabras, empezaron a aplaudir y a dar vivas cuando Gennie, Shay y yo salimos a la puerta. Estaban todos —Nyomi, Wheatie, el personal de la tienda…— y sostenían ramos de flores y globos. Gail Castro llevaba dos botellas de champán sujetas por el cuello.

Gennie se escondió detrás de mí y enterró la cara en mi camiseta. Shay sonrió, pero me miró desconcertada.

—¿Por qué no nos lo habías dicho? —gritó Nyomi. Cuando no respondí, añadió—: ¡Que os habéis casado!

—Que nos… —Me quedé sin palabras.

Shay soltó un sonido ahogado.

—Noah —susurró—. Di algo.

—Mierda.



Capítulo veinticuatro

SHAY

El alumnado será capaz de actuar bajo presión.

Si había algo que los pueblos pequeños hacían con una eficacia deslumbrante era poner en circulación rumores candentes. No tenía ni idea de cómo todo había pasado de ser un secreto a volverse un chisme, pero había demasiada gente —y cabras— como para preocuparse por eso en ese momento.

—Estamos muy contentos por vosotros —dijo una mujer mientras avanzaba hacia mí con un ramo de flores.

—Empezábamos a pensar que el pobre Noah nunca encontraría una buena chica —agregó alguien—. Es un amor.

Si supieran que ese amor era un animal salvaje en la cama…

—Sí, es un amor —coincidió otra persona—. Me alegré tanto cuando superó esa etapa de patito feo. Sabía que llegaría su momento.

—¿Vais a hacer una celebración? Tiene que haber una celebración —dijo otra mujer, poniéndome una lata de galletas en el pliegue del codo.

—Yo hago el pastel —dijo una tercera mujer—. ¡Qué emoción! ¡Felicidades!

—Gracias —conseguí balbucear desde detrás de un montón de flores, vino y otros dulces—. No sabía que se había hecho público.

Era una forma delicada de preguntar cómo narices sabía toda esta gente lo de nuestro matrimonio secreto y por qué la información había llegado esa mañana, justo cuando estaba lista para otra ronda entre las sábanas con Noah.

—Me enteré por Jaclyn Ramos —dijo una cuarta mujer—. Jaclyn no estaba segura de si lo estabais manteniendo en secreto o qué, pero os vio besuqueándoos anoche en el festival.

Ah, Jaclyn. Ese huracán tenía un nombre. Y, evidentemente, ninguna consideración por la privacidad ajena.

—Esa vieja se entera de todo antes que nadie —dijo otra mujer—. Y encima se le sube a la cabeza.

—¿Cuánto hace que trabaja en el ayuntamiento de Providence? ¿Treinta, treinta y cinco años?

Claro que lo sabe todo —dijo alguien. No podía seguirle el hilo a toda esa gente, y menos con todas esas flores en las narices—. Pero seguro que a vosotros no os importa que haya hecho correr la voz.

«¿Por qué iba a molestarnos que medio pueblo apareciera en la puerta al amanecer?».

—¿Cómo les va a molestar? —chilló alguien más—. ¡Están enamorados! Míralos. Son encantadores. Esa noria casi se incendia anoche. Todo el mundo los vio.

Me reí, pero no por la razón que esta gente suponía. Me reí porque creían lo que querían creer, igual que cuando había llegado en la adolescencia. Habían visto a una chica rica y mimada y habían llenado los blancos como mejor les había parecido. A nadie le había importado conocerme más allá de los hechos sobresalientes —madre famosa, internado suizo, mochila de Prada—, a menos que quisieran saber por qué vivía con Lollie, por qué había dejado el internado, por qué no podía simplemente vivir con mi madre y ser como cualquier otra familia.

Esas personas no querían conocerme como tampoco querían conocerme los que leían todo un mundo en la ropa de Barneys que me enviaba el asesor personal de mi mamá, pero igualmente querían una parte de mí.

Del otro lado del camino, Noah estaba atrapado entre Jim Wheaton y un hombre más joven al que Gennie me había presentado como «el señor Bones» hacía unas semanas. No estaba del todo convencida de que ese fuera su verdadero nombre.

—Te has casado con ella —oí decir a Jim, cruzando los brazos sobre su pecho amplio—. Te has casado.

—Y no nos lo contaste —dijo Bones—. Te has casado con ella y no nos dijiste una sola palabra.

—Te has casado con ella… —repitió Jim.

Noah miró entonces en mi dirección, hizo un leve movimiento con la cabeza hacia la multitud reunida a nuestro alrededor. Me encogí de hombros.

Arqueó las cejas como diciendo: «¿Qué demonios ha pasado?».

Puse los ojos en blanco: «No tengo ni puta idea».

Me sonrió con pesar: «Podría ser peor, ¿no?».

Le devolví la sonrisa: «No veo cómo».

Una de las cabras lanzó un balido fuerte y todas siguieron el ejemplo, llamándose y gritándose unas a otras hasta que el ruido fue demasiado intenso para continuar nuestras conversaciones. Las visitas empezaron a retroceder hacia sus camionetas y todoterrenos, despidiéndose con la mano. Hubo abrazos y buenos deseos, más botellas de vino y champán, y varios comentarios no muy velados entre las visitas sobre el hecho de que estaban impidiendo que los recién casados pasáramos tiempo juntos.

El problema no era que nos estuvieran robando el tiempo. El problema era que, ahora que todo había salido a la luz, nunca encontraríamos la forma de volver a la plácida felicidad de holgazanear en la cama juntos por primera vez.

—Hora de irnos —dijo Bones, haciendo avanzar a las cabras—. Tengo que llevar a estas chicas a la clase de yoga.

—¿Por qué se supone que estás aquí? —le preguntó Noah. Señaló a Jim—. ¿O tú? Es domingo.

Jim le guiñó un ojo.

—Digamos que es una ocasión especial.

Cuando el grupo se marchó —gradualmente y con varias invitaciones a reunirse con las familias para cenar en algún momento—, Noah y yo regresamos a casa.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó mientras saludaba con la mano a la señora Castro y a su caballo.

—Parece que tenemos que darle las gracias a Jaclyn Ramos.

—¿Cómo que tenemos que…? ¿A Jaclyn? Joder… —Se pasó una mano por la cara—. No puedo creer que lo pasara por alto.

Le pasé varias de las botellas de vino.

—No hay nada que podamos hacer ahora.

Echó un vistazo a la entrada, con un gesto repentino de preocupación.

—¿Dónde está Gennie?

—Estoy aquí —gritó. Nos dimos la vuelta y la encontramos en el gallinero, con la cesta de huevos colgando del codo y el parche en el ojo—. Esa gente hacía mucho ruido y era jodidamente molesta. —Le chasqueó los dedos a una de las gallinas—. Aléjate de mí, imbécil.

—Ey, Gen —le dijo Noah con afecto—. Fue todo un alboroto y una sorpresa. Lo siento. ¿Podemos hablar de eso, cariño?

Sumido en el caos de las primicias de esa mañana, no había tenido en cuenta que esa gran revelación habría afectado a Gennie más que a nadie. Lo único que queríamos era protegerla y mantenerla al margen de nuestro plan demencial, pero, de todos modos, había sido quien había pagado los platos rotos. Cualquier resquemor u hostilidad que me hubiera provocado el sorpresivo anuncio de nuestro matrimonio se convirtió en culpa. Lo último que Gennie necesitaba era más desorden y confusión en su vida, y…

—Te juro que no le he dicho a nadie que os habíais casado.

Noah se quedó mirándola un segundo.

—¿Cómo?

—No he sido yo. De verdad. No te enfades. No grites. Te juro que yo no he sido.

Noah y yo volvimos a mirarnos más con cara de «¿qué demonios…?».

Cuando fui capaz de articular alguna palabra sin balbucear una larga sarta de por qués, cómos y qués, le dije:

—Vamos dentro a hablar. Has dicho que querías tortitas, ¿no? Yo te hago tortitas.

Gennie me miró desde el interior del gallinero.

—¿Con chispas de chocolate?

—Por supuesto —dije, poniendo el máximo entusiasmo. A Noah le susurré—: Por favor, dime que no has prohibido las chispas de chocolate porque no existen en la naturaleza o por la uniformidad perturbadora de su forma.

Parpadeó.

—¿Qué tal una tableta de chocolate cortada en trozos? ¿Podría funcionar?

—Ay, Dios. —Acomodé los obsequios, que estaban a punto de deslizarse por entre mis brazos—. Todos adentro. Vamos a hacer el desayuno, venga.



Como me había adjudicado la tarea de hacer tortitas, todo lo que tenía que hacer era buscar una receta y luego abrir cada armario y cajón de la cocina de Noah para encontrar lo que necesitaba. Fácil y sencillo. Mucho más fácil y sencillo que la tarea de Noah de sentarse a la mesa con Gennie y aclarar todo el asunto.

—No te has metido en ningún lío y no estoy enfadado —le dijo Noah—. No estoy gritando.

¿Verdad? ¿Estamos de acuerdo en eso?

En lugar de contestar, Gennie preguntó:

—¿Se suponía que era un secreto que no me ibais a contar?

Noah nos miró a ambas y yo fui en busca de un bol para mezclar.

—Mira —empezó—, no era tanto un secreto como…

—Vosotros dos seríais los peores piratas del mundo —gritó—. Nunca os podríais apoderar de ningún barco ni robar ningún botín.

Noah suspiró.

—Bueno, bueno, sea como sea, me gustaría saber cómo lo averiguaste y…

—No se lo he contado a nadie —insistió ella, cruzada de brazos y con los hombros contraídos hasta las orejas—. Sé guardar un secreto.

Noah dejó caer las manos sobre la mesa.

—Pero ¿cómo lo supiste?

Gennie levantó un dedo.

—Estabas mirando cosas de bodas en tu ordenador, te vestiste con ropa elegante ese día y, cuando te pregunté por qué ibas vestido así, dijiste que era para unos negocios de adultos y, entre vosotros dos, salta a la vista toda esa mierda del amor.

—Esa mierda del amor… —repitió Noah.

Empecé a batir huevos. No estaba segura de si era parte de la receta, pero me pareció lo correcto.

—Sí, estáis enamorados y todo eso —dijo Gennie, como si estuviera señalando algo obvio—. Por eso anoche Shay se quedó a dormir contigo y siempre haces cosas bonitas por ella.

Noah me miró, con los ojos muy abiertos e interrogantes. Seguí batiendo.

—Si no queríais que me diera cuenta, tendríais que haber parado de besuquearos todo el rato.

—Supongo que tendremos que esforzarnos más en este sentido —dijo Noah.

—No me importa —replicó Gennie—. Ya no me parece asqueroso. Ya me he acostumbrado.

—Qué alivio —dijo Noah en voz baja.

—¿Shay se va a venir a vivir aquí? Es lo que hacen los casados, ¿no? Viven en la misma casa. —Me lanzó una gran sonrisa expectante—. Puedes dormir en mi habitación. Me gusta más la litera de arriba, pero puedo dejártela si quieres.

Me quedé mirando a Gennie y a Noah, con los dedos entumecidos alrededor del batidor. No. No, no, no. Eso era impensable. Me sentía sola en la casa grande y vacía de Lollie, pero era mi lugar grande y vacío donde estar sola. Era donde me regodeaba en la autocompasión e inventaba explicaciones descabelladas sobre la huida de mi ex, donde tomaba vino en ropa interior y desayunaba natillas. Era mi refugio, mi lugar seguro y personal, donde no tenía que fingir que todo iba bien y podía estar borracha y sentirme tan desdichada o taciturna como quisiera. Necesitaba la casa de Lollie más de lo que necesitaba mantener las apariencias sobre mi falso matrimonio.

Pero si alguien lo descubriera, si alguna vez alguien relacionara los términos de la herencia de Lollie con la intención de Noah de hacerse con todas las tierras de ese lado de la cala, podríamos tener problemas. Muchos problemas.

La escuela no querría a una estafadora medio tonta dando clases a niños influenciables. El pueblo no querría comprar leche, manzanas y mermelada de frambuesa al granjero que había defraudado con una herencia para hacerse con unas tierras a precio de ganga. La gente de ese lugar guardaba recuerdos de varias generaciones y ni lo olvidarían pronto ni tampoco perdonarían tan fácilmente a Noah. Por no hablar de Gennie. Por Dios. Ya todo era bastante

complicado para ella, no necesitaba que nos sumáramos a empeorarle las cosas con nuestras payasadas.

Tenía que mudarme a su casa. Tenía que dejar mi refugio y mis copas de vino en ropa interior. A menos que quisiera renunciar a todo: a mi puesto de maestra, a la granja de Lollie, a Noah y Gennie y a todo lo que había entre nosotros, no me quedaba más remedio. Tenía que seguir jugando a ese juego.

Cuando Noah me miró desde el otro lado de la habitación, vi que fruncía el entrecejo. Estaba claro que él también era consciente de todo y que odiaba esa situación tanto como yo.

—Voy a ir a hablar con mis juguetes hasta que las tortitas estén listas —anunció Gennie—. Así podéis estar solos.

Cuando se fue, Noah soltó un suspiro prolongado y dejó caer las manos abiertas sobre la mesa.

—No tenía idea de que… —se llevó las manos a los ojos— se hubiera dado cuenta de todo. ¿Cuándo ha empezado a leer lo que ve en mi ordenador? Diablos, ¿cuándo ha empezado a leer?

—No pienses más en ello. —Negué con la cabeza, con la esperanza de encontrar alguna dosis de humor al desastre que había causado en las vidas de todos—. ¿Dónde puede haber un… —agité las manos al aire— utensilio para hacer tortitas? Esa cosa plana.

Noah se puso en pie y se acercó con el ceño fruncido y la boca y los ojos arrugados. Observó los huevos, batidos enérgicamente, y los demás ingredientes alineados sobre la encimera como bravos soldados.

—Así no se hacen las tortitas.

—¿No? —Levanté la cabeza—. En realidad, no tengo mucha experiencia haciendo tortitas. Pero me ha parecido un buen proyecto para este momento.

Dejó caer las manos sobre mi cintura y me arrinconó contra una esquina de los armarios. La de la noche anterior. La de los mordiscos. Y… todo lo demás. Con un movimiento rápido, me levantó, depositó mi trasero sobre la encimera y me abrió las piernas de par en par.

—¿Podemos volver a la cama y hacer como si nada de esto hubiera pasado?

Me pareció una idea brillante. Realmente brillante. Pero…

—No podemos, Noah. No podemos complicar más las cosas.

Se acurrucó contra mi cuello y deslizó una mano bajo mi camisa, que en realidad era su camisa, pero eso era lo que menos importaba porque enseguida me acarició el pezón con el pulgar, con un trazo firme y constante que me hizo recordar todas las cosas que deberíamos haber hecho esa mañana.

—Siempre ha sido complicado, esposa mía.

Le pasé las manos por la espalda, por los hombros.

—No voy a decir que lo de anoche fuera un error…

—Gracias a Dios.

—… pero no quiero volver a hacerlo.

Se echó hacia atrás y frunció el ceño.

—¿Por qué no? ¿No te gustó?

—Fue espectacular. —No podía restarle importancia, aunque quisiera. Todavía me estaba recuperando del increíble efecto de todos esos orgasmos—. Todo fue espectacular.

Se acomodó entre mis piernas, apretándose contra mi centro. Solté un gemido al sentirlo, cargado y lujurioso, contra mis puntos más sensibles.

—A ver, háblame otra vez de todas esas complicaciones.

—No queremos hacerlo más difícil —le dije—. No podemos seguir acostándonos.

Llevó las manos a mis nalgas, me acercó al borde de la encimera y me atrajo hacia su cuerpo de la forma más arrasadora. Sentí la contracción de mis músculos internos, tan fuerte que una punzada de dolor irradió de mi interior y me recorrió el cuerpo con avidez.

Me rozó la base del cuello con los dientes.

—Buena suerte con ese plan.

—Bueno, quizá una vez más —dije, en un tono entre lastimero y distraído—. Pero solo una vez más.

—Si es lo que quieres decirte, perfecto.

—Pero… Gennie —dije—. Piensa que estamos casados.

—Y le voy a programar unas sesiones extra con su terapeuta para que hablen de ello —respondió, sin desentenderse de mi trasero—. Va a estar bien.

—¿Estás seguro? Porque hasta no hace mucho decías que Gennie tenía que quedar muy muy al margen de este embrollo nuestro.

Soltó un gruñido contra mi cuello, y por un momento tuve la sensación de que no iba a responder.

—Sí. Habría sido mejor así. Mejor para ella —dijo finalmente—. Pero las cosas han ido como han ido. Gennie y todos los demás lo saben, y no podemos hacer nada al respecto.

—Pero ¿qué va a pasar cuando se termine?

Con esas palabras, la nube suave y esponjosa de hormonas sexuales sobre la que habíamos estado flotando las últimas doce horas se deshizo. Noah apoyó las manos en la encimera, a ambos lados de mi trasero, y se echó hacia atrás de modo que solo mis rodillas quedaran pegadas a sus caderas.

—Ya me las apañaré.

—Pero… Gennie. ¿Cómo vamos a protegerla? —repetí.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No lo sé. —Asintió y me miró la camisa. Sabía que me estaba mirando los pezones. Cualquiera en un radio de seis metros me hubiese estado mirando los pezones porque eran como puntas de lanza tensas y sensibles que ponían a prueba los límites de la camisa—. ¿Quieres la granja de Lollie o no? Esa es la pregunta que tienes que responder, Shay. Yo puedo proteger a Gennie. Ya me las arreglaré. Eso sí, no le hagas ninguna promesa que no creas que vas a cumplir.

—Nunca haría algo así.

Nos quedamos mirándonos un largo rato. Las sombras de la noche anterior nos envolvían, se colaban por entre los huecos y las rendijas que separaban nuestros cuerpos. Todo era distinto. Nosotros estábamos distintos. Pero allí, no parecía distinto. Era como si estuviéramos en lados opuestos de una mesa de negociación, con cada una de nuestras batallas imposibles de ganar alineadas, esperando a que alguno hiciera una concesión.

—Si quieres la granja de Lollie —empezó, con voz entrecortada— tenemos que ir a Thomas House, recoger tus cosas e instalarte aquí hoy mismo—. Levantó una mano y la dejó caer contra el brazo que le cruzaba el pecho—. Esta semana está previsto que un equipo de ingenieros vaya a Twin Tulip a inspeccionar el lugar. ¿Quieres que lo cancele?

—No quiero que lo canceles. —Me pasé los dedos por el pelo. Dios, necesitaba una ducha. Necesitaba sentarme en la ducha y pensar durante cinco o seis horas—. Pero no quiero trastornarle la vida a Gennie. Y tampoco a ti.

—De todos los cambios por los que Gennie y yo hemos pasado este año, este es el menos abrupto. A ti te va a trastornar la vida mucho más que a nosotros.

—No puedo mudarme así sin más —dije suspirando con aire irritado.

Me miró con las cejas en alto y esos antebrazos que me suplicaban que les pasara los dedos por los músculos. No hice caso a las súplicas.

—Sí que puedes.

—¿Y qué voy a hacer aquí? —balbuceé—. No podemos jugar a las casitas, Noah. Es una locura y todo eso ya es bastante loco de por sí.

—Podrás hacer lo que te da la gana, Shay. Podrás entrar y salir cuando te apetezca —dijo en tono complaciente tras parpadear con lentitud—. Arriba hay una habitación libre. No te obligaría a dormir conmigo, si es lo que te preocupa.

—No es lo que me preocupa. —Una pequeñísima y desesperada parte de mi ser deseaba que Noah me exigiera que durmiera con él. Quería que me pusiera la mano alrededor del cuello y me inmovilizara contra la cama con las caderas. Una parte muy pequeñita. El resto sabía que dormir con él no era la solución a nuestros problemas.

—Esta es tu casa. No quiero importunarte.

—No es algo que me preocupe.

—Tal vez debería —dije.

—Qué lástima, pero no. —Miró el techo poniendo los ojos en blanco y balbuceó algo para sí que no pude descifrar—. Vamos, esposa mía. Ahora te voy a enseñar a hacer tortitas y luego le decimos a Gen de que no le vas a quitar la litera de arriba. Prepárate para ese vendaval. —Con la mandíbula apretada, me recorrió con la mirada las piernas, la camisa prestada y el rostro—. No me estás importunando. Deja de pensar eso. Y deja de hacer pucheros. Sabes que no respondo de mí cuando haces eso.

—No estoy haciendo pucheros.

Me tomó del mentón y me pasó el pulgar por el labio inferior.

—Estás haciendo pucheros y en este momento no puedo chuparte los pezones por encima de la camisa porque no quiero parar en tus pezones y… ay, ¡la madre que…! Lo he dicho en voz alta.

—¿Y qué más? —susurré—. ¿Qué ibas a decir?

Dejó caer la mano y bajó la vista.

—Shay, por favor.

—Dímelo. Quiero saberlo. ¿Qué harías después de chuparme los pezones por encima de esta camisa que te he robado? ¿Qué vendría después?

Negó con la cabeza. Soltó un suspiro entrecortado que parecía poner fin a la conversación y dijo:

—No tenemos tiempo para eso ahora.

No pude contenerme. Incluso si nos empujaba hasta el borde de un acantilado, no podía parar.

—¿Para qué no tenemos tiempo?

Soltó una risa seca y balbuceante. Tenía las mejillas encendidas.

—Ya basta, esposa mía. Te pido que dejes de poner esa cara y vayas a buscar un sujetador, a menos que quieras que te arrastre hasta el granero y te acorrale contra la pared.

¿Seguía siendo un jadeo si provenía de la región más lujuriosa de Francia o era solo un gemido burbujeante?

—Bueno…

—No —dijo—. Me has hecho decirlo, pero te prometo que no te gustaría. Hace calor y está oscuro allí, y huele mucho a aceite. Y no estoy de humor para ser bueno.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—Anoche no fuiste bueno.

Tomó un tazón y miró los huevos mal batidos con el ceño fruncido.

—Eso fue otra cosa.

—¿En qué sentido?

—Eso fue para ti —dijo, repasando los objetos reunidos en la encimera sin dejar de fruncir el ceño—. Esto… esto no sería para ti.

—Ahhh.

Me apuntó con un dedo y me dijo:

—No digas nada. Hablo en serio. Gennie está levantada y tenemos cosas que hacer, y no puedo oír ese sonido saliendo de tu boca en este momento. No puedo, Shay. —Negó con la cabeza—. Hace un momento has dicho que era cosa de una sola vez, que no se podía repetir.

—Quería decir que no *deberíamos*. —La renuencia contenida en mi voz era tan espesa como la mantequilla.

Me miró de reojo, con la mandíbula crispada.

—¿Pero?

No me atreví. No quería que me arrastrara a un granero oscuro y me aferrara contra la pared, de espaldas, con las manos abiertas contra la madera y la chapa ondulada mientras Noah me hacía lo que le diera la gana. Sin embargo, no pude evitar decir:

—Pero estuvo muy bien. —Me pasé los dedos por los labios, por la línea del cuello. Donde me había besado, donde me había abrazado—. Muy bien.

Con un gruñido ronco, me levantó de la encimera y me llevó hacia las escaleras. Mañana iba a tener el trasero lleno de magullones por culpa de eso. Pequeñas manchas de color violeta y azul zafiro.

—Arriba. Fuera de aquí. Date una ducha, ponte un sujetador y no vuelvas hasta que puedas decirme lo que quieres sin cambiar de opinión a cada instante. —Me dio una palmada fuerte en el trasero—. Haga lo que se le dice, esposa.

Y así fue como terminé sentada en el suelo de la ducha de Noah inmersa en un debate interno sobre si cada uno era la llave que había liberado en el otro un cúmulo de deseos ardientes y desconocidos, o si simplemente nos hacía falta sexo del bueno y resultó que a los dos nos venía bien. Quizá no fuera igual la próxima vez. Era lo más probable. No iba a ser siempre como la noche anterior. No era posible.

Quizá iba a ser mejor.



—¿Necesitas ayuda?

Al levantar la vista, vi a Noah apoyado en la jamba de la puerta con una gorra de béisbol que le tapaba los ojos. Echó un vistazo a las cajas, bolsas y maletas esparcidas a mi alrededor en su habitación de huéspedes, justo al lado de la suya. Señalé la cama cubierta por un edredón blanco almidonado, salpicado en ese momento por los varios tonos de rojo, rosa y morado de mis vestidos. En lugar de empaquetar la ropa de mi armario en Thomas House, había tomado todo lo que había en el perchero y lo había metido en el asiento trasero del coche para hacer el breve trayecto hasta la casa.

—En realidad, no. Estoy ordenando nada más.

Una gran parte de mí odiaba esa situación. Odiaba recogerlo todo y mudarme de nuevo, y

odiaba sentir —otra vez— que mi vida era permanentemente temporal. Odiaba dejar atrás el santuario que había hallado en la casa de Lollie y odiaba que ya no fuera a poder vagar durante horas y quedarme mirando la nada. Por mucho que Noah dijera que podía entrar y salir cuando quisiera, eso no cambiaba el hecho de que ahora vivía con una familia y no podía hacer lo que quisiera sin que nadie se enterara.

Si me instalaba en el porche, Gennie aparecería para charlar, Noah iría a ver cómo estaba, los empleados de la granja pasarían por delante, las gallinas se quedarían mirándome… No iba a tener la libertad de mirar las nubes y recomponerme en paz. Ahora formaba parte de ese lugar y de esa familia, y no importaba si era lo que quería o no.

Una parte mía le guardaba rencor a Lollie por haberme acorralado de esa forma con su testamento. No tenía por qué ser así, y no podía imaginarme que ella quisiera esto para mí o para su propiedad. Pero ahí estaba, guardando vestido tras vestido en mi nuevo armario mientras mi falso —y arrasador— marido me observaba.

Pero otra parte de mí —una parte muy pequeña a la que le vendría muy bien una profunda terapia— se estremecía de alegría, tanta que tenía que taparme la boca con las manos para no chillar, y una sonrisa grande como el sol se había adueñado de mi rostro. Esa parte había encontrado un lugar, un lugar en el que estaba rodeada de personas que no solo me querían, sino que se disputaban mi atención. Era la tía simpática que se reía con Gennie de lo absurdo que era que Noah rallara chocolate francés de primera calidad en la masa de las tortitas porque no le convencían las chispas de chocolate. Era la esposa juguetona que tentaba a su marido hasta que la mandíbula se le volvía de granito macizo y las palabras le salían de la boca como piedras cayendo por la ladera de una montaña mientras la perseguía escaleras arriba y desaparecían dentro del dormitorio.

Ninguna de esas cosas era real, no como el norte o las estrellas, pero a esa parte de mí no le importaban esos detalles. Esa parte aceptaría las sobras y migajas, y se aferraría a ellas mientras pudiera.

Fingiría y me agarraría a ello hasta que terminara como terminaba todo para mí.

—Déjame ayudarte —me dijo Noah cuando intenté tomar una de las cajas más pequeñas.

—No hace falta. —Mientras le decía esto, él sujetó la caja desde el otro lado y la hicimos tambalear. No habría sido un problema si hubiera empaquetado como una persona con sentido común. Cosa que no había hecho.

Lo había arrojado todo dentro sin preocuparme dónde caía o si sería capaz de encontrar algo después y, por eso, cinco libros de cuentos infantiles, un frasco de probióticos formulados especialmente para la salud de la mujer y dos vibradores acabaron a nuestros pies.

Nos quedamos mirando los juguetes un minuto entero. Eran escandalosamente azulados, con demasiados relieves y carecían de cualquier precisión anatómica. Uno tenía las puntas torcidas y asimétricas y el otro tenía círculos y protuberancias en el tronco que le daban el aspecto de un pulpo. Era demasiada información sobre las cosas que me gustaba tener dentro. Finalmente, Noah se aclaró la garganta.

—Sé que no debería preguntar esto, pero… —se pasó una mano por la boca— ¿qué tal son…?

—Eh… —Miré a cualquier parte menos al suelo. No estaba avergonzada, pero sí me sonrojé, y eso activó algo en mí. Una necesidad imperiosa entre mis piernas. Algo que se alimentaba de lo desconocido, lo inexplorado, lo incómodo—. Están bien.

Noah cerró la puerta de un puntapié.

—¿Solo bien? —Se inclinó y levantó los dos vibradores. Los miró detenidamente, dándoles la

vuelta y pulsando los botones. Se le encendieron las orejas—. ¿Estaría mal si…? ¿Si te pidiera que me lo mostraras?

—No estaría mal —dije, sintiendo que todo mi cuerpo se convertía en un charco caliente y húmedo que decía «sí, por favor»—. Pero no sé cómo… —Tragué saliva—. No sé cómo mostrártelo, quiero decir. Nunca lo he hecho. —Levanté la vista, rogándole en silencio que terminara la frase.

—Está bien. —El juguete rumoreó entre sus manos—. Yo nunca he mirado.

—¿Y cómo sabes que quieres mirar?

—Lo sé. —Se le oscureció la mirada. Tragué saliva—. Gennie está en el corral de las cabras. Es la hora del ordeño.

El zumbido del vibrador de dos cabezales era altísimo. Como una turbina de viento. Como un motor a reacción.

—Va a llevar una hora o dos. ¿Cierto?

—Una hora como mínimo. —Me miró y bajó la vista hacia los juguetes.

Después de un minuto interminable, caminó hacia el pequeño escritorio pegado a la pared, frente a la ventana. Tomó la silla del escritorio y la colocó al revés, a los pies de la cama. Dejó los vibradores sobre el edredón. Uno seguía zumbando a modo de invitación clara y crucial; no hubiese podido contemplar la posibilidad de hacer algo así sin la claridad esculpida en granito de esa invitación. No podía hacer las cosas que siempre hacía con esos juguetes, si Noah estaba mirándome, a menos que supiera, y lo creyera en cada célula de mi cuerpo, que él lo deseaba sin la menor duda.

Se arrellanó en la silla y cruzó los brazos sobre el respaldo.

—¿Hay algo que te gustaría mostrarme? —preguntó inclinando la cabeza a un lado.

Lo miré hasta que conseguí dejar de pensar en todos los inconvenientes que podía presentar el plan. Entonces, busqué en una de mis bolsas hasta que encontré el objeto que necesitaba. Se lo tendí.

—Este también.

Noah estudió el juguete rojo intenso en forma de rosa, y unas oscuras líneas de confusión le surcaron la frente.

—¿Para qué…? —Pasó el pulgar por los pétalos—. ¿Cómo se…?

Y antes de que pudiera retractarme, me quité la ropa y le arrebaté la rosa.

—Ya verás.

Dejó caer la barbilla sobre los antebrazos y me observó con expresión serena mientras me subía a la cama. No sabía dónde ubicarme. Casi siempre usaba esos juguetes bajo las sábanas. No pensaba en posiciones ni perspectivas. No me importaba cómo se veía. No había nadie para juzgar el grosor de mis muslos, abiertos al máximo, ni la forma en que mi barriga se sacudía mientras buscaba un orgasmo. Nadie me miraba y por esa precisa razón podía hacer esas cosas.

De repente, dudé si podía hacerlas sin la seguridad que me daba estar sola. Sabiendo que lo único que importaba era hacerme sentir bien.

—Ven aquí —dijo, señalando con la cabeza el extremo de la cama—. Trae las almohadas. Quiero poder verte la cara cuando… —Se aclaró la garganta, pero no dijo nada más.

Sentí el temblor de mis piernas mientras me acomodaba en la otra punta de la cama, con varias almohadas bajo la cabeza y los pies descalzos apoyados en el piecero. Aferré con fuerza el vibrador de rosas y apreté las rodillas.

Me sentía un poco obscena de una forma nueva y extraña. No era del todo agradable. Era una sensación incómoda y un poco inquietante. Si seguía pensando en el tema, terminaría por

convencerme de que no quería hacerlo. No quería hacer una demostración del correcto uso de los juguetes sexuales mientras mi marido miraba. No quería que supiera cómo me tocaba cuando estaba sola. Si lo analizaba, podía convencerme de que no debía desear la excitación abrumadora que me recorría como un acceso de fiebre.

En lugar de pensar, encendí la rosa. La succión producía un zumbido bajo y burbujeante. Competía con el vibrador que resonaba a mi lado, y me dije que el ruido era necesario. Podía hundirme en el sonido y dejar que ahogara todo lo demás; que ahogara los rugidos y los jadeos de Noah; el suspiro que me brotó de los labios cuando abrí las piernas y acerqué la rosa a mi clítoris.

Con la mano libre, me abrí la vulva para colocar la rosa en la posición correcta. Requería cierta sutileza, pero cuando lo conseguía siempre valía la pena. Siempre.

—Es para… —Noah se aclaró la garganta de nuevo—. Le hace algo. A tu clítoris.

—Mmmm. —Ya no me preocupaba la apariencia de mis muslos en esta posición. Dejé caer las rodillas hasta abrirlas del todo—. Me lo succiona.

—¿Mejor que yo?

Busqué su mirada a los pies de mi cuerpo desnudo. Me miró a los ojos un segundo antes de volver a mirar entre mis piernas y luego otra vez a mí, con los labios apretados.

—Es diferente.

—¿Cómo? Explícamelo.

Me estremecí cuando el juguete empezó a acercarme a un orgasmo. Me faltaba aún, pero estaba cerca. Tu lengua es suave y cálida, y… *oh, joder*… me muerdes. —Me llevé los dedos hasta donde estaba mojada y tensa, y me acaricié a los costados—. Esto es duro. Es agresivo. Me da fuerte en el clítoris hasta que me hace llegar.

—¿Cuál te gusta más?

—No es una competición —lo reprendí—. Me gusta esto cuando no hay nadie que me chupe el clítoris.

Sinceramente, no tenía ni idea de dónde me salían esas palabras. No salían de mí. Yo no hablaba de sexo o de mi cuerpo de esa manera, no tenía el lenguaje para hacerlo.

—Entonces, es una suerte que vivas aquí —dijo, con un tono áspero y tenso—. Te puedo chupar las veces que quieras.

Apoyó la mejilla en los brazos, con la mirada aún clavada entre mis piernas. Busqué el vibrador que tenía a mi lado. Noah hizo un ruido ahogado con la garganta. Lo presioné contra la entrada de mi vagina y cerré los ojos dejando que las sensaciones me recorrieran.

—¿Cuánto te falta?

—Poco —susurré.

—¿Qué pasa después? ¿Ya está o sigues jugando?

Se me escapó un suspiro y levanté la vista hacia él. Observaba el pulpo azul mientras yo lo mantenía firme, dejando que vibrara y se moviera dentro de mí. Me gustaba este juguete porque me exigía muy poco. Podía deslizármelo, leer algo picante y dejar que mi cuerpo hiciera el resto —. Depende de las ganas.

—¿De qué tienes ganas ahora?

¿Cómo iba a responder a eso? ¿Cómo se podía esperar que alguien articulara palabras en un momento así?

—¿Tú de qué tienes ganas? —le pregunté.

Soltó una carcajada forzada y se pasó una mano por el pelo.

—De *esto*.

Subí la intensidad de la rosa. Casi me quitó el habla.

—No te creo.

Se llevó una mano al regazo. El respaldo de la silla ocultaba sus movimientos, pero la agonía que le surcaba el rostro me decía exactamente lo que estaba haciendo.

—Créetelo, esposa mía.

El orgasmo me sacudió un minuto antes de lo que esperaba. Fue rápido y me recorrió los músculos, dejándome temblorosa y sin coordinación.

Miré a Noah, pero necesitaba quedarme con los ojos cerrados. Era como si por error me hubiera tomado un somnífero en lugar de un multivitamínico, y cada parpadeo me llevara varios minutos. No lograba poner el pulgar en el botón correcto para apagar la rosa, y los dedos de la otra mano soltaron el vibrador. Intenté quitarlo, pero había perdido la percepción de profundidad y el control sobre mi cuerpo, y terminé pellizcándome la cara interna del muslo.

Noah profirió un sonido desgarrado mientras yo seguía moviendo las caderas al ritmo de las pulsaciones y las ondas de mis juguetes. Eran más que nada movimientos involuntarios. Como decía, ese vibrador no me requería mucho esfuerzo y, ya que el botón de encendido de la rosa había desaparecido, no tenía sentido parar ahora.

—¡Joder!, eres preciosa. —Lo dijo como si fuera un insulto; como si estuviera más que un poco molesto por ello—. Tan pero tan…

No llegó a terminar la frase porque se me contrajeron los músculos internos y solté un grito, un revoltijo de palabrotas y suspiros en el momento en que me sobrevino otro orgasmo. Fue más pequeño. El primero me había fulminado, así que este apenas consiguió patear los escombros, pero con eso bastó para que el vibrador se me saliera y cayera al suelo delante de Noah.

—Dios mío —murmuré, llevándome la mano a la boca.

Noah se inclinó para recoger el juguete del suelo. Lo apagó antes de ponerse de pie y colocarse junto al piecero de la cama. Me pasó una mano por el interior de la pierna y me preguntó:

—¿Quieres seguir con este?

Me cubrió la mano que sujetaba la rosa contra el clítoris. Negué con la cabeza.

—No encuentro el botón.

—Déjame a mí. —Después de darme una última chupada con el juguete, lo apartó y lo apagó. El zumbido de los juguetes se extinguió. Metió una mano entre mis piernas, cubriéndome con suavidad.

—¿Así está mejor?

Asentí. Me sentía como una niña. Una niña adorable, gloriosa y depravada. Quizá no como una niña de verdad, pero ciertamente me sentía gloriosa. Y muy depravada. ¿De dónde diablos había salido todo eso?

Aunque la bruma del orgasmo era densa, pude ver su enorme erección atrapada bajo los pantalones. Le tendí una mano y la tomó. Pero en lugar de subirse encima de mí o desabrocharse los pantalones, apretó los labios contra mi palma.

—Quiero hacerte algo a ti —le dije.

Me dio un golpecito con un dedo en la vulva.

—Eso ya ha sido para mí.

—Quiero hacer algo para que disfrutes tú —argumenté.

—No sabes cuánto acabo de disfrutar.

—Pero ahora te toca a ti y…

Me besó con labios hambrientos e insistentes.

—Escúchame, esposa mía. Te he dicho lo que yo quería cuando te he pedido que me mostraras cómo usas tus juguetes. He visto cómo te penetrabas y te acariciabas hasta quedar sin sentido… dos veces.

Con la coordinación de un ciervo recién nacido, busqué su miembro.

—Pero…

En ese momento, la puerta de la cocina se cerró de golpe y Gennie gritó:

—¡He ordeñado dos cabras yo sola!

—Ahora no, cielo. —Me dio un beso en la frente y agregó—: Tenemos todo el tiempo del mundo.

Recogió los juguetes, los colocó sobre el escritorio y puso la silla en su lugar. Todavía estremecida por todas partes e incapaz de moverme de esa posición tan despatarrada, lo miré mientras ojeaba los objetos que había sobre el escritorio: libros, productos para la piel, pendientes. Tomó algo del cuenco de cerámica donde guardaba las alhajas de todos los días. Supuse que se trataba de algún par de pendientes extravagantes, tal vez las calabazas de aspecto demasiado fálico para la escuela.

Pero entonces vi el anillo de cordel entre sus dedos.

No hizo falta que dijera nada. No hizo falta ningún comentario sobre el hecho de que me lo hubiera quedado o lo hubiera guardado en un lugar importante. No hacían falta palabras. Podía rellenar los espacios en blanco, aunque yo todavía tuviera dudas sobre algunas de las respuestas.

Lo puso de nuevo en el cuenco y se enderezó.

—Tengo que ir a ver a Gennie —dijo—. Deberías… —Miró a su alrededor y se le iluminaron los ojos cuando vio mi bata de baño. Me la tendió encima como una manta y fue lo más bonito que alguien había hecho por mí después de que me masturbara delante de él—. La retengo abajo unas horas.

—De acuerdo. —Me encogí de hombros, pero sentí como un espasmo en los músculos—. Me voy a levantar y ponerme algo. Volver a ser humana. Solo necesito un minuto.

Se acercó a la cama y me acarició una mejilla.

—Yo necesito mucho más que un minuto y lo único que he hecho ha sido mirar. Quédate aquí, cielo. Cierra los ojos. Te lo mereces.



Jaime estaba doblando ropa limpia sobre la cama cuando la llamé el domingo por la noche. Noah estaba con Gennie negociando las condiciones para que tomara un baño, y yo seguía descoordinada y floja después de los acontecimientos de la tarde. Aún me corrían temblores por el interior de los muslos, y no creía que fuera a poder sentarme en toda una semana sin pensar en Noah. Lo único que podía hacer era escabullirme a mi nuevo dormitorio con el pretexto de planificar las clases, pero en realidad era para confesarle mis pecados a mi mejor amiga.

Era lo que todo el mundo hacía cuando se escondía de su falso marido después de darle un espectáculo con juguetes sexuales.

—¿Qué te cuentas, cariño?

No hacía falta un relato pormenorizado.

—Me lo dijiste.

Sujetó una toalla bajo la barbilla para juntar los bordes.

—Voy a necesitar que seas más específica.

—Noah. Y… ya sabes.

Hurgó en la cesta, dejando una falda a un lado y tirando cosas más pequeñas a la cama.

—No, no lo sé. ¿Qué ha hecho Papito Panadero y por qué lo queremos?

—No lo queremos —dije.

—No lo queremos porque estás muy ocupada tratando de acordarte de lo que es el amor de verdad. Te va a llevar tiempo reconocerlo y dejar de rechazarlo.

—No estoy rechazando nada —repuse—. De hecho, no lo rechacé cuando me invitó a su casa anoche.

—Ohhhhh. —exclamó—. Parece que la masa se ha elevado.

Se me acaloraron las mejillas y no pude contener la sonrisa cuando dije:

—Algo así.

Jaime se recostó en el cabecero de la cama y tomó un sorbo de agua.

—¿Ahora es cuando me dices que fue cosa de una sola vez y que no volverá a ocurrir?

—Bueno, no fue solo una vez. Fueron dos veces. Y luego otra… cosa. Y me he ido a vivir con él porque los vecinos se han reunido delante de su casa y nos han tirado flores y vino y luego se han puesto a cantar.

Cerró los ojos y se pasó un dedo por las cejas.

—¿Eso es jerga pueblerina para decir que te ha dado tanta caña que tus vecinos saben su nombre?

—Bueno, vale, sí…

—¡Lo sabía! —exclamó, asintiendo despacio y con gesto satisfecho.

—Pero de verdad que esta mañana ha venido gente a su casa y ahora tengo que vivir con él.

—«Tengo que vivir con él». «Me he ido a vivir con él». —Levantó las manos—. ¿Cuál es la diferencia?

—Es que hemos decidido que me mudara aquí solo porque…

—La razón no es tan importante —interrumpió—. Sé que parece que sí, pero esto iba a pasar. De un modo u otro.

La fulminé con la mirada.

—¿Estás leyendo hojas de té otra vez?

—No me voy a dignar a responderte —respondió soltando un bufido—. Solo te diré que espero que te sientas cómoda y a gusto viviendo con tu Papito Panadero.

—Tienes que dejar de llamarlo así.

—A mí me gusta. Creo que le pega. —Tomó otro sorbo—. Y te lo dije.



Capítulo veinticinco

NOAH

El alumnado será capaz de rebelarse sin tener que pedir disculpas.

Cuando el nombre de mi madre apareció en mi teléfono el martes por la tarde, no pude evitar un gruñido. Quería a mi madre, me preocupaba mucho por ella y le deseaba siempre lo mejor, pero había momentos en los que era un tremendo grano en el culo, y sabía que este sería uno de esos momentos.

Dejar que la llamada fuera al buzón de voz no era una solución. Tendría que llamarla tarde o temprano. En el mejor de los casos, pospondría la conversación un día. En el peor, mi madre llamaría a la tienda de la granja y les pediría que me localizaran.

No necesitaba ese tipo de drama en mi vida. No en ese momento. Ya habían pasado varias horas, pero aún no me había recuperado de encontrarme con Shay sin más ropa que una toalla esa misma mañana.

Vivir con mi mujer era mucho más peligroso de lo que había imaginado en un principio. No podía haber nada peor que saber que estaba sola en Thomas House, ¿no? Error. Saber que mi mujer estaba sola al otro lado de la pared era mucho peor.

Shay había preferido quedarse en la habitación de huéspedes las dos últimas noches. Algo sobre mantener una estricta rutina nocturna los días de clase y no ser capaz de enseñar al día siguiente si la mantenía despierta hasta cualquier hora. No había habido lugar a debate. Así que me había quedado despierto hasta cualquier hora esperando que cambiara de opinión.

Naturalmente, el resultado habían sido una serie de sueños en duermevela de creciente intensidad en los que Shay se metía en la cama conmigo y yo descubría que estaba desnuda bajo una bata de seda, se sentaba sobre mi pene y yo la sostenía por las caderas mientras la penetraba. En algunas variaciones, me chupaba los dedos. En otras, le sujetaba el pelo con una mano y le tapaba la boca con la otra.

Me desperté con la sangre palpitándome caliente y rápida en las venas. Estaba sediento de ella, de una forma atroz, espantosa. Shay apenas podía pasar a mi lado sin que se me pusiera dura. Esa mañana había desayunado entre resuellos; sentía la piel tirante y mis pensamientos apenas eran poco más que un basurero inmundo.

Así que, sí, estaba teniendo un día difícil.

—Hola, mamá. —Me levanté de un salto y atravesé la oficina—. ¿Cómo estás?

—Noah, ¿te has casado?

Bajé corriendo las escaleras de atrás y salí fuera. Iba a resultar mejor para todos si me mantenía en movimiento, y me creía esa mentira lo suficiente como para emprender una larga y accidentada caminata por una hilera de manzanos.

—Sí, me he casado.

Su respuesta fue un silencio absoluto. Había llegado a la mitad de la hilera antes de que dijera:

—Pero ¿por qué?

—Por lo mismo que se casa la gente, mamá. —Un testamento inaplicable, acceso a tierras de primera calidad, querer tanto a un amor del instituto que no había podido evitar echarme encima sus problemas…

Una vez más, mi madre se quedó callada. Era de esperar. Ella amaba y aceptaba a todo el mundo, aunque no podía comprender nada mío o de Eva que no se alineara con su inflexible visión de lo correcto y apropiado.

—No me habías dicho nada al respecto —dijo finalmente.

—Es verdad. —Llegué al final de la hilera y regresé por otra. Me hacía sentir bien. No había puesto los ojos en esos árboles en semanas. Era algo bueno. Tiempo bien empleado—. Perdón. No surgió. —Porque estaba harto y exhausto del circo interminable de gente bienintencionada que me hacía preguntas sobre mi matrimonio que no estaba en condiciones de responder.

«¿Os vais de luna de miel?». No, apenas había querido ir a la Fiesta de la Cosecha conmigo; un viaje interestatal era algo inimaginable.

«¿Estáis pensando en tener hijos pronto?». Solo ensayábamos, en sentido estricto.

«¿Estáis encantados y felices de estar juntos?». Sí, era una maravilla tener por fin todo lo que siempre había querido y que mi mujer me recordara día tras día que no era de verdad y que no iba a durar. Una puta maravilla.

Wheatie y Bones fueron los peores, de lejos. Después de la mierda del domingo por la mañana, supuse que se percatarían de las grietas de esa historia. Sobre todo, después de que les hubiese jurado a muerte que entre Shay y yo no había nada. Pero habían pasado por alto esa cuestión para centrarse en temas más significativos, como el futuro de los terrenos de la finca Thomas. Decir que habían sido implacables había sido quedarse corto. Si habían percibido algo raro, lo ignoraron para enfocarse en el potencial no explotado de Twin Tulip.

—He estado hasta arriba de trabajo —agregué cuando el silencio se prolongó demasiado—. Terminamos las obras del nuevo centro de embotellado y Gennie acaba de empezar la escuela.

—¿Llevas a esa niña a la iglesia los domingos? Necesita orientación espiritual, Noah.

Una carcajada silenciosa me sacudió el pecho. Mucho bien nos había hecho esa orientación a mi hermana y a mí.

—Gracias por recordármelo.

—Es lo menos que puedes hacer por ella —continuó.

Claro. Como si el terapeuta de Gennie no hubiera subido de categoría fiscal después de aceptarla como paciente o yo no hubiera puesto mi vida patas arriba ni nada parecido.

—Es que no sabemos… —Se aclaró la garganta varias veces. Tardó un momento en articular lo que siguió—. No sabemos por lo que ha pasado esa niña.

Salir de la oficina había sido la decisión correcta. Aire fresco, sol, manzanas hasta donde alcanzaba la vista. Y mucho espacio para gritar sin que nadie me oyera.

—Gennie está muy bien.

—Valoro que ahora le estés dando una estructura familiar adecuada —dijo—, aunque me preocupa que te hayas dejado llevar con ese matrimonio. Esta chica, tu flamante esposa, ¿no es la chica problemática que Lollie Thomas tuvo a su cargo, a la que ayudabas en Matemáticas y Ciencias?

Esta era la gran paradoja de mi madre. Si Shay hubiera sido miembro de la congregación, habría recibido con simpatía sus aristas más rugosas, habría admirado la voluntad de Shay de intentarlo una y otra vez y se habría maravillado de la mujer en la que se había convertido. Hubiese celebrado la existencia de Shay.

Pero mi madre no podía extender esa gracia a nadie que entrara en el círculo de su familia sin formar parte de la congregación. Y ese círculo estaba plagado de prejuicios, estructuras rígidas y expectativas que nunca habían tenido mucho sentido.

—Shay es maestra —le dije, con toda la calma que pude—. Este año está dando clases en la escuela primaria Hope, en segundo. Todo el mundo la quiere por aquí.

«Yo la quiero aquí».

Y, por favor, mi esposa no era un cachorro callejero que vagara por el lado equivocado de las vías. Siempre me había molestado que mi madre mirara a Shay como si fuera un cuento aleccionador andante. Al margen de que la madre de Shay fuera una persona conocida, el único período en que la vida de Shay no había estado inmersa en una burbuja de cachemira era el que había pasado en ese pueblo.

—Me alegra saberlo. —Se aclaró la garganta de nuevo. Hablar tanto tiempo le resultaba difícil. Tendríamos que concluir esto pronto. No podía gastar toda su energía del día en una llamada telefónica—. Habría viajado para la boda, ¿sabes?

—Lo sé. —Si seguía caminando, iba a toparme con el viejo muro de piedra que separaba la finca de Twin Tulip. Tal vez podría ponerme a arrojar piedras una o dos horas. Era una forma muy eficaz de procesar las emociones. Al día siguiente no iba a sentir el brazo, pero no necesitaba los dos todos los días—. Queríamos que fuera algo íntimo.

—Soy una sola persona, Noah. Podrías haber tenido una boda íntima y, aun así, invitar a tu único progenitor vivo.

No estaba de humor para recordarle que nunca iba a ningún lado sin mi tía y al menos media docena de personas que entraban en la variada categoría de amigos, parientes lejanos y gente que había conocido por ahí y que se había convertido en su rebaño *de facto*.

—Hicimos lo que nos pareció mejor —le dije.

—Tendré que vivir con eso —respondió, inhalando con fuerza.

Ese comentario me arrancó una sonrisa amarga. A diferencia de mi hermana, la rebelión no era mi droga preferida. Había descubierto que la obediencia subversiva me funcionaba mucho mejor. Solía hacer lo que me daba la gana como si estuviera siguiendo las reglas. O, mejor aún, seguía las reglas tan a rajatabla que terminaba por demostrar por qué no tenían sentido.

Pero eso —casarme con la chica problemática y negarme a disculparme por hacerlo a nuestra manera— resultó ser un rotundo acto de rebeldía que me produjo una agria satisfacción.

—Bueno. Tengo un equipo preparando la apelación de Eva —le dije, mientras me aproximaba a una hilera de manzanas *pink lady*—. Voy a llevar a Gennie a visitarla el mes que viene. ¿Te interesa viajar para eso?

No hacía falta preguntar para saber la respuesta.

—Es mucho para mí —respondió—. Me llevaría un mes recuperarme de un viaje a una cárcel, Noah.

Eva tampoco gozaba de su gracia. Ni la más mínima. En algunos momentos, me preguntaba si

la merecía. A fin de cuentas, había apretado ese gatillo. Había matado a ese policía y herido a otros. Pero seguía siendo mi hermana. Era la hija de mi madre. Si no podíamos amarla en los peores momentos, en los más impensables, ¿qué sentido tenía la familia? ¿Qué sentido tenía todo si, en cuanto alguien la cagaba, dejaba de importarnos una mierda?

—Claro —murmuré—. Te aviso cuando tenga noticias de la apelación.

—Me basta con saber que estás trabajando en ello. Los detalles me estresan demasiado. —Tosió un poco y agregó—: Cuida a mi nieta. Es todo lo que necesito.

—No te preocupes, mamá. Es lo que estoy haciendo.

—Y felicita a tu nueva esposa de mi parte. Esperemos que sea una buena influencia para Imogen. —Resopló—. Tal vez podrías traerla de visita para las fiestas.

Me incliné para recoger una piedra con forma de huevo de debajo de un manzano gala. La lancé al aire una vez y la dejé caer en la palma de la mano. Iba a hacer un chapoteo estupendo en la cala.

—Bueno, ya veremos.



Capítulo veintiséis

NOAH

El alumnado será capaz de confesarlo (casi) todo.

—¡Entonces, Ella dijo que su hermanito se baña en el fregadero de la cocina! ¡Qué asco! —exclamó Gennie.

Crucé una mirada con Shay desde la otra punta de la mesa de la cocina mientras ella recogía los platos y los cubiertos de la cena. Negué con la cabeza esperando que interpretara eso como «¿Sabes de qué está hablando? ¿De verdad bañan a los bebés en los fregaderos?».

—¿Es un asco por el bebé o un asco por el fregadero? —le preguntó.

Gennie arrugó la cara.

—Por todo.

—¿Y si a ti te bañaron en el fregadero? —le preguntó.

—Mamá no está tan chiflada —soltó Gennie, claramente decepcionada por nuestra reacción ante el escándalo de la rutina de baño del hermanito de Ella—. ¿Hay postre hoy para la gente a la que le gusta comer postre? Dijiste que el viernes podía preguntar por el postre, y hoy es viernes, así que pregunto.

Intercambié una sonrisa discreta con Shay mientras se alejaba de la mesa llevando los platos. Si algo había aprendido viviendo con ella las dos últimas semanas era que necesitaba ayudar a preparar la comida o a limpiar después.

—¿Eres de las personas a las que les gusta el postre? —le pregunté a mi sobrina.

Gennie tamborileaba con los dedos sobre la mesa, con los labios retraídos y los ojos brillantes. Había lanzado una campaña a favor del postre a principios de la semana y no paraba de reclamarlo cada vez que podía. Me había parecido extraño teniendo en cuenta que había dulces de la pastelería por todas partes, pero, cuando había pedido flan de mandioca, me había dado cuenta de que no era una petición en general. Por lo visto, Eva siempre se lo hacía y le contaba historias sobre cómo lo preparaba con su mamá cuando era niña.

Yo no recordaba nada de eso, pero al parecer Eva sí, y ahora Gennie también.

Nyomi había hecho varias recetas del flan y le había fascinado tanto una que amenazaba con ponerla en producción para venderla en la tienda de la granja. Eso no me preocupaba, pero estaba

ansioso por darle la sorpresa a Gennie esa noche. Me gustaba poder concederle un deseo de vez en cuando; muchos estaban muy lejos de mis posibilidades. Y, además, se merecía un premio. En lo que llevábamos de curso, no me habían llamado una sola vez de la escuela para informarme sobre su mala conducta… o su mala lengua. No había habido peleas en el patio y el lenguaje pirata se había reducido al mínimo durante las horas de clase.

—Siempre soy de las personas a las que les gusta el postre —dijo Gennie, tan indignada por mi descuido como por el hermano de Ella desnudo en el fregadero—. ¡Te lo he dicho mil quinientas veces!

—¿Tantas? —preguntó Shay mientras cargaba el lavavajillas—. ¿Y Noah todavía no lo sabe?

—A ver, esperad —dije, dirigiéndome a la nevera—. Puede que tenga algo por aquí.

—¿Qué es? —preguntó Gennie, saltando en la silla—. ¡¿Qué es, qué es?! ¡Necesito saberlo!

—Mmm. ¿Dónde lo he puesto? A lo mejor me lo he olvidado en la panadería. —Shay me sonrió como si esa treta fuera un auténtico grano en el culo y se giró de nuevo hacia el lavavajillas. No se imaginaba lo que me encantaba ser su grano en el culo. No estaba seguro de que ella lo viera así, pero no me importaba. Podía guardármelo para mí como siempre.

—¡Necesito saberlo! —aulló Gennie, con las dos manos en las mejillas y la boca abierta de la emoción—. ¡No me hagas esperar, Noah!

—¡Ah, mira! —murmuré—. Flan de mandioca.

—¡Sí, joder! —gritó Gennie—. Shay, mi mamá me lo hacía, y su mamá se lo hacía a ella. Es mi más preferido.

—Es fantástico —respondió Shay—. ¿Por qué es tu preferido?

—Mamá siempre me contaba que, cuando era pequeña, ayudaba a su mamá a hacer mermelada. Y me ponía un poco de mermelada de frambuesa en el flan y lo revolvía así —hizo círculos con la mano—, pero siempre decía que la mermelada del supermercado no era tan rica como la de su mamá.

Llevé el flan a la mesa con un cuenco y una cuchara, y me tragué las cuarenta razones por las que esa historia me colmaba la paciencia. Escuchar de boca de Gennie las experiencias de Eva con mamá era una de las cosas más surrealistas e incómodas de ser su tutor. Me obligaba a enterrar todo rastro de las batallas que se libraban entre mi madre y mi hermana cuando ella aún vivía en casa. Tenía que fingir que mamá no le había dado la espalda a Eva cuando se había ido o que Eva no se había jactado de haberse negado durante años a buscar un acercamiento. Tenía que dejar que Gennie mantuviera intactos sus recuerdos, los que sonaban a nostalgia revisionista, y no revelarle nunca la otra cara de todo aquello.

—Cuando tengas una hija, tendrías que hacerle flan con mermelada —le dijo a Shay.

Se oyó un estruendo de cubiertos caídos en el fondo del lavavajillas.

—¡Perdón! —dijo Shay—. Se me ha resbalado. No pasa nada. Está todo bien.

—Cuando tengas un bebé —continuó Gennie—, tendrías que hacerle flan. Hasta los bebés pueden comer flan. No es necesario tener dientes para comer flan.

Miré a Shay, pero estaba muy atareada sacando tenedores.

—No nos preocupemos por el flan de los demás —dije—. Elige la mermelada que quieras.

Gennie se levantó de su asiento y corrió a la despensa, diciendo:

—Quiero la de frutos rojos, es la mejor. —Golpeó el tarro contra la mesa. Esa niña no tenía noción de su fuerza… o le encantaba armar alboroto. Tal vez un poco de ambas cosas—. La de melocotón al jengibre es otra de las mejores. Y la de albaricoque. Y la confitura de mandarina. Y…

—Bueno —la interrumpí. Podía seguir así durante horas; era el precio que tenía que pagar por

hacerla acompañarme a todas las ferias—. Frutos rojos, entonces. ¿Cuánto te pongo?

Cuando Gennie respondió, me di cuenta al instante de que era una pregunta estúpida:

—Un poco.

—¿Cuánto es un poco?

Juntó el pulgar y el índice.

—Así.

—Eso es la altura. ¿Y la circunferencia?

—Quiere una cucharadita —dijo Shay, desde el otro lado de la cocina—. Los niños de seis años no entienden el concepto de circunferencia.

—¿Crees que a tu bebé le gustará más la mermelada o la confitura? —le preguntó Gennie a Shay.

—¿A ti cuál te gusta más? —le preguntó ella.

—No puedo elegir. Me gustan las dos —dijo mi sobrina.

—Céntrate en esta ahora —le dije, poniendo una cucharada de frutos rojos sobre el flan—. ¿Qué tal así? ¿Es lo que querías?

Le dio un bocado de prueba y se quedó mirando a lo lejos como si estuviera teniendo un momento existencial.

—Es lo más exquisito que he comido en la vida —anunció tras unos instantes.

Se me escapó una carcajada y me recliné en la silla.

—Estupendo. Nyomi va a estar encantada.

—La de frutos rojos es la mejor mermelada para el flan —añadió después de otro bocado.

Me gustó oírlo. Era una pesadilla lograr el punto justo en que ninguna de las bayas acaparaba el protagonismo.

—¿Crees que deberíamos preparar un juego para vender? ¿El flan de Ny con un tarro de mermelada?

—No. —Gennie negó con la cabeza—. Es un secreto familiar. No se puede vender.

Shay vino a la mesa con una copa de vino blanco en la mano.

—¿Estáis contentos? ¿Es un buen postre para gente a la que le gusta el postre?

—No es bueno, es buenísimo —respondió Gennie.

Shay me sonrió.

—Las maravillas del flan.

—No vayas a interpretar esto como un indicio de que deberías incorporar el flan de mandioca como alternativa a las natillas de tus antiguos desayunos —dije—. Aquí no se desayuna eso.

—Claro, porque es mucho mejor cortar el pan a mano cada vez que hay que preparar tostadas. Mucho más sensato.

Me recosté en la silla cruzándome de brazos.

—No lleva tanto tiempo.

Tomó un trago de vino, y casi pude oír cómo se gestaba su respuesta.

—No, supongo que en eso tienes razón. No lleva mucho tiempo cortar pan. El asunto se demora un poco cuando tenemos que ir a buscar mantequilla a la lechería porque te gusta que haya mantequilla fresca cada dos o tres días o cuando hay que andar a tientas en ese sótano de quesos…

—No es un sótano de quesos —repliqué.

—… porque quieres queso curado de un día determinado.

—La diferencia es enorme —mascullé.

—O cuando tenemos quince tarros diferentes de mermelada en el refrigerador, pero no se

puede tocar ninguno porque siempre estás en medio de algún proyecto secreto. O de quince.

—Hay al menos otros cuarenta tarros que se pueden usar. —Señalé hacia la despensa—. Supongo que sabes dónde están. Estás familiarizada con la despensa. ¿No es cierto, esposa mía?

Ahogó la sonrisa con un trago de vino y desvió la mirada.

Gennie lamía enérgicamente hasta el último rastro de flan de su cuchara.

—¡Vaya bolas!

Shay y yo nos miramos un segundo. Negó con la cabeza en un gesto casi imperceptible y apretó los labios para contener una sonrisa.

—¿De qué hablas? —le pregunté.

—De las bolitas —respondió, hundiendo de nuevo la cuchara en el flan—. Son muy grandes.

—Ah…

—Son unas bolas de mandioca muy grandes —agregó—. El flan de mandioca de mamá no tenía esas bolas.

Shay se llevó una mano a la boca y bajó la mirada hacia la mesa. Los hombros le empezaron a temblar y se oyó el murmullo de una risa sofocada.

—De todos modos, me encanta este flan —continuó Gennie, lamiendo la cuchara, y volvió a mirar a lo lejos—. Aunque no sea como lo recordaba.

—Por las bolas, claro —dijo Shay. Se oía la risa detrás de las palabras.

Tomé la copa y la coloqué lejos de su alcance.

—¡Eh! Devuélvemela.

—Cuando te comportes —le dije.

—Estas bolas son distintas, se notan diferente en la lengua —continuó Gennie, ignorándonos a los dos—. Pero saben igual.

Shay resollaba de la risa. La apunté con un dedo. Casi siempre era ella la que mantenía la compostura, algo que estaba viendo esfumarse. Me encantaba.

—Basta.

—Lo intento —dijo, con lágrimas en los ojos—. Te juro que lo intento. Es que… —Miró de reojo a Gennie—. No puedo.

—Ahora que las he probado, me parece que me gustan más las bolas grandes —dijo Gennie —. ¡Las puedo morder!

Shay y yo volvimos a cruzar miradas y estallamos en una carcajada.



Más tarde esa misma noche, fui a la habitación de Shay y me apoyé en el marco de la puerta.

—Hola.

Trabajaba en el escritorio. Levantó la vista y sonrió.

—Hola.

Se había puesto unos pantalones cortos y un jersey holgado que siempre le dejaba al menos un hombro al descubierto. No llevaba sujetador. Me encantaba cuando se deshacía del sujetador. Y también de los pendientes. La versión casera de Shay era una de mis favoritas.

—¿Puedo entrar?

Todavía estábamos definiendo las reglas de convivencia de nuestro falso matrimonio. No nos costaba nada escabullirnos y hacer el amor en cualquier espacio semiprivado que encontráramos —despensa, granero, baño—, pero no habíamos dormido juntos desde la noche de la Fiesta de la

Cosecha. Aunque ninguno lo dijera en voz alta, compartir la cama para dormir parecía un paso demasiado grande. Demasiado grande para Shay, porque tenía la mente puesta en dejar el pueblo y terminar con nuestro matrimonio cuando se cumpliera un año de su llegada. Y demasiado grande para mí, porque ya sabía que no me iba a poder recuperar cuando se fuera. No me hacía falta sumarle el recuerdo de tenerla en brazos todas las noches a esa película de terror.

Así que nos manteníamos en habitaciones separadas y nos tratábamos con una cierta distancia cordial. Todas las mañanas, me consultaba si Gennie volvería a casa con ella o si tomaría el autobús y se quedaría con Gail. Y yo la llamaba todas las tardes para preguntarle si quería cenar conmigo y con Gennie. Éramos de lo más cordiales.

Llamaba a su puerta todas las noches para decirle que Gennie se había dormido. Ella llamaba a la mía por las mañanas para avisarme que iba a darse una ducha. Yo sabía que lo hacía para que nos turnásemos con el agua caliente, pero me gustaba torturarme e imaginar que lo hacía para que fuera consciente del momento exacto en que estaría desnuda.

Había ocasiones en las que pensaba que esa información actuaba como una invitación para acompañarla. A una parte de mí le encantaba la idea de irrumpir en el baño, correr la cortina de la ducha, meterme dentro y enroscarme su pelo mojado en la mano mientras me la tiraba contra la pared de baldosas. Sin preguntas, sin una palabra. La otra parte sabía que jamás haría una cosa así, que conseguiría disuadirme antes de abrir la puerta. Salvo que Shay dejara muy claro que quería mi compañía en la ducha. En especial, compañía del tipo que irrumpe y tira del cabello.

—Claro que puedes entrar —dijo, haciéndome señas para que pasara.

Menos mal que no sabía que estaba medio empalmado y completamente obsesionado con ella.

—Gracias. —Cerré la puerta y me dejé caer en su cama, hundiendo el rostro en el edredón. Tenía su olor, y ahora directamente la tenía dura.

—Gen tenía un millón de cosas para contar hoy. Una pregunta tras otra. Mil temas de conversación. Su mente es como una colmena.

—¿Qué le ronda por la cabeza ahora?

Me hundí el pulgar en la nuca para aflojarme la tensión.

—Nada. Todo.

—¿Qué tienes? —Shay se puso de pie y se acercó a la cama—. No paras de agarrarte el cuello. ¿Qué te pasa?

—No pasa nada.

—No pasa nada, no. —Me apartó la mano y me pasó los dedos por los hombros y el cuello—. Estás tan rígido que en cualquier momento esos nudos se vuelven diamantes, Noah.

—No es para tanto —refunfuñé.

—¡Ya sé! —Abrió un par de cajones y después dijo—: Quítate la camiseta.

No hizo falta que me lo pidiera dos veces.

—Muy bien, chico duro —dijo, dejando caer su teléfono en la cama—. Te voy a masajear esos nudos. ¿Vale?

—Será un placer.

Se subió a la cama y se acomodó en la parte baja de mi espalda, con las pantorrillas apretadas contra mis costados.

—Te voy a poner un poco de loción. Tiene aroma a miel y almendras, pero no es muy fuerte. Nadie va a pensar que te has caído en un cubo de perfume. ¿Te parece bien? Seguramente puedo encontrar algo más neutro si te desagrada.

Miel y almendra. Por fin, joder. Me había vuelto loco tratando de ubicar esos aromas.

—No me molesta —dije—. Se me irá en la ducha mañana.

Shay murmuró asintiendo y me pasó la loción por la espalda, los hombros y el cuello. Me sentí como en otro mundo. Me encantaba la forma en que me tocaba, con manos fuertes e implacables. Y lo que era mejor, la tensión parecía haberse aflojado un poco.

Decidí arruinarlo todo preguntándole:

—¿Quieres tener hijos… algún día? Como Gennie ha sacado el tema hoy…

Sus manos se detuvieron. Por un instante pensé que era el fin, que se habían acabado los masajes preliminares y que tendría que irme a rastras con el pene agarrotado. Pero, entonces, dijo:

—Hace un tiempo pensaba que quería tener hijos. Pensaba que quería una familia perfecta, como en las películas, y todo eso.

—¿Qué cambió?

Bajó las manos hacia mis hombros, apretando a medida que avanzaba.

—Una relación terminó y tuve que… reevaluarlo.

—¿Y tener hijos quedó fuera de la ecuación?

Soltó una risa irónica.

—No lo sé. Aún estoy tratando de averiguar qué es lo que quiero y qué es lo que me he convencido de que quiero. —Se echó más loción en la palma de la mano—. ¿Y tú?

—Por si no te has dado cuenta, una sobrina es más que suficiente para mí.

—¿Nunca has pensado en casarte con alguien que te guste por razones ajenas a expandir tu imperio o fingir para hacerte con una propiedad?

Me reí contra el edredón.

—La verdad es que no. —«Porque en lo que único que he pensado es en casarme contigo».

—¿Y no te imaginas dándole uno o dos primos a Gennie?

Con bastante frecuencia recibía alguna versión de esa pregunta. Todos querían saber si quería tener hijos propios. Como si el hecho de aportar esperma fuera algo superior y debiera preferirlo a un mero parentesco sanguíneo con Gennie. Pero sabía que esa no era la pregunta que Shay me estaba haciendo. Ella quería saber dónde me veía en el futuro, y si allí veía a más personitas haciendo rabietas por las zanahorias bebé.

—No, creo que no. No te voy a decir que sea un plan inamovible, porque Dios sabe que todos mis planes se vienen abajo, pero cuando miro cinco años adelante no veo más niños allí. Ya es bastante complicado cuidar a Gennie. Necesita toda mi atención.

—Y pondría el grito en el cielo si intentaras bañar a un bebé en el fregadero.

—Oh, Dios mío. Ya me la imagino.

Me clavó un nudillo en el hombro y casi me mata de dolor, pero era un dolor agradable.

—No sé si te creería si me dijeras que no buscabas esposa en Manhattan. O Brooklyn. Seguro que no podías andar por la calle sin que se te arrojara encima algún pantalón de yoga.

—No buscaba casarme con nadie —le aseguré—. Y no puedo decir que les prestara mucha atención a los pantalones de yoga.

—Noah, no me mientas haciéndote el monje. Te he visto en traje y sé un par de cosas sobre las chicas de Nueva York. Te las habrás tenido que quitar de encima con una tubería de plomo, y lo sabes.

Si había algo de lo que no quería hablar con mi mujer era de las mujeres con las que me había acostado antes de casarme con ella. No porque el sexo hubiera sido alucinante o muy numeroso, sino porque no quería pensar en ella acostándose con otros. Sabía que lo había hecho —y también lo había sabido cuando éramos adolescentes—, claro, pero en ese momento era para mí y no quería imaginar los momentos en que había sido para otro.

—Trabajaba demasiado. Todo lo demás era… secundario.

—Exceptuando todas esas supuestas reuniones de negocios en los Hamptons, donde por supuesto que no te divertías para nada porque eras un abogado ejemplar.

—No te olvides de los yates —dije—. También fui un abogado ejemplar sobre yates.

—¿Pensabas vivir eternamente la gran vida de abogado soltero?

—No me disgustaba la vida de abogado soltero —dije con cuidado—. Tenía sus ventajas. Ni una sola discusión sobre el tamaño de las bolas de mandioca, por ejemplo.

—Cuando Gennie crezca, tenemos que hacerle bromas hasta el cansancio con esa historia. Es el tipo de cosas que tendremos que sacar a relucir cuando traiga a casa a la primera persona con la que esté saliendo o durante el brindis en la cena de ensayo antes de su boda.

No se me escapaba que Shay hablaba de un futuro en el que mi sobrina traía a alguien a nuestra casa, y nosotros brindábamos en su boda. En lugar de meter la pata, me limité a decir:

—Tienes toda la razón.

—Si es demasiado personal, no hace falta que me respondas —dijo, mientras sus pulgares me masajeaban la parte baja de la espalda—. Pero me preguntaba si Eva puede recibir visitas. ¿Puede ver a Gennie?

—No es demasiado personal. Y, sí, Eva puede recibir visitas. Gennie y yo hemos ido a verla un par de veces. Fueron… —negué con la cabeza—, fueron visitas difíciles.

Shay murmuró.

—¿Qué pasó?

—Aparte de las cuestiones obvias, tuvimos que viajar. El juicio de Eva fue en Michigan, y ella permaneció allí a la espera de la sentencia. Hasta que llegó el momento de embarcar en el avión, no se me había ocurrido que Gennie pudiera tener miedo de volar. Entró en pánico. Una crisis total. Gritó una hora entera hasta que se quedó dormida en el suelo bajo su asiento.

—Pobre. Qué horror.

—Sí. Y yo, en todo el viaje, lo único que pensaba era que teníamos que hacer lo mismo para volver. Empecé a buscar trenes y coches de alquiler. Incluso aviones privados. Por un momento pensé que nos quedaríamos a vivir en Michigan para siempre. —Me reí—. Llamé a la pediatra cuando aterrizamos, y me dijo que la llenara de antihistamínicos antes del vuelo de vuelta. Eso la dejó colocadísima. En serio, llevaba unas gafas de sol que posiblemente había robado y se sentó en mi regazo comiendo M&M sin parar mientras me recitaba de memoria cada palabra de Piratas del Caribe, incluso haciendo las voces de los personajes. Y eso fueron los vuelos solamente, Shay. El estrés de viajar a un centro penitenciario, pasar por todos los controles de seguridad y esperar horas para ver a Eva fue un caos. Pasó cuatro días enteros acumulando berrinches, teniendo berrinches o recuperándose de berrinches. Y luego repetimos una versión de ese periplo dos veces más.

—Lo siento. Debió de ser muy duro para ti.

—Fue más duro para Gennie —dije, aunque agradecí el reconocimiento. A veces me olvidaba de lo mucho que lo necesitaba—. Se acuerda de que fue horrible, lo que la aterroriza aún más.

—Es mucho pedirle a una niña pequeña. Es mucho pediros a los dos.

—Sí, bueno, vamos a tener que hacerlo de nuevo pronto. Cuando le dictaron sentencia a Eva, la trasladaron a un centro federal en Virginia Occidental, y le prometí que iríamos a visitarla. Hay un fin de semana largo en noviembre y parece un buen momento para ir. De todos modos, esta vez vamos a ir en coche. Creo que así será mejor.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó con cautela—. O sea, ¿un par de manos extra? Puedo acompañarte si os facilita las cosas a ti y a Gennie.

Por mucho que me doliera decirlo, no podía llevar a Shay a visitar a Eva. No porque Eva o Gennie pudieran tener algún problema con eso, sino porque no podía darle a mi sobrina todo lo que necesitaba y al mismo tiempo cuidar de mi mujer. Y sabía que Shay diría que no necesitaba que la cuidara, pero eso no cambiaba el hecho de que quería cuidarla y sería terrible no poder hacerlo.

—Esta vez no —dije—. Quiero ver si Gennie lo lleva mejor si vamos en coche, haciendo varias paradas en el camino para que sea menos abrumador. Es lo que sugirió el terapeuta.

—Me parece muy bien. Si crees que puedo ayudarte en algo, solo tienes que decírmelo.

—Sigo sin poder creer que Eva vaya a estar entre rejas el resto de su vida —dije tras unos minutos de silencio.

Shay murmuró para sí un segundo.

—¿Puedo preguntarte cómo es que terminó involucrada en una situación como esa? Por lo que recuerdo que dijiste cuando se fue, parecía que era bastante espabilada.

—Sí, lo es. Lo era —asentí—. No sé cómo pasó. Todavía estoy tratando de entenderlo. —Gemí contra el edredón cuando Shay me amasó un punto sensible en la parte superior de la espalda. Me sentía como un saco de piedras cubierto de piel—. Se pasó años vagando por Norteamérica sin domicilio fijo y viviendo a su manera, y todo se vino abajo en cuestión de meses cuando conoció al novio. Nunca voy a entender cómo se enredó con el capo del tráfico de drogas de la frontera norte.

—Quizás creía que lo conocía —dijo.

—Pero ¿cómo es posible?

—No nos cuesta nada convencernos de que conocemos los valores y las intenciones de alguien. Que conocemos su corazón. Y es devastador cuando nos muestran quiénes son en realidad. Estoy segura de que Eva repasa cada momento de esa relación todos los días.

Ya no sonaba como si estuviéramos hablando solamente de Eva.

—En fin. —Me dio una ligera palmada en el costado—. Necesito que dejes de pensar en todo eso ahora. Ya estás poniéndote rígido otra vez.

—Tú me estás haciendo estas preguntas. ¿En qué otra cosa quieres que piense?

—Piensa en Twin Tulip —dijo, mientras me frotaba con los dedos la base del cráneo. Era una sensación extraña, pero muy agradable—. ¿Han terminado ya los ingenieros y los arquitectos? ¿Cuándo van a estar listos los diseños para que los veamos? Y ¿no dijiste que ya casi era hora de plantar los bulbos?

—Los bulbos estarán sembrados en un par de semanas —respondí—. Bones lo tiene bajo control. Quiere esperar a que haga un poco más de frío; para evitar plagas si la tierra está demasiado caliente, o algo por el estilo.

—¿Le molesta tener que ocuparse de las flores?

—No, le encanta toda esa mierda. Hace dos años, hizo el programa de Jardinería Avanzada en la Universidad de Rhode Island, más que nada porque es muy inquieto y necesitaba algo que hacer durante el invierno mientras planeaba el jardín para polinizadores, y ahora de lo único que le interesa hablar es de tulipanes. Si lo ves y no tienes ganas de sonreír y asentir durante una o dos horas mientras lo escuchas, no le preguntes por las flores.

Se rio.

—Tomo nota.

—En cuanto a lo otro, lo último que sé es que los ingenieros y arquitectos están discutiendo algunas cosas. Estando tan cerca de la cala, y con el aumento del nivel del mar y las tormentas centenarias que ahora son mucho más frecuentes, hay más variables que tener en cuenta.

—Parece importante. Bueno, que se tomen el tiempo que necesiten para resolverlo. No tenemos ninguna prisa.

—¿No tenemos ninguna prisa? —empecé— ¿O somos tolerantes con que el asunto avance despacio porque así no corremos y evitamos las ataduras?

Se quedó callada un momento.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que nos lanzamos de cabeza a cada nueva fase de este proyecto, pero, cuando llega el momento de tomar decisiones, lo alargamos todo lo posible para no tener que comprometernos.

—Y cuando dices «*nos* lanzamos», te refieres a mí. —Sus manos se detuvieron en la parte alta de mis brazos y supe que estaba en terreno peligroso, pero ya no podía echarme atrás—. Lo que pretendes decir es que no quiero ataduras.

—Yo estoy atado de pies y manos —dije—. No voy a irme a ninguna parte. Este es mi hogar y el de Gennie. No podemos irnos a Boston ni a ningún otro lado. Tú, en cambio, tienes margen para marcharte. No tienes que hacer nada de esto y lo sabes.

—¿Estás diciendo que nada de todo esto me importa?

—No. Eso no es lo que estoy diciendo. —Era maravilloso y horrible a la vez mantener esa conversación sin poder ver las expresiones de su rostro. No tenía idea de cómo estaba reaccionando, pero eso me daba la libertad de continuar—. Te importa muchísimo. No estarías aquí, intentando darle una nueva vida a la granja de Lollie si no te importara. Nunca te habrías casado conmigo, y… Por Dios, si hasta te has venido a vivir a este manicomio por la granja. Te importa más que a nadie que conozca. Pero hay una diferencia entre que te importe y permitirte que te importe, y no creo que quieras permitírtelo.

—¿Y por qué iba a ser así?

—Shay, tengo el registro emocional de una roca. No estoy calificado para responderte, pero sí te diré que no deberías pensar en este lugar como una parada en el camino de regreso a tu vida en Boston. Esto no tiene por qué ser temporal.

—¿Qué es lo que no tiene que ser temporal?

«Todo. Tus manos en mis hombros, tus cosas en mi casa. El negocio que estamos construyendo. La familia que estamos construyendo. Nuestro matrimonio. Todo».

—Cualquier cosa. Lo que sea. Lo que quieras.

—Voy a tener que pensar en ello —dijo—. Aunque ahora me doy cuenta de que me vas a decir que le estoy poniendo trabas a otra cosa.

—No voy a hacerlo. —Resopló. ¿O era un sollozo? No estaba seguro, pero ahora me preocupaba haber herido sus sentimientos—. Shay…

—Irme siempre ha sido el objetivo —dijo—. Desde siempre. No importaba dónde estuviera, ni lo que estuviera haciendo, siempre había un final en el horizonte. Cuando era pequeña, cambiaba constantemente de ciudad, país o escuela. Tuve un sinfín de niñeras. Luego los internados. Luego la granja de Lollie. ¿No recuerdas lo que nos pasaba entonces? En lo único que podíamos pensar era en escapar de este pueblo. Era lo único que queríamos.

—Me acuerdo. —Si había algo en el mundo que recordaba era conspirar con Shay sobre nuestras vidas más allá de Friendship. Había sido una balsa salvavidas para mí.

—Y luego todo giró en torno a terminar la universidad, encontrar un trabajo, encontrar un… —Se detuvo para buscar la loción—. El único lugar donde me quedé lo suficiente para echar raíces fue la escuela de Boston. Jaime es de las pocas raíces verdaderas y profundas que tengo.

—Y yo —añadí sin poder evitarlo.

—Y tú, por supuesto. —Me recorrió un ligero escalofrío por los hombros cuando me extendió la loción fría por la columna vertebral. Era la loción. Únicamente la loción—. Lo que quiero decir es que soy terrible con los vínculos. Quiero apegarme. Quiero quedarme en un lugar y tener… Dios, son tantas las cosas que quiero. O que creo que quiero. Pero todavía estoy intentando resolver todo eso.

—Entonces, quédate y resuélvelo aquí —dije—. Ayúdame a construir ese dichoso espacio para eventos porque no tengo ni idea de lo que tengo que hacer sin ti.

—Te las arreglarías muy bien. Y antes de que empieces a protestar, ¿puedo señalarte todos los negocios que has montado sin mí? Construiste una tienda en la casa de tus padres; otra casa vieja la convertiste en una pastelería; una sidrería abandonada la transformaste en una fábrica de conservas, y montaste una heladería en no sé dónde. Y todo eso lo condimentaste con unas cabras haciendo yoga. No finjas que me necesitas para esto.

—Que pueda arar solo no significa que quiera hacerlo solo —señalé—. Maldita sea, Shay. Deja que te necesite, ¿vale?

Se quedó un minuto en silencio hasta que susurró:

—Vale.

No se me pasó por alto que no había aceptado quedarse.

—Tú eres la que mira Twin Tulip y ve un lugar para celebrar bodas. Yo miro y veo un plano de una instalación para eventos, nada más. No veo ceremonias al aire libre al atardecer ni jardines diseñados como telón de fondo para las fotos de una boda. Como te he dicho, soy una roca.

—Puede que seas una roca, pero yo te gano. La única razón por la que puedo hablar de cosas bonitas y felices, como las bodas, es porque me sale muy bien actuar como si todo marchara de maravilla y no estuviera tan muerta por dentro que da miedo.

Giré la cabeza por encima del hombro y la miré con seriedad.

—He estado dentro de ti y puedes tener la certeza de que no estás muerta.

Me puso una mano en la nuca y me empujó la cabeza contra el edredón.

—Aún no he terminado. Te moverás cuando yo te diga.

—Vaya, qué dulce —murmuré—. Eso, tú ahora desahógate, esposa mía.

—Uy, aquí hay alguien que se ha molestado porque le han quitado sus pantalones de marido mandón.

—Ya verás tú cuando me los quite de verdad, esos pantalones, entonces sí que va a gustarte.

—Mira tú qué chistoso —exclamó—. Recuerdo perfectamente cuando lo único que hacías era gruñirme y fulminarme con la mirada.

—Eso fue en otra época.

—¿Una época en la que no te gustaba mucho? —preguntó riendo.

Si supiera lo mucho que me había gustado siempre. Si supiera que era la única persona que podía existir para mí. Mi mundo había empezado y terminado con ella sentada a mi lado en esas mañanas oscuras camino a la escuela, y había vuelto a empezar cuando había aparecido en mi granja. Pero no estaba preparada para oírlo. Apenas era capaz de imaginar un futuro que no consistiera en deshacer el matrimonio en nueve meses y olvidarse de ese asunto para siempre. No podía decirle que la quería, que la quería tanto y tan intensamente que no se podía comparar con nadie en el mundo. Quizá algún día iba a poder decírselo, pero no todavía.

—Una época en la que no me dejabas decirte cosas obscenas o hacerte el amor en un granero.

—¿Por eso los gruñidos? ¿Y las malas caras? ¿Así que querías hacerme el amor en uno de tus muchos graneros? Mira tú por dónde. Nunca me lo habría imaginado.

—No era solo por lo de los graneros. A veces era necesaria una mala cara para llevarte por el buen camino, cielo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo sabes perfectamente —le dije—: Consumir nada más que café y natillas en todo el día, salir a bares con cualquier idiota, decirme que te ibas sola a casa de noche. Necesitabas una buena mala cara.

«Y un recordatorio de a quién perteneces».

—Tal vez deberías habérmelo explicado desde el principio, porque me dio la impresión de que querías librarte de mí.

—Sí, tienes razón. No quería tener nada que ver contigo y por eso te invité a cenar o te llevé pan todas esas veces. Y obtener financiación cuarenta y cinco minutos después de que me presentaras una propuesta imprecisa para un lugar donde celebrar bodas fue un mensaje contradictorio tremendo.

—¿Soy una idiota por no haberme dado cuenta hasta ahora?

—No eres una idiota. Solo estás acostumbrada a que la gente te falle.

Pasaron varios minutos en los que continuó masajeándome la espalda, los hombros y los brazos. Cada inhalación me envolvía en una nube de miel y almendras, cada caricia era un soplo de alivio. Era una de las cosas más placenteras que había sentido nunca.

—¿De dónde has sacado todos estos nudos?

—Son orgánicos, como todo lo que hay en los alrededores —respondí.

—Parece como si hubieras estado cultivándolos desde que naciste.

Me reí.

—Probablemente sea así.

—Entonces, vas a tener que dejarme que te los amase de vez en cuando.

Sonreí. No podía verme, pero no importaba.

—Sí. Parece que tendré que dejarte.

Me frotó toda la espalda, y no recordaba haberme sentido tan relajado y suelto en la vida. Quería hundirme en la cama y dormir una eternidad. Pero, sobre todo, quería ponerle las manos encima a mi mujer.

Llevé una mano hacia atrás y cerré los dedos alrededor de su tobillo.

—Tengo algunos nudos más para que deshagas. Deja que me dé la vuelta y te los muestro.

Riendo, se inclinó hacia mí y me rozó el cuello con los labios.

—En un minuto. Aún no he terminado.

Antes de que pudiera responder, su teléfono vibró a mi lado. Al instante, giramos la cabeza para mirar la pantalla. Apareció un mensaje.

X (NO CONTESTAR): Necesito verte.
X (NO CONTESTAR): Tenemos que hablar.



Como me gustaba torturarme, pregunté:

—¿Quién es?

La oí tragar saliva. Se quedó callada un momento, hasta que dijo:

—Bueno. Es mi exprometido.

Salí de la cama de un salto. Si el techo se hubiese estado cayendo a mi alrededor, la sorpresa

no habría sido tan grande como este anuncio.

—¿Tu prometido?

—Ex —aclaró—. Exprometido.

—Estabas comprometida… —Inclinó la cabeza mientras yo procesaba esto a una velocidad de mil demonios—. ¿Cuándo te comprometiste? ¿Cuándo pasó todo eso?

Se llevó los dedos a la boca.

—En julio.

Como lo único que podía hacer era repetir sus palabras, dije:

—Te comprometiste en julio.

Se quedó mirando al suelo.

—No, se suponía que me iba a casar en julio.

—Se suponía que… Vale. —Asentí como si fuera un tic nervioso—. Vale. Entonces. No pasó. —Arrojándome de lleno al sufrimiento, le pregunté—: ¿Qué es lo que sí pasó?

Una sonrisa seca y amarga asomó a sus labios, pero no levantó la vista.

—Canceló la boda.

—¿Él canceló la boda? —¿Quién era ese tipo y qué mierda le pasaba? Sentí el impulso irrefrenable de empujarlo contra el tráfico en una autopista y luego darle la mano por haber hecho que Shay volviera a mi vida gracias a su estupidez.

—Cuando ya tenía el vestido puesto. —La sonrisa se convirtió en una risa fuerte y amarga—. Unas horas antes de la boda.

—Estabas… —Muchísimas cosas que Shay había dicho en los últimos meses cobraron sentido de golpe. Ahora lo entendía. Lo entendía todo. Todos esos comentarios sobre estar vacía y muerta por dentro. Su resistencia cuando había intentado presionarla para que se casara conmigo. La noche del bar, cuando se había echado a llorar porque nunca nadie la había elegido. Lo de mantenerme a distancia. Todo—. Demonios, Shay. —Atravesé la habitación, con los brazos abiertos hacia ella—. Cielo, ¿por qué no me lo dijiste?

—Estaba tratando de olvidarlo. —Apretó el rostro contra mi pecho—. Y porque es humillante.

—No, no es humillante. —La abracé fuerte y le pasé la mano por el pelo—. Lamento mucho lo que te hizo—. Cuando enlazó las manos en la parte baja de mi espalda, le pregunté—: ¿Se comunica contigo a menudo?

—No. Esta es la primera vez.

En mi mente no dejaba de escuchar «se casó contigo». Esto no significaba nada. No tenía por qué significar nada.

—¿Desde julio? —le pregunté—. ¿Es la primera vez que se comunica contigo desde julio? ¿Y cree que a las once de la noche de un viernes es momento para contactarte?

Golpeó la cabeza contra mi pecho.

—Le dije que no volviera a hablarme, así que…

—Ahí está. Esa es mi chica. —Odiaba a este tipo. Lo odiaba a muerte. Más tarde, clasificaría ese odio en sectores y categorías, pero en ese momento era un imbécil hijo de puta y no le deseaba más que desgracias—. ¿Quieres que borre el mensaje? ¿Que bloquee su número?

La cantidad de tiempo que tardó en elaborar una respuesta debería haber sido mi primer indicio de que aquello no iba a terminar como yo esperaba.

—Tengo que saber qué quiere —dijo, soltándome.

«Se casó contigo. Se casó contigo».

—Muy bien. —Hice un gesto hacia su teléfono—. Hazlo. Dale caña.

Mientras Shay escribía, no pude evitar hacerme una imagen mental de ese montón de basura humana que la había dejado el día de su boda. Ese desgraciado. Seguramente era un ejecutivo. Trabajaría en finanzas, negocios o algo por el estilo. Con mucha personalidad. Ruidoso, casi seguro, pero del tipo «alma de la fiesta». Reloj caro por el mero hecho de ser caro. Se jactaría de leer únicamente memorias de titanes corporativos y obras de no ficción pensadas para hombres de negocios que preferían no acordarse de su cumpleaños. Y, por encima de todo, tan idiota como para despreciar a la persona más increíble del mundo.

Era terrible pensar en él. Era como pasar la mano por una alambrada.

«Se casó contigo».

—Dice que es importante que hablemos en persona lo antes posible —dijo Shay, frunciéndole el ceño al teléfono—. Dice que me encuentra donde yo quiera. Es gracioso. No suele ser tan dispuesto.

Me llevé las manos a la cintura. Desgraciado de mierda.

—¿Sabe que estás aquí? ¿En Friendship?

Negó con la cabeza.

—Solo lo saben mis amigas y todas lo odian.

—¿Te he mencionado cuánto quiero a tus amigas? De verdad. Son excepcionales.

Shay se rio, haciendo a un lado mis palabras.

—No te preocupes. Ellas también te quieren. —Dejó el teléfono sobre el escritorio y me miró, desde el borde de la cama. Su teléfono seguía sonando. Cómo odiaba a ese tipo—. Sé que probablemente sea mala idea, pero… —Mierda, murmuré para mis adentros—. Tengo que hacerlo. —Abrió los brazos y se encogió de hombros—. Es que… necesito una explicación.

«Se casó contigo».

—¿Y crees que te la va a dar?

Clavó la vista en el edredón. Parecía triste y vulnerable, y yo deseaba hacer lo que fuera para remediarlo.

—No estoy segura, pero creo que tengo que intentarlo.

—Si estás decidida, te acompaño.

—Noah, no tienes que…

—Te acompaño —repetí—. Hay una feria en Boston en dos semanas. Es la última de la temporada. Suele ser un gran evento, y hace uno o dos años que no voy. Lo veremos allí y luego tú y yo haremos la revancha de la venta de mermelada. Esta vez te toca un auténtico desafío; algo como naranja con arándanos y especias o albaricoque con pera y jazmín. —Miré al techo mientras repasaba mentalmente mi agenda—. También hay un proveedor que lleva meses intentando reunirse conmigo, pero mi agenda nunca me lo permite. Haremos que nos invite a comer después de la feria. Quizá así pueda quitármelo de encima y sacarlo de mi bandeja de entrada.

—De verdad, no tienes que…

—Repítelo. —Rodeé la cama y me desabroché el cinturón—. Dilo otra vez y a ver qué pasa, esposa mía. A ver cuánto tardo en tumbarte sobre la cama y mostrarte lo que no tengo que hacer.

Por una vez, esas palabras no me hicieron sentir un depravado. No me cuestioné todo mi sistema de creencias. Solo quería que supiera que me pertenecía y que no me iba a quedar de brazos cruzados mientras se reunía con el imbécil de su ex. Si tenía que meterme dentro de ella y puntualizar esa afirmación, no le veía problema alguno.

«Se casó contigo».

Me miró las manos mientras me abría los botones y me dejaba los pantalones abiertos. Me

miró mientras me acariciaba por encima de los bóxeres. Se quedó mirando y supe exactamente lo que necesitaba.

—Envíale un mensaje. —Señalé su teléfono con la barbilla—. Dile que puedes verlo en dos semanas. En el mercado SoWa, al sur de Washington. Tienes unos minutos hacia las diez de la mañana y es el único momento que puedes dedicarle. Díselo y luego apaga el teléfono.

Con el labio inferior apretado entre los dientes, escribió el mensaje. La vi detenerse un momento antes de enviarlo, pero me contuve de preguntarle si le parecía bien. Si no, ya me lo diría.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Bueno. Ya lo ha leído —dijo.

—Apágalo —dije, señalando el teléfono—. No vas a preocuparte por nada más que tenga para decir esta noche. Ya te ha robado demasiado tiempo por hoy.

Shay asintió con un movimiento rápido, aunque aún tenía el labio apretado entre los dientes cuando dejó el teléfono apagado sobre el escritorio. Cuando se volvió hacia mí, la tomé de aquel jersey holgado y la conduje a la cama. La incliné hasta que quedó boca abajo, con la mejilla apoyada en el edredón. Me apoyé contra su trasero, redondo y encantador.

Le bajé los pantalones hasta las rodillas y le metí una mano entre las piernas.

—¿Has estado mojada todo este tiempo? —Ella movió la cabeza—. ¿Y no se te ha ocurrido que querría saberlo mientras me frotabas la espalda?

—Primero quería que te sintieras mejor.

Le acaricié el trasero, hundiendo los dedos en la mullida suavidad de sus nalgas. Al día siguiente iba a haber pequeñas marcas allí; un matiz ciruela como prueba de que había separado esas nalgas afelpadas mientras la penetraba con fuerza. La expectativa de encontrar esos magullones era como un manojo de espinas que me punzaba el pecho. Esa mujer era pequeña y preciosa y mucho más frágil de lo que nadie parecía darse cuenta, y me costaba hacerle daño… aunque ella lo consintiera con ganas. Pero curar esos magullones con pomadas y palabras dulces, y toda la devoción que podía dedicarle lo mejoraba todo. Me hacía sentir un poquito menos depravado.

—Quizás yo quería que te sintieras mejor primero —dije—. Quizá no siempre te tengas que salir con la tuya.

Golpeé mi pene contra su vulva húmeda y caliente.

—No te has desahogado todavía, ¿verdad?

Me hizo una sonrisita de niña consentida por encima del hombro.

—Tal vez necesite una ayuda.

No tenía ni idea de las cosas que le haría si realmente me dejara.

—Si es lo que quieres, esposa mía, es lo que tendrás.

La penetré con un empujón lento y me quedé allí, vibrando como si fuera a acabar en un minuto, mientras ella gemía contra el edredón. Deslicé una mano por su muslo hasta llegar al elástico de la cintura de sus pantalones. Me enrosqué la tela en la mano obligándola a juntar las piernas.

—¿Qué estás…? ¡Ohhh! —Abrió la boca como dejando escapar un grito silencioso y cerró los ojos—. Noah. Noah.

La presión era enloquecedora. La sentía como un puño caliente e implacable alrededor de mi pene y apenas podía mantenerme erguido. Mi cuerpo quería enloquecer, quería quemarse dentro de ella. Quería escribir promesas dentro de ella. Pero solo apoyé la otra mano en su espalda y la inmovilicé mientras me mecía dentro.

—¿Qué necesitas, cielo?

Movió la boca, pero no emitió ningún sonido. Se aferró a las mantas y negó con la cabeza como si no pudiera soportar un minuto más, pero luego se meció contra mí como si pudiera seguir toda la noche.

—Solo quiero que me desees —susurró.

—Es lo que he estado intentando decirte. Te deseo. Te deseo tanto que te asustaría saber la mitad.

—No puedes asustarme —dijo, con la voz entrecortada tras cada embestida. Iba a necesitar mucho bálsamo y mimos después de eso. Tal vez un buen masaje en la espalda también—. Pero haz la prueba.

Me concentré en la banda elástica, que me cortaba la circulación de los dedos. Me concentré en el roce de la cabecera contra la pared. En los calambres que me atenazaban el muslo izquierdo y en el tatuaje que asomaba por su jersey. Cualquier cosa excepto en las palabras desafiantes de una esposa que, de tan llena que estaba, no podía hablar.

No podía decirle la verdad. No toda. Ni la historia ni los restos que ahora relucían a nuestro alrededor. Esa verdad la asustaría y lo cambiaría todo. Rompería la delgada capa de hielo perfecta que nos cubría y nos obligaría a retroceder en el tiempo y reexaminar todos los momentos en los que la había amado sin que ella lo supiera. No podía hacerlo. No mientras todo lo que había entre nosotros era nuevo y frágil. No cuando por fin era mía. No mientras el hombre con quien había estado a punto de casarse apenas unos meses atrás estuviera al acecho.

—Este es tu lugar, Shay. Esta es tu casa y nosotros somos la familia que siempre has querido —le dije mientras su cuerpo se estremecía debajo de mí y ella gemía a punto de llegar. Entonces saqué la mano de sus pantalones y me incliné para acariciar con los labios las semillas de diente de león tatuadas en su hombro. Esas semillas que lo único que querían era un lugar donde crecer y florecer—. Este es tu lugar y es conmigo.

—¿Qué parte de eso se supone que me debe asustar?

Me aparté, soltando un rugido al sentir el estremecimiento que me recorrió el cuerpo cuando salí de ella. Era lo único que podía hacer para no confesarle que el amor que sentía por ella era tan hondo que me había acompañado como un ardor incesante desde que tenía memoria, y que no tenía la menor intención de divorciarme de ella ni a finales de ese año ni en ningún momento.

—Date la vuelta —dije, dándome una caricia lenta—. Quítate el jersey. Y los pantalones.

Obedeció y se quitó la ropa. Sus cabellos rosados eran una maraña y tenía los ojos vidriosos. Me asaltó un atisbo de duda cuando me deslicé entre sus piernas y me senté sobre los talones. La idea de masturbarme sobre su cuerpo sonaba muy bien en la biblioteca de obscenidades de mi cabeza, pero la realidad era muy distinta. Me parecía un nuevo nivel de perversión y degradación, y no sabía si podría dar ese paso.

—Muéstramelo —ronroneó.

Ni uno solo de mis sueños adolescentes —o treintañeros— podía compararse con verla tendida ante mí, desnuda, empapada y mirándome como si pudiera hacerle cualquier cosa y me lo fuera a agradecer.

Me llevé la mano al pene.

—¿El qué?

—Muéstrame cómo es ser tuya.

No pensé en esa noche, ni en el día siguiente, ni en las dos semanas siguientes, cuando tendríamos que lidiar con el hijo de puta de su ex. No pensé en el matrimonio ni en el divorcio, ni en los hijos ni en la familia. No pensé en los secretos que le ocultaba a Shay ni en el hecho de

que no podría guardarlos mucho más tiempo.

Simplemente eyaculé sobre su vientre, la limpié con la camiseta que había arrojado cerca y la abracé mientras se quedaba dormida.

Entonces, con su aliento cálido contra mi brazo y su pelo haciéndome cosquillas en el pecho, le susurré:

—Te quiero, esposa mía.



Capítulo veintisiete

SHAY

El alumnado será capaz de examinar la historia olvidada y los barcos hundidos.

—¿Estás sentada? —le dije a Jaime.

—Estoy apoyada en la encimera de la cocina. ¿Con eso basta? —preguntó—. Si no, puede que tengamos que reprogramar esta charla. Estoy lenta hoy.

Abrí la puerta de entrada de Thomas House y entré.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no quieres hacer una videollamada? —La oí bufar mientras me acomodaba en el suelo. Le había dicho a Noah que tenía que revisar algo en la casa, pero en realidad necesitaba un minuto sola. Un minuto para pensar.

—Tengo una infección urinaria. Fui a la clínica anoche, y los medicamentos están haciendo efecto, pero no puedo moverme ni respirar hondo. Existo, no mucho más.

—Dios mío, James. ¿Alguien te está cuidando?

—Sí, mis compañeras de piso han sido increíbles como siempre. No se te ocurra aparecer por aquí. Estoy bien. Solo tengo que pasar las próximas doce horas y dejaré de sentirme como si me hubiera caído en una cantera.

—No estoy segura de saber lo que es caer en una cantera.

—Es terrible. No hagas la prueba —dijo—. Cambiando de tema, voy a hacer un parón sexual durante al menos dos semanas. Probablemente un mes.

—¿Es por lo que te ha pasado?

Murmuró asintiendo.

—Es importante hacer pis después del sexo, cariño. Aunque no puedas caminar ni acordarte de tu nombre. Sobre todo, en esos casos.

—Es bueno saberlo.

—Bueno, dime, ¿qué noticia es esa que va a dejarme sentada de culo? —preguntó.

—Mi ex me mandó un mensaje anoche.

—A la puta mierda, ¿que hizo qué?

Asentí con la cabeza, pero luego caí en la cuenta de que no era una videollamada.

—Sí. Me mandó un mensaje justo después de que Noah y yo tuviéramos una charla muy

emotiva y quiere…

—Espera un momento. ¿Sobre qué fue esa gran charla emotiva?

Me pasé los dedos por el pelo porque aún estaba procesando todo lo que habíamos hablado. Aún intentaba descifrar qué era verdad y qué era decir cochinadas con sentimiento, y si debía creerme lo de las cochinadas. Y si algo de todo eso era cierto, aunque fuera una sola palabra, ¿qué significaba para nuestro falso matrimonio?

—Resumiendo, y es una historia muy larga que te contaré algún día que no necesites un sofá donde desmayarte, quiere empezar con las reformas de Twin Tulip y cree que estoy poniendo trabas porque no quiero atarme con el proyecto para poder darme margen para marcharme. Le dije que…

—Sí, eso es precisamente lo que estás haciendo. Lo siento, hoy no puedo hacerte mi sándwich tradicional de amor y crudas verdades, así que tendrás solo las crudas verdades. Papito Panadero tiene razón. Te estás cuidando para no terminar herida y decepcionada.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —alegué—. Más desde que reapareció mi ex y tuve que explicarle otro de mis desastres a Noah.

—Bueno, a ver, cuéntame qué ha hecho ahora ese cretino.

Recliné la cabeza contra la puerta y me quedé mirando el par de lámparas de araña.

—Dice que tenemos que hablar cuanto antes.

—Que se vaya a la mierda —respondió—. En serio, que se vaya a la mierda. No tienes que contestar por el mero hecho de que te llame.

—Soy consciente de ello.

—¿Segura? Porque da la impresión de que estás dejando que ese imbécil empañe tu felicidad. Puedes, y deberías, bloquearlo. ¿Por qué no lo hicimos desde el principio? No sé cómo se nos escapó, pero no permitas que el caos y la falta de respeto de ese hombre se infiltren en tu agradable y estable situación. Sácalo de tu vida, Shay.

—Es que… —Me detuve y apreté los labios contra la infinidad de justificaciones que me quemaban la lengua. Odiaba esa sensación. También la había odiado la noche anterior. Me hacía sentir insignificante, como si me arrastrara por cualquier migaja que mi ex me lanzara. Al mismo tiempo, no podía negarme—. Necesito una explicación. Necesito saber qué pasó.

—Se delató como el desgraciado de mierda que siempre supimos que era —respondió—. Eso pasó. Lo odio y lo odio por lo que hizo, y no va a entrar flotando en una burbuja y rogarte que creas que se acobardó. No va a disculparse, porque no se arrepiente. No creo que tenga la capacidad de reconocer el daño que hizo.

Destapé mi botella de agua y tomé un trago largo.

—¿Cuándo lo supiste? —pregunté.

—¿Cuándo supe qué?

—Que era un desgraciado de mierda.

Dejó pasar unos segundos interminables.

—Dime qué quieres que te diga.

—Solo… la verdad. —Tomé otro trago—. De todos modos, no te sientes tan bien como para contenerte.

—Me cayó bien cuando empezasteis a salir —dijo—. Quiero decir, me cayó bien, dentro de todo. A ver, es promotor inmobiliario. Es como todos esos tipos que viven de hacer negocios. Un ego desmesurado, cero conciencia de sí mismo e incapacidad para mantener una conversación sin dárselas de conocer gente importante o mencionar alguna cifra sin ninguna razón lógica. Pero estaba bien.

—Eso no suena bien —dije con una risa amarga.

—Era divertido y sabía tolerar una broma a su costa —concedió—. Podía decirle que cerrara la boca y lo hacía, pero también se reía de lo pesado que era. Y pagaba la cuenta en el bar. Esa parte no estaba mal. —La oí abrir la nevera—. Pero ya está, ¿entiendes? Esa era toda la historia. No había nada más. O eso era todo lo que dejaba ver. Y aquí es donde chirriaba. Ya lo sabes porque lo hablamos varias veces.

Tomé más agua.

—Hubo algunas otras veces en las que me escuchaste cuando te dije que me transmitía una sensación extraña, pero en algún momento decidiste que para ti no era un problema. Y hubo un momento, justo después de que os comprometierais, en el que traté de decirte que veía señales de alarma. Recuerdo esa charla con claridad. Me dijiste que tomabas en cuenta mis preocupaciones, pero que no ibas a romper el compromiso porque lo conocías mejor que yo, y yo no entendía vuestra relación.

—No nos hablamos durante cinco días después de eso.

—Cinco días —repitió—. Pensé que habíamos terminado.

—Eso nunca va a pasar. —Paseé la vista del salón de la izquierda al de la derecha. Me daba la sensación de no haber estado allí en años—. ¿Por qué: por qué aceptaste ser mi dama de honor?

—Lo hice por ti. Fui tu dama de honor. Para tu boda. No tenía nada que ver con él.

—Ibas a dejarme seguir.

Soltó un resoplido.

—No era mi decisión, cariño. Si te hubiera taladrado la cabeza con críticas hacia él, habrías dejado de hablarme. Me habrías apartado. Así que elegí quedarme a tu lado.

—No te merezco —dije.

—Claro que me mereces. No te digas tonterías. Me mereces a mí y a tu Papito Panadero y todas las cosas hermosas que hay en este mundo. Lo que no te mereces es que ese cretino te robe el tiempo, sobre todo, si ese tiempo afecta a ese hombre tuyo.

—Noah dijo lo mismo. —Respiré hondo—. Y todo esto lo sé, pero siento que necesito hacerlo. Necesito saber qué quiere y después prenderle fuego a todo lo asociado con él y echarlo al mar.

—No tengo energía para convencerte de que no lo hagas —dijo Jaime—. Quisiera. Tal vez debería. Pero siento como si tuviera un soplete en la vejiga y no me salen palabras contundentes.

Nos quedamos en silencio un minuto. No quería repetir la escena en la que Jaime veía la situación y yo desoía sus advertencias, pero necesitaba saber. Necesitaba una explicación.

—¿Cuándo lo vas a hacer? —preguntó—. Lo de ver a tu ex.

—Noah me propuso que lo acompañara a la próxima feria de productos agrícolas de Boston. Ya me he elegido un atuendo. Vaqueros, camisa roja anudada a la cintura, pendientes de fresa. No sé si llevar una cinta en la cabeza. Tal vez sea excesivo. Tengo que probarlo. —Pasé el índice alrededor del tapón de mi botella—. Noah sugirió que me reuniera con mi ex en la feria.

—Quiere vigilar la situación —dijo Jaime.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Tú has visto a tu marido? —se burló—. En serio, cariño. Va a acribillar a manzanas a ese hijo de puta y lo va a sacar a patadas de la feria. ¡Va a perseguir a ese cabrón por toda la calle!

Estuve a punto de protestar, pero me di cuenta de que Noah sería capaz de hacerlo. No se lo pensaría dos veces. Y hasta podría disfrutarlo.

—¿Qué tal si nos vemos y hacemos una pequeña fiesta de presentación? Algo tranquilo y discreto aquí en el apartamento. Solo algunos amigos de la facultad y las chicas.

Las chicas eran las compañeras de apartamento de Jaime: Layla, Dylan y Linnie.

—Sería genial —respondí—. Habrá que convencer a Noah. Es un poco tímido a veces.

—Haremos que se sienta como en casa.

—¿Llamándolo Papito Panadero? No creo. Me echará sobre sus hombros y saldrá corriendo. Te lo puedo asegurar, ya lo ha hecho.

—¿Por qué a mí nadie me ha echado sobre sus hombros? —preguntó ella—. ¡Yo quiero! Levántame, muéveme de un lado a otro, trátame como a una muñeca de trapo. Sí, señor. Dame un poco de todo eso…

—Estás en un parón sexual —le dije.

—Ah, cierto.

—Nadie te va a tratar como una muñeca de trapo hasta el mes que viene como mínimo.

—Por suerte, voy a estar ocupada planeando una fiesta y no voy a notar la escasez de sexo en mi vida —dijo—. Y ahora dime: ¿estás bien?

—Claro —respondí—. ¿Por?

—Porque no he podido ofrecerte el sándwich de siempre. Porque he dicho que tu ex no era el indicado y lo sabía desde el principio. Porque iba a dejar que te casaras con él, aunque me rompiera el corazón. —Lanzó un sonido de dolor—. Sabes que nunca me voy a casar y que soy la última persona en el mundo capaz de tener una relación comprometida, pero me vas a frenar si termino con la persona equivocada. ¿Verdad?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Y si me dices que yo no conozco a esa persona ni cómo es vuestra relación? ¿Y si no me hablas durante cinco días, o más? ¿Qué hago si parece que vas a elegir a esa persona antes que a mí?

—Va a ser necesario que me des una bofetada —dijo con sencillez—. Solo tienes que darme una bofetada que me deje sin sentido.

Solté una carcajada.

—No voy a hacer eso.

—Error mío. Lo había olvidado. Nunca te pegaron en la escuela. Dios bendiga Luisiana. —Se rio por lo bajo—. Vas a tener que recordarme esta conversación. O hacer que tu chico me tire manzanas por la cabeza. No lo sé. Solo te pido que me prometas que lo vas a intentar.

—Te lo prometo —dije—. Lo voy a intentar.



Friendship era esa clase de pueblo que se tomaba muy en serio la Fiesta de la Vuelta a Casa. No se trataba de un simple partido de fútbol entre rivales con algún espectáculo extra y un baile al final. No, ese pueblo convertía el fin de semana de la Vuelta a Casa en todo un acontecimiento, con todo tipo de barbacoas, pícnics y comidas para estudiantes y antiguos alumnos por igual, fiestas de reencuentro de las promociones, comidas antes del partido y un gran baile comunitario. Lo llamaban la Fiesta del Regreso, y todo el mundo esperaba con impaciencia ese fin de semana.

Cuando estaba en el instituto, el evento me inspiraba cierta sorna. Me resultaba excesivamente campechano y familiar, y no sabía cómo desenvolverme en él. Era como un idioma que no hablaba y que no me interesaba aprender, y ese era un buen resumen de mi relación adolescente con ese lugar.

En ese momento, sin embargo, con la claridad que me daba haber dejado de ser una

adolescente egocéntrica que seguía dando brazadas bajo la superficie para no hundirse en otro entorno completamente nuevo, era capaz de reconocer los encantos de ese acontecimiento. Todo giraba en torno a la visita de los antiguos alumnos, y los organizadores se habían esmerado para que todo el mundo disfrutara. Me encantaba que se tratara de un baile comunitario y no de doscientos estudiantes de secundaria mirándose unos a otros en un gimnasio oscuro. Y ni siquiera me importó tener que aguantar un partido de fútbol bajo un frío casi glacial.

Lo único que no me gustaba era que Noah y yo no podíamos dar dos pasos sin que alguien se acercara a felicitarnos. Aunque el problema no era la cantidad de felicitaciones, sino que tenía la sensación de que todo el mundo podía ver a través de mí e iban a darse cuenta de que ese matrimonio, que había surgido de la noche a la mañana y no cuadraba del todo, no era real.

Sin embargo, eran todo sonrisas y palabras amables. Incluso los que me decían en broma que me había robado a Noah antes de que otra pudiera atraparlo parecían alegrarse de verdad.

«Un amor de la adolescencia» era la explicación de Noah a todas las preguntas. Lo decía con toda naturalidad, igual que lo había hecho con Christiane. No sabía cómo lo hacía. «Siempre supe que era ella». Y cuando eso no bastaba, enseguida agregaba: «No desperdicié un minuto cuando volvió al pueblo. Ya había desperdiciado demasiados esperando a que volviera».

Yo sonreía, me sonrojaba, me inclinaba hacia él. Era exactamente lo que debía hacer y tenía que admitir que me encantaba representar ese papel con él. Noah era dulce y generoso, y sobón a más no poder. Tenía suerte de que mi falso marido fuera una auténtica bestia, y que en la granja contáramos con muchos lugares —muchísimos— donde escondernos y explorar toda la obscenidad que mantenía oculta tras esas pulcras camisas a cuadros y esas sencillas gorras de béisbol.

El único problema era que ya no podía encontrar la línea que separaba lo falso de lo real. Ahora era una línea borrosa y, aunque sabía que eso iba a pasar cuando nos acostásemos juntos, en momentos como ese —cuando hacíamos el número de la pareja feliz—, sentía la necesidad de buscar esa línea. Tenía que saber dónde estaban enterrados los límites de nuestra realidad. De lo contrario, era probable que empezara a creerme las historias de Noah y a imaginarme una vida en ese pueblo pasado el año que se me exigía.

Cuando Gennie echó a correr por el campo para saludar a un amigo y por fin nos quedamos solos un minuto, le dije:

—Mírala. Mira qué bien se lleva con su amiguito.

—Lo sé. No me lo puedo creer. Es una niña totalmente diferente a la que llegó hace un año. —Me sonrió—. Gracias por ayudarme con eso.

—De nada. —Los miré mientras cada uno se quitaba un guante y lo intercambiaba con el otro para formar pares desparejos—. ¿Pasaste mucho tiempo con Gennie cuando era bebé?

—Eva vivía cerca de Nueva York cuando tuvo a Gennie, y la conocí de bebé, aunque no puedo decir que pasara mucho tiempo con ella entonces. Se mudaban bastante. A Eva no le gustaba quedarse mucho tiempo en un mismo lugar. Siempre tras alguna aventura. Una vida sobre ruedas, ya sabes. —Desvió la mirada un segundo—. Vino con Gennie cuando murió mi padre, y luego otra vez, unos dos años después. Se quedaron conmigo unos meses antes de ponerse en marcha de nuevo. Así que sí, la conocía. Pero solo un poco.

Noah nunca hablaba mucho de Eva. Ni ahora, ni cuando estábamos en el instituto. Yo sabía que se había marchado y se había independizado, y que la relación con sus padres había sido difícil, pero eso era todo.

Aunque Noah nunca lo hubiera dicho explícitamente, yo tenía la sensación de que prefería que no supiera mucho sobre su hermana. No porque se avergonzara de ella ni nada parecido, sino

para que lo conociera a él y no al hermano menor de Eva Barden.

Y aunque yo nunca se lo hubiera dicho explícitamente, siempre me gustó haber conocido a Noah Barden. Había sido bueno conmigo cuando no tenía a nadie más que a una abuelastra a la que apenas conocía, y me había escuchado cuando despotricaba sobre mi solitario mundo de privilegios.

Señaló con la mano los festejos que se celebraban a nuestro alrededor.

—¿Te acuerdas del plan que hicimos? Cuando éramos críos.

Me reí y mi aliento se convirtió en una nube blanca en medio del aire frío.

—¿Teníamos un plan? ¿Para qué?

—¿No te acuerdas de nada? —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Nada?

Negué con la cabeza.

—No. Recuérdamelo.

Miró hacia un costado con los ojos en blanco, como si mi memoria de pez fuera un auténtico problema.

—Íbamos a volver y enseñarle a este pueblo lo que se había perdido.

—¿Por qué no lo recuerdo?

—No lo sé, Shay —dijo, en tono cortante—. Pero siempre hablamos de volver.

Me llevé un dedo a los labios mientras trataba de hacer memoria.

—Esa parte me suena, pero no que volviéramos para la Fiesta del Regreso. ¿Lo entendí mal?

Me miró. Apretaba los labios. Tenía los ojos oscurecidos y sí, lo había entendido mal. Estaba claro que había hecho algo muy mal.

—No, era solo una idea que barajamos.

—No sé si te creo.

—Entonces no me creas. —Miró a Gennie y a su amigo al otro lado del campo—. Está claro que nunca pasó, así que no importa.

—Bueno, está pasando ahora, ¿no? ¿No estamos de vuelta en Friendship en la Fiesta del Regreso mostrándole a todo el mundo lo que se perdieron mientras no estuvimos? ¿O te has olvidado de la parte en la que nueve mil personas se han parado a charlar con nosotros esta noche? —Como no respondió, continué—: Y el matrimonio sorpresa es solo una parte. Tú tenías una gran carrera como abogado que incluía horas facturables a bordo de barcos, y a mí me dejaron en el altar, lo cual no es tan impresionante como un yate, pero prueba que sigo siendo el mismo problema que era en el instituto.

—No eras un problema en el instituto —dijo tras una larga pausa—. No digas eso. Y aquí nadie sabe lo de tu ex.

—Aquí nadie sabe que me echaron del internado suizo cuando descubrieron que me fui a Francia un fin de semana para abortar, pero igualmente me estuvieron mirando de reojo todos los días durante dos años.

No hacía falta mencionar que la mirada de reojo procedía exclusivamente de gente como la madre de Noah, que parecía saber sin necesidad de explicación que una chica expulsada de Europa y enviada a vivir con un pariente lejano en el campo era una especie de cuento aleccionador.

Se acercó y me rozó la sien con los labios.

—No es asunto suyo. Ni ahora ni en ese momento.

—Gracias. —Noah me había protegido en ese entonces; era la única persona, además de Lollie, que sabía la verdadera razón de mi estancia en Friendship. Lo comprendió cuando le hablé de accidentes y errores, y nunca me miró como si yo fuera un problema—. ¿Y tú volviste

para las Fiestas del Regreso?

Respiró hondo y supe la respuesta. No tuvo que decir nada. Lo supe. Había vuelto, esperando encontrar a su compañera para alcanzar juntos el reconocimiento por nuestros esfuerzos, y yo lo había olvidado. Me había escapado a Boston, y me había sumido en la vorágine de mi propia reinvención tras tantos intentos fallidos de encajar en mi nueva versión de la perfección. Al irme de allí, me había despojado de todo lo que tenía que ver con ese pueblo y lo había dejado, y a todos, atrás.

—Nunca tuve noticias tuyas después de que te fueras a la universidad —le dije—. Creo que te envié un par de mensajes, pero… ¿qué pasó?

—Sí, bueno… —Se llevó una mano a la nuca—. No tenía mucho que decir. Me había pasado casi un año diciéndole a todo el mundo que había entrado en Yale y no sabía cómo volver y decir que no era lo que yo me había imaginado.

—Podrías habérmelo dicho a mí. Te habría contado que ir al Boston College por el mero hecho de que había sido la universidad de mi madre y porque no les importaba mi expediente académico no fue la mejor elección; mucho menos en cuanto a existir sin su sombra planeando sobre mí.

—Pero te quedaste allí —dijo.

—Y tú te quedaste en Yale.

Se encogió de hombros.

—Sí. Me había esforzado mucho para llegar allí. Podía esforzarme para sacarlo adelante.

—Yo no sabía adónde ir —dije riendo—. Y mi madre, como sabes…

—¿Hablas mucho con ella? ¿La ves?

—Está de nuevo en Londres, trabajando en un libro. Está ocupada. Está bien. —Me reí otra vez—. Vino para la boda. La que no ocurrió. Jaime es un buen escudo y se las arregló para mantenerla lejos cuando todo se fue a pique. Hablamos por teléfono de vez en cuando desde entonces. —Lo miré—. Lo siento —susurré—. Debería haberlo recordado. Debería haber sido mejor contigo. Debería haberte buscado más. Mantener el contacto.

—Fue hace mucho tiempo —dijo—. Éramos unos críos. Éramos… tan estúpidos. No había lugar para hacer planes a más de cinco minutos vista.

Pero Noah había mantenido esos planes. Había cumplido ese pacto. Él siempre cumplía el pacto.

—Y era lógico que tal vez hubieras cambiado de opinión —agregó—. Hay cosas mucho mejores que hacer que aparecer en la Fiesta del Regreso y pretender que a alguien le importe un pimiento. —Me estudió un momento, paseando la vista por mis ojos y bajando hasta mis labios —. En fin. Dicen que una mamada en la ducha es mejor que todos los festivales de este pueblo juntos.

—¿Ah, sí? ¿Eso dicen?

—Sí. Y fuentes fidedignas. Arbitradas incluso.

—Por supuesto. —Asentí.

—Si estás dispuesta a enmendar las cosas… No es que sea necesario, pero si lo tienes en mente, no rechazaría una ducha caliente después de congelarnos hasta la médula aquí.

—Hablando de eso, ¿cuánto tiempo tenemos que quedarnos congelándonos aquí? —le pregunté.

Negó despacio con la cabeza y soltó un suspiro.

—La verdad, cuanto antes nos vayamos, menos posibilidades habrá de que me obliguen a hacer algo para el festival de iluminación del árbol de Navidad.

—¿Cómo financia este pueblo todos esos festivales?

Noah le hizo un gesto a Gennie para que viniera.

—Te lo explicaría, pero entrarías en un coma por aburrimiento antes de meter tu boca en mi pene, y me gustaría evitarlo.

—Tengo que confesar que no me encanta dar mamadas.

—¿Por qué no?

—Porque me da arcadas, y teniendo en cuenta… —lancé una mirada acusadora a sus pantalones—. Sé que me van a dar arcadas.

Sonrió de la manera más arrogante que le había visto hasta entonces. Era adorable. Me encantaba hasta la última gota de su engreimiento.

—¿Y si prometo portarme bien?

—No sabes hacerlo —dije, negando con la cabeza mientras le sonreía—. Ahora eres dulce y tímido, pero cuando te quites la ropa…

—Cuando me quite la ropa, ¿qué? —Deslizó una mano bajo mi abrigo, bajo mi jersey. Me subió la camiseta de tirantes y me tocó la espalda con sus dedos fríos. Me estremecí y le brillaron los ojos—. Dime qué pasa entonces.

—Ya sabes lo que pasa.

Se inclinó hacia mí y me rozó la oreja con los labios mientras dibujaba círculos en mi cintura.

—No te voy a provocar arcadas, esposa mía. No quiero ver lágrimas en tus ojos. Pero llevo… demasiado tiempo pensando en tu lengua sobre la cabeza de mi pene. ¿Crees que podrías soportarlo?

Asentí con la cabeza.

—Puede ser.

—Una ducha suena bien, ¿no? ¿Has visto el cabezal de ducha desmontable? Tiene nueve posiciones diferentes. Y hay un banco. Bastante grande. Y resistente. Podríamos divertirnos un poco con eso, ¿no?

—Sí —dije, casi sin aliento.

De esa manera había terminado de espaldas y desnuda de la cintura para abajo en el invernadero de sus proyectos secretos la semana anterior. Unos susurros en la oreja diciéndome que quería saborearme, unas caricias suaves bajo la ropa y la promesa de que íbamos a pasarlo bien. Me había ido de allí llena de lavanda en el pelo, orégano seco bajo las uñas y las piernas apenas capaces de llevarme de vuelta. Entonces me había subido a su todoterreno —murmurando que estaba loca si pensaba que me dejaría cruzar el campo en ese estado de embriaguez sexual— y, al llegar a casa, en cuestión de minutos ya me tenía de espaldas y gritando contra una almohada.

De esa manera también habíamos terminado haciendo el amor en la despensa unas noches atrás. Todo había empezado conmigo pidiéndole ayuda para alcanzar una de las estanterías y habíamos terminado con una bolsa de harina derramada por el suelo y su orgasmo recorriéndome las piernas. Se había disculpado encarecidamente por el desastre —por ambos—, pero luego había empezado a deslizar los dedos entre mis muslos hasta que se me había nublado la vista.

Y así fue como nos habíamos echado un polvo rápido mientras Gennie recogía los huevos el otro día. Me había tapado la boca con una mano para que no hiciera ruido mientras me sentaba a horcajadas encima de él en la silla de su dormitorio, y con la otra mano me había sujetado el trasero con fuerza suficiente para dejarme marcas rojas y oscuras que a la mañana siguiente eran magullones. Al verlos, me había acostado en la cama y me había frotado la piel con un bálsamo de hierbas que él mismo había preparado. Me había metido los dedos en la boca y me había

acariciado la vulva mientras me frotaba con suavidad, aunque había dejado muy claro que no le gustaba dejarme marcas; a menos que a mí me gustara, en cuyo caso a él le encantaba.

—¿Te gustaría, esposa mía?

Mmmm. Había momentos en los que me susurraba esa palabra y yo sentía que el mundo entero entraba en el latido de mi corazón. Eran los momentos en los que quería encontrar esa línea que separaba lo real de lo falso, pero también eran los momentos en los que quería taparme los ojos para no mirar. Si no lo sabía, no podía hacerme daño.

—Sí —dije. Hubiese querido devolverle el gesto y llamarlo marido, marido… Pero no podía pronunciar la palabra. No en voz alta, no todavía. Era demasiado peligroso. Casi había llamado marido a otro hombre y esa historia era demasiado reciente para pasarla por alto. Aunque quería decírselo a Noah. Quería, por un segundo, que fuera mi marido. Y quería que fuera de verdad.

—Ayúdame a convencer a esa niña de que es hora de irnos —dijo, cuando Gennie se acercó corriendo, con las mejillas sonrosadas y el pelo revuelto.

Nos miró.

—¿Vamos al campo de fútbol a ver el partido ahora?

—El partido ha terminado —le dijo Noah—. Sí. Ha sido un partido duro. Ha ganado Friendship. Es hora de irnos.

Ella miró el estadio, con cara de confusión.

—¿En serio?

—Sí. Vamos a casa, a tomar un vaso de leche caliente y ver un documental sobre la guerra de Secesión. Había piratas en esa época. Seguramente. —Noah me miró buscando confirmación. Asentí con la cabeza. Seguía pensando en el cabezal de la ducha de nueve velocidades y en que me estaba enamorando de mi marido—. ¿Vamos?

Gennie echó otro vistazo al estadio y se encogió de hombros.

—Sí, vale. De todas formas, no hay granizados.

—Solo hay granizados cuando hace calor —dijo Noah.

—¡Pues qué mierda! —exclamó Gennie—. No me gustan los partidos de fútbol sin granizados.

—Razón de más para irnos —dijo Noah y le tendió la mano. Ella la tomó y luego tomó la mía —. Creo que te va a gustar ese documental.

—¿Cuántos piratas salen?

—No estoy seguro —respondió—. Buscamos unas mantas, calentamos la leche y luego hablamos de los piratas de la época de la guerra de Secesión, ¿de acuerdo?

Se durmió antes de que terminaran los créditos iniciales.

Y de esa manera terminé sentada en el regazo de Noah, con el cabezal de la ducha vibrando entre mis muslos mientras él me penetraba desde abajo. Estaba encharcada y agotada de haberme corrido más veces de lo que parecía posible, con la voz ronca y la cabeza cansada de tanto… tanto. Después me peinó el pelo y se disculpó por haberse soltado demasiado, por haber empujado demasiado fuerte.

Él siempre pensaba que era demasiado brusco, demasiado agresivo. Pensaba que yo era pequeña y frágil, a pesar de que no era ni una cosa ni la otra; pero que alguien me mimara de ese modo era maravilloso y sorprendente a la vez. Cuando me untaba crema en la piel o fruncía el ceño por un mordisco que me había dejado en la cara interna del muslo, me sentía perfecta y adorada. Sentía que había estado esperando mucho tiempo a alguien que supiera cómo hacerme estallar y que luego quisiera recoger los fragmentos.

Y sentí un alivio incómodo al descubrir que esa persona era mi marido.



Capítulo veintiocho

NOAH

El alumnado será capaz de hacer retroceder a cualquier cretino.

—¿Qué tal ha quedado? —me preguntó Shay, moviendo los dedos a los lados, emocionada y expectante—. ¿Qué te parece?

El exhibidor de mermeladas era mucho más elaborado que cualquier cosa que yo hubiera podido improvisar.

—Perfecto. —Me acerqué y le di un beso rápido en los labios—. Tú eres perfecta.

De verdad que era perfecta. Con sus pendientes de fresa, la camisa de cuadros rojos y los vaqueros que le quedaban como un sueño húmedo, era la vendedora de mermelada más bonita que había visto. Quería tomar una foto de ella detrás de la mesa de Little Star y colgarla en nuestra página web y en las redes sociales. Quería que todo el mundo viera a mi encantadora esposa y supiera de dónde salía nuestra magia.

Pero no saqué mi teléfono para hacer la foto.

Si lo hubiera hecho, probablemente habría llamado a la granja y les habría dicho que enviaran a otra persona a cubrir la feria, porque ya había dejado de fingir que comprendía que Shay acudiera a la llamada de su exnovio. No tenía sentido. No había forma de que eso acabara bien.

—Quédate a mi lado —le dije, echando un vistazo a la tienda del mercado. Quería creer que sería capaz de reconocerlo entre la multitud, que podría identificarlo por la sonrisa de suficiencia en su rostro o por el aire diabólico que destilara—. No es demasiado tarde para cambiar de opinión. Podemos irnos, ya lo sabes.

—No nos vamos —dijo riendo—. Gail se ha despejado el día entero para cuidar a Gennie y se va a enfurecer si volvemos temprano.

—Entonces, quédate donde pueda verte. —Señalé hacia las mesas de pícnic dispuestas en el centro de la tienda—. O puedo cerrar el puesto e ir contigo. Para mí vales más que las ventas de mermelada que pueda hacer en media hora.

Shay pestañeó.

—Vaya, no creo que nadie me haya comparado nunca con ventas de mermelada.

Se rio y supe que le había hecho gracia, pero yo hablaba muy en serio. Ese tipo, ese cretino

imbécil, se había portado fatal con Shay. La forma en que había terminado con ella ya había sido bastante terrible, pero luego había pasado meses sin molestarse en saber cómo estaba hasta que había considerado que era sumamente urgente verla en persona. Todavía no podía creer que ella hubiera aceptado. Era en momentos como ese cuando me daban ganas de sacudirla hasta que entendiera que se merecía algo mejor, que tenía que esperar mucho más de las personas.

Y, además, albergaba cierto temor ante la posibilidad de que Shay volviera a ver a su ex y se diera cuenta de que yo no era más que un sustituto. No me imaginaba que fuera corriendo a abrazarlo, pero no podía descartar la posibilidad por completo. Y si no era su ex, existía la posibilidad de que corriera a abrazar la vida que había dejado atrás. Sabía que echaba de menos Boston y a todos sus amigos. Volver a Friendship después de vivir en una ciudad con tanta actividad era difícil. Lo sabía muy bien. Probablemente más duro que crecer en esa particular bola de nieve y luchar por salir para acabar arrastrado de nuevo adentro.

Sabía que ese día lo tenía todo en contra, pero no iba a caer tan fácilmente.



La feria había comenzado, y ya no podía centrarme en imaginar los peores escenarios. Vendimos todas las mermeladas nuevas de fresa y membrillo, y Shay vendía la de arándanos con limón y lavanda sin parar. Se requería cierta habilidad; no a todo el mundo le gustaba la lavanda. Mientras tanto, yo intentaba seguirle el ritmo. La de arándanos con limón y lavanda se agotó mucho antes de que yo pudiera vender un puñado de pera especiada.

Tuvimos un descanso después de la segunda hora, que era el momento en que los madrugadores se marchaban y la siguiente oleada empezaba a llegar. Shay se volvió hacia mí con una sonrisa ladina.

—Tienes admiradoras.

—¿Tengo… qué?

—Admiradoras —repitió—. ¿No has oído a todas esas mujeres que no paraban de decir lo contentas que estaban de volver a verte y que hacía tanto tiempo que no venías a este mercado y que te buscaban cada vez que veían el cartel de Little Star?

Tomé una caja de debajo de la mesa y me dediqué a reponer tarros de mermelada de frutos rojos.

—Eso no es nada.

—No es nada no —replicó—. Tienes bastante fama.

—Yo era el único —dije—, cuando empezamos con la mermelada. Yo era el único que venía a los mercados. La gente me asociaba con la mermelada.

—Sí, es cierto que he oído que mencionaban al «hombre de la mermelada».

—No me llaman así. —Inspeccioné un tarro solamente para evitar su sonrisa maliciosa—. No han dicho eso.

—Sí, sí, lo he oído. —Me pasó un dedo de la muñeca al codo—. También les encanta cómo te arremangas. He oído más de un susurro porno sobre unos antebrazos.

Negué con la cabeza. Sentía cómo el calor me subía por las orejas.

—Se acuerdan de mí de los primeros tiempos. Nada más.

—Vienen por los antebrazos, se quedan por la mermelada. Es todo un plan de negocios. —Ladeó la cadera y me miró un momento—. ¿Ese es el secreto de tu éxito?

Me concentré en la caja que tenía delante.

—Me interesa más maximizar los recursos y minimizar el desperdicio, pero, por supuesto, eso también sirve.

—No es que tenga nada que reprocharles —dijo en voz baja.

De repente, Shay levantó la vista. Miró al otro lado del mercado. Un hombre estaba de pie cerca de la entrada de la carpa, mirando de un lado a otro como si no tuviera idea de dónde estaba y no viera la hora de salir de allí. Llevaba pantalones de color caqui y un polo con la insignia de uno de los clubes de golf más exclusivos de la zona, y se parecía a todos esos tipos sin interés alguno que había conocido en la Facultad de Derecho y que habían sido educados para creer que todo en ellos era impresionante. En resumen, quería arrojarle un tarro de mermelada de mandarina por la cabeza.

El tipo levantó la mano y señaló las mesas de pícnic del centro de la carpa.

—No tienes que hacerlo —le dije a Shay—. No tienes que ir.

—Lo sé. Solo necesito saber qué es lo que quiere y tal vez darle un cierre. —Apoyó las manos en mis hombros y se puso de puntillas para besarme la mejilla—. No te preocupes. Va a ser rápido. Te lo prometo.



SHAY

Lo primero que había que saber sobre Xavier era que se ganaba la vida hablando. Hacía negocios todo el día, todos los días, y llevaba el teléfono pegado a la mano. Viajaba durante la mayor parte del mes porque sabía que podía cerrar más negocios en persona; ejercer más presión. Sabía cómo hilvanar las palabras para conseguir lo que quería.

Dicho esto, fue extraño oírlo tartamudear y balbucear unas simples palabras de cortesía. Al mismo tiempo, todo en él parecía extraño. No dejaba de mirar a todos lados, y se lo notaba sudoroso, como si tuviera fiebre o una fuerte resaca.

—¿En qué andas ahora? —me preguntó, pasándose el dorso de la mano por la frente sudorosa y limpiándose en el pantalón. Se estaba fresco dentro de la carpa y hacía frío fuera. No entendía por qué tenía tan mal aspecto—. ¿Y qué haces en un mercado de agricultores?

—He venido con mi… —Me detuve, sin saber cuál era la mejor manera de explicarle a Xavier mi situación actual. Pero ¿necesitaba darle tanta información? ¿Acaso le importaba? Esto no era más que una formalidad. No le importaba y, por lo tanto, no merecía una explicación—. He venido con Noah.

Miró su teléfono y me preguntó:

—¿Finalmente has dejado lo de enseñar?

No podía precisar si «lo de enseñar» me molestaba más que «finalmente». Nunca había criticado abiertamente mi trabajo, pero solía hacer bromas como «Tranquilízate, son solo niños de jardín» o «Ni que a los niños les importara si cometes un error» o «Por Dios, deja de preocuparte por la planificación de las clases y pon la película». Ya no me parecían bromas.

—Ahora doy clases en Rhode Island. —Me miró con el ceño fruncido, como si nada de lo que le estaba diciendo tuviera sentido para él. Esa expresión le hacía los ojos más saltones. Otro

detalle que no recordaba—. Bueno, ¿de qué necesitabas hablarme?

Metió la mano en el bolsillo y sacó unos sobres doblados.

—Te ha llegado correo al apartamento.

Miré la pila de sobres: ofertas de tarjetas de crédito, cupones de promociones ya vencidas, una factura de teléfono. Basura, más que nada. Junté los sobres y los alisé.

—Esta no puede ser la razón por la que me pediste reunirnos cuanto antes. —Levantó las cejas y se echó hacia atrás. Antes de que pudiera procesar su reacción, le dije—: Ve al grano, por favor.

Me miró con la boca torcida hacia un lado. Me di cuenta, entonces, de que nunca le había hablado así. Nunca lo había presionado ni le había dado a entender que no estaba totalmente satisfecha con cada centímetro cuadrado de él.

En nuestra relación, yo nunca había existido realmente.

Tragó saliva con dificultad y paseó la mirada de un extremo a otro de la carpa.

—Necesito que me devuelvas el anillo —dijo entonces.

—¿El anillo?

—El anillo de compromiso —aclaró.

Lo segundo que había que saber sobre Xavier era que no gastaba un centavo si no era necesario. Dejaba que los demás pagaran, y nunca se ofrecía a devolver la gentileza, aunque no dejaba que lo olvidaras si era él quien pagaba. En otras palabras, había previsto que, tarde o temprano, querría recuperar el anillo.

—Estoy empezando algo… —continuó, con aire condescendiente, mientras le echaba un vistazo a mi pelo rosa y a mi camisa de cuadros— con otra persona. Y necesito vender ese anillo para comprar otro.

—¿Estás empezando algo o ya empezaste hace mucho tiempo y ahora es el momento oportuno para hacerlo oficial? —le pregunté.

Negó con la cabeza, como si le pareciera absurdo que le hiciera esa pregunta.

—No tienes por qué estar tan resentida.

—No estoy resentida en lo más mínimo —dije con soltura, aunque por dentro sentía que me resquebrajaba y me retraía. Qué tonta había sido. Otra vez. Debería haber escuchado a Noah y a Jaime. Debería haber sabido que esto era un error. Sin saber por qué, agregué—: Quizá podrías decirme por qué me pediste que me casara contigo si tenías otros intereses.

Se secó el sudor del labio superior con el cuello de la camisa.

—Tú querías casarte —dijo, levantando un hombro con displicencia—. Lo dejaste muy claro desde el principio y nunca permitiste que lo olvidara.

Intenté recordar si siempre había sido así de desagradable. ¿Por qué me había parecido atractivo? ¿Qué me había gustado de él? Y la apariencia física no lo era todo, pero tenía aspecto de pan blanco rancio. Eso era. Era soso y aburrido, y parecía jactarse de ser tan insípido.

—Pero eso no responde a la pregunta —dije—. ¿Por qué proponerme matrimonio si no era lo que querías?

Negó con la cabeza y dio una palmada en la mesa de pícnic. Los que estaban sentados a ambos lados se volvieron para mirarnos.

—Me importaba un pimiento una cosa u otra.

Sentí un escalofrío en la base del cuello, que me recorrió el torso y se me anudó en el estómago. Era algo similar al espanto, y también algo que siempre había sabido, pero que no había podido aceptar. Era horrible.

—Salir contigo me resultaba práctico: te ocupabas del apartamento y sabías cómo manejarte

en las fiestas y en las cenas de negocios, pero no parabas —golpeó la mesa con el puño varias veces y noté que la gente se ponía en pie— con lo de casarnos. No lo dejabas pasar.

Siempre le había guardado rencor por cancelar la boda con una llamada telefónica. Odiaba que se hubiera negado a ponerle fin mirándome a la cara. Pero ahora me daba cuenta: verlo pronunciar las palabras y dar aire a los oscuros pensamientos que anidaban en ese rincón cruel y autodespreciativo de mi mente era muchísimo peor.

—Supuse que te calmarías cuando tuvieras el anillo —continuó. Se me helaron hasta los dedos de los pies—. Pero me equivoqué. Te volviste insoportable. Siempre había alguna maldita cosa—. Volvió a limpiarse la frente. No entendía cómo podía tener tanto calor como para sudar cuando yo estaba fría como un cadáver—. No sabes cuándo parar, Shay. Fuerzas las cosas. Lo haces todo el tiempo, joder. Te inventas proyectos y haces que todo sea exactamente como tú quieres.

Jaime no lo había dicho con esas palabras, pero había varios puntos en común. Había resuelto casarme con Xavier y nadie podía disuadirme. Y me había lanzado a la carga, ignorando no solo las inquietudes de Jaime, sino también el desinterés de Xavier. Por no hablar de lo del pan blanco. Lo había desoído todo. Y lo había forzado, tal como él decía.

Clavó sus ojos despectivos en la camisa anudada a mi cintura, que dejaba ver un poco de piel, y en mis enormes pendientes.

—Y yo que pensaba que ibas a adelgazar… No lo has hecho.

Abrí la boca, pero no me salió una sola palabra. Había bajado una talla entera para la boda; había sufrido y pasado hambre por esa boda. Y él lo sabía.

Aunque ¿qué esperar del hombre que había avisado de antemano a su familia que cancelaría la boda, pero me había obsequiado con la humillación de anunciármelo cuando ya estaba rodeada de fotógrafos, maquilladores y amigos?

No supe de dónde saqué fuerzas, pero tomé los sobres y me puse en pie.

—Hemos terminado. Nunca en la vida vuelvas a llamarme.

De pronto, Xavier extendió la mano, me aferró de la muñeca y me hizo sentar de un tirón. El brazalete que llevaba en la muñeca se tensó y se retorció bajo su agarre, y sentí el pinchazo de los dijes mordiéndome la piel.

—No me voy sin el anillo.

—Xavier —dije con seriedad—. Déjame.

—No seas hija de puta y dame el anillo.

Una sombra se proyectó sobre la mesa y una mano sujetó a Xavier de la camisa.

—Suéltala antes de que te arranque el brazo, joder.

—¿Qué demonios…? —Xavier me soltó la mano y se puso en pie de un salto. Noah seguía erguido encima de él—. No sé quién mierda te crees que eres, pero…

—Vuelve a la mesa, Shay —me dijo Noah con los dientes apretados.

Me alejé a tropezones, chocándome con la gente y los bancos de pícnic. No me atreví a volverme a mirar a Noah y a Xavier, por mucho que lo deseaba, hasta que saqué el anillo de compromiso del monedero de mi cartera. Lo apreté contra la palma de la mano, y dejé que el dolor despiadado del metal y la piedra contra mi piel me llevara de vuelta al hombre que nunca me había querido, que nunca se había preocupado por mí, que nunca me había respetado. El hombre al que tenía que enfrentarme por última vez antes de ahogarme en la vergonzosa verdad de sus palabras.

Cuando llegué a la mesa, encontré a Noah con los ojos en llamas frente a Xavier. Por su parte, Xavier estaba de pie con los brazos cruzados sobre el polo desarreglado y el cuerpo orientado

hacia la salida.

Noah extendió un brazo para impedir que me acercara.

—No te acerques —gruñó—. Yo me encargo de esto. —Dejé caer el anillo en su mano. Noah miró a Xavier y le dijo—: No te atrevas a volver a tocarla. Si ves venir a esta mujer, te das la vuelta y caminas en dirección contraria. Te mantendrás lejos de ella. Nunca más vas a volver a contactarla. ¿Estoy siendo claro? Ni una llamada, ni un mensaje, ni un correo electrónico. Ni una maldita palabra tuya.

—Sí. Muy bien. Lo que tú digas. Como si me importara una mierda. Solo quiero recuperar lo que es mío —respondió Xavier sin dejar de mirar hacia la salida.

—Estás hablando con la persona menos indicada para eso —replicó Noah—. Según la ley de propiedad, un anillo de compromiso deja de pertenecerte cuando tienes la intención de regalarlo y llevas a cabo esa intención, y finalmente cuando es aceptado como regalo por el destinatario. A menos que tengas documentación que demuestre lo contrario, y sé de buenas fuentes que no redactaste un acuerdo prematrimonial, este anillo le pertenece a Shay.

Una sonrisa temblorosa asomó a mis labios.

—Podrías haber tenido algo en lo que apoyarte si hubiera sido ella la que rompiera el compromiso, pero en este caso —y soltó un silbido bajo—, eso lo has hecho tú, ¿no? —Noah sostuvo el anillo entre los dedos y frunció el ceño ante los bordes duros del diamante talla princesa—. Pero si prefieres resolver esto en los tribunales, debes saber que yo mismo voy a representar a la señorita Zucconi y tengo todo el tiempo del mundo para joderte la vida. Voy a sacar todos los muertos de todos tus armarios. Los voy a desenterrar si es necesario. Te voy a sepultar con procedimientos legales y costos judiciales. Al menor movimiento que hagas, te caerá encima una avalancha de demandas. Voy a acabar contigo. ¿Te queda claro?

Una última cosa que había que saber sobre Xavier era que no le importaba demasiado si sus negocios no eran del todo honestos. No le importaba aceptar dinero por debajo de la mesa o declarar su residencia en un paraíso fiscal o falsificar alguna documentación. Yo no conocía en profundidad los detalles de esos negocios oscuros —aunque debería haber escuchado a Jaime cuando había tenido la oportunidad—, pero sabía lo suficiente para reconocer que Noah lo había tocado en su punto más vulnerable.

Xavier dio un paso atrás y levantó las manos.

—Muy claro.

Noah puso el anillo sobre la mesa, ese anillo que yo me había obligado a querer. No era redondo —como le había dicho a Xavier que me gustaba— y la alianza era de oro amarillo —que quedaba espantoso sobre mi piel—, pero era grande, y yo me había convencido de que eso significaba algo. No significaba nada en absoluto, y debería haberlo sabido, pero fui tan necia como para ignorar todas esas señales. Todas y cada una de esas señales.

Noah golpeó la mesa con un dedo.

—Lárgate de aquí y no vuelvas nunca.



Capítulo veintinueve

NOAH

El alumnado será capaz de seguirse de cerca.

—Estoy bien —dijo Shay, sentada en una nevera detrás de la mesa de Little Star, cuando me arrodillé junto a ella y extendí la mano para ver su muñeca—. Es un pequeño rasguño, nada más.

—Quiero verlo. —Misteriosamente, logré decirlo sin gritar. Diablos, no sabía cómo me las arreglaba para contenerme. Lo único que podía ver era el momento en que ese imbécil había aferrado el brazo de Shay y había tirado de ella hacia abajo con brutalidad. Los escasos segundos que había tardado en cruzar el mercado me parecieron horas, días. No sabía cómo iba a reponerme de eso—. Si hay un rasguño, hay que limpiarlo y ponerle crema antibacteriana.

Shay soltó un suspiro, se echó hacia atrás y se subió la manga. Ese desgraciado lo iba a pagar muy caro: la muñeca ya se le había inflamado y amoratado. Tenía un rasguño delgado alrededor de la base, donde la cadena le había mordido la piel. Varios cortes pequeños con la forma de sus dijes estaban salpicados de sangre. Por un momento, solo pude contemplar su piel mientras resoplaba enfurecido. Debería haberle dado un puñetazo a ese tipo cuando había tenido la oportunidad. Nunca había golpeado a nadie, pero esa parecía una razón más que justificada para empezar.

—Déjame ver si puedes doblar la muñeca —le dije mientras le soltaba el brazalete y se lo ponía en la otra mano—. Muévela de un lado a otro.

—No pasa nada. —Podía mover la muñeca, pero no estaba convencido de que no tuviéramos que ir a urgencias para que la vieran—. Por favor, no te preocupes.

Abrí un bastoncillo empapado en alcohol del botiquín de primeros auxilios que guardaba con las provisiones para el mercado.

—Esto te va a escocer, pero se te va a pasar rápido.

Hizo una mueca de dolor cuando el alcohol entró en contacto con la piel lastimada, pero permaneció en silencio mientras le curaba la muñeca. Las heridas eran leves, pero eso no las hacía menos enfurecedoras. Lo peor era que le hubieran hecho daño. Sabía que debería haber cerrado el puesto y haberla acompañado a ver a ese malnacido. Debería haber estado allí.

—Lo que sea que te haya dicho —empecé a decirle, con la mayor calma que pude encontrar

— es un montón de basura. Es todo mentira y necesito que me creas.

Me miró con ojos vidriosos y ausentes. Estaba en otra parte, igual que a su llegada a Friendship tantos meses atrás. Me urgía que despertara y volviera conmigo. La *necesitaba*. Sobre todo, en las próximas semanas, cuando Gennie y yo fuéramos a visitar a Eva y, con un poco de suerte, volviéramos a casa ilesos. No podía hacerlo solo. Ya no. No ahora que sabía lo que era tener a alguien a mi lado.

—Shay —dije en tono cortante—, dime lo que te ha dicho.

Amagó una sonrisa triste.

—No importa.

—A mí sí me importa, y además es importante porque estás intentando averiguar si tiene razón —repliqué.

—Puede que sea así —susurró. Se encogió de hombros—. Puede que tenga razón y que sea un imbécil al mismo tiempo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que fuerzo las cosas —dijo—. Que lo forcé a pedirme matrimonio.

—Ya. Pues es mentira. —Ese tipo podía ser muchas cosas, pero no parecía de los que se dejaban pisotear. Si le había pedido matrimonio era porque iba a ganar algo, no había otra explicación. Y se lo habría dicho a Shay, pero no quería avergonzarla por su relación con él. No podía entender cómo habían acabado juntos, pero así había sido, y por suerte había terminado.

Afortunadamente, era mía.

—Pero me invento proyectos constantemente —dijo.

—Y es genial. —Le apliqué crema antibacteriana en los cortes y agregué—: Me gustaría saber por qué le crees a él más que a mí.

—No es que no te crea…

—Es lo que parece.

Se mordió el labio inferior.

—¿Y si tiene razón?

Bajé las manos a sus muslos y le di un apretón.

—No tiene razón. Cielo, te juro que no hay una sola cosa en el mundo sobre la que tenga razón.

Me miró las manos.

—Jaime me dijo que no lo viera.

—¿Te he dicho lo bien que me cae Jaime?

Una risita leve le brotó de los labios.

—Tú también me dijiste que no era buena idea verlo. —Abrió la otra mano y examinó el brazalete enrollado en la palma—. ¿Por qué es tan obvio para los demás y yo no me doy cuenta?

—Viniste a buscar un cierre y la única persona a la que culpar por lo que ha pasado hoy es ese desgraciado de mierda. —Como no respondió, le pregunté—: ¿Había hecho algo así antes?

—No. —Negó con la cabeza mientras le envolvía la muñeca con una gasa—. Viajaba todo el tiempo. Vivíamos juntos, pero nos veíamos los fines de semana solamente. No pasábamos mucho tiempo juntos. Odiaba mis pendientes. —Pasó un dedo por las cuentas de una de sus fresas—. Lo sacaban de quicio.

—¿Nunca te había hecho daño? —Necesitaba una razón para ir a buscarlo y matarlo. O llenarlo de demandas absurdas. Eso estaba más dentro de mis habilidades que el homicidio; podía litigar hasta reventar, pero no tenía la más remota idea de cómo deshacerme de un cadáver. Pero, por otro lado, era dueño de cientos de hectáreas de tierras de cultivo. Podía ingeniármelas

—. ¿Ni siquiera una vez?

—No. Quiere vender ese anillo para comprarle otro a la mujer con la que me engañaba. —Se presionó los ojos con los dedos—. O sencillamente le dará ese anillo y se olvidará del asunto. Ay, por favor, es capaz de hacerlo. ¿Por qué no me había dado cuenta de lo imbécil que es hasta ahora? Al decir estas palabras en voz alta veo clarísimo que era una alimaña andante, y yo preferí ignorarlo porque estaba empeñada en convencerlo de que me propusiera matrimonio.

Siempre lo había sabido, pero ahora veía con crudeza que Shay apuntaba demasiado bajo. Aparentaba una seguridad aplastante, pero era solo una apariencia. No se lo creía y no lo sentía. Y por ello había terminado con esos personajes lamentables como su ex o el entrenador de *lacrosse*.

Cerré el botiquín.

—Nos olvidamos del almuerzo. No es importante. Nos volvemos a casa y…

—No, no podemos cancelar tu almuerzo —me interrumpió—. No por mi culpa. No voy a contribuir a la saturación de tu bandeja de entrada porque a mi ex se le haya ocurrido venir aquí para maltratarme. Y hemos quedado con Jaime y los demás más tarde. De verdad, Noah, estoy bien.

No parecía estar bien. Más bien, daba la impresión de necesitar una manta caliente, un trago fuerte y que le recordaran una y otra vez que su ex era un imbécil. Daba la impresión de necesitar que la abrazaran y la mimaran durante días.

—Esto ha sido muy duro, y tarde o temprano te va a pasar factura —le dije—. No quiero presionarte. Podemos no ir al almuerzo y ver a Jaime de todos modos.

—No vamos a faltar al almuerzo. —Hizo una pausa, y luego agregó—: Gracias, Noah. Por todo. Lo que le has dicho… Bueno, gracias por cuidarme.

—Siempre te voy a cuidar, Shay. Siempre.

Me tomó las manos y me dio un apretón.

—No creo que nadie me haya defendido así jamás. —Miró a un lado—. Cuando lo has amenazado con demandarlo, ha visto pasar toda su vida en un instante.

—Bueno. —Me incliné y le besé la comisura de los labios—. No va a ser la última vez que te defienda, esposa mía.

—Quizá deberíamos… —Levantó la barbilla hacia la mesa, que habíamos olvidado durante la última media hora.

La cola se extendía hasta el extremo opuesto de la carpa, y era evidente que todos los que estaban delante habían escuchado nuestra conversación.

Una de las mujeres que estaban más cerca de la mesa levantó una mano y dijo:

—No hay prisa. Podemos esperar.

Algunas personas ordenaban la cola para que no obstruyera el paso a los otros puestos. Alguien se había encargado de limpiar el tarro de pera especiada que se me había caído al ver al desgraciado ese aferrar a Shay de la muñeca. Y otra persona tenía una botella de agua y unos pañuelos de papel, listos para dárselos a Shay. La gente me enloquecía a veces, pero también me daba una lección de humanidad.

Miré a Shay, que seguía sentada en la nevera con las piernas cruzadas. Parecía muy joven y perdida. Se parecía mucho a la chica de aquella primera mañana, cuando me había ofrecido a llevarla al instituto. Le tendí la mano.

—¿Qué opinas de poner a trabajar esos pendientes tan bonitos, esposa mía?

Me tomó la mano y un ligero tono rosado le iluminó las mejillas.

—Será un placer.



El resto de la feria y el almuerzo que siguió pasaron volando. Fue un buen día y muy productivo, pero no podía alejar mi atención de Shay durante mucho tiempo. Seguía buscando señales de que el día le estaba pasando factura, pero no encontraba ninguna. La mañana la había sacudido, pero parecía resuelta a seguir adelante con una sonrisa.

Yo no compartía ese empeño. Lo único que me importaba era mantener a Shay cerca, lo cual no era nada fácil caminando por las calles ajetreadas del North End de Boston.

—Perdona que te pregunte —dije, tras sortear a un grupo de turistas—, pero ¿cómo hace Jaime para pagar un apartamento en este barrio con un sueldo de maestra?

—Vive con tres compañeras —me respondió por encima del hombro, mientras se adelantaba para esquivar a una mujer con un carrito doble—. Pero el dato clave es que el jefe de una de ellas y su esposa son los dueños del edificio y se lo alquilan a un precio razonable.

—¿Vamos a conocer a sus compañeras de piso?

—Casi seguro. —Se reclinó hacia mí mientras esperábamos para cruzar la calle—. Dylan es la que trabaja con el dueño del edificio. Layla está en la universidad. Linnie trabaja en algún lugar de Back Bay, en *marketing* o algo así.

—¿Y quién más va a estar?

—Emme, Grace, Audrey, tal vez algunos compañeros de la facultad. No va a ser un grupo grande. —Señaló un edificio de la calle Prince—. Es aquí.

Subimos las escaleras hasta el segundo piso de aquel viejo almacén y recorrimos un largo pasillo que me recordó a mi primer apartamento en Brooklyn. Era un edificio como ese, pero en los huecos de las escaleras siempre olía a repollo hervido.

Esperamos ante la puerta. Shay apoyó la cabeza en mi brazo mientras yo le acariciaba la cintura.

—Ya vienen —dijo un minuto después.

Le di un beso en la cabeza.

—No tengo prisa.

Se abrió la puerta y apareció Jaime, con el pelo recogido en bucles y una sonrisa contagiosa.

—Entrad, por favor. Me he pasado toda la tarde dando vueltas por aquí esperando veros. Pasad, pasad. —Se inclinó hacia mí—. ¿Qué ha pasado con tu ex? No, espera, no me cuentes nada hasta que sirva unas copas. Tengo la sensación de que nos va a hacer falta beber algo.

—Nos va a hacer falta, sí —dijo Shay.

Las seguí por el apartamento, espacioso para los parámetros de Boston, hasta una cocina de estilo industrial.

Jaime se me acercó susurrando:

—Bien hecho con la tarta de cumpleaños.

—Entonces, ¿no vas a mandarme a la mafia?

Sonrió.

—No. Ahora estoy de tu lado.

—¿Yo tenía que hacer un pastel perfecto, pero el imbécil de su ex puede andar por ahí siendo un imbécil y a él no le mandas la mafia? ¿Es así?

Jaime entornó los ojos hacia el techo.

—Créeme que nunca hubiera querido que fuera así. Me hubiese gustado deshacerme de él hace años.

—¿Qué demonios te lo impidió?

Inclinó la cabeza hacia Shay, que estaba entretenida charlando con otras dos mujeres en la cocina.

—No estaba preparada para eso. Parece que ahora tal vez sí.

Eso esperaba. Lo esperaba, de verdad.



Capítulo treinta

SHAY

El alumnado será capaz de dudar de todo y enloquecer en el transcurso.

Me sentía como si fuera de un cristal delgado como el papel. Un movimiento en falso, una sonrisa temblorosa y podría quebrarme, me haría añicos. Pero eso no podía suceder. Ya me había hecho añicos una vez, y no creía que pudiera repetirlo y vivir para contarlo. Además, no quería que las palabras de Xavier me importaran tanto como para destrozarme. No tenía derecho a destruirme dos veces.

Noah no se separó de mi lado durante horas. Se quedó conmigo mientras charlaba con todos mis amigos de la facultad, siempre pendiente para llenarme la copa o acercarme algo para comer o acariciarme la espalda. Estaba callado, quizá un poco más de lo habitual, pero se mostró simpático con todos mis amigos. Les preguntó por sus estudios y por el tiempo que llevaban viviendo en Boston, y respondió a todas sus preguntas sobre el idílico pueblo de Friendship.

Al margen de las preguntas sobre nuestro pequeño pueblo de ensueño —cosa que no era, a pesar de los comentarios de Emme—, todos querían saber si volvería el año siguiente. Me costó mucho responder con la mano de Noah en mi bolsillo trasero.

La verdad es que me costaba responder a cualquier cosa con las palabras de Xavier aún resonándome en la cabeza. No podía dejar de oírlas y no podía dejar de pensar en todas las veces que había forzado las cosas. Había sido práctico, como él mismo lo había expresado, y yo le había aumentado la intensidad hasta que el único escalón que había quedado por subir era el del compromiso.

Recordaba que no quería perder el tiempo saliendo con gente que no buscara un compromiso serio, y que había dejado claras mis prioridades desde el principio, pero, al mirar atrás, me daba cuenta de que básicamente le había puesto un candado matrimonial hasta que se había rendido.

Si tan solo hubiera salido con él sin ese afán desmedido, quizá ahora no estaría luchando por no derrumbarme. No estaría examinando cada momento de los últimos años y preguntándome cuáles habían sido naturales y cuáles provocados por mí a la fuerza.

Si tan solo hubiera salido con mi ex, no estaría allí con Noah, no estaría casada con él. No estaría enamorada de un hombre que había firmado solo por un año y por el acceso a la tierra de

mi abuelastra. No tendríamos una pequeña familia juntos —por muy llena de parches que estuviera—, y no me sentiría como si hubiera ido a Rhode Island en busca de los restos de mi hogar y hubiera encontrado precisamente eso.

Jaime me hizo señas mientras se acercaba con otra mujer.

—Ella es tu reemplazo —anunció—. Aurora Lura, te presento a Shay Zucconi. Y no podemos olvidarnos de Papito Panadero, Noah Barden. Le dije que no podía ser la chica que se iba de la ciudad a un pueblo pequeño para fugarse con el primer granjero que conociera, pero nadie me hace caso.

—Creía que ahora éramos del mismo bando —le dijo Noah a Jaime.

—Lo somos —replicó ella—. Pero te llevaste a mi mejor amiga. Tengo derecho a estar resentida.

Lo primero que me llamó la atención de Aurora fueron sus gafas extravagantes. Eran como ojos de gato gigantes, de un verde oscuro y brillante. Eran de una belleza desmesurada.

—Siento que ya te conozco solo por haber heredado tu clase —dijo.

—Y yo siento que te conozco por todo lo que me ha contado Jaime —respondí—. Por cierto, gracias por mantenerla cuerda. No sé qué habría hecho si su nueva vecina no hubiese sido alguien que pudiera convivir con su chifladura.

—No te preocupes —dijo Aurora riendo. El pelo largo y oscuro le caía sobre los hombros—. Es decir, chiflada está; de eso no hay duda. Pero siempre tiene comida en el aula. No me molesta la locura si viene con un palito de queso y unas galletas. También agua mineral fría.

—Los *snacks* ayudan —coincidí.

—Ah, esto es muy tierno —reflexionó Jaime—. Parece un club de exmujeres.

—Sabes que te queremos —le aseguró Aurora.

—Sí, sí. Me voy a ir antes de que alguna me asfixie con todo ese amor.

—Sé que todo el mundo te ha estado acosando sobre si vas a volver el año que viene —me dijo Aurora mientras Jaime se dirigía a otro grupo—. No quiero ser una más, sobre todo, teniendo en cuenta que faltan como veinte años para el próximo curso. —Miró la botella de cerveza que tenía en la mano—. Pero, por favor, no te preocupes por mí cuando tomes esa decisión. Me han dicho que podría haber una vacante en cuarto el año que viene si Audrey decide cambiar de curso y, la verdad, no me importa alternar si estoy en un buen colegio. De cualquier forma, va a estar bien.

Noah se tensó a mi lado y ese movimiento sutil alteró mi fachada de cristal. Cualquier otro día, habría sido capaz de afrontar esa conversación con soltura, habría podido dejar tranquila a Aurora y evitar darle una respuesta concreta. Pero en ese momento no creía poder hacer lo mismo.

—De todas formas, daba por sentado que ibas a volver —continuó—, como dejaste todos tus materiales en el aula…

—No te preocupes por eso —le dije—. Por los materiales, digo.

—Pero tus decoraciones y los carteles y los libros…

—Ya me buscaré otros —respondí. Tal vez sonara aventurado abandonar el material que había estado reuniendo durante años. Tal vez fuera tan destructivo como huir a Rhode Island sin ningún tipo de plan o futuro. Y tal vez estaba demasiado ocupada tratando de mantener unidos mis retazos como para preocuparme por libros de cuentos y decoraciones temáticas.

—También hay muchos esquemas de referencia. Debe de haberte llevado siglos hacerlos. —Aurora no parecía convencida.

—No pasa nada, de verdad. Hago nuevos. Este chico no para de comprar rotuladores, así que

tengo que aprovecharlos de alguna manera. —Le sonreí a Noah—. Quizá podrías encargar unos rotafolios la próxima vez. Tenemos infinidad de rotuladores y notas adhesivas. —Me dio un pellizco en el trasero—. Puede que necesite que me recuerdes qué libros usé para la unidad de pan de jengibre o que me envíes una foto de algunos de los carteles que hice, pero es tu aula ahora —le dije a Aurora—. No voy a venir a recoger nada, ya sabía lo que dejaba atrás cuando me fui.

—Te mando un mensaje para que tengas mi número. —Sacó su teléfono y pulsó los dígitos mientras se los recitaba—. ¿Te parece bien si te llamo alguna vez para hablar de temas de preescolar?

—Preescolar es mi tema favorito. Llámame cuando quieras.

—Gracias. De verdad —dijo—. Todo el mundo se pasa el día hablando de lo genial que eres y de que nada es lo mismo sin ti. Para serte sincera, me estaba cansando un poco. —Soltó una carcajada sonora—. Me decía a mí misma: «Está bien, nunca voy a estar a la altura de la maravillosa y mágica Shay. Genial. Maravilloso. Encantada de estar a bordo». Y ahora que te conozco, veo que eres tan genial como dicen.

—Sí, es un fastidio —dijo Noah.

Me giré para mirarlo.

—¿Cómo?

—Sería de ayuda si no fuera tan perfecta. Lo sé. Créeme, sé bien de lo que estás hablando —soltó sin dejar de mirar a Aurora.

—Me alegro mucho de conocerte —me dijo ella con una sonrisa—. Sigamos en contacto. Llámame, mándame mensajes. Dile a Jaime que vaya a mi aula y me dé un codazo. Lo que sea.

Cuando Aurora se alejó, le pregunté a Noah:

—¿Qué ha sido eso?

—Ya has oído lo que he dicho. —Se encogió de hombros—. ¿Qué te parece si nos vamos y te cuento todas las maneras en que eres fastidiosamente perfecta mientras te quito la ropa? Pero ya te lo advierto, esposa mía. Mi ritmo cardíaco no ha vuelto a la normalidad desde esta mañana, y no estoy seguro de que vuelva alguna vez. Puede que te abrace toda la noche. Podría tenerte en mi cama y abrazarte hasta que te hartaras de mí. Incluso los días de escuela.

¿Estaba forzándolo? No podía ser. No era posible, ¿no?

—No me voy a hartar de ti.

Me pasó el brazo por los hombros y me arrimó a su pecho.

—Vamos a casa.

—Sí —susurré—. Vamos a casa.



El viaje de vuelta a Friendship transcurrió en silencio. Era un silencio agradable, el silencio de saber que no nos hacía falta sortear silencios incómodos ni entretenernos el uno al otro. Siempre había sido así entre nosotros. Todas esas mañanas yendo juntos en coche a la escuela, con cara de sueño, somnolientos, apenas cruzábamos dos palabras.

Cuando llegamos a Old Windmill Hill, ya había dejado de darle vueltas en la cabeza a las palabras de mi ex. Seguían ahí, pero ahora era capaz de apartarlas a un lado. Me repetía una y otra vez que estaba equivocado y, sobre todo, que no me importaba lo que dijera. No me importaba. No había razón para que sus palabras determinaran mi vida.

Convencerme de que no me importaba cuando sospechaba que tenía razón era como estar de pie en la orilla del agua y tratar de no mojarme. Incluso cuando creía tenerlo controlado, el oleaje me rozaba los dedos de los pies o una corriente endemoniada se me echaba encima.

El verdadero problema era que Xavier se equivocaba en las cosas que no importaban y acertaba de lleno en las que importaban demasiado. Podía avergonzarme por mi peso porque él sabía que me dolía, pero la forma y las dimensiones de mi cuerpo no eran nada comparadas con la sugerencia de que me convencía a mí misma de que la gente me quería y me apreciaba.

Una cosa era oír esos pensamientos en mi cabeza cuando estaba sola y era cruel conmigo, pero otra cosa era que me los dijeran de frente. Apenas había podido mirar a Noah y a mis amigos esa noche sin someterme a un largo debate interno sobre si los estaba forzando a participar también en mis tristes jueguecitos.

Bueno. Al parecer, no podía hacer a un lado las palabras de Xavier, después de todo. Casi me había convencido de otra estupidez.

—¿Qué demonios? —murmuró Noah cuando nos detuvimos en el camino de grava que conducía a su casa. Había varias camionetas estacionadas en el camino, y Gail estaba al pie de los escalones, con un abrigo sobre los hombros rodeada por el personal de la granja—. Algo pasa.

Estacionó la camioneta y fuimos corriendo hacia ellos. Cuando Gail vio a Noah, se llevó la mano a la boca. Tomé la mano de Noah entre mis manos. Había llegado el momento de centrarse en él. Ya tendría tiempo para derrumbarme por mis problemas. Iban a estar esperándome, como siempre.

—¿Qué pasa, Gail? —preguntó.

—Gennie ha desaparecido —le dijo ella.



Capítulo treinta y uno

NOAH

El alumnado será capaz de buscar.

No.

Eso no estaba pasando.

Sencillamente, no.

Gennie tenía que estar en alguna parte de la casa. Estaba escondida. Estaba en el armario o debajo de la cama. Acurrucada en la bañera y riéndose contra un brazo mientras todos se volvían locos buscándola.

No había desaparecido. No podía haberse ido. No me atrevía a considerarlo una realidad.

Pero era culpa mía. Yo era la única persona que quedaba para cuidar de ella y debería haber sabido que dejarla todo el día era un error. Todavía estaba batallando con muchos problemas. Debería haber sabido que aquello era demasiado pedirle.

—He buscado por todas partes —dijo Gail por décima vez, retorciéndose las manos—. Ni siquiera sé cómo lo ha hecho para salir. He estado aquí toda la noche haciendo ganchillo. La habría oído o…

—Está bien —le dije, en el mismo momento en que Shay bajaba la escalera—. ¿Qué?

Negó con la cabeza.

—La mochila no está. La espada tampoco.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¡Joder! —Me pasé las manos por la cara—. Tengo que salir. Tengo que recorrer la zona.

Me dirigí a la puerta, pero Shay me pasó una mano por el brazo.

—Tranquilízate. Piensa. Hay pocos lugares a los que iría. Perros, cabras, tal vez vacas. ¿Verdad?

—Correcto. —Solté un suspiro—. Pero no sabemos cuánto tiempo lleva por ahí, Shay, y no conoce el terreno de noche. Hay cinco kilómetros desde aquí hasta el establo. Un giro equivocado y se cae en un arroyo o se desvía del camino y se mete en la guarida de un coyote o…

Shay levantó un dedo.

—No hagas eso. No es el momento de pensar en los peores desenlaces posibles. Gennie es inteligente y hábil. No dejes de repetírtelo. La vamos a encontrar y la vamos a traer a casa. —Me hizo un gesto serio con la cabeza que indicaba que no había lugar a discusión—. Vamos a organizarnos con los demás para dividirnos y cubrir el mayor terreno posible.

Le tomé la mano.

—Te quedas conmigo. ¿Vale? No podría soportar perderos a las dos hoy.

—La encontraremos juntos y la traeremos a casa.

—Necesito que te quedes aquí y llames al jefe de policía —dije volviéndome hacia Gail—. Tienes el número de su casa. Haz que se levante, ¿de acuerdo? Y llama a los chicos de la granja de ostras. Pídeles que manden sus barcos a este extremo de la cala y rodeen el perímetro hasta que la encontremos. Diles que se acerquen a la orilla todo lo que puedan.

Gail levantó el teléfono de la mesa, con las manos temblorosas.

—Sí, sí, de acuerdo. —Acto seguido, gritó—: Mantas. —Volcó la bolsa acolchada que estaba sobre la mesa y me puso en los brazos una manta de lana suave—. Llévate esto, por favor. Lo siento mucho.

—Llama al jefe de policía —repetí. Era lo mejor que podía hacer—. Y a los chicos de las ostras.

Seguí a Shay afuera, donde nos encontramos con una aglomeración de *quads* y camionetas, personal de la granja, trabajadores de la lechería y vecinos. El marido de Gail y sus cuatro nietos estaban montados a caballo. Wheatie repartió linternas y faros mientras Nyomi y Bones distribuían radiotransmisores.

—Hemos ido a buscar los reflectores de la plantación. Estarán aquí en diez minutos —dijo Bones al verme.

Wheatie sostenía un mapa mientras le pasaba a Shay un par de linternas.

—Hemos dividido la granja en sectores. ¿Cuál quieres, jefe?

Tomé el mapa. Por más que lo intentaba, no podía concentrarme.

—Vamos a revisar sus lugares favoritos. El corral de los perros y el cercado de las cabras, hasta la tienda. Luego al establo. Ve diciéndome por radio. —Di un manotazo en el aire—. Y nada de accidentes con los *quads* esta noche. Nada de vuelcos. No tenemos tiempo para eso.

—Conocemos el procedimiento —respondió, asintiendo con la cabeza.

Hice una seña hacia los Castro y los caballos.

—Envíalos a la fábrica de lácteos. Pueden cubrir más superficie y conocen el terreno…

—Ya está arreglado —interrumpió Wheatie—. Id. Nosotros nos encargamos.

Bones me dio una radio.

—He enviado camionetas a la base de la colina para bloquear el tráfico. Nadie va a entrar o salir sin nuestro permiso.

A la policía le iba a encantar. Le di una palmada en el hombro.

—Gracias, amigo.

Shay me siguió hasta el cobertizo. Permaneció en silencio mientras me acomodaba al volante del *quad*. Se abrochó el cinturón de seguridad y se aferró al asa superior mientras salíamos disparados hacia la oscuridad.

—Primero, vamos al corral de los perros —le dije—. Ilumina tu lado. No hay muchos lugares donde esconderse por aquí, pero si se ha caído, se ha cansado o…

—Los ojos en el camino —dijo con suavidad—. Concéntrate en lo que tienes delante.

Cuando llegamos al corral de los perros, di una vuelta en círculo para ver los alrededores.

—Gennie adora estos perros —dije, más que nada para mí mismo—. Habría venido aquí.

—Echemos un vistazo y los contamos.

—¿A los perros?

Shay apuntó su linterna a la perrera.

—Sí. Tal vez se ha llevado alguno. —Abrí la puerta para que Shay pasara y la seguí—. ¿Cuántos debería haber?

—Doce. —Unos cuantos perros viejos salieron en tropel por la puerta de la perrera, con las orejas erguidas y moviendo el rabo ante la inesperada visita—. Doce perros, doce cabras, doce gallinas.

—¿Es intencionado? —Avanzó tocando cada cabeza a medida que contaba.

—No. No me di cuenta hasta que Gennie me lo señaló hace unos meses.

Se volvió hacia mí, con la linterna apuntando hacia abajo.

—Once.

Negando con la cabeza, fui rápido hacia la perrera. El último tenía que estar dormido. Demasiado viejo y cansado para molestarse por un circo nocturno. Abrí la puerta, esperando encontrar otro perro.

La perrera estaba vacía.

Se me escapó un suspiro. Si se había llevado un perro, era porque necesitaba un amigo. O un protector. O ambas cosas.

Cerré la puerta de la perrera, diciendo:

—Once.

—Vamos a ver el corral de las cabras —dijo Shay, con más calma de la que cualquiera podría tener en esta situación.

No hablamos mientras avanzábamos por el sendero hacia el corral de las cabras. Esa parte de la granja era más oscura que las demás. La protegía una arboleda alta y la pendiente natural del terreno. Las cabras mostraron menos entusiasmo con nuestra visita. Se limitaron a mirarnos con sus ojos redondos mientras contábamos cabezas. Estaban todas y no había rastro de Gennie. Ni siquiera vi huellas de zapatos en la tierra húmeda que conducía al corral.

—Pensemos como Gennie —dijo Shay, cuando volvimos al vehículo—. Sale de la casa porque…

—Porque pensó que yo no iba a volver —dije.

—Sabe que siempre vas a volver.

Negué con la cabeza y me dirigí hacia la tienda. Dudaba que estuviera allí, pero tenía que asegurarme.

—Cada vez que he intentado dejarla con una niñera de noche, ha entrado en pánico. Debería haber sabido que no estaba preparada para esto. —Antes de que Shay pudiera replicar, agregué —: Cuando entremos, registra la tienda y la trastienda. Yo me encargo del segundo piso.

Mientras nos desplazábamos, Shay gritó el nombre de Gennie y alumbró la densa hilera de manzanos. A lo lejos, podíamos oír a otros grupos de búsqueda y ver los haces de luz de otras linternas. También se oían sirenas y el resplandor de los reflectores iluminaba el cielo nocturno.

Si le pasaba algo a esa niña, nunca me iba a recuperar. Lo sabía con toda la certeza del mundo. Y nunca podría volver a mirar a mi hermana a los ojos.

Cuando llegamos a la puerta trasera de la tienda, se me cayeron las llaves dos veces antes de abrir la puerta.

—La vamos a encontrar —me dijo cubriéndome la mano con la suya.

Asentí con la cabeza porque no me atrevía a hablar. Fuimos en direcciones distintas: Shay se metió en la trastienda mientras yo subía las escaleras. Gennie rara vez iba allí, aunque le

fascinaba que nuestra directora de *marketing* trabajara en una parte del dormitorio de la infancia de su madre. No le interesaba tanto la parte en la que habíamos hecho un armario de almacenamiento.

Revisé cada una de las oficinas, todos los armarios y el baño.

Gennie no estaba.

Bajé las escaleras y me encontré a Shay esperándome, con las manos en la cintura y la mirada decidida.

—Tenemos que pensar como Gennie —volvió a decir—. No va a huir solo para vagar por la granja. Tiene un destino en mente, y no creo que tenga nada que ver con los animales.

—Entonces, ¿a dónde diablos iría?

—¿Y si ha ido a mi granja?

—A tu… ¿qué? No. Como ya te he explicado, esta colina es peligrosa de noche. ¿Y, además, qué querría hacer en Twin Tulip? Está vacía y lo sabe. ¿Por qué iría allí?

—No lo sé —admitió Shay—. Pero es un lugar que no hemos considerado y creo que ella sabe que no la buscaríamos allí de inmediato.

Con la mirada clavada en Shay, tomé la radio.

—¿Qué noticias hay de la fábrica de lácteos?

Wheatie respondió enseguida.

—Estamos peinando los pastos ahora. No hay rastro de Gennie ni en el establo ni en el pabellón.

Shay retorció los dedos alrededor de la cadena que tenía en la garganta y reparé en el vendaje de su muñeca.

—Tengo un presentimiento. Tenemos que bajar la colina —dijo.

Me pasé una mano por la boca. Y volví a hablar por la radio:

—Vamos a echar un vistazo a Twin Tulip. Mantenedme informado.

—Entendido —dijo Wheatie.

Nos dirigimos directos a la carretera de Old Windmill Hill y permanecimos en silencio mientras bajábamos por la pendiente.

—¿Dónde deberíamos ir primero? —le pregunté.

Shay no contestó enseguida.

—Dentro —dijo finalmente—. Luego a los jardines del frente y el granero. Pero si está ahí, está dentro.

—¿Pero cómo habrá entrado?

—Aparte del hecho de que hay al menos diez puertas de entrada y salida, no me extrañaría que forzara una ventana o la rompiera. Se cree que es una pirata, Noah.

—¡Sí, lo sé, eso es parte del problema! —le grité—. Lo siento, es que…

Ella bajó una mano a mi muslo.

—Lo entiendo.

—Le voy a poner rejas en las ventanas. Cerraduras en las puertas. Un dispositivo de rastreo en los zapatos.

A toda velocidad, tomamos el desvío a Twin Tulip y el pavimento dio paso a la grava. La casa estaba a oscuras. Apenas había detenido el todoterreno cuando Shay se levantó del asiento, recorrió el camino de entrada y subió al porche. La seguí, observando cómo pasaba la linterna por las ventanas y las puertas. El lugar parecía vacío e intacto, pero, entonces, empujó una de las puertas delanteras y se abrió con un chirrido.

Me miró.

—Diría que deberíamos separarnos, pero…

—Pero da un miedo de narices —le dije—. Si Gennie no está aquí, hay alguien más. —Le tomé la mano—. Vamos.

Los dos salones del frente estaban vacíos, las cocinas y los baños también. Subimos las escaleras, llamando a Gennie mientras avanzábamos. A cada paso, parecía menos probable que la encontráramos allí. Y, si no estaba allí, entonces, ya no sabía dónde buscarla. ¿Más adentro de los pastizales? ¿En la cala? No quería pensar en ella vadeando el espeso pantano. Incluso un niño que supiera nadar tendría problemas en esas aguas fangosas. Y hacía frío. Y estaba oscuro.

—¿Oyes eso? —me preguntó Shay, girando el oído hacia el final del pasillo. Es… no sé qué es, pero hay algo.

No podía oír nada fuera del zumbido de mi presión sanguínea.

—No.

—Por aquí —dijo, tirando de mí hacia su dormitorio.

Abrió la puerta de un empujón y apuntó la luz hacia la cama. Gennie estaba metida bajo las mantas y profundamente dormida. Bernie Sanders, un labrador negro de catorce años con la cara blanca, nos saludó con un quejido urgente y se paseó delante de la cama como si supiera perfectamente lo mal que estaba que su amiguita estuviera lejos de casa a esas horas de la noche.

Shay apagó la linterna cuando entré corriendo en la habitación.

—Gennie —exclamé, apartando las mantas y estrechándola contra mí. Se sobresaltó, parpadeó y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿Qué… por qué estás aquí, Gen? ¿Qué ha pasado?

—Tenía miedo —dijo, mientras las lágrimas saltaban a sus mejillas.

—¿De qué?

—No quiero que te vayas —sollozó.

—Lo sé. —La abracé con fuerza—. Lo sé. Pero yo siempre voy a volver.

Enterró la cara en mi pecho y negó con la cabeza.

—Pero ¿y si no vuelves?

—Siempre voy a volver —repetí.

—Mamá dijo lo mismo.

Diablos. No sabía cómo manejar esa situación.

—Sé que es difícil de creer, pero siempre voy a volver. Nada va a cambiar eso.

—¿Y si tienes que irte como hizo mamá? ¿Dónde voy a vivir entonces?

—No voy a tener que irme. Te prometo que no.

—Pero ¿y si decides que ya no quieres cuidarme más? Si Shay y tú tenéis un bebé, no me vais a querer y voy a tener que irme a otro lado. De vuelta a ese lugar que me da miedo.

Mi camisa estaba empapada de lágrimas.

—No, Gennie, eso no va a pasar. Tú eres mi familia. Siempre te voy a querer.

—Mamá ya no me quería. —Las palabras le salían a borbotones—. Se fue a la cárcel para huir de mí.

—No es verdad —dije rápidamente—. Mamá te quiere mucho. Cometió un error muy grande y por eso fue a la cárcel. Pero si pudiera estar contigo ahora, estaría aquí.

—¿Y si tú cometes un error? ¿Qué pasará conmigo?

Fue la conversación más dolorosa de toda mi vida, y eso incluía la que había tenido con mi madre sobre quitarle el soporte vital a mi padre.

—Me voy a esforzar al máximo para no cometer ningún error.

—Pero ¿qué pasa si cometes un error y tienes que irte?

—Yo te cuido —dijo Shay. Ambos levantamos la vista. Estaba a los pies de la cama, con lágrimas en los ojos y la mochila de Gennie en las manos—. Pase lo que pase, yo siempre voy a estar.

—¿No me vas a echar?

Shay negó con la cabeza.

—Nunca.

Gennie me miró. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

—¿Y si Shay también comete un error?

—Los maestros siempre siguen las reglas —dije—. Shay se porta muy bien. No cometerá ningún error.

—No. Jamás —agregó Shay.

—¿Y si me porto mal muchas veces? —susurró.

—Gennie, no te portas mal —le dije—. Eres la niña más buena que conozco.

—No conoces a ningún otro niño.

—No me importa. Sigues siendo la mejor.

—Eso no tiene sentido —lloriqueó.

—Escapar tampoco —respondí—. Toda la granja te está buscando. Bones, Wheatie, Nyomi. Todos. Los hijos de los Castro han salido en sus caballos. Incluso la policía.

Le brotaron lágrimas de los ojos y me aferró la camisa, apretando los dedos y trepando por mi pecho.

—No dejes que me lleve la policía.

—Ay, Dios, no. No los hemos llamado por eso —dije, a punto de darme un puñetazo en la boca—. Los hemos llamado porque necesitábamos ayuda para encontrarte. Nos están ayudando, Gennie. No te van a llevar a ninguna parte. No te has metido en ningún lío.

En ese momento, esa era la verdad. Más tarde, tendríamos una charla sobre este tipo de ocurrencias.

Le pasé una mano por el pelo.

—¿Quieres volver a casa?

Tras un segundo, inclinó la cabeza contra mi pecho. La levanté y le indiqué a Shay que fuera adelante con Bernie, el labrador negro.

Bajamos las escaleras y cerramos la casa con la llave que Gennie había tomado de la habitación de Shay. También llevaba varios sándwiches, dos destornilladores, un ovillo de hilo y mi iPad en la mochila.

Con Gennie envuelta en las mantas de Gail, sentada entre nosotros en el asiento delantero, y Bernie olisqueando el aire fresco en la caja de carga, encendí el altavoz de la radio y respiré por primera vez en horas.

—La hemos encontrado —dije—, y estamos volviendo a casa.



Capítulo treinta y dos

SHAY

El alumnado será capaz de estrellarse con fuerza.

Noah empujó la puerta y entró en mi habitación. Tenía el pelo alborotado y los ojos enrojecidos y cansados. Se sentó en el borde de la cama, exhaló un párrafo entero y sacudió la cabeza.

—¿Qué narices ha pasado esta noche?

Doblé un jersey, lo sacudí y empecé a doblarlo otra vez. No hacía falta que lo hiciera. Siempre organizaba la ropa limpia en cuanto se secaba. Guardarla era otra historia, y era la historia que me había llevado a ese estado de retoque compulsivo. Mientras Noah acostaba a Gennie, la adrenalina del día se me había agotado y me temblaban las manos. Oportunamente, vi que la camisa apilada en lo alto del montón de ropa estaba un poco arrugada, y así había nacido ese proyecto perfecto. Un proyecto que me permitía un mínimo de control y me proporcionaba un objetivo capaz de hacerme recobrar la calma.

—¿Esperas que te dé una respuesta?

Miró el reloj apoyado sobre una cómoda alta. Eran más de las dos de la madrugada. Traer a Gennie a casa había sido una cosa, pero darle las gracias a todo el mundo por su ayuda en la búsqueda y despedirlos había sido algo totalmente distinto. Tenían buenas intenciones, desde luego, y comprendía su deseo de quedarse. De hecho, una parte de mí deseaba que se hubieran quedado aún más tiempo. Necesitaba aquel tumulto de voces y cuerpos para distraerme… de todo.

—La verdad es que no —refunfuñó—. Ya vamos a pasar bastante tiempo hablándolo con su terapeuta esta semana.

—¿Te ha contado Gennie cómo lo ha hecho para escaparse?

Noah se dejó caer de espaldas en la cama.

—Por la ventana de su habitación. De ahí ha trepado al tejado del porche y ha bajado por un pilar. Al parecer, ha probado las canaletas y eran demasiado inestables.

—Perfecto. —Levanté una falda de punto, la alisé y la doblé—. ¿Tú… estás bien?

—No. —Se pasó una mano por la cara—. No estoy calificado para esto. No sé cómo alguien puede estar calificado para esto, pero ciertamente no es mi caso.

Asentí con la cabeza, pero no se dio cuenta.

—Estaba pensando que… Creo que debería irme. No ahora. Mañana. Debería volverme a Thomas House.

Se levantó sobre un codo.

—¿De qué se supone que estás hablando?

—Debería volverme a Thomas House. Creo que sería lo mejor para todos, pero en especial para Gennie.

—¿Me haces el favor de explicarme qué sentido tiene eso?

—Desde el principio, dijimos que íbamos a proteger a Gennie; que no la meteríamos en esto, ¿cierto? —Me miró con los ojos entrecerrados y la boca fruncida en una mueca dura—. Pues está metida del todo, Noah. Cree que vamos a tener un bebé y a abandonarla.

—También cree que su madre eligió ir a la cárcel antes que a ella —dijo, pronunciando cada palabra con frialdad—. Es evidente que hay algunos malentendidos arraigados en el hecho de que es una niña que ha sufrido múltiples traumas emocionales en el último año.

—Escucha, no puedo arriesgarme a hacerle daño a tu hija porque hayamos decidido casarnos de mentira para que yo pueda heredar la granja de mi abuela. —Arrojé un sujetador a la cesta—. Y cuanto más tiempo esté aquí, viviendo con Gennie y siendo parte de su vida cotidiana, más le va a doler cuando me vaya.

—Le va a doler igual. Se ha encariñado contigo desde el principio.

—Razón de más para que me vaya.

—Le dijiste que ibas a estar cuando te necesitara. Dijiste que ibas a estar si me pasa algo. ¿Cómo se entiende que le digas eso hoy y te vayas mañana?

—Vosotros sois una familia, y yo me estoy entrometiendo en ella —alegué—. Puedo hacer el papel de tía divertida a la que visita los fines de semana largos y en las vacaciones de verano. Puedo ser eso para ella. Pero no podemos seguir fingiendo cuando hay una niña de carne de hueso de por medio.

—No puedes irte ahora y darte palmaditas en la espalda. Ella te adora desde el día en que apareciste aquí y creo que lo sabes.

—Sé lo que es ser niña y que la gente te visite; que nunca se quede, solo te visite. Sé lo confundida y sola que puedes sentirte. Cuanto antes me vaya, mejor para todos.

Noah se incorporó soltando un gruñido atronador y se puso de pie.

—No me lo creo.

Volví a centrarme en la ropa. Ese sujetador no se iba a doblar solo.

—¿Qué es lo no te crees?

Hizo un gesto con la mano.

—Nada de todo esto.

—No se trata de que lo creas o no —dije—. Y no te estoy pidiendo permiso.

—Esta historia que has montado, en la que nos salvas a todos marchándote, no me convence. Pasa por alto la mayoría de los hechos más importantes de esta situación y no tiene en cuenta que no vas a salvar a nadie y que lo único que vas a conseguir es hacerle daño a todo el mundo. —Se cruzó de brazos—. Pero adelante. Háblame de cómo será mejor para ti estar sola en Thomas House en lugar de aquí con nosotros.

—¿Qué quieres que hagamos, Noah? —Me pasé los dedos por el pelo—. ¿Deberíamos seguir casados para siempre?

Levantó los hombros.

—¿Y dónde está el problema?

—¿Cómo que… dónde está problema? —balbuceé. El sujetador se me escapó de las manos y fue a parar bajo la cama—. Mira, no lo sé. Tal vez en la parte en la que te persuadí de que te casaras conmigo porque soy una nostálgica de la granja de Lollie y tengo la ridícula idea de convertirla en un lugar para celebrar bodas. O en la parte en la que te convencí de que no dejaría que esto afectara a tu sobrina y que haría todo lo posible por protegerla. O incluso en la parte en la que dije que podíamos tener relaciones sexuales sin complicar demasiado las cosas.

—Oh, sí, esa última parte es una mera alucinación —dijo.

Puse los ojos en blanco.

—Somos viejos amigos con buena química sexual…

—Muy buena —agregó.

—Pero hemos construido todo esto sobre un montón de cajas de cartón vacías que están a punto de ceder. Aunque quisiéramos, aunque yo no hubiera forzado esta relación de la nada, no funcionaría.

Noah me miró un largo rato, con los brazos cruzados y la mandíbula desencajada.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque no es real —susurré casi a gritos—. Todo esto es falso y nosotros…

—No todo. —Estiró un brazo y me pasó el dorso de un dedo por el cuello hasta llegar a mis pechos—. No ha sido falso durante mucho tiempo y lo sabes.

—Vivo contigo para encubrir el hecho de que estamos casados solo por el patrimonio de Lollie. No estaría aquí si no fuera por la gente chismosa de la oficina de registros públicos y lo sabes.

—Estarías aquí —dijo, todavía dibujando con el dedo sobre mi jersey—. Y lo sabes.

Cerré los ojos.

—La forma en que empezó todo esto y cómo te convencí…

—Basta —gruñó—. No se te ocurra pensar que me convenciste de hacer algo que no quería. Tal como yo lo recuerdo, fui yo el que se ofreció a casarse contigo e insistió hasta que tuviste que ladrarme para que desistiera.

—No te ladré.

Llevó la palma de la mano a mi nuca.

—Sácate ese ruidito de tu ex de la cabeza. No quiero oír una palabra más.

—No es ningún ruidito.

Me incliné hacia él, apoyando la cabeza en su pecho y las manos en su cintura.

—Yo forcé esto. Si no hubiera aparecido aquí con un problema que solo un matrimonio falso podría resolver, no me habrías prestado atención.

—No es verdad. —Tensó los dedos sobre mi cuello.

—Sí. Claro. Me encantaría verte demostrar lo contrario.

Nos quedamos en silencio uno o dos minutos, y tuve la impresión de que habíamos acordado tácitamente dejar ese asunto para mañana, pero entonces Noah dijo:

—Todavía podemos hacerlo. Podemos empezar de nuevo y hacerlo mejor que el desastre que hicimos al principio.

—Pero Gennie…

—Gennie va a estar bien —dijo—. Esta noche ha sido horrible y las cosas que ha dicho me han desgarrado el corazón, pero va a estar bien. Está recibiendo la ayuda que necesita. ¿Habría estado bien que hubiera caído en una familia perfecta? Por supuesto, pero le tocó conmigo.

—No es un mal lugar donde caer —dije.

—No le va a arruinar la vida ver cómo un par de adultos buscan la manera de estar juntos,

¿entiendes? Sé realista, Shay. Esto no es ni una gota de agua comparado con la mierda que ha visto. —Soltó una carcajada contenida—. No vas a salvar a nadie huyendo. Estoy al tanto de tu juego, esposa mía. Sé que crees que eso va a resolver todos nuestros problemas, pero no es así. Abandonar a la gente antes de que te abandonen a ti no arreglará nada.

—Eso no es lo que estoy haciendo. —Era muy posible que fuera exactamente lo que estaba haciendo. También era posible que estuviera sintiendo demasiadas cosas terribles a la vez y que la única buena solución fuera salirme de la ecuación—. Sé que no es justo que me derrumbe ahora, pero no puedo sostenerlo más.

—No tienes que sostenerlo. Pero tampoco tienes que irte —dijo con dulzura—. Todavía no. Ya va a ser bastante duro lidiar con nuestra pequeña escapista y prepararnos para visitar a Eva. Dame un poco de tiempo, cielo; y si sigues pensando que sabes lo que es mejor para todos menos para ti, yo mismo te llevo.

Pasado un momento, asentí.

—De acuerdo. Hagámoslo así.

—Menos mal. —Metió los dedos bajo mi jersey—. Hoy he vivido más emociones que en toda mi vida adulta y no me gusta. Te voy a llevar a la cama y, al margen de lo que te he dicho antes, no pienso ser bueno. ¿Te parece bien? Si no es así, dímelo ahora.

Suspiré riendo cuando me subió la camiseta por la cabeza. Me reí cuando me quitó los pantalones y me llevó hacia la cama. Me reí cuando me colocó de cara al colchón y me empujó con un gruñido ronco. Me reí cuando me sujetó de las caderas, con los dedos extendidos sobre mi vientre, y me repartió besos calientes con la boca abierta en la espalda y los hombros. Me reí cuando se abalanzó sobre mí, con el cuerpo más duro y potente que nunca. Me reí cuando me levantó, apretó los dientes contra mis nalgas, me pellizcó la vulva, se enroscó mi pelo en el puño. Me reí cuando me corrí y cuando él se apresuró a seguirme.

Pero, en algún momento, esas risas ahogadas y temblorosas se habían convertido en sollozos ahogados y temblorosos. Daba igual, ya que únicamente el colchón conocía mis secretos. Era el colchón el que sabía que me había enamorado de mi marido en ese preciso instante, pero también mucho antes, y este amor había sido algo totalmente inesperado. También era totalmente irreversible, y la resistencia de Noah a que me fuera no hacía más que empeorar las cosas, porque yo sabía que me iba a destrozar verlo darse cuenta de que lo había acorralado en una relación que no quería, pero que no podía dejar.

Así iba a terminar todo, desde luego. Se iba a despertar una mañana y me miraría con ojos llenos de dolor al descubrir que me había rescatado como rescataba a todo el mundo y que, con ello, se había perdido a sí mismo.

Yo sabía que, si le contaba algo de esto, me iba a decir que estaba equivocada, de modo que guardé esos secretos entre el colchón y yo.



Capítulo treinta y tres

NOAH

El alumnado será capaz de resistir.

La semana siguiente fue agotadora.

Gennie y yo nos pasamos las tardes en la consulta de su terapeuta repasando los acontecimientos del fin de semana y preparándonos para visitar a Eva. Hubo muchas lágrimas y no todas de Gennie. Era una situación difícil y no había forma de evitarla.

También fue una semana tranquila. Shay se quedaba hasta tarde en la escuela para organizar los materiales de una nueva unidad que estaba por empezar y, aunque yo sabía que era cierto, también sabía que nos estaba dando espacio. Sabía que estaba convencida de que era lo mejor, en especial para Gennie, pero la echaba de menos. Quería meterme en su cama, hundir el rostro en el pliegue de su hombro y olvidarme de la carga que suponía criar a una niña que había sufrido demasiado en los pocos años que llevaba en este planeta.

En cambio, daba vueltas en la cama toda la noche. No podía cerrar los ojos sin que me asaltaran visiones de Shay: el día que había vuelto a Friendship y cuando me había contado su sueño de convertir Twin Tulip en un lugar para celebrar bodas; el día que me había casado con ella y la noche que me había besado de verdad.

Ya no fantaseaba con la chica a la que había amado en el instituto ni con la persona a la que le había guardado rencor por no haber mirado atrás después de irse. Todo lo que había sentido por ella en ese entonces era real, pero ahora era diferente: complicado, parcelado y sofisticado de un modo que nunca habría comprendido hasta que lo sentí en las venas. La amaba y esperaba que esta vez fuera suficiente.



—Ve —le dije a Gennie—. Estaré aquí todo el rato.

Gennie se mordió el labio inferior y continuó con la mirada fija en el suelo de linóleo.

—Tal vez ha cambiado de opinión y no quiere verme.

—Quiere verte más que nada en el mundo.

Asintió una vez.

—La doctora Brianna dijo que puedo sentir muchas cosas a la vez y que eso se llama estar abrumada. —Se retorció los dedos en la falda de rayas blancas y negras que llevaba—. ¿Crees que mamá se siente abrumada?

—Seguro que sí.

Se quedó callada un momento.

—¿Vas a venir conmigo?

—Sí, pero primero vas a pasar un rato tú sola con mamá, como hablamos con la doctora Brianna. ¿Te parece bien? ¿O tenemos que hacer un nuevo plan?

Negó con la cabeza.

—Está bien. —Miró al otro extremo de la sala, donde mi hermana permanecía de pie junto a una mesa redonda, con los dedos entrelazados y balanceando el cuerpo, como si estuviera a punto de entrar a la cancha—. Quédate aquí —me dijo, poniéndome una mano en el hombro—, donde pueda verte.

Gennie caminó hacia Eva, con el pelo recogido en las mejores trenzas que había conseguido hacer. Cuando estuvo a unos pasos de la mesa, se detuvo. Me puse en pie, con el corazón en la garganta, pensando que necesitaba que la acompañara, pero en ese momento echó a correr hacia su madre y saltó a los brazos de Eva, haciéndola retroceder un paso.

Pasaron varios minutos en los que permanecí allí, viéndolas abrazarse, con los hombros agitados por el llanto. Finalmente, se separaron un poco, Eva pasó los pulgares por las mejillas húmedas de Gennie, y se sonrieron. Me senté. Seguía con el corazón anudado en la garganta.

Hablaron cerca de noventa minutos, en los que Gennie prácticamente no paró de hablar. No dejó de moverse un solo instante, contoneándose o saltando mientras bailaba o representaba la historia que estaba contando. Eva apenas parpadeaba, ocupada en absorber hasta la última gota de su hija.

Cuando Gennie vino corriendo a buscarme, me dijo:

—Me siento abrumada, pero ya no es el tipo malo de abrumación.

—Eso está muy bien. ¿Y has visto que yo tenía razón? Mamá no había cambiado de opinión sobre querer verte.

Me hizo una mueca agria, negando con la cabeza como si no pudiera creer que le hubiera repetido sus propias palabras.

Gennie me llevó a la mesa y me indicó que me sentara frente a Eva. Mi hermana tenía aspecto de haber vivido muchos años en uno solo. Siempre se había parecido a nuestra madre: era alta, delgada y morena, pero las semejanzas terminaban en la apariencia. Mientras que mamá era pacifista de profesión, Eva era rebelde hasta la médula; tenía tatuada la palabra «anarquía» a lo largo de la columna. Mamá no veía razón alguna para viajar o irse de vacaciones; Eva no podía sobrevivir sin aventuras nuevas. Mamá prefería la constancia; Eva ansiaba lo desconocido.

Habían sido esas diferencias fundamentales —y la intolerancia de ambas hacia esas diferencias— las que habían cavado un canal insalvable entre ellas con el paso de los años. Tras la graduación de Eva, apenas se hablaban. Esos últimos años, cuando yo estaba empezando la secundaria y papá seguía comprándoles a nuestros vecinos tierras que no podía pagar, habían sacado lo peor de ellas. Habían sido los peores años para todos.

No me había sorprendido que Eva se fuera de casa un día sin despedirse.

Me enviaba mensajes a menudo, pero solo llamaba a casa cada varios meses. Era de esperar

que las cosas hubieran marchado mejor sin mamá y Eva andando por la casa envueltas en nubarrones de hostilidad y furia, pero no había sido así. No habían ido mejor.

No sabía si Eva había encontrado lo que buscaba más allá de las fronteras pastoriles de Friendship, Rhode Island. Quería creer que algo había encontrado. Tenía que creer que así había sido. No podía verla contemplar a su hija con asombro y una pena descarnada si no creyera que había vivido libre y alocadamente durante el tiempo transcurrido desde que se había ido de casa hasta su condena a cadena perpetua.

Y no podía decirle lo mucho que se parecía a nuestra madre.

—Tengo gente trabajando en la apelación —le dije a mi hermana.

Eva levantó los hombros.

—Lo sé. Y sé que llevará tiempo.

—Aún están trabajando también para que te trasladen a Connecticut.

—Sé que estás haciendo todo lo que puedes.

—Y estoy…

—Háblame sobre la chica con la que te has casado —me interrumpió—. ¿Por qué no me sorprende que sea esa chica, Shay no sé qué, del instituto?

—No es… O sea…, en realidad, no estamos… Bueno. Sí. Shay Zucconi. —Crucé los brazos y me acerqué más. No tenía ni idea de lo que intentaba decir. ¿Por dónde empezar?—. A Gennie le cae bien.

—Sí, lo sé —dijo Eva, riendo—. Ya lo sé todo sobre Shay.

—No es… Es decir, Shay no… —Esta vez, sabía lo que estaba diciendo, pero no podía encontrar las palabras adecuadas—. No está tratando de reemplazarte.

Asintió despacio y apretó los labios.

—Eso también lo sé. Y me alegro de que haya alguien en la vida de Gennie que sepa hacer trenzas y la ayude a leer sobre piratas y exploradores. —Miró la página que Gennie estaba pintando—. Me alegro mucho de que haya alguien en tu vida que haga cosas importantes por ti también. Con todo lo que haces por todos nosotros, te lo mereces más que nadie.

Asentí. Necesitaba ese reconocimiento más de lo que podría expresar con palabras.

—Te caería bien. Tiene el pelo rosa y usa pendientes de aguacate.

—¿Aguacates de verdad? ¿O que parecen aguacates?

Me llevé un dedo a la oreja como si Eva no supiera dónde iban los pendientes.

—Hechos con cuentas para que parezcan aguacates —dije—. Cuentas, lentejuelas. Bordados, ¿quizá? Pero no aguacates de verdad, no.

—Unos pendientes de aguacates de verdad serían algo espectacular —reflexionó—. Seguro que existe alguna antigua costumbre mesoamericana de llevar pendientes de aguacate para saber el momento exacto en que están maduros.

En otra época, Eva habría seguido ese pensamiento hasta Yucatán y se habría pasado dos meses indagando entre los lugareños sobre la antigua tradición del aguacate. Luego, el viento habría orientado su atención en otro rumbo y se habría lanzado a hacer autostop por la carretera de la costa del Pacífico o a aprender a navegar en pontón por el sur.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Una vez que la curiosidad por los aguacates de tiempos pasados desapareció de su rostro, asintió despacio.

—Tan bien como se puede estar en este lugar —dijo—. Pero no me va mal. Gracias por las cajas de provisiones y por ingresar dinero en mi tarjeta. Ha sido una ayuda. —Dejó escapar un suspiro—. Hay libros aquí. No es la mejor selección y algunos son cosas muy anticuadas, pero

me conformo con lo que hay. —Abrió mucho los ojos y arrugó las cejas. Hizo una pausa, y me preparé para lo peor—. He estado hablando con una orientadora. Me ha sugerido que pensara en escribirle a mamá.

Me incliné un poco más, casi apoyando el pecho en la mesa.

—¿Puedes repetir eso?

Se rio, pero el sonido me pareció triste. Afligido.

—Sí, ya sé… Mi orientadora dice que intentar acercarme a ella podría ayudarme a resolver algunas cosas. Si solo la saludo y le digo que la echo de menos y que espero que esté bien, ya basta. —Mientras hablaba, se le llenaron los ojos de lágrimas y se le quebró la voz—. Incluso si nunca me responde, al menos lo habré intentado.

—Me parece una buena idea. Le resulta difícil sostener un bolígrafo o teclear, pero seguramente haya alguien en el centro que pueda ayudarla.

—Puede que lo haga —dijo—. Pero no voy a quedarme esperando una respuesta. Porque le cuesta mucho escribir.

Estuvimos en silencio varios minutos mientras Gennie coloreaba. Nos contó una historia sobre piratas y submarinos y sobre cómo las sirenas siempre se ponían del lado de los piratas. Cuando terminó la hora de visita, Gennie y Eva, entre lágrimas, volvieron a darse un abrazo largo. Le di un apretón a mi hermana y le insistí en que me avisara si necesitaba algo.

Salí del centro con Gennie a cuestas, con la cabeza apoyada en mi hombro y sus lágrimas silenciosas empapándome la camisa. En el camino de vuelta al hotel solo dijo que quería volver a ir a la piscina cubierta y cenar tiras de pollo, y poco más. En términos generales, esa visita había sido una mejora notable con respecto a los intentos anteriores. Sin embargo, había sido extenuante; seguía siendo más de lo que Gennie podía sobrellevar.

Se pasó tres horas seguidas chapoteando en la piscina y, tras ponerle puntuación a la milésima vertical de la tarde, me di cuenta de que estaba quemando energía emocional. Necesitaba contar historias de piratas y sirenas, correr de una punta a otra de la piscina y hacer la vertical sin parar, porque así era como liberaba el estrés. Era la misma razón por la que salía corriendo del autobús todas las tardes y se lanzaba colina abajo a jugar con los perros. No era solo una niña infernal, no era un atentado contra mi ordenada forma de vida; simplemente necesitaba hacer algo con todo lo que había vivido aquel día.

Gennie se acercó nadando al borde de la piscina.

—Noah, ¿puedo enviarle cosas a mamá por correo?

—¿Qué tipo de cosas?

—No lo sé. Tal vez alguna tarea de la escuela que me haya salido bien o una carta si Shay me ayuda a escribirla.

—Sí, puedes enviarle esas cosas —respondí—. Seguro que Shay te puede ayudar, pero yo también puedo.

—Shay es mejor para esas cosas. —Se sumergió bajo la superficie y luego volvió a salir—. Era muy pequeña cuando mamá se fue y realmente no lo entendía —dijo en tono sagaz—. Ahora que ya soy grande, sé que mamá me sigue queriendo y que no se fue porque no le gustara ser mi mamá.

—Ya eres una niña grande —repetí.

—Sí —respondió, como si fuera obvio—. Y creo que tienes que ser muy bueno con Shay.

Me incliné hacia delante en la silla. ¿Qué sabía esa niña que yo no supiera? ¿Y de dónde sacaba la información?

—Eh… creía que era bueno con Shay.

—Más bueno —dijo Gennie—. Como si la quisieras.

Tosí para disimular una risa amarga. Shay y yo habíamos intercambiado unos pocos mensajes esa semana, únicamente para mantenerla informada sobre nuestro viaje y confirmar que se encontraba bien, y eso me estaba enloqueciendo. Me moría de ganas de volver a casa. Quería arreglar las cosas entre nosotros y no me importaba lo que me costara. Iba a acabar con ese matrimonio falso y empezar de nuevo si era necesario. Iba a buscar otro terapeuta para que los tres pudiéramos encontrar la manera de hacer las cosas bien. Estaba dispuesto a darle todo lo que quisiera. Lo que fuera.

—¿Cómo me sugieres que lo haga?

—Deberías hacer cosas bonitas, como llevarla a citas románticas —respondió Gennie—. Te prometo que esta vez no me voy a escapar cuando venga la señora Castro a cuidarme.

La señora Castro estaba demasiado ocupada recuperándose del horror de su última experiencia como niñera como para considerar oportunidades futuras con ese riesgo de fuga.

—Citas, bien. ¿Qué más?

—Le gustó mucho cuando hicimos la fiesta de cumpleaños. Quizá deberíamos repetirlo.

—¿Otro cumpleaños?

—No sé. Quizá una fiesta con pastel. ¡Y regalos! Deberías hacerle regalos.

—De acuerdo. ¿Algo más?

Gennie flotaba de espaldas, con los brazos agitándose a los lados.

—Deberías decirle que la quieres. Díselo mucho. Creo que eso es lo que tienes que hacer.

Se dio la vuelta y volvió a hacer la vertical.

Tal vez tenía razón. Tal vez eso era exactamente lo que tenía que hacer.



Capítulo treinta y cuatro

SHAY

El alumnado será capaz de persuadirse y disuadirse de todo.

Era raro estar sola en la casa de Noah. Tenía la sensación de que alguien podría aparecer en cualquier momento y preguntarme qué estaba haciendo allí. E iba a tener que decir que Noah y yo nos habíamos casado —o algo así— y que ahora también era mi hogar. Y tendría que hacer que sonara real, y no como las divagaciones de una persona trastornada que había irrumpido en la casa y había decidido apropiársela.

El primer día estuve a punto de hacer las maletas y volverme a Twin Tulip. Thomas House estaba vacía y desolada, pero seguía siendo mi casa. Me pasé horas y más horas debatiéndome. Hice la maleta, la dejé junto a la puerta y me quedé mirándola hasta que decidí que era una locura irme mientras Noah y Gennie estaban de viaje.

Luego decidí que era una locura quedarme mientras Noah y Gennie estaban de viaje.

Al final, fui a Twin Tulip, caminé por los alrededores hasta que el cielo se oscureció y luego conduje hasta el pueblo de al lado para comprar comida para llevar. Salir así una noche entre semana, sin rumbo y sin ataduras, sin la estructura de la hora de comer, de bañarse y de acostarse, era tan raro como estar en casa de Noah sin él. El mundo me parecía diferente, como un lugar que ya no reconocía.

Y tenía la sensación de que todo el mundo en la carretera y en el restaurante era consciente del debate absurdo que sostenía en mi cabeza. Sabían que llevaba una bolsa de viaje en el asiento trasero del coche y que no podía dejar de discutir conmigo misma sobre dónde dormir esta noche. Al igual que sabían de la contienda que libraba en mi interior entre creer y no creer que amaba a Noah –y también a Gennie– y que esos sentimientos provenían de todo lo que habíamos descubierto juntos, y no de mis clásicos problemas para sentirme elegida. Como si supieran que tiraba de todos los hilos sueltos de nuestra relación hasta desenredarlo todo en menos de un minuto.

Volví a Twin Tulip, pero solo me detuve un momento en el camino de entrada antes de sacudir la cabeza, darme mentalmente una patada en el trasero y remontar la cuesta. «Tengo todas mis cosas allí —le expliqué a la bolsa de viaje—. No quiero arruinarme la mañana porque

no encuentro el desodorante… o el calzado adecuado». Fruncí el ceño al ver aparecer ante mi vista la casa blanca y reluciente de Noah.

El ceño fruncido no era enfado. No era resentimiento. Ni siquiera era frustración por todo este rumiar absurdo. Era porque quería estar allí. Y esa era la verdad, por extraña e incómoda que me resultara. Quería estar allí y quería que Noah y Gennie estuvieran conmigo. No era lo mismo sin ellos.

Yo no era la misma sin ellos.

Nunca había querido encariñarme. No había llegado allí buscando una familia remendada. Y nunca me hubiera imaginado que todo esto iba a empezar a recomponerme.



El viernes por la tarde, hice un segundo intento de salir con gente de la escuela.

Esta vez, me reuní con un grupo de maestras en el coqueto bar de ostras ubicado frente al mar, en Friendship. Fuimos a celebrar que una maestra de tercero acababa de ser seleccionada para un prestigioso programa de una gran empresa de tecnología, que le permitiría acceder a una formación especializada en distintos lugares del país y a todo tipo de artilugios novedosos para su clase.

Janita también iba a cobrar un buen sueldo y, por eso, había elegido el coqueto bar de ostras situado frente al mar. La primera ronda la pagó ella.

A diferencia de aquel incidente desastroso de principios de año, nadie me abandonó mientras estaba en el baño. No era algo que hubiera esperado de ese grupo tampoco. Esas mujeres me recordaban a mis amigas de Boston. Había llegado a conocerlas bastante en los últimos meses, pero el hecho de verlas fuera de la escuela, en un ambiente sin alumnos y animado por el vino, les daba un aire fresco y novedoso. Parecían más ellas mismas de lo que podrían ser en un almuerzo de veinte minutos o en el pasillo durante la guardia de entrada de la mañana.

Dana era audaz y un poco ruidosa (como Emme); Ingrid escuchaba más de lo que hablaba, pero, cuando hablaba, era sumamente cuidadosa con sus palabras (Audrey de pies a cabeza). Neveen tendía a la ironía y el cinismo (Grace, sin duda), mientras que Mieke era cariñosa y atenta (Jaime, desde luego; aunque a ella no se la pudiera comparar con nadie).

Eran distintas, por supuesto, pero era una agradable sensación reconfortante ver en ellas las cosas que más me gustaban de mis amigas. Podía verme integrada en ese grupo, pero, sobre todo, quería hacerlo. Quería saber más de los interminables quebraderos de cabeza de Neveen por la renovación de su cocina; quería que Mieke me presentara a su estilista porque su corte estilo *bob*, de un color entre ciruela y magenta, era fabuloso; quería mostrarle a Ingrid mis campos de tulipanes y quería que me saliera vino por la nariz (otra vez) de la risa que me producían las extravagantes ocurrencias de Dana. Y era una agradable sensación que en cierto modo me incomodaba, porque no sabía si debía querer todo eso.

Echar raíces nunca había sido el plan. No es que tuviera un plan al irme de Boston con una caja de galletas de queso y mi vida hecha añicos. En todo caso, la ausencia de un plan era el plan. Sobrevivir de un día a otro. Nada de maniobras bruscas. Esperar lo peor. No planificar nada.

Y lo había intentado. Lo había intentado con todas mis fuerzas.

Pero, entonces, había aparecido una niña que necesitaba ayuda, y un destino nuevo para una vieja granja, y un falso matrimonio…, una maniobra brusca tras otra. Un escalón tras otro de un nuevo plan al siguiente. Ya no se trataba de mi propia supervivencia, porque ahora era un todo.

Yo, Noah y Gennie. Y la granja de Lollie, y un puesto permanente de maestra el año siguiente, y enamorarme de mi marido.

No sabía si estaba bien que quisiera todo eso o si podía fiarme.

Había pensado tomarme ese año para recuperar los últimos vestigios de lo que había sido tener un hogar en Twin Tulip y definir quién quería ser a partir de entonces. Encontrar una familia y encontrar lugares que pudiera considerar propios nunca había entrado en la ecuación.

Sin embargo, allí estaba, rodeada de gente que me perseguía casi con la misma insistencia que Helen para saber si el año que viene iba a aceptar el puesto en primer curso o en infantil.

Y allí estaba, ante un matrimonio nuevo y frágil que habíamos construido sobre una montaña de argumentos defectuosos y un antiguo afecto mutuo.

No podía dejar de preguntarme si estaba forzando algo de todo eso; si en algún momento había decidido cómo quería que fuera y me había convencido de que era así. Las ofertas de trabajo o que mis compañeras se empeñaran en que saliera con ellas esa noche no habían sido imaginaciones mías, pero ¿y si me había convencido de que quería a Noah? ¿Y si estaba repitiendo los mismos errores de siempre?

No sabía cómo protegerme de eso.

Al terminar la velada, nos despedimos con abrazos y felicitaciones para Janita y promesas de repetirlo pronto. Cuando fui a la barra a pagar mi parte, vi a Christiane Manning sentada un poco más al fondo. Tenía la mirada fija en un martini sin tocar, y la barbilla apoyada en la mano.

Contra todo sentido común, me acerqué a saludarla.

—Hola, Christiane —le dije.

Tardó un segundo en apartar la mirada de la copa y volverse hacia mí, y otro segundo en reconocerme. Finalmente, esbozó una sonrisa forzada.

—Hola. Hacía siglos que no te veía.

—Es que he estado —miré hacia el mar y negué despacio con la cabeza— resolviendo cosas.

—¿Dónde está tu marido esta noche?

Me tragué un suspiro. No me molestaba ser el escudo humano de Noah, pero me estaba cansando de que él fuera una fuente de conflicto entre Christiane y yo. Era una pérdida de tiempo para todos.

—Se ha ido de viaje con Gennie por unos días. Vuelven mañana por la tarde.

Esperé algún comentario edulcorado, pero no se produjo. Asintió y volvió a mirar su copa. Me tomé mi tiempo para dejar propina, revisar la cuenta y firmar el recibo. El silencio entre las dos no era incómodo, pero tampoco era agradable. Era… desigual.

—Los gemelos están con su padre este fin de semana —dijo Christiane—. Odio estar sola en casa justo después de que se hayan ido. Se hace un silencio que me hace sentir mal. —Levantó la copa, pero la apoyó de nuevo sin darle un sorbo—. Muchas de las madres divorciadas que conozco dicen que les encanta la tranquilidad y la libertad, pero yo aún no he llegado a ese punto. Todavía no he aprendido a estar sola.

Dudé un momento hasta que decidí sentarme en un taburete.

—Sé a qué te refieres —le dije—. Ha estado tan silenciosa la casa sin Noah y Gennie… Es como si estuviera esperando que pasara algo, pero no pasa nada. —Tracé con el dedo la veta de la barra de madera—. He estado pidiendo comida a domicilio todas las noches porque no recuerdo cómo cocinar para una misma.

Sin mirarme, Christiane señaló su martini.

—¿Quieres tomar algo? Habrás estado bebiendo con tus amigas, pero si quieres puedes quedarte.

—Claro.

Le hice señas al camarero y pedí un vaso de sangría.

Cuando llegó mi bebida, Christiane tomó su copa del tallo y la levantó para hacerla chocar con la mía.

—No era mi intención robarte a tu marido —dijo a modo de brindis—; a pesar de comportarme como si lo hiciera.

En vista de sus palabras, tomé un trago largo.

—Gracias por la aclaración —le respondí.

—No me gusta sentirme vacía —dijo—. Después del divorcio, sentí que necesitaba llenar ese hueco con cualquier cosa a la que pudiera echar mano.

—Y… ¿Noah parecía alguien a quien le podías echar mano?

Se volvió hacia mí con una mirada inexpresiva.

—Había errores obvios en ese plan. Que Noah estuviera enamorado de ti, para empezar.

No iba a explicarle la infinidad de razones por las que su información era más que errónea, no. Tenía una sangría que beber y pocas ganas de herir mis sentimientos esa noche.

—Tiene una niña de la misma edad que mis gemelos y está solo. Y, bueno, no hay más que mirarlo… —continuó Christiane—. Me pareció que podíamos encajar porque coincidíamos en algunos puntos.

Asentí con un gesto de comprensión. Sonaba igual que mi acercamiento a mi ex, y nada que ver con mi acercamiento a Noah.

—No basta con coincidir…

—Ni siquiera mira a nadie —señaló Christiane—. Desde luego, no se fija en ninguna de las que vamos a hacer yoga con las cabras. ¿Y sabes qué? Hacer yoga con cabras no es relajante. No tiene nada de divertido intentar mantener una postura mientras una cabra te lame la cara o mete la nariz en lugares donde las narices de cabra no deben estar.

—Espera. ¿Vas a hacer yoga con las cabras para que Noah te vea?

Christiane hizo un gesto con la copa en la mano, y la mitad de la bebida salió despedida hacia el camarero. La mayor parte le cayó en el pecho, aunque algunas gotas le salpicaron la cara. Se alejó con un gruñido.

—¿Por qué crees que todas vamos a Little Star a hacer yoga con cabras?

—Te aseguro que lo último que le interesa a Noah es el yoga con cabras. —Le quité la copa y la volví a dejar sobre la barra—. Si ese era tu plan: ir a yoga a su granja y coquetear con él en los partidos de fútbol, es que no te has dado cuenta de lo extremadamente protector que es Noah con Gennie, y la única razón por la que sabe tu nombre es porque tus hijos no han hecho más que maltratar a su sobrina. Podrías ser la mujer de sus sueños…

—¿Como tú?

—Para. —La miré con impaciencia. No quería jugar a ese juego esa noche—. Podrías ser lo que él siempre hubiera soñado, pero en el instante en que alguien se mete con su sobrina, se acabó. Le importan un bledo sus sueños si Gennie es infeliz. Quizá por eso tus encantos no funcionaron con él.

Christiane frunció el ceño y entrelazó las manos.

—Mis hijos pueden ser terribles.

—Todos los niños pueden serlo. Por lo general, no lo hacen a propósito, pero hasta a los mejores críos les pasa.

—Francie puede ser rencorosa y cerrada, pero lo de Harold es grave —refunfuñó—. Está furioso por el divorcio y hace todo tipo de barbaridades para llamar la atención. —Negó con la

cabeza—. Después, su padre se lo lleva el fin de semana y le deja hacer lo que le da la gana. Así que yo soy la mala. Soy la madre antipática que tiene que quitarle los videojuegos y el iPad, y le exige que se bañe y se ponga ropa interior.

—Escucha, no conozco a tu hijo, pero conozco a muchos niños y sé lo duro que puede ser para ellos cuando las cosas cambian en su familia. Como tú has dicho, busca tu atención. No es maldad.

El camarero volvió con una camisa seca y una expresión pétrea en el rostro. Puso un martini recién preparado delante de Christiane y le dijo:

—Si vuelves a tirar otra copa, te echo a patadas.

—¡Lo siento! —le gritó ella mientras él se alejaba. Tomó un sorbo y me miró—. Está casado.

Incliné la barbilla en dirección al camarero.

—¿Quién? ¿Él?

—Sí. —Inclinó la cabeza—. Ya lo he investigado.

—¿Y vas a usar esa información para decidir si coquetear con él o no?

Se encogió de hombros. No supe cómo tenía que interpretar eso.

—¿Es mucho pedir que alguien me adore como Noah te adora a ti?

Me reí con ganas.

—No me adora, Christiane. Eso suena un poco exagerado, ¿no te parece?

—Llámame Christie —me dijo—. Y puede que a ti te parezca exagerado, pero yo lo daría todo por tener aunque fuera una migaja de lo tuyo. En serio. Haría cualquier cosa porque alguien me dedicara la misma atención que Noah te dedica a ti. Supongo… supongo que quiero a alguien que se fije en mí.

En ese momento, dejé de verla como la mujer que no dejaba en paz a Noah y empecé a verla como alguien que hacía todo lo posible por recomponer su vida y seguir adelante. Alguien como yo.

—No lo ves desde mi punto de vista —continuó—. Ese hombre te adora. Me había convencido de que era un estoico, alguien que no deja ver lo que siente, ¿sabes? Pero luego llegaste tú al pueblo y… —Resopló y se abanicó—. No es para nada estoico. Solo te estaba esperando.

—Eso… —No sabía cómo disentir y a la vez sostener la farsa de nuestro matrimonio. ¿Seguía siendo una farsa si una persona estaba enamorada de la otra, aunque no tuviera idea de cómo confesárselo sin atraparlo aún más en un matrimonio falso? En lugar de estresarme por todo eso, preferí ignorarlo. Excelente estrategia para afrontar la situación—. ¿Por qué quieres precipitarte ya a otra relación? ¿Por qué tanta prisa?

Se llevó las manos a los ojos.

—Mi terapeuta me ha estado haciendo la misma pregunta todas las semanas durante el último año.

—¿Ya has encontrado la respuesta?

Soltó un gruñido.

—No. Tal vez… No lo sé. No me gusta fracasar. Quiero una segunda oportunidad.

—¿Quieres volver a casarte?

—Sí. Necesito otra oportunidad para hacer las cosas bien. —Enseguida, con más suavidad, agregó—: No quiero hacer las cosas sola. Puedo, pero no quiero. Y me lo merezco.

—También te mereces a alguien que te corresponda —dije con cautela. Era una lección tanto para mí como para Christiane—. Si esa persona no está interesada…

—Oh, créeme, mi terapeuta lo sabe todo sobre ti y Noah —aclaró—. Ya hemos deconstruido

esa situación y no hace falta recordarme que estaba trastornada.

—No sé qué decirte. —Tomé mi vaso—. ¿Que me alegro de que hayas resuelto esos temas? ¿Que puedas reflexionar sobre la situación con claridad? No sé, Christie, échame una mano.

Se rio por lo bajo.

—¿Quieres que pidamos algo de comer? Me olvido de comer cuando mis hijos no están. —Como no respondí enseguida, agregó—: A menos que ya hayas comido con tus amigas. Parecía que lo estabais pasando muy bien, así que quizá quieras irte a casa.

—Eran amigas de la escuela —le conté—. Todas enseñan en la escuela primaria Hope. —Estiré el brazo por delante de ella y tomé el menú, apoyado junto a su codo—. No tengo muchos amigos en este pueblo. Me vendrían bien algunos más.

Un momento después, dio un golpecito con la punta del dedo en el menú.

—Para que lo sepas, no me gusta el pescado crudo.

—¿Y qué haces en un bar de *ostras*?

Levantó las manos.

—Es el único lugar decente del pueblo.

—Y, sin embargo, vienes aquí y tiras las bebidas como si estuvieras en las vacaciones de primavera de Daytona —murmuró el camarero.

—Vamos a pedir el queso con embutidos —le dije al tipo—. Gracias.

Cuando el camarero se dirigió a la cocina, Christie se volvió hacia mí.

—Habría sido muy oportuno para mi narrativa interna que fueras una persona horrible y desalmada. Quiero decir, me habría venido muy bien poder canalizar mi ira hacia alguien que no fuera mi expareja.

—Si te sirve de ayuda, en más de una ocasión me he referido a ti como la señora que escucha a la gente hacer pis.

Juntó los dedos bajo la barbilla.

—Mmm. Bueno, algo ayuda.

—Tienes que dejar de hacerlo —le dije—. No es forma de hacer amigos.

—Pero he hecho más de una clienta en los baños públicos.

—¿No tenías la agenda completa? ¿Realmente necesitas más clientas?

Se encogió de hombros.

—Ahora soy madre soltera. Una agenda cargada es mi red de seguridad.

—Entiendo, pero no te extrañes si no voy al baño contigo.

—Trato hecho.

Nos comimos el queso y los embutidos conversando sobre tonterías —si las diademas nos quedaban bien, el problema de acumular millas aéreas con la tarjeta de crédito, quién preparaba los mejores cócteles en el Pink Plum, por qué no queríamos volver a entrar en un centro comercial— mientras el restaurante se iba vaciando a nuestro alrededor. Christie pidió otro martini antes de pasarse al vino —ninguno de los cuales fue a parar sobre el personal—, y yo seguí con la sangría. No me preocupé por la cantidad exacta de veces que me llenaron el vaso.

Teniendo en cuenta que seguíamos estando en Friendship, el coche que habíamos pedido no iba a llegar hasta dentro de media hora por lo menos. El camarero refunfuñó, pero nos llevó dos taburetes a la entrada para evitarnos tener que esperar fuera bajo la lluvia helada de noviembre.

—Tendremos que volver a hacerlo mañana —dije.

—No puedo beber así dos noches seguidas —contestó—. Voy a pagar las consecuencias durante una semana.

—No, me refería a pedir un coche. —Me reí—. Porque nuestros coches están aquí, así que

vamos a tener que volver.

—Ah. Cierto. —Asintió, revisando su teléfono—. Eso va a ser una tortura. Tal vez debería irme a pie.

—Es una estupidez —dijo el camarero.

—Yo estoy al otro lado del puente —le dije—. Y subiendo una colina. Y a mi marido no le gusta que vaya caminando de noche.

—Sí, da toda esa impresión —dijo ella—. Pero te adora. Seguro que te llevaría a cuestas si se lo pidieras.

Apreté los brazos contra el pecho para contener un escalofrío. No era verdad. No me adoraba. Lo que fuera que sintiera por mí, era nuevo y no podía convencerme de que fuera a durar. No tardaría en cansarse de mí, igual que todos los demás.



Capítulo treinta y cinco

NOAH

El alumnado será capaz de confesarlo todo.

Las últimas dos horas del viaje de vuelta a casa fueron terribles. Nos encontramos con un tráfico interminable y luego atravesamos Connecticut y Rhode Island perseguidos por una tormenta, y Gennie estuvo irritable todo el camino. Cuando salimos de la autopista en dirección a Friendship, ya estaba pateando el asiento y cantando a gritos una canción insoportable de un programa infantil.

Cuando por fin llegamos a la carretera de Old Windmill Hill, me estallaba la cabeza.

Tenía una relación difícil con la granja de mi familia y con ese pueblo, pero no podía negar que me aliviaba estar en casa. Y no era solo por regresar a casa después de un viaje agotador con una niña tremenda. Me aliviaba volver a esa casa, a esa tierra, a la vida que tenía allí. La vida que teníamos juntos, Gennie, Shay y yo.

Iba a decirle la verdad a Shay esa misma noche. Iba a decirle que la quería, que siempre la había querido. Desde el primer día. Aunque me cayera muerto por admitir que la había querido en silencio durante años, quería que lo supiera. Y quería que se quedara.

—Quiero ver a los perritos —lloriqueó Gennie, cuando doblé por el camino de grava—. Y a mis gatitos también.

Observé las nubes oscuras en lo alto. Se avecinaba un chaparrón, pero esa niña necesitaba correr.

—Puedes estar con ellos hasta que empiece a llover. En cuanto sientas una gota, entras.

—¿Y si no siento ninguna gota? ¿Y si no me cae la lluvia encima?

La miré por el retrovisor, pero no lo notó.

—Si cae alguna gota de lluvia cerca de ti, es momento de entrar.

—¿Y si no me doy cuenta porque no están tan cerca como para que me dé cuenta?

—Imogen.

—¿Qué?

Apagué el contacto.

—Si no puedes reconocer cuando está lloviendo, no puedes pasear sola por la granja.

¿Entendido?

Volvió a golpear el respaldo del asiento del pasajero con los pies.

—*Sip*.

—Puedes ir —le dije—, pero no quiero verte empapada en una hora.

—Sí, mi capitán.

Desabrochó el cinturón de seguridad de su silla, abrió la puerta, y salió disparada hacia el corral de los perros.

Con suerte, tendría media hora sin interrupciones con Shay. Necesitaba cada minuto de ese tiempo. Tomé las maletas y las llevé dentro. Al ver que Shay no estaba en la planta baja, subí a su dormitorio. No seguiría siendo su dormitorio por mucho tiempo. Si todo salía como deseaba, dejaríamos de fingir que podíamos dividir cualquier cosa en suya o mía. Sería todo nuestro.

Empujé la puerta y la encontré sentada en el suelo, rodeada de… todo: ropa, libros, pendientes, calzado… Todo. Se sobresaltó, dio un respingo y se echó hacia atrás, llevándose una mano al pecho. Se quitó los auriculares y dijo:

—No te esperaba hasta dentro de una hora o dos.

Me incliné y le ofrecí una mano.

—Hemos salido temprano.

Se levantó y se limpió la parte trasera de los pantalones.

—¿Cómo os ha ido? ¿Cómo lo ha llevado Gennie?

Quise estrecharla entre mis brazos, pero nos separaban pequeñas montañas de jerséis y libros. Entonces, me llevé la mano a la nuca.

—Mejor de lo que hubiera esperado.

—Qué bien —dijo—. Estupendo.

—Gennie ha ido a ver a los animales. Necesitaba correr un poco después del viaje.

—Se entiende.

Eché un vistazo a las montañas de objetos durante unos momentos. El armario estaba vacío y los cajones también. Había una organización allí que no podía descifrar, y tuve la sensación de que era el paso previo a hacer las maletas. Se estaba preparando para irse. Había decidido que aquello no iba a funcionar.

Hice un gesto hacia las montañas, con el estómago por el suelo.

—¿Qué estás haciendo?

—El verano ha terminado. —Se llevó las manos a la cintura—. Estoy intentando organizarme.

—Organizarte. —Asentí. Mi estómago ya estaba en el sótano—. ¿Para volver a Thomas House?

Abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Tocó su teléfono y volvió a poner los auriculares en su estuche.

—Lo hemos hecho todo mal, Noah —dijo, enseguida—. Quizá fuera por las razones correctas, pero… —Desvió la mirada hacia la ventana, que daba a los campos—. Me he enamorado de ti, de tu sobrina, de tu granja e incluso de este pueblo absurdo, pero te casaste conmigo para que pudiera heredar las tierras de Lollie. —El corazón se me subió a la garganta—. Me rescataste como rescatas a todo el mundo.

—No eres todo el mundo, Shay. Ni de cerca.

—Tengo mucha experiencia convenciéndome de que la gente me quiere —dijo con la mirada fija en sus manos—. Ni siquiera me doy cuenta de que lo hago hasta que esas personas me dejan tremendamente claro que no me quieren, que nunca me han querido. Pero no puedo convencerme de que habrías elegido esto si no fuera por ese testamento descabellado de Lollie y la tierra,

aunque digas que no la quieres, y todas las cosas que se mezclaron para llegar a esta situación. Y no puedo convencerme de que me hubieras elegido a mí.

—En eso te equivocas.

—Pero no puedes demostrarlo, ¿verdad? —Por fin me miró a la cara y vi la angustia en sus ojos oscuros—. Es lo que necesito. Pruebas. Ya hay mucha gente que me da fracciones y fragmentos de sí mismas y me jura que es la totalidad. Me digo que tengo que creerlos, que tengo que aceptar esos trocitos patéticos y convertirlos en algo real. Y lo hago. Fabrico relaciones, promesas, futuros. Me lo invento todo y me obligo a creérmelo. —Levantó las manos y las dejó caer a los lados—. No quiero seguir haciéndome eso.

Sentía como si estuvieran desgarrándome de adentro hacia afuera.

—Entonces, deja que pueda darte algo mejor.

Se llevó ambas manos al corazón.

—No puedo permitir que vuelvas a rescatarme. No puedo ser una persona más de todas las que esperan que salves el mundo. Tengo que salvar mi propio mundo.

Nos miramos un largo rato, separados por su cordillera de libros y ropa. Se oían truenos a lo lejos y el viento azotaba los árboles. Volví a llevarme la mano a la nuca y hundí el pulgar en los nudos. No sirvió de nada. No podía imaginar que nada pudiera aliviarme.

—Quieres pruebas —le dije—. Te voy a dar pruebas.

Shay negó con la cabeza.

—¿Podemos dejar esto a un lado por esta noche? Tengo que ducharme, terminar de lavar ropa y preparar las clases, porque el horario de esta semana ha vuelto a cambiar. Y tú has tenido un día muy largo, una semana muy larga, en realidad, y supongo que querrás que Gennie vuelva a su rutina habitual.

Ducha. Ropa. Planificación de las clases. Rutina.

Me quedé mirándola, esperando a que se diera cuenta de que no íbamos a «dejar esto de lado por esta noche».

—Te quiero —le dije cuando no pude resistir más, cuando la presión fue tan intensa que lo único que podía hacer era apretar la válvula de escape o esperar a explotar—¡Te quiero jodidamente, Shay! Te quiero desde hace años y años, mierda, y nada de toda esa porquería que te ha dejado tu ex o tu madre o quien sea va a cambiar eso. Tú no vas a cambiar eso.

Soltó un suspiro y bajó las cejas como si no comprendiera.

—Noah…

—No. No digas nada. No me digas que me equivoco o que no sé de lo que hablo. —Di un paso atrás y levanté una mano—. Me has pedido pruebas y te voy a dar pruebas.

No esperé a que me respondiera. Bajé corriendo las escaleras, atravesé la cocina y entré en el pequeño estudio donde guardaba mis libros de la universidad y de la facultad de Derecho y todo lo que quería mantener separado de los asuntos de la granja. En el extremo más alejado de la última estantería había una vieja caja de puros de mi padre.

La última vez que había pensado en esta caja había sido unos años atrás, tras terminar la construcción de la casa y mudarme. Me había reprochado haberla guardado tanto tiempo, pero ni siquiera entonces había sido capaz de desprenderme de ella. Nunca había podido deshacerme de ella.

Mi teléfono vibró en el bolsillo y me metí la caja bajo el brazo para responder.

—¿Qué? —gruñí.

—Bienvenido. Tenemos algunas cabras sueltas —dijo Bones—. El viento nos está dando una paliza hoy. Hemos recuperado a la mayoría de las cabras, pero parece que hay dos que se han

dado a la fuga. Tenemos gente reparando la cerca, pero también hay algunos árboles caídos detrás de la granja, así que nos falta personal. —Se aclaró la garganta—. ¿Por casualidad tienes ganas de ir en busca de unas cabras antes de que empiece a diluviar?

Me pasé una mano por la cara.

—¡Maldita sea! —protesté.

—Esa es la clase de entusiasmo que me gusta oír.

—¿Alguna idea de hacia dónde han ido?

—Las cabras no anuncian sus planes —dijo con una carcajada—. Es probable que estén destrozando lo que queda de los campos de calabazas.

—Hoy no tengo tiempo para esto —refunfuñé—. Avísame por la radio si esas cabras se dan cuenta de lo que les conviene y vuelven a casa antes de que las encuentre.

—Improbable, pero te aviso —respondió.

Terminé la llamada y puse una nota adhesiva sobre la caja de puros, con un mensaje rápido para mi esposa, la mujer que no veía las fiestas de cumpleaños en familia o el pan recién horneado o los heladeros enviados a organizar su aula o los contratistas enviados a acondicionar su granja como pruebas de mi amor por ella. Como una devoción infinita. En cuanto acabara con el tema de las cabras, íbamos a tener una larga charla sobre la verdadera razón —la única razón — por la que me había casado con ella.

La ducha estaba abierta cuando subí las escaleras. Era mejor así. No creía que pudiera reunir las palabras adecuadas para dar explicaciones sobre esa caja o por qué había guardado su contenido todos esos años. Necesitaba que Shay lo descubriera sola. Necesitaba que recordara y, tal vez entonces, lo entendería. Entonces, me creería. Entonces, tendría todas las pruebas que necesitaba.

Entré en su habitación. Las montañas estaban en el mismo lugar donde las había dejado. Jerséis y vaqueros de un lado, vestidos de verano y pantalones cortos del otro. Dejé la caja de puros sobre la cama, con la nota encima reclamando atención. Me detuve; el peso de todas las vulnerabilidades contenidas en la caja me hizo retroceder. Si eso no funcionaba, nunca nos íbamos a recuperar. Yo nunca me iba a recuperar.

Con ese peso en el pecho, bajé y salí a la tormenta. Las tardes de noviembre daban paso a la noche en un abrir y cerrar de ojos, y las nubes de tormenta acentuaban la oscuridad. Llovía a cántaros y el viento aullaba. Las pocas manzanas de final de temporada que nos quedaban terminarían por caerse esa noche.

Encontré a Gennie saliendo a toda prisa del cobertizo. Los gatos la miraban paseándose cerca de la puerta.

—No llueve sobre mí —dijo.

No era cierto, pero no me preocupé.

—Tengo que revisar unas cercas —dije, cuidándome de no mencionar a sus amigas las cabras —. Quédate dentro. Juega con tu iPad. Vuelvo enseguida.

—¿Está bien si leo un libro?

—¿Cómo? —La miré a la cara, con la certeza de haber oído mal por el rugido del viento.

—¿Puedo leer un libro en mi habitación en vez de jugar con el iPad?

—Sí, claro. ¿Por qué necesitas permiso?

—Me dijiste que jugara con el iPad, pero, en vez de eso, quiero leer y no quería desobedecer tus indicaciones. —Se encogió de hombros y salió corriendo hacia la casa.

—¿Quién es esta niña y qué narices está pasando con mi vida? —murmuré, mientras me acomodaba al volante del *quad*.

Cuando arranqué el motor, me di cuenta de que no había tomado la radio al salir. Me palpé los bolsillos en busca del teléfono, pero tampoco lo tenía. Lo habría dejado en el escritorio del estudio.

Pero ahora no podía volver corriendo dentro. Iba a tener que ocuparme de Gennie, o me cruzaría con Shay, que me pediría infinidad de respuestas que no tenía tiempo de darle. Así que salí cuesta abajo, pasé junto a la huerta y me dirigí hacia el campo de calabazas lindante con Twin Tulip mientras la lluvia y el viento me azotaban desde todas partes.

Estaba mojado y cansado cuando divisé a la primera cabra abriéndose paso entre las calabazas que quedaban. La segunda cabra salió de la nada y se lanzó delante del haz de luz de mis faros. La esquivé y el *quad* rodó hacia un arroyo.



Capítulo treinta y seis

SHAY

El alumnado será capaz de tomar decisiones equivocadas por las razones correctas.

Hubo una época en la que creía que era libre, que era independiente, que estaba libre de las ataduras de las expectativas familiares o de la tradición, que podía inventarme y ser la que quisiera sin que nadie notara la diferencia. El problema de ese grado de libertad radicaba en que era todo aire; le faltaba tierra. No había nadie que me impidiera salir flotando al espacio; que me impidiera perderme y caer en el olvido. La única solución era atarme una cuerda de la cintura a la muñeca de alguien y rogarle que me sostuviera.

Jaime me había sostenido. Audrey, Grace y Emme, también. Incluso cuando me había obsesionado como una maníaca con la boda y cuando había estado tan ocupada lamentándome por la vida que casi había tenido que no había sabido ser una buena amiga.

Y Noah también me había sostenido.

Y por eso todo me dolía. Me dolía por dentro y también por fuera, como si el peso de la gravedad sobre mi cuerpo fuera insoportable. Y todo estaba mal. Mis palabras, mis sentimientos, mis pensamientos estaban todos mal. Nada me salía bien. Nunca como yo quería.

Me sentía como una niña corriendo con una red para mariposas al anochecer, demasiado ansiosa e imprecisa para lograr algo más que agitarse hasta el cansancio. Y una niña, también, porque parecía que no podía explicarle a Noah que intentaba protegerlo. Intentaba evitarle el problema de cargar con un peso más sobre los hombros. Lo mejor que podía hacer era arrancarme las palabras como si fueran briznas de hierba y lanzárselas, esperando que entendiera que no podía quedarme allí y esperar a que se diera cuenta de que, para empezar, nunca me había querido de verdad.

Y por eso estaba llorando en la ducha cuando se abrió la puerta del baño y oí:

—Hola, Shay. Ya estoy en casa.

Me llevé los dedos a los ojos y respiré hondo.

—Hola, Gennie. ¿Qué tal el viaje?

—Fui a nadar todos los días, y Noah me dejó comer zanahorias bebé cuando paramos a merendar en Transilvania.

Apoyé la frente en la pared de la ducha. Podía hacerlo, podía serenarme y tener una conversación de niños.

—¿Pensilvania?

—Mmm. Eso es lo que dijo Noah, pero yo sigo pensando que es Transilvania. Me gusta más. —Luego, agregó—: Noah salió a revisar las cercas.

Empecé a afeitarme las piernas.

—Está bien.

—Mi mamá dijo que está feliz de que tú y Noah os hayáis casado. Dijo: «¿Por qué no me sorprende que sea Shay no sé qué del instituto?». —Soltó una carcajada—. Shay no sé qué. Es muy gracioso.

Sentí un sollozo en el pecho, a punto de brotar, y tuve que respirar hondo para contenerlo.

—Sí, es muy gracioso —logré decir—. ¿Puedes darme unos minutos para terminar aquí y vestirme? Luego me lo cuentas todo.

—Vale, me voy a leer a mi habitación —dijo, cerrando la puerta de un portazo.

Como sabía que vendría a buscarme en tres minutos, terminé de ducharme y me vestí rápidamente. Hasta que no volví a mi habitación para llamar a Gennie no reparé en la cajita que tenía sobre la cama.

Saqué la nota adhesiva de la parte superior. En la mano firme de Noah estaba escrito: «Aquí tienes tu prueba».

Cuando abrí la tapa, encontré páginas de papel de cuaderno dobladas en cuadrados precisos. Las hojeé y se me escapó un suspiro al reconocer los girasoles dibujados en el reverso de las páginas.

Eran mis girasoles. Yo los había dibujado.

El corazón me latió con fuerza y los dedos no se me movían y me costaba ver por entre las lágrimas mientras intentaba abrir una de las notas.

Queridísimo Gris Azul:
Esta es mi segunda nota del día, pero la clase de Administración de Walker me está matando y necesito esta distracción para mantenerme despierta.

Me salvaste la vida con el examen de Álgebra. Seguro que apruebo, pero algunas preguntas eran complicadas. En serio, Gris Azul, te debo una por ayudarme a estudiar ayer. Prometo que no volveré a dejarlo para el último minuto.
Se supone que el sábado he quedado para ir al festival del narciso, pero ahora que lo digo en voz alta me parece una idea horrorosa. ¿Se puede saber por qué hay un festival del narciso? ¿Y es posible que este pueblo pase un mes sin un festival? ¿O es que la vida aquí es tan aburrida que necesitaban plantar un montón de flores amarillas por todas partes y hacer una búsqueda del tesoro para evitar que todo el mundo se muriera de aburrimiento?
Otra pregunta: ¿debo esperarme un festival del tulipán el mes que viene? ¿Y un gran Primero de Mayo el mes siguiente, con vírgenes bailando sin complejos alrededor de un poste? Una pregunta mejor: ¿queda alguna virgen en este pueblo? Teniendo en cuenta exclusivamente las charlas en los vestuarios, tendría que decir que la respuesta es no.
Escríbeme pronto y explícamelo todo, por favor. Corro el riesgo de caer muerta de aburrimiento sin tu perspicacia.
Con todo mi amor infinito.

★ ★ ★ ★

Saqué otra, y estuve a punto de partir en dos el papel gastado al querer separar los intrincados pliegues.

Mi querido Gris Azul:
Sé que estás harto de mis quejas sobre este pueblo provinciano, pero ¿hemos hablado ya del asunto de la sensación térmica? Porque es bastante desagradable, y te lo dice alguien a quien acaban de expulsar de Suiza. A este paso, voy a acabar robándote todas y cada una de tus sudaderas antes de que llegue la primavera.
En cuanto a tu pregunta de ayer, creo que ya es hora de que empecemos a planear nuestra vuelta para la Fiesta del Regreso. ¿Te parece que el año que viene es demasiado pronto? ¿Podemos aparecer, tú, destilando olor a Yale y a clubes de exalumnos por los poros, y yo recién salida de la Semana de la Moda de Nueva York y de cualquier universidad que mi madre soborne para que me acepte? ¿O deberíamos darnos unos cinco años y dejar que se acumule la expectativa?
Williamson me está mirando mal, así que tengo que dejarte.
Los profesores son lo peor. ¿Por qué no me dejan ignorarlos en paz?
Con amor eterno.

★ ★ ★ ★

Y, luego, las demás.

Gris Azul, mi más malhumorado de los malhumorados:
Gracias por salvarme la otra noche. No me gusta tanto el fútbol como para quedarme a ver un partido entero, pero tampoco me gusta cuando todos deciden emborracharse y comportarse como idiotas. Sé que el instituto es para hacer todo eso, en especial, en un pueblo pequeño de Estados Unidos, pero yo ya me ha comportado como una idiota lo suficiente. Etapa superada. Gracias por llevarme a casa y superarla conmigo, aunque esa noche estuvieras de muy mal humor.
Algún día saldremos juntos y hablaremos de todas las cosas fabulosas que estamos haciendo. Nada de dramas pueblerinos. Nos vamos a encontrar en algún lugar de Nueva York, por supuesto, y nos contaremos nuestras aventuras por el mundo. Será perfecto. Seremos perfectos.
Todo mi amor a prueba de dramas.

★ ★ ★ ★

Azul más azul de los Grises Azules:
A veces me pregunto si toda mi vida va a ser una cadena de errores. Uno tras otro, y no veo venir ninguno hasta que los tengo encima. Siento que todos los demás tienen un sensor incorporado para saber cuándo están a punto de cagarla, y yo tengo que descubrir qué pasa cuando la cago porque no tengo ese

mecanismo.
Prométeme que me vas a parar antes de que lo arruine todo. Eres mi única esperanza.
Amor eterno.

★ ★ ★ ★

GA:
Gracias por el café de esta mañana. Me ha traído recuerdos de mi casa. O de algo más o menos familiar, ya que más o menos familiar es mi único criterio para considerar algo como mi casa.
Sé que parezco una niña mimada cuando digo que echo de menos el café europeo…, pero echo de menos el café europeo. Me has alegrado el día.
Cariñosamente cafeinada.

★ ★ ★ ★

Gris Azul de la niebla de la mañana:
Bien visto lo que mencionas, y mi respuesta es simple: no tengo idea de lo que va a pasar el año que viene. La universidad es un misterio vasto y acuoso para mí. Seguramente me aceptaran por herencia en el Boston College, pero me da igual. No tengo ni idea de lo que quiero hacer y lo más probable es que pierda unos cuantos años intentando averiguarlo. Mientras no haga nada que avergüence a mi madre, no importa mucho.
Ojalá sintiera tanto amor por algo como para saber que quiero pasarme la vida haciéndolo, pero el amor es algo aterrador. Es un gran peligro para mi salud. Lo que la gente ama muchas veces se vuelve en su contra y la destruye. Basta con mirar a Van Gogh y la oreja. ¡En serio! No creo que quiera correr el riesgo de amar algo que podría arruinar mi vida en el intento.
Amor y misterios.

★ ★ ★ ★

GA:
Espero que no te hayas metido en un lío. Perdona por haberte hecho quedar hasta tan tarde anoche. No me di cuenta de que se había pasado tu hora de llegada. No quiero complicarte las cosas en tu casa. Lo siento mucho, de verdad. Por favor, échame la culpa a mí. Todos piensan que soy una chica problemática. Diles que fui yo y quítate este problema de encima.
Y, bueno, gracias por escucharme. No sé por qué estaba tan alterada. Mi madre casi nunca se acuerda de mi cumpleaños. Debería habérmelo esperado. Sé que no puedo hacerme ilusiones con ella.
Gracias por dejarme llorar sobre tu hombro. Lo necesitaba.
Y, por el amor de Dios, empújame debajo del autobús por esto.

★ ★ ★ ★

Gris Azul:
Algún día, quiero verte sonreír. Una sonrisa de verdad. No esa sonrisa que me haces cuando te digo que voy a faltar a Educación Física y me voy a comer algo decente al pueblo, o cuando me siento a tu lado en Inglés y te robo los apuntes para que por una vez me reconozcan la participación.
Vas a decirme por qué eres tan gris y tan azul, y antes de que me escribas un ensayo de cinco párrafos sobre tu personalidad azul y gris, te diré algo: te conozco, te conozco y me encantas y quiero saber cómo llegaste a ser así.
Quiero saberlo todo sobre ti, querido amigo.
Con todo mi amor y sonrisas.

★ ★ ★ ★

Mi dulce y tierno GA:
Espero que tu madre esté mejor. Lamento que tú y tu familia estéis pasándolo tan mal por su salud. No sé si hay algo que pueda hacer para ayudar, pero te pido que me lo digas si es así. Sabes que haría cualquier cosa por ti. Solo dilo y estoy a tu servicio.
Te quiero mucho.

★ ★ ★ ★

Gris Azul Platanero:
No, no sé qué significa eso. Pero me gusta.
Otra cosa que me gusta: Lollie. Cuando mi madre me mandó aquí, pensé que me iba a quedar con una vieja bruja, pero la verdad es que Lollie es increíble. Ojalá no tuviera que recoger mis cosas y mudarme a cada rato, pero me alegro de haberme mudado aquí. Cuando estoy en Twin Tulip, siento que no tengo que preocuparme por todo. Es fantástico.
Sé que no sientes lo mismo por la granja de tu familia y no pasa nada. Venimos en direcciones opuestas. Si tuviera que conducir tu tractor, seguro que lo odiaría. (¿Ese sería un buen equivalente de «estar en tus zapatos» en este contexto? No tengo ni idea).
Varias personas me han preguntado si voy a ir a la Fiesta de la Cosecha (¿?) este fin de semana. ¿Me puedes explicar qué es eso como si yo fuese alguien de fuera que no ajusta el reloj según las fases de la luna y demás? ¿Me interesa ir a ese evento? ¿Hay que cosechar algo?
Con todo el amor platanero que tengo para dar.

★ ★ ★ ★

Mi salvador de hoy y siempre:
Por si nadie te lo ha dicho, eres la mejor persona del mundo. Incluso cuando andas cascarrabias (ver: las últimas dos semanas enteras), haces las cosas más tiernas, como llevarme a casa cuando me quedo tirada después del Baile de

Invierno (gracias, Brett Schiveley, por dejarme sola en el baile porque no quise ir a la casa del lago de tu tío). Ni siquiera pensaba que ibas a ir al baile, pero ahí estabas con ese elegante traje azul.
Nunca me acuerdo de planear cómo salir de estas cosas, pero tú nunca lo olvidas.
De verdad, GA, eres mi mejor amigo. Nunca pierdas ese corazón tierno.
Algún día te voy a rescatar yo.
Tu amiga siempre.

★ ★ ★ ★

Leí página tras página hasta que el edredón quedó cubierto de mi letra de adolescente y de girasoles dibujados en tinta azul.

—Las estrellas —susurré para mí—. Ay, por Dios. Por Dios.

—¿Qué es eso?

Di un salto y me llevé una de las notas al pecho mientras me giraba hacia Gennie.

—No te he oído entrar —dije, con el corazón a cien por hora.

Miró hacia la cama.

—¿Qué es eso?

—Unas cartas viejas —dije, recogiéndolas.

Miró una que tenía dibujado un mapa de Twin Tulip en el reverso.

—Parecen mapas de un tesoro.

—No, no es un tesoro —dije. Mi voz se oía tan temblorosa como me sentía—. Sé que dije que íbamos a charlar, pero tengo que hacer una llamada.

—No pasa nada. —Inclinó la cabeza, tratando de echar un vistazo a las cartas mientras yo las volvía a guardar en la caja—. Me voy a leerles un cuento a mis muñecos.

Desde luego, ahora que las había desdoblado, las notas no entraban en la caja y no quería meterlas a la fuerza. Tenían quince o dieciséis años y Noah las había guardado por una razón, una razón que no estaba preparada para asimilar.

—Me parece bien —le dije.

En cuanto Gennie se fue a su habitación, recogí la caja, las notas y el cesto de la ropa sucia, y me dirigí a la planta baja. Cerré la puerta del sótano y bajé las escaleras de puntillas, sin poder explicarme con exactitud por qué andaba con tanto sigilo. No tenía sentido, pero me parecía sumamente necesario.

Cuando llegué abajo, pulsé el número de Jaime y sostuve el teléfono ante mí, esperando a que contestara. Cuando por fin apareció su cara en la pantalla, le solté:

—Noah me acaba de decir que me quiere y le he pedido pruebas, y estoy a punto de tener un ataque porque había olvidado todas las cartas que le escribí en el instituto, que él guardó, y todo esto es una locura. Es demasiado, Jaime.

Se llevó una mano al hombro y se enroscó un mechón de pelo en los dedos.

—Más despacio, más despacio —dijo—. ¿Por qué nos ponemos así? Te dije que Noah te quería ese día que me quedé atrapada en tu columpio.

—Porque también me ha dicho que me quería desde hace mucho tiempo —respondí, sin poder contener el torrente de palabras—. Desde que éramos adolescentes. Y después me ha dejado un montón de notas que le escribí cuando estaba en secundaria, y me acordé de que solía dibujar estrellas al final en vez de firmar con mi nombre.

Me miró sin comprender.

—¿Y? —Desdoblé una de las notas y la acerqué a la pantalla—. Espera. Nooo. No es posible. Qué locura. ¿Le puso tu nombre a su granja?

—¿Tal vez? —Volví a echar una ojeada a la nota—. Yo lo llamaba Gris Azul porque siempre estaba triste y de mal humor. Y yo era rara y me creía que podía leer el aura en esa época.

—Sigues siendo rara, pero no podemos hacer como si fuera una coincidencia que el logotipo de su granja sea idéntico a las estrellas que dibujabas sobre un fondo gris azulado.

—¿Por qué haría eso?

Parpadeó.

—¿Aparte de querer tener un recuerdo constante de ti?

—Nunca me dijo nada. Bueno, éramos amigos, pero… —suspiré, me froté la frente—, pero nunca supe…

—Parece que te ha perdonado por ello. —Como no respondí, Jaime murmuró para sí un segundo—. Te voy a echar jodidamente de menos.

—¿Qué?

—Iré a visitarte todo lo que pueda: los fines de semana largos, en vacaciones, en verano. Puede que tengas que ir a recogerme. ¿Hay algún tren a Rhode Island? No estoy segura…, pero iré a visitarte. Eres familia para mí. Que tengas tu pueblecito de cuento y tu maridito de cuento no significa que puedas dejar de lado a tu caótica amiga bisexual.

—¿De qué demonios estás hablando?

Puso los ojos en blanco.

—Te quiere, Shay. Te quiere incluso desde hace más tiempo que yo y tiene pruebas que lo demuestran. A eso hay que sumarle que se casó contigo para que te quedaras con la granja de tu abuela y que destrozó a Xavier en pleno mercado de agricultores, y ya sabes lo que viene después.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero no lo sé.

—Sí, querida, lo sabes. Dejas que te quiera. Vives tu vida feliz con tu estrafalaria granjita de tulipanes y su preciosa sobrina pirata. Aceptas el trabajo en esa escuela, en primer curso, así podemos compartir planes, por favor, y te quedas allí. Con el marido que te quiere tanto que quería ver tu dibujito de estrellas todos los días, incluso antes de que volvieras con él.

—Pero ¿y si…?

—No —me cortó, levantando una mano—. No vamos a jugar a ¿Y si…?, estamos jugando a Papito Panadero te Quiere. No vamos a pasarnos el día buscándole hilos sueltos o grietas. No vamos a compararlo con tu ex y sus innumerables banderas rojas. Vamos a tomar la prueba indiscutible que tu marido te ha presentado hoy, la prueba que le pediste, y a creer en ella.

—Pero ¿y si cambia de opinión?

—Tienes un diploma en no hacer caso a todas las razones por las que una situación no te conviene, así que te va a llevar un poco de tiempo reconocer por qué esto es lo correcto. Vas a tener que confiar en mí. —Suspiró—. Tú no ves la forma en que te mira. Si pudieras verlo, sabrías lo que yo sé, que él se convenció hace mucho mucho tiempo, y ha estado esperando a que tú te convencieras.

Me quedé mirando el sótano un momento. Había cajas apiladas en un rincón y algunos muebles viejos en otro. Todo estaba en orden y donde tenía que estar, como a Noah le gustaba.

—No sé cómo hacerlo —respondí finalmente.

—Díselo.

—Es que… no sé… sé que se va a ir. O se va a dar cuenta de que quiere irse, pero no puede porque está atrapado en este asunto conmigo o le haría daño a Gennie o…

—Díselo también. Cuéntale que has pasado por un montón de problemas de abandono y que lo que pasó con tu ex remató esa situación. En especial, cuando te reuniste con él desoyendo mi opinión hace unas semanas. Dile que estás muy confundida y desorientada por todo eso, y que estás tratando de encontrar la manera de superarlo. Dile lo que tienes en la cabeza ahora.

—¿Y si no estoy a la altura de la fantasía que él arrastra desde el instituto?

Jamie bufó.

—Eso es muy gracioso, en realidad, porque hace meses que no es ninguna fantasía. Estás casada, Shay. Vives con él, tienes mucho sexo desenfrenado con él y prácticamente tenéis una hija juntos. Creo que puedes dejar que te saque de encima esas preocupaciones… y, ya que estamos, que te quite todo lo que lleves puesto.

—James.

—Hablando de eso, ¿por qué no está haciéndolo en este momento? Una declaración como esa requiere que te quites toda la ropa y las inhibiciones. De hecho, deberíais tener esta conversación desnudos. Saldría mucho mejor.

—Ha ido a revisar unas cercas —dije, encogiéndome de hombros—. Pero… —fruncí el ceño al ver el reloj en la pantalla, porque se me había ido una hora entera con esas notas de la adolescencia— no debería tardar tanto.

—Ay, las satisfacciones de la vida campestre —murmuró—. Ve a buscar a tu marido, dile que lo quieres y que no sabes cómo hacer que funcione, pero que quieres intentarlo.

—¿Puedo usar esas palabras exactas?

—¿Hay una habitación de huéspedes en tu casa y un lugar para mí en tu mesa para las fiestas?

—Siempre.

—Entonces sí, encantada, usa todas mis palabras. —Sonrió y agregó—: Te quiero y quiero lo mejor para ti.

—Yo también te quiero y quiero lo mejor para ti.

—Bueno. Basta ya. —Se sorbió los mocos y se secó los ojos—. He quedado con unos *swingers* para cenar y necesito recomponerme. Ve a buscar a tu maridito y date permiso para esperar cosas grandes, increíbles y aterradoras. Quizá estaría bien que le dieras permiso para que te quisiera como siempre ha querido. Si él siente esto desde secundaria, tal vez sea hora de que tú des un paso al frente y hagas el trabajo pesado.

Asentí. Si todo eso era lo que parecía, entonces no había llevado a Noah a un matrimonio falso, del mismo modo que él tampoco me había necesitado para evitar a Christiane. Me había rescatado, pero lo había hecho porque quería, porque me quería a mí.

Me sentí arrogante y tonta al pensarlo, pero una pequeña parte de mí era consciente de la verdad, y esa parte gritaba por encima de todas esas otras partes que reproducían el mismo disco rayado de siempre: «Nadie te quiere y se van, como siempre».

Noah no se iría. Ni siquiera si yo lo dejaba.

Cuando terminó la llamada, traté de asimilar todas las emociones nuevas que me inundaban. Respiré hondo varias veces y me puse en pie, con las notas y el cesto de la ropa sucia bajo el brazo.

La cocina estaba vacía y la lluvia salpicaba las ventanas. La radio de Noah seguía en el punto de carga y su teléfono estaba sobre la mesa. Mientras me calzaba las botas altas de lluvia, grité escaleras arriba:

—Gennie, voy al cobertizo un momento. Vuelvo enseguida.

—A la orden, mi capitana —gritó.

Con la capucha sobre la cabeza y las manos aferradas a mi abrigo para protegerme el pecho, corrí por el camino de grava hacia el cobertizo donde Noah guardaba sus *quads*. Supuse que iba a encontrarlo allí, con sus cosas y, sobre todo, tratando de evitarme, pero no había nadie y su vehículo favorito no estaba.

—Supongo que me queda este —murmuré mientras arrancaba el vehículo más viejo. Cuando salí del cobertizo, otros dos todoterrenos se detuvieron frente a la casa. Con la lluvia y la vestimenta de abrigo que llevaban, lo único que pude distinguir fueron unas siluetas grandes, posiblemente masculinas.

—¿Noah?

—No, Tony —dijo uno de los conductores—, y Bones.

Me detuve junto a sus vehículos. La lluvia me azotaba la cara.

—¿Han visto a Noah?

—Hemos venido a buscarlo —dijo Bones, señalando al hombre del otro vehículo—. No responde a la radio. Se le habrá averiado.

—Ha dejado la radio dentro. El teléfono también. —Me bajé del vehículo y subí los escalones —. Venga aquí, Bones —le grité—. Necesito que se quede con Gennie mientras voy a buscarlo.

—Ah, no. No. Me mataría si la dejo salir en la oscuridad, con este tiempo. No, señora. Nosotros vamos a buscarlo.

—Voy a ir de todos modos. Y si Noah tiene algún problema, que lo resuelva conmigo. —Abrí la puerta de la cocina y encontré a Gennie preparando un vaso de zumo pirata—. El señor Bones se va a quedar contigo unos minutos mientras ayudo a Noah con algo. Seguro que le va a encantar un zumo pirata.

—Su marido me va a matar —dijo Bones, apareciendo tras de mí, empapado hasta los huesos —. Me va a despedir y me va a descuartizar por dejarla salir en *quad* en medio de una tormenta. Tenemos normas de seguridad estrictas con respecto a los *quads*, señora.

—A veces los piratas descuartizaban a sus prisioneros —señaló Gennie.

Los miré.

—Parece que tienen mucho de qué hablar.

—Baje la cuesta, pase la huerta hasta llegar cerca del pantano. Allí hay un campo de calabazas, el que usamos para la venta al por mayor —dijo Bones con un suspiro—. No es el que está cerca de la tienda. Es llano, pero hay que tener cuidado con los arroyos. Con este tiempo, van a estar altos. No intente cruzarlos.

—De acuerdo —dije, repitiendo sus palabras una y otra vez hasta que se me grabaron—. Gracias.

Tomó la radio y me la tendió.

—Lleve esto. Manténgase en el canal cuatro. Si no tengo noticias suyas en veinte minutos, llamo a la caballería. Lo digo en serio. Voy a llamar a todo el mundo. Orden de búsqueda y captura. Alerta general.

—De acuerdo. —Me guardé la radio en un bolsillo interior para que no se mojara y me dirigí a Gennie—: Ya sabes lo que tienes que hacer. No tengo que recordártelo, ¿verdad?

Dejó caer dos cerezas en su vaso.

—No.

No era una experta de la zona. No la conocía como Noah, ni siquiera como Gennie, pero sabía dónde estaba la plantación de calabazas porque lindaba con Twin Tulip. Había visto algunas calabazas desperdigadas cuando paseaba por allí a principios de semana. Si no lo hubiera sabido,

habría andado a ciegas.

Estaba a unos diez minutos de la casa, aferrada al volante con tanta fuerza que se me entumecían los dedos, cuando vi el pelaje blanco de una cabra. Reduje la velocidad, esperando a que la cabra volviera a pasar frente a la luz de los faros. Pero lo que vi a continuación no fue una cabra, sino unos pantalones vaqueros llenos de lodo.

Noah se llevó una mano a la cara para protegerse los ojos del resplandor de las luces. Le corría sangre por la frente y tenía el otro brazo apoyado en el abdomen de una forma que indicaba que algo no estaba bien. A su alrededor se arremolinaban un par de cabras.

—¿Bones? —gritó.

Apagué el motor y salí corriendo hacia él.

—¡Noah!

—¿Shay? ¿Qué diablos haces aquí?

—Alguien tenía que rescatarte esta vez.

—Te podrías haber lastimado o matado aquí afuera —rugió.

—Pero no ha pasado nada de eso.

—Maldita sea, Shay…

—Yo también te quiero —le dije—. Y te voy a querer todo el tiempo que me lo permitas si…

—No termines esa frase —dijo.

Apenas podíamos oírnos entre el viento y la lluvia, pero tenía que decirlo y tenía que ser en ese preciso momento.

—No sé cómo hacer esto. No sé cómo confiar en alguien sin reservas y no sé cómo vivir en una situación en la que podrían abandonarme de nuevo.

—Shay…

—Pero creo que quiero hacerlo de todos modos —dije—. Creo que tengo que hacerlo, aunque me dé miedo. Aunque piense que podría fracasar o que podrías cambiar de opinión, tengo que quedarme aquí y tengo que amarte.

—Te juro que no voy a cambiar de opinión. No voy a dejarte ir. No podría. No después de todos estos años.

Y allí, con las cabras hociqueándome la mano y en medio una tormenta, toda mi vida cambió. Fue como estar vestida de novia y que me volvieran a quitar la alfombra de debajo de los pies. Todo mi mundo se puso patas arriba. Y al igual que supe entonces que todo el cariño y el afecto que había sentido por mi ex se habían esfumado, ahora sabía que Noah me amaba. Me amaba y no era forzado. Un amor así no se podía arrinconar, no se podía inventar. Era real y no se trataba de rescatarse el uno al otro.

Pero antes tenía que gritarle a mi marido por haberse partido la cabeza.

—¿Qué haces aquí parado? Hay que hacer que te miren ese corte y explícame, por favor, qué te ha pasado en el brazo.

Caminó hacia mí.

—Creo que me lo he roto al darme la vuelta con el *quad*.

—¿Te has dado la vuelta con el *quad*? ¿En qué demonios estabas pensando, viniendo aquí en la oscuridad, en plena tormenta, en ese *quad*? ¿No había reglas estrictas sobre el tema? ¿No sabes que no debes hacerlo?

—Sí, lo sé. —Me tiró del abrigo y me atrajo hacia él—. Y ¿por qué no me dices por qué tú has hecho lo mismo, esposa mía?

—Me tocaba salvarte, marido mío.

Pegó sus labios a los míos y lo supe. Era toda la prueba que necesitaba.



Una vez que Bones nos confirmó que podía quedarse con Gennie un poco más —y Gennie nos aseguró que no intentaría escapar—, fuimos a la sala de urgencias del pueblo. Noah refunfuñó durante todo el trayecto. Insistía en que no iba a necesitar puntos en la frente y que no tenía tiempo para ocuparse de un brazo roto y, por lo tanto, seguro que no estaba roto. Tal vez un esguince, tal vez un desgarro muscular o un fuerte hematoma óseo. Nada que requiriera una férula. Incluso llegó a explicárselo a la enfermera, que se echó a reír y nos dirigió a la sala de exámenes más cercana mientras murmuraba «¡Granjeros!».

Cuando nos quedamos solos, Noah frunció el ceño y refunfuñó hasta el infinito. Me levanté de la silla metálica y me senté a su lado en la camilla.

—Ahora lo entiendo —le dije.

—¿El qué?

—Cuando decías que éramos un amor de la adolescencia.

—Eso éramos. —Se encogió de hombros y al instante hizo una mueca de dolor—. Pero no lo sabías.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Se quitó una mancha de lodo seco de la muñeca.

—Antes, ¿cuándo? ¿Desde que volviste o en el instituto?

—Empecemos por el instituto y luego vamos desmenuzando la historia reciente.

Se quedó mirando el instrumental médico colgado en la pared.

—¿Te acuerdas de mí en secundaria? Porque yo era tímido y torpe y luchaba con millones de problemas. No era popular para nada ni estaba en la onda, y tú eras perfecta.

—Yo no era perfecta. Sabes que no era perfecta. Si esas cartas prueban algo, es que estaba lejos de ser perfecta.

—Eras perfecta —insistió—. Por favor, Shay, viniste aquí desde Suiza. ¿Tienes idea de cómo les puede sonar eso a los chicos de este pueblo? Habías vivido en Londres y Nueva York. No podía competir con eso. Y no podía competir con todos los demás. Los populares, los atletas, los niños ricos. Todos te querían.

—No necesitaba que compitieras. Solo quería que fueras mi amigo.

—Me asombraba que quisieras eso de mí —dijo.

—Y las notas… —Dejé caer la mano en el centro de su pecho—. Todas esas notas. No puedo creer que las guardaras. Las has tenido todo este tiempo.

—Si querías que me muriera de la vergüenza, deberías haberme dejado allá afuera con las cabras.

—No quiero que te mueras de la vergüenza —dije riendo—. Estoy intentando amarte y me lo pondrías muy difícil si te murieras en este momento. Por favor, no lo hagas. Pero quiero aclarar algunas sospechas que tengo.

Me rodeó la cintura con su brazo sano y me acercó a él.

—Sea lo que sea lo que estás pensando, tienes razón.

—Cuéntame lo de Little Star.

Soltó un suspiro profundo.

—Eres tú —susurró—. Tenía que ser… tú.

—¿Y esas estrellas locas?

—Las tuyas —dijo—. Utilicé tu propiedad intelectual sin el consentimiento correspondiente,

aunque espero que me perdones por ello.

Le quité un poco de sangre de la mejilla y le besé la comisura de los labios.

—Perdonado. ¿Y el gris azulado?

—No podía haber gris azul sin las estrellas locas. Solo podían existir juntos. —Volvió a resoplar—. Cada vez que me mirabas la gorra o mirabas la tienda del mercado o incluso los tarros de mermelada, pensaba que te acordarías. Que te acordarías y me descubrirías. Te ibas a dar cuenta y yo iba a tener que explicarlo… todo.

—Creo que querías que lo recordara.

—Sí —admitió—, pero primero quería encontrar la forma de que esto funcionara. Quería hacer que funcionara de verdad.

Le sonreí. Tenía un hematoma horrible que le cubría la frente y le rodeaba el ojo izquierdo, pero lo quería y sabía que él también lo hacía, y todo eso me asustaba muchísimo.

—Quiero intentar que funcione —le dije—, si quieres que lo intentemos.

—Dime todas las cosas que quieres intentar, esposa mía.

Incliné la cabeza, sonriendo contra su cuello.

—Quiero una familia.

—¿Qué significa eso para ti?

Levanté los hombros.

—Significa tú y yo y Gennie, y Twin Tulip y este pueblo raro que me encanta odiar, pero que también me encanta en cierto modo.

—Y Jaime —agregó.

—Claro, sí. Jaime. No le digas que olvidé incluirla en esa lista.

—Nunca —me susurró en el pelo.

—Quiero intentar hacer planes para más allá de las próximas semanas, de los próximos meses. Quiero quedarme en la escuela primaria Hope el año que viene y quiero que hagamos realidad lo del lugar para celebrar bodas. Y quiero que intentemos estar casados. De verdad.

—Me estaba preguntando cuando ibas a empezar a tomarte este matrimonio en serio.

—He salido en un *quad* en medio de una tormenta por ti. De noche —agregué—. ¿Cómo de serio te parece eso?

—Suena más como que necesitas que te lleven al granero otra vez y…

—¡Bueno! Parece que tenemos que hacer unas radiografías. —Al levantar la vista, vimos a una enfermera esperando en la puerta. Señaló la silla de ruedas que tenía delante—. Vamos a dar una vuelta —dijo.

—Puedo caminar —respondió Noah.

—No hace falta teniendo ruedas. —Volvió a señalar la silla—. ¡Vamos a ocuparnos de esto, muchacho! Cuanto más rápido lo hagamos, más rápido te podremos curar para que puedas irte de aquí.

—Ve —le dije—. Te espero aquí.

Me dio un beso en los labios.

—Te quiero, esposa mía.

—Yo también te quiero, marido mío. —Una sonrisa se abrió paso en mi rostro y las lágrimas se me agolparon en los ojos al decir esas palabras. Me llevé los dedos a la boca—. Guau. Eso es lo que se siente.

—Imagínate lo bien que te vas a sentir cuando esté dentro de ti —me susurró acercándose a mi oído.



Era casi medianoche cuando volvimos a casa con Noah enyesado y cuatro puntos en la frente. No había conmoción cerebral, pero sí había recibido una severa advertencia de que se tomara las cosas con calma la semana siguiente. Estaba cansado, dolorido y más gruñón que de costumbre. Creo que nunca me habían gustado tanto sus gruñidos como en ese momento. Me sirvió para olvidarme un poco de que el accidente podría haber sido mucho mucho peor.

Cuando entramos, encontramos a Gennie sentada a la mesa de la cocina, con el iPad reproduciendo Piratas del Caribe y todos los rotuladores y lápices de colores de la casa esparcidos delante de ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te han tenido que amputar algo?

—No ha sido necesario amputar nada —dijo Noah—. Solo este yeso aburrido por un tiempo y unos puntos de sutura.

Gennie sonrió.

—Te va a quedar una cicatriz de puta madre.

—Supongo que es el lado positivo de destrozar un *quad*. —Miró para todos lados—. Espera. ¿Por qué estás despierta? ¿Dónde está Bones?

—No tengo sueño y el señor Bones está dormido —dijo, sin dejar de atender a su dibujo.

—Maravilloso —dijo Noah—. Voy a matar a ese tipo mañana. Y después lo voy a despedir.

—No, no vas a hacerlo—le dije—. Nada de eso va a pasar.

—Ni ningún descuartizamiento —agregó Gennie.

—Eso es discutible —murmuró Noah.

Gennie levantó la vista y nos miró expectante.

—Mientras no estabais, he decidido que necesitábamos algunas reglas en casa.

—¿Ah, sí? —preguntó Noah, mientras abría el congelador.

—He hecho una lista —continuó Gennie—. ¿Queréis que os la lea?

—Sí, ya que estamos todos despiertos, adelante, te escuchamos —dije mientras sacaba las recetas de Noah de mi bolsa.

Sostuvo el papel en alto.

—Número uno: no conducir *quads* de noche.

—Esa lección la tengo bien clavada en la cabeza —dijo Noah. Tomó una cuchara y se dirigió a la despensa—. Me la han clavado bien a fondo. No volveré a cometer ese error.

—Número dos: Shay y Noah tendrán una cita a la semana. —Levantó la vista—. Y prometo no causar problemas cuando me dejen con una niñera.

—Una cláusula importante —señaló Noah. Se sentó a la mesa e hizo un pequeño claro entre los materiales de arte—. Gracias por añadirla.

—Se supone que los adultos deben tener citas y hacer cosas románticas para caerse bien —continuó Gennie—. Creo que es importante que Shay y tú os llevéis bien.

Me senté entre los dos y apoyé una mano en la muñeca de Gennie.

—Sí que nos llevamos bien. No tienes que preocuparte por eso.

—Pero quiero que os queráis y seáis felices. —Asintió con la cabeza y agregó—: Una cita a la semana. Sin excepciones. Le he escrito una carta a la señora Castro para pedirle perdón por haberla asustado cuando me escapé con Bernie Sanders.

Noah se calzó el tarro de helado entre el yeso y el pecho para abrir la tapa. Levanté una ceja.

—Podría haberlo hecho yo.

—No estoy tan débil como para necesitar que mi mujer me abra el helado. Todavía no. —Agitó la cuchara hacia Gennie—. ¿Hay algo en tu lista sobre tareas o sobre niñas que no digan palabrotas todo el tiempo? Porque eso sería genial.

Gennie miró la página con atención.

—Número tres: deberíamos tener una casa-barco pirata en el árbol. —Levantó la vista—. Y eso es todo.

Noah se metió en la boca una gran cucharada de helado de café y oreo mientras observaba a Gennie.

—Voy a necesitar algún tiempo para revisar esos documentos. ¿Podemos reunirnos dentro de unos días para negociar las condiciones?

Tras pensarlo un momento, ella asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

—¿Estás de acuerdo también en que ya ha pasado hace rato tu hora de irte a la cama?

Gennie miró el reloj con los ojos bien abiertos.

—Tal vez.

—Es hora de que Noah y yo nos vayamos a la cama —dije—. ¿Por qué no subes con nosotros? Te pones el pijama, te lavas los dientes y te metes en la cama. ¿Qué te parece?

—¿Y el señor Bones? —preguntó.

—En este momento, no nos importa el señor Bones —dijo Noah, entre bocados de helado. Al parecer, así le sentaban los analgésicos—. Y va a dormir hasta el amanecer.

Me llevó un buen rato y muchas discusiones, pero conseguí que los dos subieran a sus habitaciones. Noah se llevó el helado y no protesté. A pesar de su insistencia en que no estaba cansada, Gennie se quedó dormida sentada en la cama con el cepillo de dientes en la boca. Me ocupé de acostarla y arroparla y luego fui a la habitación de Noah.

¿Tenía que llamarla nuestra habitación? ¿Estaba en nuestra casa? Me iba a llevar algún tiempo, algunos ajustes. Debería convencerme cada vez que sintiera que la duda volvía a invadirme.

Lo encontré forcejeando para quitarse la camiseta.

—Menos mal que te he hecho quitarte toda esa ropa mojada y llena de lodo antes de ir a la sala de urgencias —dije, mientras lo ayudaba a liberar el brazo de la manga. Le pasé una mano por las raspaduras y hematomas que le salpicaban el torso. Necesitaba una larga ducha caliente, pero eso podía esperar hasta el día siguiente—. Esto habría sido mucho peor con lodo seco de por medio.

—Vas a dormir aquí ahora —dijo, pasándome el brazo por los hombros.

Puse las manos en su cintura.

—¿Es una pregunta?

—Espero que no. —Paseó la mirada entre mis labios y mis ojos—. Pero podemos ir todo lo despacio que necesites. Siempre y cuando no paremos. Es todo lo que necesito.

Le desabroché el cinturón y le bajé la cremallera. Sus vaqueros cayeron al suelo.

—Creo que todo lo que yo necesito —dije, extrañada e incierta antes mis propias palabras— eres tú. —Levanté los ojos hasta encontrarme con los suyos—. Pero esta noche has tenido un accidente y tienes múltiples lesiones. Así que lo único que vamos a hacer en esta cama es dormir.

Frunció toda la cara en una mueca.

—¿Puedo lamerte los pechos y decirte que te quiero cuando me despierte mañana?

—No veo por qué no.

—¿Y pasado mañana? ¿Vas a estar aquí todavía?

Le sonreí. Sentía el pecho lleno y liviano al mismo tiempo.

—Y pasado mañana. Y el día después. Y el siguiente también. Siéntete libre de apuntarme hasta Año Nuevo.

La mueca se le deshizo cuando se echó a reír, y no tuve más remedio que reírme con él.

—¿Qué opinas de meternos en la cama a comer helado y mirar alguna reposición? —Pasó un dedo por el cuello de mi jersey—. No es ni de lejos tan interesante como lo que me gustaría hacerte esta noche, esposa mía, pero tengo la sensación de que me voy a desmayar pronto.

—Suena genial. —Me puse de puntillas y le di un beso en la boca—. Supongo que eso nos convierte en un par de viejos casados.

—Nada me gustaría más.



Epílogo

NOAH

El alumnado será capaz de tomar las decisiones correctas por las razones correctas.

Agosto del año siguiente.

Dejé caer los papeles sobre la mesa de la cocina delante de Shay sin ninguna explicación. No apartó la vista de su ordenador, lo cual no era de extrañar, ya que estaba entrando en el modo de regreso a clase. Si bien no lo confesaba demasiado, estaba nerviosa por el cambio definitivo a primer curso.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es una petición de divorcio.

Levantó la cabeza.

—¿Una *qué*?

Apoyé las manos en el respaldo de la silla.

—Una petición de divorcio. En concreto, una demanda de disolución de nuestro matrimonio.

Shay apoyó la barbilla sobre el puño levantado. Volvía a tener el pelo rubio fresa, tras dejar que el color se desvaneciera durante el invierno y la primavera. No podía explicar por qué me gustaba tanto ese rosa pálido y sutil, pero cada vez que lo veía, pensaba: «Es mi chica».

—¿Y por qué quieres disolver nuestro matrimonio, marido?

No importaba cuántas veces esa palabra atravesara sus labios, seguía impactándome con la misma fuerza que la primera vez.

—Ya no necesitas estar casada. —Puse otra pila de documentos sobre la mesa—. El título llegó ayer. Ahora eres la propietaria de la granja Thomas Twins.

Hojeó los documentos y se le dibujó una sonrisa en los labios. Su rostro estaba hecho para sonreír.

—Ya veo.

—No hace falta que sigamos haciendo esto si no quieres —dije.

—Mmm. —Siguió leyendo—. Sé que suena como si me estuvieras haciendo un favor, pero también me pregunto si estás deseando quitarte de encima mi interminable proyecto de

construcción. ¿Acaso quieres lavarte las manos de todo lo relacionado con los tulipanes y maldecir el día en que intentaste poner mi caprichoso mundo de flores bajo tu reinado?

—Si algo han demostrado los últimos ocho meses es que el caprichoso mundo de las flores es todo tuyo y yo tengo el privilegio de invertir dinero en él por tiempo indefinido.

No podía decir que los avances en el proyecto del lugar para celebrar bodas fueran lentos. Eso significaría que se había avanzado algo, pero el proyecto no se había puesto en marcha hasta mediados de mayo, debido a la cercanía de Twin Tulip a los pantanos y a los nuevos requerimientos en cuanto a climatización y eficiencia. Ahora estábamos progresando, pero nuestro cronograma era un desastre. No teníamos fecha ni para una gran inauguración ni para un arranque suave. Ni siquiera teníamos una fecha en la que pudiéramos afirmar con seguridad que la mayor parte del trabajo estaría terminada.

Era mucho más de lo que habíamos previsto, pero el interés del público ya era abrumador. La página web de Jardines de Thomas House se colapsó la semana de su lanzamiento. El equipo de *marketing* estaba hasta el cuello de solicitudes de los medios de comunicación y de novias que pedían reservas. Habíamos tenido que poner carteles en el desvío a Twin Tulip anunciando que el lugar aún no estaba abierto a los visitantes.

Había sido una pesadilla, pero no una mala pesadilla. Desestabilizadora, tal vez. Agotadora. Costosa. Pero era una pesadilla que, a la larga, saldría bien. Si es que alguna vez terminábamos de construir esa maldita cosa.

A Gennie le gustaba referirse al proyecto como «la mierda esa de las flores» y no quería que tuviera razón. Le estaba yendo mejor en la escuela. Seguía siendo difícil y a veces caía en sus viejas costumbres de pirata cascarrabias, pero estaba progresando mucho en terapia y recibía más apoyo especializado para su TDAH. Por fin estaba abriéndose camino y eso no dejaba de asombrarme.

La primavera pasada le había dado una oportunidad al *hockey* sobre hierba. ¿Quién se había imaginado que le iba a gustar empuñar un palo y correr con una máscara mientras gritaba como una loca? Sorprendente.

Luego había descubierto una segunda pasión en la comedia musical, que también implicaba correr y gritar. A Shay le gustaba recordarme que los gritos eran en realidad canciones, aunque yo todavía no me daba cuenta de la diferencia. Gennie había hecho de *munchkin* en la función de invierno del *Mago de Oz* de secundaria, y luego de huérfana en la función de primavera de Annie. Se había ofrecido a limpiar los gallineros por tiempo indefinido a cambio de asistir a dos campamentos de teatro de cuatro semanas este verano. El mes anterior había hecho de perro callejero en *Los Aristogatos* y esa noche interpretaría el papel de su vida: uno de los piratas del Capitán Garfio en *Peter Pan*. Era la primera vez que, además de cantar con la compañía, tenía diálogos, y llevaba semanas recitándoselos a sí misma sin parar. Jaime, Grace, Emme y Audrey, las tías no oficiales, vendrían desde Boston para asistir al estreno.

—Así que te ha parecido que sería un buen momento para dejarlo, ¿no? —preguntó—. Una ruptura sin complicaciones. Las chicas pueden recogerme y llevarme a casa con ellas, y listos.

La miré en silencio mientras pasaba otra página y repasaba las palabras con el dedo índice. Tenía el tirante del vestido caído sobre el brazo, suplicando que se lo arreglara, y llevaba unos pendientes en forma de pepinillos que eran una absoluta ridiculez y que me encantaban.

—Quiero darte la opción —le dije—. No tuviste oportunidad de elegir la primera vez.

—Sí tuve elección —dijo, con la mirada fija en los documentos.

—¿Ir al registro sin ninguno de nuestros amigos y familiares presentes? ¿Lo harías así si tuvieras que hacerlo todo de nuevo? ¿Un anillo de cordel y chocar los cinco para cerrar el trato?

—Incluiría a Gennie —dijo—. Pero me gustó el anillo, ya lo sabes. —Hizo un movimiento con la cabeza y pasó a la página siguiente—. Y el almuerzo posterior fue increíble. Repetiría sin problema.

—Te llevo a almorzar cuando quieras —le dije. Faltaban varias semanas para que empezara el año escolar y ya extrañaba tenerla cerca durante el día—. Como ya sabrás, esposa mía.

—Puntos extra si te pones traje otra vez. Eso me hizo sentir algunas cosas agradables. Me produjo algunas sensaciones. —Señaló con un dedo hacia su regazo—. Algunas sensaciones agudas.

—Que usara traje —dije— te provocó sensaciones picantes. —Estaba casi convencido de que me estaba tomando el pelo. Tenía que estar bromeando. No había nada sexi, o picante, en ponerse un traje en pleno verano—. Si es lo que quieres, lo hago, pero…

—Noah —Cruzó las manos sobre los documentos y me miró, con toda su expresión de maestra—, ese día podrías haberme dicho que te arrancara la corbata con los dientes y yo te habría preguntado dónde la dejaba después. En traje haces estragos. Incluso más que con las mangas remangadas y esos vaqueros que me dan ganas de morderte el trasero.

Sentí que el calor me subía por el cuello y me llegaba a las orejas. Señalé el documento.

—Decide si me divorcio de ti hoy. ¿Vale? Gracias. Ya hablaremos de lo que puedes arrancarme con los dientes más tarde.

—¿Eso lo voy a hacer más tarde, o solo vamos a hablar de eso más tarde? —Se encogió de hombros—. Para planificarlo.

Luché contra el impulso de poner los ojos en blanco.

—¿Qué necesitas planificar?

—No lo sé. —Miró su teléfono—. ¿Quieres que sea antes de que Gennie vuelva del campamento o después de su actuación de esta noche? ¿O entremedio? ¿Hay que esconderse en algún lugar? ¿Voy a tener que protegerme las rodillas? ¿Voy a tener que cubrirme el sarpullido que me deje tu barba? Esas son las cosas para las que tengo que prepararme.

Me pasé las manos por el pelo. Nada estaba saliendo como pretendía.

—Léelo —dije, señalando de nuevo el documento.

—Vaya, vaya… Alguien se ha puesto sus pantalones de jefe hoy —dijo en voz baja.

—Cállate, Shay —la corté.

—Está bien, está bien. —Se enroscó un mechón de pelo en el dedo mientras leía.

Un par de meses atrás, su silencio me habría perturbado. Lo habría interpretado como que realmente estaba considerando el documento que había redactado. Pero ahora sabía que era mía.

En casi todas las superficies de nuestra habitación había pendientes de cuentas de lo más extraños, y sus juguetes —con unos cuantos añadidos— estaban guardados en el cajón del medio de mi mesita de noche. Compartíamos casa y cama, y junto con Gennie íbamos aprendiendo a ser una familia día a día. Creía que nunca me iba a sentir preparado para criar a mi sobrina en la medida en que ella lo necesitaba, pero ahora ya no me sentía solo en esa tarea.

A instancias de Gennie, Shay y yo teníamos citas casi todas las semanas, aunque no llegábamos demasiado lejos: Thomas House tenía el número exacto de camas que necesitábamos y la privacidad ideal. La ausencia total de niños en el pasillo era un poderoso afrodisíaco. No se me ocurría mejor cita que dejar que mi mujer hiciera todo el ruido que quisiera y luego llevarla al bar de ostras a tomar una copa y todos los aperitivos que pudiera comer.

—No quiero otra boda —dijo finalmente. Pasó la última página y juntó los papeles, golpeándolos contra la mesa—. No fue perfecta por definición, pero fue perfecta para nosotros.

—¿Incluso el choca esos cinco?

Asintió.

—Una vez planeé la boda perfecta. Lo hice todo bien, hasta el último detalle. Pero una boda perfecta no se traduce en un matrimonio perfecto, ni siquiera en un matrimonio bueno y sano. —Empujó los papeles del divorcio sobre la mesa—. Lo siento, Noah. Te toca la versión mía de chocar los cinco y el anillo de cordel. No hay divorcio, no hay vuelta atrás.

—Bueno, pues qué mierda. —Me metí las manos en los bolsillos y eché un vistazo a la cocina —. ¿Y qué demonios voy a hacer con esto? —Puse la cajita encima de los papeles del divorcio —. Puesto que no se me permite una segunda oportunidad.

Se quedó mirando la caja durante un largo rato.

—Noah —susurró.

—Dime, Shay. ¿Qué debo hacer con esto?

Shay se levantó y salió de la cocina. Me quedé helado. Esta vez sí que me puse nervioso. No sabía en qué me había equivocado. Creía que nos estábamos tomando el pelo, que solo bromeábamos como siempre. Pero se había ido. ¿Tenía que seguirla y decirle que lo sentía por intentar sustituir el cordel por un metal precioso? No entendía cómo eso iba a ser lo correcto.

Con la misma rapidez con la que se había ido, volvió y puso una caja de terciopelo sobre la mesa, al lado de la que yo le había ofrecido.

—Si tuviera que volver a hacerlo, habría pensado en darte algo —dijo—. Me sentí horrible por no tener nada para ti.

Me llevé una mano a la nuca.

—No tienes que preocuparte por…

—Sí que tengo —dijo—. Es mi parte de este trato. Soy la que piensa en lo que necesitas mientras tú estás ocupado pensando en lo que necesitan los demás. —Me acercó la caja—. Ábrela.

—Tú primero —dije, empujando la otra en respuesta—. No voy a negociar contigo. Ábrela o te sujeto y te hago abrirla.

—Aunque es un ofrecimiento atractivo… —La bisagra crujió cuando levantó la tapa—. Noah, ¿cómo…? —Me miró—. ¿Cómo es posible?

Era un delgado lazo de platino tachonado de pequeños diamantes. Aunque no era una réplica exacta del anillo de cordel, se le acercaba mucho.

—Un artista local lo diseñó a partir de una foto que tomé del original.

—Ay, por Dios —susurró—. Me encanta. No puedo creer que hicieras esto para mí.

Saqué el delicado anillo de la caja y lo deslicé por su cuarto dedo.

—Es solo en parte para ti. Estaba harto de que todos en el pueblo me preguntaran cuándo iba a comprarte un anillo.

—Cualquier cosa con tal de quitarse a la gente del pueblo de encima —bromeó, alcanzando la otra caja. Se me cayó el estómago al suelo. Pasó el pulgar por el terciopelo y luego me miró—. Nunca pensé que este plan descabellado llegaría a ninguna parte, pero debería haberlo creído. Debería haber sabido desde el principio que no había nada más lejos de la falsedad. Estoy muy agradecida de que mi vida se viniera abajo y me enviara de vuelta aquí para hacer las cosas bien, para tenerte para siempre esta vez. Así que… —Abrió la caja. En el interior, había un anillo grueso con un detalle de cuerda fina en el centro. Como un cordel—. Iba a dártelo en nuestro aniversario, pero como quieres divorciarte de mí…

—Lo único que quiero es que lo elijas tú —le dije. La sujeté por la cintura y la senté sobre la mesa, metiéndome entre sus piernas—. Tengo la intención de retenerte todas las mañanas de tu vida, pero no quiero conservar este matrimonio a menos que sea el que tú quieres. Podemos

volver a hacerlo. Dar una fiesta e invitar a toda nuestra gente. O no invitar a nadie. Podemos terminar esto y empezar de nuevo sin la presión de la herencia y… y todo lo demás por lo que pasaste. Quiero que nuestro matrimonio sea tu elección y no un último recurso.

Me tomó la mano y me colocó el anillo en el dedo.

—Nunca fuiste un último recurso. —Pasó un dedo por encima del anillo y una sonrisa asomó a sus labios—. Jaime habría sido mi último recurso.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro mientras la risa me sacudía.

—Te quiero con locura, esposa mía.

—Y yo te quiero con locura, marido mío.

Nota de la autora

Friendship, en Rhode Island, no es real, pero sí son reales los granizados, las estructuras con forma de barco pirata de los parques infantiles y los camiones de reparto de leche pintados como vacas. Lo mismo ocurre con las colinas conocidas por su antiguo molino de viento y los pueblos con calas que los dividen por la mitad, los festivales del narciso y las Fiestas del Regreso. Los helados de café y Oreo son reales, al igual que las granjas de tulipanes en las que se puede recorrer los campos de tierra y recoger flores para llevárselas a casa. Y el yoga con cabras. El yoga con cabras no es ficción.

Aunque Friendship no sea un pueblo que aparezca en un mapa de la bahía de Narragansett, en Rhode Island, se basa en muchos lugares reales. A propósito de las islas de Rhode Island: son unas veintidós, entre ellas Hope y Prudence. También están Despair y Starvegoat, y se cuenta una historia algo truculenta sobre naufragios en el puerto de Newport (isla Aquidneck).

Otra cosa muy real es la escasez de libros en las cárceles de mujeres. El Women’s Prison Book Project entrega libros a mujeres que están en las cárceles de todo Estados Unidos. Si tienes libros de tapas blandas que busquen un nuevo hogar, considera la posibilidad de enviarlos a esta organización sin ánimo de lucro.

Índice

Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Epílogo
Nota de la autora

Título original: *In a Jam*
Traducción del inglés: Mariángel M.
Maquetación: Estudio Olifant
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: mayo de 2024

© 2022, Kate Canterbary
© 2024, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Esta edición se publicó mediante acuerdo con BookEnds Literary, a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-19873-47-7

EUROPA

Seguinos

VReuropa



Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

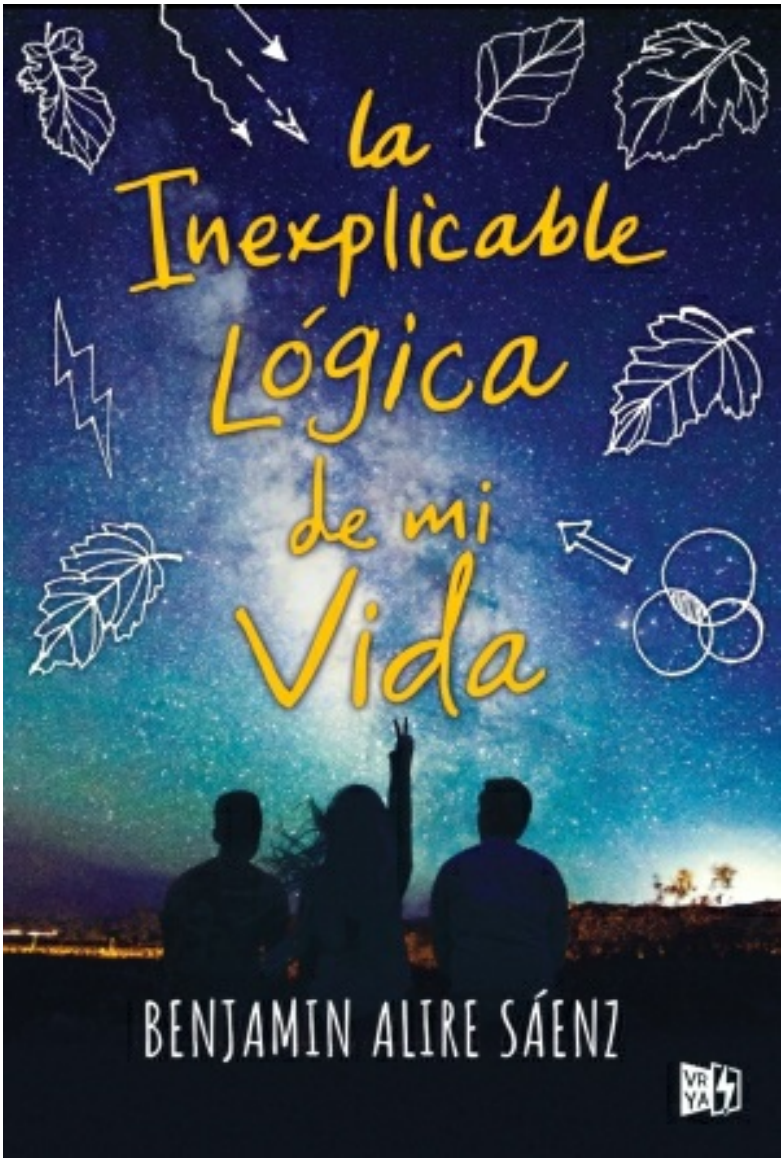
Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

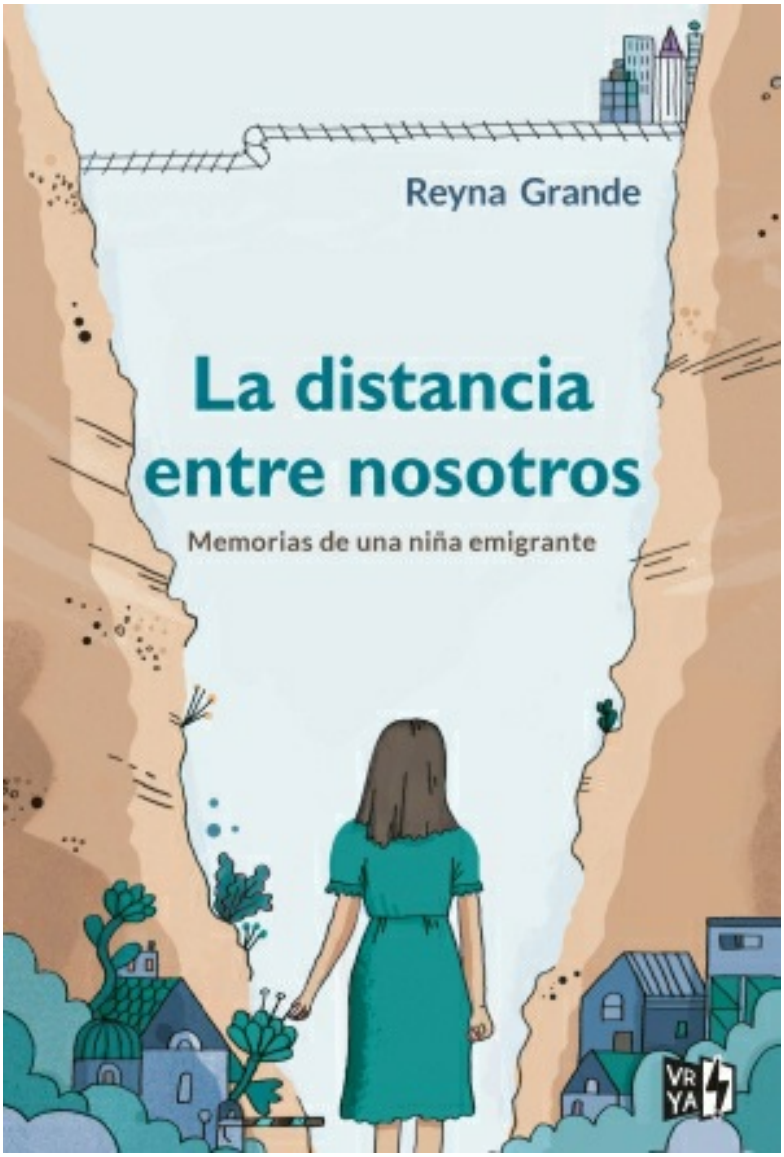
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y

compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

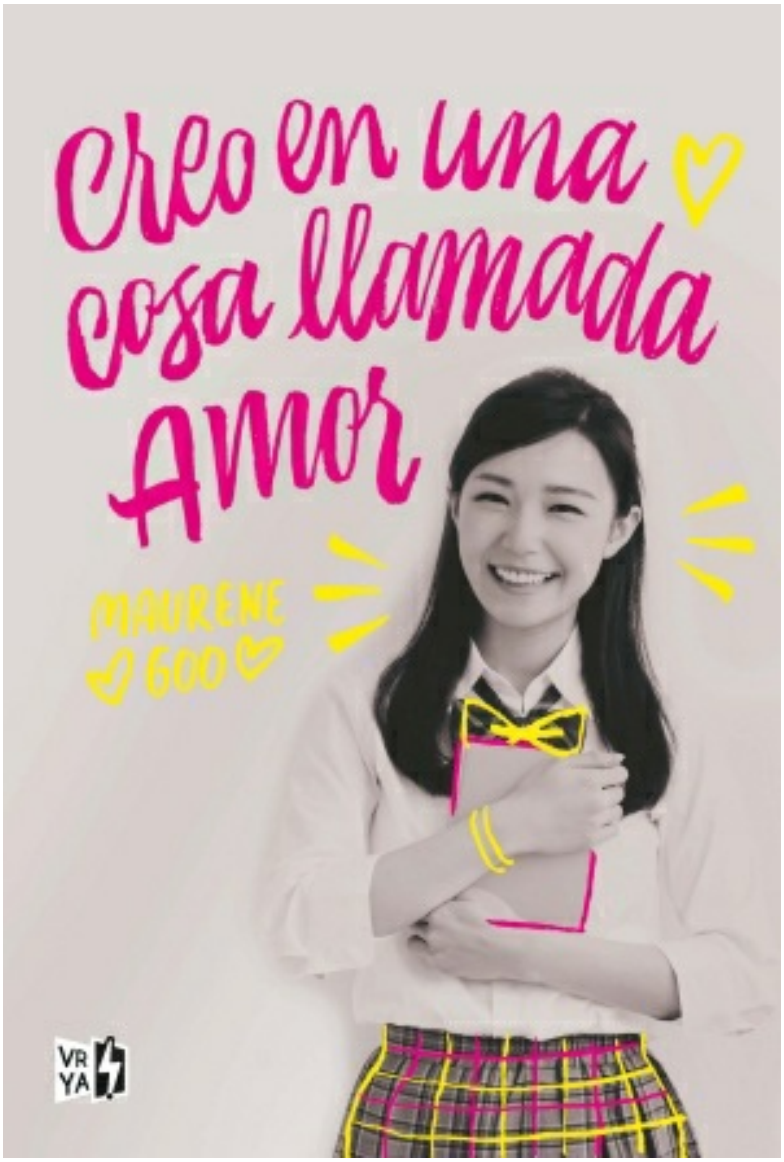
"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El príncipe y las pastelera

Chase, Èmma
9788419873354
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Érase una vez, Nicholas Pembrook, príncipe heredero de Wessco, popularmente conocido como «su cuerpazo real». Encantador, atractivo y rico, tiene el mundo a sus

pies (literalmente). Érase una vez, Olivia Hammond, humilde pastelera de Nueva York. Preciosa, trabajadora y sin una pizca de paciencia para tíos arrogantes. Érase una vez, una noche de tormenta en Manhattan, en la que el príncipe conoce a la pastelera y… ella le estampa un pastel en la cara. Olivia no espera volver a ver a Nicholas, pero él se ha quedado con el sabor dulce en los labios y pretende conquistar a Olivia, cueste lo que cueste. Y, poco a poco, ella irá descubriendo que detrás de las sonrisas del príncipe se esconde un gran corazón. Pero esto no es un cuento. En el mundo real no hay hadas madrinas, pero sí una reina estirada que, a pesar de que no corta cabezas, no está dispuesta a que una plebeya se acerque al trono… o a su príncipe. Nicholas y Olivia tendrán que hacerse una pregunta: ¿amor o deber?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)